



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Tramas de memoria local: lazos pasados y estallidos presentes

Transmisión de memorias de la dictadura
en una población de Santiago de Chile

Alicia Olivari Vargas



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència Reconeixement- NoComercial – SenseObraDerivada 4.0. Espanya de Creative Commons.

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia Reconocimiento - NoComercial – SinObraDerivada 4.0. España de Creative Commons.

This doctoral thesis is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0. Spain License.

Tesis de Doctorado en Sociedad y Cultura: Antropología Social y Cultural
Universidad de Barcelona
Facultad de Geografía e Historia
Marzo - 2018



TRAMAS DE MEMORIA LOCAL: LAZOS PASADOS Y ESTALLIDOS PRESENTES
TRANSMISIÓN DE MEMORIAS DE LA DICTADURA EN UNA POBLACIÓN DE SANTIAGO DE CHILE

Alicia Olivari Vargas - Director: Dr. Joan Bestard Camps
Co-director: Dr. Francisco Ferrándiz Martín - Tutora: Dra. Olga Jubany Baucells

*Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida,
y entonces comprende como están de ausentes las cosas queridas.*

*Por eso muchacha no partas ahora soñando el regreso,
que el amor es simple, y a las cosas simples las devora el tiempo.*

(Armando Tejeda, "Canción de las simples cosas")

En lo cotidiano ganan o no ganan su vida, en un doble sentido: no sobrevivir o sobrevivir, sobrevivir tan sólo o vivir plenamente. Donde se goza o se sufre es en lo cotidiano. Aquí. Y ahora.

(Henri Lefebvre, 1972).

Agradezco a quienes guiaron, comentaron, dirigieron e hicieron posible desde la universidad esta investigación:

A Joan Bestard, por su dedicación para hacer de esta tesis un trabajo antropológico y por empujarme siempre hacia una escritura lo más clara posible. Por la forma que tuvo de guiar el trabajo que a partir de ejercicios etnográficos me hizo empezar a imaginar el texto, al tiempo que me enfrentó tempranamente con el desafío de escribir. Por estar presente siempre y de forma constante.

A Francisco Ferrándiz, por aceptar participar de una tesis que en muchos sentidos podía resultarle lejana. Por leerla y comentarla de manera clara, cuidadosa y lúcida, a pesar de la escasez de tiempo.

A Olga Jubany, por acceder a una tutoría repentina y estar disponible para lo que necesitara.

A la Corporación Nacional de Ciencias y Tecnología (CONICYT) que a través del programa de Becas Chile financió este proceso de investigación.

ÍNDICE

| | |
|--|------------|
| INTRODUCCIÓN: El estudio de la memoria local en un territorio emblemático | 11 |
| 1. El territorio y la pregunta por las memorias locales | 12 |
| 2. Trayectoria, aproximación y escritura etnográficas..... | 21 |
| | |
| CAPÍTULO 1: Construcción del pasado y transmisión intergeneracional | 29 |
| 1. Haciendo memoria a través de narraciones..... | 30 |
| 2. Narraciones del pasado que son reconocimiento y deber | 37 |
| 3. Memoria política y las políticas sobre pasado..... | 40 |
| 4. Distinciones en el campo de las memorias: aproximaciones, sujetos y formas..... | 47 |
| 4.1. Desde las relaciones de poder: memorias oficiales versus memorias subterráneas | 48 |
| 4.2. Cuando convergen sujeto y forma: la fragmentación de la memoria subalterna | 52 |
| 4.3. Espacio de construcción y alcance de las memorias | 55 |
| 5. La preocupación por los legados del pasado | 58 |
| 5.1. Cuando se dificulta e interrumpe la transmisión | 62 |
| 5.2. La construcción del pasado en el presente entre generaciones | 65 |
| 6. Memorias y transmisión intergeneracional en la vida cotidiana | 79 |
| | |
| CAPÍTULO 2: El fragmento como memoria y forma de transmisión | 85 |
| 1. El fragmento como memoria | 86 |
| 1.1. Las formas del fragmento..... | 87 |
| 1.2. Fragmento y narración | 101 |
| 2. La pregunta por la transmisión | 105 |
| 2.1. Alcance e impacto del fragmento..... | 107 |
| 2.2. Transmisión, el otro y la modificación | 112 |
| 3. ¿Micro narraciones o testimonios precarios en la construcción y transmisión de sentidos del pasado? | 117 |
| | |
| CAPÍTULO 3: Violencias en la vida cotidiana, tejido social y temporalidad | 125 |
| 1. La construcción de un "Barrio Crítico" | 127 |
| 2. Violencias pasadas y presentes en el territorio..... | 134 |
| 3. El descenso a la vida cotidiana | 157 |

| | |
|--|------------|
| 3.1. La vida que circula en el presente | 158 |
| 3.2. Las transgresiones que expulsan | 163 |
| 4. Transgresiones y temporalidad..... | 169 |
| 5. El tejido social donde ancla la excepción | 177 |
| 6. Conflicto, excepción y la urgencia como efecto en un territorio apropiado | 188 |
| CAPÍTULO 4: Transgresiones cotidianas que construyen sentidos del pasado | 195 |
| 1. Transgresiones que hacen recordar o ponen en escena el pasado | 196 |
| 1.1. Las conmemoraciones, interrupciones cotidianas reflexivas..... | 197 |
| 1.2. Reapropiación del pasado en forma de <i>transgresión</i> | 215 |
| 1.3. La dictadura como referente de y para el conflicto | 227 |
| 1.4. Emergencias efímeras y próximas en un grupo de vecinos | 235 |
| 1.4.1. Escenas cotidianas..... | 235 |
| 1.4.2. Distancia y proximidad en la mirada | 238 |
| 1.5. El trabajo de construcción de narraciones del pasado..... | 244 |
| 1.5.1. Relatos históricos y memorias oficiales..... | 244 |
| 1.5.2. Narraciones desde las artes escénicas y la cotidianidad del territorio | 249 |
| 2. Construcción de memoria y transmisión de sentidos del pasado en la vida cotidiana | 262 |
| CONCLUSIONES: Memorias locales de la dictadura y su transmisión intergeneracional..... | 271 |
| 1. Ser o no ser poblador/a: el territorio y la pregunta por la pertenencia | 272 |
| 2. Tramas de memoria en la vida cotidiana de la población | 282 |
| 3. Ritual y fragmentación: la importancia de la proximidad en las memorias y la transmisión a escala local | 286 |
| Referencias bibliográficas | 291 |
| Anexo metodológico: sobre el lugar propio en la población y lo realizado..... | 307 |
| Agradecimientos..... | 311 |

Resumen

La tesis de investigación que presentamos tiene como objetivo principal comprender cómo se construyen sentidos del pasado de la dictadura y cómo éstos se transmiten intergeneracionalmente en la vida cotidiana de una población de Santiago de Chile.

Los estudios sobre memorias de pasados violentos suelen construirse desde perspectivas nacionales y dejar en un segundo plano de análisis las memorias que surgen en una escala local. Recoger este ámbito se vuelve especialmente relevante en el caso chileno si tenemos en cuenta la existencia de barrios que son considerados emblemáticos, en parte, por su trayectoria ligada al pasado dictatorial. Este es el caso de la población que aquí decidimos llamar de manera ficticia La Aurora, cuyo carácter icónico se vincula en gran medida al hecho de haber albergado brotes de resistencia al Golpe Militar. Un territorio que, además, se caracteriza por una marcada tradición comunitaria y porque en la actualidad encarna de manera paradigmática a los llamados “barrios críticos” de la capital en los discursos oficiales y mediáticos. Estas representaciones alimentan procesos de estigmatización y lo han convertido en un espacio intervenido por el Estado y ocupado por la policía desde hace 16 años.

Todos estos elementos configuran una vida cotidiana atravesada por diversos conflictos y violencias que la cargan de acontecimientos y generan condiciones que determinan las miradas hacia el pasado, pero también la relación con el presente y las proyecciones futuras. Es en este escenario que nos preguntamos por las memorias de la dictadura y su comunicación entre generaciones, desde una aproximación de la vida cotidiana en tanto terreno propicio para articular la pluralidad de formas que los recuerdos locales toman.

A través de una perspectiva etnográfica exploramos cómo en la población se configuran tramas de memorias locales de la dictadura donde conviven formas institucionales, oficiales, silenciosas, fragmentarias, conmemorativas, transgresoras, entre otras. Advertimos que todas en conjunto y cada una de ellas operan construyendo sentidos del pasado que están siendo resignificados y recontextualizados por generaciones que no lo vivieron, pero que habitan un presente excepcional.

INTRODUCCIÓN: El estudio de la memoria local en un territorio emblemático

1. El territorio y la pregunta por las memorias locales

Casas bajas de fachada continua, algunas con un pequeño antejardín, ladrillos y tablonés que se asoman bajo la pintura resquebrajada. Bicicletas que pasan constantemente, puertas abiertas y vecinos sentados en la entrada de su casa que contemplan el pasar cotidiano o toman el aire fresco en verano, perros que deambulan, personas que vuelven del trabajo, niños que vuelven del colegio, autos policiales que rondan y otros de punto fijo en algunas esquinas. Una calle principal que cada jueves y domingo se viste con toldos para dar vida a la feria. Las caras del Che Guevara, Salvador Allende y Víctor Jara en el muro de la sede del partido comunista, en la plaza principal un memorial por los muertos por la dictadura. Una escuela municipal, la estación de bomberos ("la bomba") frente a ella, una escuela católica más abajo, una casa que funciona como organización cultural, la parroquia frente a la plaza, el centro primario de salud, el centro comunitario, la sede de una ONG que trabaja con niños, un bar emblemático, un teatro construido por un colectivo local. Sedes de juntas de vecinos, iglesias evangélicas, clubes deportivos, un par de canchas de fútbol que ocupan recovecos entre calles, botillerías, panaderías y almacenes casi en cada cuadra, sitios abandonados y construcciones de antiguas fábricas hoy en desuso. Calles que antes eran de tierra y que hace pocos años el gobierno de turno pavimentó, una ciclovía construida junto a la última modificación urbana. Murales con imágenes que recuerdan a jóvenes que han muerto en la población, murales que hablan de la presencia policial. Y mirando hacia el este, la cordillera que se perfila clara entre cables y postes de electricidad.

12

Las imágenes que aquí reunimos conforman un paisaje particular, concreto y específico, la población La Aurora de Santiago. Un barrio que si antes fue considerado periférico hoy más bien pertenece al pericentro en tanto se ubica a menos de 5 kilómetros del centro, en una ciudad donde viven más de 6 millones de personas.¹ Pero también corresponde a un breve recorrido visual que bien podría caracterizar a otros barrios chilenos. Con algunos matices no es único ni exclusivo, sino característico de ciertas configuraciones urbanas propias del país, las poblaciones. Sectores que deben su origen al crecimiento de la metrópoli de la primera mitad del siglo XX y que hoy subsisten.

Durante este periodo el ritmo de crecimiento de Santiago que venía aumentando de manera paulatina, se aceleró fuertemente en gran parte impulsado por la migración campo-ciudad. Con este movimiento, se acentuó el problema de vivienda puesto que las formas de habitación que hasta ese momento ocupaban las masas populares, principalmente representadas por el conventillo, se saturaron dando origen a un tipo de poblamiento que creció exponencialmente, las poblaciones callampas.² Estas últimas, un tipo de asentamiento caracterizado por pequeñas e improvisadas viviendas instaladas en tierras desfavorecidas o de escaso valor comercial como riberas de ríos o canales, sitios eriazos o abandonados, y construidas usualmente con materiales de desecho en

¹ La noción de pericentro, en términos generales, refiere a las zonas que rodean a lo que se considera el centro de la ciudad, sectores que previo a su crecimiento conformaban la periferia.

² El conventillo corresponde a un tipo de vivienda urbana particular por tratarse de casas unifamiliares adaptadas para albergar a distintas familias. Allí, cada una disponía de una pieza que accedía a un pasillo o patio común en el que ocasionalmente existía una fuente de agua y un servicio higiénico colectivo (Urbina, 2002).

ausencia casi total de equipamiento urbano (Castells, 1973; Garcés, 2002; Cortés, 2014). De esta manera, y como acción tomada en medio de la espera de soluciones definitivas que no llegaban, los habitantes de estos sectores comenzaron a fraguar las primeras “tomas” de terrenos. Una situación que no solo inscribió un hito en términos del enfrentamiento de los problemas de vivienda en el país, sino que también marcó la visibilización y constitución de un actor social y político, “los pobladores”, en tanto que sujetos que “toman su sitio” a través de acciones directas y planificadas (Garcés, 2002; Cortés, 2014).³ Todo ello, la construcción de poblaciones callampas, su crecimiento y el hacinamiento que implicaron, las tomas de terreno posteriores e incluso soluciones estatales provisionales, va dando forma a los barrios que hoy siguen identificándose como poblaciones, tanto en Santiago como en otras regiones del país.

La Aurora hoy es conocida como una sola población aun cuando incluye tres sectores con ciertas características distintivas, una indiferenciación probablemente potenciada por la sutileza de los matices imperceptibles al ojo de quien no pertenece a ella. La Aurora I, La Aurora II y La Aurora III, son zonas dentro del barrio que responden a periodos y formas de asentamiento distintos. Tres procesos de desplazamiento que poblaron una zona de la ciudad ocupada principalmente por tierras de uso agrícola.

El primero de estos poblamientos dio lugar a La Aurora I y se produjo entre 1920 y 1946, cuando familias que venían del norte del país intentaban dejar atrás una industria del salitre que se encontraba en una irrevocable decadencia. Estos habitantes comenzaron procesos de autoconstrucción en terrenos que no se encontraban urbanizados y que colindaban hacia el norte, sur y oriente con sitios baldíos, chacras y potreros. Mientras tanto, las tierras inmediatas hacia el poniente, es decir, el espacio que los separaba de un eje importante de la ciudad, poco a poco consolidaban su carácter industrial (Álvarez, 2013; Garcés, 2002, 2004). De este modo se fue conformando la que según algunas referencias (Martner citado por Garcés, 2002), correspondería a la primera población callampa de Santiago.

El segundo movimiento poblador, que hoy da vida al sector de La Aurora II, ocurrió entre 1947 y 1949 y se dirigió hacia áreas desocupadas que colindaban con La Aurora I en su costado nororiental. En 1947 éstas pertenecían al Estado, en concreto a organismos vinculados a programas de vivienda, quien las fue cediendo a los nuevos moradores con compromiso de venta, aunque dicho acuerdo luego fue incumplido. Esto quiere decir que se trata de terrenos que fueron utilizados y edificados como parte de una negociación entre dirigentes de un grupo de familias y el Estado de Chile que en esa época hacía frente a la crisis habitacional que, como dijimos, vivía la ciudad. Las familias, venían de distintos puntos de la capital, aunque muchos de ellos de uno en particular, la toma de terrenos reseñada por algunos historiadores como la primera organizada del país (Garcés, 2004). Esta

³ La toma de sitios corresponde a una estrategia desarrollada por los pobres latinoamericanos, o aquellos que no tienen casa, que consiste en la ocupación y apropiación ilegal de suelo urbano sin respetar la legislación que protege dicha propiedad privada o fiscal. Se trata de una práctica que ha dado origen a tipos de barrios como las favelas en Brasil, las villas miserias en Argentina y los campamentos en Chile, propios de las grandes ciudades y sus procesos de urbanización del siglo XX (Garcés, 2004).

ocupación, a su vez, había sido producto de una salida pactada entre líderes comunistas y el presidente de la época, para evitar el desalojo de personas que vivían al borde de un conocido canal que cruza la zona sur de Santiago y que en ese entonces daba vida a un cordón de vivienda popular de muy precarias condiciones. Lo problemático de ese específico desplazamiento, fue que los terrenos otorgados fueron habitados y sobrepasados en su extensión, cuestión que finalmente provocó el definitivo traslado al sector que sería La Aurora II. Una vez allí en el nuevo asentamiento, la organización vecinal fue crucial tanto para el trazado de sitios, la urbanización de los terrenos y los procesos de autoconstrucción, al igual que en los inicios de La Aurora I (Garcés, 2002, 2004).

El tercer y último proceso de ocupación, a su vez tiene dos momentos. Sucedió entre 1949 y 1950 y luego de 1951 a 1957, dos etapas a través de las cuales se terminó de constituir el territorio que hoy se identifica globalmente como población La Aurora. Este transcurso tiene una particularidad que lo diferencia de la constitución de las "otras auroras", y es que fue producto de una adjudicación planificada por el Estado. Un asentamiento que pretendía responder a la urgencia del problema de forma temporal y que, sin embargo, terminó siendo definitivo. Así, la configuración de La Aurora III fue un proceso complejo en torno al cual no hay consenso respecto de la fecha exacta y la propiedad de los terrenos. Según Álvarez (2013), testimonios y documentos coinciden en que entre 1947 y 1948 el programa de vivienda social gubernamental de la época comenzó a construir casas de emergencia en sitios que eran viñas, potreros y huertos, trabajos que terminaron en 1950. Las 756 casas, todas iguales, levantadas en esa primera etapa se ubicaron al costado norte de La Aurora I y no llegaban a tocar con La Aurora II. Luego, entre 1951 y 1953, vecinos del primer sector comenzaron a ocupar otras casas emplazadas más "arriba", hacia el oriente en territorio colindante a Aurora II, lo que, a su vez, finaliza en 1957. Aquellas viviendas que a partir de ese movimiento quedaban vacías, eran utilizadas por familias que continuaban llegando de distintos sectores de Santiago donde residían en conventillos, poblaciones callampas, cités, etc. De este modo, rodeada en varios puntos por industrias o sitios eriazos y con un retén de policía ubicado en uno de los accesos, se conformó la única de las tres auroras que fue poblada con residencias construidas por el Estado. Una población que en la década de los 60 ya contaba con numerosas agrupaciones vecinales que dan cuenta del papel que tuvo la organización comunitaria en sus trayectorias originarias, al igual que en las otras auroras.

Los recorridos que dan forma a esta historia inicial aquí brevemente reseñados, así como los que se han construido con los años venideros, hacen que La Aurora sea considerada una población que juega un rol significativo dentro del trayecto de las masas populares de Chile, y del crecimiento y poblamiento de la ciudad de Santiago. Se trata de un barrio popular icónico en la medida que representa muchos de los componentes propios de la configuración de este tipo de territorios en el siglo XX en la capital. Trayectoria que incluye migraciones a nivel nacional, desplazamientos urbanos planificados, tomas de sitios, ocupación dirigida por el Estado, organización comunitaria, participación del partido comunista, entre otros ingredientes. Y que, gracias a ella, se encuentra ligada al movimiento de pobladores que, junto al obrero, es considerado como uno de los dos protagonistas colectivos más importantes en la sociedad chilena en el siglo pasado (Garcés, 2002).

Pero sucede que se le considera una población emblemática no solo por esta biografía fundacional, sino también por sus caminos posteriores, incluida su actualidad. A este territorio se le atribuye la presencia de importantes dirigentes comunistas y socialistas, y su convergencia con figuras reconocidas del ámbito de la labor cristiana 'popular' de compromiso social. Ecuación que le imprime una tradición política fuertemente de izquierda, la que considera también el importante rol de resistencia que estos actores jugaron durante la dictadura (Garcés, 2001, 2007). En efecto, dentro de los hitos que hoy en día forman parte de la historia de la población se cuentan los días del Golpe de Estado, cuando confluyeron allí pequeños grupos de militantes que se enfrentaron con armas al régimen que se imponía a la fuerza. Así como aquellas jornadas inmediatamente posteriores, cuando la ocupación militar y los allanamientos pasaron a gobernar la cotidianidad del barrio. Este particular camino comunitario y político es lo que lleva a algunos autores a considerarlo un ícono de la memoria popular (Garcés y Leiva, 2005).

Hoy en día y desde hace más de 16 años, la población también representa de manera casi paradigmática los llamados barrios críticos de la capital. Sectores definidos desde las autoridades y los medios de comunicación masivos como vulnerables, marginalizados, peligrosos, en los que se concentran problemáticas sociales y delictuales vertebradas por la existencia de narcotráfico. Todo lo cual conlleva una constante presencia mediática, su permanente utilización como foco de acciones estatales y los procesos de estigmatización que de ello se derivan. Historias, señalamientos, exposición pública y uso como prototipo de diversos modelos de intervención social y policial que recaen sobre un territorio de poco menos de 1 km cuadrado de superficie y aproximadamente 14.000 habitantes.⁴ Un lugar que condensa dificultades de diverso tipo y origen como pobreza, exclusión y tráfico de drogas, en el que además las acciones ideadas como soluciones desde distintos gobiernos han terminado por agravarlas según los propios vecinos, dando vida a un territorio complejo. Y es que desde que comenzaron las intervenciones estatales pasó a ser uno de los pocos barrios en Chile con una presencia policial permanente. Toda una configuración donde la violencia o las violencias, entendida en términos amplios, se ha constituido como uno de los temas y problemáticas centrales.⁵

Con todo esto nos referimos a un tipo de territorio que es considerado emblemático en Chile tanto por su pasado social y político como por su presente mediático e intervenido. Es decir, debido a dos temporalidades que se tornan relevantes para las vidas que acogen y que de cierto modo dan origen a esta tesis:

La primera, su trayectoria histórica y sobre todo aquella ligada a la dictadura. Sucede que gracias a ella la población se ha constituido en símbolo de ciertas memorias de ese pasado, aquellas vinculadas a la resistencia y la militancia. Memorias que después de muchos años tímidamente comienzan a

⁴ Población estimada según el Censo realizado en el año 2002 en el país, a falta de los últimos datos arrojados en el proceso censal realizado en Chile el año 2017.

⁵ Prueba de ello es que debido a diversas acciones de denuncia y solicitudes de algunas organizaciones locales, el Instituto Nacional de Derechos Humanos el año 2015 emitió un informe sobre los efectos de las violencias sobre el ejercicio de derechos fundamentales en los habitantes de la población.

convivir con las versiones basadas en la figura de la víctima, sujeto pasivo que ha dominado el relato hegemónico nacional (Huysen, 2004; Jelin, 2011).

La segunda, el presente. Y con él aludimos principalmente a los últimos 16 años, periodo en que La Aurora ha sido objeto de diversas intervenciones estatales justificadas por las autoridades en el aumento de situaciones de violencia, principalmente ligadas a la venta de drogas. Esto ha implicado, entre otras cosas, que ciertas problemáticas recrudezcan y afecten la vida cotidiana de los habitantes del barrio obligándolos a una convivencia con acontecimientos, sucesos imprevistos, violencias de distinto tipo. Durante este periodo y como respuesta a los efectos de este complejo escenario, además, se han levantado iniciativas de difusión y reivindicación de la historia y las memorias de la población, desde sus etapas fundacionales hasta la dictadura de Pinochet.

En La Aurora lo que sucedió en dictadura es reconocido y sabido en términos generales por sus habitantes. Aunque en muchos vecinos puede ser algo vago, se trata de un saber en el que se incluyen, por una parte, la construcción de un memorial en la principal plaza del barrio y, por otra, la visibilidad que se le ha dado a algunos testimonios locales recogidos, registrados y difundidos públicamente por medio de distintos soportes (documentales, libros, reportajes, películas, etc.). A través de elementos como éstos, se han construido relatos públicos principalmente vinculados a la represión política y a la resistencia al régimen, incluidos los intentos de lucha armada que tuvieron lugar en la población. De esta manera, podríamos decir que ciertos hechos, en sus diversas versiones y variaciones, y el impacto que supuso la dictadura sobre todo en sus primeros días de terror y excepción, son parte del conocimiento que comparten muchos vecinos y habitantes tanto de la población como de Santiago, al menos en términos superficiales, de sentido común. Así, en una primera mirada al territorio se puede evidenciar que ese pasado reciente conflictivo es algo que se recuerda, aunque en diversas tonalidades y ritmos, a través de diferentes prácticas y con distintos grados de fuerza y presencia local. En ese contexto, una de las formas de construcción de memoria que allí se despliegan, quizás la más llamativa y evidente, es lo que sucede cada día 11 de septiembre, fecha en que se recuerda el Golpe Militar. En esta población como en otras del país, en esa jornada se conmemora lo sucedido en dictadura. Tienen lugar actividades de homenaje a los desaparecidos y ejecutados, y de reivindicación en el presente de sus memorias y sus luchas políticas, acciones que conviven con otras de carácter menos explícito en su propuesta discursiva como son la construcción de fogatas y posteriores enfrentamientos con la policía.

Esta constatación acerca de la existencia de memorias diversas, de variadas emergencias locales del pasado dictatorial en el presente, no sólo nos habilita para preguntarnos por la configuración más precisa de dicha trama, en sus diálogos e interacciones entre los distintos modos de rememoración. Sino que además, deja instalado el interrogante por sus efectos sociales, dentro de los cuales se encuentra la transmisión intergeneracional, "una cuestión necesariamente abierta", tal como sostiene Jelin (2002b). Según esta autora, aquellas generaciones y grupos de edad que vivieron el periodo represivo pueden comunicar bienes simbólicos como información, conocimiento, silencios, sentimientos, ideas e ideologías. No obstante, aun cuando sean puestos y compartidos en el espacio

común intergeneracional la transmisión dependerá de las nuevas interpretaciones que desarrollen aquellos que no poseen recuerdos personales directos. Y en ese proceso se abre un abanico de posibilidades que incluye situaciones en que los jóvenes expresan una falta total de interés por reconocer y hacer propios los sucesos del pasado. Así como otras que reflejan un compromiso pleno llegando a defender “posiciones militantes en relación con esos eventos, como si el discurso y el sentido de los mayores les hubiera llegado a través de una <<cadena de transmisión>> literalmente entendida. Pueden entonces ser militantes activos de esa memoria, aunque corren el peligro de no haber elaborado el mensaje, de no haberlo resignificado en términos de su propia subjetividad” (Jelin, 2002b: 249). En dicho marco, serán las diferencias entre las generaciones y las relaciones que se establecen entre ellas, aquello que dará forma a una dinámica societal específica en lo referente a las memorias.

De esta manera, apuntamos a un proceso abierto en Chile dentro del cual en la actualidad, y habiendo pasado poco más de 44 años del Golpe de Estado, conviven diversos grupos de edad que delimitan el campo en el que los diálogos e interpretaciones entre ellos se hacen posibles. Y donde, además, en los últimos años se ha instalado la preocupación por los legados del pasado de la dictadura. Ocurre que quienes vivieron el Golpe de Estado siendo jóvenes-adultos (por ejemplo, teniendo entre 25 y 35 años) hoy tienen entre 70 y 80 años, al mismo tiempo que quienes eran mayores para entonces muy probablemente hoy ya no están. Un escenario que puesto en los términos usados por Wineburg et al. (2007), incluye una generación que podríamos llamar “de la dictadura”, en la medida que participó de las movilizaciones a favor o en contra y/o se posicionó de alguna manera, que en el presente tienen más de 60 años. Ellos, además, probablemente tienen hijos jóvenes o adultos, quienes seguramente habrán escuchado sobre el pasado. Por otra parte, aquellos que eran jóvenes menores de 25 años cuando se impuso el gobierno de Pinochet hoy rondan los 50 y 60 años. Por último, los jóvenes de nuestro acontecer actual son ya nacidos en democracia.

Con este esbozo, queremos subrayar que hablamos de un contexto nacional en el que coexiste un abanico de posiciones generacionales que va desde quienes sufrieron la represión o celebraron el golpe siendo adultos, hasta aquellos que no vivieron ni un día de dictadura debido a que nacieron después de 1990. Todo ello, además, situado en un momento de la sociedad en el que se considera la transición democrática finalizada y desde el cual se pueden distinguir variadas iniciativas de reconocimiento de lo sucedido y construcción de sentidos oficiales del pasado, más allá de la valoración crítica que se pueda hacer de cada una. Es decir, donde es posible evidenciar acciones de este tipo a nivel nacional y público, diferentes formas de revisión de lo acontecido y de conmemoración que cada año tienen lugar en especial el mes de septiembre, lo que a su vez se acompaña con distinta intensidad de presencia del pasado dictatorial en los medios de comunicación. Un ejemplo es lo sucedido durante septiembre del 2013, cuando se cumplieron 40 años de ocurrido el Golpe Militar. Crónicas que recogían testimonios inéditos, extensos reportajes, documentales y entrevistas diversas, actos de conmemoración, artículos académicos, seminarios, etc., colmaron el debate y agenda pública chilena generando una especie de “boom” mediático que abordaba lo sucedido en el pasado reciente del país. Una explosión de memoria que abrió el debate

y conversación pública al examen de responsabilidades, a la interpelación de diversos sectores de la sociedad y a la apertura de interrogantes sobre las interpretaciones del pasado (Lira, 2013; Waldman, 2014).

En el ámbito local de la población La Aurora, el día 11 de septiembre se conmemora lo sucedido en dictadura y de diversas maneras. Una de ellas es la construcción de fogatas en distintos puntos del barrio, práctica en las que participan adultos mayores, mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños. Algunos de los cuales, posteriormente y también en la calle, se enfrentan con la policía. Esta situación, al menos de forma preliminar, da cuenta de un proceso de transmisión intergeneracional en la medida que representa acciones rituales que deben su origen a las protestas contra la dictadura de los años ochenta y que son reeditadas por jóvenes de la población. Estamos refiriéndonos así a una pista local acerca de cómo la dictadura se levanta en una fecha específica cada año para acoplarse al presente de actores que no lo vivieron, aunque sea de forma sutil y escasamente narrativa. Y gracias a este tipo de antecedentes e indicios, entre otros, suponemos no solo que el pasado dictatorial está presente en la población, más allá de los relatos oficiales que hablan del mismo, sino que se producen también diálogos generacionales en la vida cotidiana del territorio. Un proceso que además ocurre en el contexto de una actualidad intervenida, una que se instaló hace tantos años que ya corresponde a una vida entera para los adolescentes de hoy de la población, su pasado y su presente.

18

Pero hay que tener en cuenta, por otra parte, que el pasado de la población no solo versa sobre lo sucedido en dictadura. O, más bien, no se restringe a los hechos de violencia y el sufrimiento que implicaron. Los orígenes del barrio así como las formas de enfrentamiento a los diversos conflictos que han tenido lugar allí, también atestiguan sobre lógicas comunitarias, solidarias y vecinales que permanecen en la memoria oral de sus habitantes. Tradición promovida por la cercanía relacional que prima en el barrio gracias a que muchos son familiares, amigos o han compartido la misma calle y las puertas abiertas de sus casas toda su vida.

De este modo, se trata de un territorio en el que pasados y presentes se han instalado de forma disruptiva y han afectado la vida cotidiana cargándola de excepcionalidad, en el contexto de un particular tejido social. Todo lo cual da vida a un campo de memorias diversas que confluyen: vecinos antiguos que recuerdan cómo se construyeron las primeras casas; los que hablan de los allanamientos y la violencia militar; los adultos que comparan los tiroteos que se viven hoy con los que se oían con Pinochet; los jóvenes que con aparente desinterés político participan de las fogatas, pero que con entusiasmo se enfrentan a la policía. Memorias oficiales, dominantes, hegemónicas, memorias locales, memorias silenciosas, memorias subterráneas, memorias narrativas, memorias orales, memorias encarnadas, todas ellas operan y son puestas en común, transmitidas en gran medida en el transcurrir de la vida cotidiana.

Es así como hasta aquí hemos desarrollado los antecedentes y supuestos sobre el territorio que dan soporte a esta tesis y que podrían sintetizarse de la siguiente manera: a) el carácter emblemático del

barrio otorgado tanto por su pasado como por su presente, ligado a lo cual se asume la existencia de memorias también emblemáticas; y b) el particular tejido social y la tradición comunitaria que lo caracterizan que definen en parte su vida cotidiana, y que brindan condiciones específicas para la transmisión intergeneracional de sus memorias.⁶

Ambas asunciones nos permiten plantear como pregunta directriz de esta investigación: ¿Cómo se construyen y transmiten intergeneracionalmente las memorias de la dictadura en la población La Aurora?

Para construir su respuesta, asimismo, hemos trabajado sobre la base de tres hipótesis. En primer lugar, la idea de que el sentido social del presente se constituye en relación al pasado. En segundo término, que la memoria se configura a través de diferentes agentes sociales. Y por último, que en los procesos de transmisión de la memoria entre generaciones, aquellas conmemoraciones que tienen un carácter marginal son condición para la modificación, para la re-interpretación del pasado.

Teniendo en consideración entonces estos supuestos, pregunta guía e hipótesis, definimos como objetivo central de la tesis: **comprender cómo se construyen sentidos del pasado de la dictadura y cómo éstos se transmiten entre generaciones en la vida cotidiana local.** Y en el marco que otorga esta búsqueda, nos interrogamos más específicamente: ¿Cómo se hace memoria de la dictadura en la población? ¿Qué formas de emergencia toma ese pasado para hacerse presente? ¿Cómo es recordado por los habitantes antiguos del barrio y cómo por los jóvenes que no lo vivieron? ¿De qué forma y a través de qué sentidos del pasado reciente se establecen vínculos con el presente de la población? ¿De qué manera los modos a través de los que se hace memoria del pasado dictatorial permiten transmitir, comunicar, poner en diálogo con las generaciones jóvenes? ¿Cuándo podemos hablar de transmisión de memorias del pasado reciente?

Nos situamos por tanto en el campo de estudios de memorias de pasados violentos y transmisión intergeneracional, considerando estos procesos en un nivel local, es decir, en un barrio particular. Esto quiere decir que construimos una pesquisa cuyo objeto de estudio no es tanto la población - aunque sus características históricas y presentes deben ser recogidas y analizadas-, sino la construcción de sentidos del pasado y la comunicación entre generaciones que la cotidianidad de dicho territorio posibilita y produce.

En este sentido, cabe apuntar que siendo nuestra meta, nuestro punto de llegada, la pregunta por la transmisión en el ámbito local, se hace necesario considerar las diversas formas en que el pasado aparece, se hace presente, se elabora en la actualidad cotidiana de la población. Y sin perder de vista el hecho que éstas interactúan, se entremezclan, conforman redes y poseen capas. Algo que instala

⁶ Estos supuestos acerca del territorio, han sido contruidos desde la experiencia etnográfica y los antecedentes revisados a lo largo del trabajo de campo realizado para la tesina que es parte de este estudio como primera fase. Un trabajo que fue leído el año 2012 como finalización del Máster en Antropología y Etnografía (Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, 2010-2012).

la necesidad de no focalizar únicamente en un tipo de memoria particular, o bien, en dos que se contraponen.

Dice Hertz (2017: 122) en sus memorias: "diversos actores han querido instalar en el discurso la idea de que la recuperación de la democracia en Chile se hizo a través de las cúpulas partidarias y algunos dirigentes llegados a la hora undécima, lo que no es exacto. La recuperación fue posible gracias al movimiento popular, el que —después de haber sido avasallado por el golpe— se reconstruyó paso a paso desde los primeros días de la dictadura con las orgánicas clandestinas que sobrevivieron al golpe, especialmente la del PC, con los esfuerzos de los curas obreros, los párrocos locales y sus bases, así como la de cientos de luchadores sociales que dedicaron su vida a organizarse y resistir".⁷ De estas palabras se desprende que su libro representa una reivindicación de aquellas memorias que versan sobre lo olvidado por la transición, sobre lo no contado o al menos no con la suficiente visibilidad y relevancia que merece como parte de la construcción del relato histórico necesario a ojos de la autora, de lo que sucedió en Chile en los últimos 50 años. Resistencia, lucha, movimiento popular, clandestinidad, historias que desde esta voz formaron la base relegada y auténtica para la restitución de la democracia. El texto, en efecto, se titula "La historia fue otra".

Nos referimos con esta alusión a una línea de denuncia, testimonio, narración, y exploración en el campo de las memorias que teniendo como objetivo inicial, o generándose como producto de las mismas indagaciones, abordan la existencia de dos modos de memorias: unas oficiales, dominantes, emblemáticas, públicas y otras alternativas, calladas, silenciadas, invisibilizadas.

Tal como argumenta Da Silva Catela (2003: 21), la memoria pública (oficial, nacional y/o local) prevalece en la medida que es ejercida, producida y distribuida por quienes poseen capitales políticos y culturales para hacerlo. Sucede que las memorias subterráneas, aquellas que no poseen dicho nivel de visibilidad y envergadura, no se imponen en el espacio público y se mantienen circulando por canales más privados, locales y familiares, aunque pueden llegar a desestabilizar y disputar el monopolio según determinados contextos. En esta línea de argumentación, las memorias locales y subterráneas suelen basarse en la experiencia y, en ese sentido, tener un carácter específico que contrasta con el generalizador de las oficiales. Así, "frente a las memorias oficiales y nacionales, que "comprimen", "absorben", "juntan" y "generalizan", las locales "identifican", "seleccionan", "dispersan" e "individualizan".

Ahora bien, aunque las memorias oficiales generalmente se identifican con las narrativas construidas y promovidas por el Estado, las mismas que van resultando de las políticas institucionales de rememoración, es cierto que a nivel local ésta puede deber su presencia pública a otros soportes y agentes. Dicho de otro modo, aquellas memorias que son reconocidas como oficiales a escala

⁷ Abogada y recientemente electa diputada chilena por el partido comunista. Su trayectoria gira principalmente en torno a la defensa de los Derechos Humanos, siendo parte durante de la dictadura de la Vicaría de la Solidaridad y otras instituciones de similar carácter. La represión militar la tocó de manera directa ya que su esposo fue torturado y hecho desaparecer en 1973. El año 2017 publicó un libro con sus memorias.

nacional pueden no serlo más localmente, y al mismo tiempo, otras memorias más marginales en el relato público mayor allí podrán constituirse como emblemáticas.

El análisis de los distintos tipos de memorias, sobre todo en términos de grados de oficialidad y relaciones de poder, se torna relevante en tanto que a través de dichas dinámicas de jerarquía y juego de fuerzas se van configurando las políticas de memoria de nuestras sociedades. Tanto aquellas que operan estratégicamente como las que se construyen desde la táctica que inunda la vida cotidiana (Reyes, 2009). Sin embargo, se trata de una línea de reflexión que también puede generar lecturas dicotómicas, tal como lo señalan Argenti y Schramm (2010). Al respecto, estos autores advierten que una aproximación dual de la memoria y la contra-memoria, genera una fijación de los sujetos que oscurece las complejidades propias de las prácticas conmemorativas. Con esto, hablamos de un efecto que mermaría las posibilidades de pensar la densidad de la construcción de memorias, de la existencia de tramas y las oportunidades que éstas entrañan para la transmisión. Sobre este riesgo igualmente advierte Portelli (2013: 3 y 16), cuando al abordar la existencia de una memoria local dividida en un pueblo italiano explica que: “cuando hablamos de memorias divididas, no debemos pensar en solo una oposición entre una memoria comunitaria “espontánea” y “pura”, y una memoria “oficial” e “ideológica” (por lo que una vez deconstruida esta última podríamos implícitamente dar por válida la autenticidad de la primera, al considerarla fruto de la experiencia directa). En realidad, estamos trabajando con una multiplicidad de fragmentos y memorias divididas internamente, y todas ellas están, de alguna manera, ideológica y culturalmente mediadas”. Así, según este autor, sucede que las oposiciones no solo se encuentran entre, sino también dentro de las memorias. Y en este sentido, sostiene que incluso consideraciones como la de una memoria dividida, deben “ampliarse y radicalizarse para definir no simplemente la dicotomía (y su jerarquía implícita) (...) sino una multiplicidad fragmentada de memoria diversas”.

El análisis de esa complejidad en cuanto a redes y capas se vuelve objeto en este trabajo, para pensar allí la transmisión intergeneracional a nivel barrial. Es decir, abordamos la convergencia entre tramas de memoria y localidad, porque entendemos, siguiendo a White (2000: 506), que “cualquiera que sea la fuente de autoridad de las historias narrativas, es su expresión en contextos particulares, en relación con otros textos y voces, lo que brinda la oportunidad de estudiar la importancia para las personas y comunidades”. Una consideración que adquiere relevancia si se tiene en cuenta además que, como plantean Del Pino y Jelin (2003), el nivel local ha acaparado menor atención que los procesos nacionales de construcción de memoria del pasado conflictivo, sobre todo en los primeros años después de recuperada la democracia en los países del Cono Sur.

2. Trayectoria, aproximación y escritura etnográficas

Tal como queda en evidencia según lo dicho hasta aquí, uno de los elementos que se ha tenido en cuenta para diseñar e ir desarrollando el proceso etnográfico y analítico, ha sido el tipo de territorio. Como dijimos en el apartado anterior, la localidad que constituye este estudio de caso posee un presente particular que podemos sintetizar como intervenido y ocupado por el Estado,

principalmente por su brazo de fuerza, la policía. Una situación que se extiende desde el año 2001 hasta la actualidad y que ha propiciado la constitución de un escenario conflictivo que hace que la represión y el dolor no solo formen parte del pasado del cual buscamos comprender su construcción actual. Dadas estas condiciones, esta investigación intenta sintonizar con lo propuesto por Han (2012) para una escritura antropológica que reconoce el sufrimiento. Al hacerlo, dice la autora, ésta se vuelve una labor que involucra y responde a una vida y un mundo específico, en lugar de centrarse meramente en las representaciones del sujeto que sufre. De esta manera, se crea un compromiso que abre el pensamiento hacia la experiencia del tiempo en relación a la violencia y a los límites de la vida cotidiana. En nuestro caso, cabe señalar, aunque el objeto de indagación no son las condiciones actuales de violencia en el territorio, sí éstas corresponden a uno de los elementos más relevantes que constituyen la cotidianidad actual por lo que definirán también la percepción del transcurso temporal. Dicho de otra manera, en la población La Aurora el estudio del pasado, de la construcción de sus sentidos y, sobre todo, de los procesos de transmisión entre generaciones, implica preguntarse no solo por cómo se recuerda, sino también por las condiciones de posibilidad que brinda el presente para que ello suceda. Y, más ampliamente, las opciones que da para establecer relaciones con eso que ya aconteció, con lo que sucede cada día y con lo que se espera y proyecta.

Otro cuerpo de reflexiones que ha ido dando forma al trabajo etnográfico y al tipo de aproximación, tiene relación más específicamente con el problema de la memoria y la transmisión. Ricoeur (2003) sostiene que la memoria en su fase declarativa entra en el lenguaje siendo eso lo que la hace común y pública. Si la preocupación última de esta investigación es el diálogo y transmisión intergeneracional debemos buscar justamente aquellos espacios donde las memorias sean comunicadas. Ahora bien, debemos tener presente que esa posibilidad no necesariamente responde a la existencia de un deber ético, ni solamente a una acción elaborada a partir de la intención y ejecutada estratégicamente. Puede también ser efecto de una conducta espontánea, de una palabra dicha al pasar, de una acción improvisada. Todo ello, la circulación y puesta en común de las diferentes formas de memoria, y el despliegue de los procesos de rememoración entre distintos grupos de edad y generaciones, sucederá primero en la esfera cotidiana. Aquel espacio en el cual es posible encontrar las experiencias, en el que convergen "las temporalidades disgregadas de nuestras existencias. Búsqueda de una experiencia común, o lo que es lo mismo: de *un tiempo realmente común* (Giannini, 1987: 18-19).⁸ Es en dicho universo, en efecto, donde distintas generaciones coinciden e interactúan. Es la arena donde, como plantean Schütz y Luckmann (1977), se dan interacciones entre distintos tipos de semejantes: entre simples "contemporáneos" que comparten un tiempo, pero no un espacio; con aquellos que se vive un vínculo directo, los "asociados"; con quienes se convertirán en "predecesores" y permitirán la extensión de la temporalidad cotidiana hacia el pasado; y, finalmente, con aquellos que serán los "sucesores" y la amplificarán hacia el futuro. Es en dicha convergencia cotidiana donde se hacen posibles en primera instancia las interacciones, diálogos, negociaciones e interpretaciones que construyen y transmiten memorias, en este caso, en un ámbito local.

⁸ Cursivas originales.

Estos nudos reflexivos que aquí sintetizamos para sostener y argumentar una aproximación desde la vida cotidiana (en torno al territorio, por un lado, y a la memoria y la transmisión, por otro), no responden a un diseño previo. Fueron tomando forma a medida que avanzaba el trabajo de campo y los primeros acercamientos a la población y el tema. Por decirlo de alguna manera, fue la vivencia de La Aurora la que me hizo tomar esa dirección, la experiencia del habitar su habitualidad presente.

Es así como la vida cotidiana se vuelve el terreno desde el cual iniciar la indagación, en la medida que permite articular una mirada que busca, rastrea, atiende a las variadas formas que los recuerdos locales toman. Asumimos, por consiguiente, que será ésta una de las esferas relevantes de la vida de los habitantes del territorio donde las diversas memorias interactúen entre ellas y con las situaciones contingentes del presente, así como con las diferentes posiciones generacionales. De todas maneras, esto no quiere decir que la investigación quede restringida al análisis de los modos puramente cotidianos de rememorar, dejando fuera, por ejemplo, a aquellos procesos intencionados institucionalmente. Más bien, quiere decir que se toma el universo ordinario como espacio en el que memorias oficiales, públicas, subalternizadas, subterráneas, personales, compartidas, etc. se encuentran, se mezclan o no, se enfrentan, dialogan, etc. De este modo, a lo largo del estudio se va constituyendo una aproximación fenomenológica en el sentido que uno de sus focos principales es la experiencia ordinaria local y cómo allí se hace presente un determinado pasado. Una experiencia que además se encuentra fuertemente vinculada al territorio. Y en esta empresa la etnografía se vuelve un camino natural, en tanto que es aquello que permite atender más en profundidad a la producción barrial de memorias, los diálogos generacionales, así como experimentar el territorio y su cotidianidad dentro de los límites, claro está, que impone mi propia extranjería.

Si por otra parte consideramos un campo más amplio de estudio para inscribir este trabajo, hablamos de aquel que comprende los procesos de memoria, conmemoración y transmisión en sociedades post conflicto. Allí ubicados, se busca aportar justamente desde la consideración de los elementos mencionados arriba, o sea, una localidad particular caracterizada por un presente conflictivo y la productividad de la vida cotidiana. Dos factores que usualmente son dejados de lado por las líneas de análisis que privilegian las formas institucionales de rememoración, las políticas de memoria, las narraciones públicas o las subterráneas como su contraparte, o bien, las conmemoraciones oficiales como focos de pesquisa.

Por otro lado, es importante señalar que la investigación que aquí se presenta es resultado de un recorrido cuyo proceso inicial fue la elaboración de la tesina de master, trabajo que dio pie y produjo las primeras intuiciones, esbozos temáticos y problemáticas que luego se ampliaron y profundizaron en el desarrollo doctoral. Como toda indagación antropológica, se encuentra atravesada por una experiencia, mi acercamiento y permanencia en el territorio. Si bien mi llegada a la población tuvo por motivo esa primera exploración etnográfica, el camino posterior trasciende ese objetivo para transformarse en un vínculo permanente de trabajo y amistad. Ese primer momento de relación con el barrio fue posible gracias a un colectivo local. Un grupo de vecinos y amigos que luego de años de labor ejecutando talleres con niños en distintos espacios, construyó un teatro como núcleo propio

para habitar y pensar la población, intentando vincular la memoria local y las artes escénicas. A partir de esa experiencia inaugural ocurrida en el año 2011 y gracias a la relación fundada, un año después se me invitó a ser parte integrante del grupo, vínculo que duró hasta el 2015, cuando partí para dedicarme a terminar el proceso de estudio. Gracias a ese trayecto no solo pude realizar el trabajo de campo, ello también me permitió ser parte de procesos investigativos y creativos que buscaban analizar e interpretar la realidad poblacional. Si bien se trata de variadas experiencias, aquí y a lo largo de las páginas que siguen muchas de ellas no se mencionan ni exponen para resguardar en la medida de lo posible el trabajo de un grupo que es autónomo e independiente de este proceso "personal".

Desde luego que este itinerario de relación con la población, participación en una organización local y estudio antropológico, no ha sido fácil. Diversos elementos han conformado un proceso complejo dentro del cual el trabajo en el teatro y el desarrollo del proceso etnográfico nunca pudieron separarse del todo, a pesar de los esfuerzos por clarificar esos límites. Mi experiencia en el barrio atraviesa y da vida a esta tesis, así como ésta se encuentra cruzada también por mi pertenencia al colectivo y los vínculos y vivencias que ello me permitió, una de las cuales es el haber sido parte con mayor implicación e intensidad de un taller específico allí desarrollado.⁹ No obstante, se trata de fronteras que a ratos se hacían necesarias por las dificultades propias de un territorio marcado hace años por la presencia de agentes sociales y policiales, y estigmatizado principalmente por autoridades y medios de comunicación. Todo lo cual permea las relaciones que se establecen entre "forasteros" y pobladores, instalada la desconfianza hacia todo aquello que huele a investigación, entrevistas, estudios, etc. Un contexto que de la misma manera afecta y preocupa a las organizaciones, porque también ha generado fracturas en y entre ellas en el pasado.

Ferrándiz (2010) sostiene que en la indagación etnográfica en escenarios de conflictos, violencia y sufrimiento social las cautelas deben ser extremadas, porque el campo se torna minado y tramposo, y nos presentará obstáculos y dilemas éticos que deberán ser enfrentados, anticipados y desactivados. En La Aurora y como parte de un colectivo local, esa complejidad tuvo lugar y estimuló momentos de quiebres, fisuras, recomposiciones y toma de precauciones. Como producto y respuesta a todo ello, el texto que aquí presentamos contiene ciertos cuidados que buscan proteger la privacidad y confidencialidad del territorio, los vecinos, los entrevistados, las organizaciones, así como las relaciones que se construyeron y hasta hoy se mantienen. Describir y reflexionar en torno un espacio señalado por las autoridades y los medios de comunicación, corre siempre el riesgo de contribuir de forma involuntaria a esos procesos de estigmatización. En este sentido, los resguardos a los que hacemos mención, aunque entendemos que no pueden asegurar un uso no proyectado de este trabajo, también tienen el objetivo político de intentar evitarlo. En esta línea, todos los nombres incluido el de la misma población han sido cambiados. Corresponden a denominaciones ficticias de manera de volver anónimas las voces de quienes entrevisté formal e informalmente, con los que

⁹ Se trata de un grupo de adultos mayores que luego de haberse iniciado en un taller de artes escénicas decidieron identificarse como compañía de teatro. Ellas y ellos conformaron, y continúan haciéndolo, mi núcleo de pertenencia a la población.

compartí desde una conversación hasta un susurro al pasar, así como de aquellos testimonios que recogí de fuentes públicas. Aunque estas precauciones puedan no ser suficientes, la intervención y ocupación policial, la figuración en medios de comunicación, la cantidad de investigaciones académicas y periodísticas que se han escrito y que han servido para diagnósticos gubernamentales, las hacen imperativas. De esta misma manera y siendo consciente de su valor potencial como material de campo que podría haber sido presentado en este texto, no se incluyen imágenes o registros audiovisuales de ningún tipo, ni del barrio ni del trabajo del grupo.

A lo largo de esta experiencia en la que investigación, activismo local y vínculos de amistad inevitablemente se superpusieron, se realizó un proceso etnográfico de producción de datos dentro del cual se cuentan prácticas y métodos específicos como: entrevistas en profundidad; relatos de vida; recopilación de documentación histórica, escrita y audiovisual sobre la población, su pasado, su presente y específicamente sobre lo sucedido en dictadura; observación y participación de actividades de conmemoración el día 11 de septiembre; observación y participación de actividades culturales organizadas por colectivos locales y gubernamentales; revisión de prensa sobre la población; y un registro fotográfico y de campo de las marcas territoriales de memoria de la dictadura en la población. Todo en el marco de un “habitar” el territorio constituido por visitas diarias o semanales a lo largo de casi 3 años de vínculo (desde fines del año 2012 a mediados del 2015) que siguieron a la primera aproximación ya mencionada. En este lapso, se combinó la labor vinculada a lo realizado por el colectivo local y el trabajo más específico para la investigación doctoral, aunque éste tuvo una intensificación y profundización durante los últimos 6 meses.¹⁰

Una vez finalizada esta etapa de campo en Chile, comenzó la escritura más propiamente analítica, teórica e interpretativa, llevada a cabo en Barcelona. En ella y luego de diversos ejercicios de construcción etnográfica, se fueron configurando tres grandes ejes analíticos que finalmente son los que vertebran este texto. A medida que la reflexión fue avanzando, cada uno de ellos se fue constituyendo en una línea de argumentación que aunque se vincula con las otras, bien puede ser leída de manera independiente, generando razonamientos y propuestas que finalmente en el capítulo conclusivo son articuladas. Esta estructuración, cabe aclarar, no responde a una distinción hecha a priori y siguiendo un determinado criterio que permitiera categorizar. Respondió más bien a un proceso inductivo que fue dando lugar, primero, a inquietudes en forma de núcleos temáticos y, luego, a ejes a ser desarrollados en profundidad y con cierta autonomía. Estos ejes corresponden al cuerpo central de la tesis, los capítulos 2, 3 y 4.

El primero de ellos, el capítulo 2, instala la idea del fragmento como forma de memoria. Describe a qué nos referimos con esta noción, los modos que toma en el ámbito local, de qué manera aparecen, revisa algunos planteamientos que lo han abordado e interpreta su rol como micro-narraciones en los procesos de diálogo y transmisión entre generaciones desde la etnografía.

¹⁰ Una descripción más detallada de la fase de campo se puede encontrar en el apartado Anexo Metodológico.

El capítulo 3, por su parte, aborda una preocupación que fue tomando cada vez más gravitación a pesar de no haber sido una problemática inicial en la formulación del proyecto: los diversos tipos de violencias, pasadas y presentes que se han instalado e impuesto en la población. No obstante, el objetivo en este apartado no es analizar y diferenciar los tipos de violencias en sí mismos, más bien corresponde a una especie de análisis transitorio, pero ineludible en tanto nos permite pensar las consecuencias que tienen en la vida cotidiana y la temporalidad. Y, con ello, sus efectos en los procesos locales de construcción de memoria y transmisión intergeneracional.

El último de los ejes de análisis se desarrolla a lo largo del capítulo 4, el que se constituye como el más cargado etnográficamente. En él se describen y analizan en profundidad las diversas formas de emergencia del pasado reciente en la vida cotidiana de la población que se constataron empíricamente, intentando comprender el lugar de cada una y las relaciones que se establecen como parte de una trama de memoria local.

A estos tres apartados los antecede una problematización teórica, el capítulo 1. Allí, se dibuja más en detalle el campo de estudio en el que se inscribe y fundamenta la investigación, y se profundiza en los supuestos y lineamientos aquí deslizados.

Finalmente, en las conclusiones el trabajo se cierra con algunas reflexiones finales construidas para sintetizar y poner en relación lo dicho de manera más clara, amarrar los cabos sueltos que deja el cuerpo extenso de la tesis, y subrayar aquellas ideas que se consideran más relevantes para responder los objetivos y preguntas de estudio. También para esbozar futuras líneas de exploración que se puedan abrir.

La escritura de estas secciones fue compleja en la medida que el tipo de aproximación implica una cercanía con procesos propios de la vida cotidiana que al ser descritos y analizados en articulación conceptual e insertados en discusiones teóricas más amplias, corren el riesgo de perder la riqueza de ese apego a la situación. En todo un desafío se transformó entonces la búsqueda de ese equilibrio, dicho en palabras de Geertz (1994), entre conceptos próximos y conceptos distantes a la experiencia. Y es que si bien es cierto que toda descripción es interpretación de lo vivido y observado, y toda etnografía pone en relación voces ajenas, descripciones propias y corpus teóricos, se vuelve imperioso no homogenizar, generalizar, sobre-interpretar, ni cosificar lo estudiado. La forma de resolución que aquí presentamos se basa en la introducción en el texto de dos tipos de retazos: testimonios y descripciones de campo. Se utilizan estos fragmentos también de dos maneras. En algunos momentos la voz del otro se recoge e interpreta a la luz de una discusión teórica y es vinculada con algunos conceptos, ejercicio que se realiza no solo respondiendo a aquello que se dice, sino también al contexto que dio pie al relato y a otras voces silenciosas que permiten sostener el análisis. En otros pasajes, como segunda forma de inserción del fragmento, se introducen viñetas etnográficas con descripciones más detalladas de situaciones que impulsan, iluminan y permiten la reflexión. Con todo, intentamos que articulación teórica y material de campo dialoguen, a ratos en los términos impuestos por los conceptos y en otros simplemente con la palabra de las entrevistas y

las notas etnográficas por sí solas. En definitiva, estos recortes y principalmente las viñetas, no solo buscan servir a la línea de argumentación, sino permitirle al lector situarse, ubicarse allí donde es posible observar. Y en esa labor sus sentidos no son unívocos, por lo mismo a ratos puede hacerse necesario volver a ellos en otros tramos del texto y a propósito de otras temáticas.

CAPÍTULO 1: Construcción del pasado y transmisión intergeneracional

1. Haciendo memoria a través de narraciones

A lo largo del trabajo de campo y los años estando en la población, unas de las cosas que más requirió y envolvió mi atención fue escuchar historias. Desde aquellas que nacían espontáneamente en cualquier esquina del barrio hasta las que parecían no terminar en las largas horas de encuentros vespertinos alrededor de una taza de té y un trozo de pan, en la tradicional y cotidiana hora de once. Y es que habitar un territorio es también sumergirse en ese ir y venir de historias que se –y nos-*cuentan*, que se nos aparecen en un encuentro casual, se plasman en sus muros o registros escritos, o se prevén y planifican a la hora de preguntar sobre la vida en el barrio.¹¹

Dice Gianinni (1987) que la conversación se diferencia de otros tipos de intercambios lingüísticos en tanto no tiene como principio rector ni la reposición de la verdad, como sería el caso del diálogo, ni el triunfo del argumento ajeno, como la discusión. Conversar no comparte dichas pretensiones, más bien se realiza por un simple placer aquel que se desprende de la posibilidad que brinda de acoger las vivencias de quienes participan, acoger y ser acogido. Con ello se configura un espacio de hospitalidad humana en el que cada subjetividad puede exponer experiencias de vida, pasados propios y ajenos, en el transcurso de un presente compartido. La importancia de esta práctica cotidiana, por efímera que sea, estriba entonces en su carácter afable y placentero. Allí, tienen cabida las historias de los interlocutores, suelen desplegarse diversos relatos sobre pasados remotos y recientes, sobre conocidos y desconocidos, sobre la propia vida, se hace comprensible la existencia y las situaciones que la componen ante los otros.

30

Pero ¿cómo se comunican –y, antes aún, se configuran- las experiencias para poder ser puestas, expuestas, en el espacio del intercambio habitual? Una pregunta que se hace pertinente en la medida que no es una vivencia “pura” aquello que se ofrece, que se pone a disposición del espacio común, es una configurada de una manera propiamente humana. En este sentido, la conversación delata un rasgo fundamental de nuestra condición en tanto que representa el espacio donde se practica la narración en su versión más cotidiana, siendo ésta la forma elemental por la que damos sentido al mundo (Ricoeur, 1987; Bruner, 1995; Gergen, 1994; Augé, 1998). En efecto, ordenamos y comprendemos aquello que nos rodea de forma narrativa, lo que a su vez supone que construimos dicha realidad por medio del lenguaje, articulada a través de significados. Estamos hablando, de esta manera, desde una perspectiva que entiende que el lenguaje no representa ni refleja una realidad externa al sujeto, como se hace desde planteamientos más cognitivos y representacionistas. Más bien permite su creación mediante un movimiento constante entre nuestra necesidad de explicarnos el mundo a través de conceptos, categorías y narraciones, y la construcción que al mismo tiempo hacemos de la realidad gracias a ellas. Los relatos e historias, por consiguiente, son vehículos que nos permiten hacer, y hacernos, el mundo inteligible (Berger y Luckmann, 1986).

¹¹ En Chile, “tomar once” se refiere a la práctica típica de merendar en el transcurso de la tarde, entre la comida y la cena. Generalmente consiste en un trozo de pan o galletas acompañado de una taza de té o café, se puede hacer en solitario o aprovechar la ocasión para reunirse.

Las narraciones según Bruner (1995: 73) nos brindan la posibilidad de organizar, de estructurar la experiencia haciéndola “perdurable”, actividad que es sin duda social. Para este autor resulta evidente que los seres humanos en el proceso de comprensión de los fenómenos culturales, no se enfrentan “al mundo acontecimiento por acontecimiento; o a un texto, frase por frase. Los acontecimientos y las frases se enmarcan en estructuras mayores (...) [y] estas estructuras mayores proporcionan un contexto interpretativo para los componentes que abarcan”. Las narraciones se vuelven así un lugar privilegiado, como estructura y contexto, para la interpretación, elaboración y negociación de significados, componente central de la vida social y cultural humana.

Esta centralidad de la narración en el proceso de construcción y negociación de significados que es inherente a la condición humana tiene como aspecto clave su papel a la hora de interpretar aquello que se escapa de los sentidos usuales de la cotidianidad. A través de las narraciones desplegadas en la interacción social principalmente se crean y recrean sentidos de lo ordinario. Nos permiten aprehender lo que es culturalmente canónico, pero sobre todo es gracias a ellas que podemos interpretar el significado de aquello que en ese marco se vuelve inusual, inesperado, excepcional, aquello que se desvía de lo que ha sido construido culturalmente como “normal”. Eso que, como diría Giannini (1987), adviene e irrumpe por caminos no transitados para instalarse en lo que pasa tranquilamente todos los días. Se configura de esta forma una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió, lo usual y lo imprevisto, lo corriente y lo excepcional, siendo la narración un modo de dominar las transgresiones de lo que es habitual (Bruner, 1995, 2003). Allí, contar historias corresponde a “nuestro instrumento para llegar a un acuerdo con las sorpresas y lo extraño de la condición humana. Como también con nuestra imperfecta comprensión de esa condición. Las historias hacen menos sorprendente, menos arcano, lo inesperado, le dan un aura análoga a la cotidianidad. “Es extraña esta historia, pero tiene un sentido, ¿no es cierto?”” (Bruner, 2003: 126).

Acontecimiento, acción humana y narración están por consiguiente íntimamente relacionadas. Desde niños aprendemos a dar sentido narrativo al mundo que nos rodea, a organizar de esta manera la experiencia, nos permiten comprenderla, significarla y ubicarla dentro de un universo de sentido que ha sido colectivamente construido (Gergen, 1994; Bruner, 1995).¹² Es más, podríamos sostener junto a Bruner que esta capacidad humana cognoscitiva e interpretativa de organizar de modo narrativo es aquello que justamente permite que las vivencias individuales se vuelvan colectivas, es decir, lo que hace posible una vida común.¹³ O dicho en palabras de Sarlo (2005: 29), no hay experiencia sin narración porque es el lenguaje aquello que la libera de su mudez al tiempo que la rescata de su carácter inmediato. Así, “la narración inscribe la experiencia en una temporalidad que no es la de su acontecer (amenazado desde su mismo comienzo por el paso del tiempo y lo

¹² Bruner incluso plantea que los seres humanos tenemos una predisposición primitiva e innata para la organización narrativa que nos permite comprenderla y utilizarla de modo fácil y rápido. Un impulso humano para dar sentido y organizar la experiencia de un modo narrativo que la cultura, la socialización en las prácticas narrativas, viene a potenciar y dotar de nuevas herramientas, formas de contar e interpretar.

¹³ Y es por ello que este autor también considera que el “método de negociar y renegociar los significados mediante la interpretación narrativa (...) es uno de los logros más sobresalientes del desarrollo humano, en los sentidos ontogenético, cultural y filogenético de esa expresión” (Bruner, 1995: 75).

irrepetible), sino la de su recuerdo”, fundando con ello una temporalidad que se actualiza cada vez que se repite y haciendo entonces la experiencia comunicable, posibilitándola para ser compartida.

La condición narrativa de la experiencia humana permite, además, que nuestras acciones puedan comprenderse en tanto que se las sitúa temporalmente, en un contexto de situaciones precedentes y consecuentes, articuladas como parte de una secuencia global dirigida a una meta. Para Gergen (1994: 163-164), esta característica le otorga a las exposiciones narrativas un lugar clave en la acción y la vida social ya que “hacen que los acontecimientos sean socialmente visibles y establecen característicamente expectativas para acontecimientos futuros. Dado que los acontecimientos de la vida cotidiana están inmersos en la narración, se van cargando de sentido relatado: adquieren la realidad de «un principio», de «un punto grave», de «un clímax», de un «final», y así sucesivamente. Las personas viven los acontecimientos de este modo y, junto con otros, los clasifican precisamente así”. Esto quiere decir que la narración no debe entenderse como una forma de organización de la experiencia que el ser humano utiliza como instrumento o herramienta para comprender el mundo, dentro de otras posibles. Se trata más bien, y tal como sostiene Ricoeur (1987: 117), de la respuesta a una necesidad transcultural de aprehender el carácter temporal de la existencia humana. Nuestras acciones y los sucesos que nos rodean tienen un carácter temporal del que solo podemos dar cuenta narrativamente. El tiempo, su estructura, no puede observarse directamente, aprehenderse intuitivamente. O, dicho de otro modo, “el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal”.

En efecto, nos contamos el mundo y nuestro actuar en él. Con mayor o menor grado de estructuración desde los relatos literarios hasta las anécdotas más cotidianas, incluidos los síntomas como dice Ricoeur (1999) a propósito del psicoanálisis, construimos narraciones. Utilizamos una forma de articulación argumentativa de la que nos gustaría relevar dos características vinculadas entre sí: su carácter histórico y culturalmente contingente, y su organización en una trama (Gergen, 1994; Bruner, 1995; Cabruja, Vásquez e Íñiguez, 2000).

Y es que aunque sostenemos que la forma narrativa de aprehender el mundo y dotar de sentido la experiencia en él es parte de nuestra condición, cabe destacar que la narración y las formas convencionales que adopte para lograr el cometido de hacer inteligible la acción humana, están ancladas en una cierta cultura, serán determinadas por una tradición. Una premisa que vale para las narraciones en sus distintos niveles, desde el relato literario, los sentidos que se crean del yo y de uno mismo, hasta aquellas que pueblan el día a día. Y que permite comprender y analizar aquellos elementos que serán propios de cada cultura, tal como lo hace Gergen (1994) cuando identifica aquellas características que definen una narración “bien formada” en nuestras sociedades occidentales. Allí, ciertos ingredientes serán críticos como la relevancia de los acontecimientos relatados, la ordenación y coherencia en sus vinculaciones, y la existencia de signos que nos hablen de un principio y un final. Estos rasgos, así como nos hablan de una forma convencional de narrar, también permiten detenernos en la segunda característica de la narración que pretendíamos

destacar, esto es, la importancia de la configuración global del relato, o sea, de la trama. Incluso si pensamos desde la intuición y nuestro acercamiento cotidiano a las historias, podemos percibir que las conexiones entre los componentes de un relato tendrán un papel central a la hora de permitir la construcción de sentido. Esto porque el significado de las partes no se define por su carácter de verdad o falsedad en el contenido, sino que se desprende de la vinculación entre ellas, del lugar que ocupen en la totalidad (Bruner, 1995). En definitiva, se trata del proceso constitutivo del propio relato, la articulación de los distintos componentes que lo conforman, una invención en el discurso que representa una "síntesis de lo heterogéneo" en la que "fines, causas y azares se reúnen en la unidad temporal de una acción total y completa" (Ricoeur, 1987:33). Una operación que unifica y construye una congruencia entre las distintas piezas dispersas, como son las circunstancias, objetivos, medios, iniciativas, interacciones, imprevistos, etc. que pueden verse involucrados en la acción humana, haciéndola así comprensible.

La importancia de la trama se clarifica aún más si se comprende a la luz de la propuesta que realiza Ricoeur (1987) respecto del problema de la relación entre tiempo y narración, y la forma en que lo resuelve. El autor utiliza la idea de mimesis como un proceso que desgrana en tres momentos. Estos, más que fases corresponden a distinciones analíticas pues son parte de un encadenamiento que hace imposible separarlas como tales. A través de la mimesis todo aquello que involucra la vida humana (acontecimientos, imágenes, eventos, acciones, etc.) pueda ser configurado y presentado en la interacción social, en este sentido también puede ser entendida como mediación. La experiencia temporal es re-figurada, de ahí que Ricoeur lo conceptualice como función mimética, referencial, o representacional, aunque este término no implica exterioridad del acontecimiento, sino producción.

En el dibujo que este autor realiza para explicar este proceso, el primer momento lo denomina *mimesis I* y corresponde a la posibilidad que tenemos de comprender el hacer humano, entendimiento que es previo a la construcción misma del relato. Dicho de otra manera, refiere a que la acción se encuentra articulada en signos, reglas y normas, lo que hace posible que el ser humano sea capaz de tener una pre-comprensión de la misma. Una prefiguración, saber lo que significa en un determinado universo de significados, conocer su semántica, su realidad simbólica. La *mimesis II*, en seguida, representa la construcción de la trama, el instante y actividad de la configuración que integra los distintos elementos singulares y dispersos en tiempos y espacios particulares, con lo cual la vivencia se re-figura gracias a la ficción implicada en la operación. Ficción entendida no en tanto que relato imaginario, sino como la unificación lograda gracias a una trama que es "inventada". De este modo, en la configuración narrativa se combinan dos dimensiones. Una episódica, en la medida que aquellos ingredientes que se ponen en relación son, efectivamente, hechos. Y, por otra parte, una cronológica, otorgada por el acto de agrupar esas distintas unidades en una totalidad significativa, transformar en historia esos episodios (Ricoeur, 1987: 120-134). Es importante consignar, para una adecuada comprensión del argumento, que estos elementos sean acciones, sucesos, situaciones, personajes, etc., no están dados porque, como sostiene Vázquez (2001: 109), "la narración no se elabora mediante la selección de hechos o acontecimientos, sino que los hechos y acontecimientos se convierten en tales a través de la organización narrativa del discurso". De todas

formas, hablamos de una configuración que requiere aún de un complemento, un momento final que corresponde en definitiva a la necesidad de que aquella trama creada sea leída, escuchada, ofrecida y recogida, que tenga su culminación en la interacción con el receptor. Esta fase es lo que Ricoeur (1987) llama *mímesis III*, el encuentro entre el mundo del relato (histórico o ficticio) y el mundo del oyente o lector.

En síntesis, la *mímesis* corresponde al proceso de representación lingüística de naturaleza social entre tiempo y narración que se constituye al encadenar los tres estadios mencionados. Y gracias a él las acciones humanas se cuentan insertas en una totalidad que comprende y dispone los sucesos diversos en una acción completa, un engarzamiento que constituye la historia narrada. Un proceso que es posible gracias a que la actividad humana se encuentra ya mediatizada simbólicamente, o sea, ella misma incorpora una significación que, a su vez, es parte del sistema simbólico que compartimos culturalmente, y que permite que ésta pueda ser interpretada por otros actores sociales. Con ello, en la interacción social se pone a disposición no solo una experiencia si no, en definitiva, el mundo y su temporalidad.

Instalados aquí, esto es, asumiendo la configuración narrativa en nuestra forma de relación y aprehensión del mundo, cabe un apunte disonante que nos permitirá introducir elementos que complejizan y precisan el argumento. Algunos de ellos no quisiéramos perderlos de vista a lo largo de esta investigación. Los cuestionamientos a esta asunción son escasos ya que la construcción narrativa de la identidad y del mundo por parte de los seres humanos se ha instalado ampliamente y desde distintas disciplinas. Eso es justamente lo que constata Strawson (2004) quien además alerta que desde esta concepción de la narratividad humana se han levantado en realidad dos tesis, una psicológica y otra ética. La primera, tiene un carácter descriptivo y empírico y asegura que el ser humano por naturaleza experimenta su vida de forma narrativa como una historia o una colección de relatos, por tanto, desde una perspectiva narrativa. La segunda tesis tiene un carácter normativo en la medida que asume que aquello que plantea la tesis psicológica es algo positivo, se valora como esperable y bueno. Estos dos supuestos pueden asumirse como verdaderos en conjunto o sólo uno de ellos. Frente a esta comprobación la propuesta del autor rechaza ambas asunciones, entre otras cosas, porque suelen sostenerse como pretensiones universales. Su negativa hacia ellas, además se funda en el entendimiento que no todos los seres humanos experimentan su ser en el tiempo narrativamente y que otros modos de hacerlo representan igualmente "buenas maneras" de vivir (respondiendo a la tesis ética). Uno de los argumentos que acompaña estas dos tesis es que la perspectiva narrativa les permite a los sujetos tener una visión de conjunto de la propia vida, lo que a su vez es lo que hace posible otorgar un carácter ético a la misma. Esto implicaría que quienes no pueden construir un relato totalizador carecerían de la posibilidad de dicha evaluación o directamente se transformarían en seres irresponsables éticamente. En este sentido, argumenta Strawson (2004: 429), estas tesis más que explicar la experiencia temporal "obstaculizan la auto-comprensión humana, cierran importantes posibilidades de pensamiento, empobrecen nuestra

comprensión de las posibilidades éticas, innecesaria e injustamente angustian a aquellos que no encajan con su modelo, y son potencialmente destructivas en contextos psicoterapéuticos".¹⁴

Desde este planteamiento, la perspectiva narrativa es una posibilidad de experimentar el tiempo, pero no la única. Implica una serie de elementos que pueden o no añadirse a dos formas básicas de auto experimentarse que son anteriores a la narratividad y que también corresponden a maneras de vivir la temporalidad. Dos modos contrarios: uno diacrónico y otro episódico. Como dice Strawson (2004: 430), el hecho que un sujeto se viva de una u otra forma dependerá de que tenga o no naturalmente la auto percepción de un sí mismo que "estuvo ahí en el pasado y que estará ahí en el futuro". Y dado que no se trata de modos absolutos ni excluyentes, cada ser humano puede experimentarse alguna vez episódica o diacrónicamente aun cuando tenga un estilo predominante de hacerlo. La forma episódica no implica que la vida no esté moldeada por el pasado, más bien se trata de que son sólo las consecuencias actuales de la conformación del pasado aquello que importa, no el pasado como tal. Ahora bien, aun cuando pueda asumirse que la forma diacrónica de ser en el mundo implica un modo también narrativo, este supuesto igualmente parece errado, puesto que según el autor para vivir y experimentarse de forma narrativa no basta con la diacronicidad. Dicho de otro modo, aunque alguien se experimente y vivencie su vida de forma diacrónica, no tendría por qué hacerlo también narrativamente. La narrativa, entendida como una historia contada en palabras, con cierto tipo de desarrollo y unidad temporal o coherencia entre las partes que la componen, implica más elementos todavía que habría que incluir. Entre ellos, un cierto nivel de construcción del relato, la existencia de una trama; una tendencia a la búsqueda de la forma, unidad o patrón; y, como vertiente de ésta, una inclinación a contar historias.

Lo postulado por Strawson que aquí resumimos, lo incluimos porque permite interrogar que la forma narrativa de experimentar el tiempo sea un universal humano o, por lo menos, hacer frente a aquellos énfasis teóricos que definen una manera de narrar como la única. Y, junto a ello, el hecho de que ésta sea además valorada como positiva. Ahora bien, se trata de un cuestionamiento que se construye desde la experiencia de la auto-experimentación, desde la percepción de uno mismo como parte de un todo, de una trama que permite no solo ligar pasado, presente y futuro, sino comprenderla como una unidad y evaluarla como tal. Es decir, podemos entenderla como un desacuerdo con el trabajo de integración retrospectiva que implica un enfoque narrativo de la propia vida, y no tanto al hecho de que nuestros relatos del pasado, sean de la envergadura y alcance que sean, tengan una configuración narrativa y se experimenten de esa manera. Por otra parte, aunque en una línea similar, entendemos que se trata de un planteamiento situado en un ámbito individual de construcción de la propia trayectoria, por lo que se hace difícil trasladarlo a los procesos colectivos de memoria, puesto que hacerlo podría reducir la discusión a estilos particulares de experimentar la propia vida y el tiempo. Lo cual además para Strawson se define de forma natural, es decir, no responde a formas de socialización ni elementos contextuales o modos de vida, cuestión que podría

¹⁴ Traducción propia de: "(...) hinder human self-understanding, close down important avenues of thought, impoverish our grasp of ethical possibilities, needlessly and wrongly distress those who do not fit their model, and are potentially destructive in psychotherapeutic contexts".

someterse también a discusión. En definitiva, no resuelve una tensión que a nuestro entender se desarrolla en términos de la interacción social.

De todas maneras, la postura crítica del autor nos parece pertinente en el sentido que permite no tanto negar las tesis narrativas, sino tensionarlas, sobre todo aquella que se plantea en el plano ético. Creemos que éstas, extendidas en el campo de estudio de memoria, han servido para establecer y evaluar las comparativas entre memorias parciales y memorias integradoras, asunto que desarrollaremos más adelante. Y, por otra parte, la propuesta de Strawson invita a pensar los estilos diacrónico y episódico como formas de narraciones -y por qué no de transmisión- que trascienden el espacio de construcción de la trayectoria personal, incluso como tipos de rememoración y no solo como modos de experimentar un sí mismo en el tiempo.

Abocándonos entonces de lleno en el campo de la memoria, sucede que si efectivamente entendemos la narración como proceso de recreación del mundo debemos señalar que un ejemplo paradigmático de ello son los relatos que construimos sobre el pasado (Cabruja, Íñiguez y Vázquez, 2000), tal como se puede apreciar en lo sostenido por Strawson. Es más, si hablamos de pasado, podemos sostener desde Ricoeur (1999) que la memoria ubicada en la mimesis, en la mediación entre el tiempo vivido y las configuraciones narrativas, se constituye en la condición para el relato.

Y es que, para aprehender el mundo y nosotros mismos, los relatos del pasado, las memorias, se tornan centrales. En seguida, si consideramos la configuración narrativa como aspecto clave de la construcción y negociación de significados sobre el mundo que realizamos a diario y como proceso social, la memoria será entendida en la misma línea. Es decir, y siguiendo principalmente lo sostenido por Halbwachs (1925/2004a), como una reconstrucción de lo ya acontecido realizada desde el presente y apoyada en determinados marcos sociales como el tiempo, el espacio y el lenguaje. Un proceso constructivo y contextual en tanto que ubicado en el presente y en un cierto espacio social que es colectivo, en la medida que es elaborado y configurado en y desde las relaciones sociales. Según Halbwachs (1925/2004a), todo recuerdo es tripartito ya que, por una parte, hace referencia a algo ocurrido, por otra, alude a la persona que lo ha vivido y que recuerda esa experiencia, y por último, apunta a otra u otras personas que forman parte de dicha experiencia. Esta composición es el primer componente social del recuerdo, en tanto apunta a que la experiencia es siempre un mundo habitado por y con otros. En consecuencia son los otros, los distintos grupos sociales de los que formamos parte, quienes posibilitan el recordar, al hacerlo, dice Halbwachs (1950/2004b), el individuo se coloca con el pensamiento dentro de un grupo (real y actual o indefinido e imaginado), adopta momentáneamente su punto de vista con lo cual sigue en contacto con él y, a su vez, la memoria del grupo se manifiesta en las memorias individuales. Así, todo recuerdo (y también el olvido como desvinculación del grupo) se basa en la naturaleza del individuo de ser social, el grupo -la comunidad afectiva- se constituye como presupuesto de la memoria, se da, en palabras de Namer (2004), una reciprocidad total entre memoria individual y memoria colectiva.

En este sentido, si hablamos de memoria colectiva es por dicha condición eminentemente social y no en tanto que compartida. Así, y resguardando este punto que es el peligro de la noción de memoria colectiva de Halbwachs según distintos autores (Candau, 2001; Jelin, 2002a), asumimos que la memoria no corresponde a una restitución fiel del pasado. Es, más bien, una reconstrucción de éste continuamente actualizada, por ende siempre inacabada, e indisolublemente ligada a la construcción de la identidad (Candau, 2001, 2006; Jelin, 2002a, 2013). En definitiva, un proceso intersubjetivo y narrativo que media entre los sistemas heredados de creencias, prácticas y tradiciones que conforman un marco interpretativo que, a su vez, hace posible la comprensión de la acción colectiva y el estado de la cultura política de un grupo social (Vázquez, 2001; Wertsch, 2002).

Como decíamos pocas líneas más arriba, los relatos del pasado son ejemplo paradigmático del proceso narrativo de hacer inteligible el entorno. Un carácter que no solo está dado por el lugar clave que ocupa la memoria en dicha construcción de historias, sino también porque las configuraciones que re-crean el pasado entrañan un problema –una aporía dirá Ricoeur- que es justamente, y aunque parezca redundante y evidente, la representación de algo ya sucedido. Un pasado que es objeto también de la historia, pero cuyo rescate comienza con la memoria en la medida que sobre sus referencias no tenemos otro recurso que ella. Se trata, a fin de cuentas, de “la representación de algo ausente que existió antes, es decir, antes de ser contado” (Ricoeur, 2007: 26), y como tal no posee un correlato “real”, coincidente en tiempo y espacio con el presente de aquello que se relata. Ante ello, la memoria como único recurso para expresar el carácter pretérito de lo que decimos recordar, adquiere una ambición veritativa, una pretensión de ser fiel al pasado que la diferencia de la pura imaginación que tiene como paradigma lo irreal. Un imperativo que a su vez le añade un carácter controversial. Es por ello que quienes crean una historia se ven compelidos a hacerla plausible, argumentarla teniendo en consideración el contexto social (Ricoeur, 2003; Cabruja, Íñiguez y Vázquez; 2000). Un efecto que se puede apreciar tanto a nivel de interacciones cotidianas como en sociedades o comunidades que llevan adelante procesos de recuperación y re construcción de determinados pasados, como es el caso de esta investigación.

2. Narraciones del pasado que son reconocimiento y deber

Para White (2000: 497) “en términos cognitivos y pragmáticos, la estructura temporal de la narrativa, básicamente secuencial, proporciona un medio para pensar y hablar de causalidad y de vínculos entre pasado, presente y futuro. Estos vínculos crean conexiones con campos más amplios de significación social y política que dan a la narración histórica gran parte de su poder moral y emocional”.³⁵ Esta aseveración nos permite pensar que la condición polémica de la historia y de las memorias que mencionamos hacia el final del apartado anterior, está dada porque se pone en juego la veracidad de lo acontecido. Pero, también, en la medida que al recordar y dar sentido al pasado

³⁵ Traducción propia de: “In cognitive and pragmatic terms, the temporal structure of narrative, its basic sequentiality, provides a means for thinking and talking about causality and about linkages between past, present, and future. Such linkages create connections with wider fields of social and political significance that give historical narrative much of its moral and emotional power”.

finalmente se establece una relación a la temporalidad y no solo hacia lo anterior, lo cual a su vez contiene un componente moral.

Con esto queremos decir que el hacer memoria a través de narraciones no sólo implica construir, darle forma y aprehender nuestra experiencia pasada, sino también proyectar y prevenirnos de lo que viene ante los imprevistos que, en palabras de Bruner (2003), desafían nuestra concepción de lo canónico y es aquello que en gran medida impulsa al relato. Como si cada narración fuera una exploración de aquello que está por venir, un tanteo del terreno que se está por pisar teniendo presente y estando moldeado por lo ya acontecido, un sondeo que surge a propósito de una interrupción de lo cotidiano, una transgresión que abre mundos posibles. De este modo, el futuro está implicado en las narraciones cotidianas del pasado en tanto que trayectorias que se significan a propósito de la unión entre pasado y presente que se produce en los relatos (Gergen, 1994). Un futuro que puede ser expresado también como el horizonte de expectativas que se pone en juego (Gergen, 1994; Ricoeur, 1999; Jelin, 2002a; Bruner, 2003).

En este sentido, y quizás de manera contra intuitiva, podemos decir que el pasado no se encuentra desligado del futuro ya que hacer memoria supone una relación entre los tiempos donde lo sucedido puede configurar lo que vendrá desde el presente vivo de una cultura (Ricoeur, 1999). Así, las narraciones que se producen, crean y re-crean en la vida cotidiana de un territorio, nos hablan del pasado como contenido significativo, del presente de sus habitantes y del futuro que es posible imaginar, proyectar, interrogar en ese contexto. Es así como, aunque ésta se trate de una investigación sobre memorias del pasado, no puede sernos indiferente la impronta y presencia que tenga lo ya acontecido en la actualidad, las posibilidades que ofrezca el presente para recordar ni las referencias que instalen los relatos del pasado, sea remoto o reciente, hacia el futuro.

Nos referimos de este modo a una relación inherente entre narración y temporalidad, a la que habría que agregar un inevitable componente moral. Al contar una historia estamos otorgándole sentido al mundo que nos rodea, construyendo el pasado en función de un determinado presente y proyectando un futuro posible. Por consiguiente, irrefutablemente esos relatos contendrán una mirada, tanto en el contenido de lo recordado como en la forma en que se haga. Resulta imposible pensar que dichas narraciones serán "neutrales", si es que es posible hablar de dicho carácter, en tanto darán cuenta y cabida a un estado de cosas, se erigirán como respuesta a elementos actuales y tendrán efectos, por mínimos que sean, en esa coyuntura. Podrán incluso contener elementos de transformación política y social.

En este sentido, hacer memoria se vuelve una práctica ética y moral (Yerushalmi, 2002; Stern, 2013), debido a que "nuestros actos del presente, entre los cuales están lo que decidimos recordar (...) no sólo describen lo que se hizo, lo que fuimos, lo que somos y cómo lo somos, sino que también abren algunas perspectivas sobre nuestro ser futuro, a la vez que restringen posibilidades de lo que podemos llegar a ser. La memoria — y aún más cuando ésta es colectiva — no es sólo una condición necesaria de la identidad, sino que es también un requisito para la preparación del futuro" (Rosa,

Bellelli y Barkhurst, 2008: 194). En efecto, la relación al futuro es clave en la medida que, como plantea Bruner (2003: 37), la narrativa se orienta justamente donde, y cuando, las normas se ponen en relación con lo humanamente posible, al igual que la cultura. Allí, "la acción del relato no lleva tanto a recomponer el estado canónico, antes turbado, de las cosas, como la inquietud epistémica o moral de aquello que es inherente a la búsqueda de tal recomposición".

Ahora bien, podemos ser conscientes o no de la dimensión moral y los efectos futuros que implican las narraciones sobre el pasado, y ésta puede estar contenida de manera más o menos explícita. Por lo mismo, se puede pensar en un continuo que incluye pequeñas narraciones propias de la vida cotidiana en las que "las historias se refieren a las cosas a pequeña escala (y) no sostienen ninguna moral general explícita; se limitan a implicarla" (Bruner, 2003: 126). Así como macro relatos que afirman abierta y expresamente un compromiso ético y moral con el pasado, el presente y el futuro. En definitiva y tal como lo abordan Rosa, Bellelli y Bakhurst (2000), toda narración y más aún aquellas referidas a sucesos del pasado, sea pública o familiar, no sólo posee una trama, además transmite una forma de entender el cambio histórico, implica una consecuencia moral y una ideología, señala una utopía a alcanzar o un peligro a evitar y, finalmente, una cierta filosofía de la historia.

Se trata entonces de un carácter moral que se puede intencionar según determinados lineamientos ideológicos explícitos, sobre todo en situaciones en las que se apela a una memoria compartida y nacional. Esto ha ocurrido en sociedades que han vivido conflictos violentos, como dictaduras o guerras, cuando la construcción de grandes narrativas que reconozcan y establezcan verdades sobre lo sucedido se transforma en un imperativo. Cuando se buscan e intentan construir sentidos del pasado que promuevan un aprendizaje para no repetir lo ocurrido, lo cual puede consistir en: reconocer públicamente a las víctimas, condenar a los culpables, impulsar medidas de reparación, escribir y/o difundir las historias de lo sucedido, entre otras acciones. De esta manera, el no olvido de ciertos eventos, la evocación de ciertos sucesos que han impactado la conciencia colectiva de una comunidad, se inviste de un deber social, una postura ética y política (Ricoeur, 2003; Bergalli y Rivera, 2010). Una obligación que expresa "una mentalidad colectiva en la que se proyectan esperanzas y deseos en torno a un tiempo que ya fue y, por ello, puede retornar en el presente para hacerlo mejor (...) se trata de proyectar posibilidades de trascender el presente a partir de memorias del pasado desde donde se puede colonizar el futuro" (Farfán, 2008: 66).

El deber de memoria se establece generalmente en el marco de un escenario conflictivo, un campo de lucha donde habrá quienes exalten y defiendan el pasado disputando sus sentidos con quienes erijan una visión crítica del mismo para no volver a repetirlo (Jelin, 2002a; Bergalli y Rivera, 2010). Si entendemos que la rememoración implica visionar el futuro, cuestión que contiene una proyección de un orden de cosas -un potencial transformador o bien reproductor del mismo- y, además, consideramos este proceso referido a un pasado polémico y violento, queda en evidencia el aspecto conflictivo de las memorias colectivas. En este sentido, para Jelin (2002a) el análisis de la memoria implica siempre el reconocimiento de que se trata de una pluralidad en espacios de conflicto y lucha,

corresponde después de todo a un objeto productor de disputas. Podemos hablar, en suma, de un carácter político de la memoria.

3. Memoria política y las políticas sobre pasado

A partir de lo planteado, podríamos decir que el carácter político de la memoria está implicado en toda narración sobre el pasado, sea que hablemos de pequeñas narraciones desplegadas en el ámbito cotidiano como de relatos históricos referidos a la trayectoria de la nación. Pero sucede que aquella disputa por los sentidos del pasado que se despliegue pública e institucionalmente será aquello que sentará las bases, establecerá directrices de lo que una sociedad decidirá o no recordar. Dará legitimidad a ciertas memorias en desmedro de otras, destacará algunos personajes y dejará de lado otros, definirá desde el peso institucional oficial el campo público de la memoria. Es por ello que reviste tanta importancia aquello que se haga desde el Estado y los gobiernos que recogen una sociedad después de un conflicto violento. Una relevancia que hoy se puede apreciar en retrospectiva, por ejemplo, para comprender una actual crisis democrática, tal como hace Sik (2015) para la sociedad húngara. Allí, este autor se pregunta por los procesos de construcción y transmisión de sentidos del pasado desplegados a partir de la segunda guerra mundial y el Holocausto, y específicamente acerca de su papel durante la socialización para incorporar y comunicar principios democráticos. Para él, la pérdida de fuerza de estos valores, y su reemplazo por otros como el nacionalismo y el populismo que reestructuran la cultura política en Hungría, se explica justamente desde el fracaso en la transmisión de la memoria institucional.

40

Al menos dos supuestos operan explícita o implícitamente a la base de inquietudes como ésta que se dirigen hacia el pasado desde el espacio académico y el institucional. Los distinguimos aun cuando pueden relacionarse.

El primero de ellos es la asociación que se establece entre información y comportamiento. Es decir, como sostiene Jelin (2002a), la vinculación de un tipo de conducta con la existencia o ausencia de información, la asunción de que en la medida que los sujetos sepan algo modificarán su actitud y práctica. Y más específicamente, en palabras de Lira (2010), la creación de la expectativa de que el conocimiento genere una indignación moral en la sociedad capaz de movilizar la decisión política y ética de no repetir. Desde aquí podemos interpretar la tan repetida consigna, al menos en los países del Cono Sur, de recordar para no repetir. A partir de ella, dirá Belvedresi (2009), la memoria se encarna en el testimonio y opera como fuente de acción para el presente. El problema, argumenta Jelin (2002a), es que las sociedades al guiarse por esta premisa olvidan que los saberes y la información no funcionan de manera aislada, descontextualizada, sino requieren de marcos interpretativos socialmente compartidos para tener sentido. De todas formas, se trata de un supuesto que se ha constituido como lineamiento de las políticas de memoria en distintos países en situaciones post conflicto, quizás simplificando con ello la complejidad de los procesos de restauración de las democracias y del mundo de la memoria y la transmisión.

El segundo supuesto al que hacíamos mención es la relación que destaca Sik (2015) entre cultura política y memoria colectiva, debida a que la primera estará siempre enclavada en interpretaciones colectivas construidas políticamente acerca del pasado. La cultura política, dice el autor, explica las conductas del mismo carácter a través de actitudes que provienen del proceso de socialización. Éste, a su vez, va de la mano de la transmisión de sentidos del pasado de manera que efectivamente las actitudes políticas no están nunca descontextualizadas ni son a-históricas. De este modo, tendrá importancia para la sociedad y no será nada banal qué memorias se construyan sobre todo tratándose de pasados violentos que provocaron quiebres políticos y de convivencia en una comunidad.

Como puede inferirse, ambas asunciones se sostienen sobre la base de una preocupación que opera como telón de fondo. Es el interés e inquietud que supone el fin de un conflicto político represivo hacia el futuro democrático de aquella sociedad que se recupera.

En este marco, y asumiendo plenamente el rol de la memoria en estos contextos, se hace pertinente traer a la discusión la noción de memoria política de Lira (2010: 9), en la medida que la define como “parte de las estrategias para enfrentar las consecuencias de conflictos políticos y establecer condiciones para recuperar la convivencia y la paz”. Esto en un escenario de reconstrucción de una sociedad que ha sido quebrada, dividida, polarizada, meta que cada país perseguirá según modalidades específicas acorde con el propio contexto sociopolítico. Así, la memoria política participa de un proceso que busca recuperar una unidad nacional perdida lo que suele hacerse, dice la autora, a través del concepto de reconciliación, del cual Chile no estuvo ajeno. Al contrario, ya que se fundó como eje de acción sobre todo para los primeros gobiernos democráticos. Finalmente, corresponde a una forma pública de reconstrucción del pasado que se denomina memoria en vez de historia en la medida que busca “subrayar su dimensión afectiva y moral, en suma: identitaria”, como afirma Sarlo (2005: 126).

Según Lira (2010), en Chile la memoria política a lo largo de su historia ha estado sometida a vaivenes y dilemas. Históricamente la paz social y la estabilidad política se han asegurado a través del uso del olvido jurídico en diferentes épocas. Distintas “leyes de olvido”, como leyes de amnistía que aseguran impunidad, dan cuenta de un recorrido histórico característico de nuestro país que, sin embargo, según la autora, sufrió un punto de inflexión a partir de lo sucedido una vez recuperada la democracia después de la dictadura de Pinochet. Y es que a pesar de ciertas iniciativas que intentaban seguir la dirección trazada por la historia,¹⁶ la instalación en el debate público y político del tema de los Derechos Humanos, así como la constitución de las llamadas comisiones de verdad lo impidieron. En otras palabras, el proceso de justicia, verdad y memoria que se levantó, generó

¹⁶ Una de estas iniciativas corresponde a la Ley de Amnistía de 1978, promulgada en plena dictadura. En ella se absolvía de responsabilidad a personas involucradas en actos delictivos cometidos en el plazo comprendido entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978. En dicho dictamen, no se hacía distinción alguna entre los delitos comunes y los promovidos por razones políticas. Producto de su promulgación muchos tribunales de justicia ante causas de derechos humanos se declararon incompetentes, pasando dichos procesos a la justicia militar. Se constituyó así en una legislación que dificultó, hasta que dejó de aplicarse en 1998, la investigación de crímenes cometidos durante la dictadura (Memoria Chilena, 2017).

tensiones y disputas que dificultaron que el olvido se impusiera como fundamento para la paz, la reconciliación y la convivencia.

A pesar de las críticas levantadas durante la misma transición y las evaluaciones que se hacen hoy sobre el proceso, una vez reestablecido el orden democrático se comenzó a dibujar de manera pública y oficial un camino de revisión del pasado y, en diversa medida, de saldo de cuentas con el mismo. Una política de memoria, si la entendemos desde una definición amplia como "el marco de poder dentro del cual (o contra el cual) la sociedad elabora sus memorias y olvidos", una "puesta en escena" de las memorias posibles" (Lechner y Güell, 1999: 245).

Como sostiene Lira (2009) se trata de una trayectoria en la que se pueden hacer ciertas distinciones que sirven también para precisar la misma noción de políticas de memoria. La autora identifica que en una primera etapa el recorrido chileno se basó en medidas de corte individual orientadas a la restitución de derechos y diversas formas de compensación, a través de lo cual se reconocía lo vivido por las víctimas. Es por ello que podemos hablar de iniciativas que configuraban una política más bien de reparación. Pero éstas, fueron progresivamente siendo acompañadas por políticas de memoria, esto es, por acciones que más allá de reparar y reconocer expresaban la voluntad política de no repetir dicho pasado. Una distinción, entre políticas de reparación y de memoria, que tiene cierta sintonía con la que realiza Ruderer (2010) entre lo que denomina políticas del pasado, entendidas como acciones concretas impulsadas desde el Estado, y políticas de memoria, es decir, aquello que delinea la actuación simbólica que construye determinadas imágenes de carácter identitario e histórico. Aunque es innegable que las iniciativas prácticas específicas tendrán un correlato simbólico, se trata de una diferenciación que permite identificar énfasis y efectos de las diversas acciones relativas a la memoria dictatorial. Así como hace Lira (2009), entonces, podemos notar una diferencia importante entre una medida de ayuda y reparación a las víctimas, como el apoyo y orientación en causas judiciales por ejemplo, y la conmemoración de los 30 años del Golpe Militar. Actos variados que tuvieron como escena más representativa a la ceremonia realizada por el gobierno de Ricardo Lagos en el año 2003, un evento plagado de gestos y rituales simbólicos incluida la reapertura de la puerta de Morandé 80.³⁷ De esta manera, hablamos de acciones que instalan política y públicamente el pasado como parte importante del debate y el interés de la sociedad, más allá de la repercusión en un espacio restringido de una iniciativa concreta.

En suma, nos referimos a un campo de políticas de gestión concreta y simbólica del pasado, lleno de acciones de diverso tipo donde se ha transitado hacia la idea de reconciliación a través de intentos por establecer verdades y reconocimientos, reparación, conmemoración y formas de transmisión. En ese contexto, varios hitos hablan del camino recorrido.

³⁷ Se trata de un acceso al palacio presidencial de La Moneda por una de las calles circundantes, lugar utilizado históricamente por algunos presidentes para ingresar y salir de la casa de gobierno por dónde fue sacado el cuerpo de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973.

En primer lugar, las comisiones de verdad constituidas durante la transición. En 1990 se conformó la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (conocida como Comisión Rettig) que durante 9 meses recogió testimonios para elaborar un informe sobre lo sucedido en el país a partir del golpe militar y durante toda la dictadura. En una línea de trabajo similar, en el año 2003 se creó la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura (conocida como Comisión Valech) que también sobre la base de testimonios, tenía por objeto complementar la información recogida por su par anterior centrado principalmente en desapariciones y ejecuciones, abarcado las situaciones de tortura y prisión política. El primer informe emanado en 1991 permitió iniciar una política de reparación, gracias a que tenía como mandato establecer y definir información verídica sobre lo sucedido y, con ello, fundamentar medidas tendientes a reparar a víctimas y familiares (Lira, 2009).

Bajo ese marco y en segundo lugar, podemos mencionar las medidas que se tomaron en concordancia con estos lineamientos como el establecimiento de pensiones, atención psicoterapéutica, servicio de salud, y becas de estudios escolar y universitario para hijos de víctimas. Medidas y servicios que posterior a la segunda comisión se extendieron a los casos allí consignados.

Como tercer hito, podemos señalar que a medida que estas iniciativas se instalaban en el espacio gubernamental, las organizaciones y colectivos de memoria y Derechos Humanos empujaban también otro tipo de acciones orientadas al reconocimiento de lo sucedido, así como al homenaje a las víctimas y la conmemoración de lo sucedido. Algunas de ellas lograron contar con el apoyo estatal a partir de la creación del Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, ocurrida en 1997 con el objetivo de continuar con la labor iniciada por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. El organismo no solo se planteó como funciones –y continúa haciéndolo- prestar apoyo legal y social a las víctimas de violación a los Derechos Humanos calificadas por las comisiones, sino también promover una educación y cultura de respeto hacia los mismos, dentro de lo cual se incluyó el apoyo a acciones de reparación simbólica, como es la construcción de memoriales y sitios de memoria (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2017).

Por último, cabe mencionar la creación del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, como otra de las acciones que nos hablan de la política del pasado instaurada en Chile. Una construcción inaugurada en el año 2010 en la capital que se plantea tres objetivos: el reconocimiento de las violaciones a los Derechos Humanos cometidas por la dictadura; la dignificación de las víctimas y sus familiares; y la creación de un espacio de conocimiento, reflexión y transmisión de lo sucedido en Chile entre 1973 y 1990 (Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2017).

Ahora bien, el trayecto graficado aquí solo a través de algunas de las iniciativas impulsadas por los distintos gobiernos democráticos no ha sido un camino liso y llano, al contrario ha estado plagado de vaivenes, tensiones, obstáculos, emergencias y retiradas del pasado. Es más, podríamos decir que se trata de una configuración formada a borbotones en la que, como señala Ruderer (2010), ciertos "logros" de rememoración, reparación y reconocimiento respondieron más a las circunstancias que a una planificación. En su análisis de las políticas del pasado en Chile, este autor distingue cinco

etapas según el lugar del pasado en el actuar de los gobiernos y en el debate público. La primera, se define por la creación de la Comisión Rettig que se constituyó como un instrumento oficial para el establecimiento de la verdad y que como tal había sido concebido para operar como punto final de la política sobre el pasado. Sin embargo, paradójicamente debido a las diversas reacciones –entre ellas, el rechazo por parte de Pinochet y las Fuerzas Armadas- y el debate que generó más bien ofició de puntapié inicial para un largo tránsito. Así, finalizada la labor de dicho grupo de trabajo y del auge que había tenido el tema de lo sucedido en dictadura, en 1991 se inicia la segunda etapa caracterizada por una marginalización del interés que provoca el dominio e imposición de una política de consenso. Entre los años 1995 y 1998 se generan una serie de irrupciones de memoria que hacen que Ruderer identifique otro periodo, marcado por situaciones diversas –como por ejemplo casos judiciales- que obligan a reacciones por parte del gobierno y a que las violaciones a los Derechos Humanos refloten en la agenda pública e impere un clima de tensión cívico-militar. El año 1998 marca un hito producto de la detención de Pinochet en Londres, que tuvo un efecto catalizador en la memoria y las políticas asociadas producto de lo cual se cuentan nuevas iniciativas. Entre ellas, la creación de una mesa de diálogo en la que se reunieron figuras provenientes de diversos sectores –incluidas agrupaciones de familiares de víctimas y autoridades militares- y se propusieron recabar información sobre las víctimas desaparecidas. Finalmente, el autor distingue una quinta etapa, aquella en la que el tema de los Derechos Humanos pasa a ser el centro de la política del pasado y se agrega una mirada hacia el futuro. Durante este periodo comprendido entre los años 2002 y 2006 se cuentan nuevas iniciativas tanto prácticas como simbólicas, siendo de estas últimas la más emblemática la conmemoración de los 30 años del Golpe Militar.

44

Así, mediante la caracterización que hace Ruderer podemos graficar una trayectoria en la que se conjugan circunstancias y respuestas del Estado que la van moldeando. Un camino que lejos está de acabar aun cuando la transición democrática se haya dado por finalizada, muestra de ellos son los sucesos que han tenido lugar desde el año 2006 como la muerte de Pinochet, la conmemoración de los 40 años del Golpe Militar y, en la actualidad, la discusión sobre el estado de salud de aquellos militares que cumplen condena por violaciones a los Derechos Humanos y algunas solicitudes de indulto.

En resumidas cuentas, hablamos de un movimiento entre prudencia y convulsión en el recorrido de las luchas de la memoria en Chile que Stern (2013: 32) define como un “*impasse* de la memoria”. Esto quiere decir que se trata de un proceso en el que convivían la creencia cultural en la verdad de los crímenes de la dictadura y la necesidad de justicia, junto a la certeza de la potencia que todavía tenían las fuerzas armadas, Pinochet y sus simpatizantes durante la transición. Todo ello, formaba un ripio que dificultaba un avance decidido y consistente hacia la verdad y la justicia. Según este autor, el efecto de esta configuración fue una oscilación constante de avances y retrocesos entre “el deseo mayoritario y el poder minoritario”.

De todas maneras, respecto de lo argumentado acerca de cómo la revisión del pasado puede facilitar la instalación de bases para el futuro de convivencia política y cultura democrática, podemos pensar

que las distintas medidas de denuncia, verdad, justicia, reparación y memoria, permiten –haya sido o no un objetivo declarado y planificado- alcanzar un cierto nivel de consenso que apuntale dichos cimientos. Y es que como argumenta Sik (2015), sin un mínimo de acuerdo se pierde la posibilidad de contar con una memoria nacional y pública capaz de construir una cultura acorde a los valores democráticos que se espera reestablecer.

Según Lira (2010), en el caso chileno dicho consenso se ha establecido en torno a las violaciones a los Derechos Humanos y los sentidos asociados a su reconocimiento como punto básico para construir la memoria compartida. Algo que se puede ver representado y sintetizado en las palabras de los integrantes de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación a propósito de su creación: “Se cumplía así, en primer lugar, con un deber moral hacia las víctimas, sus familias y sus deudos. Nos pareció, también, que mantener estos hechos en silencio, más forzado que real, no contribuía a la buena convivencia futura en nuestra patria. Estimamos, por el contrario, que colaborar con el Estado de Chile en el establecimiento de la verdad de un modo sereno e imparcial serviría a que esta sociedad asumiera una actitud de reconocimiento de esos hechos y que se iniciara de este modo el asentamiento de una buena motivación en contra de futuros atropellos. Así, los dolores del pasado, junto con promover el afán común de condenar lo indefendible, aportarían su fecundidad a la obligación de evitar la repetición de lo ocurrido y provocarían, en tal sentido, un consenso promotor de la reconciliación deseada” (Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1991: XV).

De todas formas y como señalamos, se trata de una búsqueda de consenso y reconciliación que tuvo mucho de acomodamiento y encaje en medio de un contexto sociopolítico caracterizado como “transición pactada”. Esto es, un espacio en el que persistían ciertos enclaves autoritarios en el escenario institucional, las fuerzas armadas reconocían la instauración de una democracia al tiempo que los partidos políticos legitimaban el cerco legal establecido por la Constitución de 1980 (creada bajo dictadura), y todo mientras Pinochet continuaba siendo comandante en jefe del ejército y asumía como senador vitalicio (Lechner y Güell, 1999). En este marco, las políticas de reparación y memoria tuvieron como fundamento el establecimiento de la verdad lo que trajo consigo que los mártires de la dictadura adquirieran un lugar prominente (Lira, 2009, 2010), situación sobre la que recién hoy es posible analizar ciertos efectos.

Principalmente a partir de las denominadas comisiones de verdad en Chile se fue delineando la figura de la víctima tanto en el ámbito jurídico como simbólico. Como dijimos, la primera de estas instancias fue el Informe Nacional de Verdad y Reconciliación el cual estableció una primera definición oficial sobre la base de la cual se reconoció el terrorismo de estado ejercido por la dictadura y se establecieron los términos de reparación. Ésta apuntaba a los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, agrupados bajo las nociones de “víctimas de violaciones a los Derechos Humanos” y “víctimas de violencia política”.¹⁸ Trece años más tarde y a partir de la constitución de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, se conformó una noción más

¹⁸ Entre los antecedentes reunidos en el Informe y los posteriormente recopilados por la Corporación de Reparación y Reconciliación, la calificación de víctimas alcanzó 3.195 personas (Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1991).

amplia que incluyó a los ex presos políticos y a quienes sufrieron tortura por razones políticas en manos de agentes del Estado entre 1973 y 1990.¹⁹ Más allá de las conclusiones y verdades que estos informes produjeron –como el reconocimiento oficial de las violaciones a los Derechos Humanos por parte del Estado, los efectos devastadores en las víctimas y el impacto que provocó esta violencia en la convivencia de la sociedad chilena (Lira, 2010)-, se puede postular que establecieron una definición institucional que ha calado hondo en nuestra sociedad.

Para un caso cercano al chileno como es el argentino, Huysen (2004: 6) plantea que la idea de víctima se erigió en torno al desaparecido entendido como mártir inocente del terror ejercido por el Estado.²⁰ Según este autor su emergencia, sucedida en pos de asegurar un consenso nacional de la misma manera que en Chile, dejó en un lugar olvidado la dimensión política de la participación de muchos de esos sujetos que murieron en la insurgencia de izquierda a la dictadura. Es decir, propició una despolitización del pasado convirtiendo al desaparecido en un sujeto pasivo, en un “cliché de la memoria social que al final, puede convertirse en la forma de olvidar de la propia memoria”.

En esta senda de construcción, visibilización y levantamiento de la figura de la víctima, en el marco de un escenario de búsqueda de verdad, justicia y reparación, han jugado un papel importante y quizás central en los países del Cono Sur, los familiares. De esta manera, y siguiendo a Huysen (2004), se puede afirmar que se ha generado un estrecho vínculo entre el sufrimiento personal – especialmente de quienes vivieron la represión directamente o bien de sus cercanos- y la legitimidad para expresar la memoria y establecer la verdad de lo sucedido. Con lo cual, política e historia han sido de alguna manera reducidas al lenguaje de la familia y de las emociones. Esto significa, tal como sostiene Jelin (2011), que se ha erigido socialmente una autoridad simbólica encarnada en los represaliados y sus familias, lo cual podría implicar –y ahí el peligro de la cuestión- una obstrucción de las posibles reinterpretaciones y resignificaciones del pasado por parte de otros actores y en sus propios términos. Podríamos decir, en términos más sencillos, que dentro del espacio de la izquierda e incluso de aquellos que sin militancia política se opusieron a la dictadura y condenan lo sucedido, la figura de la víctima ha adquirido un lugar tan preponderante que ensombrece interpretaciones y versiones del pasado que puedan apuntar en otras líneas o relevar otros aspectos también importantes. Un contexto similar a aquello que plantean Bergalli y Rivera (2010) para el caso español. Allí el debate durante la época de transición democrática y hasta la actualidad, ha estado centrado en las consecuencias de la Guerra Civil, corporeizadas en las víctimas en su calidad de damnificados directos del horror y sus memorias. Esto, a su vez, ha dejado fuera de la discusión las causas del conflicto. Y respecto de esta figura y sus memorias, también es posible identificar dinámicas de autoridad, tal como lo describe Ferrándiz (2009). El autor, utiliza la noción de *autenticidad generacional* para dar cuenta de cómo dentro de familias de represaliados de la dictadura franquista,

¹⁹ El 11 de noviembre del 2003 se crea la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, órgano asesor del Presidente de la República que tuvo por objeto determinar las personas que sufrieron privación de libertad y tortura por razones políticas en manos de agentes del Estado o de personas a su servicio, en el período comprendido entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990 (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2005).

²⁰ Una figura establecida también principalmente por una comisión de verdad a través del texto “Nunca Más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas”, más conocido simplemente como *Nunca Más*, elaborado sobre la base de testimonios en 1984 por la Comisión Nacional Argentina sobre la Desaparición de Personas (CONADEP).

existen ciertas jerarquías en relación a la legitimidad de sus discursos y el lugar de cada uno para hablar de lo sucedido y vivido. Los testimonios de 'primera mano', es decir, familiares de asesinados que – aunque en calidad de jóvenes o niños- hubieran vivido las atrocidades cometidas por el régimen, son aquellos más capacitados para contar públicamente la experiencia represiva.

Este escenario ha sido percibido progresivamente y ha provocado el surgimiento de iniciativas conmemorativas, historiográficas y reflexivas sobre otras memorias olvidadas que diversifican ese campo reducido de rememoración. Es el caso de las memorias militantes (Jelin, 2013), relatos que intentan restituir el carácter político e ideológico, a veces activista, de los desaparecidos. Narraciones que abordan en qué medida eran sujetos que se encontraban luchando por cierto ideal de sociedad razón por la cual, por lo demás, fueron hechos desaparecer, ejecutados, reprimidos, exiliados, exonerados, etc. Sucede algo similar con aquellas memorias de la resistencia, narraciones que dan cuenta de los intentos por combatir de forma armada a la dictadura (Garcés y Leiva, 2005). De todas formas, el terreno configurado por estas memorias emergentes parece ser que, al menos en Chile, aun forma parte de los recuerdos disidentes que, aunque con mayor visibilidad, no han logrado inscribirse como parte de sus memorias políticas en un nivel nacional.

4. Distinciones en el campo de las memorias: aproximaciones, sujetos y formas

Las políticas de memoria como hasta aquí las hemos definido, refieren básicamente a memorias públicas, memorias políticas, memorias institucionales.²¹ Pero olvidan, quizás porque no es su ámbito de acción, todo un espacio memorial que es necesario tener en cuenta si nuestro objetivo final no es solo pensar la construcción de sentidos del pasado en un territorio específico, sino también la transmisión intergeneracional. Una esfera que, de todas formas, es compleja de someter a reflexión en la medida que se trata de un universo de posibles distinciones donde aquello que las defina dependerá del eje que guíe el análisis como principio de diferenciación.

En el campo de los estudios de la memoria social podemos encontrar variadas categorías que excluyentes o no, definen "tipos" de memorias según diversos criterios divisorios. Uno de ellos es el tema, esto es, cuando una cierta memoria se apellida según el objeto sobre el cual verse, lo que además puede estar o no vinculado al grupo o comunidad que la sostenga. Así, podemos encontrar memorias de la resistencia o de militancia, memorias del dolor y de las víctimas, memorias de la clandestinidad, memorias de los militares o perpetradores, etc. Sin embargo, más allá de este tipo de caracterización quedan otras que no versan tanto sobre el contenido de lo recordado, sino que se constituyen desde ejes de análisis específicos como son las relaciones de poder, el tipo de sujeto implicado en su construcción y la envergadura de la narración.

²¹ Se trata de aquellas definiciones que dominan en el ámbito de las ciencias sociales sobre las políticas de memoria, lo cual sin embargo no quiere decir que no sea posible encontrar posturas alternativas al respecto. Es justamente aquello que propone Reyes (2009), cuestionando la mirada estratégica respecto de las políticas de memoria y subrayando la relevancia de los procesos cotidianos y tácticos de memoria, una línea sobre la cual también en esta tesis insistiremos.

La mayoría de todas estas distinciones asume como supuesto fundamental que la memoria es narrativa y que, en definitiva y como hemos argumentado, la forma humana de aprehender el carácter temporal del mundo es a través de la narración. Sin embargo, hay algunas que sin tenerlo como objetivo, al identificar procesos diversos de rememoración terminan por tensionar dicha asunción narrativa (al menos en su versión más "radical" o como la tesis ética de Strawson) y, con ello, construyen propuestas más inclusivas en términos de formas de memoria posibles, modos diversos de narrar. Visiones que, en cierto modo y como veremos, la interrogan en distintos planos, vinculados a determinadas condiciones de existencia, contextuales o materiales que hacen sospechar de un quiebre en las posibilidades narrativas de la memoria u otras determinaciones. Aquí, presentaremos algunas de las diferenciaciones posibles según los tres ejes mencionados: el poder, el sujeto (y la forma) y el espacio de acción.

4.1. Desde las relaciones de poder: memorias oficiales versus memorias subterráneas

Nos situamos aquí en el análisis de las relaciones de dominación que impactan la vida en ciertos contextos y, con ello, los procesos de construcción de memorias. Un ámbito que según Pollak (2006) uno de los principales referentes teóricos de la memoria social como es Halbwachs, no consideró en profundidad, centrando su atención principalmente en aquellos factores que le dan estabilidad y continuidad a ésta. Dejó de lado los escenarios conflictivos que muchas veces se configuran en torno a las distintas memorias colectivas, en especial cuando éstas se erigen a partir de determinados contextos. A partir de esta constatación, Pollak no solo apuesta por considerar el aspecto complejo y de disputa del campo de la rememoración, sino que además subraya el peso de este potencial para casos de relatos construidos a partir de pasados extremos. Para eso, utiliza la noción de situaciones límite, entendidas como realidades imprevisibles que representan un quiebre con el orden naturalizado, realidades para las cuales los individuos no han sido socializados y, por tanto, provocan en ellos acciones inéditas. Situaciones que someten al individuo a experiencias extremas y los ubican en una posición de ruptura con su mundo habitual (Da Silva Catela, 2006, Pollak, 2006).

Para Pollak (2006), como se evidencia, es importante recoger el carácter potencialmente problemático de la memoria colectiva y, con ello, prestar atención a los enfrentamientos que pueden generarse en y desde los distintos relatos sobre el pasado, y la posición y estatus que adquiere cada uno en un contexto de poder y dominación. Sucede que si hablamos de sociedades sometidas a situaciones límites, escenarios violentos como guerras o dictaduras, ciertos recuerdos se impondrán por sobre otros, obtendrán reconocimiento y serán legitimados en el espacio público. Y la configuración que adquieran las tramas de memoria será un ámbito importante de estudio, así como quién narra y la institución que le otorga poder a las respectivas versiones, porque de ella dependerá, como agrega Jelin (2002a), la transmisión de las mismas.

Como esbozamos en el apartado anterior, este aspecto a su vez se vuelve problemático puesto que implica la generación de luchas políticas por las representaciones del pasado, por la oficialización e institucionalización de determinadas narrativas por sobre otras. Y aquí un lugar clave lo ocupa el

agente social dentro de este escenario de confrontación por las memorias, en tanto que de él depende al menos en parte, el sentido que éstas adquieran. El agente defenderá la aceptación, la formalización y la transmisión de ciertos relatos frente a otros. En este sentido, en la medida en que ciertas historias vayan venciendo estas disputas irán afirmando su continuidad y, al mismo tiempo, podrán hacerse hegemónicas, o sea, podrán constituirse como oficiales.

De este modo, aquellas memorias que logren ocupar un lugar dominante en el espacio público serán las que se constituyan en oficiales, al menos en un determinado momento histórico-político. Este tipo de elaboración narrativa es ordenada y resume la imagen que una sociedad organizada o el Estado busca transmitir. En su constitución se impone a través de un trabajo de encuadramiento que permite mantener la cohesión de grupos e instituciones y, al mismo tiempo, reforzar sentimientos de pertenencia e identidad (Pollak, 2006).²² Son relatos que siguen procesos de oficialización (Jelin, 2002a) o de politización. Esto quiere decir, siguiendo a Delgado (2001: 12), que se trata de memorias que pasan de ser urbanas, diseminadas, dispersas, inestables, a ser políticas en tanto orientadas a adecuarse a los intereses prácticos del presente, dotarlos de sentido y legitimidad y combatir la incertidumbre, la contradicción y la diversidad. Un proceso ideológicamente dirigido que va dejando de lado -o borrando directamente- todo elemento que pueda ser disfuncional a él.

Estos procesos de politización implican, a su vez, procesos de institucionalización de ciertos aspectos o versiones del pasado (Delgado, 2001; Jelin, 2002a). Ello debido a que, como consignó Douglas (1996: 104), las instituciones son quienes dirigen y controlan la memoria, al menos lo que refiere a una memoria pública, aquella en la que "se almacenan determinados modelos de acontecimientos públicos y se rechazan otros", donde se deposita el orden social. De este modo, la institucionalización se constituye como referente de legitimidad y legitimación, de verdad, preservando experiencias pasadas, y, con ello, pavimentando el camino de las posibles expectativas de futuro. En definitiva, garantiza la continuidad de lo social (Douglas, 1996) a través de un proceso que tiene como principal instrumento las conmemoraciones, entendidas como la celebración no tanto de hechos como de sus significaciones, dado que a través de ellas se instituyen marcos de referencia que establecen qué se recuerda, cómo y qué significa dicho recuerdo (Vásquez, 2001).

Pero si pensamos que la conformación de memorias oficiales implica la negación de los significados y memorias plurales que se construyen en las sociedades, resulta evidente que tendrán una contraparte. Y éstas serán aquellas narraciones configuradas sobre la base de recuerdos disidentes, prohibidos, marginados e inaudibles que intentan, aunque no siempre, ser reivindicadas en el espacio público. Un logro que dependerá de redistribuciones de poder en el contexto político e ideológico en determinados momentos y circunstancias. A estos relatos Pollak (2006) los denomina

²² Entendido de esta manera podemos reconocer en esta idea de memoria oficial lo que Halbwachs llamó memoria social, noción que suele confundirse con la de memoria colectiva, o asumirse ambos términos como sinónimos sin precisar la distinción establecida por este autor. Para él, el carácter colectivo de la memoria refiere al hecho, innegable, de que es elaborada y configurada en y desde las relaciones sociales, cuestión que no implica necesariamente que sea un relato compartido por un determinado grupo o sociedad. En cambio, la idea de memoria social apelaría justamente a una de tipo nacional, común (Halbwachs, 1925/2004a).

memorias subterráneas o clandestinas. Como lo recoge Carretero (2008), se trata de memorias colectivas particulares que en determinadas coyunturas históricas, y consiguientes cambios en las estructuras sociales, se abren paso ante las memorias institucionales para fusionarse con el presente. Este tipo de memorias trabaja a espaldas de la oficial, de forma subversiva y silenciosa, cuestión que se mantiene hasta que en momentos de crisis aflora. En este sentido, se entiende como una manifestación de la resistencia de la sociedad ante el exceso de discursos oficiales o, podríamos agregar, como representación y permanencia de aquello que éstos dejan de lado, olvidan.

Esta oposición entre memorias oficiales y otras marginales como escenario de disputas, en cualquier caso, no implica un enfrentamiento binario entre una memoria dominante y el resto de la sociedad. Más bien refiere a situaciones de encuentro entre múltiples actores sociales que sostienen diferentes narrativas sobre el pasado, articuladas con los proyectos y expectativas políticas propias. Allí, el Estado tiene un papel importante aunque no se presente necesariamente de forma unitaria ni sea siempre el ente dominador enfrentado a la sociedad civil (Pollak, 2006; Jelin, 2002a). Por lo demás, se trata de disputas entre dos o más narraciones, o bien, solo de diferentes grados de oficialidad y legitimidad pública de diversos relatos que pueden darse tanto a nivel nacional como en un espacio social más reducido, en el ámbito local.

Desde la teoría de la práctica y siguiendo a Bourdieu (1991: 182), podemos hablar igualmente de procesos de oficialización, aunque no específicamente en relación a la memoria de conflictos sino más bien en un sentido amplio relativo a prácticas, relatos, actitudes, creencias, tradiciones, etc. Las representaciones oficiales, en el marco de la lógica de la práctica, corresponden a productos de los habitus que perviven al paso de las generaciones gracias a que se encuentran investidos de la "fuerza intrínseca de la objetivación" y de la potestad que le otorga su realización públicamente autorizada, es decir, una explicitación de la lógica de la práctica en forma de normas y valores. A través de una imposición simbólica, instituyen "los principios de una relación práctica con el mundo natural y social en palabras, objetos, prácticas y, sobre todo, en las manifestaciones colectivas y públicas".

Es así como situados en esta perspectiva, cuando hablamos de memorias dominantes hacemos referencia a aquellas representaciones del pasado que sufren o han sufrido un proceso de oficialización, en la medida que la comunidad que las sostiene logra legitimarlas e imponerlas públicamente, a través de lo cual el grupo mismo se reconoce y une. De esta forma, se define también, aunque de manera tácita, los límites de lo pensable y lo impensable, y se apoya el mantenimiento del orden social que le da su poder, de ahí su función política. Tal como lo conceptualiza Bourdieu (1991: 282) para el ámbito del parentesco y los intercambios matrimoniales, podríamos postular en relación a la memoria que las categorías oficiales instituidas como verdad poseen "la objetividad de lo que es colectivamente reconocido, define(n) una forma de interés específico, ligado a la conformidad, a lo oficial".²³ Como contraparte podemos hablar de memorias

²³ Aquí Bourdieu (1991) opone lo que llama parentesco de representación, lo oficial, versus el parentesco práctico, aquel no-oficial, como dos tipos de actuar que conviven. Entre ellos existiría una especie de equilibrio en el que las relaciones prácticas se mantienen conformes a aquellas oficiales, gracias a lo cual el grupo puede pensarse de forma integrada a la vez que asegurar las ventajas de este tipo de relaciones. En este marco, surge el concepto de estrategias matrimoniales

ya no oficiales, sino oficiosas. Memorias de uso, en práctica, que como poder dominado sólo puede ejercerse –parafraseando al autor- si no es clandestinamente, por procuración, esto es, cediendo su manifestación oficial a otros, a quien como autoridad detenta el poder oficial. El planteamiento de Bourdieu sin duda comparte elementos y tiene similitudes con lo planteado más arriba sobre memorias oficiales y subterráneas. Simplemente cabría hacer un apunte acerca de los autores mencionados y de cómo éstos no refieren a la idea de procuración, es decir, a la posibilidad de que ciertos grupos ejerzan una especie de delegación de las formas de hacer memoria hacia otros.

En definitiva, en este ámbito de análisis se reconoce que en toda sociedad es posible distinguir planos de vida social y que aquellos más marginalizados pueden, en ocasiones y según determinados contextos como las mencionadas situaciones límites, constituirse en tensa y conflictiva oposición con la sociedad institucionalizada. Esto, a su vez, tendrá efectos en las representaciones que se construyan sobre acontecimientos pretéritos según los lugares que se ocupen en este antagonismo, que no es tanto una dicotomía como un continuo. Existirán así, memorias excluidas construidas desde relaciones que permanecen soterradas y ocultas a las representaciones del mundo socialmente institucionalizadas, creadas desde un plano de lo social que no es precisamente el oficial, y con el cual la sociedad real –o urbana dirá Delgado (2001)- nunca se ha identificado. Una vida subterránea, independiente del encorsetamiento de los parámetros de poder de la sociedad, donde las acciones de memoria operan más en el nivel de la táctica que de la estrategia, o sea, a través de prácticas cotidianas que los individuos despliegan como forma de hacer frente y sortear el poder institucional dominante (Carretero, 2008). Acciones que se realizan respondiendo a una forma espontánea de aprovechar la ocasión, no dependen de un cálculo previo del campo de las relaciones fuerzas presentes y, al mismo tiempo, carecen de lugar propio, en el sentido de espacio de poder circunscrito y definido como tal (De Certeau, 1996).

Las narraciones oficiales, justamente por haber pasado por el proceso de institucionalización poseen un grado de legitimidad, coherencia, orden, unicidad y vinculación con agentes de memoria, elementos que según algunos autores como Jelin (2002a) y Pollak (2006), entre otros, permitirán que puedan ser más ampliamente transmitidas. Eso no implica que los recuerdos disidentes no puedan también pervivir a largo plazo, pero se trata de una posibilidad que se dificulta en la medida que estas memorias, desde estos planteamientos, poseen un carácter débil e inestable. Una cualidad que responde a que son transmitidas en redes familiares y de amistad, en estructuras comunicacionales informales que, si bien permite mantenerlas fuera del espacio público pasando así desapercibidas para muchos grupos, las va desgastando. Así, “el problema que se plantea a largo plazo a las memorias clandestinas e inaudibles, es el de su transmisión intacta hasta el día en que puedan aprovechar una ocasión para invadir el espacio público y pasar de lo ‘no-dicho’ a la contestación y la reivindicación”. Por lo mismo, se trata de relatos que es difícil de localizar si no es en momentos de crisis y por medio de la historia oral (Pollak, 2006: 24).

que justamente da cuenta de ‘lo oficioso’ de los matrimonios, aspecto conducido por grupos (las mujeres en el caso de la Cabília) que operan invisibilizados en la sociedad. En palabras de Bourdieu (2000: 90), en definitiva, “és el parentiu d’ús el que fa els casaments; el parentiu oficial el que els celebra”.

4.2. Cuando convergen sujeto y forma: la fragmentación de la memoria subalterna

El análisis que guía las distinciones presentadas arriba, como dijimos, gira en torno a las relaciones de poder, el lugar desde y para el cual se hace memoria y se establece el reconocimiento y legitimidad pública que éstos lleguen a ostentar. Un análisis que incluye al campo de disputas que estos contextos generan, cuestión que se da sobre todo cuando aquello que se representa, interpreta, crea, narra, son situaciones extremas, violentas, conflictivas, límite.

Ahora bien, como se comenzó a insinuar en lo ya expuesto, sucede que este eje analítico puede coincidir o superponerse con el de la forma que adquieren las narraciones sobre el pasado. Es decir, añadir a lo dicho el hecho de que las memorias marginales o clandestinas poseen una estructura particular, o bien carecen de ella, llegando a ser esta característica incluso aquello que las hace justamente subversivas.

Es lo que sucede con algunos estudios y planteamientos que se sumergen e indagan en las formas de construcción de memorias en los grupos subalternos. Connerton (1989: 19), por ejemplo, sostiene que en los grupos subalternos se construye una forma narrativa distinta, propia, una estructuración diferente. Así, en las historias de vida de estos sujetos es posible observar una falta de referentes que permitan construir narrativas secuenciales, lineales, puntos de referencia que aluden tanto al pasado, al modo de orígenes legitimadores, como al futuro, en un sentido de acumulación de poder. En sus palabras: "La historia oral de los grupos subordinados producirá otro tipo de historia: una donde no sólo la mayoría de los detalles será diferente, sino en la cual la verdadera construcción de las formas de sentido obedecerá a un principio diferente. Diferentes detalles emergerán porque están insertos, por así decirlo, en un hábitat narrativo de diferente clase. Es pues esencial, en la percepción de la existencia de una cultura de grupos subordinados, ver que se trata de una cultura en la que las historias de vida de sus miembros tienen un ritmo diferente y que este ritmo no está diseñado por la intervención de los individuos en el funcionamiento de las instituciones dominantes".

Según este autor, las diferencias advertidas se explican porque los sujetos subordinados al no poder insertarse en la estructura de las instituciones dominantes ni menos apropiarse de ellas para sus propios fines, no se auto-conciben como capaces de realizar este tipo de intervenciones y, con ello, visualizar su vida retrospectiva y prospectivamente en forma de secuencia narrativa. Su historia no parece digna de ser rememorada en la medida que no ha sido fijada ni confrontada con una historia "objetiva" encarnada en instituciones. Una percepción que convive con la certeza de que sus decisiones no han ejercido algún nivel de influencia en el mundo social. Así, difícilmente podrían integrar su trayectoria vital con su sentido del curso de la historia objetiva.

Desde aquí, cultura y ritmo de vida parecen ser los factores preponderantes que determinan construcciones narrativas distintas para un determinado grupo, aunque también incluye la relación de subordinación y marginalidad respecto de las instituciones dominantes de estos sujetos. Justamente ese último elemento es el que releva Steedly (1993: 125) respecto de las experiencias

narrativas en la sociedad colonial y postcolonial indonesia. Allí, distingue entre las historias oficiales y aquellas no oficiales como formas de representación histórica. La historia oficial, en la línea de lo que aquí hemos expuesto, corresponde a aquellas representaciones públicas de experiencias pasadas construidas por los grupos dominantes y que suelen tener un carácter monolítico. La historia no-oficial, por su parte, constituye una versión diferente del pasado, una más personal, parcial, compuesta "de una multitud de singularidades y localizada en el experiencial "aquí y ahora"". Esta versión, se opone a las generalizaciones y es, en tanto que asociada a experiencias subalternas, potencialmente subversiva ante las formas autoritarias y normalizadoras del discurso oficial, aunque no necesariamente confrontacional en sí misma.

En el caso estudiado por Steedly (1993), estas memorias aparecen como destellos repentinos y breves en las historias de los encuentros con espíritus, debido a que en los textos coloniales más bien se las negaba.²⁴ En este sentido, plantea que para acceder a estos pequeños relatos es preciso examinar las estrategias narrativas de exclusión y desplazamiento utilizado para reducir o revertir su potencial carácter subversivo. Los grupos o individuos subalternos suelen no disponer de recursos para la construcción de una representación oficial creíble o una derechamente contrapuesta a ésta, y tampoco poseen autoridad para construir su propia versión. Ante esto, plantea la autora, aunque no necesariamente oponiéndose o enfrentándose al dominio de las representaciones oficiales a nivel genérico, las narrativas subalternas ofrecen otras rutas a la plausibilidad narrativa y otras vías para la persecución de intereses colectivos e individuales. Pero ¿cómo lo hacen? y ¿dónde radica entonces su potencial subversivo? Justamente en su carácter parcial, incompleto, "subjetivo" y fragmentario. Poseen, en definitiva, una indeterminación fundamental, hablan sólo para sí mismas y no demandan o reclaman su autoridad narrativa por sobre otras versiones. Provocan, así, una incertidumbre producto de su relación tangencial con el campo interpretativo oficial.

Según este planteamiento, las memorias subalternas toman un "punto de vista fugitivo" sobre la realidad histórico social. Es decir, una mirada compuesta por un conjunto de voces parciales, testimonios locales y personales, indeterminados y que no dependen de un marco interpretativo globalizador para su circulación en tanto que sólo tienen sentido en su ausencia de cierre. La imagen del fugitivo, utilizada por la autora, representa el lugar que ocupan estas narrativas que al igual que el prófugo se sitúan en la frontera del orden oficial, una posición que éste ha elegido para sostener su peculiar visión del mundo (Ferrándiz, 2004a). Así, "con la esperanza de restaurar o mejorar su posición social, ésta no rechaza al orden oficial, pero la subvierte a través de una perspectiva singular, no generalizada, de una alteridad radical aceptada" (Steedly, 1993: 135).

Ahora bien, el panorama que dibuja Steedly y las posibilidades de insurrección que visualiza para las memorias subalternas dadas por el lugar que ocupan y la forma que adquieren, puede ser visto desde otro ángulo e incorporar más elementos que lo complejizan. En este sentido, para el caso chileno Garcés y Leiva (2005) postulan la existencia de una disputa histórica que trasciende lo sucedido en el

²⁴ La autora realiza su estudio etnográfico en poblados cercanos a la cadena montañosa Karo, en Indonesia, y los relatos de estos encuentros refieren, en particular, al Monte Sibayak, lugar donde residen los espíritus según estas historias.

pasado reciente dictatorial, entre las memorias oficiales producidas por el Estado y aquellas creadas por las mayorías populares. Dos formas de narrar sucesos acontecidos, la oficial, más sistemática y vinculada a instituciones como la escuela, y la memoria popular, más informal, por lo tanto más libre y presente en los relatos propios de la cultura popular. Ésta última, como sostienen, toma una forma fragmentaria para el caso concreto analizado que corresponde a los relatos sobre la dictadura en la población La Aurora. Según los autores, este carácter parcial responde a un elemento propio de la memoria, ya que ésta no responde a relatos articulados y sistemáticamente fundados del pasado, a diferencia de la historia, sino más bien representa narraciones particulares ancladas en experiencias específicas y concretas. Pero además, se debe a un elemento específico del caso chileno y es que los hechos acontecidos no han sido elaborados socialmente debido a que esta sociedad no ha propiciado espacios de circulación. Derechamente se han invisibilizado ciertas narraciones por sobre otras, ocultamiento que se ha visto potenciado porque muchos protagonistas fueron hechos desaparecer, muertos o exiliados. En este contexto, para un grupo o una comunidad como el caso de esta población, es más dificultoso compartir sus experiencias y, con ello, generar un relato organizado sobre lo sucedido (Garcés y Leiva, 2005).

Por consiguiente, podríamos decir que tenemos por una parte el carácter abierto, indeterminado y la posibilidad de mantenerse "a un costado" de las interpretaciones oficiales, que Steedly (1993) releva para las memorias subalternas y que plantea como elementos claves en su constitución como perspectiva particular y eventualmente insurrecta. Y, por otra, la importancia que puede tener en determinados contextos contar con relatos organizadores, aglutinadores, en la medida que los fragmentos no trasciendan el espacio privado. Por lo mismo, mientras su existencia garantiza que ciertas versiones de lo sucedido pervivan aun cuando queden fuera de la discusión y reflexión pública de la sociedad, la de un discurso estructurante permite que eventualmente esos retazos pueden ser incluidos. Versiones, lecturas alternativas que cuando está en juego la verdad y la justicia de ciertos sucesos, se hace necesario su rescate como acto reivindicativo ya que pueden complementar, enriquecer, esclarecer, la elaboración social, el aprendizaje y la transmisión basados en aquellas que ya se han erigido como discursos legitimados.

Desde otra realidad como es la situación colombiana, Pécaut (2004) aborda la fragmentación en la memoria como la preminencia de relatos de carácter local, personal y vivencial, pero enfatiza el efecto negativo que tendría en esta sociedad particular como potencial factor que favorecería la permanencia de la violencia. Sostiene que la memoria fragmentada es producto de la conjunción de diversos factores como el terror que pesa sobre la población y que imposibilita la denuncia, los distintos focos de violencia que además de ser diferentes son cambiantes e impredecibles, y los desplazamientos que traen aparejados. Una fusión que hace que se pierdan los referentes territoriales, temporales, incluso subjetivos. Todo ello genera experiencias extremas de carácter disperso que promueven una memoria basada en acontecimientos y expresada a través de relatos individuales que no logran inscribirse e integrarse en uno colectivo que permita otorgarle sentido. Con la guerra actual en Colombia, dice Pécaut (2004: s.p), pasa como comenzó a suceder con el inicio del periodo conocido como La Violencia en los años 50, cuando la definición del fenómeno como un

conflicto entre dos bandos se fue diluyendo a medida que se multiplicaron los actores y se ramificó la conflictividad. Allí, “la yuxtaposición de relatos fragmentarios, de donde no emerge ningún metarrelato, toma el lugar del relato global. Ninguna posición de conjunto es posible, solo hay puntos de vista dispersos”. Si además se considera que no ha sido posible erigir instancias de cierre, verdad, justicia y reconocimiento público, se dificulta aún más el surgimiento de escenarios más amplios que conformen puntos de vista integradores, la existencia de un relato histórico reconocido a nivel colectivo que sirva de soporte al trabajo de memoria.

Por consiguiente, en un escenario como este prima una memoria a retazos que transmite experiencias y no tanto una narración construida a partir de ellas, cuestión que tiene efectos en la comprensión del presente. Algo que, según Pécaut (1999: 29), produce que en la sociedad colombiana, permanezca “visible la experiencia de la humillación en la rabia de muchos jóvenes de las clases populares que, de una u otra forma, participan en la violencia actual, dando la impresión de querer retomar la continuación de los eventos anteriores bien sea para darle otra conclusión bien sea para ir aún más lejos en la infrahistoria. La desconfianza frente al Estado y los dirigentes se nutre de un viejo resentimiento”. De este modo, se vuelve problemático el hecho de que la preeminencia de este tipo de rememoración se articule con una lectura mítica del pasado que sostiene la idea de que la violencia ha estado siempre, como única forma de memoria que recoge la vivencia colectiva. Confluyen entonces fragmentos, la individualización como efecto propio de la violencia y la certeza de que en la violencia actual no hay nada nuevo. Un todo que contribuye, según el autor, a la banalización de la violencia y el terror “como si fueran parte del orden de las cosas y hace más difícil la percepción de lo nuevo de la situación actual y consiguientemente el dar sentido a lo que ocurre”.

En los planteamientos que aquí hemos expuesto y desarrollado con distintos énfasis se entiende la fragmentación de la memoria como un efecto de la violencia, marginalidad, dominación y/o terror, elementos todos que siguiendo a Das (1995, 2007) podemos afirmar que adquieren aún más fuerza en conjunto. Sucede que se producen contextos en los que el acontecimiento pasa a tener un rol central, porque implica la ocurrencia de eventos críticos y extremos que no pueden ser subsumidos a través del repertorio existente de pensamiento y acción. Hechos que desestabilizan las categorías socialmente establecidas y sobrepasan los criterios de previsión de la comunidad, haciendo que el “mundo tal y como era conocido en la vida cotidiana se destruya” (Das, 2007: 134). El acontecimiento, entonces, irrumpe y afecta no solo la construcción de relatos sobre el pasado sino que la temporalidad completa, esto es, la vivencia del presente, la capacidad de proyectar hacia el futuro y la relación con el pasado. Se produce allí una fragmentación en la memoria, la emergencia de memorias “evenemenciales” como una manera de gestionar aquello que no puede ser dicho justamente por lo dramático del evento y la experiencia (Ortega, 2008).

4.3. Espacio de construcción y alcance de las memorias

A partir de lo revisado hasta aquí, consideramos que en las distintas conceptualizaciones que distinguen formas de recordar es posible rastrear un elemento que se encuentra implícito: el nivel o

ámbito de acción del tipo de rememoración. Con esto nos referimos al espacio en el que trabajan e impactan las memorias, su envergadura y alcance. Algo que no siempre se explicita o se tiene en consideración a la hora de analizar los efectos sociales, políticos, históricos, incluso pedagógicos que éstas tienen en contextos específicos.

Como plantean Del Pino y Jelin (2003: 1), se puede hablar de focos de estudio distintos según se trabaje a nivel nacional y/o global, o local. Este último ámbito, sostiene, ha sido menos considerado en la investigación sobre construcción de memorias de pasados represivos en el Cono Sur, y en el crecimiento continuado que ha tenido en la región. Desde este argumento, estudiar el trabajo de memoria en comunidades locales implica un cambio de foco –y de escala, podríamos agregar– siendo aquello que lo define no “el sector social, geográfico o cultural en sí mismo, sino las relaciones que se establecen entre actores sociales comunitarios entre sí y con los <<de afuera>>, especialmente los del <<centro>> del país y del poder”.²⁵ Esto se refiere a la posibilidad de estudiar los procesos de rememoración en espacios en los que suelen haber diferencias respecto de los sentidos del pasado que se han levantado desde el centro, aunque sin olvidar que entre ambos existen diálogos. En lo local, así como en lo familiar, está presente lo nacional y global, y entre las distintas realidades se establecen relaciones dinámicas.

Recogiendo esta idea podemos hablar de escala nacional y local y allí diferenciar entre macro narrativas que aluden a contextos más amplios, a sociedades en su conjunto, y micro narrativas que hablan de interpretación y relatos del pasado a nivel de espacios sociales más reducidos que no son parte de los centros de poder. Asumiendo de esta forma que entre ellas puede haber diferencias tanto a nivel de contenido, qué se recuerda y el sentido que se construye, como de forma, cómo se estructuran esos relatos. Dos ámbitos de distinción que se abordaban en los argumentos desarrollados arriba sobre las memorias subordinadas y las memorias fragmentadas, a los cuales aquí agregamos el componente local.

Desde otro ángulo, podemos distinguir igualmente entre macro y micro narraciones según su relación a la temporalidad, o sea, escalas de largo o pequeño alcance temporal. Así, y siguiendo a Gergen (1994), podríamos hablar de macro narraciones para referirnos a relatos cuyos acontecimientos abarcan amplios periodos de tiempo y micro relatos para aludir más bien a sucesos recientes o que han tenido una breve duración.

Y, aún en otro sentido, esta distinción en la que nos situamos también es posible abordarla desde un enfoque que trasciende los aspectos territorial o temporal mencionados, pero que igualmente se entreteje desde el problema de la escala que aquí nos interesa. Se trata de lo planteado por Stern (2000) y la diferenciación que ofrece entre lo que denomina memorias sueltas y memorias emblemáticas.

²⁵ Énfasis originales.

Para Stern (2000), las memorias sueltas corresponden a todos aquellos recuerdos de experiencias significativas y relevantes en nuestra propia concepción y definición, pero que no tienen necesariamente mayor sentido fuera de un ámbito personal, es decir, sueltas en relación a un significado e imaginario colectivo. Las memorias emblemáticas, por su parte, son aquellos sentidos que justamente nos permiten enmarcar, articular, organizar, dichos recuerdos con un sentido social, en una narración colectiva. Entre ellas se puede o no establecer una relación dinámica, porque se pueden o no tejer puentes interactivos, proceso que va definiendo memorias de mayor envergadura. Algo que dependerá de "coyunturas o hechos históricos especiales, a partir de los casos en que una o dos generaciones de gente sienten que han vivido ellos o sus familias una experiencia personal ligada a grandes procesos o hechos históricos, de virajes o rupturas tremendos, que cambian el destino" (Stern, 2000: 13). Como se puede esperar, ambos tipos de memorias no se constituyen de la misma manera y no tienen el mismo carácter, alcance ni amplitud. Así como las memorias personales pueden ser contenidos específicos, experiencias y acontecimientos recordados, las memorias emblemáticas no corresponden a una sola memoria concreta, homogénea y sustantiva, más bien se trata de marcos, formas de organizar aquellos recuerdos concretos, que en esta calidad permiten dar sentido interpretativo y criterios de selección a las memorias sueltas.

En esta línea, las emblemáticas pueden pensarse como macro narraciones, ya no por su alcance territorial ni temporal (aunque es probable que esté vinculado), sino por su carácter de paraguas que le permite operar en un nivel más extenso, cobijando y estructurando varias memorias dispersas, dándoles un sentido mayor en un proceso dinámico de movimiento e intercambio constante, según sean las condiciones históricas. O sea, se trata de procesos de rememoración que trabajan en otra escala. Así, como afirma el autor, las emblemáticas son memorias que van adquiriendo este carácter influyente a través de un proceso complejo y conflictivo en el cual es clave la capacidad que tengan los relatos de "convencer", o dicho de otro modo, atraer a más recuerdos personales. Esta dinámica, a su vez, se vincula con ciertos criterios que son necesarios para que el relato emblemático efectivamente opere en su calidad de aglutinador. El primero de ellos es la historicidad, esto es, el lugar que ocupa un determinado acontecimiento en la historia, su relevancia y calidad de punto de inflexión en el rumbo de un país. En segundo lugar, Stern (2000) considera que una memoria emblemática se hace más convincente en la medida que posee un correlato real, si se articula con experiencias concretas que pueden ser confirmadas a través de ellas, constituyéndose en una memoria que opera como prueba de algo que sucedió. En tercer lugar, será más emblemática una memoria que permite incorporar, dar sentido a más memorias sueltas, o dicho de otro modo, mientras más amplia es la pantalla, más flexible y con ello inclusiva. Una holgura que podemos poner en relación al alcance y la proyección de las memorias, a su ámbito de influencia y comunicación, en la medida que Stern (2000: 19) afirma que la "fragmentación y la semi-clandestinidad imponen barreras formidables, que impiden construir puentes hacia las memorias emblemáticas". Es decir, si una memoria permanece fuera de circulación en el espacio público, restringida al ámbito personal o familiar pierde su potencialidad de transformarse en sentidos colectivos. Por otro lado, otro criterio que le otorga a algunas memorias mayor capacidad de convencimiento y, por tanto, más posibilidades de identificación para los recuerdos sueltos, es su encarnación en un referente social,

concreto y simbólico, que inspire respeto y empatía cultural. Y, por último, un criterio que resulta fundamental para el autor en la medida que sin él el resto pierde efectividad es la existencia de los portavoces humanos. Éstos, organizados a través de grupos, movimientos sociales o instituciones, tienen por objetivo compartir, organizar y proyectar determinados sentidos del pasado, o sea, respaldan ciertas memorias y empujan en pos de su legitimidad en el espacio público.

Como se observa, en los planteamientos de Stern se le otorga importancia al establecimiento de puentes entre memorias sueltas y emblemáticas, en la medida que éstos favorecerán la elaboración colectiva del pasado. Una articulación que según el autor se ve potenciada por lo que denomina nudos convocantes que no son más que aquellas circunstancias o actores que exigen que se construyan las vinculaciones entre el espacio personal del recuerdo y el imaginario colectivo. Estos nudos pueden ser rupturas en nuestra vida cotidiana que funcionan como llamados de atención que nos hacen salir de ese espacio irreflexivo para forzarnos hacia la búsqueda de sentido. Pueden ser humanos, como los portavoces mencionados, también hechos y fechas que posean una fuerte tradición histórica y simbólica en una cultura, y/o lugares, sitios físicos que son vestigio de un acontecimiento histórico significativo o producciones humanas tendientes a recordar, interpretar y conmemorar ese suceso. Es así como desde este argumento entre memorias sueltas y emblemáticas se dan relaciones dialécticas y selectivas, dinamizadas por los nudos convocantes ya que exigen las articulaciones entre ambas. Y esto, a su vez, posibilita los procesos de trabajo de memorias de las sociedades y dibuja memorias más amplias, públicas y convincentes que otras en un juego constante.

5. La preocupación por los legados del pasado

Algunos de los planteamientos desarrollados hasta aquí, junto con identificar distintos tipos de memorias y configuraciones posibles en las tramas de rememoración de conflictos violentos, esbozan análisis acerca de las opciones que cada una de éstas brindan para ser transmitidas hacia otras generaciones que suceden a quienes vivieron dicho pasado (Pécaut, 1999; Stern, 2000). Abordan así un tema que se ha venido instalando en Chile y en distintos países que han sufrido este tipo de acontecimientos traumáticos, la preocupación por cómo y qué se recuerda acompañada de la pregunta por la manera en que eso se comunica, traspasa y es aprehendido por los jóvenes (Reyes et al., 2015). Algo que adquiere preponderancia, considerando que ya se cuenta con una generación de jóvenes-adultos nacidos en democracia, que no vivieron ni los últimos años de la dictadura. Es así como a lo largo del periodo de transición el cómo nombrar, significar, explicar, contar, y recientemente, legar relatos de la dictadura se ha transformado en una inquietud. Un tema que en la arena pública adquiere mayor o menor fuerza mediática según los vaivenes de la contingencia política, aunque sin desaparecer del todo, mal que mal cada año está el 11 de septiembre para recordarlo.

El 2017 fue año de elecciones presidenciales y parlamentarias en Chile, lo que significa que en marzo de este 2018 asumen las nuevas autoridades. Esta coyuntura ha servido para que el pasado

conflictivo y violento y los sentidos construidos sobre el mismo sean parte de la agenda en el debate público. Podemos contar situaciones diversas en las que nuestro pasado reciente ha sido traído a la discusión actual y sus circunstancias. Desde anécdotas que han generado polémica, como cuando adherentes de un candidato presidencial en su lanzamiento de campaña agregaron una frase alusiva a Pinochet a un tradicional grito nacional, hasta discusiones sobre el cierre de una cárcel especial para procesados por violaciones a los Derechos Humanos y su traslado a centros penitenciarios comunes. Uno de los asuntos que ha formado parte de estas reflexiones que vinculan pasado, política institucional y presente, han sido las críticas dirigidas hacia partidos políticos emergentes y sus jóvenes dirigentes por pecar de visiones a-históricas de la trayectoria del país. Así es como uno de los debates públicos que se comienza a instalar con fuerza a propósito de nuevos movimientos sociales y organizaciones que han llegado a tener representación en el congreso, es su propia interpretación del pasado. Tanto de aquel dictatorial como de uno más reciente, esto es, la transición y el papel de los gobiernos democráticos en ella.

Gabriel Boric, ex dirigente estudiantil y actual diputado de 31 años, enfrenta algunos de los cuestionamientos a su sector con estas palabras: "Hay un problema en la crítica a la supuesta superioridad moral que ostentaríamos desde el Frente Amplio, que radica en que en ella se esconde también el negar (quizás inconscientemente), a quienes no fuimos protagonistas de un determinado período histórico, la posibilidad de tener un juicio crítico sobre el mismo (en este caso, la "transición")" (Boric, 2017).²⁶ Más allá de la crítica propiamente política relativa a cómo se ha desarrollado la transición, principalmente conducida por los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, en esta discusión se pone en juego un aspecto central para nuestro razonamiento.²⁷ Esto es, los sentidos que se erigen del pasado y sus legados –desde los cuales se desprenden por cierto los discursos partidistas-, y la legitimidad de los distintos actores para construirlos y leer lo sucedido, sobre todo la relativa a los jóvenes que no vivieron la dictadura o eran aun niños cuando ésta se terminó. En este caso la polémica gira en torno a la visión crítica de la transición, pero se trata de una discusión que entraña dudas e interrogantes que no son nuevas, más bien son compartidos si de hablar de pasado reciente se trata: qué recordar, cómo hacerlo, quién puede hablar del pasado con autoridad, o en definitiva, cómo nuestra sociedad como heredera de un pasado conflictivo (adjetivo bajo el cual también puede incluirse los años en que constituido un gobierno democrático el dictador ocupaba un escaño en el senado) es capaz o no de traspasar sentidos de lo acontecido. Un interrogante que adquiere mayor importancia si pensamos que lo que está en juego en la transmisión de lo sucedido es, después de todo, la formación de la conciencia

²⁶ El Frente Amplio es un conglomerado de partidos políticos conformado en el año 2016. Se define como un espacio de confluencia, un espacio político alternativo a los dos grandes bloques constituidos en el país (Nueva Mayoría y Chile Vamos) que busca constituirse como "punto de referencia para iniciativas transformadoras" en pos de "cambiar democráticamente las estructuras desiguales de poder en Chile"(Frente Amplio, 2017, s.p). Forman parte de esta coalición: Nueva Democracia, Partido Igualdad, Movimiento Autonomista, Partido Liberal de Chile, Revolución Democrática, Partido Humanista, Poder Ciudadano, Movimiento Democrático Progresista, Izquierda Autónoma, Izquierda Libertaria, Partido Pirata y Partido Ecologista Verde.

²⁷ La Concertación de Partidos por la Democracia fue una alianza política y electoral conformada por partidos reconocidos de izquierda, centro-izquierda y centro, entre ellos la Democracia Cristiana (DC), el Partido Socialista (PS), Partido por la Democracia (PPD) y el Partido Radical Social Demócrata (PRSD). Se creó en 1988 con el objetivo de oponerse a la dictadura y derrocar a Pinochet, luego de logrado dicho objetivo gobernó el país entre 1990 y 2010.

histórica. Esto quiere decir, la posibilidad de grupos y sujetos de construir su relación a la temporalidad y desde ahí comprenderse como tales a través del tiempo y la historia (Koselleck, 2001). Un vínculo que no se reduce al aprendizaje de la historia, a su conocimiento y enseñanza, si no que implica la aprehensión de la experiencia y la interpretación de los sucesos, y se constituye en un medio para comprender el presente y anticipar el futuro (Rüsen, 2006). Y que está marcado por la relación entre el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativas”, entendidos como modos posibles en que se vinculan presente, pasado y futuro. Todo esto, en un contexto general en el que estos dos aspectos de la vivencia temporal han sufrido un distanciamiento progresivo desde la llegada de la modernidad y su inherente modificación de temporalidad. Un cambio basado principalmente en la gestación de la noción de progreso que hace primar la idea de que los acontecimientos frustran las expectativas, y el futuro ya no se lee desde las vivencias del pasado (Koselleck, 2001). La importancia de la constitución de la conciencia histórica, así como de las posibilidades instaladas en dicho proceso por la brecha evidenciada por Koselleck, es que ella como aprehensión, reconocimiento y significación del pasado sirve de base para interpretar el presente y establecer allí límites éticos. En este sentido, funciona como orientación, como guía para situaciones actuales en tanto permite comprenderlas históricamente (Rüsen, 2006).

En suma, vivimos un periodo en que el diálogo y la transmisión intergeneracional se han instalado como inquietud o, como lo enuncia Stern (2013), en el que se aprecia un posible recambio donde el *impasse* de la memoria puede dar pie a la instalación de una cultura de olvido en las nuevas generaciones. Y utilizamos ambos conceptos, diálogo y transmisión, para abordarlo precisamente como una discusión debido a que cada uno enfatiza un cierto carácter implicado en el proceso. De todas formas, antes de adentrarnos en ella cabe detenerse en el hecho de que estas dos nociones nos hablan de aquello que sucede entre dos o más grupos de sujetos, las generaciones, cuya delimitación dependerá de la conceptualización que la sostenga.

Considerar el concepto de generación como relevante, central diríamos, en el abordaje de la transmisión no quiere decir que tengamos como objetivo de investigación la identificación de ciertas memorias generacionales, al modo de narraciones compartidas por un grupo de edad y sus diferencias con las de otros grupos. Eso estaría cerca del problema de la reificación que suele criticársele a la noción de memoria colectiva y con ello hacer válido el supuesto que una generación por el hecho de haber nacido en un mismo periodo posee y comparte necesariamente una relación particular al pasado. En otras palabras, y tal como lo plantea Aróstegui (2006: 78) “no queremos mantener que haya memoria de generación como una forma específica de memoria colectiva –o, al menos, su descubrimiento requeriría un estudio más profundo- sino que, justamente la posición generacional incide en la memoria colectiva, o mejor, en las memorias colectivas que compiten”.

De este planteamiento se desprenden al menos un par de aristas a considerar. En primer lugar, y como parece evidente, que la posición generacional influencia la y las memorias que se construyan, pero no será la única circunstancia que las determine. Y, en segundo lugar, aquí encontramos una noción de generación que se aparta de aquella que la restringe a lo que podríamos llamar generación

biológica, como lo hace Lisón-Tolosana (1983) para referirse a un grupo de sujetos meramente coetáneos.

En esta línea de argumentación acerca de la idea de generación, Mannheim (1928) realiza una distinción que clarifica este punto entre posición y unidad generacional. La primera, tal como lo afirma la palabra, se refiere al hecho de nacer en un determinado año o en un rango de años y desarrollarse a partir del mismo, es decir, una posición en el ámbito de la edad y el ritmo de la vida y la muerte. Pero, y aquí lo relevante, lo que establece esta posición no es solo la biología y el ciclo natural vital iniciado en un momento determinado, sino un potencial puesto que permite compartir con otros un lugar similar "en la corriente histórica del acontecer social". De esta manera, Mannheim (1928: 2016) vincula el hecho de nuestra llegada a la sociedad y las etapas de maduración con la vivencia de ciertos acontecimientos socio-históricos. Para él, la constitución de posiciones generacionales afines no depende exclusivamente de la contemporaneidad cronológica: "sólo se puede hablar, por lo tanto, de la afinidad de posición de una generación inserta en un mismo período de tiempo cuando, y en la medida en que, se trata de una potencial participación en sucesos y vivencias comunes y vinculados. Sólo un ámbito de vida histórico-social común posibilita que la posición en el tiempo cronológico por causa de nacimiento se haga sociológicamente relevante".

De todas maneras, desde este argumento, la posición generacional no asegura la constitución de un grupo concreto, porque tal como sucede con la posición de clase, dice Mannheim (1928: 208), "uno se encuentra" en un cierto lugar temporal respecto de otros, independiente si se sabe o no, si se es consciente o si se comparten otros elementos sociales con quienes ocupan la misma posición. Así, la constitución de la unidad generacional, segundo término acuñado por el autor, dependerá no solo de haber nacido en el mismo ámbito histórico-social y dentro del mismo periodo, sino que la conexión generacional deberá trascender ese lugar para contener un vínculo real entre los sujetos involucrados, una sintonía de intereses, experiencias y actuar comunes, la participación en un "destino común".

Si acudimos a la sistematización y síntesis hecha por Lisón-Tolosana (1983), podemos sostener que una generación, o unidad generacional, se forma a partir de la implicación de un grupo de edad de hombres y mujeres en una imagen común del mundo y la vida. Esto sobre la base de actitudes y valores que supone una coincidencia en el tiempo y un interés activo o pasivo por los acontecimientos compartidos, todo lo cual constituye una plataforma común de aspiraciones y objetivos futuros. De esta manera, es posible advertir cómo lo central en esta conceptualización de la generación –como posibilidad instalada a partir de una determinada posición generacional, según Mannheim- será una idea de vida y modo de existencia que se constituye en la condición para pertenecer a ella por sobre la edad biológica. Dicho en palabras de Ortega y Gasset (1923/2002: 52), "*cada generación representa una cierta altitud vital*, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada".²⁸

²⁸ Cursivas originales.

Argumentado de esta manera, podemos diferenciar entonces la idea de generación de la cohorte de edad. Este último, un concepto que desde la demografía se ha levantado para referirse al hecho biológico básico de la coincidencia de fechas en el nacimiento de un grupo de personas, lo que a su vez implica coincidencia en su desarrollo. Sin embargo, según Aróstegui (2004) la noción de generación le añade justamente una dimensión social en tanto advierte cómo dicho desarrollo biológico paralelo implica también la posibilidad de experiencias comunes, de afinidades culturales, en suma y como hemos dicho, de una concepción de mundo.

El hecho de incluir la dimensión social tanto al hecho biológico como a la constitución o no de una unidad, le agrega un sentido dinámico al problema sociológico de la sucesión de grupos humanos, lo que a su vez se ve reforzado si consideramos todavía otro elemento como es la interacción entre generaciones. Dice Ortega y Gasset (1932/2002: 52-53) que "para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido –ideas, valoraciones, instituciones, etc.- por la antecedentes; la otra, dejar fluir su propio espontaneidad (...) [Así] el espíritu de cada generación depende de la ecuación que esos dos ingredientes formen, de la actitud que ante cada uno de ellos adopte la mayoría de sus individuos". Por consiguiente, se trata de una relación en constante movimiento que entraña posibilidades de variación y transformación en distintas dimensiones sociales puesto que incluye legados de generaciones pasadas, contribuciones de las nuevas y las situaciones históricas en que se producen dichos intercambios (Lisón-Tolosana, 1983).²⁹

62

En síntesis, desde la línea de razonamiento aquí brevemente expuesta entendemos que una generación se constituye tanto en relación a eventos socio- históricos como en diálogo con otras generaciones. Sin embargo, eso no excluye que una noción más centrada en la biología y el ciclo vital pueda interactuar con ésta, articulación que se da por ejemplo cuando se aborda la memoria familiar de sobrevivientes, hijos entendidos como segunda generación y nietos como la tercera (Hite, 2013).

5.1. Cuando se dificulta e interrumpe la transmisión

Cuando desarrollamos las distinciones entre memorias oficiales y subterráneas, memorias subalternas y memorias oficiosas, ya instalamos algunos planteamientos sobre sus opciones de ser transmitidas. Y coincidían en señalar que aquellas de carácter fragmentario, disidente, suelto, clandestino, tendrían más dificultades en sus procesos de pervivencia y comunicación a largo plazo. Ello en la medida que se definen como relatos y prácticas más débiles e inestables -siempre en comparación con aquellas que poseen mayor legitimidad y alcance-, y que además suelen desplegarse en campos de acción reducidos. Recuerdos personales desplegados en redes familiares o de amistad de modo informal, privados del espacio público de circulación (Pécaut, 1999; Stern, 2000; Pollak, 2006).

²⁹ Esta concepción de generación, como parte de la distinción entre generación biológica y generación sociológica, le permite a Lisón-Tolosana (1983) preguntarse por las generaciones presentes, coexistentes en la comunidad aragonesa de estudio, las diferencias que es posible establecer entre ellas, aquellos eventos históricos que han moldeado a cada una y, en definitiva, por los cambios que dicha configuración ha implicado en el sistema de relaciones familiares.

Este recogimiento de las narraciones en el espacio personal y familiar percibido como problemático para su circulación, es uno de los elementos también identificado por Crenzel (2011) en el ámbito de las memorias locales de un barrio argentino colindante a un hospital que funcionara como centro clandestino de detención y tortura durante la dictadura (1976-1983). Allí, argumenta el autor, los jóvenes poseen escasos conocimientos e interés por el pasado de violencia política y represión estatal, cuestión que se traduce en una vivencia de extrañamiento hacia el mismo. Una situación que se da a pesar de compartir características respecto de los marcos sociales de la memoria barrial, como la clase social, religión y familia (Halbwachs, 1950/2004b). La tesis del estudio explica tal situación sobre la base de una escasa socialización con dicho pasado, la que a su vez es producto de la confluencia de tres elementos: una socialización restringida por los límites del barrio, la falta de comunidades de memoria y trayectorias escolares incompletas. En este marco, uno de los pocos espacios de transmisión evidenciado es el de la familia. Los jóvenes relatan haber escuchado allí historias sobre experiencias de sus padres en dictadura, algunas de ellas violentas y/o referidas a la vida cotidiana de entonces, pero carentes de marcos más amplios. Relatos que no se engarzan ni enmarcan en historias de ámbito político y nacional, ni explicitan un significado trascendente en sus vidas, memorias sueltas y desprovistas de puentes hacia narrativas aglutinadoras, podríamos decir. O sea, se evidencia una continuidad oral e intergeneracional de la memoria, aunque limitada, realidad que Crenzel (2011: 123) atribuye a una "construcción social y de tramas familiares en las que la historia de vinculación entre el Hospital y el barrio y la propia historia asociativa del barrio han sido borradas, y en la cual los hechos de la represión política, aunque recordados y transmitidos, ocupan un espacio reducido y han sido relativamente naturalizados; no constituyen hechos que sean significados como determinantes para comprender o enmarcar las experiencias vitales".

Ahora bien, si sobre la base de lo dicho acudimos en busca de referentes hacia otros marcos conceptuales, podríamos decir que a la hora de pensar la transmisión y aquello que la dificulta, los planteamientos hasta ahora revisados centran la mirada en los procesos de construcción de memorias que siguen una forma doctrinal, al modo como lo plantea Whitehouse (2004) en su distinción entre modos de religiosidad y las posibilidades de circulación que propician cada uno.

Este autor identifica y caracteriza dos formas de experimentar y practicar la religiosidad, en parte, según los procesos de rememoración y transmisión implicados. Ambas, aunque funcionan como modelos dicotómicos, en la práctica no se dan de forma "pura" y operan como polos que atraen y que definen tendencias, haciendo posible modos intermedios o incluso sintéticos entre ambas. Religiones doctrinales, por una parte, e imaginistas o icónicas -también llamada iniciática (Sarró, 2007)-, por otra, con sus respectivos rasgos cognitivos y sociopolíticos. Siendo la memoria un elemento fundamental para que las religiones y las formas de experimentarlas perduren en el tiempo, se produzcan y reproduzcan a lo largo de la historia, el autor la toma como punto de partida para su análisis en tanto los tipos de memoria son activados de forma diferentes por cada forma de religiosidad y permiten explicar el carácter de cada una.³⁰ En este marco, una de las características

³⁰ Whitehouse (2004) asume que hay dos tipos de memoria, la explícita y la implícita, según haya conciencia de aquello que se sabe o no. A su vez, la memoria explícita se divide entre aquella de largo plazo y la de corto plazo. Y por último, dentro

principales de la forma doctrinal es su alto nivel de rutinización de las acciones rituales, lo que facilita el almacenamiento y recuerdo de enseñanzas explícitas, complejas y elaboradas en la memoria semántica. Al mismo tiempo, con la repetición y las prácticas rituales se da una activación también de la memoria implícita. Estas características cognitivas se van articulando y potenciando con ciertas formas sociales como son la jerarquía y centralización institucional, su potencial de expansión y la presencia e importancia de líderes religiosos. Éstos, son los encargados de transmitir oralmente las enseñanzas y narraciones, y velar porque éstas se preserven intactas y sean aceptadas por los seguidores. Así, la rutinización de los actos, su repetición, la forma institucional y la presencia de líderes, en conjunto y como elementos vinculados entre sí, conforman un modo de religiosidad donde la narración y la memoria semántica son centrales para organizar su conocimiento religioso en una forma coherente. Una doctrina normalmente contenida en un libro, cuyo espacio para la innovación acerca del sentido de las prácticas es escaso. Y es que estando dicho conocimiento organizado a través de la memoria semántica, advierte el autor, los episodios particulares que son parte de la experiencia de los adherentes a una determinada religión, pierden su particularidad pasando a ser parte de aquello que ocurre siempre de la misma forma, y que le puede suceder a cualquier otro miembro de la comunidad.

Según Whitehouse (2004) la forma imaginista o icónica, por otra parte, se caracteriza por ser esencialmente episódica, fragmentaria en tanto que carente de coherencia y doctrina, y experiencial. En este modo de religiosidad se activa fuertemente la memoria episódica a través de rituales efectuados de forma poco recurrente, pero con un carácter altamente excitante (por ejemplo, ritos iniciáticos). Se refiere a situaciones que generan memorias que pueden ser muy potentes y detalladas, y “aparecer” de pronto al modo de una imagen o escena con un carácter vívido y que acompañarán al sujeto toda la vida. Y esta activación, a su vez produce reflexiones espontáneas, al modo de una exégesis que se dispara y es vivida como una revelación o inspiración, cuestión que le da su sentido y relevancia a este tipo de rituales. El hecho que esas experiencias de revelación sean personales hace que no haya uniformidad en las creencias más allá de ciertas ideas centrales -al menos no aquella que es propia de las doctrinas- y, al mismo tiempo, que no sea posible sostener una dinámica de liderazgos, jerarquías y centralización. Así, el papel central de la memoria episódica promueve que la comunidad se forme en torno al recuerdo de acontecimientos compartidos, lo que sumado a la centralidad de la vivencia ritual hace que se constituyan en memorias exclusivas y difícilmente expansibles. En definitiva, y como sintetiza Sarró (2007), se trata de un modo de religiosidad altamente vivencial e inenarrable por definición, razón por la cual cualquier intento descriptivo y articulador al modo de una “religión” –como sistema ordenado y coherente- traiciona necesariamente su carácter propiamente fragmentario.

De esta manera, lo planteado por Whitehouse, construido conceptualmente desde una perspectiva cognitiva aplicada a la religiosidad, nos habla de polos en torno a los cuales encontramos similitudes

de la memoria a largo plazo se puede distinguir entre la memoria semántica, aquel amplio conocimiento sobre el mundo dentro del cual nos es difícil identificar cuándo fue adquirido cada elemento, y la memoria episódica, la que consiste en eventos específicos de nuestra vida.

con lo planteado previamente respecto de las memorias y las formas de transmisión que posibilitan. Finalmente, se trata de estilos que ponen en juego un componente clave que es el alcance de los relatos del pasado, tal como lo mencionamos en el campo de la memoria de pasados violentos. Así, también desde lo planteado por este autor, elementos como la coherencia, la unidad, el orden y la generalidad, permiten que ciertos relatos puedan prevalecer por sobre otros. Esto en cuanto pueden integrar pequeñas historias y, con ello, hacer más comprensible el pasado para un mayor número de sujetos en una sociedad, construyendo un conocimiento y un aprendizaje común, alejándose de la exclusividad y particularidad.

5.2. La construcción del pasado en el presente entre generaciones

Los argumentos hasta aquí expuestos no consideran especialmente el rol de quienes son los llamados a “recibir” los mensajes creados por los protagonistas o quienes buscan deliberadamente la transmisión de ciertos sentidos del pasado, o de prácticas religiosas. Un papel que tiene distintas implicaciones y que desarrollaremos en este apartado.

La consideración activa del otro involucrado en el proceso de transmisión (que suele corresponder a la generación o grupo de edad que no vivió un evento histórico), puede ser formulada en primer término como la disposición de las nuevas generaciones a recibir, escuchar, atender aquello que se le intenta comunicar. Un elemento que puesto en términos colectivos de memoria e identidades nacionales, Yerushalmi (2002: 131) identifica como la existencia e importancia de un “receptor bien dispuesto”, y asocia al pueblo judío. Para él, la memoria colectiva de un grupo se conforma en un movimiento dual de recepción y transmisión que sucesivamente se impulsa a sí mismo hacia el futuro. En esta línea, hablar de que una comunidad recuerda quiere decir que un pasado ha sido “activamente transmitido a la presente generación, y que ese pasado ha sido aceptado como significativo. Y, a la inversa, un pueblo “olvida” cuando la generación que ahora posee el pasado no se lo transmite a la siguiente, o cuando ésta última rechaza lo que recibe y no lo sigue pasando a las generaciones sucesivas, lo que viene a ser lo mismo”. Es así como, desde aquí, la memoria de un grupo dependerá de la transmisión activa que el narrador realice de ciertos sucesos así como de la recepción, también activa al menos en el sentido de disposición a la escucha, del oyente. Y el olvido, por su parte, corresponderá a una transmisión interrumpida que igualmente involucra a ambos sujetos. De la misma manera, siguiendo este hilo, podemos pensar en el caso español y la disponibilidad que, por ejemplo, han tenido las llamadas tercera y cuarta generación para recoger las memorias de sus abuelos acerca de lo vivido durante la Guerra Civil. Algo que, según Aguilar y Ramírez-Barat (2016), las diferencia de los hijos, la segunda generación, quienes han tendido a lo largo de la transición democrática española a asumir como acertada la decisión impulsada desde el Estado de dejar atrás el pasado para asegurar la estabilidad. Una creencia alimentada por el miedo internalizado por este grupo y principalmente defendida por las élites políticas de la misma posición generacional. Se opone a ella, entonces, una sensibilidad particular que para las autoras posee una parte importante de los nietos y bisnietos de las víctimas hacia su voz y sus demandas, y que impulsa a reivindicar y defender la existencia de medidas de reparación. Y que da cuenta del papel

fundamental que ha jugado el cambio generacional en España, en cuanto al aumento de las iniciativas de recuperación de las memorias de la represión franquista.

Pero, aunque el tema o problema de la escucha y la sensibilidad ciertamente participa del proceso de transmisión intergeneracional del pasado, no es lo único que representa lo que entendemos como el rol activo del "receptor", en gran medida olvidado por las visiones más tradicionales. Es necesario continuar desarrollándolo para también delinear la concepción de transmisión con la que trabajaremos a lo largo de esta investigación.

Efectivamente la principal crítica que desde algunas perspectivas se le hace a la noción de transmisión, es que puede entenderse al modo de un proceso de simple traspaso que sigue un camino unidireccional desde el transmisor al receptor. Una transferencia que depende en su mayor parte de quien tiene el papel activo en el proceso, o sea, de quien emite la señal, dejando al que la hereda en un rol de pasiva receptividad (Berliner, 2005; Wezler, 2008; Reyes, 2009; Achugar et al., 2013). Asumimos que ciertamente el proceso de comunicación es impulsado, promovido, potenciado –conscientemente o no- por otro que ha sido protagonista, o bien, posee un conocimiento, experiencia o experticia que le permite informar, contar, exponer. Este reconocimiento, de todas formas, no implica que el otro en cuestión tenga un lugar inmóvil. Y este es justamente el elemento clave en el que para muchos autores se juega la transmisión generacional, en tanto entraña la posibilidad de que el pasado recordado se modifique y sea interpretado por grupos de edad de jóvenes que no lo vivieron.

Uno de estos planteamientos críticos es el de Welzer (2008), construido a partir de una investigación acerca de memorias del pasado nacional-socialista y su transmisión intergeneracional en el espacio familiar de quienes vivieron parte del Tercer Reich, hijos y nietos. El autor construye su análisis asumiendo como base un contexto de educación exitosa sobre el Holocausto en la sociedad alemana. Es decir, constata un efectivo conocimiento de lo sucedido en los estudiantes, una situación que, sin embargo, no determina ni asegura una única interpretación de aquello que ha sido transmitido. Justamente, una de las hipótesis del trabajo es que mientras ciertos conocimientos pueden ser positivamente instruidos y adquiridos acerca de los crímenes, el horror, la muerte, etc., la significación o la utilización que se haga de ellos puede llegar a ser distinta a lo esperado o lo defendido por los protagonistas. El efecto dependerá de muchos otros factores que trascienden el marco educativo de la escuela y los textos de historia.

Re-narración es el proceso advertido por el mismo Welzer (2008, 2010) a través del cual aquellas memorias narradas por los abuelos cambian considerablemente en el camino de la convivencia y el intercambio comunicativo familiar, llegando incluso a modificar completamente el sentido contenido en el relato de su protagonista. Una re-formulación que si bien puede darse entre los distintos miembros de un grupo familiar, ocurre con especial fuerza en el caso de posiciones generacionales distintas. Allí, en dicho recorrido, el aspecto evaluativo guía la transformación produciendo un efecto que el autor denomina tendencia a la heroización. Esto es, una necesidad y

esfuerzo por parte de las nuevas generaciones por desarrollar historias que concilien los crímenes cometidos y su defensa ideológica, así como la integridad moral de padres y abuelos. Para ello, las historias contadas como parte del acervo familiar de memorias son re-organizadas de forma progresiva, acumulativa, de generación en generación. Todo lo cual genera lo que Wezler (2008) describe como el efecto colateral de la educación alemana sobre el pasado nazi, o resultado paradójico. Esto es, el hecho de que mientras mayor y más comprensivo sea el conocimiento sobre los abusos de la guerra, más fuerte se vuelve la necesidad de re-ordenamiento de las narraciones en pos del resguardo moral del familiar protagonista. Ahora bien, y aquí un apunte importante, para el autor en el caso alemán esta re configuración no sucede en un “vacío” de sentido, más bien al contrario, es posible gracias a que existe un reconocimiento social y ético sobre lo acontecido. O, dicho de otra forma, debido a que los re-narradores no tienen dudas sobre el carácter criminal del nazismo.

Nos referimos de esta manera a un proceso que, independientemente de la dirección que tome sea evaluativa o de otra índole, implica una modificación de los sentidos de las historias del pasado, construido sobre la base de un cierto grado de conocimiento (aunque quedará pendiente analizar el “tipo” de conocimiento implicado ya que Welzer se refiere particularmente al caso alemán caracterizado, como dijimos, por lo que llama de educación exitosa). En este transcurso, las generaciones que suceden a los narradores primarios –los llamamos así porque desde esta perspectiva podríamos también denominar narradores a quienes re-narran- tienen una labor que supera la simple disponibilidad para la escucha y recepción del mensaje. Participan de manera implicada, consciente o inconscientemente, en su re-formulación. Ostentan una posición activa que Berliner (2005), y previamente Sarró (1999, 2009), desde el campo de estudio de la transmisión cultural y específicamente aquella religiosa, advierten en las prácticas de los jóvenes del pueblo Baga en Guinea-Conakry. Allí, los jóvenes contribuyen en los procesos de persistencia de ciertas tradiciones, cultos, costumbres, cuestión que viene a enfrentar las tesis de la “crisis de la transmisión” o de la destrucción cultural en África, supuesta por otros investigadores. El trabajo con el pueblo baga sobre la transmisión de prácticas religiosas de ambos autores, se desarrolla en un contexto donde la tradición pre-islámica del pueblo bulongic, subgrupo de los baga, se ha perdido debido a la imposición del islamismo y la prohibición de rituales anteriores iniciada en los años 20 del siglo pasado. Y a pesar de ello, se mantienen en los recuerdos de la generación que alcanzó a practicarlos que los resguardan bajo un velo de impenetrable discreción y secreto, pero también perviven a través de procesos de resemantización de conceptos antiguos (Berliner, 2005; Sarró, 2007). En ese marco, Berliner (2005) abocado más específicamente a la transmisión de ese pasado, analiza el papel de los jóvenes que nacieron una vez instalada la desaparición de las prácticas y que, sin embargo, “están cargados de memoria”. Sobre la base de dicha constatación, se pregunta por quiénes son los protagonistas que contribuyen entonces a la mantención y transmisión de las memorias vinculadas a la religión tradicional. Y es que las continuidades advertidas no solo dependen de quienes son los portadores de ese conocimiento ahora prohibido, sino también de quienes lo re-crean a través de un proceso de negociación. Este cambio sobre el cual investiga Berliner, es importante porque no se trata solo de una imposición de ciertas creencias y costumbres

y la consecuente prohibición de otras. Según Sarró (2007), el pasado caracterizado por una vida religiosa basada en cultos iniciáticos, máscaras y bosques sagrados, era motivo de marginalización y opresión por parte de los pueblos vecinos lo que supuso que un jefe designado por los franceses decidiera acabar con él (Guinea Conakry fue colonia francesa entre 1885 y 1958). Lo crucial en dicha transformación planificada y oficial es que supuso una profunda alteración en la temporalidad en la que se inscribe la acción y subjetividad humana para el pueblo bulongic. Ocurre que con el islam se impone una temporalidad lineal que implica avance y progreso, así como distinciones temporales que antes no eran propias de dicha sociedad.

Es desde esta línea de argumentación que hablamos de re-narración, re-creación, apropiación, re-formulación. Todas nociones que complejizan la transmisión dirigiéndola por el camino de la modificación y acercándola más a la idea de diálogo que a la de traspaso. De hecho así es como lo conceptualiza Reyes (2009: 37) en el marco de su trabajo sobre construcción y transmisión de memorias acerca del pasado dictatorial en Chile. La autora, siguiendo los planteamientos de Bajtín, propone el concepto de dialogía intergeneracional para afirmar dicho carácter, podríamos decir, asumiendo plenamente la idea de Berliner de negociación. Esta noción de dialogía intergeneracional supone que solo es posible hacer memoria en tanto que estamos inmersos en un constante diálogo entre diversas posiciones, medio que nos permite justamente dar sentido al pasado de una manera que es permanente respuesta a otro. En este sentido, las prácticas comunicativas no se conciben como mero recurso para expresar significados ya existentes, sino como actos que activamente crean el pasado. Así, situarse en este argumento, tal como sostiene Reyes, "implica aproximarse a la práctica, al proceso a través del cual se articula el pasado. Es reconocer y enfatizar la diversidad, las diferencias, así como también los posibles conflictos y luchas que pueden producirse". Es decir, focalizar en el espacio relacional y el tipo de vinculaciones que se producen al hacer memoria del pasado entre generaciones.

Aludimos, en definitiva y según lo hasta aquí revisado, a planteamientos que advierten la dificultad de hablar de transmisión a secas y que intentan precisar el concepto al mismo tiempo que dar cuenta de la complejidad de los procesos involucrados. Y es que estos autores entienden, en palabras de Welzer (2010), que la construcción del pasado es un proceso activo de transformación del discurso y no sólo reproducción. O, dicho de otra manera, asumen, tal como sostiene Jelin (2002a), que para hablar de transmisión debemos reconocer que quienes "reciben" el legado le otorgan su propio sentido, resignifican en lugar de repetir o memorizar. Algo que tendrá repercusiones en términos de la preocupación por el olvido que suponen los relevos generacionales, porque tal como señala Aróstegui (2004: 81) "ninguna de las memorias desaparece enteramente porque los portadores de ellas no desaparecen súbitamente, sino que protagonizan acciones intergeneracionales. De ahí que no sólo haya una sucesión de memorias, sino que tan importante como ello sea el propio debate entre ellas".

De esta manera, podemos sostener que en las relaciones entre generaciones las memorias y los discursos son recreados por las más jóvenes que no recogen una herencia, sino que la negocian

estableciendo un compromiso y ensamblaje con ella, dando pie a una comunicación así intergeneracional que tiene como efecto la construcción del pasado (White, 2000; Berliner, 2005; Welzer, 2008; Sarró, 2007).

Y aunque pueda sonar redundante cabe enfatizar que al hablar de diálogo y apropiación no solo establecemos la posibilidad de que las generaciones que no vivieron un suceso lo re-contextualicen según los marcos interpretativos del presente, como si se tratara simplemente de un proceso de "recepción activa" centrada en el presente. También asumimos que se trata de un proceso de ir y venir constante entre pasado y presente. Algo que se puede ver graficado en lo planteado por Sarró (2007: 115) para el caso del recambio religioso en el pueblo baga desde una religión icónica hacia una doctrinaria. Dice el autor que los "nuevos baga" a pesar de una potencial y sospechada desaparición de los rituales pre-musulmanes y pre-cristianos, han producido una resemantización de conceptos anteriores, en un movimiento que trae el pasado al presente y lo combina con un nuevo sentido. Pero no solo eso, porque al usar estas nociones antiguas para comprender los nuevos universos religioso, además, los jóvenes "proyectan los significados y la propia sistematización de la religión monoteísta hacia el pasado, descubren que también ellos, previamente a la llegada de estos nuevos discursos, tenían ya una religión". Se genera así un movimiento recursivo que también lleva el presente hacia el pasado para comprenderlo.

Ahora bien, dentro de la comprensión del proceso de transmisión que hemos ido delineando podríamos decir que su concepción más extrema, si cabe llamarla así, correspondería a la noción de dialogía (Reyes et al., 2015). Pero, aunque concordamos con la necesidad que representa de atender a los procesos dialógicos de la transmisión y, por consiguiente, superar las perspectivas que han dominado en los análisis que desde distintas disciplinas focalizan en la sucesión de conocimiento o el "relevo generacional". Consideramos que se trata de un concepto que entraña un riesgo relativo a desconocer el hecho que las posiciones implicadas no son nunca iguales respecto del objeto en construcción, un cierto pasado. Y aunque parezca una afirmación obvia y evidente, no lo es tanto en la medida que el lugar de cada actor participante de la comunicación tendrá efectos en la interpretación, creación, configuración de las narraciones en cuestión, y en esa medida será importante visibilizarlo. Welzer (2008: 293) dice que "comunicar la historia no es un proceso de traspaso de contenidos fijos, sino un proceso intersubjetivo donde el sujeto experiencial original es posible que domine, pero de ninguna manera es el único que lo determina".³¹ De ahí, podríamos decir, es que la mayoría de las nociones revisadas destaquen e incluyan la idea de un proceso recursivo que aunque inacabado siempre, ocurre sobre una base, un inicio, un momento o acontecimiento fundamental ligado a ciertos sujetos (individuales o colectivos): *re-creación, re-formulación, re-configuración, re-narración*.

En este sentido, creemos que la noción de dialogía si bien recoge y sintetiza elementos que deben ser relevados del proceso, como son el rol activo de la generación joven y la co-construcción

³¹ Traducción propia de: "Communicating history is not a process of "passing on" fixed contents but is an intersubjective process, a process that the original experiential subject may dominate but which he in no way determines alone".

comunicativa que ocurre, ensombrece la distinción entre posiciones respecto de aquello que se somete a modificación. Un aspecto que desde nuestro punto de vista es ineludible, ya que lo que está siendo construido en el presente representa experiencias, situaciones, acontecimientos, emociones, actitudes, etc., que dan pie al proceso, son el pretexto y el objeto de la comunicación, en cuyo sentido son originales o primarias. Y que, además, se encontrarán vinculadas en términos vivenciales o tendrán cierto grado de cercanía experiencial, con mayor o menor implicación, con uno de los actores generacionales que participan del proceso de transmisión. En términos de lo propuesto por Sarró (2009) para el caso de las costumbres del pueblo baga, corresponde a un proceso de interacción entre la invención y realidades pre-existentes, por lo cual el resultado será siempre una negociación entre la creatividad y la herencia de representaciones y experiencias. En este sentido, se trata simplemente de reconocer que las posiciones son diferentes, pero no en un sentido jerárquico.

Este apunte que alude a nuestra decantación por la noción de transmisión intergeneracional, no quiere decir que no reconozcamos el carácter dialógico del proceso, al contrario, hemos sostenido que debe ser no solo destacado sino que considerado central y es lo se intenta hacer con la idea de "intergeneracional". Al mismo tiempo, algo que no podemos olvidar es la necesidad de precisar el uso de estos conceptos en la medida que pueden tender a usarse para hablar de distintos procesos, como trayectorias educativas en la escuela, y enseñanza y aprendizaje de conocimiento histórico en otros contextos, por ejemplo. En ese marco, uno de los transcurso posibles, si hablamos de construcción del pasado, es la transmisión intergeneracional de memorias.

70

Pero llegados hasta aquí quedan todavía elementos por abordar. Uno corresponde a aquello que impulsa la re-interpretación del pasado de la que hemos hablado, aquel motor que impele a las generaciones negociadoras a participar de esa construcción. En el caso de lo estudiado por Welzer (2010) en el ámbito de las memorias familiares del Holocausto, el proceso de transformación que ocurre en la construcción retrospectiva del pasado está estimulado, por una parte, desde la búsqueda y necesidad de sentido a nivel personal y generacional. Por otra, como efecto de los lazos de lealtad hacia los seres queridos. Mientras que esta segunda línea de acción la retomaremos más adelante, por ahora nos detendremos en la primera fuerza mencionada por el autor en la medida que trasciende los límites de este estudio de caso particular sobre memorias familiares.

En efecto, uno de los elementos que distintos autores desde contextos y casos diferentes observan como central en los procesos de apropiación por parte de los jóvenes de las narraciones del pasado, es el marco de interpretación que brinda y empuja el presente (Berliner, 2005; Welzer, 2008; Achugar et al., 2013, 2014; White, 2000). Una necesidad de darle sentido a lo narrado que no tiene otro origen que el presente. Una búsqueda que nace en una generación en tanto que situada en una determinada actualidad, lo que a su vez da cuenta de una diferencia sustancial respecto de la generación mayor. En el marco de lo que sucede en el pueblo bulongic, es decir, la existencia de un manto de secreto sobre el periodo pre-islámico, para Berliner (2005: 586) la distinción generacional se expresa en el hecho que "mientras los mayores experimentan la transmisión como una pérdida nostálgica de su

poder, la memoria de los jóvenes se relaciona con un futuro incierto. La suya es una "memoria de esperanza" (Jewsiewicki y Letourneau 1998: 416, mi traducción) en un mundo de incertidumbre. Y es esta misma incertidumbre lo que hace que los secretos sean lo suficientemente valiosos como para ser resucitados".³² Así, el papel activo de ambas generaciones, como se desprende de lo sostenido por este autor y aunque pueda pensarse lo contrario de manera intuitiva, no depende necesariamente de la voluntad memorialista de quienes encarnan el saber en este caso.

Aludimos de este modo a la construcción de un pasado que no es estático, al contrario, está siendo construido, modificado, actualizado en la medida que se inscribe en nuevos contextos de interpretación. Se moderniza el pasado, su interpretación se transforma en función de objetivos actuales debido a que en dicho escenario las prácticas narrativas dialogan con otros textos y voces (White, 2000). El pasado se viste de estructuras compatibles con agendas presentes, las que pueden ser explícitamente políticas, pero también eminentemente prácticas, cotidianas o relacionales, porque en definitiva lo que está en juego en el acto constructivo es la necesidad de sentido y no sólo una motivación propia y/o estratégicamente política. En esta línea, la idea de re-contextualizar, utilizada por Achugar et al. (2014) quien a su vez la recoge de Berstein (1996; 2000), es tal vez aquella que más subraya la relevancia del presente. Aunque se trata de un énfasis que comparte con las otras nociones revisadas iniciadas con un "re", prefijo que habla de la transformación y el trabajo activo de "portadores" y "receptores" a través del tiempo, la inclusión de la noción de contextualización le otorga ese carácter.

Ahora bien, habría que señalar además que esta búsqueda de sentido que proviene del presente y que ofrece el marco interpretativo para la re-formulación del pasado, se ve favorecida por la posibilidad de identificación de los jóvenes con lo sucedido o por la cercanía de sentido de lo pretérito con la propia experiencia. Esto quiere decir que para que un pasado sea re-creado, re-configurado, re-contextualizado debe existir un punto de conexión con la vida, la cultura y el tiempo de quien participa de ese proceso. O, dicho de forma negativa, aquellas unidades de memoria que parezcan más distantes de la propia experiencia serán más difíciles de re-narrar (Welzer, 2010). En este sentido, pensaremos como dificultad para la transmisión que el objeto pasado en cuestión no sintonice con el universo de conocimiento, vivencias y representaciones de las generaciones más jóvenes y que genere discordancia con su realidad vivencial cotidiana (De Santos, 2009). Justamente para graficar el proceso de transmisión intergeneracional y distinguirlo de lo que puede ser una acción de recuperación de un pasado como estático y/o sacralizado, podemos recurrir nuevamente a Berliner (2005). Desde su estudio de caso él diferencia entre lo que sucede en la élites urbanas y los jóvenes de los pueblos respecto del pasado de su cultura. Los primeros, influenciados por ideas occidentales, han levantado una preocupación por el rescate del pasado del pueblo bulongic, promoviendo su urgente y múltiple registro para así combatir su desaparición, en nombre de la política universal de la preservación cultural. Por su parte, la generación joven que no pertenece a

³² Traducción propia de: "Thus, whereas the elders experience the transmission as a nostalgic loss of their power, the young people's memory relates to an uncertain future. Theirs is a "memory of hope" (Jewsiewicki and Letourneau 1998:416, my translation) in a world of uncertainty. And it is this very uncertainty that makes the secrets precious enough to be resuscitated".

este grupo mantiene preocupaciones apegadas a la cotidianidad en sus pueblos, necesidades prácticas incrustadas en dicha vivencia, marcada por fuertes cambios sociales y económicos como es la pérdida de trabajos tradicionales, por ejemplo, la producción de arroz. Y es desde allí que a estos jóvenes les surge el interés y mirada hacia el pasado.

Esta cercanía con la propia vivencia de los jóvenes, Jelin (2002a: 126) la formula en términos de identificación. O sea, la existencia de bases que permitan "una ampliación inter-generacional del 'nosotros'", siendo ésta uno de los requisitos que propone la autora para que ocurra la transmisión. Con esto, incluimos a la idea de conexión de sentido entre pasado y presente, la relevancia de la pertenencia, las posibilidades de pertenecer que entraña la construcción de ciertos sentidos del pasado. De una manera similar, lo apuntan Winerburg et al. (2007), al subrayar cómo en el caso de jóvenes norteamericanos el hecho de adoptar ciertas creencias comunes sobre la guerra de Vietnam, les permite alinearse con personas, como los propios padres, la comunidad o incluso otros a los que no conoce. Sucede que aunque se trate de un pasado que no han vivido como testigos, al apropiarse de estos relatos participan de una forma de pensar sobre el mismo, una memoria, un sentido compartido con otros.

De todas formas, aunque reconozcamos la importancia que tiene la actualidad, el contexto histórico, social, político y cotidiano en el que se encuentra inmerso el juego comunicativo intergeneracional para la construcción del pasado que tenga lugar, hay que tener en cuenta otro factor. Y es que no se trata de un proceso en el que a partir de necesidades del presente los jóvenes deciden qué unidades de memoria, recuerdos, historias, narraciones, serán puestas a disposición de la re-interpretación, ni que esa búsqueda determine totalmente la elaboración de sentidos en proceso. Los elementos que se pongan en juego, el peso de cada uno y la forma en que se conjuguen dependerán, entre otras cosas, del ámbito de relación en que se dé la transmisión. Según lo revisado por Achugar (2011) en diversos estudios, el peso del presente, esto es, la tensión entre lo que se ha experimentado y lo que se espera, variará dependiendo de quién recuerde, pero también del entorno más inmediato. Así, la posibilidad de modificación será mayor en el ámbito de las memorias familiares que en aquellos institucionales que tienden a la homogenización de los discursos.

Esto quiere decir que aquello que se transmite intergeneracionalmente también está sometido a variaciones. De este modo, lo que se someta a una re-contextualización no serán solo conocimientos que permitan un mejor enfrentamiento cognitivo de una coyuntura presente, podría perfectamente trascender el ámbito de la información, incluso operar sin él.

Para Kidron (2009) en su investigación sobre la transmisión de memorias del Holocausto en el espacio familiar de sobrevivientes, esta afirmación es categórica. En dicho medio, evidencia la existencia de trazas discretas del pasado en la vida de familias en las que a priori los jóvenes dicen no saber acerca de lo vivido por sus padres vinculado a la tragedia. Estos rastros mantienen una presencia no traumática de ese pasado en la vida cotidiana, constatación que le permite a la autora cuestionar la universalidad de la transmisión del trauma (Argenti y Schramm, 2010) y, con ello,

superar la mirada tradicional que tiende a trabajar sobre formas patológicas de memorias y su transmisión familiar.³³ Sobre la base de la observación de la vida diaria de descendientes de víctimas, constata la existencia de un trabajo silencioso de memoria, uno que opera a nivel doméstico y no público, a través de prácticas e interacciones que suceden en el hogar entre los familiares, y entre ellos y algunos objetos. De este modo, se conforma una matriz experiencial capaz de mantener presente el pasado en el mundo doméstico de forma tácita y no vivida como traumática. Con ello, Kidron (2009: 16-17) nos habla de una memoria viva, una memoria que está siendo transmitida habitualmente, pero que no es experimentada ni percibida como información, lo que explica que muchos de los jóvenes dicen no conocer las historias concretas vivenciadas por sus padres. Un saber que “es y no es conocimiento del Holocausto” al mismo tiempo, pues solo en la medida que las entrevistas y observación se desarrollaban les era posible narrarlo. A través de relaciones directas se transmiten sigilosamente sentidos compartidos que dan vida a un tipo de entendimiento. Como enuncia la autora, son interacciones “sin palabras” que pueden igualmente “engendrar una forma empática y común de conocimiento del pasado” dentro de una familia, por ejemplo, sin que se haya compartido una narrativa acerca del suceso fundador sufrido por los padres. Así, dice Kidron desde un caso concreto de una madre y su hija, ésta última puede “saber” por qué su madre en ocasiones grita sin aparente razón, a pesar de no tener un conocimiento histórico del Holocausto. Lo mismo que entender de dónde proviene el tatuaje que ella lleva en el brazo, sin haber recibido explicación al respecto cuando alguna vez preguntó.

De este modo, nos referimos a procesos de transmisión intergeneracional que van más allá del mero conocimiento de pasados violentos y conflictivos, en el caso mencionado arriba el nazismo, y donde la emoción juega un papel importante. Cuestión que podemos comprender si volvemos y retomamos la noción instalada por Welzer (2008: 293) de heroización acumulativa de los parientes cercanos que vivieron el Tercer Reich. Para que dicho proceso tenga lugar, es decir, para que los familiares involucrados de forma directa o indirecta en el clima de terror, puedan ser exculpados o comprendidos empáticamente, lo que se negocia en el intercambio comunicativo debe trascender la información misma. En esta investigación, según el autor, queda de manifiesto que lo que se transmite en las interacciones familiares “no es el conocimiento sobre los crímenes, sino cómo uno puede saber y no saber al mismo tiempo”, aludiendo a la aparente ignorancia que los familiares describían acerca de lo acontecido.³⁴ Se trata en definitiva de contenidos que hablan de un contexto, situaciones particulares vividas por los protagonistas, pero también una forma de relación con los

³³ En el caso de Chile algunos estudios dan cuenta de la constitución de una línea de investigación en torno a la transmisión transgeneracional del trauma, algunos de ellos son: N., Biedermann (1991) Detenidos desaparecidos: consecuencias para segunda generación. En CINTRAS (Ed.), *El seminario de la región del Maule: Derechos humanos, salud mental la, atención primaria: desafío regional* (pp. 170-176). Santiago: CINTRAS; D. Becker y M. Diaz (1998) The social process and the transgenerational transmission of trauma in Chile. En Y. Danieli (Ed.), *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma* (pp. 435-445). New York: Plenum Press; B. Brinkmann, J. M. Guzman, C. Madariaga, C. y M. Sandoval (2009) Daño transgeneracional en descendientes de sobrevivientes de tortura. En M. Lagos, V. Vital, B. Brinkmann y M. Scapucio (Eds.), *Daño transgeneracional: consecuencias de la represión política en el cono sur* (pp. 15-146). Santiago: LOM Ediciones; X. Faúndez y M. Cornejo (2010) Aproximaciones al estudio de la transmisión transgeneracional del trauma psicosocial. *Revista de psicología* 19(2), 31-54.

³⁴ Traducción propia de: “In the Hofer family interaction, what is transmitted is not knowledge of the crimes, but rather how one can at the same time know and not know”.

sucesos. Elementos que van haciendo posible y moldeando no solo el hecho que los jóvenes sepan por lo que pasaron los padres y abuelos, sino que dichas historias puedan ser modificadas haciendo crecer esa especie de "desconocimiento" u omisión de las persecuciones y atrocidades que tenían lugar en el territorio (en el caso de aquellos testigos que guardaron silencio sobre lo que vieron). Un proceso de transformación empujado, en parte, por un motor emocional que es, como dijimos, la lealtad hacia los seres queridos.

Así, la transmisión intergeneracional nos habla de sentidos comunes en constante proceso de re-interpretación. Significados de tiempos pasados en los que la generación más joven puede ser partícipe de su construcción aun cuando esté sometida a un mandato de secreto, algo que podría parecer contradictorio tratándose de comunicación y memoria. Es lo que conceptualiza Berliner (2005) como la internalización de una epistemología del secreto. En el pueblo bulongic los mayores, quienes vivieron el pasado y sus rituales pre-islámicos, han decidido mantener dichas tradiciones bajo discreción y silencio, custodiadas por la nostalgia de un tiempo que hoy se prohíbe. Los jóvenes, sacudidos por su propio presente y sumergidos en tal imposibilidad de la transmisión, a pesar que a primera vista parecen dominados por la hegemonía del secreto, en cambio, lo ponen en práctica. Hacen propio lo que significa el acto de la discreción sin siquiera sospechar sobre sus contenidos, en concreto, crean una lengua propia que solo conocen y utilizan entre ellos.

El trabajo de Berliner, y aquel previo realizado por Sarró (1999; 2009), corresponden a estudios de caso que permiten justamente apreciar la complejidad de los procesos de transmisión intergeneracional. Berliner (2005), por ejemplo, constata que aquello que se transmite es en gran medida una práctica y una forma de relación, con lo cual no sólo expande la visión acerca lo que está en construcción en el proceso, sino también sobre la manera y el espacio de interacción en que éste se desarrolla. Sucede que si entendemos la transmisión como transcurso comunicativo dinámico que implica modificación y apropiación, y que no solo versa sobre información y conocimiento, tendremos que asumir también que podrá suceder en distintos ámbitos y espacios de vinculación entre generaciones. Y, con ello, que no será un proceso exclusivo del espacio de la escuela, como aquel que ha sido pensado de forma paradigmática si de transmisión del pasado a niños y jóvenes se habla.

Tal como sostienen Wineburg et al. (2007) y Achugar et al. (2013), entre otros, la transmisión ha sido estudiada principalmente a partir del análisis del currículum escolar, los libros de texto y las interacciones en la escuela, contexto en el que, podríamos agregar, se ha vinculado estrechamente y se ha pensado desde el relato histórico. Para Wineburg et al. (2007) suponer a la historia como un tema transmitido por profesores y textos educativos es problemático en la medida que desconoce que en la actualidad el pasado está en todas partes y que la conciencia histórica contemporánea se forma a partir de diversas fuentes. Se suele actuar en nuestras sociedades como si la escuela fuera el único recurso para la transmisión, dice el autor, cuando se trata más bien de un proceso en el que interactúan el hogar, la comunidad, la escuela y la cultura popular.

Luego de revisar cómo se ha conducido y estudiado la gestión del pasado en el Cono Sur y en Chile específicamente en los últimos 30 años, podríamos complementar en este punto que el análisis de la transmisión ha centrado su interés principalmente en iniciativas institucionales, además de la escuela. En dichos contextos, la recuperación del pasado y la preocupación por su legado responden a acciones estratégicas, planificadas y esperadas.³⁵ De esta forma se ha puesto especial atención en la labor de emprendedores de memoria, entendidos como actores que se expresan dentro del campo de la memoria e intentan definirlo. Luchan activamente por imponer y transmitir sus discursos sobre el pasado dictatorial en el espacio público y, a través de ello, buscan el reconocimiento y legitimidad social y política de su narrativa del pasado (Jelin, 2002a). En este sentido, también podríamos incluir aquí aquellos trabajos que reflexionan en torno a procesos de memorialización de ciertas comunidades de memoria, como son los colectivos vinculados a sitios de memoria y/u organizaciones de familiares de víctimas. En esta misma línea, podemos situar la labor y la investigación en torno a los diferentes vehículos de memoria (Jelin y Langland, 2002) que se han ido constituyendo en nuestras sociedades como marcas territoriales –monumentos, memoriales, placas, nombramientos de espacios, etc.- o rituales conmemorativos en el espacio público, registros y archivos de la represión. Todos dispositivos que reflejan una diversa intencionalidad narrativa desde la que se construyen y transmiten sentidos del pasado (Piper y Hevia, 2012; Raposo, 2012). Se trata, en definitiva, de un campo de estudio que en su reciente configuración se ha focalizado en quien “emite” el mensaje, qué enuncia y cómo lo hace, y solo en algunos casos, en quien “recibe” el impacto o efecto de aquello que se intenta transmitir. Tal como sostienen Reyes et al. (2015), allí el abordaje dialógico del proceso en términos intergeneracionales ha sido escaso.

Estas líneas de trabajo son relevantes en la medida que han permitido, entre otras cosas, reflexionar en torno a la constitución de las políticas de memoria que ciertas sociedades que vivieron conflictos violentos como guerras y dictaduras, son capaces de levantar, así como los efectos que han tenido y continúan teniendo. De esta misma manera, ha sido posible pensar en aquellas derivaciones que no se esperan, que se originan colateralmente, o bien, que son producto de iniciativas no inscritas en las planificaciones institucionales. No obstante, como dijimos, no debemos olvidar que la transmisión, si la entendemos como proceso dialógico y cotidiano, ocurre en ámbitos como la familia y la cultura popular e, incluso, en zonas inexploradas e imperceptibles. O sea, junto a Wineburg et al. (2007), ampliamos el espectro de esferas que albergan el proceso intergeneracional, al mismo tiempo que siguiendo a Welzer (2008: 287), enfatizamos su ocurrencia microscópica y cotidiana:

“la historia no está sólo en el currículo, y no es sólo el tema de libros, revistas, programas de radio y televisión o debates públicos que abordan *explícitamente* el pasado y la pregunta por cómo recordarlo de manera adecuada. La historia también se transmite al pasar. Está inscrita en el tejido

³⁵ Algunos estudios que abordan la transmisión en la escuela, el currículum y, en general, en el ámbito educativo: T. Oteiza y D. Pinto (Eds.), *En (re)construcción: Discurso, nación e identidad en los manuales*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio (pp. 43–88); G. De Aménzola, M. Carlos y E. Geoghegan, (2006) La dictadura en la escuela. La enseñanza de la historia reciente en las escuelas de la Provincia de Buenos Aires. *Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente*; E. Jelin y F. Lorenz (2004) Educación y memoria: entre el pasado, el deber y la posibilidad. En E. Jelin y F. Lorenz (Comps.), *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado* (pp. 1-10). Buenos Aires: Siglo XXI; M. Achugar, A. Fernández y N. Morales (2011) (Re)presentando el pasado reciente: la última dictadura uruguaya en los manuales de historia. *Discurso y Sociedad*. 5(2), 196-229.

de la vida cotidiana, en los hábitos y rutinas de las personas, en las cosas con las que conviven y en los lugares a los que van. Ya sea en el transcurso de las conversaciones diarias, ya sea en el contexto de los acontecimientos en la vida de una comunidad, las experiencias históricas se transmiten de una generación a la siguiente. Más que pensar primero y principalmente *sobre* el pasado, las personas aquí están *haciendo historia*".³⁶

A algo similar apunta Jelin cuando distingue entre dos niveles en los que pueden ser estudiadas las memorias del pasado. Uno cargado de intencionalidad y voluntad por preservar ciertos sentidos de lo sucedido, expresado en esfuerzos que impulsan acciones estratégicas tendientes hacia un triple objetivo: la justicia, el reconocimiento de las víctimas y la enseñanza hacia el futuro. Pero, en segundo lugar, encontramos un nivel de análisis de aquellas narraciones del pasado cuyos orígenes resulta difícil de definir. Sentidos más confusos en tanto se encuentran contenidos en relatos y prácticas que simplemente están ahí, "son los aprendizajes implícitos, pero también las repeticiones ritualizadas, las nostalgias e idealizaciones, las rupturas y fisuras, los retazos y sobras de distinto tipo" (Jelin, 2002a: 131).

Hemos mencionado que el ámbito familiar ha sido remarcado por diversos autores como espacio de transmisión (Wineburg et al., 2007; Welzer, 2008; Hirsch, 2008; Kidron, 2009). Según Kidron (2009: 8), corresponde a una arena particular ya que muestra "la manera en que se constituyen, sostienen y transmiten intergeneracionalmente prácticas cotidianas de memoria que se dan por supuestas para crear la presencia silenciosa, aunque no por ello menos viva, del pasado".³⁷ Y que ha sido dejado de lado por el interés académico, debido a la primacía del análisis sobre la instrumentalización política de la memoria y la semiótica política del trabajo de memoria.

La investigación de Kidron (2009), realizada desde una perspectiva local, a pequeña escala, nos habla de un trabajo silente de memoria familiar, de conductas que sostienen una presencia tácita de un pasado difícil en la vida cotidiana y doméstica de una forma no ritualizada. Un tipo de transmisión que se desmarca del espacio conmemorativo al igual que aquello que plantea Stewart (2004), desde el análisis de la construcción y circulación de memorias del Holocausto en comunidades romaníes que fueron perseguidas por los nazis. Este autor, evidencia cómo ciertas experiencias vividas por miembros de dicha comunidad durante la Segunda Guerra Mundial han sido transmitidas en el tiempo llegando a constituirse en memorias compartidas, a pesar de la falta de interés, la escasez de instancias de re-creación y la ausencia de ceremonias conmemorativas. Un proceso articulado principalmente sobre la base de memorias no discursivas, donde lo significativo no es la ausencia de narrativas de historias pasadas, ya que sí que circulan algunos relatos, sino su emergencia en forma

³⁶ Traducción propia de (cursivas originales): "History is not only on the curriculum, and it is not only the subject of books, journals, radio and television programs, or public debates that *explicitly* deal with the past and with the question of how to remember it in an adequate way. History is also conveyed en passant. It is inscribed in the fabric of everyday life, in people's habits and routines, in things they live with and places they go to. Be it in the course of day-to-day conversations, be it in the context of events in the life of a community, historical experiences are passed on from one generation to the next. Rather than, first and foremost, thinking *about* the past, people here are *doing history*".

³⁷ Traducción propia de: "(...) the way in which everyday, taken-for-granted mnemonic practices are constituted, sustained, and intergenerationally transmitted to create the silent yet no less living presence of the past".

de fragmentos. Imágenes que, aunque relativamente escasas, condensan el periodo y lo experimentado por el grupo. Se conforma entonces un escenario que, según Stewart (2004: 566), contradice la frecuente asunción de la conmemoración como inicio de la conciencia histórica. Uno que nos habla de un modo general de relación con la historia por parte de un colectivo, modo que se aleja de una “reproducción más o menos formal, discursiva o performativa del pasado en el presente”. Y que, no obstante, posibilita “no olvidar aspectos importantes de su historia debido a la manera que narrativas personales fragmentarias interactúan con comprensiones culturales más amplias y una serie de apuntes en el mundo en el que los gitanos viven”.³⁸

Cabe señalar que estas perspectivas no apuntan solamente a considerar la existencia de memorias encarnadas, como podría pensarse. Por ejemplo, al modo como lo hace Connerton (1989). O bien, situarse en el polo del hábito, si hablamos desde el continuo concebido por Ricoeur cuyos extremos son hábito y memoria declarativa, siendo ésta última la que posee mayor grado de reflexividad. Más bien se trata de relevar, en palabras de Berliner (2005: 578), que “los procesos de transmisión se producen en los intersticios de la interacción social a través de los cuales las memorias toman forma”.³⁹ Y, asimismo, trascender el ámbito “público” de los procesos de transmisión, es decir, aquellos institucionalizados a través de productos culturales y mediáticos, programas educativos y escolares, y organizaciones como museos (Sik, 2015). Creemos que al hacerlo, es posible iluminar vivencias personales que se vuelven memoria compartidas, esto es, el nivel de la experiencia. Y junto a ello, formas de emergencia, persistencia y transmisión del pasado -de pasados conflictivos especialmente-, analizadas e interpretadas en un espacio próximo en el que pueden operar de modo tácito y cotidiano, e incluso en diálogo o convivencia con modos que efectivamente sean ritualizadas de una manera más estructurada y formal.

A través de la noción de creencias comunes (“common belief”) propuesta por Wineburg et al. (2007), podemos continuar en la fundamentación de esta perspectiva. Estos autores indagan en los procesos de transmisión de las memorias de la guerra de Vietnam en familias norteamericanas, y en ellos destacan que distintos espacios como el hogar, la escuela y la sociedad sirven de contextos para el desarrollo de la conciencia histórica en adolescentes. Ocurre que, gracias a la constitución de estos distintos ambientes como espacios de transmisión, se llega a configurar un conocimiento que ha sido adquirido por los jóvenes sin saber cómo ni cuándo. Información, apreciaciones, actitudes que “simplemente saben”, al modo de una creencia común de la que no perciben origen. Según los autores, el saber sobre el pasado en los jóvenes suele ser medido y evaluado a través de pruebas o encuestas que buscan la coincidencia entre lo sucedido y la información que se tiene. Una medida que usualmente aparece como deficiente, con lo cual poco se dice realmente acerca del desarrollo de la comprensión histórica contemporánea, el conocimiento compartido por grupos y sobre el pasado que habita el presente de las generaciones que no lo vivieron. En este sentido, las creencias

³⁸ Traducción propia de: “Gypsies manage not to forget crucial aspects of their history because of the ways in which personal, fragmentary narratives interact with broader cultural understandings and a series of prompts in the world in which Gypsies live”.

³⁹ Traducción propia de: “Processes of transmission happen in the interstices of social interaction through which memories take shape”.

comunes permiten dar cuenta de aquello que está siendo transmitido, re-configurado, de las historias que han sido silenciadas y aquellas que se re-interpretan. Algo que es posible observar no sólo en aquello que las creencias enuncian, sino también a través de los denominadores compartidos en los que se apoyan. Este lugar puede ser ocupado por un memorial (en el caso estudiado por Wineburg et al., el Memorial a los Veteranos de Vietnam), una película (Forrest Gump), u otro dispositivo. Lo relevante es que éstos se constituyen en punto de referencia, de encuentro, compartidos intergeneracionalmente que operan como tales gracias a que representan, contienen, visibilizan, los sentidos implicados en la creencia común.

Las historias, afirmaciones, actitudes, sensibilidades, etc., que los jóvenes del caso anterior dicen "sólo saber", como en una especie de acervo casi desconocido y oculto, nos hablan de una característica que tiene la memoria social según Welzer (2010), lo que llama viscosidad. Esto significa que la comunicación y negociación del pasado, como hemos insistido, no ocurre únicamente gracias al mensaje y entendimiento mediado por el currículo escolar o lo representado por los medios de comunicación. Tampoco responde solamente a prescripciones expresas y explícitas, sino que también que puede suceder de manera tácita y sutil. Un planteamiento que de formas similar a lo sostenido por Kidron (2009), nos enfatiza que "la percepción, la interpretación y la práctica aparentemente siempre consideran muchos más factores que los accesibles conscientemente. Se trata de una "inconsciencia comunicativa" que combina estas fuentes y está basada principalmente en más 'conocimiento' del que el individuo es efectivamente consciente" (Welzer, 2010: 15).⁴⁰ Como ya hemos mencionado anteriormente, de una manera similar Bourdieu (1977: 84) lo describe para la sociedad de Cabilia, aunque en términos más amplios. Allí, la transmisión opera al modo de una pedagogía implícita, sobre la base de gestos, posturas corporales, silencios, palabras, tonos, acciones casi imperceptibles e insignificantes que desplegadas en la esfera cotidiana pueden llegar a comunicar e inculcar incluso "una cosmología, una ética, una metafísica, una filosofía política".

Sobre la base de lo aquí revisado, y para finalizar, podemos decir que si nos situamos en una perspectiva dialógica de la transmisión, resultará más pertinente interrogarse analíticamente cómo se producen estos procesos en determinados contextos y no tanto si éstos son o no "exitosos". Y es que, como dijimos, debemos tener en cuenta que en la medida que el pasado es construido en el presente y a través de diversas y múltiples fuentes, el terreno para la comunicación intergeneracional siempre, o casi siempre, será fértil. Otra cosa distinta es que los efectos del proceso no sean los esperados en el ámbito educativo o en términos de un pasado específico y una determinada memoria política. Así, el tipo de pasado que se construya, el carácter que este tenga, qué se recuerde y cómo se haga, será relevante en la medida que tendrá también ciertas consecuencias sociales, políticas, históricas, locales, etc. Y es justamente lo que constata Welzer (2010), cuando advierte que la heroización acumulativa observada en las memorias familiares del Holocausto, que permite que las historias de los abuelos sean cada vez "mejores" de generación en generación, acarrea también

⁴⁰ Traducción propia de: "(...) perception, interpretation and acting apparently always consider many more factors than are consciously accessible. It is a 'communicative unconscious' that combines these sources and that is principally based on more 'knowledge' than the individual is actually aware of".

una desaparición progresiva de claves contextuales y políticas de la conciencia histórica alemana del nacional socialismo. Con ello, se instala en potencia la disolución progresiva de la producción social del genocidio, o sea, de la consciencia de que una sociedad civilizada puede generar un fenómeno de dicha magnitud con la venia y participación de la mayor parte de su población. Ese efecto lo podríamos entender también como una reducción de los relatos, en el sentido como lo bosquejan Wineburg et al., al evidenciar la presencia de narrativas simplificadas en el pasado transmitido sobre la guerra de Vietnam principalmente en los jóvenes. Allí, figuras liminales como el caso de los militares que al volver de la guerra protestaron contra la misma, queda fuera, generando una narrativa que oculta los matices y la complejidad del conflicto. Y ambos planteamientos sobre determinados productos de la transmisión, la descontextualización y simplificación de las narraciones del pasado, podemos conceptualizarlos finalmente como procesos de despolitización del pasado. Una noción que proponen Reyes et al. (2013: 170), desde un enfoque discursivo que aborda la producción cotidiana de memorias de la dictadura chilena. Lo hacen para dar cuenta de un escenario de diálogo intergeneracional y entre sujetos de distintas posiciones ideológicas, en el cual el pasado se configura cotidianamente despojado de coordenadas políticas, resguardando así un objetivo constituido tácitamente entre los participantes que es asegurar la convivencia en el grupo. De esta manera, las versiones de cada uno son cuidadas y no sometidas a confrontación, cuestión que impide que la memoria posibilite la discusión, el debate y la reflexión, no llegando entonces a constituirse desde ella una acción política.

6. Memorias y transmisión intergeneracional en la vida cotidiana

Dentro del campo de estudio de la transmisión de memorias del pasado, podemos advertir un debate acerca de si es posible hablar de memoria propiamente tal para el caso de las generaciones jóvenes no testigos del pasado recordado. Algo que se vincula directamente con lo que hemos desarrollado aquí como perspectiva de la transmisión intergeneracional.

Según Wineburg et al. (2007), por ejemplo, la guerra de Vietnam, en su calidad de acontecimiento histórico que marcó a la sociedad norteamericana, más que un recuerdo es algo que los jóvenes han aprendido como parte de su educación. La clave en sentido de transmisión estaría en la posibilidad de que esos jóvenes, a pesar de no haberlo vivido, participen de formas comunes de pensar dicho evento. En ese momento, dicen los autores, es cuando podemos hablar de memoria colectiva aplicada a esas posiciones generacionales. Desde este argumento, la transmisión se vuelve inexorablemente un tema educativo ya que en rigor no se podría recordar algo que no se ha vivido directamente o con un grado significativo de cercanía. Asimismo, asumiendo otra perspectiva y siguiendo lo sostenido por Aróstegui (2006), podemos entender la construcción de sentidos del pasado desde un criterio de proximidad/lejanía respecto a la vivencia de lo sucedido. En esa línea, sería posible reconocer procesos en los cuales los testigos establecen una relación espontánea y directa con el pasado, y otros en los que los jóvenes no protagonistas presentan un vínculo indirecto, adquirido, transmitido. De todas formas, como advierte el autor, habrá que considerar que las

memorias de un hecho histórico estarán condicionadas por diversas circunstancias y no solo por este factor.

Estos autores, Wineburg et al. y Aróstegui, nos hablan de una discusión abierta y polémica debido a que en definitiva aquello que está en juego es una vivencia. Allí reside la complejidad del asunto. Y es que, tal como sostiene Sarlo (2005: 125), sería "imposible (salvo en un proceso de identificación subjetiva desacostumbrado y que nadie juzgaría normal) recordar *en términos de experiencia* hechos que no fueron experimentados por el sujeto".⁴¹ Dicho en palabras de Augé (1998), se trata en definitiva de abordar la posibilidad de hablar de memoria en el caso de sujetos cuyo recuerdo, como huella mnémica de la experiencia, está ausente debido a su posterior llegada al mundo. Un interrogante al que subyace la preocupación por aquello que sucede con la memoria de sucesos históricos relevantes cuando los testigos y protagonistas desaparecen.

En este marco de debate, Hirsch (2008: 106) construye su noción de posmemoria (*postmemory*) aludiendo a una estructura particular de transmisión intergeneracional que permite designar como memoria al trabajo de rememoración realizado por la segunda generación, específicamente aquella formada por hijos de sobrevivientes del Holocausto. En sus palabras, "la posmemoria describe la relación que las generaciones posteriores a los testigos de un trauma cultural o colectivo sostienen con las experiencias de aquellos que vinieron antes, experiencias que "recuerdan" sólo a través de las historias, las imágenes y los comportamientos entre los que crecieron. Pero estas experiencias les fueron transmitidas tan profunda y afectivamente que parecen constituir memorias por derecho propio". En este sentido, el mismo concepto nos da una clave que lo inserta en la discusión mencionada y es el prefijo "post", pues la autora lo utiliza para reflejar en qué medida la memoria de la segunda generación no es idéntica ni puede asimilarse a los recuerdos literales o memoria viva de los protagonistas. Y sin embargo, a pesar de ser memoria "tardía", se aproxima a la experiencia vivida por otros en su fuerza afectiva, lo que construye finalmente un vínculo vivo con ese pasado ajeno. De esta forma, la conceptualización de post-memoria representa una tensión compleja entre continuidad del pasado o pervivencia en el presente, y ruptura entre ambos.

Este concepto fue construido por Hirsch (1997) sobre la base de lo analizado en un grupo de hijos de sobrevivientes del Holocausto quienes, habiendo heredado un pasado traumático, realizan prácticas creativas y artísticas que dan cuenta de una búsqueda de sentido sobre el mismo, lo que a su vez refleja la profundidad de la relación con lo acontecido. Y es una noción que introducimos en este apartado de cierre del capítulo, porque desde sus diversas aristas, tanto aquellas que son consideradas aciertos como las que han sido criticadas por otros autores, nos permite recapitular, poner en juego los planteamientos desarrollados hasta aquí y concluir.

Como dijimos al inicio de este apartado, esta noción se enmarca y de alguna manera encara las discusiones sobre la posibilidad del recuerdo en sujetos no protagonistas. Allí, señala una diferencia entre dos posiciones generacionales (y biológicas) respecto de una experiencia, al tiempo que

⁴¹ Cursivas añadidas.

reivindica que quienes no vivieron el acontecimiento también recuerdan. Se trata así de dos elementos relativos a la transmisión que hemos mencionado y subrayado a lo largo del texto. Sin embargo, y a pesar de los énfasis que contiene, para Sarlo (2005: 127) se trata de un intento que no termina de constituirse en motivo suficiente como para sostener un concepto nuevo, diferente de la idea básica de memoria. Algo que sería necesario si consideramos a la memoria en un sentido restringido, esto es, la identificamos solo como aquellas evocaciones que portan en vida quienes tienen una experiencia directa de un suceso, capturados en un relato o argumento. De estos recuerdos, a su vez, se produciría un relato en segundo grado construido sobre fuentes secundarias, lo cual correspondería a la memoria de la segunda generación. Por tanto, "el prefijo "post" indicaría lo habitual: es lo que viene después de la memoria de quienes vivieron los hechos y, al establecer con ella esa relación de posterioridad, también tiene conflictos y contradicciones característicos del examen intelectual de un discurso sobre el pasado y de sus efectos sobre la sensibilidad". Elaborado de esta manera, infiere la autora, la posmemoria se transforma en una memoria que tiene como uno de sus rasgos principales el carácter inevitablemente mediado.⁴² Y es justamente éste uno de los elementos más problemáticos para Sarlo (2005: 127), puesto que este uso restringido de la memoria que parece actuar soterradamente hace olvidar que en la reconstrucción del pasado la oralidad inmediata, el relato directo de una experiencia, es "prácticamente inhallable excepto sobre los hechos de la más estricta cotidianidad. El resto son historias recursivas", historias de historias recogidas por terceros, medios, instituciones, etc. Dicho de otro modo, la mediación en el proceso de construcción del pasado no es un elemento específico de la posmemoria. Así como tampoco lo es el hecho de que sea una re-presentación vicaria de un acontecimiento, en el sentido de reconstrucción realizada por alguien que no habiéndolo experimentado busca a través de diversos recursos ponerse en el lugar de quienes sí lo hicieron.

A este argumento crítico agregaremos otro, el hecho que la posmemoria supone una ruptura en la transmisión producto de acontecimientos históricos traumáticos. Esto quiere decir que asume la existencia de un quiebre, tal como lo hacen muchos de los estudios en el campo de la transmisión. Y lo hace a pesar de su propio objetivo de buscar ir más allá de la imposibilidad de recordar impuesta por un trauma y el reconocimiento que contienen de la importancia de las memorias familiares, incluidas aquellas sutiles y no narrativas. En la posmemoria es justamente por dicha ruptura que se genera otra característica propia como es la fragmentariedad, una particularidad que nuevamente para Sarlo (2005: 157) puede ser aplicable también a otros tipos de memoria, tal como aquí también hemos mencionado. Si cabe, para esta autora, la posmemoria nos habla de una excesiva especificidad en cuanto refiere a un contexto particular que contiene, además de lo dicho, un grado de implicación subjetiva mayor por parte de la segunda generación. En suma, siguiendo este argumento, podríamos decir que "no hay entonces una "posmemoria", sino formas de la memoria que no pueden ser atribuidas directamente a una división sencilla entre memoria de quienes vivieron los hechos y memoria de quienes son sus hijos. Por supuesto que haber vivido un acontecimiento y reconstruirlo a través de informaciones no es lo mismo. Pero todo pasado sería abordable solamente

⁴² Cabe señalar que sobre la idea de mediación, Hirsch (2008) argumenta que no se refiere tanto al lugar ocupado por el recuerdo sino por la investidura, la proyección y creación imaginativa de la segunda generación.

por un ejercicio de posmemoria, salvo que se reserve ese término exclusivamente para el relato (sea como sea) de la primera generación después de los hechos”.

Ahora bien y habiendo introducido escuetamente el debate ¿por qué traer el concepto de posmemoria si hemos adoptado una postura crítica hacia él? En primer lugar, porque como dijimos da cuenta de una discusión relevante en el ámbito de la transmisión intergeneracional que tiene diversas aristas, ha sido abordada por distintos autores y continúa abierta, el concepto de posmemoria es solo uno de los que han sido erigidos al respecto.⁴³ Y en segundo lugar, porque a través de aquello que la noción de Hirsch intenta reivindicar y de las críticas que se le han hecho, sobre todo discutiendo la excepcionalidad del tipo de transmisión que representa, podemos retomar algunos puntos y, a continuación, sintetizar lo argumentado en este capítulo como punto de vista de esta tesis.

Sucede que aunque se comparta el argumento crítico de Sarlo, se debe reconocer que la noción de posmemoria sirve de señalamiento de algunos factores claves aquí mencionados en relación a la transmisión. La utilización del prefijo sin ir más lejos, nos habla de un elemento en el que focalizamos a través de otros autores como son los procesos de diálogo, re-narración, apropiación, re-contextualización, etc., que tienen lugar en la transmisión intergeneracional ocurriendo siempre en un presente que le otorga a las nuevas generaciones los marcos interpretativos para la modificación. De la misma manera, la post-memoria reclama la posibilidad de denominar memoria a aquellos recuerdos que no han sido vividos en carne propia, básicamente debido a su vinculación afectiva. Dando cuenta, con ello, de las diversas vías y espacios a través de los cuales la transmisión sucede como puede ser la familia y la convivencia con historias, imágenes, prácticas, fragmentos contados por otros significativos (sean familiares o afines sin vínculos de parentesco).

A lo largo de este capítulo hemos considerado que la transmisión ocurre entre sujetos con posiciones generacionales distintas respecto de un pasado determinado. Una distinción definida según el momento de la vida en que se vivió un cierto acontecimiento, lo cual implica una relación de proximidad o lejanía respecto de una experiencia que se define como primaria u original, en el sentido de punto de inicio. Pero una vez reconocida esta diferencia de lugar desde el cual se construye la vinculación al pasado, el que además puede implicar la constitución de unidades generacionales (Mannheim, 1928), destacamos que entre generaciones se produce una co-construcción del pasado. Proceso que tiene un carácter comunicativo dialógico y que se desarrolla en distintos niveles. Actúa y se produce tanto a escala de narrativas nacionales, institucionales, oficiales, educativas como en la esfera familiar y cotidiana. En él, además, los jóvenes que no lo vivieron o los que representan un vínculo distinto al de los protagonistas con lo sucedido, reconstruyen el pasado según una búsqueda de sentido ubicada en el presente. Lo que, por su parte, puede traer consigo tanto pervivencia de memorias como mutaciones, cambio y re-creación de ellas.

⁴³ La misma Hirsch (2008: 105) rescata algunos de los conceptos que han construido otros autores para describir la particular relación de los hijos con el pasado traumático de los padres de la que habla la posmemoria: "memoria ausente", "memoria heredada", "memoria tardía", "memoria protésica", "mémoire trouée", "mémoire descendres", "testimonio presencial", "historia recibida".

De esta manera, podemos pensar el proceso de transmisión como una construcción de memoria que asume la modificación producto de la relación entre generaciones. Y, en este sentido, sostener que los conceptos de memoria y transmisión intergeneracional ya suponen efectivamente aquella tensión entre pasado y presente, continuidad y cambio, que Hirsch (2008) busca reflotar. Aunque entendemos que se trata de una idea emanada a partir de un contexto específico en el que, como decíamos, se asume una ruptura en la transmisión producto del trauma, de lo cual se desprende la importancia de la existencia de memorias en los hijos. Dijimos también que ciertos contextos como nuestro estudio de caso, no nos habla necesariamente de consecuencias de un trauma y, sin embargo, se hace igualmente relevante la comprensión de los mismos en clave de construcción de memorias entre generaciones.

Con todo, sostenemos que tanto para indagar en los procesos de construcción de sentidos del pasado como en aquellos que nos hablan de la transmisión intergeneracional, es necesario tener en cuenta los diversos niveles dónde éstos se desarrollan e interactúan. En este sentido, si bien ha sido y es relevante el estudio de la construcción pública de memorias y su papel en la transmisión institucional y oficial a generaciones sucesoras, su análisis es indisociable de aquello que sucede en el universo cotidiano, tanto familiar como comunitario. Pero no solo eso. Asimismo, resulta fundamental atender y pensar aquellos caminos que siguen la rememoración y los intercambios comunicativos generacionales a nivel silencioso, no declarativo, fragmentario, "suelto". Y aquí un apunte importante. No pretendemos destacar este asunto con un afán reivindicativo como si habláramos de una memoria particular producida por un cierto sujeto marginalizado, subalterno, clandestino, subterráneo. Se trata más bien de tener en cuenta que, como hemos revisado, las memorias se construyen en procesos constantes, dinámicos, contextuales y en diálogo tanto a nivel intrageneracional –entre diversos tipos de prácticas, discursos, formas de narrar, etc.,- como intergeneracionalmente –entre mayores, jóvenes, niños, adultos, etc. Las tramas de recuerdo, así, se conforman no solo entre aquellas memorias que han sido legitimadas pública y oficialmente y aquellas que no, entre las que son altamente reflexivas y las que operan desde el hábito, o entre las propiamente narrativas y las que se conforman sobre la base de emociones o imágenes. También se incluyen aquellas que ocupan todas las capas restantes del tejido memorial, respecto del tipo de memoria como de la posición del sujeto en relación al pasado que se construye, el presente que lo requiere y el futuro que se avizora. Esto no quiere decir que se relativice el ámbito de las memorias de la dictadura en Chile en un territorio particular –el estudio de caso aquí desarrollado- hasta hacerlo infinito e inabarcable, porque de todas formas según la trama particular que se configure habrán factores, determinantes y circunstancias que tendrán más peso en la actualidad por sobre otros. Y es justamente aquello que pasaremos a analizar.

CAPÍTULO 2: El fragmento como memoria y forma de transmisión

1. El fragmento como memoria

Desde la fase inicial de esta investigación se comenzó a dibujar la problemática que en este capítulo abordaremos y que se refiere a la tensión entre la configuración narrativa de la memoria y ciertas formas de recordar que parecen estructurarse de otro modo, no ajustándose del todo a una narración “en toda su regla”. Un asunto que en el capítulo anterior introdujimos conceptualmente a través de la revisión de diversos planteamientos sobre tipos de memorias. Y que en el territorio fue emergiendo de forma sutil como una insinuación a propósito de una especie de fragmentación que se evidenciaba en los distintos relatos sobre el pasado de la dictadura en la población La Aurora. Tensión que adquiriría mayor fuerza, aunque no exclusivamente, en las conversaciones con aquellas personas que no eran víctimas directas de la represión política, ni habían sido militantes de partidos políticos u organizaciones de memoria y Derechos Humanos.

Acerca de lo sucedido durante la dictadura en el territorio existen relatos contruidos sobre la base de testimonios y trabajo historiográfico que han sido recogidos, recopilados y expuestos públicamente a través de diversos registros como libros, documentales, artículos de divulgación, reportajes, etc. Son narraciones que intentan comprender y explicar el contexto político de la época, que reflexionan sobre el rol de la población y sus habitantes (muchos de los cuales eran militantes o simpatizantes del partido comunista) y la importancia de la recuperación de esta historia para el presente del barrio.⁴⁴ Sin embargo, durante la primera etapa de investigación interpretamos que en la vida cotidiana del mismo había una primacía de pequeñas narraciones en las que la configuración de una trama y la reflexividad asociada no están presentes, al menos no cómo lo están en los modos convencionales de narración. Anécdotas o simples apariciones efímeras, pequeños relatos de situaciones y acontecimientos vividos en primera persona (lo que no quiere decir que se vivan con protagonismo) o contadas sobre otros, pero próximas. Comentarios, apreciaciones, episodios evocados al pasar, imágenes, desprovistas generalmente de claves contextuales y/o políticas, que emergen en plena cotidianidad a propósito de la historia de vida, de una situación particular o de un comentario de otro. Palabras espontáneas y muchas veces fugaces ponen a la experiencia en el centro por sobre la identificación política, evocaciones que muestran situaciones cotidianas ocurridas en la población, haciendo escasas las alusiones a la sociedad en su conjunto o a la ciudad. En ellas, más bien, lo preponderante es la propia vida que, a su vez, se hace inseparable del territorio y trayectorias que suman dificultades y conflictos de diverso tipo.

Sobre esta base etnográfica comienza la indagación sobre el fragmento. A qué refiere, sus formas, en qué sentido tensiona o no la asunción semántica de la memoria, su lugar en la vida cotidiana y, sobre todo, en los procesos de construcción y transmisión de memorias del pasado reciente.

Aquí, mira aquí en la esquina había una señora que tenía caballos, ella tenía, ella vendía pasto en la feria y tenían caballos, y tenían de estos sacos con afrecho que le daban a los caballos y llegaron los milicos y le hicieron tira todos los sacos, con cuchillos así, le desparramaron el afrecho porque ahí decían los

⁴⁴ Una revisión de este tipo de relatos se incluye en el Capítulo 4 de este trabajo.

milicos que tenía el armamento guardado, y le hicieron tira todas las cosas, y ella no tenía nada poh ¿qué iba a tener? una metralleta [se ríe]. (Carmen, 2015)⁴⁵

Carmen cuenta esta anécdota haciendo memoria de lo que sucedía los primeros días de la dictadura en la población. Específicamente, mientras describe los miedos que ella y su familia pasaron, temores vinculados principalmente a la presencia constante de los militares en las calles, los disparos que se oían y la posibilidad que traía aparejada esta ocupación de que entraran sin razón y con violencia a su casa. Sin preámbulos y en medio de dicho relato refiere a una vecina que fue allanada. Y si bien habla sobre el miedo que la situación del barrio le generaba, también se ríe a propósito de lo curioso que le resulta la mezcla entre amenaza y violencia representada en la acción militar, y la cotidianidad que contiene la imagen de una señora mayor que en su casa guarda el alimento para sus animales.

Se trata, así, de una breve historia que comienza y termina sin más explicación ni contexto ¿una simple evocación? Si pensamos en la distinción que realiza Augé (1998), sí, aunque podríamos decir que es una diferenciación que no nos habla mucho más que del establecimiento de una categoría. Pero con ello basta, en la medida que nos permite dar cuenta del carácter de “fragmento” de este breve relato, el recuerdo como una impresión que no necesariamente forma parte de una trama discursiva que articula sus elementos de manera más ordenada, como sería la memoria. Con esto, queremos instalar la posibilidad de la emergencia de un discurso estructurado no tanto en torno a una línea argumental, sino sobre la base de este tipo de apariciones espontáneas y efímeras que se van agregando a otras similares más como suma que como encadenamiento.

Y aunque tendrá variaciones en las formas que adquiere –micro relatos, imágenes y comentarios o anécdotas-, es este el carácter que quisiéramos destacar acerca de lo que, hasta ahora, hemos entendido como fragmento. Esto es, un tipo de memoria que parece no encajar en la manera tradicional de ver la narración y, sobre todo aquellas que versan sobre el pasado, producto de lo cual no suele ser analizado detenidamente a la hora de pensar las posibilidades cotidianas de transmisión que brinda.

1.1. Las formas del fragmento

Mi hijo tenía como unos 15 años, debe haber tenido porque estaba haciendo la cuestión de la confirmación, y nosotros estábamos en una reunión en la capilla con los otros niños y el Antonio estaba en la parroquia y estábamos con el cura nosotros acá en la capilla y de repente llegan los chicos de acá de la parroquia corriendo a avisarnos que se habían llevado preso al Antonio. El viejo iba a partir corriendo y el cura le dijo “no, a ver, espérate” le dijo “dime ¿tu hijo tiene alguna cuestión policial, que haya caído preso por robo, ficha policial?”, “no”, le dijo el viejo, “él está estudiando”, “ya”, le dijo el cura,

⁴⁵ Respecto de algunos términos: “hacer tira” se usa como sinónimo de romper y “milicos” es como se le designa coloquialmente a los militares.

"vamos" y partieron los dos a buscarlo y empezaron a seguir la micro en que lo habían llevado, porque lo llevaron cuando él con sus amigos venían saliendo de la parroquia y estaban los milicos ahí, y los paran y los empiezan a revisar, y el Antonio andaba trayendo en los bolsillos una prueba del colegio donde tenía un plano de un motor, porque estaba estudiando mecánica, y entonces los milicos dijeron que ese era un plano para una bomba [ríe] y por eso se lo llevaron. Y el Antonio les decía que no, que eso era un motor, que era una prueba del colegio y que preguntaran al colegio, y no, se lo llevaron no más. Y dice el Antonio que los tiraban en el suelo, porque se llevaban a varios chicos, por distintas cosas, y dice que los milicos andaban por encima de ellos, los pisaban y de repente les pegaban con las culatas...y yo uy! esa vez yo me quería morir, yo decía "no, si el Antonio no va a llegar vivo, lo van a matar", figúrate, así pensábamos nosotros. Y después como a las dos de la mañana más o menos el cura lo ubicó dónde andaba el autobús, lo habían andado trayendo por todo Santiago, por todo Chile yo creo, y hasta que el cura lo ubicó y ahí se lo entregaron y el cura le dijo "este no es un plano de una bomba", le dijo, "este es un plano de un motor, él trabaja, estudia en una escuela así que verifiquen, en una escuela de los que hacen motores, arman, hacen los motores", y ahí lo largaron, pero fue una cosa horrible. (Carmen, 2015)⁴⁶

Aquí Carmen cuenta cómo detuvieron a uno de sus hijos. Un día, en plena dictadura, los militares que –así como hoy lo hacen los policías- circulaban por la población. Antonio no era militante de ningún partido político ni participaba de movimientos sociales, fue detenido simplemente por ser considerado sospechoso mientras caminaba con un grupo de amigos. Su madre me relata la situación más de 40 años después como una breve historia entremedio de otras que despliega en la conversación. No ocupa un lugar central en ella, aunque no por eso es menos significativa ni dolorosa.

Es un relato que aparece cuando hablábamos de cómo en los años posteriores al golpe militar ellos, su familia, seguían participando en las actividades de la parroquia. Dado el contexto dictatorial en esas instancias se solían compartir rumores entre los vecinos sobre la amenaza de allanamientos o detenciones, sobre todo la que se sospechaba pesaría sobre el cura, conocido en ese entonces por su posición política contraria al régimen. Rumores que nunca tuvieron asidero ni se hicieron realidad, dice Carmen. Lo que sí pasó, curiosamente, fue la detención de su hijo como un accidente en medio de información que apuntaba a otro tipo de desenlace. Un fragmento que, tal como otros presentes en sus recuerdos, ciertamente tiene un carácter anecdótico, en el sentido de que es relatado desde lo sorpresivo e inesperado que resultó, al modo de un acontecimiento que irrumpe una cotidianidad que ya era excepcional. Ahora bien, dicho carácter no implica liviandad de la historia o escasa importancia, porque en efecto para Carmen se constituyó en una situación no solo relevante sino que incluso dramática –llegó a pensar que su hijo podía no volver y desaparecer-, a pesar de lo cual no es relatada con ese tono enunciativo. Un relato que, además, es contado como si no hiciera falta una explicación del contexto trágico que se vivía en la sociedad chilena y local en el que, aunque la

⁴⁶ Respecto de algunos términos: "micro" es como se le llama en Chile a los autobuses. En general se aplica para el transporte público, pero a veces también sirve para referirse a vehículos policiales muy similares.

mayoría de los medios de comunicación lo ocultaban o reproducían montajes noticiosos ideados por el gobierno militar, ya se sabía de las muertes y desapariciones. Es decir, existía una amenaza permanente sobre la población.

De este modo, se constituye un tipo de memoria que toma la forma de una historia breve que cuenta sobre una situación experimentada en la población o contada por otros. Relatos que nos hablan de cosas *sucedidas*, cursivas que añadimos para resaltar que aquello que aparece son justamente sucesos, eventos, ocasiones y, principalmente, experiencias vividas en su transcurso. Se trata de concisas descripciones de escenas que grafican lo que pasaba entonces, en su mayoría, cotidianas, domésticas. Caracterizadas con detalles que permiten imaginarla en términos concretos aun cuando no se conozca el lugar, utilizando referentes espaciales, alusiones a lugares específicos o simples usos del “aquí” y “allá”, así como referencias sobre los participantes, descripciones de personas, incluso diálogos desarrollados en el momento descrito. Todos estos elementos nos describen un evento que efectivamente sucedió durante la dictadura en el territorio, lo que se denota en la cualidad vivencial. Así, son pequeñas historias que hacen que quien escucha se sitúe en ese lugar, se lo imagine, lo viva, se remonte sin haber estado en esa casa o calle, espacios que el narrador sigue habitando hoy día y que al permanecer le posibilitan remontarse a la habitualidad de una dictadura que se imponía. Memorias que aparecen de forma espontánea a propósito de un hecho, comentario, tropiezo del presente, pero siempre situados en los límites de la población, o bien, referido a ella. Una memoria local, vecinal, próxima, y muchas veces familiar.

Además, son historias que, aunque narren sucesos que contienen emotividad o dolor, en gran parte de los casos este carácter no es el que predomina. Más bien terminan por relevar lo curioso, lo excepcional, lo imprevisto y sorprendente del evento como si se tratara de un acontecimiento que va acompañado de una consecuente pequeña odisea, tal como me lo describió José aludiendo a todo lo que junto a su familia vivieron durante la dictadura en la población: *No pasamos hambre, pero pasamos hartas peripecias*, decía.

En esta primera forma del fragmento que describimos, el micro relato, lo anecdótico no solo está dado por lo extracotidiano, accidental y real –anclado en algo que realmente sucedió- que tiene lo contado. También le imprime esa calidad, el hecho de que suele operar como ilustración de un fenómeno más amplio o, bien, de un punto argumentativo que quiere destacar quien cuenta la historia. O sea, sucede que un episodio concreto, específico, que se encuentra disperso en el discurso y el devenir de una conversación, muestra una realidad, ilumina una situación que podría fácilmente generalizarse, aunque dicho ejercicio no se anuncia ni explicita.

En el caso del extracto de entrevista presentado al inicio de este apartado, ocurre con el hecho mismo de la detención de su hijo que relata Carmen. A través de este suceso se muestra una especie de amenaza que se vivía en la población sobre la aprehensión de un familiar o conocido, incluso personajes locales como el párroco, así como el peligro que una situación así terminara en ejecución o desaparición. En el sentido de la narración que estamos instalando, esta amenaza opera como un

telón de fondo que no es formulado directamente por la misma Carmen, sino que es algo que se va dibujando a partir de los distintos fragmentos y comentarios.

De una manera similar, estas pequeñas historias pueden comunicar experiencias no en forma de contenido, como sería una situación contada de modo tradicional. A veces, éstas por aparentemente livianas y fútiles que parezcan contienen, informan y están cargadas sutilmente de sensaciones. En la narración implicada en el fragmento, en estas ocasiones, parece construirse más un panorama de conciencia que un panorama de acción, en los términos acuñado por Bruner (2004). Esto quiere decir que las historias hablan más de sentidos, estados e impresiones que describen la experiencia consciente del mundo del o la protagonista y no de manera literal, más que describir en detalle un suceso y los argumentos de la acción (agente, intención, meta, etc.). Para graficar podemos volver a Carmen y una descripción particular que realiza del día del golpe: *y yo salí a comprar a la feria y lo primero que veo, pero yo eso nunca he sabido si lo vi, lo soñé o qué, un tremendo tanque, con un inmenso cañón enfocado para acá, pero yo nunca lo he conversado con otra persona para ver si fue eso, pero era inmenso, un tremendo cañón. Te figurai uno salir a comprar así?*

En este recuerdo parece como si lo significativo no fuera si, como dice ella, efectivamente el hecho ocurrió o no, si fue un sueño o simplemente una escena producto de su imaginación y del miedo que se imponía en esos días y que impregnó su recuerdo. Tampoco el detalle de lo que ella efectivamente hizo. Lo relevante, a nuestro entender, es que habla de la impresión, la sorpresa así como la sensación de extrañeza que puede producir algo tan extraordinario como encontrarse con un tanque instalado en la rutina misma. Alude a algo que se instala e impone como excepcional e inexplicable y, con ello, difícil de comprender e insertar en la cotidianidad.

Nos referimos, entonces, a un carácter ilustrativo que sirve para mostrar -y transmitir- temas que son más generales, así como sensaciones. Una cualidad que no es explícita, declarada, ni se pone en acción cada vez que se relata un fragmento. Pero se puede evidenciar en casos como, por ejemplo, cuando Núria para explicarme qué cosas son las más que recuerda de la época, me cuenta la historia de un hombre de la población al cual su padre utilizaba como personaje de fábula para hacerlos comer la comida a ella y sus hermanos:

La muerte... los balazos, los aviones, los helicópteros, todo eso. Es que en realidad fue mucha gente. Mira, mi papá antes, cuando nosotros no queríamos comer la comida nos asustaba con un caballero, el Martillo le decían. Era un viejito que siempre andaba con un saco en la espalda y fijate que él fue a morir a la casa de nosotros, porque mi papá justo cuando empezó la cuestión militar, antes, siempre nos asustaba con el Martillo y este viejito venía y mi papá decía "ya este niño no se quiso comer la comida" y el viejito venía y decía "oh yo soy el Martillo y los voy a llevar, los voy a meter en el saco" y nosotros salíamos arrancando [sonríe]. Y yo me acuerdo de la muerte de él, mi papá le decía "éntrate éntrate" le decía "te van a matar, te van a matar!", y venían un montón de militares a matar, así directo a la calle y el viejito decía "no si yo no tengo familia que me hagan lo que me hagan, si tengo que morir voy a morir" y justo al ratito después le llegaron muchos balazos a él en la puerta de la casa de nosotros porque

mi papá lo quería empujar hacia adentro, lo quería agarrar y hacer que entrara, y él no, no, no, y claro llegaron todos los policías y como en esos tiempos los balazos estaban por todos lados murió. Yo me acuerdo de él...y quedó en la casa de nosotros, en la puerta de nosotros quedó, un montón de balas, su ropa traspasada con los balazos, las piernas, acá, en el corazón, en la cabeza, estaba reventado total, y yo estuve 10, 15 días que no podía dormir porque veía la figura de él, porque era cabra chica (Núria, 2015).⁴⁷

En este extracto Núria muestra imágenes del asesinato de un vecino conocido y cotidiano tanto para ella como para su familia. Una muerte que no solo tiene un sentido trágico en sí misma, por lo que Núria no la pudo olvidar, sino que además representa un fenómeno impuesto por la dictadura: la desaparición en la puerta de la propia casa. Una situación de peligro y alerta que se vivía en esos días en La Aurora y que, en ese sentido, condensa también significados colectivos que trascienden la experiencia concreta y específica.

El fragmento, de esta manera, funciona como una especie de zoom en ausencia de la imagen global como antecedente, imagen que de todas formas puede ser inferida a partir de los sentidos contenidos en el relato. Por tanto, la historia se constituye en un ejemplo, pero de un asunto que puede no estar enunciado ni explicitado previamente, ni ser necesariamente configurado a posteriori a modo de conclusión. Así, claves enunciativas y comprensivas como podría ser una alusión a los problemas de abastecimiento que se vivían en la época y la escasez de alimentos que provocaba, son reemplazadas por un relato sobre un vecino amigo de José que al ser dueño de un almacén le regalaba víveres como leche condensada, mientras otros no podían acceder a ellos. Se configura, en definitiva, un relato en el que sobre una base experiencial concreta, el oyente interpreta según cómo se van desplegando los trozos en el discurso. Según cómo se asocian unos con otros o desde el lugar que ocupan en la conversación, pero con la libertad que brinda la escasa contextualización o anticipación de los mismos.

Es así como los fragmentos, tal como identifica Stewart (2004) en su trabajo sobre las memorias del Holocausto en el pueblo romaní, representan momentos icónicos que emergen al modo de recuerdos cotidianos y se describen como si fueran comprensibles en y por sí mismos, sin la necesidad de ser situados en un marco narrativo más general. En el estudio de caso de este autor, se trata de eventos que se narran ocasionalmente sobre el fin de la guerra y que suelen involucrar a quien relata y su familia. Imágenes fugaces, menciones esporádicas acerca de un pasado histórico que en ellas se sintetiza y sobre el cual en una primera mirada más parece haber desinterés y poca atención.

Como es posible leer en la narración de Núria, pasa con frecuencia en los fragmentos que la palabra "mira" precede a la historia denotando que algo está por mostrarse, como quien indica y anticipa una imagen o un punto de referencia que quiere que sea visto e identificado y que puede carecer de más explicación que la simple instrucción a observar. Y así como no hay definición que la anteceda

⁴⁷ El término "cabra chica" se utiliza como sinónimo de niña pequeña.

tampoco hay una que venga después. Como una ilustración que viene y se va sin más. Con la historia ya está dicho aquello que quiere ser transmitido, está expuesto, está compuesta la escena con detalles que permiten ponerse en situación tal como lo hace un cuento creado desde la pura imaginación. En suma, hablamos de un relato sobre un acontecimiento del pasado que grafica lo ya acontecido, pero que también concentra sentidos del presente y del futuro.

C: [...] después del golpe militar la gente cambió harto, cambió la gente, porque como que antes, a ver ¿cómo diría yo? como que éramos todos iguales, vecinos, así todos, y después no, después como que uno siente que el vecino de al lado, no es así como uno, que es diferente, que como que se alejó esa amistad que había, porque aquí la gente no habla, no hablan con los vecinos aquí, yo creo que yo aquí soy la única que anda hablando con todo el mundo [ríe] salgo a la calle y hablo con todo el mundo.

A: pero ¿igual aquí la gente se conocen todos o no?

C: sí, claro, pero ahora la gente no conversa

A. y ¿eso tú crees que fue después de la dictadura?

C: sí, antes no

A: y ¿por qué?

C: no sé, es que antes, no sé, antes, mira, cuando fue el golpe militar, a mí eso nunca se me olvidó, yo creo que el bombardeo a La Moneda ¿sería como a las dos de la tarde? Más o menos, por ahí fue, yo me acuerdo que estaba muy nublado ese día, entonces una mujer que vivía como a mitad de cuadra hacia allá, cuando fue el bombardeo y se supo que habían derrocado a Allende y todo, ella puso la bandera chilena ahí en su casa, la gente estaba toda escuchando las noticias todo, y ella se le ocurre a la tonta poner la bandera y empieza la balacera...nosotros pensamos que era gente que estaba en contra del golpe que le habían empezado a disparar, a disparar al aire no a ella, pero a disparar al aire para que ella recogiera la bandera y la recogió, la tuvo que recoger la bandera, porque era una balacera infernal

A: ah, pero ¿no eran los militares?

C: no, no eran los militares, era la gente que empezó a disparar, y ella había puesto la bandera así muy contenta, feliz, creía que todo el mundo iba a poner la bandera y nadie puso la bandera nada, y empieza la balacera. Yo me acuerdo que el viejo estaba tan enojado, decía "cómo se le puede ocurrir a esta tonta poner la bandera! Y capaz que vengan y nos acribillen a todos a balazos aquí"...porque aquí, habríamos vivido en otro barrio tal vez habría sido pasable, pero aquí en la población no, si nosotros éramos diferentes, no éramos como en otras poblaciones

A: y ¿por qué dices que eran diferentes?

C: son diferente la gente ahora fíjate... como que cambió la gente porque aquí como que la gente mucha era, estaban a favor de la junta militar, pero antes, antes como que no se notaban las diferencias políticas, porque antes eran como todos comunistas, como que todos tiraban para un lado, como que todos éramos comunistas, pero después ya no, después ya la gente como que se empezó a notar los que estaban a favor de los militares y todo eso, mucha. (Carmen y Alicia, 2015)

Antes de desplegar esta historia con Carmen hablábamos sobre la población, en particular, su pasado y acerca de cómo allí la mayoría de la gente apoyaba y quería a Allende durante el periodo

de la Unidad Popular.⁴⁸ En ese marco ella recurre a esta historia de la mujer, vecina, que iza una bandera de Chile poco después del golpe militar como señal de aprobación en un barrio donde, hasta entonces y a sus ojos, todos eran simpatizantes del partido comunista e “iban hacia un mismo lado”.

A través de este breve relato, la narradora, Carmen, comparte una experiencia y, con ello, podríamos decir que rescata algo que a sus ojos es digno de ser salvado de la irreversibilidad del tiempo (Giannini, 1987). Lo recoge de un tiempo anterior y lo trae al presente para ser compartido. Pero lo que sucede allí, lo que se hace al recordar, no solo tiene que ver con dicho rescate.

Como en toda narración, incluso en aquellos fragmentos o micro relatos de carácter anecdótico como éste, en primer término lo que se hace es dar cuenta de una experiencia que ya tuvo lugar. En efecto, se hace presente una ausencia, se trae al tiempo y espacio actual algo que sucedió en un tiempo y espacio ya acontecido. Como dice Giannini (1987: 86), “se narra lo que pasa, y justamente por pasar, no queda; salvo en la palabra que lo narra, salvo en la palabra del narrador que lo restituye a la realidad tal vez para iluminar ésta en su ser pasajero; tal vez por pura diversión”. Así, unimos pasado y presente, pero en un modo constructivo en tanto el acontecimiento pasado no es algo externo, separado de su actualización, sino que se construye al hacer memoria. No obstante, al hacer esta conexión también instalamos referencias en el presente, señalamientos que servirán para el futuro, para crear expectativas, proyectos, para abrir o cerrar posibilidades de acción, para sentir, para reflexionar o para no hacerlo. Por consiguiente, aunque como sostiene Ricoeur (2003) el tiempo de la memoria es el pasado en tanto es su referente último, su condición de posibilidad, la temporalidad inherente a lo recordado, al hacer memoria se trasciende el tiempo acontecido estableciendo una vinculación también hacia el presente y el futuro. O, dicho de otro modo, construimos discursivamente versiones de lo ya acontecido, las narramos y con ello las reescribimos, lo que a su vez nos permite a la luz del presente construir el pasado como una proyección hacia el futuro (Vázquez, 2001).

Si seguimos esta línea de argumentación, podemos pensar que en el relato de Carmen se recoge una situación ocurrida hace más de 40 años y se utiliza como referencia para comparar las relaciones vecinales de hoy en día y, en parte, para explicarlas. Se considera el incidente de la bandera el mismo día del Golpe de Estado digno de ser contando, carácter que le otorga una actualidad que hace significativa esa experiencia. Para ella, en la población, su lugar durante sus 75 años de edad, ocurre que las cosas ya no son lo que eran. Hoy no evidencia esa sensación de unidad e igualdad que primaba en esos años previos a la dictadura. Y la anécdota relatada nos habla justamente de aquello que generó esa ruptura, o al menos de lo que parece haber instalado la posibilidad de que las diferencias políticas emergieran en las relaciones cotidianas. Con esto, aunque más sutilmente quizás, también

⁴⁸ La Unidad Popular (UP) fue una coalición política y electoral de partidos y agrupaciones de centro izquierda nacida a fines de 1969. Estuvo conformada por el Partido Socialista, Partido Comunista, Movimiento de Acción Popular Unitario, Acción Popular Independiente, Partido Social Demócrata, desde sus inicios y más tarde se sumaron Izquierda Cristiana y Partido Izquierda Radical. Presentaron y apoyaron la candidatura de Salvador Allende a las elecciones presidenciales, proceso del que resultó ganador siendo electo el 4 de septiembre de 1970. Coloquialmente al periodo de Allende como presidente se lo conoce como “la unidad popular”.

se insinúa el futuro, se asoma como posibilidad en tanto que el presente sentenciado de una población distinta queda abierto, al menos a continuar dicha senda de posiciones enfrentadas entre vecinos.

De este modo, vemos cómo en el fragmento, al igual que en otras formas de memoria narrativas, el trabajo de composición y recomposición que implica la construcción de relatos del pasado, refleja siempre "la tensión ejercida por la espera del futuro sobre la interpretación del pasado" (Augé, 1998: 47). O sea, cómo aquella vivencia que es narrada, traída, activada en el presente no sólo emerge y adquiere sentido a propósito de la situación actual, sino también en función de expectativas futuras (Jelin, 2002a; Gergen, 1994). En el caso de lo dicho por Carmen, parece como si la historia se constituyera en una cápsula contenedora de una experiencia relativa a su cuadra.⁴⁹ Allí, se condensan sentidos del pasado, del presente y del futuro, que operan para sostener un argumento igual de efímero que el relato: que la población ha cambiado desde la dictadura. Una constatación que tiene un sentido político en tanto que subraya al tiempo que critica cómo a partir de ese suceso, se despliegan distintas posiciones por parte de los vecinos respecto de la situación del país, lo que promueve que las formas de relación a nivel local se modifiquen.

Por otra parte, debido a su forma y contenido, la construcción del relato aunque es breve y acotada permite ponerse en situación sin ser una descripción particularmente densa, en la medida que entrega coordenadas que permiten imaginar la escena: el mediodía, el clima nublado, la radio encendida, la bandera flameando, el ruido de las balas, el marido enojado. En ella se ofrecen ciertas claves comprensivas al oyente que provienen de la experiencia de una historia vivida y no tanto de un discurso ideológico o un entendimiento histórico de la situación. Más bien son elementos apegados a la experiencia y, por lo tanto, con un fuerte carácter cotidiano.

Gracias a estas distintas características, finalmente podemos agregar que se trata de un relato en el cual, como en muchos otros, se configura un "nosotros". De una manera quizás similar a aquello que describe Da Silva Catela (2003: 12) también desde una esfera local:

"más que el hecho político que les tocó y toca vivir, las memorias se construyen con imágenes de lo cotidiano, del quiebre de la tranquilidad de una noche de "fútbol" por TV. Por eso la fecha precisa es tan importante para ellos: fue un 20 de julio, porque recuerdan el contexto, lo que hacían, lo que pasó antes y después que la luz se fuera. Se expresan así sentidos comunes que unen a los habitantes de Calilegua, un lugar "tranquilo", invadido por la violencia (...) Allí radica la fuerza de la experiencia, los consensos que las memorias otorgan, el peso de la especificidad y la dimensión emotiva que se contraponen a los relatos más generalizados, donde no importa mucho la veracidad de fechas y números sino el hecho político y su denuncia".⁵⁰

⁴⁹ La idea de cuadra se utiliza mucho en Chile y en la población. Se refiere a la extensión lineal entre una esquina y la siguiente en una misma calle que conforma un espacio particular que comprende a las dos veredas enfrentadas. En La Aurora, se suele hablar de la cuadra como lugar cotidiano, propio, más extenso que la propia casa, pero en muchos casos igualmente conocido y cercano.

⁵⁰ Da Silva Catela (2003) realiza un estudio sobre memorias locales y nacionales en Calilegua, un pueblo argentino del noreste del país. Allí, se produjo un hecho conocido como el "apagón de Ledesma", una noche de 1976 en la que gracias a

En el caso del micro-relato de Carmen al que nos venimos refiriendo, este componente identitario se expresa en el hecho que ella habla de una población que es suya, se posiciona como habitante de este territorio que, además, define como distinto de otros. Pobladora de las antiguas, de esas que no han cambiado, a diferencia de otros vecinos que hoy cuando se encuentran en la calle ya no conversan, y como parte de aquellos quienes antes del Golpe de Estado eran “todos iguales” en términos de posicionamiento político y comunitario.

Bien, hasta aquí hemos descrito y enfatizado distintas características de los fragmentos en una de las formas que adquiere, la de relato breve, anecdótico, disperso, en cierto sentido personal y parcial. Propiedades que, como mencionamos en el capítulo anterior, son descritas para el tipo de memoria definido como fragmentario por algunos autores. Steedly (1993), por ejemplo, habla del carácter efímero de estas historias que toman la forma de destellos y, al igual que Pécaut (1999) y Das (2007), refiere a su nivel de localización en experiencias concretas y específicas, y su anclaje en determinados acontecimientos, de ahí también su cualidad evenemencial.

Pero así como hay fragmentos que instalan y describen escenas diversas, dispersas y únicas, hay otros que sin perder las particularidades que hemos descrito van formando un conjunto, una imagen más amplia que se repite y es recurrente en los micro-relatos. Son como un cuadro hecho al modo de un collage de experiencias. Otra forma que adquiere el fragmento, la de una escena que al ser recurrente en las entrevistas y conversaciones informales sobre lo sucedido en la población en dictadura, se vuelve icónica en un nivel local, territorial. Dicho de otro modo, si los fragmentos dispersos antes referidos se constituyen como breves y acotadas situaciones que emergen en el discurso como historia discreta y que sirven en ocasiones para ilustrar un tema, hay los que configuran una representación mayor. Se produce un dibujo más amplio en la medida que se retorna a él a lo largo de la conversación, para describir una arista o vivencia diferente y así abordarlo desde otro punto de vista.

Una de estas imágenes es la del Golpe de Estado. Un fragmento hecho de fragmentos que surgen como intercalados. El día del golpe es referido en forma recurrente tanto dentro de un mismo discurso como de manera transversal por los vecinos de la población al hablar sobre la dictadura, aunque siempre desde la experiencia.

Yo tengo un hermano que él vivió toda la vida en Argentina, de los 23, algo por ahí que tenía él, se fue aquí de Chile, se fue con la mejor disposición, pero la cosa es que después nos vinimos a dar cuenta que él era comunista, cuando ya estuvo afuera porque a nosotros se nos perdió mi hermano un tiempo, se nos perdió de comunicación. Pero, en ese tiempo cuando hubo el Golpe de Estado los dos éramos los más, yo no quise seguir estudiando, yo llegué hasta octavo y me fui a trabajar, y trabajé de aprendiz en una sastrería y ahí estuve, y después yo estaba trabajando allá en la calle Bastidas [zona centro de Santiago] y ese día del Golpe de Estado era yo y mi hermano los que no llegábamos. A mí me vieron

la oscuridad provocada por un corte de luz generalizado (que incluyó un pueblo aledaño) y la supuesta complicidad de la empresa Ledesma fueron secuestrados y hechos desaparecer obreros, jóvenes y vecinos.

como a las cinco de la tarde. Yo tenía 18 años y ya estaba gordita de mi hijo mayor, entonces estaban todos preocupados, todos preocupados, no sabían que pensar, como no podíamos pasar para acá, entonces la micro pasaba por allá por la calle Juan Valdebenito, una micro que nos servía a nosotros que se llamaba la 45 San Esteban, y esa micro yo tomé y no me moví de ahí, dije yo "aquí me voy a quedar", y nos dieron las cinco de la tarde y la micro lo desviaban hacia Recoleta [comuna en la zona norte] hacia allá, hacia allá, hasta que de repente agarró vuelo y se dio unas vueltas por unas calles y llegamos aquí, yo llegué a las cinco de la tarde a mi casa y mi hermano llegó a las seis, pero después con los años supimos que mi hermano llegó a las seis porque estaba en una parte, como en una sala u oficina quemando y cortando papeles que eran del partido, pero lo vinimos saber después, con mucho años. (Lidia y Alicia, 2015)

La descripción de cómo llegó a su casa el 11 de septiembre de 1973 marca una especie de desvío en el discurso de Lidia que versaba sobre la posición política de su familia y, en particular, de su hermano de quien el resto del núcleo no conocía militancia y nivel de implicación en el partido. Al iniciar nuestra conversación, Lidia explica que en su familia no se solía hablar de política ni se les permitía a los hijos e hijas participar en movilizaciones, protestas ni organizaciones. Por lo mismo, ella no se definía como comunista, por desconocimiento dice, aunque simpatizaba con las causas y ganas no le faltaban de participar en ese tipo de asuntos. Más tarde, supo que en su familia efectivamente había cercanía con la izquierda y que su hermano, en particular, militaba. En ese marco, el relato de lo que sucedió ese día en específico es breve, pero detallado. Y más adelante en la entrevista volverá a surgir para recordar cómo ese día su madre, con quien vivía a sus 18 años, le advirtió por la mañana que no fuera trabajar. Una instrucción que Lidia no acató porque pensó que los movimientos que hacían sospechar de un golpe de estado se quedarían solo en una amenaza (cuestión que había sucedido ya en el país). Así partió y llegó a la sastrería donde trabajaba, pero fue devuelta a su hogar por su jefe de forma inmediata, dadas las circunstancias. Con esta nueva referencia, vuelve a recordar todo lo que le costó regresar a la población en transporte público por lo difícil que resultaba cruzar la principal arteria de la ciudad y el miedo que significaba la incertidumbre de un recorrido lleno de obstáculos y desvíos obligados bajo intimidación por parte de los militares.

De este modo, ese día 11 de septiembre, aunque mencionado simplemente como "golpe" y no como fecha, aparece en distintos momentos para recordar diferentes aristas y pequeños eventos que tuvieron lugar en su transcurso. Una jornada que se configura a través de una suma de relatos sobre sucesos inesperados, como cuando afuera de su casa Lidia y su familia vieron aparecer un grupo de guerrilleros –así los denomina– que venían arrancando desde una fábrica cercana y sin saber bien dónde estaban entraron a la población por su calle y se enfrentaron ahí mismo a los militares.

A través de narraciones como ésta se habla de un día que marcó la historia del país desde una perspectiva, de nuevo, cotidiana y local. Se hace describiendo una interrupción, un quiebre en aquello que representa de forma paradigmática el devenir de la rutina: el regreso a casa, tal como ocurría cada día. Desde la ruptura de lo ordinario se muestra la forma en que se hizo excepcional un

día cualquiera en que el tránsito se volvió imposible, hasta por las mismas calles de la población, pues era en extremo riesgoso. Se hace referencia al Golpe de Estado desde la experiencia que se desarrolla, qué hacían, cómo eso se vio perturbado y cómo se resolvió. En definitiva, fragmentos que muestran la irrupción de la excepcionalidad, una que se instaló para quedarse por años.

De este modo, se conforma una imagen del golpe militar que no corresponde a aquella representada en los relatos oficiales graficada, por ejemplo, en el bombardeo a La Moneda o la muerte del presidente Allende. Más bien se trata de una composición constituida desde la localidad del territorio y los momentos vividos dentro del paso del día. Algunos sucedidos y experimentados en la propia casa como muestra otro fragmento de Carmen:

Fíjate que nosotros cuando fue el día del golpe empezaron a disparar así en la tarde, y el viejo vino y puso las camas ahí, cerró la puerta, y puso unos colchones en la puerta, en la ventana, puso un colchón, y las otras camas las puso así una arriba de otra, y los niños todos acostados abajo en el suelo, en el colchón, y la balacera, terrible, espantosa la balacera, que tu no podías salir ni al baño, nada, y nosotros encerrados ahí. Y yo me acuerdo que los niños cantaban, eran chiquititos, cantaban así calladitos, despacito cantaban, cómo sería el miedo, además que el viejo ponía tantas cosas en las puertas y las ventanas, porque el viejo sí que le tenía, yo le tenía miedo, pero el viejo le tenía mucho más miedo. (Carmen y Alicia, 2015)

Escenas como ésta que muestran situaciones vividas dentro de la casa mientras afuera las calles de la población se veían asediadas por militares y se oían tiroteos, así como aquellas que hablan de breves, pero arriesgados desplazamientos dentro del barrio para ver a un familiar o amigo, son también frecuentes. Y aunque muchas corresponden al día del golpe militar, hay las que en conjunto dan forma a otra imagen relevante y recurrente: la de los allanamientos que vivieron la mayoría de los hogares de La Aurora. Sucesos que, si bien en su mayoría ocurrieron los primeros días de instalada la dictadura, también hay los que se cuentan de años después.

M: mis hijos le tenían temor a la policía, porque a pesar de que a nosotros no nos hicieron ninguna cosa, cuando vinieron los militares se quedaron aquí, cuando vinieron a allanarnos el 16 de septiembre de 1973.

A: y ¿los allanaron porque allanaban todas las cosas o porque uds. tenían algo que ver con algún partido?

M: allanaban todas las casas, no, no, incluso yo trabajaba aquí adentro en mi casa, con mi hijo, o sea, ellos me ayudaban, y mi marido trabajaba en calzado, yo tenía una máquina, ocupábamos tijeras, cuchillos y cuestiones para cortar y teníamos en esa pieza como un tipo taller, y ahí nosotros teníamos un teléfono antiguo y mi marido le había encontrado unos audífonos como los que usan los pilotos, se ponían aquí y uno colgaba un cordón donde iba enchufado, lo encontró y lo trajo, yo lo tenía colgado atrás. Y a mí me revolviéron esa pieza porque andaban buscando una radio clandestina y cuando vieron eso no tenían idea qué es lo que era, entonces entraron a la pieza y tiraron cosas, me dieron vuelta la ropa, pero me dejaron el despelote allá adentro porque encontraron eso, entonces le dije yo "¿quieren

saber algo? ¿Quieren buscar algo en especial?” les dije yo “díganme y yo les abro lo que uds. quieran, pero no me hagan tira las cosas, porque a mí me costaron y uds. no me las van a pagar”

A: y ¿qué decían?

M: “no señora, disculpe”, “entonces” le dije yo “si no vienen a hacer algo que vengan bien específicamente...”, me dijo “esto nos lo vamos a llevar”, por el teléfono antiguo, y le dije yo “esto lo encontró mi marido”, y a mi marido lo tenían afuera y a los niños míos también, así con las manos en alto, mi mamá también, estaban todos afuera. Es que nosotros estábamos arreglados ese día, fue un 16 de septiembre porque íbamos al hospital, porque mi padrastro había muerto el 11 de septiembre, justo el 11, el mismo día, a las 11 de la mañana, porque el día anterior nosotros lo habíamos llevado a la posta con una hemorragia y murió ese día y lo teníamos que ir a buscar el día sábado, y con toda esta pelotera no pudimos ir, cuando llegamos al cementerio ya lo habían enterrado, lo había llevado un cuñado. Bueno, la cosa es que cuando yo le dije que me estaban destruyendo las cosas entonces se me acercó un capitán o algo así, y me dijo “señora ¿no hay nadie más allá adentro?”, “no, oiga pero uds. están haciendo quizás qué barbaridad”, le dije. (Magdalena y Alicia, 2015).

Este allanamiento aparece en las palabras de Magdalena luego de detallar lo que pasó en su casa el día del golpe. Como parte de una especie de recuento de hechos inesperados que le tocó vivir junto a su familia (golpe, tiroteos, enfrentamientos, protestas, otros allanamientos, etc.) la que incluye a su madre, su marido y sus dos hijos. En este caso la excepción irrumpe en la propia casa que además oficiaba de lugar de trabajo. Se trata de una situación cuyo contexto de violencia es posible observar como algo que se desprende de la descripción que hace Magdalena y no tanto porque ella lo ponga de relieve explícitamente. Una situación que, además, parece literaria en la medida que en medio de su desarrollo se asoma una especie de absurdo: los militares deciden llevarse una radio antigua e inofensiva por considerarla sospechosa en tanto que similar a un aparato de comunicación clandestina. Circunstancias extrañas que llegaron para perturbar un día que ya era poco habitual, el día del entierro del padrastro de Magdalena, esposo de su madre.

Más allá del caso concreto de esta vecina, a cuya familia inspeccionaron dos veces, los fragmentos que permiten dibujar la imagen de los allanamientos son recurrentes. En ellos, a diferencia de lo que sucede en este relato específico, se habla en general de “allanamientos” más que de la fecha específica del 16 de septiembre como día emblemático y específico en que se produjo uno de los más masivos y violentos en la población (Garcés y Leiva, 2005).

La representación de estos registros forzados que se configura desde los diferentes micro-relatos, suele contener diversos elementos. En primer lugar, la escena de la familia siendo invadida por militares que entran y revisan, desordenan el espacio privado muchas veces con prepotencia buscando cualquier indicio que denote posición política –cosas que muchos puntualizan haber quemado por inofensiva que les pareciera inducidos por el miedo a ser inculcados-. En segundo lugar, se describe cómo los ocupantes de la casa eran obligados a salir y los hombres ordenados a ponerse contra la pared con los brazos en alto, mientras otro integrante de la familia, que solía ser la

mujer, acompañaba a los militares guiando su revisión. Por otra parte, la mayoría de las veces los fragmentos que aluden a los allanamientos incluyen el ruido de las balas que irrumpía, como parte del clima que se vivía esos días de ocupación militar. Por último, hay escenas que hablan de la amenaza del registro impuesto como un peligro latente y constante al que luego de pasados unos días podía hacerse frente o, más bien, evitar ya que significaba arriesgarse también a ser detenido aun cuando no se estuviera implicado en política partidista.

Aunque en la mayoría de las historias se perfilan situaciones que no tienen un desenlace dramático, hay casos en que éste se incluye. Es el caso de Núria quien al hablar de las inspecciones que sufrió su familia, que fueron varias, describe que su padre fue detenido. Con igual nivel de detalle y a partir de la experiencia, explica cómo a sus 11 años estuvo presente en el momento en que a pesar de la resistencia de su madre y hermanas, su padre, militante socialista y conocido dirigente de la población, era llevado por militares para luego pasar 6 meses en distintos centros de detención y tortura.

Como hemos desarrollado, los fragmentos toman la forma de micro historias que muestran, instalan, representan, escenas discretas, pero también pueden conformar una imagen más amplia, como el Golpe de Estado y los allanamientos. Pues bien, toca en este punto incluir otra forma que aunque más pequeña puede igualmente sintetizar sentidos del pasado. Nos referimos ya no al relato sino al comentario a la anécdota en su mínima expresión. Frases “sueltas” que se lanzan al pasar, en una conversación o un encuentro furtivo que emergen en medio del habitar y el transitar cotidiano, y en forma de retazo hablan sobre lo vivido en dictadura. De la misma manera cómo una vecina recuerda naturalmente: *Nosotros nos despertamos en la mañana y el viejo fue a salir a comprar el pan... y estaban ahí los milicos, todos.*

Con una frase “simple” como ésta, nuevamente nos situamos en la vida cotidiana, en la actividad diaria de salir de la casa para comprar el pan. Y la excepcionalidad que aparece de pronto e insospechada, se asienta allí a través de la presencia militar. Por medio de pocas palabras se instala un estado de cosas que vino a perturbar la tranquilidad y seguridad que otorga la repetición de la rutina, una situación que pasará a operar como telón de fondo para el resto de la conversación o interacción mientras se despliegue. Corresponden a alusiones rápidas, concisas que pueden no tener respuesta por parte del otro presente. Es lo que me sucedió alguna vez mientras esperaba para comprar pan una tarde en un almacén, donde por su concurrencia se formó una pequeña cola de tres personas que esperábamos el turno: *Y eso que no estamos en la UP!*, exclamó sonriendo una vecina al entrar.⁵¹

Hasta aquí hemos descrito un tipo de memoria en forma de fragmentos y cómo éstos incluyen tres expresiones: micro relatos, imágenes, y comentarios o anécdotas. Todas ellas de alguna u otra manera se alejan de una construcción narrativa como sería al modo convencional de elaboración de

⁵¹ Esta frase alude al periodo de la Unidad Popular, mientras gobernaba Allende, cuando se sufrían problemas de abastecimiento y eran frecuentes las largas colas para conseguir alimentos, entre otras cosas.

relatos sobre el pasado cuya principal tarea es la configuración de una trama. Un proceso que hace a la narración y la experiencia inteligibles, a través de claves comprensivas de carácter contextual, político y/o histórico. En este sentido, hablamos de modos de memoria que instalan una tensión o, más bien, una pregunta hacia las conceptualizaciones sobre los tipos de rememoración y hacia aquellas formas que suelen ser representadas y analizadas a la hora de pensar la memoria de una sociedad y, sobre todo, los procesos de transmisión.

Sabemos que existen distintas maneras en que una experiencia de vida pasada –una percepción, un sentimiento, una apreciación, impresiones, sucesos, en definitiva, lo que Giannini (1987) llama “el denso silencio de lo no formulado”- se hace presente. De ahí que bajo el alero de la palabra memoria se pueden contar diversos procesos y productos.

Justamente por la polisemia asociada al término, Ricoeur (2003) habla de fenómenos mnemónicos y, al igual que otros autores, instala distinciones vinculadas a las posibilidades de constitución de la narración. Con ello, reconoce que aunque sobre el pasado solemos contar historias es cierto que éste puede también adquirir la forma de una imagen, un olor, un gesto, un movimiento. Augé (1998), tal como introducimos al inicio de este capítulo, apoyado en el psicoanálisis establece una diferencia entre recuerdo y memoria. El primero, alude a la impresión como efecto que los estímulos exteriores dejan en los órganos de los sentidos. La memoria, por su parte, corresponde a ese recuerdo inscrito, plasmado, en un relato que le otorga orden y claridad. Es decir, se entienden los recuerdos como pasado que más tiene de huella que de narraciones y las memorias como estructuras en las que se distingue la existencia de la trama. Una distinción que habría que asumir como una continuidad, tal como lo hace Ricoeur (2003) a la hora de caracterizar a los fenómenos mnemónicos teniendo como eje el grado de reflexividad presente en ellos. Así, encontramos recuerdos que advienen al presente como simple evocación de poca o inexistente reflexión y, en el otro polo, las memorias que resultan de un proceso de búsqueda, la rememoración como esfuerzo y producción de un relato que culmina con el reconocimiento de que algo sucedió.

En una línea similar, se puede distinguir entre el hábito y la memoria, también polos o pares de oposición que nos hablan de una vivencia adquirida con anterioridad. Aquí lo que determina el lugar de esa experiencia pasada que se incorpora en el presente, será su mayor o menor grado de adherencia al mismo, y mayor o menor grado de marcaje y reconocimiento en su carácter de pretérito. En otros términos, podemos hablar de pasado que todavía se confunde con el presente, o sea, una memoria actuada, y pasado que se diferencia de él con toda claridad, una memoria declarativa (Ricoeur, 1999; 2003). Como es de suponer, es en la memoria declarativa donde se encontrará el mayor grado de reflexividad respecto de lo vivido, lo que responderá a la búsqueda de sentido que exija el pasado actualizado o actuado a través del hábito. Dicha exploración, a su vez, dependerá del compromiso afectivo que suponga e interrumpa las prácticas irreflexivas (Jelin, 2002a). Y es que tal como plantea Ricoeur (2003: 62), “la memoria corporal puede ser <<actuada>> como todas las demás modalidades del hábito, como la de conducir un coche que manejo a mi arbitrio. Se adapta según todas las variantes del sentimiento de familiaridad o de extrañeza. Pero las

pruebas, las enfermedades, las heridas, los traumatismos del pasado invitan a la memoria corporal a fijarse en incidentes precisos que apelan fundamentalmente a la memoria secundaria, a la rememoración e invitan a crear su relato". Se recurre entonces a un relato comunicable con un mínimo de coherencia, operación por medio de la cual los sujetos construimos un sentido del pasado (Jelin, 2002a).

Estas distinciones entre recuerdo, hábito y memoria, a nuestro entender son pertinentes no tanto como forma de clasificación, como si los fragmentos hasta aquí descritos pudieran encasillarse en ellas al modo de categorías, sino porque nos hablan de un abanico de modos posibles de recordar, de hacer presente el pasado según grados de reflexividad, distancia, actualidad, estructuración narrativa, marcaje y conciencia del pasado. Por lo mismo, permiten identificar y distinguir los distintos elementos que se ponen en juego en cada una de las formas que toman los fragmentos que hemos desarrollado en este apartado, y que nos habilitan para afirmar que se trata de un tipo de memoria que trasciende o complejiza aquella paradigmáticamente semántica.

1.2. Fragmento y narración

Los estudios subalternos son una de las perspectivas desde las que se ha erigido y utilizado la noción de fragmento para dar cuenta de un modo de relato, aquel que se levanta con dificultad en los límites de las narraciones oficiales, "el repositorio de historicidades que permanecen sepultos bajo esas grandes narrativas" (Ortega, 2008: 60). De este modo, desde un análisis que tiene como eje las relaciones de poder en contextos post-coloniales se identifica una forma de memoria constituida desde un lugar de dominación, marginalidad, deslegitimidad, respecto de quienes escriben la historia y las memorias de una sociedad, comunidad, pueblo, etc. Su forma parcial, dispersa, vivencial, personal, local, efímera está, por tanto, indisolublemente ligada al sujeto que narra que no posee ni recursos ni autoridad para participar de la construcción de las narraciones oficiales y públicas. En concordancia, Pandey (1999) por ejemplo, entiende al fragmento como historias localmente producidas por personas comunes y corrientes desde el sufrimiento social, creadas por grupos humanos que no pertenecen al *mainstream* cultural que tiende a la homogenización.

Tenemos así memorias que emergen en y gracias a los intersticios de estos grandes discursos. Allí donde éstos fallan o dejan una grieta aparecen versiones diferentes y que, desde esta perspectiva, serán evidencia del carácter fragmentario del acontecimiento, uno que por su violencia y magnitud –como es el caso de guerras u otras situaciones límite- generará interpretaciones diversas y diseminadas a la vez (Ortega, 2008). Por consiguiente, se trata de formas de recuerdo que se constituyen desde la oposición, no en el sentido de una resistencia deliberada y consciente de un grupo humano, sino más bien en tanto que efecto de la imposición de relatos oficiales que inevitablemente contienen fisuras.

Desde otros enfoques (Pécaut, 2004; Stern, 2000), la idea de una memoria a retazos no responde exclusivamente a un análisis cuyo foco son las relaciones de poder, pero continúa teniendo como

referente la existencia de una narración más amplia. Se alude a memorias expresadas en relatos individuales "suelos" que no se integran en uno colectivo y, más bien, representan puntos de vista disgregados que transmiten una experiencia y no una historia construida a partir de ella y vinculada al imaginario colectivo.

En el marco de dichos planteamientos, es decir, fuera de la línea subalterna, Garcés y Leiva (2005:24-25) evidencian la fragmentación de la memoria justamente para el caso de la población La Aurora, a través de pequeñas historias similares a lo que hemos descrito como micro-relatos. Abordan de esta forma un tipo de rememoración particular que explican desde dos ángulos distintos. En primer lugar, los autores lo vinculan al trabajo mismo con testimonios que si bien pueden presentarse como totalidades discursivas, la mayor parte de tiempo lo hacen de manera fragmentaria. Y, en segundo lugar, agregan un elemento propio de la situación que vivía el país el día del golpe militar y las primeras semanas de dictadura. Esto es, lo difícil que era saber lo que sucedía para los habitantes de la ciudad ya que estaban inmovilizados por la presencia y control militar, y reclusos en sus casas con escasas posibilidades de reunirse y compartir lo que acontecía. Por lo mismo, sostienen:

"parte importante del pueblo –en las poblaciones- vivió el golpe al interior de sus casas. Lo que vieron, literalmente hablando, era lo que podían observar a través de las ventanas de sus casas (sobre todo cuando ya temprano se estableció el "toque de queda"). Entonces vieron fragmentos –un joven que corría, una patrullera o una tanqueta que cruzaba su pasaje- y lo que no vieron, lo oían [...] y lo que no vieron ni oyeron, lo supieron por el relato de sus vecinos [...] Es decir, la propia experiencia vivida, en este caso, está signada por la parcialidad, por la percepción fragmentaria, que era además un propósito buscado por el poder militar que ocupaba, cual "ejército de ocupación", las principales ciudades chilenas. Dicho de otro modo, el sujeto vivió la situación como fragmento, pero además el poder quería que así fuese".

Desde aquí, entonces, se describe el fragmento como una experiencia vivida y expresada desde la falta de una visión de conjunto provocada principalmente por la ausencia de información sobre lo que sucedía, así como por la imposibilidad de acceder a espacios para compartir lo vivido.

De esta manera, sea desde la oposición entre dominadores y dominados o desde la brecha entre versiones personales y relatos colectivos, se analizan memorias que tienen la particularidad de constituirse como trozos, fracciones, retazos, piezas, etc. Lo cual, a su vez, quiere decir que nos hablan no solo de lo que hay contenido en ellas sino también de lo que no está: el conjunto, la totalidad, una integridad. En este sentido, resulta interesante el hecho de que, al menos desde los planteamientos revisados aquí y en el capítulo anterior, estas memorias se describen desde la carencia, desde la falta de elementos como coherencia, unicidad, generalización, claves de contextualización, estructuración, integración, politización, estabilidad, etc. O bien, se hace tomando estas ausencias como punto de partida y de referencia, ya que a propósito de ellas se releva el carácter subversivo que estas memorias pueden tener. De esta manera, podemos decir que se describen desde la comparación con una contraparte que serían aquellas memorias que se configuran de una forma estructurada y coherente, lo que les permite un carácter globalizador: las

memorias oficiales, institucionalizadas, politizadas, hegemónicas respecto de otras. Dicho de otro modo, las memorias parciales se “evalúan” en su capacidad representativa del pasado teniendo como referente ese otro modo de narrar el pasado, uno más semántico y reflexivo.

Al mismo tiempo, o quizás en igual sentido contrastativo, se utiliza la noción de fragmentación que supone un todo que ha sido partido, dividido, quebrado, por lo que de él solo quedan los trozos o solo podemos acceder a ellos y no a la totalidad. Esto quiere decir que aun cuando la partición no sea pensada necesariamente como problemática, subyace la idea de una posible narrativa que dé cuenta de forma “cabal” del pasado.

Ante estas observaciones cabe una reflexión respecto de las formas en que nuestras sociedades valoran la narración y, sobre todo, aquellas que versan sobre pasados conflictivos y se pone en juego la elaboración de conocimientos y aprendizajes sobre los mismos. Lo que Gergen (1994) denomina la ventaja social en la concordancia de los relatos, parece jugar un papel aquí. Esto es, el hecho de que en nuestra cultura se juzgan positivamente las narraciones consistentes entre sí. O, en otras palabras, que mientras más coherente es una macro narración o la articulación de micro narraciones, más importancia adquiere dicho relato pues promueve una mejor comprensión, sobre todo en lo que refiere a la construcción de la propia historia, lo que Gergen llama la auto narración del yo.

En este marco, los fragmentos, aun cuando se consideren micro narraciones por su corto alcance temporal o por su apego a la localidad, no logran representar el pasado de la manera que lo hacen aquellas de mayor nivel abarcativo. Algo que puede parecer obvio, pero que no lo es tanto en la medida que se signa como problemático principalmente cuando el retazo no va acompañado de un relato colectivo. Ante esto, sostenemos que el problema es más bien que se comparan formas de recordar y de narrar que trabajan en distintas escalas sin considerar ese factor y sus efectos, por ejemplo, a la hora de pensar en términos de la transmisión

En disciplinas como la arquitectura, el urbanismo, la construcción y la geografía, se utiliza la noción de escala numérica para referirse al “sistema proporcional que se emplea para indicar la correspondencia entre el tamaño de un objeto sobre un plano y su tamaño real”. Pero esta definición supone una anterior que es la de escala genérica, es decir, la “dimensión de un elemento respecto a otras formas de un contexto” (Diccionario de Arquitectura y Construcción, 2017: s.p). Gracias a la noción de escala es posible contar con mapas, planos y otros soportes que representan espacios u objetos, y son justamente aquello que permite estudiar, diseñar, planificar y evaluar el proceso de su construcción, graficando espacios o lugares de grandes dimensiones en formatos reducidos. Reproducciones que se producen según escalas. La escala, por tanto, nos permite trabajar, analizar, examinar, modificar un objeto a través de su modelo (como representación) o su maqueta (como reproducción fiel) sin necesariamente tener acceso a él, como original ya construido o futuro por levantar. Así, tanto un mapa como una maqueta de una escala mayor contendrán componentes, características y detalles que aquel de una escala menor no podrá incluir pues en éste último una pequeña unidad de medida corresponderá a una longitud mayor de la superficie real representada.

En el ámbito de la memoria estas nociones son de utilidad justamente para indagar sobre el fragmento porque permiten distinguir entre aquellas memorias que operan como maquetas, o sea, que buscan representar de manera fiel lo sucedido al modo de una reproducción que recoge los distintos elementos de ese pasado y los trae al presente en la elaboración del mismo. Y, otros tipos de recuerdo que desde una escala menor –o sea, incluyendo menor número de características- y en forma de modelo, construyan y transmitan sentidos parciales o bien sintetizados, como los fragmentos.

Ahora bien, esta consideración inicial no implica perder de vista el análisis de los distintos elementos que se ponen en juego en la comprensión de la fragmentación de la memoria, la que en el territorio aquí estudiado convive con otras formas de construcción del pasado dictatorial.

En el caso de los desarrollos de Steedly (1993) y Connerton (1989) y, como decíamos, desde los enfoques subalternos, los rasgos que adquieren las memorias no oficiales tienen relación con que quienes las producen ocupan el lugar de los dominados en el entramado de fuerzas de la sociedad. Debido a esa distribución las representaciones que produzcan estos grupos, por una parte, responderán a ciertas condiciones y ritmos de vida propias de los márgenes de la institucionalidad. Y, por otra parte, tendrán que adecuar las formas de emergencia del pasado al peso e impacto de las versiones oficiales, los silencios que éstas imponen y las grietas que dejen en el camino. Desde otros trabajos, como los de Pécaut (1999) y Das (2007), la fragmentación de las memorias responde a la violencia y el terror imperante en un determinado momento y comunidad, y la constante irrupción de eventos extremos que de dicho contexto se desprende. En esta línea, la primacía del acontecimiento en la vida cotidiana provocará la pérdida de referentes territoriales y temporales, así como la ausencia de versiones oficiales globalizadoras que permitan la integración de las fracciones.

De estas dos perspectivas que intentan comprender y explicar la fragmentación de la memoria en determinados contextos y territorios, recogemos dos elementos en la medida que pueden vincularse a lo vivido en la población La Aurora y que, en términos generales, son insoslayables: la potencia de la dictadura como acontecimiento represivo que violentó y transformó la vida del barrio, y la existencia de disputas en torno a los sentidos del pasado entre versiones oficiales y memoria populares (Garcés y Leiva, 2005). Sin embargo, y aunque retomaremos más adelante algunos de estos argumentos, aquí queremos ir más allá de la constatación básica de estas similitudes para avanzar en tres sentidos. Primero, en torno a la misma noción de fragmento que creemos debe ser ampliada a las distintas formas y características que hemos descrito a lo largo de este capítulo. En segundo lugar, proponemos que esa diversidad de maneras de traer el pasado al presente que tensiona las memorias más propiamente semánticas –en tanto que reflexivas y desapegadas de la experiencia- responde no solo a una vivencia parcializada por el acontecimiento y las circunstancias o a la falta de relatos colectivos. También a factores diversos, muchos de los cuales no pertenecen solo al pasado sino que también al presente, a una compleja conjunción de la que intentaremos dar cuenta en las páginas que siguen. Por último, sostenemos que la visión problemática de la fragmentación, esa que hace que sea pensada desde la carencia o la comparación con relatos

globales, debe ser puesta entre paréntesis para analizar los fragmentos como unidades de sentido en sí mismas y no desde su relación de dependencia e insuficiencia respecto de una (u otra) narración. Aun cuando esta vinculación pueda existir no tendría por qué obscurecer los sentidos del pasado que puedan estar contenidos en esa memoria parcial, dispersa, espontánea, efímera, etc. Y, en este sentido, más que como amenaza para la elaboración colectiva proponemos trabajar la idea de fragmento como una forma de memoria que convive con otras teniendo un lugar propio en ese conjunto. Escenario que es posible observar principalmente al trabajar en una escala particular, esto es, la escala local. Una vez situados allí, podemos pensar la transmisión, resignificación y modificación del pasado que se posibilita.

2. La pregunta por la transmisión

Yo crecí con esos relatos, crecí como viviendo esos espacios, y aparte que me permiten entre comillas como asimilar ciertas cosas, un ejemplo, como cuando mi papá me decía, o mi mamá me decía, "no es que aquí por afuera pasaban las tanquetas" y digo "puta ahora pasa el gope" [sonríe] Y no lo veo tan diferente, no lo veo tan diferente, mi mamá me dice "antes no se podía hablar con cualquier personas, porque cualquier vecino podía ser sapo" y yo le digo "ya ¡ahora me pasa exactamente lo mismo!", cualquier persona con la que puedes hablar cualquier tema te puede estar sapeando respecto a algo, así que no veo como un pasado dictatorial sino que lo asimilo como a un presente dictatorial, la persona es distinta, quizás como la figura es distinta, quizás un poco el escenario puede ser un poco distinto, pero la trama es la misma, los problemas son iguales, veo los mismos conflictos que mis papás vieron hace tiempo.⁵² (Gabriel, 2015)

Gabriel es un joven de 24 años que se refiere a aquello que sabe y que recuerda sobre lo sucedido durante la dictadura en la población. Al explayarse y especificar aquello que en su casa siempre ha escuchado, alude a cómo las historias de sus padres tienen un papel en el presente. En sus palabras, la comparación parece inevitable y se expresa articulando situaciones pasadas con otras actuales. Menciona escenas que han sido contadas en su núcleo familiar y que le permiten ver y aprehender otras que son parte de su propia cotidianidad, una que parece compartir grados de excepcionalidad con aquella instaurada por la dictadura. Manifiesta a través de estas imágenes su propia construcción de un territorio en el que según él, al igual que en una época pasada, la ocupación policial es un problema en tanto que peligro y amenaza constante. Y donde la intervención estatal ha generado una división tal en algunos vecinos que se ha instalado la sospecha y la desconfianza, en función de que se esté a favor o en contra de dichos procesos. De esta forma, podríamos decir que la circunstancia recogida del pasado para ser comparada con el presente opera como punto de referencia, como fragmento que permite y empuja la contrastación y, a través de ella, la

⁵² Respecto de algunos términos: Las "tanquetas" corresponden a tanques de guerra de menor tamaño y mayor ligereza, vehículos utilizados para la ocupación militar desplegada en dictadura. La sigla "GOPE" se refiere al grupo de fuerzas especiales de la policía chilena, pero en este caso, y en general en la población, se utiliza para identificar un tipo de vehículo utilizado por la policía, un jeep blindado que suele rondar por sus calles. La palabra "sapo" se utiliza para designar a quien es considerado un delator.

interpretación de lo que sucede hoy. Una lectura que se hace posible, en parte, desde la comunicación de experiencias concretas por parte de sus padres.

Pero es justamente dicho carácter experiencial o, lo que es lo mismo, el apego del fragmento a vivencias concretas y la parcialidad que eso conlleva, una de las características que ha sido cuestionada por algunos autores a la hora de pensar la transmisión intergeneracional de memorias de pasados conflictivos. Se asume como crítico el hecho de que en efecto los fragmentos, tal como lo hemos descrito, se constituyan como micro relatos que se encuentran "suelos", no encadenados coherentemente entre ellos. Y en los que, en mayor o menor medida, no se encuentra un contexto histórico y político integrado a la trama ni claves que la hacen comprensible más allá de la proximidad, expresándose como episodios encapsulados alejados de la reflexividad que exige la memoria declarativa y la búsqueda de sentido (Ricoeur, 1999; Jelin, 2002a).

Aquí comprendemos que la experiencia representada en estas memorias posibilita una comparación, como sucede en lo expresado por Gabriel. O sea, que el fragmento como escena tiene un lugar y una función en la construcción del pasado en el presente. No obstante, el marco crítico al que referimos nos instan a plantearnos ciertos interrogantes: ¿dialogan estos fragmentos con otras memorias más estructuradas, con narraciones de mayor resonancia? ¿Cómo lo hacen? ¿Qué procesos de construcción de sentidos, re-significación del pasado y transmisión posibilitan? ¿Corresponden a formas de privatización del recuerdo? ¿Son formas de olvido? ¿Son contra-historias?

Éstas corresponde a preguntas que continuarán guiando este trabajo y que son relevantes si asumimos, como ya mencionamos en el capítulo anterior, que la construcción de memoria es un proceso eminentemente social, es decir, que se realiza con y en referencia a otros (Halbwachs, 1925/2004a, 1950/2004b). Y que este componente intersubjetivo no solo alude al hecho de que los relatos del pasado se producen gracias a que nos encontramos inmersos en redes de relaciones, sino también a que éstos se configuran como parte de una dialogía en la que nuestros enunciados serán siempre respuestas a otros. Como afirma Bajtín, vivimos en un mundo de enunciados ajenos que hace que nuestra vida se constituya orientada a ellos, que las relaciones entre sujetos sean relaciones de sentido dialógicas entre enunciados. En este sentido, "no puede haber enunciado aislado. Un enunciado siempre presupone otro enunciado que le antecede y otros enunciados que le siguen. Ni un solo enunciado puede ser primero ni último. El enunciado sólo representa un eslabón en la cadena y no puede ser estudiado fuera de esta cadena" (Bajtín, 1998: 357). En este conjunto se incluyen aquellos actos verbales, palabras, relatos, que versan sobre el pasado y que, por consiguiente, construirán sentidos del mismo como parte de este entramado, esto es, como participante de una diversidad de posiciones, enunciados propios y ajenos, que se requieren unos a otros para constituirse como tales (Bajtín, 1998). Esto quiere decir, en definitiva, que la posibilidad de diálogo y transmisión de memorias sobre el pasado es permanente.

De esta forma, la construcción de memorias, el diálogo y la transmisión intergeneracional, se constituyen como procesos que están siendo, que ocurren, que no pueden ser suspendidos, pero sí analizados en términos de los sentidos en elaboración, de los olvidos que implican y de los efectos sociales y políticos que ciertas prácticas y tipos de recuerdo producen. En tal marco, las preguntas planteadas cobran relevancia no solo en relación a los procesos de rememoración a nivel de la sociedad en su conjunto, sino también dentro del contexto local del barrio, un espacio donde el tema de la "recuperación" de la memoria se ha instalado a través de diversas vertientes. Una de ellas –y quizás la que ha tenido mayor protagonismo por su impulso institucional- es la que incluye ciertos relatos sobre el pasado de la población como parte de un "empoderamiento cultural" (Stewart, 2004) necesario, y casi obligado, que le permitiría a La Aurora fortalecer su identidad. Esto como parte de su lucha por un mejoramiento de las condiciones de vida y defensa del barrio frente a las diversas problemáticas que lo atraviesan en la actualidad.

2.1. Alcance e impacto del fragmento

Una de las razones para cuestionar el papel de las memorias fragmentarias en los procesos de transmisión intergeneracional es su inscripción en el ámbito del testimonio personal, cuestión que las debilitaría en su calidad comunicadora. Este tipo de argumento se puede observar en lo sostenido por Rémond (2002) en la medida que para este autor los grados de espontaneidad e intencionalidad en el intercambio generacional se constituyen como un criterio clave. Desde aquí, una forma de transmisión más débil sería aquella que es justamente propia del testimonio personal, aquella correspondiente a la tradición oral, por su carácter espontáneo, privado en tanto que compuesto por recuerdos personales o familiares, y anecdótico. O sea, referido principalmente a experiencias. Y su debilidad radica en parte en su condición fragmentaria, puesto que ésta implica mayor subjetividad y carencia de rigor racional, lo que desde una perspectiva de la historia merma su legitimidad y seguridad para confiarle la representación y circulación de la memoria del pasado hacia otras generaciones.

En términos de lo sostenido por Stern (2000), este proceso se explicaría como una falta o fragilidad de las conexiones que es posible extender en una sociedad entre memorias sueltas y memorias emblemáticas, conceptos que introdujimos en el capítulo 1. Se entiende que cuando se trata de memorias de baja proyección en los espacios públicos o semi-públicos, es decir, que operan en ámbitos más bien reducidos, privados, familiares y/o íntimos, la fragmentación y ese carácter soterrado se transforman en obstáculos para dichas vinculaciones. Aquellas memorias sueltas que podrían circular a nivel público y potencialmente llegar a constituir un sentido colectivo, quedan presas del círculo privado y la elaboración personal o familiar.

De esta línea de argumentación se puede desprender la importancia que se le asigna al nivel de organización y coherencia del relato, esto es, al carácter de la trama, dentro de los procesos de transmisión. De ahí que la fragmentación tenga un papel crítico. El problema lo representa no tanto la existencia de retazos, sino más bien el hecho de que éstos se encuentren dispersos y que ello

implique la ausencia de un todo. Y es que en palabras de Candau (2001: 96) “en cada caso, trátase de un solo individuo o de todo un grupo, la fuerza de las memorias dependerá de la coherencia general del campo de lo memorable, es decir, de la estructuración más o menos homogénea del conjunto de recuerdos a partir de un momento original y de una sucesión de acontecimientos”. Coherencia que, parafraseando a Bruner (2003), depende de la contundencia de las conexiones que se hacen al construir la historia que contamos para juntar los fragmentos.

A este posible escenario de fragmentación, tanto Rémond como Stern agregan y vinculan otro elemento que es el espacio de la transmisión, aunque con diferentes énfasis. Si bien la familia puede ser considerada como una esfera donde se construye y transmite memoria –que ha sido relevado en algunas investigaciones (Achugar, 2016)-, para estos autores si los sentidos del pasado allí configurados no lo trascienden se privan del espacio público. Con ello, se marginan igualmente de ser parte de las discusiones y reflexiones colectivas, del debate social, y de articularse en memorias de mayor alcance.

De este modo, desde lo dicho entendemos que aquellas características que, por ejemplo, Bruner (1995), Gergen (1994) y Ricoeur (1999), destacan a la hora de analizar las posibilidades de las narraciones de hacer comprensibles e inteligible la experiencia temporal, como la constitución de una trama, la lógica y la coherencia, se le exigen también a las memorias del pasado en su función transmisora. Además de otros elementos como la trascendencia del ámbito personal y su institucionalización o promoción por parte de actores sociales (Stern, 2000). De aquí se derivan dos rasgos que serían claves a la hora de obstaculizar o debilitar los procesos de transmisión y el trabajo de la memoria, la fragmentación, por un lado, y la proximidad del relato respecto de experiencias del ámbito privado o local, por otro.

En otras palabras, sucede que el lugar que se le da a la narrativa en la memoria es central, debido a que es la manera en que logramos ejecutar los procesos sociales de recordar y olvidar, así como formar y organizar un sentido del sí mismo (White, 2000; Brockmeier, 2002). Una centralidad que, continuando con esta lógica, se lleva también al nivel de la transmisión intergeneracional. Allí, la narrativa aparece como esencial para conectar otras formas de discursos con el espacio simbólico de la cultura. Esto gracias a la capacidad integradora de la narrativa, por las posibilidades únicas que brinda de articulación de diversos elementos -de carácter político, histórico, personal, etc.- en una síntesis que permite incluir trayectorias temporales complejas, formando una nueva y particular estructura de sentido que puede ser comunicada y, con ello, incorporada a la vida social (Brockmeier, 2002).

Nos referimos con esto a una perspectiva narrativa para la memoria que si se asume de un modo radical, por llamarlo de alguna manera, puede terminar por oscurecer otras zonas de indagación. Al respecto, Kidron (2009) vincula esta problemática con los abordajes sobre el trauma provocado por pasados violentos. La autora, argumenta que en los discursos académicos sobre el trauma, en general, y la literatura sobre el genocidio y el Holocausto, en particular, se acostumbra promover la

producción de narraciones y testimonios junto a la conmemoración ritual como formas de recuperación y liberación del pasado represivo para sobrevivientes de la experiencia traumática. En este marco, sostiene, algunos autores como Blanchot y Friedlander, han relacionado la experiencia fragmentada al carácter indecible e inexpresable del sufrimiento provocado por el genocidio nazi, de lo cual se desprende una invitación a documentarla y plasmarla de algún modo. Desde planteamientos como éstos y frente a las dificultades de la puesta en palabras y la integración de la vivencia, se defiende la necesidad de narrar como un proceso que va de la mano de la curación y reparación, en el caso de víctimas, y de comprensión del pasado y aprendizaje para la sociedad. La narración se conceptualiza, entonces, como una necesidad que aseguraría en mayor o menor medida una transmisión no patológica de pasados conflictivos y violentos. Frente a planteamientos como estos Kidron, realiza su investigación gracias a la cual evidencia una presencia no patológica del Holocausto en familias de sobrevivientes, generada por medio de procesos silenciosos de transmisión no basados en la narración de acontecimientos y experiencias, sino en formas de interacción que contienen rastros del pasado. Como dijimos en el capítulo anterior, la autora aborda tres tipos de interacciones en la familia que permiten este tipo de comunicación no necesariamente verbal: entre padres e hijos, entre ellos y ciertos objetos, y antiguas prácticas de sobrevivencia actualizadas.⁵³

En este marco reflexivo, la noción de fragmento que hemos instalado y descrito, y la indagación que de ella se desprende, pretende tensionar aquellas asunciones que la misma Kidron retoma y contesta. Y, con ello, considerar esta forma de memoria desde su particularidad y no solo como una fracción de un todo extraviado limitado a recuerdos individuales y circunscritos.

El pasado para mí sigue siendo presente, como que para mí no es un pasado tan pasado como olvidado, es pasado que se está transformando en un presente (...) como cuando mi papá me decía "me revisaban todo el día" pucha a mí igual me revisan todo el día, "es que yo antes no podía sacar fotos", yo tampoco puedo sacar fotos ahora, "es que antes no podía hablar con nadie", yo tampoco puedo hablar con nadie, es lo mismo, es exactamente lo mismo (...) Antiguamente mi papá me decía "si tú decías que vivías acá en la población, San Antonio era la comuna roja de puros comunistas", bueno ahora si yo digo que vivo aquí soy narco [ríe] es lo mismo, es un pasado que no se, que se transforma, que está presente, que es un presente, un presente súper como que se nota, súper fuerte, cargado. (Gabriel, 2015)

Las escenas vuelven a aparecer en el discurso de Gabriel. Nuevamente como una ilustración que emerge para actualizarse y tener un rol vivo en el presente, en su día a día, aun cuando no vivió lo que le cuentan. Es que de hecho él nació en democracia. Son imágenes de situaciones que se vivían en la población, que sus padres experimentaron como vecinos, que hablan y testimonian sobre la presencia policial, la desconfianza, la estigmatización y operan como formas de interpretación que contienen una fuerte carga local. Es decir, adquieren sentido desde y para el territorio.

⁵³ Véase capítulo 1, apartado 5.2.

Con esto nos referimos a la localidad implicada en los fragmentos, comprendida, representada, comunicada, compartida y descifrada a través de ellos. Un anclaje en el territorio que se expresa también en las palabras de Rodrigo, joven que participa de las fogatas que se encienden en el barrio cada 11 de septiembre y los enfrentamientos con la policía que las suceden, cuando explica por qué no le gusta asistir a las marchas que se realizan en el centro de la ciudad:

A: Y ¿a las marchas no has ido?

R: No, no me gusta andar metido, los hueones son pesados

A: ¿Quiénes?

R: Los hueones que andan tirando piedras, eso no me gusta cuando ando en el centro

A: Y ¿por qué?

R: No, no me llama la atención ir para allá

A: Pero igual sería una oportunidad para tirarle piedras a los pacos como me decías ¿no?

R: También, pero es que los hueones de repente hacen más daño, se andan pitiando condoros, eso de quemar autos, de romper cualquier cosa, las sucursales de repente de los bancos, de repente hacen puro daño, y igual es fome porque andan hueones metidos que ni siquiera estudian, que no saben por qué están peleando, entonces prefiero no ir a meterme.⁵⁴ (Rodrigo y Alicia, 2013)

En la conversación, la pregunta por la asistencia a las marchas es pertinente dado el contexto que vivía el país en ese momento, el que desde hacía un par de años estaba marcado por constantes movilizaciones sociales, principalmente estudiantiles. También, tiene relación con lo que Rodrigo ya había expresado en el mismo diálogo sobre su motivación para participar en los enfrentamientos que tienen lugar en la población durante los 11 de septiembre: representan para él una oportunidad para "tirarles piedras" a los carabineros. En este contexto, la lucha con las fuerzas de seguridad que custodian La Aurora mientras las hogueras la iluminan, adquiere sentido dentro de los límites de la población y por lo que allí sucede y ha sucedido. Es decir, aunque el interés de Rodrigo por participar de esas instancias gire en torno al hecho mismo de desafiar y afrontar a la policía, se trata de acciones que adquieren sentido dentro de los límites de la población, no en cualquier parte como el centro de la ciudad. El por qué se está peleando, para él es inteligible solo localmente. No todo territorio es apto porque no cualquier espacio contiene las vivencias a las que escuetamente Rodrigo refiere en otros pasajes de la entrevista, como la presencia policía y su abuso de poder, muertes durante la dictadura, muertes en el presente. Estos son algunos de los elementos que dotan de sentido y emociones a esa jornada en que pueden ponerse en juego y actuarse en el espacio público del barrio y de manera colectiva.

En esta línea y aunque prematuramente, podríamos decir que los sentidos del pasado contenidos en los fragmentos, constituidos como micro narraciones de memoria cuya trama puede estar casi

⁵⁴ Respecto de algunos términos: la palabra "hueones" está utilizada como sinónimo de personas. Aun cuando en Chile también corresponda a un insulto, en este caso y en general, se usa también de manera ordinaria para designar a alguien sin una carga negativa necesariamente. "Fome", quiere decir aburrido, y la idea de "pitiarse condoros" alude a provocar situaciones indeseables o desastrosas, sin sentido, desproporcionadas al contexto.

ausente al igual su capacidad integradora o las claves de comprensión global, producen un alcance e impacto que será reducido en tiempo y en espacio. Operará en una escala micro, cotidiana, relativa y anclada a un territorio específico. Esta afirmación adquiere más peso si comparamos este tipo de memoria con lo que suele ser considerado como su contraparte, los relatos oficiales o institucionalizados. Éstos, en tanto que compuestos de una estructura y una trama clara y coherente, se erigirán en relación y proporción a la sociedad y respecto de un mayor lapso de tiempo, o sea, abarcando más temporalidad e incorporando más componentes.

Pero en nuestro argumento estas consideraciones no son incluidas para asumir en la memoria fragmentada una merma en su capacidad de crear y transmitir sentidos del pasado, producida por su carácter localizado y experiencial que trabaja a pequeña escala. Más bien tiene como propósito afirmar su diferencia. Y lo hacemos, porque, parafraseando a Stewart (2004), asumimos que más allá de grandes discursos o relatos sobre la dictadura que aleccionan y transmiten conocimiento, la vida cotidiana puede transcurrir, sobre todo en la caso de jóvenes que no lo vivieron, con apenas un reconocimiento pasajero de eso que afectó a miles, a un país entero. Lo cual no quiere decir que el pasado esté ausente, así como tampoco que sea imposible la constitución de una conciencia histórica que no deba su origen a prácticas propiamente conmemorativas. Cuando un joven de La Aurora enuncia sin preámbulos ni buscando instalar lecciones: *la policía nos reprime igual como lo hacían en dictadura, nos han reprimido siempre*. Establece un vínculo directo e inapelable con el pasado que no requiere de mayor contextualización en la medida que para él lo que importa, urge, apremia, es el hecho presente. Lo que está en juego es que muy probablemente ese joven nacido en democracia haya crecido rodeado de policías como habitante de un territorio ocupado y, no tanto, la continuidad, el puente, que esté haciendo con un pasado condensado en una violencia ejercida hoy sobre su barrio. Pone su experiencia en relación con lo que experimentaron sus padres o vecinos y ese nexo vivencial es lo que se subraya en un tiempo y espacio cotidiano. Allí, pasado y presente se sintetizan y las claves interpretativas de carácter global poco se extrañan. Sucede que el pasado parece no importar en forma de pasado sacralizado, estático, quieto, sino en la conjunción con la actualidad, porque, como dice Gabriel, *el pasado se está transformando en presente*.

En este sentido, habrá que tener en cuenta dos cosas para el análisis del campo de memorias sobre un periodo como es la dictadura. Por una parte, las escalas en las que operan los distintos tipos de rememoración, en la medida que nos permitirá analizarlos más allá de la comparación entre ellos o la evaluación ética de los mismos. Y, por otro lado, el hecho de que los fragmentos, como aquello efímero que emerge en la vida cotidiana y que tiene un carácter de pequeñas historias, imágenes y comentarios, aun cuando puedan considerarse en su sentido propio, instalan una pregunta hacia la comunicación intergeneracional. Ello en la medida que la transmisión ha sido pensada mayormente en relación a macro-narraciones. Como si el pasado para ser transmitido o serlo de una mejor manera, necesitara de cierto grado de estructuración, coherencia y encuadramiento, lo que permitiría una visión de conjunto y, gracias a ello, una más adecuada evaluación histórica y moral de nuestras trayectorias como sociedad.

2.2. Transmisión, el otro y la modificación

Gabriel tiene 24 años, es hijo de un ex militante comunista, perseguido y exiliado político en tiempos de dictadura y toda su vida ha vivido en la población. Relata que toda su trayectoria ha estado rodeada tanto de pasado, del de la dictadura, como de política, principalmente por influencia de su padre y su familia en general. Su padre, a diferencia de su madre que no tuvo militancia, fue activo miembro del partido comunista al igual que sus hermanos y otros parientes. Lleva, en este sentido, un apellido conocido en el barrio y cargado de militancia. Recordar es entonces cotidiano en su entorno, historias, anécdotas, alegrías y sufrimientos forman parte de su hogar desde que tiene memoria, incluso en su propio tránsito diario que incluye el paso por el antiguo lugar de trabajo de su padre (a pocas cuadras de su casa), una fábrica que tuvo que abandonar al ser advertido de una persecución política luego del golpe militar. Mismo sitio que también albergó esos días intentos fugaces de resistencia armada y que han sido documentados como parte de los procesos de rescate de memorias de la lucha contra el régimen. Gabriel ha vivido una socialización política colmada de pasado que sin ser un mandato explícito por parte de sus familiares, de hecho su madre no consiente del todo la constante mirada hacia atrás, tomó cuerpo a través de sus años de participación en las juventudes comunistas, interrumpidos por una renuncia producto de desacuerdos con las jerarquías y las formas de decisión. Pero a pesar de lo que Gabriel describe como una vida en la que el pasado ha estado y está presente, es un pasado que le genera tensión en la medida que reconoce sentirse cansado y a veces saturado de tantas menciones a lo sucedido en dictadura, a las experiencias que de ese periodo lo rodean. Así, al momento de preguntarse por la necesidad del recordar o recuperar esas memorias, duda, se contradice, se interroga. Se hace consciente -es decir, se distancia de su vivencia cotidiana e irreflexiva- del peso del pasado familiar y local, de su utilidad para la comprensión del presente, pero también de las consecuencias que trae y sus cavilaciones frente a eso. Un ejemplo de ello es su propia posición respecto a las modificaciones que hoy ha sufrido la fábrica mencionada donde trabajaba su padre. Para él dicho espacio simboliza el dolor de todos los que allí sufrieron violencia política y la derrota del proyecto ideológico que sus trabajadores defendían. Cada vez que pasa por ahí se le vienen a la cabeza los recuerdos de su padre y los amigos del mismo que fueron allí asesinados -cuenta que en los muros de la industria había un lugar de fusilamiento y aún quedan los rastros de las balas-. Historias de sufrimiento vinculado a un espacio, contadas por otros que Gabriel hace propias y evoca al pasar, pero que ante la posibilidad de su destrucción dice preferir no seguir recordando. Por lo mismo no se opone al proyecto de construcción de un centro comercial en el inmueble, cuestión que sucedería el próximo año según ha aparecido de los medios de comunicación. Su padre, en cambio, no quiere que el lugar se demuela, que se transforme, le gusta pasar por ahí, le trae buenos recuerdos, prefiere que quede como está y así poder verlo tal cual. Lo sucedido allí no sólo el padre se lo contó a Gabriel, sino que también es conocido por muchos chilenos puesto que ha sido una de las historias más citadas cuando se habla de la escasa resistencia armada por parte de algunos grupos el día del golpe militar, y cuando se han reconstruido las memorias de la situación industrial y sindical durante el gobierno de Salvador Allende. Es decir, esta ex industria, además de su importancia en la memoria familiar y local, es un símbolo de las condiciones y circunstancias históricas que marcaron al país. Para él, la relevancia del pasado en su vida lo ha hecho sostener dos posiciones al mismo tiempo, una que describe como ideológica y otra personal. Una que le recuerda la importancia de la memoria

para la comprensión del presente y la otra que lo hace no querer tanto pasado en la vida de nuevas generaciones en tanto conoce de cerca los "costos" de cargar con esa mochila. (Notas de campo, 2015)

En este pequeño texto nos referimos a un joven que pertenece a un entorno politizado, el pasado dictatorial ha estado presente en su barrio y familia toda su vida. Un pasado que ha tomado la forma de la palabra, del silencio, de la celebración, de la risa, de la rabia, del hastío, de una carga. Un joven que encarna una particular historia, pero también a una generación que suele ser signada como la destinataria de las políticas de memoria y de las iniciativas que persiguen explícitamente recordar y transmitir. Un sujeto al que el pasado le genera una tensión lo que, a su vez, da cuenta de una posición, la de un otro que "recibe", que "escucha" relatos del pasado de la dictadura que, en este caso, tienen resonancia familiar y barrial.

Su inclusión no tiene por objetivo levantarlo como ejemplo paradigmático, ni como caso capaz de condensar la multiplicidad de posibilidades en el ámbito de diálogos y vínculos generacionales. Simplemente consideramos pertinente su reseña, puesto que permite pensar los elementos implicados en aquella transmisión que se juega en el espacio de interacciones próximas, las formas diversas de construcción de memoria implicadas en el proceso y las posibilidades de resignificación que ellas posibilitan o impiden.

Como señalamos en el capítulo anterior, uno de los componentes fundamentales implicados en los procesos de transmisión intergeneracional de las memorias del pasado dictatorial es el papel que juega el otro, aquel a quien se dirige el narrador de una historia, como es el caso de Gabriel. Respecto de este "otro", al modo de punto de partida, cabe decir que nos referimos a esta posición en tanto que es un elemento básico necesario para completar un proceso propio de la narración como es la mimesis, tal como plantea Ricoeur (1987). La mimesis, como lo desarrollamos también en el capítulo anterior, corresponde a la mediación entre el tiempo vivido y las configuraciones narrativas, y es la única forma que tenemos de aprehender el carácter temporal de la experiencia humana según este autor. En su tercer estadio, requiere justamente la presencia del oyente, para que se produzca la refiguración del mundo a través de la trama configurada en la fase anterior. Un momento que completa el sentido del texto construido, abriendo la posibilidad de modelar la experiencia del otro al hacerse público. Luego, sobre esta base, podemos asumir que es gracias al otro, a una escucha, que es posible construir memorias sobre el pasado, dar sentido y nombrar de manera colectiva lo sucedido, asunto relevante sobre todo para una sociedad que sale de situaciones traumáticas, aunque no se reduce a ellas. La ausencia de un oyente implicaría la imposibilidad de la narración conjunta, lo que Jelin (2002a) denomina vacío dialógico, enfatizando con ello justamente el carácter común del proceso.

Esto quiere decir, como hemos dicho, que a la hora de construir y transmitir sentidos del pasado tanto narrador como oyente tiene un papel, participan de dicho proceso, no son lugares pasivos aunque pueden tomar diferentes formatos. En el caso del otro, tal como argumenta Yerushalmi

(2002) en una escala mayor, el rol que adquiera tendrá efectos tanto sobre la interpretación del pasado como en las posibilidades de transmitirlo, es decir, de re-significarlo. Así, se puede ser un oyente dispuesto o uno que rechaza. Pero ¿qué quiere decir estar disponible? Y ¿a qué nos referimos cuando hablamos de rechazo?

Justamente a partir de una memoria como fragmento, aunque no se menciona de esa manera, Schwarz (2014) construye su conceptualización sobre lo que llama experiencia histórica, una noción que puede resultar útil para enfrentar estos interrogantes. Con experiencia histórica, este autor se refiere a una vivencia que es relatada por quien efectivamente la vivió y que a través del intercambio narrativo se transforma en algo común. En una experiencia compartida que convierte la historia contada en un relato propio también para el “receptor”.

En su argumentación, Schwarz (2014) refiere a una escena particular, la de su padre siendo un niño y huyendo junto a su madre de la guerra mientras veía su ciudad natal quemarse. Una vivencia sintetizada y representada por el padre a lo largo de su vida a través de una aparente simple frase: “He visto Königsberg ardiendo”.⁵⁵ Este fragmento le sirve al autor para desarrollar su noción de experiencia histórica, la que construye sobre la base de dos características que la constituyen y que son claves para comprender cómo se relacionan con ella tanto narrador como oyente.

La primera de ellas es lo que Schwarz llama *substitution*. Este concepto quiere decir que este tipo de vivencias no se distribuyen solo en dirección al futuro, hacia quien escucha y su comprensión, sino también hacia el pasado, o sea, retrospectivamente como una experiencia que fue vivida por el narrador “en lugar” del otro. Se trata de un movimiento que le permite a quien cuenta vincular su propia vivencia con el que oye, viajando hacia atrás en el tiempo al modo de un testigo que toma su lugar. Un carácter sustitutivo que califica a las narrativas personales para ser y ofrecer experiencias históricas. En este cuadro, y desde su propia biografía, este autor caracteriza a quien escucha como una persona que se comprende a sí misma desde una experiencia que ella no inició originalmente, pero que reconoce, sin embargo, como suya, como un suceso que se ha experimentado en su nombre.

La segunda propiedad que define a la experiencia histórica refiere directamente al sujeto que “recibe”, y apela a su capacidad de sensibilizarse y dar respuesta a la demanda del relator al comprometerse con aquello que se le transmite. Es la idea de *responsiveness*. Es decir, el hecho de que el oyente actúe con responsabilidad hacia esa interpelación contenida en el fragmento mismo, tomando la historia del padre – en este caso- para hacerla suya. Éste, el testigo, como dijimos, vincula su experiencia hacia el otro retrocediendo en el tiempo, remontándose hacia ella en su lugar, y relatándose.

De esta manera, a través de estas dos características, una experiencia puede distribuirse en el tiempo integrando a los dos involucrados en la narración y, finalmente, dándole el carácter de común. Un

⁵⁵ Traducción propia de: “I have seen Königsberg burning”

tipo de vivencia y de memoria, cuya historicidad, dice Schwarz (2014: 40), “no se basa en la cronología de las generaciones como tal, sino en la experiencia de tener que lidiar con la herencia de las experiencias pasadas y de transmitir los propios testimonios hacia el futuro. Esta es una cualidad experiencial, ya que experimento -a veces, no siempre- el pedido del pasado y -a veces, no siempre- la necesidad de contar el futuro”.⁵⁶

Se trata, en definitiva, de la configuración de una interacción en la que el compromiso de ambos participantes con lo relatado es clave. El oyente al escuchar, interpretar y comprender se sitúa en ese tiempo y espacio particulares como si fueran propios, con lo cual la narración adquiere para él también un carácter vivencial sin haberla experimentado efectivamente. De este modo, participa de la significancia histórica de la experiencia, empatiza con el narrador e intenta conectar su propia biografía y la de su generación. Así, lo vivido por uno se hace compartido y se distribuye diacrónicamente en el tiempo. En este sentido, la idea de experiencia *histórica* refiere no sólo a la localización en un cierto momento y circunstancias significativas, como lo es toda vivencia, sino que expresa y articula estas condiciones históricas como contenido de la misma.

Este planteamiento, aunque corresponde a un análisis que se focaliza en un contexto particular como es una relación de parentesco entre padre e hijo, permite comprender e iluminar una dinámica que podríamos pensar necesaria, o como mínimo algunas de sus características, para la transmisión de memorias. Esto en la medida que apunta a un tipo de interacción que representa un encuentro en torno a una experiencia que es mostrada para ser acogida y comprendida por el otro, y gracias al compromiso de ambos se vuelve, en efecto, común. Se genera entonces una exigencia ética hacia el joven en la medida que la historia le pide ser oída, lo invita a hacerse parte de ella. Y el joven responde, primero, con su atención, con una escucha que no es cualquiera pues se trata de una que debe ser disponible, o sea, dispuesta a hacerse parte. Y, en seguida, participando de la historia con su imaginación e interpretación, recogiendo su importancia y haciéndola suya. El joven se “deja envolver” por la experiencia del otro (Schwarz, 2014).

Volviendo al caso de Gabriel, podemos recoger aquellos fragmentos que toma para “asimilar” su presente, como dice, y pensarlos como historias que ha hecho propias, con las que se ha comprometido en tanto usa como puntos de referencia, reflejando esa reciprocidad que parece contenida en los planteamiento de Schwarz (2014). Una implicación mutua que aunque no define el vínculo entre las partes, tiene el carácter de lo que Sahlins (2013) propone como mutualidad del ser. Una noción que este autor utiliza para definir el parentesco, pero que aquí puede retomarse para relevar el carácter de correspondencia entre dos partícipes de una interacción de memoria, como si se tratara de una existencia compartida.

⁵⁶ Traducción propia de: “The historicity of historical experience does not rely on the chronology of generations as such, but on the experience of having to deal with the heritage of past experiences and of passing down one’s own testimonies to the future. This is an experiential quality, as I experience – sometimes, not always – the request of the past and – sometimes, not always – the urge to tell the future”.

De todas maneras, sería poco preciso reducir el problema de la transmisión de memorias a la existencia de una relación con este nivel de complicidad, puesto que lo que hemos desarrollado al respecto aborda relaciones enmarcadas en un ámbito particular como es el parentesco. Sin embargo, sí podemos desde aquí reflexionar acerca de la necesidad de tener en cuenta en adelante componentes como la participación, el compromiso, la conformación de una experiencia compartida, la reciprocidad. Y esto básicamente porque son elementos que pueden trascender el ámbito de la intimidad familiar, círculo propio de los casos aquí reseñados, y pensarse en otros contextos en los que resulta igualmente clave la proximidad, como podría ser el caso de los vínculos vecinales.

Una de la historias que Gabriel ha escuchado desde que tiene memoria, es aquella que habla de la fábrica en la que trabajaba su padre, como lo mencionamos en la reseña que da inicio a este apartado. Una construcción que a pesar de ya no estar vigente en su actividad de antaño, sigue en pie casi intacta. Respecto de su posible transformación en centro comercial Gabriel explica:

M: la misma fábrica, yo paso por ahí y se me vienen los recuerdos de mi papá de dictadura, de haberlo visto allí, bueno y ahora la están cambiando por [ríe] ahora van a hacer un mall así que todos esos recuerdos menos mal que se fueron a la mierda [sonríe]

A: ¿por qué menos mal que se fueron a la mierda?

M: porque por ejemplo a mi papá le daba como...mi papá no quería que le hicieran un mall, le gustaba como ver la fábrica, le traía un buen recuerdo, pero yo lo veía y para mí no era un buen recuerdo

A: Y ¿por qué?

M: porque para mí es como el recuerdo de... no de un fracaso, pero de una derrota brígida, de amigos de mi papá que mataron ahí, de... de mucha gente que fue asesinada, porque al fondo había como un lugar de fusilamiento en la fábrica donde todavía estaban los hoyos de las balas, o sea, que hay un recuerdo que la opción no sé si será seguir recordándola, yo creo que lo sensato es, para estas generaciones, es ir olvidando un poco esa, porque ya tenemos mierda interna, ya tenemos, puta tenemos a los pacos todos los días y cosas, acumulando eso, mierda del 73 hacia adelante, o sea, que son sujetos que están, que viven con un odio constante hacia la autoridad, hacia el Estado, hacia todo lo que tenga poder.⁵⁷ (Gabriel y Alicia, 2015).

La ex industria en cuestión se ubica a pocas calles de la casa de Gabriel, a pocos metros del límite oriente de la población. Por sus dimensiones y sus grandes muros circundantes, es fácilmente distinguible cotidianamente ya que uno de los autobuses que lleva al barrio desde una estación de metro cercana pasa por allí, casi la circunda en su recorrido habitual. Un espacio que forma parte de la historia de vida del padre, pero también de la de Gabriel. Acerca de él, le han contado relatos que ha hecho propios, se ha comprometido con ellos y el lugar en tanto los toma para sí, los cuenta a

⁵⁷ Respecto de algunos términos: La palabra "mall" es sinónimo de centro comercial. "Brígido" es una palabra utilizada para hablar de cosas difíciles, complejas, grandes, aquí se puede interpretar como caracterizando una derrota fuerte, importante, potente, violenta, etc. "Pacos" es como se denominan coloquialmente en Chile a los policías.

otros y los utiliza como ejemplo para mostrar su posición respecto al futuro. Y es que sobre la base de esta implicación Gabriel construye una historia que pasa a ser suya en tanto que es resignificada como el recuerdo de una derrota. Y, además, es puesta en relación al presente de la población y el malestar que genera allí la dominación, la marginalidad y los abusos a los que han sido sometidos, sobre todo los que han vivido quienes son parte de su generación. Por lo tanto, podemos pensar que se trata de un relato que ha sido re-interpretado, re-contextualizado. Algo que, a su vez, le posibilita a Gabriel, como perteneciente a una generación joven que no lo vivió, ser parte tanto de la historia de su padre y su familia, como también de la historia de su territorio. Desde esta apropiación él, a diferencia de su progenitor, prefiere que destruyan la fábrica como espacio de recuerdo.

Gracias a procesos de modificación como éste un relato así, al igual que otros fragmentos, no permanece inmóvil, intransitivo, sino que se encuentra vivo en tanto que siendo resignificado. Nos referimos por tanto a un proceso que nos habla justamente de la transmisión intergeneracional de las memorias. Si pensamos que la memoria es siempre selectiva ya que implica decisiones sobre los sucesos, qué y cómo pasó y cómo se interpreta, o sea, que representa una significación del acontecimiento construida a través de un discurso, hay que asumir que la transmisión también hace lo propio como la creación de una "nueva" narrativa. Como lo desarrollamos en el capítulo anterior, en la transmisión y como sucede en torno al fragmento presentado, hay revisión, silenciamiento o re-contextualizaciones que permiten configurar un significado distinto (Achugar, 2011). De esta manera, asumimos que comunicar la historia, transmitir, no deben ser pensados como procesos de traspaso de contenidos fijos, sino como un proceso intersubjetivo en el que la reinterpretación y la modificación son inherentes e inevitables (Welzer, 2008). Y no solo se trata de transcurros ineludibles, sino también deseables si pensamos, junto a Todorov (2000), los peligros que entraña la construcción y uso de *memorias literales*, entendidas como aquellas que recuperan, leen y preservan un acontecimiento de manera textual, haciéndolo permanecer estático sin conducir más allá de sí mismo. Frente a ellas, plantea este autor, se erigen las memorias ejemplares, las que sin negar la singularidad de la experiencia pueden traducirse en demandas más generalizadas, conformando recuerdos que permiten aprendizaje, el pasado como principio de acción para el presente.

3. ¿Micro narraciones o testimonios precarios en la construcción y transmisión de sentidos del pasado?

En este capítulo hemos querido instalar la noción de fragmento como un tipo de memoria que incluye micro historias, imágenes y comentarios, formas todas que contienen sentidos del pasados expresados en modo condensado aunque su alcance sea restringido. Una suerte de síntesis anclada en una experiencia relatada de manera anecdótica, pero siempre espontánea y fugaz. En este sentido, dijimos que suelen no adecuarse a las representaciones y relatos icónicos que las memorias públicas, oficiales e institucionales sostiene como es el caso paradigmático de ciertas imágenes que concentran la memoria política en Chile: La Moneda siendo bombardeada y ardiendo, los prisioneros detenidos en campos de concentración y la ocupación militar (Lira, 2010). De esta forma, podríamos decir para recapitular que el fragmento opera en el campo de la memoria como lo hace el bricoleur

de Lévi-Strauss (2009), sin una planificación ni proyecto previo, como la construcción de una estructura a partir de acontecimientos, resultado contingente de las ocasiones que la cotidianidad del presente ofrece y sobre la base de trozos que, en este caso, pueden o no provenir de los discursos oficiales.

Aludimos así a un modo de rememoración que, para concluir este primer momento de exploración acerca del mismo y la transmisión intergeneracional, entenderemos como *micro-narraciones*. Junto a ello discutiremos su cercanía con la idea de testimonio debido a que con él es posible evidenciar cierta sintonía. Esta concordancia tiene relación con el carácter que se le otorga a los fragmentos o micro narraciones respecto de su rol en la construcción de sentidos del pasado y el intercambio generacional, desde las nociones tradicionales. Un carácter que podríamos resumir a través de la idea de *testimonios precarios*.

El testimonio ocupa un lugar central en el campo de estudio de las memorias de conflictos violentos y aquellas específicamente traumáticas, y suele asociarse a la fragmentación. Como planteamos al inicio de nuestra indagación acerca de la relación entre narración y memoria en el capítulo anterior, la posibilidad de decir, de poner la experiencia en palabras y ser escuchado por otro como testigo de situaciones represivas, se ha considerado crucial a la hora de escribir estas historias así como de llevar a cabo procesos de reparación a nivel individual y colectivo. En este sentido, el testimonio remite a una experiencia personal que es contada y transmitida por los protagonistas a nivel público y, en esa calidad, adquiere mayor o menor relevancia según el escenario, las circunstancias en las que se inscriba.

Por lo tanto, el contexto se vuelve algo relevante para el testimonio, su lugar en la sociedad y sus efectos, independientemente opere en una escala mayor o menor. Tal como señala Pollak (2006), en el marco de las experiencias concentracionarias de sobrevivientes del Holocausto y sus consecuencias desintegradoras para el sujeto y su subjetividad, el testimonio ha operado como instrumento no solo de denuncia y memoria, sino también de reflexión de sí mismo, o sea, de reconstrucción identitaria. De todas formas, el papel informativo de lo relatado por el testigo de un suceso no tendrá la misma relevancia y peso según el hecho sea o no reconocido públicamente. En una sociedad que recupera la democracia, como es el caso de países del Cono Sur en los años 80 y 90 principalmente, la palabra de los testigos ha sido clave para contrarrestar los discursos oficiales que silencian y encubren los crímenes cometidos por las dictaduras respectivas. No es casualidad que las diversas comisiones de verdad en la región se hayan construido en gran parte sobre la base de ellas. Como dice Sarlo (2005: 62) "la confianza en los testimonios de las víctimas es necesaria para la instalación de regímenes democráticos y el arraigo de un principio de reparación y justicia". De la misma forma que Calveiro (2006: 68) subraya que en escenarios como este, el testimonio y la memoria adquieren un carácter político desde el inicio en tanto se organizan dirigidas a resistir el ocultamiento institucional. Y ambos, junto a la historia, se hacen presentes en la sociedad como parte de los procesos de revisión de lo acontecido, el testimonio desde la "ruptura del silencio, la

memoria como trama de los relatos de la resistencia y la historia como texto estructurador de alguna verdad, sea o no oficial”.

Este marco hace evidente que no será lo mismo el rol de un testimonio relatado y difundido a escala de la sociedad en su conjunto que el de aquellos producidos en un nivel cotidiano, como parte de la construcción local de memorias. Allí, su carácter de “historia otra” (Achugar, 1992), o sea, de modo alternativo de recuerdo frente al monológico discurso historiográfico de los centros de poder, tendrá un alcance e impacto reducido, incluso podría cuestionarse en esos contextos su condición de “público”. Y, en esta misma línea, tampoco tendrá el mismo carácter la voz que se erija para contradecir lo dicho oficialmente sobre el pasado, como ha sucedido en sociedades en las que se niegan violencias y atrocidades cometidas, que aquella que aunque contenga vínculos con un pasado conflictivo sea levantada más bien para atestiguar sobre un presente casi igualmente represivo.

El testimonio como forma de memoria, así como lo que hemos descrito acerca de los fragmentos, posee una característica particular y es su apego a la experiencia. Ésta se constituye en el punto de partida. Un testigo relata algo vivido en primera persona, por ejemplo, el terrorismo de Estado inscrito en su propio cuerpo. Y esa vivencia, al ser contada, podrá devenir en un saber, una comprensión posterior que dará forma a una denominación, la que a su vez incluirá sus características principales como fenómeno social. Es así como eso que hoy comprendemos como terrorismo de Estado o represión política, es algo que en primera instancia fue vivido por un sujeto como una violencia específica ejercida de manera particular sobre él mediante la tortura. Efectivamente, de este modo lo formula Calveiro (2006) cuando distingue entre el conocimiento que representa el testimonio y aquel que es posible erigir a partir de él como conceptualización de una experiencia que es vivida particularizada. Dice la autora que el testimonio corresponde a un saber propio del mundo de la vida en tanto que proviene y solo es posible desde las vivencias allí ocurridas. Una forma de apropiación del mundo que está a la base del entendimiento socialmente compartido, ya que permite y promueve la generación de interpretaciones que conformarán los esquemas que otorgan sentido a la vida social, y que serán modificados continuamente según otras vivencias.

De esta forma, podemos apreciar el papel primario del testimonio, en el sentido que “nunca tendremos algo mejor que nuestro testimonio para incorporar la memoria en el discurso. El testimonio traslada las cosas vistas a las cosas dichas, a las cosas colocadas bajo la confianza que el uno tiene la palabra del otro” (Ricoeur, 2002: 27). Aunque justamente por los contextos el testimonio ha adquirido un lugar crucial a nivel de la escritura de la historia de países y sociedades enteras, no hay que olvidar que tal como sostiene Ricoeur (2002: 26), tiene su origen, nace en la vida cotidiana. En esa esfera opera primariamente como una categoría de la conversación, como un relato sobre uno mismo o sobre otros que inspira confianza. Un carácter dado porque “el testimonio desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración de que aquello existió”, manifestación que en el intercambio habitual es puesto a disposición de otros, se hace pública. Así, explica Ricoeur, al poner una experiencia vivida en palabras en forma de recuerdo, insertarla en un lenguaje común, o sea, transformarla en memoria declarativa, se pasa de la memoria individual a la

memoria colectiva. A este proceso, tendríamos que agregar según lo desarrollado hasta aquí, que la experiencia puede compartirse no solo a través de la memoria declarativa o de sus formas más convencionales.

Se configura, entonces, un sentido propio del relato testimonial que es el dar cuenta de una experiencia específica. De tal manera, los testimonios, como construcción reflexiva con diversos grados de particularidad, en un determinado territorio podrán conformar una diversidad. Una multiplicidad que, a diferencia del relato histórico, no tendrá como objetivo establecer una verdad o constituirse en narración abarcadora y global, más allá de la veracidad y alcance que se instala en el tiempo y espacio próximo en el emerge. Pero es por esta misma calidad que desde algunos planteamientos será considerado portador de un sentido restringido y, como tal, determinante para su rol en los procesos de transmisión, de manera similar a lo que se ha mencionado como crítica sobre el papel de las memorias fragmentadas en ellos. Sucede que si bien los testimonios se consideran relatos que permiten mostrar el espacio de las vivencias, hacerlas disponibles y compartidas en un ámbito público, implican una parcialidad que obstaculizaría la memoria y la transmisión como trabajos elaborativos colectivos, que siguen siendo pensados a escala de una sociedad en su conjunto.

Es por todas las características del testimonio mencionadas hasta aquí que hemos querido recoger esta noción para tréala más acá del ámbito traumático, donde suele ser analizada, y situarla en el contexto de lo local, próximo y cotidiano, lugar en el que tiene su función primaria. Un ejercicio que nos permite ubicarnos en dicho universo y desde allí también pensar los retazos de los que hemos hablado. Y es que en relación a los fragmentos, el testimonio sintoniza en dos sentidos.

Primero, porque quienes vivieron la época de la dictadura en la población, y que son quienes suelen contar lo sucedido, son ciertamente testigos de lo vivido en esos años, pero no se les suele dar ese lugar dentro de las memorias oficiales que circulan en el territorio y el país. En ese campo discursivo, más bien se le otorga un papel central a aquellos testimonios que provienen de los protagonistas en tanto que represaliados o familiares, o bien, en su calidad de ex militantes, actuales miembros de un partido o de un movimiento de Derechos Humanos y memoria. Se produce así la postergación de una experiencia cotidiana de la dictadura que fue vivida de forma indirecta, pero no por eso carente de violencia y sufrimiento. Una relegación que entendemos se debe justamente a lo mencionado más arriba respecto de la importancia del contexto y las condiciones de producción de los testimonios de un pasado de terror, entre otras cosas. Como respuesta a las circunstancias sociopolíticas de la transición democrática se ha vuelto fundamental levantar las experiencias más directas de violencia política cuestión que, su vez, ha tenido como efecto la centralidad de la figura de la víctima. Sin embargo, la vivencia ordinaria de un estado de excepción también deja sobrevivientes y es por ello que vincular la noción de fragmento a la de testimonio nos permite comprender como testigos también a quienes "simplemente" vieron, y hoy lo cuentan al pasar, cómo su vida cotidiana se vio interrumpida y modificada por lo extraordinario.

Pero también y en segundo lugar, sostener el carácter testimonial de las micro-narraciones y profundizar en él nos es de utilidad para hablar de los jóvenes de la población La Aurora. Si bien algunos de ellos, como Gabriel, conviven con una presencia casi incesante del pasado en su actualidad y se vinculan con él recordando y haciéndose parte de experiencias pasadas, hay otros para quienes el pasado dictatorial en una primera mirada parece estar ausente. No obstante, cuando se indaga con mayor profundidad y se atiende a lo cotidiano de la vida barrial, nos damos cuenta que el pasado es algo vivo en su transcurrir, solo que emerge de forma esporádica como apenas siendo dentro de un presente que es más urgente. Con esto aludimos a una forma de actualización, de encuentro entre pasado y presente que vemos, por ejemplo, cuando algunos de los jóvenes encienden hogueras y se enfrentan con la policía resignificando así el pasado de una manera silenciosa, quizás imperceptible. Jóvenes que aunque difícilmente podrían ser considerados testigos del pasado, lo son de un presente donde pervive la violencia, una que ha ocurrido “desde siempre”, es decir, desde tiempos de dictadura.

Cuando introdujimos la noción de testimonio en este apartado dijimos que el fragmento o micro-narración se acercaba a él en las líneas descritas arriba. Pero también mencionamos que la acompañaríamos de otro rasgo, esto es, la precariedad. Reflexionar en torno a un carácter de *testimonio precario* da cuenta de la manera en que han sido definidos ciertos tipos de memorias desde la carencia, la parcialidad y la inestabilidad. El concepto de precario nos remite a algo poco estable, poco seguro, a “aquello cuya duración y solidez no está asegurada, sino que se halla unido a lo inestable e incierto, a aquello que es corto, fugaz o fugitivo, así como a lo que es delicado y frágil” (Cingolani, 2014: 49). O sea, se trata de un adjetivo que nos permite destacar las propiedades que hemos descrito en este capítulo para los fragmentos como su carácter efímero, parcial, disperso, entre otras, y que suelen ser considerados como portadoras de inestabilidad e inseguridad para resguardar la transmisión de ciertos sentidos del pasado. Esta línea crítica de la fragmentación, no reconoce del todo su capacidad contenedora y comunicadora de experiencias, cuestión que se debe, quizás, al hecho de que las micro-narraciones surgen de una manera espontánea y cotidiana, y no se corresponden con acciones estratégicas e intencionadas destinadas a construir un determinado relato. Lo cual quiere decir, a su vez, que su significado se mantiene contenido en el acontecimiento mismo, en la experiencia, enclavado en una escena que es traída al presente sin contexto ni historización, y que no tiene otro soporte que su emergencia en la vida cotidiana.

De este modo y a partir de lo dicho hasta aquí, podemos plantear dos cosas. En primer lugar, que los fragmentos se constituyen como micro-narraciones que poseen en gran medida un carácter de testimonios precarios. Sin embargo, y aquí el segundo punto, sostenemos que si bien el fragmento y el testimonio comparten los rasgos mencionados en este apartado, no son nociones completamente equivalentes. En efecto, se asimilan básicamente porque la micro-narración lleva al testimonio a su versión cotidiana, pero al mismo tiempo allí la trasciende.

Sarlo (2005) afirma que el testimonio es una forma personal de memoria y que, por ello, sería problemático al momento de operar como única fuente de reconstrucción del pasado. Al mismo

tiempo se trata de un relato que defiende una veracidad referencial, pero que no contiene en sí mismo las pruebas que permitan comprobar dicho carácter, razón por la cual éstas deben provenir desde fuera. Desde aquí se desprende que sea necesario, y casi urgente, la posibilidad de que los testimonios dialoguen e interactúen con otras formas de memoria. En este sentido, los fragmentos tal como los hemos descrito le otorgan al testimonio una fuerza de circulación en el ámbito local y cotidiano que no posee necesariamente en sí mismo, ni depende de un proceso de oficialización. El fragmento, en sus diversas formas, engarza rápida y espontáneamente con el presente y no es solo portado por quien vivió una experiencia concreta en tanto que puede desprenderse de su actor original para formar parte también de quienes se lo apropian. De este modo, es también memoria colectiva, en su origen social como toda memoria, pero sobretodo en su potencial de ser común, relato de varios y representante de un presente compartido a escala barrial.

De esta manera y considerando todo lo dicho hasta aquí, creemos que los fragmentos, entendidos como micro-narraciones, nos permiten continuar analizando los procesos de transmisión intergeneracional de memorias del pasado dictatorial en La Aurora e ir incorporando nuevos elementos en los capítulos sucesivos. Aunque antes de hacerlo dejaremos instaladas algunas reflexiones iniciales.

Como primer apunte, quisiéramos relevar el hecho de que esta forma de memoria puede operar en la construcción de referentes, aspecto relevante para la transmisión intergeneracional. Como lo mencionamos a través del caso de Gabriel, los fragmentos gracias a su carácter experiencial y local permiten comparar pasado y presente, y hacerlos significativos a ambos. En este sentido, podrían ser pensados como favorecedores en el establecimiento de un vínculo entre lo acontecido y una actualidad que parece requerir de interpretaciones en los jóvenes, quizás por su carga también excepcional. Además, la constitución de estos puntos referencia y su apropiación por parte de generaciones nuevas propicia procesos identitarios, de pertenencia y arraigo a la comunidad. Como dijimos, ciertas historias y/o prácticas del pasado al constituirse como referentes para los jóvenes los habilitan para que pasen a ser parte de la historia del territorio.

Como segundo apunte, subrayamos que se trata de fragmentos que emergen en un espacio próximo, un espacio social en el que los vínculos familiares y vecinales son protagonistas. De este modo, la experiencia contada de otro, en tanto que cercana, promueve un sentido de reciprocidad y compromiso en torno a una escucha disponible. Esto se vuelve relevante no solo para una posible constitución de una memoria compartida comunitaria, sino sobre todo juega un rol clave en los procesos de transmisión intergeneracional, tal como hemos reseñado.

El tercer apunte se relaciona con el anterior ya que éste nos habla de la especificidad de los fragmentos, en tanto que cotidianos, locales y estrechamente vinculados al tejido social de la comunidad, y muchas veces también a experiencias concretas. Lo cual, a su vez, implica que en las micro-narraciones suelen escasear las claves políticas y contextuales. Y aquí la idea a destacar, porque en general en los relatos, comentarios, anécdotas e imágenes las referencias ideológicas e

históricas de mayor alcance se encuentran ausentes, o bien, implícitas, lo que deja su interpretación como trabajo que el oyente puede o no efectuar. Así, y tal como plantean varios de los autores aquí revisados, podríamos hablar de memorias que operan con un carácter episódico y no tanto doctrinal, en términos de lo planteado por Whitehouse (2004) para la transmisión de los modos de religiosidad.

Esta tercera reflexión nos sitúa inevitablemente en la discusión acerca de las posibilidades que las micro-narraciones brindan para comprender un acontecimiento. Es decir, el debate que aborda la tensión entre los relatos históricos y las memorias frente al entendimiento de un evento o proceso social pasado. Al respecto, Belvedresi (2009: 145) nos habla de una asunción relativamente generalizada en el ámbito teórico sobre el testigo, quien “a pesar de su condición de haber *vivido* el hecho considerado, carece sin embargo de ventaja *epistémica* para dar cuenta de qué fue lo que ocurrió. Podríamos incluso cuestionar si tiene una *perspectiva* que le permita incluir, en una descripción global, los sucesos que le tocaron vivir, cuya significación puede no estar disponible para los contemporáneos, o puede ser radicalmente transformada por los sucesos posteriores: “haber estado implicado personalmente no me ofrece elementos de explicación, puedo proporcionar datos, pero razones no””.⁵⁸ Una dificultad que parece ofrecer la memoria para afanes explicativos que también advierte Sarlo (2005), y que se menciona, en general, al comparar las narraciones de memoria y sobre todo aquellas referenciales, con los relatos que produce el trabajo historiográfico. Frente a esta la comparación, pero también más allá de ella, podemos pensar que algunas memorias, y específicamente las micro-narraciones, tendrán otra función que no necesariamente será brindar explicaciones acerca del pasado y más bien tenderá a la posibilidad de graficar, mostrar, poner a disposición elementos que formaron parte del mismo. Y es que aspirar a que éstas se constituyan en un relato unificado, único, consistente, coherente, total, “completo” como parece constituirse en algo deseable desde ciertas perspectivas, así como desde las políticas públicas, puede representar una reducción. Tal como plantea Belvedresi (2009: 150), podemos pensar que “si la memoria viene a ser una modalidad de acceso a un tipo de situaciones que, por su peculiaridad, ponen a prueba nuestra capacidad de comprensión, tal vez la tensión y el riesgo último de fragmentación que una pluralidad de relatos conlleva sea una alternativa eficaz para mostrar los hechos recordados en su compleja especificidad”. O sea, hablamos en definitiva de una cualidad que puede contribuir a hacer frente y mostrar sentidos plurales del pasado frente a memorias oficiales que se presentan como monolíticas y encorsetadas.

Por tanto, se trata de una variedad necesaria porque será ella la que nos brinde una aproximación a los acontecimientos en sus especificidades y profundidad, siguiendo en cierta medida lo que sostiene Stern (2013: 35) en términos que “en las culturas de represión e *impasse*, es lo aparentemente marginal o insignificante lo que capta a veces el significado más profundo de una experiencia espeluznante, de *schock*”. Algo que, si bien puede pecar de falta de claves explicativas, sí brindará elementos para una comprensión que se aleja de lógicas racionales y teóricas, en cuyo sentido puede expresar sentimientos, mostrar en imágenes, dar cuenta en retazos y, desde ahí, habitar lo cotidiano. Incluso, podemos pensar que esa misma falta de marcos comprensivos de mayor escala puede

⁵⁸ Cursivas originales. Belvedresi cita a Levi, P. Deber de memoria, Buenos Aires, Libros Zorzal, 2006; p. 56.

implicar una apertura a nivel interpretativo para quien recibe, escucha, dialoga y se apropia de estas memorias en un nivel local. Es decir, una amplitud en términos de las posibilidades de modificación y relectura del pasado, en suma, para la transmisión intergeneracional.

Cabe la aclaración que con esto no estamos sosteniendo que las micro-narraciones deban tener primacía o que ésta sea un escenario deseable. Más bien, argumentamos, de forma preliminar y luego de este segundo capítulo, que conforman un cierto recurso de memoria, una forma de construir sentidos del pasado que debe ser considerado en sí mismo como parte de la diversidad implicada en el proceso de rememoración y las tramas que configuran. Puntos de vista que respecto del intercambio y diálogo intergeneracional tienen un rol principalmente en aquel proceso que sucede de modo particular, de manera casual e imperceptible, "al pasar", forma de transmisión casi inabordable en los estudios sobre el tema.

Con todo, la pregunta por la construcción del pasado en el presente y la comunicación entre generaciones de dichos sentidos sigue abierta. Y no solo en términos del análisis de las formas fragmentarias de memoria, sino también porque, tal como hemos señalado, se trata de memorias que en el territorio conviven, dialogan, interactúan con otras como narraciones históricas, memorias oficiales y acciones conmemorativas de carácter institucional. En este sentido, a lo largo del capítulo que ahora cerramos no solo nos hemos abocado a describir el fragmento y sus formas, así como a delinear un análisis respecto de su lugar en los procesos de transmisión intergeneracional. Además, fuimos introduciendo elementos que consideramos relevantes, tanto desde la literatura como desde la experiencia etnográfica, para los procesos de memoria y transmisión, y que junto a otros serán abordados en los siguientes capítulos. Éstos son: el ámbito de influencia e impacto del fragmento y otras formas de memoria; el carácter experiencial y/o reflexivo; el anclaje y apego o distancia a la localidad; el lugar del otro en la transmisión; y las posibilidades de resignificación que se ponen en juego.

CAPÍTULO 3: Violencias en la vida cotidiana, tejido social y temporalidad

Un día que no podía ir a la población tal como había quedado, llamé a Elisa para avisarle y de paso saber cómo estaba, me habían dicho que no había tenido una buena semana. No sin algo de disgusto por mi inasistencia a nuestro compromiso me comenta un par de cosas que le han pasado en los últimos días y, finalmente, para concluir, me dice: *Estoy aburrida de esta Aurora huevona, tiran y tiran balas.*

Aunque situada en la actualidad, se trata de una frase que bien podría haberse enunciado en el pasado, en esos días en que La Aurora estaba ocupada por militares y las balaceras a la orden del día. Pero no, está perfectamente ubicada en el presente y emerge en una conversación que no versaba necesariamente sobre la violencia ni las problemáticas del territorio asociadas a ella, más bien actúa como conclusión de un malestar general, un hastío frente a dificultades de la vida, una que sin embargo e inevitablemente está ligada a la población. Y allí, en efecto, las balas hoy son parte de un conflicto que afecta en mayor o menor medida a los distintos sectores del barrio, son parte de su presente así como lo fueron de su pasado dictatorial.

En este sentido, se trata de una imagen, de un fragmento como aquellos descritos en el capítulo anterior, que nos permite justamente vincular las memorias de la dictadura con el contexto actual. Un ejercicio que se vuelve relevante si tenemos en cuenta planteamientos como los de Crenzel (2011) o Cavalcanti (2003) que profundizan en procesos de transmisión en barrios en los que un presente represivo condiciona las formas y posibilidades de la memoria y sus diálogos entre generaciones. En estos contextos, se hace necesario tener en cuenta y analizar diversos elementos que conforman el presente del territorio y su trayectoria reciente, no sólo porque se trata de condiciones materiales y políticas que permiten ciertas memorias, sino también porque esas mismas circunstancias serán las que posibiliten un nexo con el pasado. Y porque, sobretodo, hablamos de factores que afectan la relación a la temporalidad completa y no solo al pasado en forma de memorias.

De esta manera, se vuelve necesario abordar un tema que se ha ido levantando en el recorrido de esta investigación cada vez con más fuerza y que requiere ser focalizado en la medida que forma parte del territorio. Nos referimos a la violencia, o más bien, a las violencias. Una problemática que, como hemos dicho, no está solamente apegada al pasado dictatorial, ni menos ha quedado encapsulada allí, sino que ha acompañado la trayectoria de la población hasta hoy. Es más, podríamos pensar que es parte constitutiva de ella, al menos si lo entendemos de forma amplia como la existencia de conflictos diversos.

De todas formas, resulta complejo abordar estos asuntos porque de ellos mucho se dice, tanto desde autoridades, medios de comunicación como desde investigadores de diversos ámbitos. Desde las ciencias sociales el abordaje de las consecuencias en las formas de vida de distintos tipos de violencia es vasto, así como también las definiciones sobre la misma noción pueden ser bastante amplias y variadas. Es por ello que aquí intentaremos construir un hilo de discusión teórica que aborda y analiza las violencias, sus expresiones y efectos en la vida cotidiana, a partir de la experiencia etnográfica. Buscar herramientas conceptuales que permitan describir y analizar las acciones y situaciones

violentas, no para examinarlas con un afán defensorio o categorial, sino como elementos que son parte de las condiciones de vida que se configuran en el territorio. Y que, como tales, tendrán incidencia en su presente, así como en sus miradas hacia el pasado y las proyecciones para el futuro. Junto a esta indagación, asimismo, tendremos en cuenta que las violencias y los conflictos pasados y presentes se producen en el marco de un determinado tejido social al cual afectan, modifican y se ven influidos por el mismo, no suceden en el "vacío". Un asunto relevante si el objetivo final es pensar cómo se producen y transmiten memorias locales de un pasado específico en un presente también particular.

Como primer paso de este análisis de las violencias, sus consecuencias en la vida cotidiana y la temporalidad, nos detendremos en la construcción que se ha hecho del territorio desde el Estado en los últimos 20 años. Esto es, durante el pasado más reciente de la población, aquel más cercano a su condición actual. Se trata de un proceso que sin duda es parte de la constitución del barrio y que ha tenido efectos concretos en su transitar diario, por ejemplo, a través de la intervención policial. A continuación nos abocaremos a reflexionar en torno a aquellas violencias que han habitado y habitan la población, ya que será dicho análisis el que nos permitirá finalmente reflexionar en torno sus efectos y el papel que allí juega el territorio, sobre la base de sus formas de relación y apropiación.

1. La construcción de un "Barrio Crítico"

En Chile existe una creciente preocupación por lo que en términos generales se denomina violencia urbana, esto es, violencias que se despliegan en barrios pobres o marginalizados de la ciudad. Aun cuando el país no registre tasas altas de violencia como otros países del continente (medición que suele basarse en número de delitos y homicidios como uno de los principales criterios de análisis), se reconoce un aumento del fenómeno tanto a nivel gubernamental como académico. En esta línea, en los últimos 15 o 20 años se da una tendencia de aumento de la preocupación por la seguridad ciudadana y la prevención del delito, así como de su vinculación a territorios particulares, lo cual ha traído consigo que desde el año 2000, los gobiernos hayan enfocado las políticas de seguridad en áreas geográficas limitadas (Frühling y Gallardo, 2012). Se trata de la agenda gubernamental, pero también de una línea de trabajo en el espacio académico y de centros de estudios públicos. A modo de muestra, basta mencionar que en los años 90 y principios del 2000 se han creado diversas instituciones enfocadas en el estudio y diseño de políticas públicas en temas de seguridad y prevención delictiva, como la Fundación Paz Ciudadana, creada en 1992, el Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana de la Universidad de Chile, creado en 2001, o el Centro de Seguridad Urbana de la Universidad Alberto Hurtado, en 2003, entre otras.

En este marco, desde el año 2000 a la fecha se han implementado en el país diversas acciones coordinadas de intervención estatal con los objetivos de disminuir las tasas delictivas y prevenir este tipo de actos. Procesos que han sido guiados por perspectivas que progresivamente han enfatizado tanto el ámbito comunitario de injerencia como el nivel barrial. Esto quiere decir que se ha pasado de tomar la ciudad como foco de análisis y trabajo a considerar espacios más reducidos, lo que se

supone permitiría focalizar recursos y hacer más selectivas, precisas y efectivas las actuaciones (Fundación San Carlos de Maipo, 2014). Consecuentemente con esta línea de trabajo, en los últimos 16 años se han creado y aplicado en el país algunos programas, entre los cuales destacan: "Comuna Segura Compromiso 100", implementada desde el año 2000 al 2006; "Barrio Seguro", del año 2001 al 2007; y "Barrio en Paz", del año 2010 al 2014. Estos son algunos de los procesos dependientes del Ministerio del Interior y que a su vez fueron parte de planes nacionales de seguridad pública (Frühling y Gallardo, 2012).⁵⁹

Un elemento importante a considerar es que estos planes no siempre son llevados a cabo como producto de procesos de investigación, diagnóstico y evaluación de territorios y experiencias. En algunos casos, han sido erigidos como una forma de reacción a situaciones concretas. Al modo de intervenciones específicas nacidas de la urgencia que se van construyendo a medida que se implementan y que luego darán paso a programas, sistematizaciones, modelos y réplicas en otros contextos, o bien, serán integrados a un programa de carácter global. Esto es lo que sucedió, por ejemplo, con el plan "Barrio Seguro" nacido en 2001 a partir de una situación especialmente mediática sucedida justamente en La Aurora, ante la cual el ministro del interior de turno decidió intervenir en poblaciones emblemáticas. Pasados dos años de ese comienzo, es decir en el año 2003, y tras un devenir inicial carente de regulaciones y objetivos específicos, y centrado en una estrategia policial y reactiva, este plan pasó a ser parte como subprograma de la estrategia nacional denominada "Chile + Seguro" (Fundación San Carlos de Maipo, 2014).

El hecho al que hacemos mención y que generó esta reacción interventora a nivel gubernamental, es justamente aquel que algunas investigaciones (Álvarez, 2010, 2013; Arensburg et al., 2016; INDH, 2015), y los mismos vecinos, señalan como el inicio de los planes de intervención estatal para el caso de la población -aun cuando ciertas actuaciones policiales ya se contaban en años anteriores de forma aislada-. Se trata de un suceso particular cubierto ampliamente por los medios de comunicación, a propósito del cual se habría generado el primer programa específico para este barrio. Fue el asesinato de un conocido e importante narcotraficante del sector. El acontecimiento y la población irrumpieron a la luz pública con fuerza a través de amplias y detalladas crónicas periodísticas, y expresiones de autoridades que se referían a diversas aristas del mismo hecho como: el homicidio propiamente tal sucedido en los límites del territorio y que parecía tener la forma de un ajuste de cuentas entre bandas rivales; el velorio y el funeral que recibieron una importante cobertura mediática los días que duraron; informaciones diversas que comenzaron a sucederse sobre el operar de los narcotraficantes en el barrio; y, sobre todo, las declaraciones realizadas por una familiar quien aseguró ser también narcotraficante y juró venganza para los asesinos. Esta última situación rápidamente movilizó al gobierno a través del ministro del interior, quien se encargó de anunciar al país el desarrollo de una intervención diseñada específicamente para territorios como

⁵⁹ Estos programas han tenido diferentes niveles de alcance, llegando en sus fases finales a comprender 82 comunas del país, en el caso del programa Comuna Segura; 12 barrios de todo Chile desde Barrio Seguro; y 57 barrios en 8 regiones bajo el alero de Barrio en Paz.

éste donde “no regía un Estado de derecho” y gobernaba el narcotráfico (Bazán, abril 2016).⁶⁰ Junto a ello se tomaron acciones concretas e inmediatas en la población, de las cuales la más importante fue un operativo policial que duró tres días, una “limpieza” que incluyó detenciones y abusos policiales (Álvarez, 2010).⁶¹

Se trata de un hito que marca el comienzo de una historia de intervenciones que hasta hoy se ejecutan en La Aurora. Al menos de aquellas que podríamos considerar recientes, puesto que hay quienes plantean que desde los inicios de estos asentamientos (sobre todo el de La Aurora III), y pasando por la dictadura militar, se han sucedido procesos similares por parte del Estado configurando una forma de relación histórica (Álvarez, 2010). Y utilizamos la idea de “reciente”, para referirnos a los planes que se suman desde el año 2001 en el barrio, en dos sentidos. Primero, porque no es posible identificar todavía un hecho que defina e instaure su término. Por tanto, corresponde a un proceso que no se detiene, que está y continúa “siendo” a pesar de los vaivenes que implican los cambios de gobierno, variaciones tanto en la forma de implementación como en el nivel de reconocimiento público. Y, segundo, porque se trata de procedimientos que surgen en democracia y luego de un lapso de tiempo que permite diferenciarlos con claridad de la intervención que significó la dictadura. Sucede que éste último periodo, aunque tuvo otros ingredientes, es mencionado y reconocido tanto por vecinos como por historiadores a la hora de hablar de la trayectoria intervenida del territorio.

Desde la dictadura, como intervención ocurrida a nivel nacional pero también visible e identificable a nivel local, pasan once años hasta los planes estatales dirigidos al barrio que se iniciaron bajo el gobierno del tercer presidente democrático. En este intervalo no ocurren procesos de intervención social ni represiva sobre el territorio, al mismo tiempo que el negocio de la droga que había ingresado en años de dictadura se afianza. Aumenta el número de traficantes y de armas, consumidores y compradores de la población como de otras zonas de la ciudad. En este marco, y tal como lo consigna Álvarez (2010: 118-119), tiene lugar en un sector de la población un suceso que de alguna manera se constituirá en antecedente para lo que vendría después: “En los primeros días de enero de 1998, en un confuso accidente, un carabinero fue baleado de muerte (...) Rápidamente, en un operativo que se extendió hasta el día siguiente, un contingente masivo de carabineros comenzó el allanamiento de la mayoría de las casas de la población, en una intervención recordada (...) como aparatosa, violenta e innecesaria: autos, motos, furgones policiales, helicópteros, tanquetas, fuerzas especiales, etc.”. En dicha ocasión hubo enfrentamientos y policías heridos, represión, abusos, detenciones, miedo, etc.

⁶⁰ En ese momento el programa de intervención en seguridad ciudadana vigente en el país era Comuna Segura, pero producto de estas problemáticas, su presencia mediática y el descontento de los habitantes de algunos barrios, el gobierno, decidió localizar aún más los procesos de intervención y generar un programa para el nivel barrial. Así nació Barrio Seguro en 2001, que en su primera etapa consideró a cuatro poblaciones de Santiago, una de ellas La Aurora III (Frühling y Gallardo, 2012).

⁶¹ Asimismo se tomaron acciones concretas contra la familiar que había emitido las declaraciones. El gobierno interpuso una querrela criminal en su contra por tráfico y amenazas, fue allanada su casa en la población por parte de la policía de investigaciones y, finalmente, fue condenada por narcotráfico.

Luego de 3 años y pocos meses de sucedido este hecho concreto y aislado, adviene el otro evento específico que ya mencionamos –el homicidio de gran cobertura mediática- que, a diferencia de su predecesor, inicia un plan formal de intervención y anunciado públicamente, dando pie al ciclo de intromisiones que perduran hasta hoy. En función del gobierno de turno, estos planes y/o modelos han incluido ocupación policial y programas sociales en mayor o menor medida, y han sido reconocidos, difundidos y denominados de diferente forma. Así, se ha conformado un recorrido lleno de oscilaciones, cambios en la gestión, en la implementación, en el diagnóstico, así como en la presencia y retirada del estado de la población. Los habitantes no siempre han tenido noticias de estas modificaciones, dando pie a que la única certeza sea la convicción de que un cambio de gobierno traerá consecuencias.

Hablamos, de este modo, de un velo de incertidumbre y desconfianza que ha acompañado a estas acciones y que puede graficarse a través de la denuncia que el Comité de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos de la población formula ante la falta de transparencia en las intervenciones, que aquí reproducimos:

“En distintas oportunidades nuestro Comité ha solicitado a las instituciones del Estado pertinentes, información referente al Plan de Intervención estatal que se ejecuta (...) desde el año 2001. Sin embargo, hasta hoy no hemos recibido una respuesta que presente los objetivos, responsables, metas y evaluaciones de dicho plan. Por el contrario, las respuestas de actores involucrados en su ejecución han negado la existencia de dicho plan, lo que fue reafirmado por Frey [Subsecretario de prevención del delito]. Así, el año 2009 el Ministerio del Interior, en ese entonces con Rodrigo Hinzpeter como ministro, dijo ante el Consejo para la Transparencia, que el plan de intervención era un “nombre de fantasía”.⁶² En el año 2013, desde la misma cartera ministerial fue señalado que el plan era una mera coordinación interministerial, sin presupuesto asignado. Agregando que no era técnicamente posible contar con una evaluación (Oficio 1889 de la Subsecretaría de Prevención del Delito). En 2014, el Ministerio del Interior y Seguridad Pública y Carabineros de Chile volvieron a negar la existencia de un plan de intervención (Corte de Apelaciones de San Miguel, Amparo Rol 217-2014) (...) Hoy se dice que el Plan de Intervención pasará a manos de la Intendencia, sin saber todavía en qué consiste dicho plan, aumentando con ello las contradicciones, confusiones desconfianzas y escepticismo que mantenemos respecto al accionar del Estado chileno” (Comité de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, 2016: s.p).

Con todo esto nos referimos a una trayectoria local de intervenciones diversas, gracias a la cual la población La Aurora ha sido levantada como caso paradigmático representante del desafío que enfrentan las políticas en prevención del delito y seguridad pública en territorios con altos niveles de

⁶² En diciembre del año 2009, un miembro del Comité de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos de la población, demandó a través del Consejo de Transparencia al Ministerio del Interior a entregar información sobre el proceso de intervención que recaía en La Aurora III desde el año 2001, acerca de lo que implicaba, los responsables, y su marco jurídico. La resolución del consejo no solo acogió el amparo interpuesto sino que también le exigió al ministerio entregar la información solicitada, sobre la base de lo sucedido en la audiencia en la que luego de que tanto demandante como representantes del organismo expusieran sus argumentos quedó de manifiesto la existencia de un plan de intervención, a pesar del no reconocimiento por parte de dichas autoridades (Álvarez, 2010).

violencia, criminalidad y crimen organizado, tal como ha sido signada (Fundación San Carlos de Maipo, 2014). Este lugar preminente, no solo proviene y es producto de su figuración mediática, aunque ésta haya jugado un papel determinante en ciertos momentos como lo sucedido en el año 2001. También se debe a las particularidades que le son asignadas y que la hacen ser protagonista de los enfoques conceptuales y propuestas que sostienen los distintos procesos de intervención, así como de las clasificaciones que desde ellos se levantan.

Sucede que a pesar de sus diferencias, todos estos proyectos comparten la construcción de ciertas categorías destinadas a definir y caracterizar los territorios sobre los cuales se proponen los programas o modelos. Dicho perfil suele estar mediado por un diagnóstico respecto de la zona en cuestión, aunque en algunas ocasiones éste no existe y se obtiene como producto del plan que se ejecuta. De este modo, surgen las denominaciones de “barrio vulnerable” y “barrio crítico” que permiten distinguir y resaltar aquellos rasgos que les son propios a los lugares de concentración de las llamadas desventajas sociales. Y dentro de estas denominaciones la violencia tiene un papel central. Es decir, no se utilizan solo para dar cuenta de las condiciones socioeconómicas de sus habitantes, sino también de las situaciones de violencias que sufren. Algo que es concordante con el hecho de que muchos de los planes de intervención en barrios son diseñados y dirigidos –aunque muchas veces no se reconoce públicamente- por el Ministerio del Interior y, en particular, por la Subsecretaría de Prevención del Delito⁶³.

La categoría de “barrio vulnerable”, acuñada y erigida como pilar de la intervención denominada Barrio Seguro iniciada en 2001, intenta articular la conjunción de diferentes variables en torno a la noción de vulnerabilidad. Ésta representa un índice que tiene como principal detonante a la exclusión, social, económica y espacial, incluyendo diversas desventajas sociales concentradas en un espacio delimitado, como la pobreza, falta de servicios, delincuencia, empleo precario, carencia de planeamiento urbano, entre otras. Se asume que estos fenómenos limitarán las capacidades de hacer frente a las dificultades y las posibilidades de desarrollo de sus habitantes. Todo lo cual, a su vez, aumenta la marginalidad y desorganización social de los territorios (Lunecke et al., 2009).

Y como conformando una especie de continuo con la noción de barrio vulnerable, se alza la de “barrio crítico”, utilizada como base para el programa de intervención Barrio en Paz iniciado en el año 2010. Tal y como lo anticipaba el concepto anterior, se trata de espacios cuyos niveles de exclusión se han vuelto grave. No solo hablamos de barrios pobres, en los que ciertas condiciones identificadas como decadencias respecto del resto de la ciudad podrían desencadenar problemas de violencias,

⁶³ La Subsecretaría de Prevención del Delito, es una unidad del Ministerio del Interior creada en el año 2011 producto de una Ley que lo modificó en el marco de un nuevo plan de seguridad, el “Plan de Seguridad Pública Chile Seguro 2010-2014”. A través de esta nueva normativa el ministerio pasa a llamarse Ministerio del Interior y Seguridad Pública (MISP), y dentro del mismo, la División de Seguridad Pública pasa a convertirse en Subsecretaría de Prevención del delito (SPD). Este organismo desde entonces tiene como tarea la “elaboración, coordinación, ejecución, y evaluación de las políticas públicas, destinadas a prevenir la delincuencia, rehabilitar y reinsertar socialmente a los infractores de la ley” (Fundación San Carlos de Maipo, 2014).

delincuencia y criminalidad, sino de territorios donde estos fenómenos ya están instalados.⁶⁴ Estos territorios han sido ocupados desde sus inicios por grupos de escasos recursos y hoy sufren procesos de violencia asociados al narcotráfico y el porte de armas. Además, “los niveles de desconfianza hacia las instituciones son tan altos, las expresiones cotidianas de violencia están tan arraigadas, que el Estado está absolutamente ausente. Situación que permite el control de la vida del barrio por parte de otras instituciones sociales, como las bandas de narcotráfico” (Lunecke, 2007; et al. 2009: 56). Los diagnósticos suelen identificar para estas zonas elementos como: altos niveles de violencia y delincuencia en el espacio público; bajos niveles de ingreso por hogar; desocupación juvenil y bajos niveles de escolaridad; problemas vinculados al alto consumo de alcohol; conflictos vecinales; robos a vecinos, lesiones y riñas callejeras; y, por último y como principal característica, la presencia de violencia organizada vinculada a bandas y redes de narcotráfico, factor clave de la malignidad social (Lunecke et al., 2009). Con todo, la categoría de barrio crítico tendrá como factores centrales y decisivos para su asignación ya no la vulnerabilidad, sino principalmente la comisión de delitos de personas pertenecientes al barrio, así como la tasa de procedimientos policiales por drogas allí ocurridos (Frühling y Gallardo, 2012).

De esta manera, ambas clasificaciones, la de barrio vulnerable y barrio crítico, instalan y sostienen la necesidad urgente de la acción del Estado sobre el supuesto de la territorialización de la delincuencia. La primera lo hace estableciendo un conjunto de condiciones de exclusión que degradan un barrio, pero junto a ello suponen un deterioro progresivo, como inevitable. La segunda, por su parte, lo logra en la medida que identifica y subraya un peligro ya instalado en un territorio gobernado por “otros”, los narcotraficantes. En esta línea, y a modo de ejemplo, vale mencionar un estudio diagnóstico encargado por el Ministerio del Interior a través de la Subsecretaría de Prevención del Delito a una entidad privada sin fines de lucro realizado el 2008. En su título habla de la “revitalización y reconversión” de la población (Salas, 2009), instalando la idea de procesos perentorios que implican un rescate, así como una transformación para combatir una degradación ya instalada y que avanza.⁶⁵

Si en el año 2001 La Aurora apareció para las autoridades como un estado dentro de otro estado, lo cual trajo consigo una intervención cuyo énfasis estaba en la presencia y control policial, la intervención iniciada en el 2010 conocida como “Iniciativa” intentó desmarcarse de esta estrategia. Focalizó su actuar, entonces, en la implementación de programas sociales promoviendo una aproximación participativa y multisectorial (Fundación San Carlos de Maipo, 2014). El diagnóstico que la sustentaba, sin embargo, seguía siendo similar: un territorio caracterizado por la violencia,

⁶⁴ Dentro de esta categoría, como anunciábamos, la población La Aurora no sólo está incluida, sino que además el programa diseñado para ella tuvo características específicas y distintivas (Frühling y Gallardo, 2012).

⁶⁵ En la actualidad, año 2016-2017, a la noción de Barrio Crítico se la acompaña de la de Barrios de Alta Complejidad, categoría a partir de la cual se articula el proceso interventor vigente sobre el territorio llamado “Plan Integral de Seguridad Pública en Barrios de Alta Complejidad de la Región Metropolitana”, el que a su vez se enmarca en el “Plan Nacional de Seguridad Pública y Prevención de la Violencia y el Delito. Seguridad para Todos” (Subsecretaría de Prevención del Delito, 2014). Por otro lado, y como parte de un proceso de revisión de estos programas, se constituyó en noviembre de 2016 en la Cámara de Diputados una comisión investigadora especial de los actos de Gobierno vinculados a intervenciones sociales y policiales en barrios críticos entre 2001 y 2015, y la actuación de Carabineros e Investigaciones y las Subsecretarías de Interior y Prevención del Delito.

altamente desconfiado y resistente al trabajo con la institucionalidad (Benítez, 2013). Una problemática que se desgranaba en tres problemas agudos, según el estudio que sirvió como antecedente para este nuevo plan: narcotráfico y seguridad, aislamiento socio-espacial y estigmatización territorial (Salas, 2009).

Es así como al menos en los últimos 16 años la población ha sido consignada, caracterizada y categorizada por diagnósticos oficiales y análisis urbanos realizados por el gobierno, instituciones colaboradoras en la elaboración de políticas públicas o centros de estudios, en función de su nivel de vulnerabilidad y violencia. Este tipo de reflexiones hablan de exclusión, malignidad y desventajas sociales, pobreza, cultura marginal, procesos de guetización, desorganización, crimen organizado, entre otras nociones que se incluyen. A ello se ha sumado el hecho de que cada vez más los discursos contruidos oficialmente sobre La Aurora recogen su trayectoria. Así, en los informes y documentos que guían o son producto de las intervenciones se incluyen antecedentes históricos, lo que da como resultado una imagen de territorio emblemático tal como lo resume Salas (2009: 187): "La Aurora es reconocible por dos motivos: históricamente, por sus características de compromiso político; y durante los últimos años, por la presencia de acciones ligadas al narcotráfico".

En definitiva, hablamos de una visión del territorio que ha sustentado, y sostiene hoy, la intromisión del Estado en él dando forma a una relación que aunque se reconoce ya de larga data, ha sido intermitente y amnésica (Arensburg et al., 2016). Discontinua, porque en efecto no se trata de un recorrido llano, basta recordar que en el periodo abordado hasta aquí se cuentan 3 programas diferentes que han sido iniciados y presentados en el territorio como algo novedoso. Pero, además, porque cada uno de ellos ha tenido distintas intensidades, así como momentos en los que su existencia ha sido negada o no reconocida oficialmente. Asimismo, ha habido etapas en que su continuidad ha quedado suspendida ya sea por un cambio de gobierno o por situaciones particulares coyunturales. A modo de muestra, y desde aquello que se percibía en el territorio, podemos mencionar cómo en el año 2014, posterior al cambio de gobierno, la llamada "Iniciativa" daba la impresión de haber desaparecido luego de 4 años de fuerte presencia en la comunidad. En el discurso de las autoridades y en los medios de comunicación parecía no seguir vigente –de ello también daba cuenta la renuncia de su directora y la ausencia del equipo que se había instalado allí-, pero al mismo tiempo aumentaba el control y detenciones policiales. Se daba de este modo, una conjunción de elementos que hacía sospechar a los vecinos al menos una modificación de la estrategia gubernamental, sin tener, en todo caso, noticia oficial alguna.

Y decimos que el Estado ha sido también amnésico en la medida que cada programa implementado ha olvidado hacerse cargo de lo hecho por su predecesor. Es decir, aunque en las diferentes planificaciones y estudios que los acompañan se menciona lo realizado anteriormente en el barrio con el objetivo declarado de generar aprendizajes, no se realiza públicamente y con los mismos habitantes una revisión de lo acontecido. No hay reconocimiento de responsabilidades por los efectos y daños generados, ni muchos menos se consideran o llevan a cabo procesos de reparación.

Así, y de momento solo considerando los últimos 16 años, se ha ido constituyendo un presente donde el territorio es objeto para el Estado, objeto de intervención, de ensayo de políticas públicas, de modificación y control de formas de vida, y de represión. En esta dinámica de objetivación del barrio, ha operado como sostén la imagen oficial que se ha construido sobre él. Una construcción que contiene las categorías antes citadas, pero que además, podemos agregar, tiene una trayectoria, una cierta evolución en la que cada categoría nueva se “perfecciona” y se nutre de las anteriores, de nuevos planteamientos conceptuales, nuevas cifras, nuevos diagnósticos. Una historicidad que busca efectuar cada vez un estudio más acabado del territorio para con ello diseñar una intervención más efectiva, pero olvidando incluir un elemento fundamental, que es justamente esa misma historicidad. Es decir, aun cuando en la imagen que se ha fundado durante años se incluya la violencia como problema central, en el abanico de formas que se describen no se incluye como expresión ni como causa subyacente, aquella provocada y ejercida por el mismo Estado cuya cara más concreta, aunque no por eso la única, es la presencia policial. No se entiende ni define a la población como un territorio intervenido.

2. Violencias pasadas y presentes en el territorio

Estábamos en un encuentro con vecinos organizado en el teatro: “La Aurora y su presente”. La idea era convocar a pobladores y amigos a conversar sobre el tema de la intervención en la población y su situación actual. Éramos alrededor de 50 personas, todos sentados en el salón en sillas dispuestas en círculo. Después de una breve introducción hecha por Valeria, se abrió la palabra. Habían intervenido cuatro personas, todos adultos, llevábamos unos 30 minutos de conversación cuando se comenzó a escuchar música fuerte y ruido de alarmas de autos que provenían de la calle. Se detuvo y pocos minutos después volvió la música. Intervino otro vecino, otro, y de pronto en vez de música se escucharon balazos. Sonaban cerca, como apenas afuera del teatro. José, miembro del colectivo, ante las caras extrañadas de varios, aclaró que los vecinos de la calle contigua le habían avisado que lanzarían tiros al aire, debido a que hoy celebran el aniversario de la muerte de un joven familiar. Los asistentes comentaban, siguió el ruido y el clima se hizo algo tenso al tiempo que se intentaba mantener cierta “normalidad” (más tarde una amiga que no vive en la población me comentaría “yo quería salir corriendo de ahí, no sé cómo todo el mundo y uds. se quedaron y siguieron”). Quien intervenía en ese momento intentó seguir, pero el ruido de los balazos hacía su voz casi imperceptible. Valeria insistió: “Sigue no más Francisco”, y él agregó “estos es normal para nosotros si vivimos en La Aurora III. En La Aurora III cuando disparan nosotros salimos a mirar y así como que no existen las balas...”. El encuentro siguió por poco más de una hora entre intervenciones que subían la voz para poder escucharse porque la música, el ruido de autos y motos que aceleraban, y algunos balazos que fueron disminuyendo en cantidad y frecuencia, pero de a poco. Desde ese día, en una de las paredes del teatro, aquella que da a la esquina en la que ocurría la celebración, está pintado un mural en homenaje al joven asesinado (Relato de octubre del 2014).

Incluimos este pequeño relato porque describe una situación que contiene diversos elementos entrelazados significativos de la vida cotidiana en la población: la intervención estatal, las balas, las muertes, la interrupción de la rutina, el temor, la pregunta por la reacción personal y la de los demás, la “normalización”, entre otros que aquí queremos desarrollar y poner en relación.

En un encuentro convocado para abordar junto a algunos vecinos el tema de la intervención estatal en la población, en particular aquella que en ese momento sucedía,⁶⁶ de pronto suenan balas las que, luego sabríamos, eran al aire, no estaban dirigidas a nadie. Tenían por objeto rendir homenaje a un joven asesinado un año atrás, conocido por todos en la cuadra donde se ubica el teatro. Un sonido que en La Aurora no es extraño y que, en este caso, estaba antecedido por un aviso a uno de los presentes siguiendo ciertos códigos de convivencia entre vecinos, de ahí los intentos por continuar con la actividad. Pero también se trata de un sonido que aunque conocido y previsto por algunos, resulta inesperado, sorprende aunque sea por un instante y preocupa. Produce temor, pues no se sabe, al inicio, si provienen de un enfrentamiento entre personas del barrio o con policías. Desde de su carácter inusitado la situación provoca que ciertas diferencias se expresen. Por ejemplo, entre aquellos que no son de la población o no conocen mucho y, por tanto, se extrañan del lugar y la conjunción de situaciones que parecen dar vida a una escena surrealista, y quienes, aunque sorprendidos, rápidamente logran situar lo acontecido en un marco interpretativo habitual.

Balas. Algo que en efecto no es extraño, hace años que se trata de un eco repetido en los distintos sectores de la población y es que, aunque es cierto que en uno de ellos es un problema más crudo, el sonido suele trascender los límites zonales. Y amplio al mismo tiempo, porque no es exclusivo de una única práctica, es decir, con el tiempo es posible “acostumbrar el oído” y diferenciar qué situación representa: una celebración futbolera, un enfrentamiento entre bandas de narcotraficantes o con la policía, un homenaje –como en este caso-, un funeral, un aviso, una fiesta, etc. En este sentido, en la población las balas pueden ser más que una amenaza o ataque interpersonal. De todas formas, es cierto que la balacera, o sea, esas que se intercambian a modo de enfrentamiento o tiroteo, son aquellas signadas como las más problemáticas por el peligro que implican tanto para los participantes como para el resto de los habitantes del barrio.

Cuando hay balaceras hay que caminar por la vereda bien pegadito a las casas, me aconsejó un amigo cuando caminábamos por una de las calles principales de la población en dirección a su casa, eran los primeros meses de relación con el territorio. En otra oportunidad, y ante el ruido de balas cuando salíamos de la casa de otro amigo un día jueves, él mismo se lamentaba por cómo hoy se han perdido

⁶⁶ Tal como se apuntó en el apartado anterior, “Iniciativa” es un proceso de intervención implementado en La Aurora entre 2010 y 2014. Basado en los modelos de prevención situacional del delito se planteó como una estrategia multisectorial, estructurada en dos ejes, uno de control dependiente del gobierno central, y otro de prevención donde se articulaban gobierno central, local, sociedad civil (organizaciones no gubernamentales) y la comunidad (Arensburg, et al., 2016). Incluyó remodelación y transformación urbana, programas sociales ejecutados por privados –previa licitación-, la construcción de casas y edificios para dar solución habitacional a comités de allegados y presencia policial, aunque ésta última no estaba dirigida ni coordinada por los mismos agentes que articulaban la estrategia social y urbana. En uno de los ejes que se declaraban centrales, la participación de los pobladores, se creó el Consejo de Organizaciones Sociales como un intento por convocar y juntar en una mesa de trabajo a los distintos colectivos locales.

los códigos que antes había respecto de estos actos, hace unos años era impensado que se “agarraran a balazos un día de feria”, decía.⁶⁷ Y es una queja que comparten muchos vecinos, marcando una relación al tiempo, reconociendo la problemática del intercambio de balas como algo que los acompaña hace años y que, además, se trata de una práctica que varía. Al menos se ha modificado en lo que refiere a la posibilidad de operar con ciertos límites, como el día de feria, mañana en que las calles de la población se llenan de gente, colores, voces, música, niñas, niños, abuelas, frutas y verduras, ropa e intercambios cotidianos.

Ahora bien, a partir de la experiencia etnográfica en cuanto a “las balas” podemos al menos distinguir tres manifestaciones a través de las cuales toman forma y que se vuelven problemáticas, por el peligro concreto que representan y por su carácter, en gran medida, incierto e impredecible. Por una parte, están las llamadas “balas locas”, disparos provenientes de un lugar y causa desconocida que impactan a algún vecino casualmente o se escuchan pasar como un silbido. Por otra parte, dos modos de violencia interpersonal. Una, los enfrentamientos que de vez en cuando se despliegan abiertamente –incluso a veces de forma anunciada a los vecinos-, ya sea entre personas, que puede tener la forma de un ajuste cuentas, bandas, y/o con la policía. Esto sucede, por ejemplo, durante detenciones, allanamientos, redadas, controles u otro tipo de intervención militar o policial. La otra, cuando se trata de balas dirigidas a una persona en particular, un ataque certero que no alcanza, por su calidad intempestiva, a constituirse en un duelo. Estas dos últimas manifestaciones, además, pueden –y suelen- desencadenarse unas a otras sobre todo cuando tiene resultados trágicos, tal como me lo comentaron un día de balas: *cuando hay muertos son dos o tres días de balaceras*.

El sonido de las balas resuena en la población con intensidades distintas según el momento. Su frecuencia a lo largo de los años ha variado pudiéndose contar tanto lapsos de relativa calma como otros de especial tensión, dependiendo de la presencia y actitud de la policía así como de la situación del tráfico, entre otras cosas. En cualquier caso, muchos vecinos relacionan el inicio de este tipo de situaciones con las primeras intervenciones estatales implementadas, como se mencionó, a partir del año 2001. Y es que es cierto, tal como señalamos en el apartado anterior, que en esos años comienza la era de la intervención en el barrio de manera oficial, explícita, pública, y fundada en políticas públicas sostenidas por gobiernos democráticos. Esto trajo consigo la implementación de programas sociales, así como control, represión y abusos por parte de fuerzas de seguridad.

Durante estos dieciséis años la presencia policial ha variado en forma e intensidad en función de cada gobierno, pero ha mantenido como constante los controles de carabineros en muchas esquinas de la población, autos y furgonetas de seguridad estacionados en sectores de entrada y salida. Allanamientos frecuentes de la policía de investigaciones, revisiones a los automóviles que salen e ingresan, y policías militarizados rondando constantemente, es decir, la presencia policial como representación de la fuerza del Estado. Este largo periodo ha provocado que ya se cuenten muchos

⁶⁷ Las ferias, o también llamadas ferias libres, son mercadillos que periódicamente funcionan en muchos barrios chilenos. En ellas se vende, entre otras cosas, frutas, verduras, pescados y mariscos, ropa de segunda mano. En la población La Aurora se monta los días jueves y domingo, cada semana.

niños criados bajo la sombra de la intervención, y en los que la violencia, aquel fenómeno que se intentaba erradicar, o bien disminuir, más bien ha ido en aumento.

En este marco, el año 2013 el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) inició una investigación teniendo como impulso las diversas denuncias sobre discriminación, represión y abusos que sucedían en la población por parte de carabineros.⁶⁸ Se buscaba abordar situaciones que han sido y son frecuentes, que han sucedido por años y que en la mayoría de los casos no logran respuesta o eco oficial ni judicial. Una ausencia de resultados vinculada, en gran parte, a que las causas que involucran a las fuerzas armadas y carabineros son competencia de la justicia militar.⁶⁹

Día de carnaval en la población, son casi las 2:00 am y acabamos de terminar de desmontar el escenario y guardar las cosas, estamos cansados así que decidimos partir. El día estuvo relativamente tranquilo a pesar de la lluvia y un par de momentos tensos en que algunos grupos de baile "desafiaron" a la policía que durante toda la comparsa se mantuvo atenta mirando desde el perímetro. Sólo hacia el final, cuando tocaba el último grupo de música invitado, un coche blindado de policía intentó, y logró, pasar en medio de las personas que a esa hora quedaban bailando. Con Mariana, Alonso y Javier salimos del teatro y caminamos hacia abajo por Rinconada (calle principal), hacia San Gabriel ya que allí Mariana tenía su auto, ella nos llevaría de vuelta a la casa. Vamos conversando animadamente después de un día largo y cansador. Es tarde y en las calles ya no queda nadie, apenas se escuchan ruidos sutiles. De repente nos damos cuenta, cuando habíamos caminado apenas dos cuadras, que viene lentamente un coche blindado de policía al costado nuestro, como siguiéndonos. Hacemos bromas sobre su presencia, y sin darle mucha importancia seguimos. Pocos metros más adelante, al cruzar una calle nos intercepta rápido y se bajan 5 policías de fuerza especiales (reconocibles porque son los que suele rondar en la población, van con chalecos antibalas, fusiles y casco). Bruscamente nos piden la identificación a cada uno, y a Javier le ordenan que se suba al auto sin mediar explicación. Comienza una discusión: "¿pero por qué se lo llevan?", "por hacerse el chistoso y no dejar pasar", "¿cuándo, cómo? ¡no es verdad!", "no se preocupe que solo lo llevaremos a la comisaría", "¡pero es ilegal!", sostenemos Mariana, Alonso y yo, a lo que el policía nos responde con actitud prepotente y desafiante "a ver ¡qué dice la ley?!". Cuando Javier está ya arriba del jeep y Mariana les sigue discutiendo, llamo a José que estaba aún en el teatro con algunos amigos y le cuento. Se acerca corriendo y al verlo los policías se suben y parten raudos. Partimos a la comisaría, sabiendo que estas prácticas de control de identidad y retención son ilegales, pero a la vez usuales en la población. Al llegar allá esperamos cerca de 2 horas hasta que lo dejan salir bajo el argumento de que no tenía se identificación al día, cuando en realidad ellos se la habían quitado al inicio del procedimiento. Previo a su liberación le "pidieron" que firmara un documento, aún no

⁶⁸ Este organismo una vez iniciada su investigación y luego de una fase preliminar, decidió redefinir el objetivo del trabajo y del informe asumiendo que debía trascender las denuncias de violencia policial que habían sido el puntapié inicial, para proponerse caracterizar las consecuencias de las violencias sobre el ejercicio de derechos fundamentales de los y las habitantes de La Aurora, intentando abarcar la experiencia de otros tipos de problemáticas que se despliegan en el territorio (Instituto Nacional de Derechos Humanos, 2015).

⁶⁹ En Chile la Justicia Militar es diferente a la justicia ordinaria, corresponde a un sistema especial regido por el Código de Justicia Militar que tiene especificidad en términos de su orgánica, procedimientos y delitos. Su ámbito de competencia refiere a la investigación y juicio de delitos militares, entendidos éstos como aquellos cometidos por un militar, miembro de las Fuerzas Armadas o de Carabineros de Chile, aunque también incluye a civiles que lesionen o pongan en peligro un bien jurídico de carácter militar (Ministerio de Defensa Nacional de Chile, 2017).

recuerda qué decía. Después nos contó que le habían pegado un par de manotazos mientras daban vueltas por la población sin decirle dónde lo llevaban, luego una patada al bajarlo del coche. En la comisaría lo metieron a un baño, le hicieron sacarse la ropa, lo hostigaron. Tiempo después hicimos la denuncia en la Fiscalía Militar, nunca lo llamaron para continuar la causa. A otro miembro del teatro y vecino de la población hace un tiempo le pasó algo similar. Y así a muchos. (Relato de diciembre del 2014).⁷⁰

Esto sucedió en diciembre de 2014, durante el primer año del segundo gobierno de Michelle Bachelet. En un momento en que no se tenía información en la población acerca de la continuidad del plan de intervención implementado por las autoridades anteriores, habiendo ya pasado 9 meses de comenzado este nuevo gobierno. Un periodo en que se había instalado la pregunta entre los vecinos ¿seguirá desarrollándose el mismo plan? Aquel modelo cuyos ejecutores defendían desde una menor presencia policial y un operar de carabineros más selectivo, se volvía incierto debido a que no se tenían noticias ni declaraciones oficiales al respecto. Y, además, se evidenciaba un aumento de policías en las calles respecto de los años anteriores.

Situaciones como la que describimos, tal como decíamos, no son nuevas. Se reiteran con frecuencia y algunas, incluso, con consecuencias más graves llegando a configurar torturas por parte de la policía. Asimismo, usuales ya se han hecho las detenciones arbitrarias, la violencia verbal y psicológica, las amenazas, las agresiones físicas, la prepotencia, como algunos de los elementos que acompañan la presencia de carabineros en el territorio y sobre todo el sector de La Aurora III (Álvarez, 2010; INDH, 2015). A todo lo cual, habría que sumar otro tipo de prácticas propias de unos años atrás como las constantes revisiones a vecinos que implicaban tocamientos y humillaciones. Como cuando Valeria hace un par de años venía llegando a su casa y la detuvieron para pedirle su identificación e invitarla a subirse a un furgón estacionado para revisarla. Todos sabían lo que pasaba allí arriba por lo que ella se negó y, asustada como nunca, gritó hasta que los vecinos de su cuadra salieron de sus casas, varios con armas, para persuadir con gritos y disparos al aire a la policía hasta que éstos declinaron en su intención. La diferencia con otras situaciones similares, es que en ésta hubo una reacción de parte de los vecinos. Una que podría considerarse también violenta por la presencia de armas y la amenaza que implica, pero que para Valeria fue una acción solidaria, arriesgada y signo de protección de parte de conocidos y amigos que la salvaron de pasar por los abusos policiales que en ese momento ya habían violentado a muchos en la población.

Sin embargo, la violencia policial no se constituye sólo al momento de los abusos, su presencia sostenida configura un espacio particular, un paisaje militarizado (Álvarez, 2010) o, derechamente,

⁷⁰ La práctica policial del control de identidad preventivo hasta el año 2016 era ilegal, sin embargo, a pesar de ello se realizaba con frecuencia en la población. Se trata de una acción que suponía que un sujeto podía ser llevado a la comisaría y mantenido allí hasta por 8 horas bajo el argumento de una identificación que no podía ser comprobada, aunque funcionaba aun cuando el vecino sometido al control portara su identificación si el policía así lo ordena. Muchas veces ha implicado también abusos y represión. A partir de julio de dicho año se le dio marco legal a esta práctica que en el territorio ya operaba hace años.

un estado de excepción (Ganter, 2010). Se hace corriente ver puntos de revisión con carabineros portando fusiles en sus manos, cascos, chalecos antibalas y sin identificación, muchos de los cuales muestran una actitud violenta cuando se trata de pedir documentos, sobre todo cuando se dirigen a los vecinos de la población a quienes les aclaran que se trata de un barrio intervenido por lo que pueden “hacer lo que quieran”. Controles además permanentes en ciertos puntos de entrada y salida donde cada vez que pasa un vehículo se puede observar a un policía consignando información que nadie conoce, uniformado de pie junto a un autobús blindado detenido allí día y noche, de punto fijo. Su presencia resulta algo paradójal en este paisaje. Aquellos que por función pública tienen la protección, para muchos representan más bien un peligro, una amenaza constante que ni siquiera brindan seguridad a la hora de los enfrentamientos entre bandas de narcotraficantes porque, como dicen muchos vecinos, en esas instancias ellos se retiran y resguardan su propia integridad.

Nos referimos de esta manera a una forma de violencia política que también incluye los allanamientos que la policía de investigaciones, en coordinación con los carabineros, realizan cada cierto tiempo como parte de operativos antidrogas. En varios autos blindados y acompañados de helicópteros ingresan a la población con sorpresa y de forma agresiva. La mayoría de las veces al sector de La Aurora III, irrumpen a la fuerza en las casas, destruyen instalaciones, y detienen personas provocando revuelo entre los vecinos y, muchas veces, también enfrentamientos. El ambiente que se respira tras estos eventos, horas y días posteriores, es tenso, en ocasiones literalmente tóxico gracias a las bombas lacrimógenas, se comenta el incidente así como se recomienda no salir de las casas por posibles balaceras.

A este respecto, sobre la base de testimonios, el mencionado informe de violencia y Derechos Humanos habla de una sensación de impunidad hacia la policía y su accionar, sentimiento que responde a que las denuncias suelen no llegar a investigaciones penales ni menos a sanciones a los funcionarios. Además, aborda el miedo que se genera, puesto que efectivamente ese actuar desregulado incluso puede provocar que los vecinos sean inculcados por delitos que no han cometido, como portar droga, así como una sensación de fragilidad permanente ante el poder representado por las fuerzas de seguridad (INDH, 2015).

De este modo, la presencia policial en el barrio iniciada en el 2001 ha devenido en una ocupación a largo plazo (Han, 2013), convirtiendo al territorio en uno intervenido y al funcionario de seguridad en algo habitual. Tan usual que cuando se camina y se descubre que no está en el lugar acostumbrado hay sorpresa, pero también alivio y, en seguida, interrogación, algo tiene que haber pasado, si no está ahí deben estar en otro lugar de la población. La policía se ha vuelto cotidiana, sin llegar a ser parte propiamente tal del barrio, dando vida a una relación compleja entre habitantes y agentes estatales de seguridad, éstos últimos son y no son parte del territorio simultáneamente. En palabras de Han (2013: 382), se trata de un extranjero que “es parte orgánica del grupo en virtud de un apéndice inorgánico”, que convive y comparte con los vecinos hasta en situaciones y acciones tan domésticas como el dar satisfacción a necesidades corporales. Y, sin embargo, de igual manera representan una ley que en sí misma es externa a la comunidad, y que en esa labor termina por

encarnar la crueldad a través de ciertas prácticas, llegando a difuminar los límites entre lo legal y lo ilegal. Una relación en la que, con el pasar de los años y quizás también influida por el pasado, se ha instalado la sospecha mutua. Los vecinos desconfían de aquella policía que debiera ofrecer seguridad y que en cambio no solo reprime, sino que también es ambivalente en su actuar. Una fuerza que puede aparecer y revelarse en cualquier momento, está lista para ello, al mismo tiempo que cuando se le necesita no está o no responde. La policía, por su parte, recela del territorio, sus habitantes y sus prácticas, el poblador puede siempre ser un delincuente, narcotraficante, drogadicto, violento o subversivo.

Habíamos organizado una actividad en el teatro, la muestra de un documental acompañada de una exposición de fotos antiguas y recientes de la población, ese mismo día nos encontrábamos preparando todo. Eran las 17:00 de la tarde aproximadamente. Desde el segundo piso miré por la ventana cómo dos policías estacionaron sus motos en la vereda, entre el cemento y el pasto a menos de 3 metros de la puerta del teatro, para detener el caminar de un sujeto que venía pasando. Al tiempo que se bajaban de los vehículos uno de ellos se sacaba su casco. Él mismo se paró frente al tipo que los miraba sin decir nada, le tomó las manos, se las miró con detención para luego revisarle los bolsillos. Algo le dijeron antes de dejarlo ir, pero no alcancé a escuchar. Más tarde un vecino me diría que lo venían siguiendo desde antes. Apenas el hombre avanza para retirarse, el policía que sujetaba su casco con las manos mira y se acerca hacia el frontis del teatro, ahí dos miembros y la abuela de otro colgaban imágenes de la población que eran parte de la exposición y habían presenciado sin querer la interacción. El policía se dirige a uno de ellos y pregunta "¿qué es esto?" con tono tranquilo y curioso. Los que estaban ahí le contestan en la misma sintonía como siguiendo el hilo de una conversación casual, "fotos de cómo era antes la población". El policía escucha y se orienta entonces a la abuela y le pregunta cómo encuentra ella que es el barrio comparado con cómo era antes. De nuevo no alcanzo a escuchar la respuesta que de todas formas fue breve porque Gastón, nieto de la mujer, quien se encontraba adentro se asomó por la puerta y la llamó, como queriendo sacarla de la situación. Tras una breve mirada a toda la pared y a quienes allí estaban, el carabinero se vuelve hacia su compañero que seguía parado al costado de su moto sin haberse quitado el casco. Algo comentan, se suben y parten, avanzando primero por la vereda para luego perderse por la calle. Una vez que se habían ido el breve encuentro fue tema de conversación a lo largo del día, todos concuerdan: "los pacos andaban sapeando" (Relato de diciembre del 2014).⁷¹

Como muchos autores señalan (Hernández, 2001; Bourgois, 2009; Auyero y Burbano de Lara, 2013; Auyero y Berti, 2013; entre otros), la violencia policial y política se entrelazan, se encadenan con otras formas de violencias, haciendo compleja las distinciones entre acciones y reacciones o el establecimiento de casusas y direcciones únicas. Se configuran más bien circularidades o trenzados de prácticas violentas. En este sentido, en forma de pequeñas concatenaciones podemos poner en relación lo descrito hasta ahora acerca de los procesos de intervención estatal y la ocupación policial con algunos sentimientos y acciones que emergen en muchos vecinos, y sobre todo en los jóvenes,

⁷¹ Respecto de algunos términos: "paco" es como se hace referencia a la policía coloquialmente en Chile y "sapear" se usa como sinónimo de delatar y/o espiar.

hacia la policía en particular o hacia el poder representado por autoridades y agentes externos. Indiferencia, desconfianza y rabia, que se expresan en ocasiones a través de insultos, piedrazos u otras formas de rechazo, y se funda no sólo en la "simple" presencia de los carabineros o en las intervenciones fallidas, también en los abusos directos que han sufrido muchos de los habitantes de la población o algún familiar.

Así lo plantea un joven a propósito de la discusión sobre el proceso de intervención en la población el año 2014 y las posibilidades de hacerle frente, luego de que algunos vecinos plantearan en el mismo debate la necesidad de organizarse y conversar: *nadie aquí habla que nosotros podemos tener una capacidad de responder de forma violenta a todos estos hechos. Tenemos que juntarnos a conversar, pero también a veces se puede salir a pegarles a los pacos. A veces estoy yo solo parado frente al paco que me pega, y eso se juzga constantemente, también las organizaciones sociales... la policía no nos va a defender y ¿qué hacemos frente a eso? Eso igual hay que decirlo, tener claro eso... y nos van a venir a pegar otra vez, nos van a seguir pegando, y tengo rabia, no tengo por qué esperar al vecino, puede ser construcción, pero también puede ser destrucción, hay que tenerlo claro.*

Frente a una violencia que se ha venido dando en el tiempo, que ha generado relatos, historia y memorias en la población, hoy en muchos habitantes provoca una respuesta inmediata, que no espera, no se planifica, más bien estalla, brota sin mediar plazos ni narrativas. Una violencia política, en tanto que ejercida por autoridades oficiales (Bourgois, 2001), a la que se le opone otra, más rudimentaria, local, llena de hastío y que a simple vista puede parecer "irracional", "gratuita", pero que en cambio está cargada de sentido y, como veremos, de pasado. De la que también podríamos pensar expresiones más pequeñas, micro interacciones, como el negarse –y a veces de forma violenta- a pagar el pasaje de autobús, como en una especie de afrenta o resistencia al sistema. Un sistema que violenta, constantemente a los pobladores y en diversas formas que podemos entender como violencia estructural en tanto condiciones de dolor físico y/o emocional impuestas por la organización económica-política de la sociedad (Bourgois, 2001). Y aunque es cierto que esta forma de violencia también golpea otros sectores de la ciudad, aquí se suma a la intervención estatal diseñada específicamente para el barrio.

En esta línea, cabe mencionar algunas de las cifras que suelen incluirse en los diferentes diagnósticos y que sirven para graficar estas circunstancias. Entre ellas, que casi un 75% de los habitantes de la población ha tenido Ficha de Protección Social, siendo el sector de La Aurora III el que tiene mayor concentración, allí, corresponde al 91%, mientras que en las otras dos zonas es alrededor del 80 u 85% (Subsecretaría de Prevención del Delito en Fundación San Carlos de Maipo, 2014).⁷² También se alude al problema de la vivienda, dentro del cual considerando los tres sectores, un 44,7% de las viviendas alberga a más de un hogar (familias extendidas), mientras que en un 27,2% hay

⁷² La Ficha de Protección Social era el instrumento de estratificación social utilizado por el Estado de Chile para seleccionar a los beneficiarios de los programas sociales que atienden a la población en situación de pobreza o vulnerabilidad social. Este sistema en 2016 fue reemplazado por el Registro Social de Hogares, sistema que construye información de las familias según los datos de la ficha de protección con la de otros ámbitos, como impuestos internos, educación, previsión social, etc. Sobre la población en particular, aún no se han publicado datos relativos a esta nueva herramienta.

hacinamiento medio (2 personas por dormitorio) y en un 33,9% hacinamiento crítico (más de 3 personas por dormitorio) (Fundación San Carlos de Maipo, 2014).

Sobre la base de la experiencia etnográfica podríamos agregar situaciones problemáticas como aquellas asociadas al trabajo. La precariedad –bajos sueldos, contratos esporádicos o ausencia de ellos, trabajos informales y temporales, etc.- se suma a la cesantía, a la existencia de un único ingreso en familias numerosas y el endeudamiento permanente a través del uso de créditos de consumo, entre otras cosas. Además, muchos de los adultos mayores de la población reciben pensiones mínimas, que no superan los 100 mil pesos (alrededor de 140 euros), aun cuando han trabajado toda su vida. Como consigna el Informe del INDH (2015) de la misma manera que relatan muchos pobladores, estas problemáticas se han visto agudizadas por las tasas de encarcelamiento que han traído consigo las investigaciones e intervenciones estatales en el territorio, en la medida que muchas familias han visto fuertemente alterada su ya precaria subsistencia al ser desarticuladas.

En suma, desigualdades que golpean y violentan a la población, así como a otras de similares características en Chile. Todo lo cual, además, se vincula con el fenómeno del narcotráfico, al menos, en dos sentidos. Por una parte, para muchos habitantes ha sido una opción frente a la pobreza e inestabilidad asociarse a bandas de narcotráfico o colaborar de alguna manera, cuestión que ha contribuido a mejorar su calidad de vida. Pero, por otra, esta misma vinculación si bien puede significar mayores ingresos para una familia, genera precarización en otros ámbitos, por ejemplo, en términos de la inseguridad que trae aparejada dicho negocio. Lo que es cierto es que al tráfico de drogas así como ha significado problemáticas y conflictos en el territorio, también ha dinamizado y beneficiado la economía local, formal e informal. O, dicho de otra manera y en palabras de un vecino: *el tema del tráfico es complejo, porque si se va de aquí queda la pobreza.*

A fines de la dictadura y comienzos de la democracia se sitúa históricamente la llegada del narcotráfico a la población (Álvarez, 2010). A partir de allí la asociación barrio-droga se ha ido construyendo y levantando para sostenerse firme en la construcción oficial del territorio y en los medios de comunicación colonizando hasta las interacciones más cotidianas. Emerge incluso desde la casualidad:

Me subo al metro en la estación de cada día. Apenas entro escucho a dos hombres jóvenes que conversan de pie en medio del vagón, porque hablan fuerte. Me siento cerca y por curiosidad pongo atención, aparece de pronto el nombre de la población justo cuando uno le pregunta al otro si el tipo del que le venía hablando era "de allá". "Sí" le contesta, "es colombiano, pero ha vivido ahí toda su vida entonces los conoce a todos". Él mismo, que parece ser el narrador de la historia, explica que va (y asumo que se refiere a la población) a comprar, "tomo el metro, una micro y listo", como enfatizando lo sencillo y expedito que le resulta el acceso. Facilidad que también resalta cuando, a reglón seguido, agrega "lo llamo, le digo dame 200 lucas y me las tiene listas, y yo después llego a la casa, hago los paquetes y los vendo". "¿Y a quién?" le pregunta su interlocutor, "en la pega, ahí todos jalan"... y continúan conversando sobre cómo sigue el proceso, cómo lo hace para aumentar la cantidad, los según él

*inexistentes peligros de que alguien lo denuncie y la rentabilidad de un negocio como éste versus otro tipo de trabajo.*⁷³ (Relato de mayo del 2015).

Se trata de una interacción presenciada por absoluta coincidencia, pero que pone en escena dos elementos que parecen hoy en día indisolubles en la construcción y mantenimiento de una imagen y prejuicio generalizado: droga y población. Un intercambio sencillo, directo que habla con franqueza de la facilidad con que uno de ellos organiza su negocio, iluminando de paso situaciones que en la cotidianidad de la ciudad suelen estar ocultas o pasar desapercibidas a los ojos del transeúnte. Sin embargo, en La Aurora es un asunto visible hace años. En efecto, es una problemática en el territorio en la medida que su propia dinámica, aunque no solo por sí misma, ha significado la instalación y aumento de otras asociadas como el porte de armas, las balaceras, y el consumo de pasta base. Pero al mismo tiempo, y tal como se decía más arriba desde la frase de un vecino, se trata de un problema complejo que hasta ahora ha sido enfrentado desde las autoridades a través de estrategias policiales represivas sin considerar los efectos que éstas provocan en el territorio y sin siquiera lograr los resultados esperados respecto de su disminución (Fundación San Carlos de Maipo, 2014; INDH, 2015).

Desde diagnósticos oficiales e investigaciones académicas, esta configuración que combina y encadena violencia asociada con balaceras, estructural y cotidiana se pone en relación con otro elemento que es el abandono por parte del Estado. Esta supuesta ausencia, es uno de los ingredientes que también se trae a colación a la hora de caracterizar el gueto norteamericano (Wacquant, 2007). De la misma manera, Auyero y Burbano de Lara (2013), hablan de espacios relegados para dar cuenta de la situación de las villas en Argentina, donde los habitantes están inmersos en una serie de factores de peligro y daño que el Estado no ha sido capaz, o no está dispuesto, a solucionar.

Para el caso de la población La Aurora, en su condición de barrio crítico, también se habla de un Estado inexistente. Desde planificadores y ejecutores del plan de intervención "Iniciativa", por ejemplo, se entiende este abandono como una negligencia de largo plazo que ha producido no solo un barrio históricamente olvidado, sino también habitantes menoscabados por lo mismo. Según Arensburg et al (2016: 67), se percibe como un "daño que se arrastra por generaciones y que a su vez implica una crisis en distintos ámbitos como educación, infancia, salud, seguridad, etc. Deterioro en la población que emerge incluso como la imagen de "una condena" para quienes nacen en este territorio, niños y jóvenes destinados a sufrir o al menos vivir en cercanía con las distintas problemáticas asociadas al barrio".

⁷³ Respecto de algunos términos: la palabra "lucas" se refiere al dinero, una luca corresponde a mil pesos chilenos (1,4 euros). "Micros" son los autobuses de transporte público, "pega" designa el trabajo y el verbo "jalar" la acción de inhalar y suele referirse a la cocaína.

No obstante, creemos que en esta población la idea de relegación se hace compleja porque tiende a ocultar matices bajo su radicalidad, sobre todo si se tiene en cuenta una mirada retrospectiva. Es cierto que en la población se dan muchos problemas asociados a la desigualdad estructural, además de los procesos de estigmatización y criminalización, los que en todo caso no son exclusivos de este barrio. No obstante, el Estado ha establecido una relación histórica con el mismo que aunque compuesta de "ires y venires", de acciones esporádicas y aparentemente improvisadas o de otras concertadas, planificadas y duraderas, demuestra que es un lugar que desde su asentamiento, pasando por la dictadura militar y los procesos recientes de intervención, no ha sido precisamente desdeñado (Arensburg et al 2016; Tijoux 2016). Asimismo, pensar aquí procesos históricos de guetización, de constitución de lugares a los que el Estado no llega, enfatizando rasgos como el aislamiento socioespacial y la falta de servicios, ensombrece características que los mismos vecinos subrayan, sobre todo a la hora de comparar la población con otros barrios ubicados en la periferia de la ciudad y que van en otra dirección, por ejemplo, la cercanía con grandes ejes de circulación de la ciudad que permiten acceder de forma expedita –es decir, en aproximadamente media hora- al centro de Santiago. Una proximidad también relativa a zonas importantes de comercio y la presencia de servicios, como jardines infantiles y centro de salud de atención primaria, dentro del barrio así como la cercanía de un hospital. Características que, por ejemplo, una joven vecina advierte y destaca al comparar la situación de la población con la comuna en la que viven sus padres: *allá estás lejos y aislado, porque no hay nada*, dice refiriéndose a ella.

144

Como hemos dicho a lo largo de este apartado, violencia estructural, pobreza y exclusión, narcotráfico, armas, balaceras, son elementos que suelen ser referidos para los territorios llamados de relegación o marginalidad urbana, de la manera cómo lo hace Wacquant (2007) cuando erige y compara las nociones de gueto, hipergueto y marginalidad avanzada. Pero tal como advierte el mismo autor la utilización de estos conceptos de manera descontextualizada es peligrosa en la medida que puede acarrear el establecimiento de convergencias transatlánticas que desconocen la complejidad y particularidad no solo de cada territorio, sino también de las coordenadas espacio-temporales donde se sitúa. Aun así, hay un elemento transversal a muchos de estos espacios más allá de las especificidades de cada uno, esto es, los procesos de estigmatización que los afectan.

Tuve que irme rápido de la reunión que teníamos en el teatro. Como iba tarde, decidí salir por una de las avenidas que hace de límite de la población a tomar un taxi. Luego de unos 20 minutos esperando le hago señas a uno que se acercaba. Se detuvo en una esquina, el taxista bajó la ventana y me preguntó dónde iba. Después de darle algunas coordenadas, me dijo: "bueno sube, te llevo aunque voy para otro lado". Una vez dentro y mientras partía explicó: "yo voy hacia otro lado, pero te llevo porque por aquí no vas a encontrar otro taxi ¿no ves que aquí está la favela?", y mientras hablaba dirigía su cabeza hacia la población. Yo me reí, y le dije que otras veces he tomado taxi aquí mismo, ante lo que me preguntó: "¿vives aquí?". "No, pero trabajo en la población", le contesté. "Ah, porque viste que hay lugares donde si no te conocen... y ¿cómo está La Aurora? Porque yo conozco ¿sabes? Yo conozco, he estado adentro, antes iba a La Aurora III, también conozco otras poblaciones... pero iba, ahora ya no... es por ellos, por ellos no me arriesgo, ahora trabajo", me contaba mientras me mostraba unas fotos de sus hijos pegadas

en el tablero del auto. "Allá en la Aurora III son reventados, tienen un tipo de vida no sé, como más libre, hay fiesta...", siguió, para luego preguntarme hace cuánto tiempo trabajaba yo allí y si alguna vez me había pasado algo (Relato mayo de 2015).

El taxista me hace un favor, se desvía de su recorrido porque asume que en un lugar como ese, el límite de una favela, no encontraré transporte. Lo hace como rescatándome de un sitio incierto en medio de la ciudad. Me subo a su auto y se despliega una conversación llena de sobreentendidos, ideas que él insinuaba sin claridad ni explicitar del todo dando por hecho que yo, supuesta conocedora del lugar, entendía perfectamente. Una especie de "los dos sabemos de qué estamos hablando". El hombre se muestra como poseedor de un pasado en torno al cual siembra dudas, como si fuera un periodo sombrío producto del cual él también conocía la población. Había estado allí, "adentro", incluso en su zona más peculiar y renombrada: La Aurora III. También en otras similares de Santiago. Un pasado riesgoso abandonado por el bien de sus dos hijos, uno de ellos enfermo, en una especie de reconversión. Refiere a la población marcando un tiempo en el que habría visto y compartido una cierta forma de vida distinta que se da en ella, terreno inseguro para entrar y pertenecer, y donde no conviene transitar sin conocer a alguien, te pueden pasar cosas malas.

De este modo, en la interacción se juega una imagen sobre el barrio que opera tácitamente y acostumbra estar presente en intercambios cotidianos en distintos contextos. Son construcciones que circulan apoyadas en las definiciones oficiales que se hacen públicas y en aquello que crean y difunden, con frecuencia, la mayoría de los medios de comunicación masivos en Chile. Éstos, ciertamente ocupan un lugar fundamental en estos procesos. Las noticias sobre La Aurora abundan, generalmente en el espacio de crónicas policiales, y es también por su presencia mediática que se le reconoce en el debate público. Tanto en televisión como en los periódicos se recalcan con frecuencia hechos considerados como violencia delictual, se exhiben reportajes acerca de las intervenciones estatales implementadas y hasta procedimientos policiales grabados in situ se han sumado hace pocos años. Imágenes e ideas como las ya comentadas hasta aquí se instalan con fuerza: población y delincuencia; población y drogas; Estado ausente e imperio del narcotráfico; delincuencia y balaceras; entre otras. A estas vinculaciones cargadas de negatividad, se suelen sumar otros elementos como la superación personal y la intervención necesaria del Estado, mostrado a través de logros recientes que atestiguan sobre acciones gubernamentales e historias individuales "exitosas".

Como muestra de esta tendencia comunicacional, cabe mencionar lo analizado por Póo (2014) en torno a las noticias y crónicas sobre la población de uno de los principales medios de prensa escrita del país entre el año 2011 y 2013, el diario La Tercera. En esos diversos textos, argumenta esta autora, es posible distinguir tres hilos discursivos. Por una parte, relatos que difunden y destacan aquellas historias que representan el emprendimiento personal, social o cultural como una forma de logro y surgimiento individual en un tipo de territorio que más bien lo obstaculiza e impide. Por otra, es posible encontrar un eje relativo a la violencia y la victimización el que, a su vez, se acompaña de un tercer discurso que aborda las estrategias vecinales de enfrentamiento. Así, se da cuenta tanto de

hechos de violencia como de prácticas comunitarias organizativas a través de las cuales se vislumbran formas de defensa y protección. Y como telón de fondo que soporta estos hilos discursivos, dice Póo (2014: 16), opera una creencia acerca del poder de las iniciativas individuales aisladas. Serán ellas, en definitiva, las que en forma de suma conformarán “un tejido nuevo que alcance a retomar los lazos solidarios extendidos como residuos de un pasado comunitario, un presente en emergencia y un futuro que, para los medios, debería – de acuerdo a las crónicas que privilegian las noticias “rojas”, policiales- ser construido por otros (quienes intervienen “desde arriba”) y no por los propios ciudadanos del territorio porque, se presume, en su papel de “víctimas” o “victimarios” no habrían llegado a la madurez necesaria o el orden moral necesario como para otorgarse formas de organización articuladas”.

De esta forma y en una mirada más general, podemos decir que en los medios de comunicación más leídos del país –dentro de los cuales se incluye el diario La Tercera-, se abordan este tipo de territorios “desde el exotismo, el lugar común respecto de la violencia, el lugar común respecto del laboratorio de políticas públicas” (Póo, 2016: 75).

Nos referimos, en suma, a un estigma territorial (Wacquant, 2007) que se expresa en interacciones cotidianas como la que relatamos ocurrida en el taxi, pero que también opera en términos discriminatorios en asuntos concretos y prácticos como puede ser a la hora de buscar trabajo. En dicha instancia, muchos vecinos deciden simplemente mencionar la comuna en la que habitan y no la población, a sabiendas que si develan esa información rápidamente serán marginados del proceso. O cuando se trata de contratar servicios como internet para el hogar, cuestión prácticamente imposible debido a que la mayoría de las empresas no entran a realizar instalaciones. Y, como no, a la hora de enfrentarse a un policía, puesto que la pertenencia barrial introduce, como dijimos, inmediatamente la sospecha y la desconfianza.

Se trata así de un territorio sometido, al igual que otros de similares características en otros lugares de la ciudad, a una difamación pública que la mayoría de las veces no distingue, no matiza, más bien tiende a la generalización y deshistorización. Una falta de precisión que no hace diferencias entre los tres sectores de la población, ni menos considera la situación de zona ocupada, no por los narcotraficantes sino por la policía, y sus efectos.

La estigmatización espacial es percibida por los habitantes del barrio y se apunta como una problemática importante en tanto atraviesa distintos ámbitos de la vida. Ahora bien, aun cuando pese sobre La Aurora desde hace ya años y lo siga haciendo hasta hoy, podríamos postular que no ha tenido, al menos de momento, el efecto que Wacquant (2007) advierte para el caso del *gueto* norteamericano y las *cités* francesas: la desorganización social. Este rasgo es uno de los que configuran la marginalidad avanzada, según el autor. Es decir, la exacerbación de las prácticas de diferenciación y distanciamientos sociales del barrio que, a su vez, generan mayor desconfianza interpersonal y menos solidaridad, una división interna, ruptura de los vínculos sociales, una especie de profecía autocumplida. En esta población, podemos decir que efectivamente se han instalado

fenómenos como la desconfianza hacia agentes estatales, hacia la policía e incluso entre vecinos. Sin embargo, en parte importante de la misma, todavía persiste un arraigo al espacio y una sensación de seguridad y solidaridad respecto de los vínculos que allí se despliegan –elementos que abordaremos más adelante–.

Estos procesos de marcaje y estigma que recaen sobre La Aurora, nos empujan a pensar en cómo este tipo de territorios representan una otredad dentro de la ciudad. Una “otra” sociedad que interpela al orden imperante, amenaza por lo distinto y, por tanto, debe ser controlada, normalizada (Canales y Echeverría, 2016). Y es una otredad que para comprenderla desde esta población, exige hacer memoria. A diferencia de lo que sucede con el gueto norteamericano en el cual la naturaleza del estigma que soporta, y desde donde se construye ese otro, es fundamentalmente racial (Wacquant, 2007), aquí parece ser de otra índole siendo innegable el componente político. Y afirmamos esto justamente mirando hacia el pasado, ya que tal como se puede leer en las palabras de un vecino, La Aurora siempre ha sido un “otro” que desde la vida al margen y la transgresión ha implicado una especie de incomodidad histórica para el poder: *Nos han descalificado siempre, desde los inicios que éramos callamperos, después éramos cogoterros, después éramos delincuentes, después pasamos a ser upelientos en la época de la Unidad Popular, después pasamos a ser extremistas, guerrilleros, marxistas, terroristas, a los cuales había que eliminar física y psicológicamente, de todas maneras había que eliminarlos, después pasamos a ser narcotraficantes, los habitantes de la Aurora narcotraficantes, todos, y después de narcotraficantes pasamos a ser anarquistas, ahora somos anarquistas, y por lo tanto, tal como dijo el señor Peñailillo [ministro del interior en el año 2014], anarquistas, terroristas, colocadores de bombas, hay que perseguirlos.*⁷⁴

Por tanto, nos referimos a una construcción estigmatizante que no es nueva. Una forma de violencia que se remonta a los inicios de las actuaciones de la policía en los años 90 o a las intervenciones oficiales de la década del 2000, así como a los orígenes de la misma población. Un largo recorrido en el que la dictadura comandada por Pinochet ocupa un lugar particular, momento de violencia política, ideológica y colectiva declarada que mantuvo sometido al país por 17 años, y también al barrio, influido por las versiones de esa otredad dominantes en la época. Esta es la distinción que Carmen le atribuye a La Aurora, a la hora de explicar por qué supuestamente la dictadura en sus inicios pretendía eliminarla: *Siempre fue una población batalladora y comunista, y batallaba, y siempre los aurorinos eran los que iban a las protestas, todo (...) aquí la comuna siempre el alcalde fue un comunista, entonces esto era como una población brava, ves tú, entonces por eso decían que los primeros que iban a desaparecer iban a ser los de La Aurora porque eran todos subversivos, y claro si era gente trabajadora, gente de esfuerzo tenían que luchar por sus derechos.* Esta descripción surge para explicar un rumor que, tal como cuenta Carmen y otros vecinos y ha sido consignado en libros que

⁷⁴ Respecto de algunos términos: “callamperos” es un adjetivo que proviene de las llamadas “poblaciones callampas”. Corresponden a asentamientos que, como dijimos en la introducción de este texto, son propios del crecimiento de Santiago en la mitad del siglo XX. Estaban conformados por pequeñas e improvisadas viviendas, construidas con materiales de desecho y carecían de equipamiento urbano (Garcés, 2004). Así, callamperos se utiliza despectivamente para identificar a sus habitantes. “Cogoterros”, por su parte, se utiliza como sinónimo de ladrón. Por último, “upeliento” es un término despectivo utilizado para designar a los partidarios del gobierno de la Unidad Popular (UP) fusionado con la noción de “peliento” que en Chile refiere a personas pobres también de forma peyorativa.

recogen testimonios, rondaba en las primeras semanas después del Golpe Militar. Se decía que uno de los objetivos de los aviones que sobrevolaban la ciudad era bombardear la población. En ese contexto, la narradora habla de un barrio luchador en el que los movimientos sociales y la izquierda tenían fuerza, cuestión que soportaba su calidad de blanco predilecto por las fuerzas represivas. Se trata, de todas formas, de un breve relato que contiene una identificación de Carmen con su barrio, pero que coincide con historias referidas a otras poblaciones también representantes del mundo popular y esa otredad amenazante para el régimen que se instauraba (Han, 2012).

En estos territorios, la represión se hizo presente por medio de detenciones, torturas, muertes, humillaciones privadas y públicas, toques de queda, amenazas, allanamientos, etc. Un estado de excepción en toda su regla, una situación límite, en palabras de Pollak (2006), que en La Aurora es recordada por su violencia, así como por los pocos intentos de resistencia armada que allí tuvieron lugar. La represión asociada a esta pequeña geografía para algunos investigadores es una de las más cruentas ocurridas en el país y los sucesos en ella contenidos en la actualidad forman parte de las historias que circulan a nivel local, así como de los saberes cotidianos y comunes de los jóvenes, dentro de los cuales frases como: *a un amigo le mataron el abuelo ó al vecino le mataron un hermano*, se escuchan con certeza bajo un velo de aparente desinformación.

Tal como lo mencionamos a partir de memorias en forma de fragmentos en el capítulo 2, las violencias del pasado dictatorial son recordadas a través de diversas imágenes y relatos, lo que llamamos micro narraciones, que hablan de: el día del Golpe de Estado, detenciones de familiares o vecinos; los allanamientos; muertes de personas conocidas ya sea por ser militantes o simplemente vivir al margen de la ley; la presencia y ocupación militar; cómo los militares sacaban a los hombres de sus casas para revisarlos y en algunos casos cortarles el pelo en plena calle; las múltiples balaceras; las protestas y los enfrentamientos posteriores; y la interrupción de la vida cotidiana y cómo en ella se entrelazaron excepción y rutina para instalarse por un largo tiempo en el territorio. Es decir, diversas formas de violencia que son traídas al presente y que para algunos vecinos que vivieron dichas circunstancias represivas, son pasado vivo en tanto que vinculado al presente. En esta línea, en el contexto de un encuentro organizado por el teatro para abordar la intervención estatal, un participante en plena discusión sobre el presente de la población dirá: *llegó la democracia, se creía que venían tiempos buenos para La Aurora, pero no, seguimos en dictadura. Para mi pensamiento seguimos en dictadura, seguimos sometidos tanto por la policía, tanto por los gobiernos, que para mí no han solucionado nada, han arreglado fachadas, pero han tapado muchas cosas que han sucedido aquí en la población. Mientras que otro agregaba: la policía es la misma de cuando estuvo Pinochet, Frei, Lagos, etc., los mismos que torturaron.*⁷⁵

De esta manera y tal como lo mencionamos en el capítulo anterior para el caso de vecinos antiguos y jóvenes, la dictadura se constituye en un referente cuando se trata de hablar de violencia del Estado

⁷⁵ Los apellidos Frei y Lagos corresponden a dos presidentes de Chile, el segundo y tercer gobierno democrático posteriores a la dictadura, respectivamente: Eduardo Frei Ruiz-Tagle, gobernante entre los años 1994 y 2000; y Ricardo Lagos Escobar, entre el año 2000 y el 2006.

en la población. Ya sea para establecer una continuidad o para compararla con lo que sucede hoy, la memoria de lo vivido en esos años opera a la hora de interpretar y dar sentido al presente. Y se hace no sólo de forma explícita y reflexiva, narrativa, sino también de manera subterránea, tácita, en la medida que se despliegan formas “violentas” de hacer memoria cada 11 de septiembre a la usanza de las protestas de los años 80.

El presente se compara con ese pasado y en ese ejercicio un lugar clave lo tiene la experiencia personal, familiar, cercana, en tanto ella será la que determine el tipo de memoria que se levante y el nexo que se establezca con lo acontecido. Por tanto, probablemente no será lo mismo el paralelo que se haga desde una vivencia de sufrimiento en el propio cuerpo, como será el caso de una víctima directa de violencia política, al de aquel que no la haya vivido. En la misma línea, esa experiencia, pasada y actual, estará influida por la vivencia del territorio, la que a su vez dependerá del sector de la población que se habitaba y se habita hoy. Tal como lo expresa una pobladora del sector de La Aurora I, donde ciertamente la presencia y represión policial actual es menor respecto de otras zonas: *no es como ahora que ahora uno ve los pacos ahí y más bien se ríe uno de los pacos que tenerles miedo como antes*. Una percepción que en otro sector como La Aurora III sería quizás impensada, en tanto allí se concentra mayormente el control y las prácticas represivas.

Así, la experiencia como puntal y el pasado dictatorial como referente, son dos elementos relevantes en el territorio que podemos evidenciar a través del discurso de Gabriel, cuyas palabras reproducimos más abajo. En el capítulo 2 explicábamos cómo en ciertos fragmentos, muchos de los cuales son imágenes retratadas y narradas por sus padres, este joven grafica lo que sucedía antaño y lo coteja con lo que sucede hoy como en una búsqueda por interpretarlo y aprehenderlo. Violencias pasadas y violencias presentes se entrelazan para afirmarse a ratos desde sus similitudes y, en otros, en sus diferencias, como en un vaivén ambivalente, pero que al mismo tiempo las mantiene unidas. En ese movimiento la experiencia tiene un papel crítico puesto que lo que está en juego es el haber vivido aquellas violencias de hace 40 años, ser protagonista de aquello y, por otra parte, haber experimentado -y seguir haciéndolo- las violencias que se despliegan en el territorio desde hace 16 años hasta ahora.

Valido mucho más a esos cabros que están validados en el presente que a los hueones que andan con discursos validados del pasado porque, un ejemplo, como se dice, la huea no te pasa hasta que te pasa, tú no sufres la violencia hasta que la sufres de verdad, y estos tipos que viven del pasado viven con una violencia del pasado que no la vivieron, y dicen “ay! es que la AFP me violenta, ah es que los guardias me violentan”, pero tu no sabes lo que es estar todo el día con pacos afuera de tu casa... lo que es que te revisen el culo todos los días, de salir de tu casa sin carnet y andar así asustado, lo de ver a tú papá que trabaja todo el día, se saca la mierda para poder no sé, comprarte ropa o comprarte comida, esos hueones no han vivido ninguna de esas violencias, son puras violencias ideológicas, esos locos han leído sobre dictadura, han leído de violencia, han leído de las desgracias del capital, han leído de lo malo que es el capitalismo, pero no lo han vivido, y en cambio todos esos cabros que andan quemando cosas de puro lumpen no más, por ganas, son jóvenes que han vivido todo eso, son tipos que ni siquiera la

*sociedad los cuenta como seres sociales, los llaman antisociales, pero en cambio a los que marchan siguen siendo parte de la sociedad (...) respeto más a esos que a los otros que andan así como marchando y tirando flores.*⁷⁶ (Gabriel, 2015)

De este modo en los discursos de los entrevistados, y principalmente de los jóvenes como es este caso, emergen dos “momentos” de la violencia en el territorio que tendrán sus respectivos protagonistas, aquella vinculada a la dictadura y la de hoy. Tanto en los jóvenes que se comprometen con las historias del pasado o como incluso para los que las han escuchado “al pasar”, casualmente y sin vincularlas a una reivindicación política, las violencias relativas a la dictadura se han transmitido y se suman a las actuales conformando una ecuación que tiene por producto sujetos violentados desde el pasado y desde el presente.

En este sentido, Gabriel, perteneciente a una familia en la que siempre se habla de la dictadura, se vuelve -y se reconoce como- testigo ya no de lo sucedido en ese periodo si no de los efectos que eso causó en su casa, su familia, y en su territorio, uno de los cuales es el miedo. Asimismo, se constituye como protagonista de la violencia del presente en tanto que, al igual que otros jóvenes de su generación, ha vivido gran parte de su trayectoria bajo intervenciones estatales de diversa intensidad.

150

En la población se recuerda cada dos por tres, conversas con cualquier viejo y cada dos palabras te están hablando de dictadura, de traiciones, de “es que íbamos a hacer un atentado y el PC tenía las pistolas y al final el PC no llegó” y puras historias así como que infundan el odio, no sólo frente al PC si no frente a todo... y aparte son poblaciones que ya están llenas de pacos, que ya tienen un odio interno por sus formas de vivir, ya sufre una violencia constante, agregándole una violencia del pasado, son poblaciones que están siendo violentadas como eternamente, niños que están en la guata ya están siendo violentados por eso y más si conversan, si les gusta conversar con los papás sufren esa otro tipo de violencia del pasado. (Gabriel, 2015)⁷⁷

Gabriel, de la misma manera que otros jóvenes de la población, reconoce que sobre todo los más viejos recuerdan lo sucedido. Su padre, por ejemplo, cuando refiere a su propio pasado siempre habla de la dictadura “como si no tuviera otro pasado” que recordar, explica. A diferencia de su madre quien además de aludir a esa etapa, cuenta diversas historias de su infancia en el barrio. Las narraciones que ponen en circulación los antiguos con frecuencia hablan de conflictos, de traiciones, violencia, dificultades que, como dice, generan un legado de malestar que se trenza con el presente. Igual que lo que sucede en su discurso, pasado y actualidad van saltando de uno al otro, a ratos el

⁷⁶ Sobre algunos nombres y términos: La sigla “AFP” corresponde a las Administradoras de Fondos de Pensiones, instituciones financieras privadas que en Chile se hacen cargo de la gestión del ahorro individual para las pensiones. Responden a un sistema de capitalización individual implementado durante la dictadura. “Cabros”, se usa como sinónimo de joven.

⁷⁷ Respecto de algunos términos: “pacos” designa a la policía y “guata” es estómago.

pasado sirve para comparar e interpretar, pero a veces también se configura como un peso, una violencia transmitida.

Uno de los efectos que la dictadura de Pinochet dejó es una sensación de miedo. Pero no se trata solo de una consecuencia de la violencia pasada como una especie de lastre que se remolca desde entonces, sino más bien de un fenómeno que se ha ido engarzando con el presente. Es decir, además de elementos conectores como son la represión, las balas y la ocupación del territorio por parte de fuerzas de seguridad, el miedo es otro nexo entre violencias pasadas y presentes. Aunque no se trata, al menos de momento, de un sentimiento que gobierne la vida de todos los habitantes del barrio y aun cuando su intensidad varía según el sector que se habite, la frase “la gente tiene miedo” emerge con regularidad. Un enunciado que bien puede pronunciarse tanto en pasado como en presente.

Al hablar de la dictadura de Pinochet, y especialmente el día del Golpe Militar y los primeros meses que lo siguieron, aparece el miedo como una sensación casi permanente que inundó la vida en el territorio. Aunque, como dijimos en el capítulo 2, también hay muchas historias de carácter anecdótico, se trata de un manto que cubría la vida cotidiana en la medida que la violencia de la ocupación militar, los allanamientos y las detenciones, constituyeron una amenaza omnipresente que se respiraba sin llegar a materializarse en una agresión física. Un temor experimentado por quienes vivían en esos días en la población y que hoy es percibido en los jóvenes como algo que persiste, que viene de antes en los que ahora son los viejos. En ellos, se esboza una constatación: los viejos tienen miedo producto de lo que vivieron y ese recelo los inmoviliza en sus posibilidades de actuación hoy frente a las intervenciones estatales. Así lo expresaba Gabriela al referirse a los discursos de algunos vecinos mayores respecto de lo que sucede hoy, registrados en un documental sobre la actualidad del territorio: *me llamó la atención sobre todo cómo parecen todavía pegados con el Golpe, con mucho miedo por eso, como asustados y operando en esa lógica.*

151

Por su parte, estos protagonistas de la violencia del pasado, los “viejos”, comparan ese miedo antiguo con aquel que a ratos se impone hoy al modo de un peligro que está fuera de la propia casa. Así lo expresa un vecino en el mismo trabajo audiovisual: *Antes venían a tu casa y tú sabías quiénes eran [en referencia a los servicios de inteligencia de la dictadura], hoy sales a la calle y no sabes lo que te puede pasar.*

Sucede que en la vida cotidiana actual las situaciones de violencia también han configurado un clima de riesgo que es percibido con distintos niveles de fuerza en los vecinos, según el sector que se transite a diario y dependiendo del momento del tráfico y de la presencia policial. En ese marco, jóvenes y viejos han sido testigos de dicha sensación de peligro como posibles víctimas de una bala loca o de los registros y abusos de la policía, entre otras cosas.

Sabemos, como sostuvo Halbwachs (2004a) y otros estudiosos de la memoria social, que ésta siempre se realiza desde y en función del presente. Y no es de extrañar, entonces, que cuando se habla de las problemáticas actuales de la población producto de las distintas formas de violencia –o

cuando se viven- emerja la dictadura como referente tanto para autoridades como para muchos vecinos. Ya sea para reivindicar la identidad comunitaria y combativa de los pobladores o para historizar y relevar las violencias que los han afectado. Es lo que hace, por ejemplo, desde una visión política un participante de una actividad organizada por el teatro cuando intenta explicar su punto de vista respecto de la intervención estatal actual. Para él, aunque no toma la forma de una dictadura o una represalia política explícita y directa, estos procesos apuntarían a los mismos intereses de antaño, luces de una violencia ideológica disfrazada de progreso y desarrollo para el barrio. Así, las violencias presentes en las poblaciones asociadas a los procesos de intervención, tendrían relación más que a intereses económicos que puedan pesar sobre un territorio por su valor inmobiliario –por ser una especie de isla de baja altura muy cerca del centro de la ciudad-, con el carácter históricamente movilizado de La Aurora. Durante la dictadura la población fue uno de los lugares de la ciudad que albergó las protestas más grandes y más organizadas, y desde antes variadas iniciativas comunitarias como ollas comunes, bolsas de trabajo para cesantes, comedores infantiles, entre otras, algunas de ellas comandadas por curas obreros. Esta tradición, para este sujeto que no es habitante de la población, pero dice conocerla de cerca por su implicación en movimientos y partidos políticos, generaría en el poder una suerte de preocupación por lo que la gente es capaz de hacer, de organizar y generar en barrios como este. Casualmente, los mismos que sufrieron el ingreso de la droga y las problemáticas asociadas hacia fines del gobierno militar. Una serie de fenómenos que llegaron para quedarse monopolizando la preocupación y movilización de los vecinos en desmedro de otros problemas sociales como la falta de acceso a la educación, salud, etc., cuestiones por las que se organizaban antes.

En este razonamiento se realiza una operación de rememoración que da vida a un relato. Se conforma una memoria narrativa estructurada y reflexiva que permite ensayar explicaciones acerca de la violencia del presente. Pero así como podemos comprender y analizar los sentidos del pasado construidos en este nivel semántico y político, para comprender la complejidad de la rememoración y la transmisión, se hace necesario también dirigir la mirada y la escucha hacia la confluencia cotidiana de las violencias del pasado con las del presente. Para ello, podemos seguir la propuesta de Das (2007) de descender a la cotidianidad, en este caso de un 11 de septiembre:

Este año otra vez el teatro junto a otra organización local organizaron la actividad del 11 de septiembre en la plaza Salvador Allende, la diferencia fue que se sumó una cicletada "combativa" para conmemorar a los que murieron y sus memorias de la resistencia en la comuna. La idea era juntarse en la plaza los que estaban desde temprano con los que venían en bicicleta desde fuera de la población y juntos "bajar" a la casa de la madre de una detenida desaparecida ubicada en La Aurora III para allí realizar un pequeño homenaje. Desde la plaza hasta la casa la caminata fue tranquila. Éramos un grupo de entre 40 a 50 personas aproximadamente, algunos acompañados de sus bicicletas, todos a paso calmo recorrimos la calle principal donde algunos vecinos miraban y saludaban desde la puerta de sus casas. Al llegar a la casa de la señora María ella salió acompañada de una hermana y sosteniendo en su mano izquierda un cartel con la fotografía de su hija desaparecida en dictadura. Allí se hizo un pequeño homenaje, ella dijo unas palabras referentes a la desaparición, se plasmó con papel y pintura su foto en la vereda, se le

agradeció por su persistencia y lucha y por permitir la realización del acto. Cuando la breve ceremonia terminaba, y mientras crecía el número y envergadura de fogatas cercanas, sucedió algo inesperado para esa hora del día. Mientras se leía un testimonio escrito hace años por la madre y cuando aún había luz natural, entró de improviso un carro blindado de policía, un furgón de esos que suelen estar estacionados en algunas esquinas, intentando abrirse paso entre hogueras, escombros, insultos de vecinos que salían de los pasajes, gente que participaba de la actividad y piedrazos. Así, en una calle relativamente estrecha en la que apenas caben dos autos en direcciones opuestas, seguida de veredas y casas también estrechas donde se había juntado un grupo de alrededor de 50 personas entre los que participaban de la conmemoración y vecinos curiosos, irrumpe lentamente un vehículo policial. Ocupa casi todo el ancho de la calle y apenas puede avanzar entre personas, bicicletas, fuego, madera, papel, etc. Cuando estaban a unos 50 metros del grupo y pasaba por sobre una hoguera encendida, se los recibe con un par de piedrazos por parte de jóvenes que la custodiaban. El aire se volvió tenso, porque bastaba con que la policía decidiera bajar para que las mutuas provocaciones se concretaran en un enfrentamiento sin control. Como en una especie de ritual cargado de amenazas y muestras de poder, el carro avanzaba con pequeños movimientos, sacudiendo escombros o pasando por sobre ellos, algunos encapuchados, y otros a rostro descubierto que se asomaban en las esquinas tiraban algunas piedras o las mostraban. Cuando la policía llegó al frente de la casa, allí donde se situaba el grueso del grupo –que en ese momento comenzaba a retirarse–, algunos se pararon frente al furgón con las manos en alto, para detenerlo de manera pacífica, aunque mientras tanto otros pocos le pegaban con piedras y palos por atrás. Los que estaban allí, incluidos muchos que salieron a mirar, comentaban que esto era una provocación, como tantas otras, porque nunca el carro había entrado a la población con luz, siempre lo hacía de noche, cuando queda poca gente en la calle, casi solamente aquellos que pretenden enfrentarse con ellos en la oscuridad de la luz cortada de cada año. Fueron solo un par de largos minutos en los que la policía parecía dispuesta a seguir su avance que, aunque lento, se enfrentaba a quienes interrumpían su paso y a esas alturas ya lo hacían con insultos. Hasta que pasó, los vecinos se movieron y el coche lentamente siguió su supuesto camino para perderse más abajo hacia el límite de la población, en lo que parecía un trayecto antojadizo y sin rumbo claro. Allí, al final de la calle el furgón se giró y se estacionó mirando hacia el grupo, los policías se bajaron y revisaron el estado del vehículo. El relato y la construcción de la imagen en la vereda habían continuado mientras se desarrollaba la escena, de manera que una vez que pasó la atención volvió hacia ellos. Una vez que el relato finalizó un participante pidió a los asistentes no caer en las provocaciones de la policía para luego dar por terminado el acto. Nos fuimos caminando hacia el teatro (hacia "arriba") sorprendidos por algo que no se había visto antes, al menos de la misma forma. Al caminar pensaba en la escena, miro y cuento más de 5 fogatas que fuimos pasamos por los costados. Encapuchados en algunas esquinas como esperando algo. Humo, fuego, la calle negra por el carbón, escombros, junto a mujeres, niños y otros vecinos que miran, conversan y alimentan las hogueras como cada 11 de septiembre. Pienso por un segundo que parece un paisaje de guerra entremezclado con la cotidianidad del barrio. (Relato de septiembre de 2014).

A nuestro entender, en este relato se retrata una situación en la que se superponen diversas memorias. Memorias asociadas a los detenidos desaparecidos y sus familiares encarnadas en una

abuela de pelo blanco que sostiene el cartel de su hija asesinada, acción hecha por años. Memorias de lucha y resistencia que intenta ser representada por quienes venían pedaleando desde fuera de la población y había pasado por distintos lugares asociados a la represión de la comuna. Los recuerdos de la represión policial que han provocado las intervenciones, sostenidos por jóvenes que han crecido rodeados de carabineros en su barrio. Y, finalmente, memorias de las protestas contra la dictadura que se desplegaban en las calles de la población por medio de fogatas y manifestaciones. Violencias pretéritas, violencias recientes y violencias presentes se funden en algo que podemos considerar un ritual –uno que es adelanto de aquel que viene más tarde en forma de enfrentamientos- a través del cual se muestran, sondean, amagan y despliegan fuerzas entre los actores, pobladores y policías. Un encadenamiento de acciones que desde las distintas posiciones involucradas se consideran violentas. Para los asistentes a la conmemoración y para muchos vecinos, el ingreso de la policía a la población no es más que una provocación, una incitación en busca de un encuentro que puede desembocar en agresiones mutuas. Para la autoridad y los medios de comunicación masivos, el montaje de hogueras y la lucha que las sucede, al modo de prácticas que se alimentan mutuamente, son consideradas desvinculadas de las memorias del pasado. Y desde ahí se califican como puramente delictuales y signos de vandalismo, psicopatía o maldad, olvidando que la violencia es una forma de interacción y que, por tanto, no hay violencia sin sentido. Menos aquí donde la rabia, ya sea anclada en el pasado o en el presente, inunda a quienes se enfrentan a los agentes de seguridad del estado, así como las fogatas para muchos son signo de tradición y celebración comunitaria. La Aurora se constituye así en un lugar en el que parece como si el conflicto y las violencias estuvieran incrustados en el cuerpo y en el territorio.

154

De esta forma, en la jornada del 11 de septiembre y en situaciones como la relatada confluyen memorias y violencias. Un día largo que se repite año a año y que contiene sentidos tanto del presente como del pasado de forma densa a la vez que explosiva. Tal como sucedió el año 2011, cuando se desplegaba un plan de intervención que consideraba una fase cruenta de presencia y control policial, en cuyo marco se habían instalado cámaras de vigilancia en diversos sectores de la población. Ese día es recordado por muchos como Lidia: *la celebración del 11 de septiembre de ese año para nosotros fue espectacular porque se hizo mucho juego, mucho, muchas barricadas, mucho, tantas cosas. Y era como tanto la intervención que teníamos nosotros acá que...yo no tengo idea quién fue ni nada, ni nunca lo voy saber, pero igual lo agradezco, que en esa fecha sacaron las cámaras que habían puesto de intervención ¡sacaron las cámaras! y mucha gente lloró, aplaudió dentro de sus casas...y yo creo que mucha gente celebró eso, pero no se vio, no se vio, y era importante... fue para un 11 de septiembre, eran unas cámaras inmensas y eran como seis u ocho y hay algunas que las tiraron para abajo.*

Se dice que las cámaras fueron destruidas por los mismos jóvenes que cada año salen a cortar la luz en esta fecha. Una de ellas, al menos, fue derribada junto al poste de tendido eléctrico que la sostenía, una especie de hazaña que muchos recuerdan y que da cuenta de cómo la conmemoración es también protesta y experiencia presente local.

Dentro de los argumentos desarrollados hasta aquí, hemos intentando instalar situaciones que hablan de formas de violencia. Interacciones y prácticas que son consideradas por vecinos, autoridades o medios de comunicación como violentas. Muchas de ellas pueden considerarse en sus expresiones habituales como parte de la violencia cotidiana que se vive en el territorio, prácticas y expresiones diarias de violencias, desplegadas en un nivel micro-interaccional, interpersonal, doméstico y delincencial, y que operan normalizando la violencia (Bourgois, 2001). Esto quiere decir que no se trata tanto de violencia estructural desplegada en el nivel cotidiano, que sería un tipo de violencia determinado por quien la ejerce, sino que alusiva al espacio donde se desarrolla la violencia social sin encorsetarla en una forma determinada ni dirigida a un grupo humano particular (Kleinmann, 2000). En este sentido, efectivamente en La Aurora las situaciones violentas se han hechos habituales, cuestión que es relevante si se considera la evidencia acerca del daño que causa en los espacios su presencia cuando se hace crónica (Auyero y Burbano de Lara, 2013). Sin embargo, es significativo también que a nuestro entender esta habitualidad no quiere decir normalización, al menos si ésta la entendemos junto a Bourgois (2009: 32) como una expresión, omnipresente y cruda de violencia cotidiana. Un fenómeno que terminaría por crear espacios en los que la muerte se normaliza y la oposición se silencia, se generan y asumen “discursos habituales que vuelven invisibles unos patrones sistemáticos de brutalidad”.

Para el caso aquí trabajado, cuando sostenemos que se trata de violencias que se han hecho y son percibidas como cotidianas, en tanto frecuentes, no queremos decir que hayan dejado de impactar, que no sean concebidas en su brutalidad, ni menos que pasen ya desapercibidas. En este sentido, tampoco podríamos hablar de una *banalización* de la violencia, de la manera como lo señala Pécaut (1997) para el caso colombiano y su situación de *violencia generalizada*. Un concepto que se refiere a una trivialidad extrema en un contexto en el que la violencia cruza relaciones sociales e interindividuales influyendo en diversos ámbitos de la vida de una sociedad como el institucional y valórico. En este extremo, el entorno violento dificulta distinguir los fundamentos de una violencia que no responde ni a oposiciones de clase ni a identidades colectivas previas ni a un conjunto de acciones delictuales, y deja de representar una ruptura con las conductas conocidas.

En La Aurora, más bien hablamos de situaciones violentas que son parte de lo familiar, lo conocido, lo corriente, sin implicar desensibilización ante ello, de la manera que lo plantea Auyero y Berti (2013) como un “estar acostumbrados”. O, en términos de Das (2007), como situaciones o pequeños eventos que irrumpen en lo ordinario, o sea, sí implican una ruptura con ese orden de “lo normal”, pero siguen siendo parte del día a día. Representan un quiebre para la vida cotidiana, al tiempo que se hacen parte por reiteración de la rutina, se integran a ella al menos de una manera que solo es posible en un territorio de estas características y que, como en situaciones que hemos mencionado, viene a constituirse en una índice de distinción entre quienes son del barrio y quiénes no. Quizás de la manera como sucede con la presencia policial en la población, a través de lo cual los carabineros se hacen parte de la cotidianidad, del grupo, del territorio, hasta de las manifestaciones más domésticas de la vida cotidiana, sin dejar de causar risas, extrañeza, incomodidad y miedo (Han, 2012). Hablamos, en definitiva, de la coexistencia de lo imprevisto, lo excepcional, lo extraordinario,

con la cotidianidad, con la repetición del día a día, haciendo "normal", en el sentido de ocurrente, hasta circunstancias como la muerte.

Estábamos en mi casa conversando, ella había ido a ver a Javier. Entonces me cuenta que el día anterior habían matado a un joven en la población, fue por la mañana, momento extraño porque generalmente este tipo de incidentes suceden por la noche y porque, además, hizo que mucha gente viera el cuerpo en la calle, incluida su hija de 4 años, quien pasó por el lugar temprano junto a su abuela camino al jardín infantil. Ella misma se lo contó más tarde sin entender mucho y Gabriela, sorprendida, le dijo que probablemente debía tratarse de un tipo que estaba curado, igual que el "Pedrito", un vecino que siempre pasa cerca de su casa o duerme en las esquinas. Gabriela me explica que no sabía qué decirle a su hija, porque se trata de una imagen fuerte para un niño a la vez que extraña, un joven muerto al costado de una parada de bus, esa que es parte de su recorrido diario y el de muchos vecinos. Más tarde, ese mismo día, en el grupo de teatro me contarían la misma historia, parece tema obligado. Aquí, me sumarían elementos de lo sucedido mientras tomábamos once luego del ensayo. Lidia, que trabaja en el centro de salud ubicado al frente del lugar, cuenta que se trataba de dos jóvenes que habían pasado la noche de fiesta y que, probablemente drogados, habían discutido en la madrugada, producto de lo cual uno había asesinado al otro. Agrega que uno de ellos había intentado asaltar poco antes de la muerte, en esa misma parada, a un compañero de trabajo que se bajaba del autobús para empezar su jornada laboral, quien se lo contó apenas llegado en la mañana todavía impresionado por lo vivido. Él, eso sí, no alcanzó a ver la supuesta pelea. Carmen, por su parte, nos habló del velorio que ya se había iniciado y del que ha podido estar cerca gracias a que el joven y su familia viven a apenas dos casas de distancia de la suya. Además, él era sobrino de la vecina que atiende el negocio que cada día visita para comprar el pan. Sorprendida por lo desgarrador de la escena, cuenta cómo desde su casa se escucharon los gritos de la madre cuando trajeron el cuerpo del hijo. En la casa de la familia está siendo el velorio. Como es habitual en estos casos, la despedida dura varias jornadas y se acompaña todo el día de música en la calle, gente entrando y saliendo de la casa, esperando y acompañando afuera, colgando banderas de un equipo de fútbol y globos de los mismos colores. También se han escuchado balazos al aire, cuenta Carmen. Así, entre los detalles que aporta cada uno de los presentes, varios de los cuales saben algo porque lo vieron o porque lo escucharon, seguimos conversando. "Estos cabros van muy rápido, mueren en su ley", comentó Valeria cuando hablábamos de cómo han fallecido varios jóvenes en la población en circunstancias similares o en peleas entre bandas, ella también vio el cuerpo cuando pasó por la mañana.⁷⁸ (Relato de abril de 2015)

156

Quizás para ninguno de los vecinos aquí mencionados esta muerte fue algo inverosímil, raro o nunca antes visto en la población, tanto al suceso mismo como a aquellas situaciones que lo circundan: una pelea, la desolación de la familia, las formas de la despedida, la inquietud de un cuerpo tirado en la calle, el asesinato, las posibles represalias, la cercanía con algún familiar de los involucrados. Pero,

⁷⁸ Respecto de algunos términos: la palabra "cabro" se utiliza como sinónimo de chico, joven, niño. "Tomar once" se refiere a la tradicional práctica de comer algo durante la tarde, generalmente se acompaña de una taza de té o café, suele hacerse en solitario o aprovechar la ocasión para reunirse.

aunque situación conocida, sorprende de igual manera, se vuelve tema de conversación cotidiana y lo será por unos días. Provoca impresión y también desazón por el destino de muchos jóvenes del barrio. Quién era el joven; qué y cómo sucedió; si pertenecía a una banda o era un “cabro tranquilo”; cómo está la madre y la familia; serán preguntas que se formulen sobre todo quienes viven cerca y conocen el entorno. Allí, en esos relatos que se construirán en torno al evento violento que irrumpió esa cotidianidad, todos habrán sido testigos de alguna u otra manera, será un suceso próximo ya sea por haber estado ahí, por haber visto el funeral, por ser vecino del joven, por tener un amigo muerto de la misma manera, etc.

3. El descenso a la vida cotidiana

Durante el trabajo inicial de esta investigación, en el marco de los primeros intentos por describir e interpretar cómo se recuerda el pasado reciente de la dictadura, evidenciamos cómo muchos relatos emergían sutilmente en la vida cotidiana. Una presencia que se asomaba tímidamente en un contexto en el que a primera vista parecía el periodo no interesar especialmente, como un entorno de escasez de narrativas sobre lo sucedido. En esos primeros esbozos analíticos el tema de la cotidianidad del recuerdo fue adquiriendo fuerza, más bien el de la emergencia y presencia ordinaria pero fácilmente inadvertida, de las memorias de la dictadura. Una forma que adoptaba el pasado para “estar presente” que, al menos en lo observado, se constituía en escasa relación con aquellas narrativas oficiales sobre lo sucedido tanto a nivel nacional y capitalino como local, que se han ido escribiendo en los últimos 25 años. La noción de cotidiano utilizada en estas descripciones y primeras líneas de análisis apuntaba a que el pasado afloraba de una manera apegada a aquello que las personas del barrio hacen cada día, a su rutina, a la vida ordinaria que allí desarrollan. Tanto el contenido de lo rememorado como en el hecho de que el pasado se abría en medio de las actividades diarias, daban cuenta de esta adhesión a lo habitual. Y, además, refería a una cotidianidad espacial y temporal. Describía una cercanía con el territorio, una población recorrida y vivida que consiente la configuración de fuertes vínculos entre los vecinos, y al tiempo presente de ese transitar.

Estas reflexiones que mencionamos fundan el interés por seguir profundizando en la construcción de sentidos del pasado reciente en la cotidianidad, así como en los procesos de transmisión que permiten. Un asunto que, a medida que avanzaba el trabajo etnográfico, se fue ampliando a la consideración de las condiciones que distinguen la cotidianidad actual de La Aurora y que hacen posible la emergencia de esas memorias, pero también la temporalidad. Es allí donde se hace relevante, entonces, tener en cuenta la ocurrencia de situaciones de violencia.

Respondiendo a este recorrido en los apartados anteriores hemos descrito y sometido a análisis violencias y memorias, así como las relaciones entre ambas. Procesos de elaboración de pasados y presentes conflictivos que se entretajan y que, principalmente, emergen en el transcurrir de la vida cotidiana del barrio. En esta línea seguiremos reflexionando en el presente apartado, ahora incluyendo algunas conceptualizaciones sobre la vida cotidiana. Estas herramientas teóricas nos

ayudarán a pensar los efectos de las violencias, en cuanto se constituyen como transgresiones a la rutina en cuyo sentido afectan la vivencia del tiempo que permite un territorio como este.

Y es que resulta importante recordar que la descripción y análisis de las violencias en la población no constituye el objetivo central de esta investigación. Tampoco lo son aquellos comportamientos y prácticas que los habitantes puedan desplegar para enfrentar y gestionar su sobrevivencia, así como las estrategias para convivir con situaciones crónicas de opresión y terror, de la manera que ya lo hacen estudios en contextos relativamente similares (Cancimance, 2013). Si les hemos dedicado una parte significativa de este capítulo no es solo porque se trata de una problemática vigente, y que en esa medida afectará el transcurso del tiempo presente y los procesos de memoria y transmisión. También porque las mismas violencias de la actualidad se constituyen en nexos con el pasado. Una conexión que opera tanto desde narraciones oficiales en torno a las memorias de la dictadura como en la vida cotidiana de los vecinos. Ejemplo de ello son algunas escenas, fragmentos, descritas por pobladores que al focalizarlas parece como si pudieran ser transmutables, perfectamente situadas tanto en el pasado como en el presente. Este es el caso de Magdalena cuando relata que un día después del Golpe Militar, debido a su porfía de permanecer en la entrada de su casa a pesar de las advertencias de los militares, presencié cómo se colaba una bala por la chapa de su puerta para quedar alojada en una pared. De la misma manera, hoy algunos vecinos cuentan las balas que han ingresado y dejado marca en sus muros provenientes de enfrentamientos o muestran huellas de bombas lacrimógenas en sus patios, artefactos que también se colaban por los techos para dar en algún jardín en tiempos álgidos de dictadura. Y, en esta misma línea, otra de las imágenes que describen algunas mujeres al hablar del pasado dictatorial, en especial de sus primeros días y las jornadas de toque de queda de los años siguientes, hace referencia a la mezcla entre la continuación de la cotidianidad y la llegada de la excepción: cómo salían, generalmente acompañadas de sus hijos más pequeños, a comprar a la feria previa autorización de los militares que ocupaban el barrio y siempre portando su identificación, mientras en las esquinas habían tanques estacionados. De esta manera, militares, tanques y el mercado de cada semana se ensamblaban en esos días y se reflejan en las memorias del pasado, así como las balaceras se entremezclan con el transitar diario y los policías llaman la atención de los vecinos en medio de ese mismo espacio de comercio local hoy en día.

Es así como aludimos a situaciones extraordinarias que se imponen en plena normalidad diaria, como una incrustación que sucedía en el pasado, pero que igualmente sucede hoy conformando experiencias de la temporalidad que para comprenderlas y reflexionar en torno a ellas nos obligan a conceptualizar la vida cotidiana y sus interrupciones.

3.1. La vida que circula en el presente

Si hablamos de la vida cotidiana de la población fácilmente vienen a la mente elementos tan habituales como la feria, la compra del pan que diariamente se realiza por la tarde, la plaza, la reunión diaria a la hora del té (“tomar once”), ir al “poli” (centro de salud primaria), ir a “pagarse” (cobrar la

pensión), etc. Esto es, situaciones o actividades que se repiten día a día, semana a semana, o mes a mes, y que son parte de la cotidianidad, esa que se desarrolla sin pensar por qué ni cómo.

Es lo primero que pensamos cuando hablamos de vida cotidiana, aquello que transcurre de forma irreflexiva, como automática, donde todo es sabido, conocido, familiar y previsible, un mundo de obviedad que la repetición de certezas hace incuestionable (Lechner, 1988; Canales, 1995; Reguillo, 2005).

Pero también podemos pensar en un recorrido, una rutina que para Giannini (1987) se despliega, en términos topográficos, entre el domicilio, la calle y el trabajo, como un tránsito que es circular en la medida que finaliza nuevamente en el domicilio para comenzar de nuevo y pasar otra vez por la calle. Un carácter de circularidad propio de la dimensión espacial, pero también expresado en su estructura temporal en tanto que nuestros días se configuran a modo periódico, un ir y venir entre el hogar, el trabajo y la vía pública, detenciones y tránsitos que se repiten en forma de ciclo repetido por semana.

Espacialmente es el domicilio el eje de este proceso reiterativo. Esta categoría no se piensa tanto como hogar –asociado a afectos o tradiciones- sino como punto de partida y llegada, aquel lugar que permite protegerse y resguardarse de la dispersión de la calle, del trámite, y de la enajenación del trabajo, y con ello una pausa de recogimiento, de “reintegración a Sí”. Se trata de un espacio conformado por objetos y seres conocidos y disponibles, constituido en función de los propios requerimientos que permite tener certeza de cierta estabilidad de la vida y de sí mismo. Fuera del domicilio se encuentra el trabajo, lugar al que se llega por medio de la calle, vía de circulación que se erige como territorio abierto a encuentros, desvíos, distracciones, accidentes, a todo aquello que pueda pasar. El trabajo, por su parte, constituye un espacio externo necesario para sobrevivir, donde nos encontramos ya no en disponibilidad para nosotros mismos, como en el domicilio, más bien en disponibilidad para los otros. Y si el domicilio se constituye como el punto reflexivo espacial, aquel al que se retorna para comenzar nuevamente, el día festivo, dominical, lo es dentro de la estructura temporal de la vida cotidiana. Tiempo que se erige como espacio simbólico de regreso al “Sí” (entendido como “Yo”), en la medida que nos aleja de los tiempos semanales de la tramitación (Giannini, 1987: 57).

Por este constante regreso a un mismo punto de partida, que es espacial y temporal, Giannini caracteriza a la vida cotidiana como reflexiva, aludiendo con este término al movimiento circular y de retorno que constituye la cotidianidad y no a la actividad psíquica de la reflexión. Hablamos así de un mundo que este autor entiende en términos de circularidad entre tiempos y lugares, considerados en sentido simbólico y no tanto literal, en su afán de analizarlo como vía de acceso a la experiencia común, que es en definitiva su objeto de búsqueda. Un universo que, si bien es próximo a nuestra experiencia, ha resultado inexplorado y usualmente identificado con hechos y acciones insignificantes, con aquello que pasa sin que nos demos cuenta, sin pena ni gloria, eso que se da por descontando (Giannini, 1987; Lefebvre, 1972). Y es que, en efecto, se trata de una densidad imperceptible cubierta de aparente sencillez y liviandad. Dicho en palabras de Lefebvre:

“Lo cotidiano es lo humilde y lo sólido, lo que se da por supuesto, aquello cuyas partes y fragmentos se encadenan en un empleo del tiempo. Y esto sin que uno (el interesado) tenga que examinar las articulaciones de esas partes. Es lo que no lleva fecha. Es lo insignificante (aparentemente); ocupa y preocupa y, sin embargo, no tiene necesidad de ser dicho, ética subyacente al empleo del tiempo, estética de la decoración del tiempo empleado” (Lefebvre, 1972: 37).

La vida cotidiana nos recibe ya constituida al momento de nacer, mundo dado de cosas, actividades y relaciones que se nos presenta como real, la “realidad por excelencia”, de forma ordenada y coherente. Realidad que en esa calidad deberemos aprehender y aprender en tanto cargada de normas, pautas y convenciones sociales (Heller, 1972; Berger y Luckmann, 2001). En este sentido, es también la vida de “todo hombre”, sin excepción (Heller, 1977). Allí encontramos una heterogeneidad de actividades, cada una con distintos grados de significación, acciones que se despliegan en distintos ámbitos, como el doméstico, el del trabajo, el ocio, etc., ocupando cada uno de ellos un lugar en relación al otro y a la totalidad. Es decir, además de heterogénea, la vida cotidiana es jerárquica y su orden dependerá de la posición social de la persona –o más específicamente y desde la perspectiva marxista, de su lugar en la división social del trabajo- así como de las estructuras económicas y políticas imperantes (Heller, 1972). La amplia y diversa gama de prácticas que conforman lo cotidiano, no corresponde tanto a una suma de elementos, sino básicamente a una articulación que forma un todo (Lefebvre, 1981 citado por Lindón 2004).

Ahora bien, esta consideración acerca de la vida cotidiana como un ordenamiento establecido de cosas debe ser entendida en términos de un mundo cuyas características ya están constituidas al momento que llegamos a él. Y no como una supuesta rigidez, ni menos como la ausencia de posibilidades de transformación desde la misma rutina y habitualidad. En efecto, dar por sentado aquello que sucede día a día parece dibujar una aparente estabilidad y continua reproducción de la estructura social que oculta, tal como sostiene Elias (1998), las posibilidades de cambio. La estructura y la vivencia de la misma no pueden separarse, se influyen mutuamente como reproducción y como transformación, dice el autor, lo que en definitiva implica afirmar, según Lindón (2000), que lo social reside en lo cotidiano.

En este conjunto de actividades, pausas y tránsitos domina un pensamiento pragmático y, al mismo tiempo, espontáneo –característica que debe considerarse como tendencia en la medida que pueden darse diferentes grados de espontaneidad-. Predominan operaciones orientadas a la tarea, a una resolución cuyo motivo es esencialmente efímero, dirigido a aquello que se hace, se hizo o se hará. Este contexto operativo, a su vez, es necesario porque una detención reflexiva más profunda impediría el fluir adecuado para la consecución y la articulación de todo aquello que es preciso para sobrevivir, producir y reproducir la vida en sociedad (Heller, 1972; Berger y Luckmann, 2001). Asimismo, se actúa sobre la base de la probabilidad, un cálculo que se adecúa a la ocasión, es una estimación que, aunque escasamente científica, la mayoría de las veces permite alcanzar la meta, desenlace que de no producirse trae consigo lo que Heller (1972) denomina una catástrofe de la vida cotidiana. De este modo, en la medida que se confirman dichas pequeñas proyecciones se forman

juicios que, si bien son provisionales y producto de un proceso de generalización –también característico de la vida cotidiana–, permiten continuar con el devenir diario.

Dice Heller (1977: 25) que el tiempo de la vida cotidiana, al igual que el espacio, es antropocéntrico. La autora sostiene con esto que en términos espaciales la vida cotidiana refiere al “aquí” y con respecto al tiempo al “ahora”. Esto quiere decir que transcurre en el ambiente inmediato de cada persona o, dicho de forma gráfica, que “el ámbito cotidiano de un rey no es el reino sino la corte”. Con esto concuerdan Berger y Luckmann (2001), quienes además precisan que la realidad cotidiana no se agota en este ambiente inmediato, aun cuando sea el espacio central de la misma. Más bien, se experimenta en grados diferentes de proximidad y alejamiento e incluye muchas veces fenómenos que pueden no estar en esa inmediatez, en aquella zona de vida cotidiana que es directamente accesible a nuestro cuerpo. En este sentido, el hecho que nuestro posicionamiento cotidiano sea siempre el presente como dimensión espacio-temporal, lugar desde el que actuamos y observamos el mundo, no implica que el pasado no cuente en la vida diaria. Como afirma Lindón (2000: 11), en la experiencia del presente el pasado tiene relevancia “no como trayectorias, sino como experiencias pasadas y sedimentadas bajo la forma de conocimiento incorporado y disponible en el presente, como conocimiento a la mano”.

De aquí se desprende otro elemento propio de la cotidianidad que es la importancia que en esta esfera tienen las interacciones “cara a cara”, en la medida que justamente ocurren en ese espacio inmediato cotidiano por excelencia. El prototipo de la interacción social en el que mi presente es el presente del otro, mi “aquí” y “ahora” convive directamente con el suyo, espacio de proximidad que hace disponible recíprocamente la subjetividad de cada uno (Berger y Luckmann, 2001).

Se constituye así un transcurrir que sucede en el presente, como sistema de referencia temporal cotidiano. Un movimiento que va conformando una continuidad, la que según Giannini (1987) tiene como rasgos fundantes la previsión y los fines sin distancia. Por consiguiente, tenemos un tiempo, el actual, pero también un ritmo cotidiano. Un devenir, un despliegue “liso” entre las distintas y heterogéneas actividades diarias que se van articulando y combinando según el rutinario funcionamiento de la jerarquía espontánea, dando vida a una corriente constante que se desliza de forma fluida (Heller, 1972), ritmo fijo cargado de repeticiones que configuran un tiempo quieto e intrascendente. Un compás relativamente estable en cada esfera de la habitualidad que es necesario para el desarrollo de sus componentes, para su encadenamiento y para su misma economía, independientemente que un determinado contexto histórico pueda implicar una aceleración general de la rutina de los ciudadanos (Giannini, 1987; Heller, 1972).

En esta dinámica, uno de los elementos centrales que se juegan es la comunicación, porque es lo que permite interpretar lo que en ella sucede. De esta forma:

“el sentido de las prácticas cotidianas, por ejemplo, levantarse, asearse, vestirse, comer, usar el transporte, ir a trabajar, adquieren su pertinencia y relevancia cuando se verifica que tras ese conjunto de rituales prácticos existe un colectivo que sanciona y legitima esas prácticas.

Legitimación que se opera a través del acervo cognitivo y lingüísticamente disponible en una sociedad. Cada pequeña acción individual encuentra así una interpretación social que provisoriamente puede definirse como «discursos cotidianos para nombrar la vida». Discursos que se nutren simultáneamente de las prácticas y de la cultura depositada en las instituciones en un flujo continuo de producción de sentido” (Reguillo, 2000: 81).

Por tanto, la comunicación se constituye en una condición para la cotidianidad, debido a que allí se producen, reproducen y negocian los sentidos de lo canónico y lo ordinario que nos permiten transitar por lo cotidiano, pero también interpretar lo inusual (Bruner, 1995). Se crean presupuestos de la vida cotidiana que le otorgan sentido a las prácticas y van conformando un acervo de conocimiento que permiten el funcionamiento principalmente pragmático de ese transcurrir (Schütz y Luckmann, 1977).

No obstante, tal como los autores aquí incluidos advierten, la vida cotidiana no es plenamente coincidente con la rutina, entendida como “articulación de reiteraciones” (Giannini, 1987), puesto que incluye un componente problemático que es la transgresión. Aquel mundo de certezas y presunciones que fluyen espontáneamente en el diario vivir, convive con ciertas fisuras en ese curso “normal” de las cosas, de aquello que damos por seguro. Excepciones, situaciones que se apartan de lo ordinario, que ocurren rara vez, que no obedecen a la regla común de las cosas y que, como interrupción de ese transitar, exigen la atención de quien se mueve sin reflexión ni crítica. Ahora bien, este tipo de sucesos no necesariamente implican una salida del territorio de lo cotidiano, todo lo contrario, pueden pertenecer a dicha circularidad. Tal como señala Heller (1972), y por mencionar un ejemplo, ciertos cambios temporales como pueden ser las fiestas, no contradicen el ritmo unitario de lo cotidiano, más bien corresponden a simples variaciones que no alcanza a conformar modos de vida “irregulares” de permanente cambio de ritmo.

Para Giannini (1987: 81) las transgresiones, en términos generales, designan a “cualquier modo por el cual se suspende o se invalida temporalmente la rutina”. Esto quiere decir que la idea de transgresión refiere a una normatividad que, en este caso, corresponde a aquella que proviene del tiempo de la rutina, esa continuidad impulsada por una variedad de normas. Las transgresiones suelen parecer insignificantes, como puede ser una conversación casual o una pequeña sorpresa o imprevisto cotidiano, lo cual no quiere decir que no tengan la potencia de descolocar a quienes las viven. De todas formas, y aquí lo importante, en el curso de la cotidianidad vuelven a insertarse, más bien, a acomodarse en el hábito luego de resolverse y reorientar la acción. Es decir, en ese fluir constante suceden también cosas que obligan a detenerse, a preguntar, a cuestionar, a mirar –y mirarse en- una realidad que se impone en forma de acontecimientos no previstos, a utilizar nuestros saberes y deberes para interpretarlo. La fuerza de lo cotidiano actúa para reestablecer ese equilibrio otorgado por la regularidad del ritmo presente, para reintegrar lo sucedido a la estructura a la que pertenece, incluso –podría suceder- para volverlo también norma o hábito (Giannini, 1987; Canales, 1995; Reguillo, 2005). Como plantea Reguillo (2000), del tiempo distinto de la excepción la vida cotidiana extrae la fuerza de sentido que le permite explicarse, encontrar su sentido y renovar su

gestión. Se configura, entonces, un ir y venir entre el tiempo de la rutina y aquel de la interrupción, la circularidad descrita se ve marcada por “saltos” que luego regresarán a ella, juego que posibilita a su vez la innovación dentro de la vida cotidiana y que continúa configurando un ritmo fluido y estable en su devenir. Es así como en definitiva “el rodar cotidiano es, en su dimensión más honda, reiterada transgresión de aquella rutina que él mismo segrega” (Giannini, 1987: 77).

En suma, y a modo de síntesis, podemos decir que la vida cotidiana corresponde a un pasar que avanza en el presente, plagado de prácticas irreflexivas, normas y presupuestos que operan “hasta nuevo aviso” (Giannini, 1987; Reguillo, 2000, 2005; Berger y Luckmann, 2001). A un territorio que “en su trivialidad, se compone de repeticiones: gestos en el trabajo y fuera del trabajo, movimientos mecánicos (los de las manos y los del cuerpo, y también los de las piezas y los dispositivos, rotación o ida y vuelta), horas, días, semanas, meses, años; repeticiones lineales y repeticiones cíclicas, tiempo de la naturaleza y tiempo de la racionalidad, etc. [Así] el estudio de la actividad creadora (de la *producción* en el sentido más amplio) conduce hacia el análisis de la reproducción, es decir, de las condiciones en que las actividades productoras de objetos o de obras se reproducen ellas mismas, recomienzan, reanudan sus relaciones constitutivas o, por el contrario, se transforman por modificaciones graduales por saltos” (Lefebvre, 1972: 29).

3.2. Las transgresiones que expulsan

Habiendo establecido conceptualmente la esfera de vida cotidiana e instalado la idea de transgresión como parte de la misma, en la medida que es posible regresarla y reintegrarla a la normatividad del tiempo de la rutina, en este apartado profundizaremos en esa noción de interrupción. Ello con el objetivo de explorar en qué medida ésta puede o no llegar a constituirse en una ruptura tal que implique una vida “irregular” (Heller, 1972) y que, como tal, tenga efectos sobre la experiencia del presente, la construcción de memorias y la proyección de futuros posibles.

Decíamos que en el marco de la vida cotidiana suceden cosas que, en palabras de Giannini (1987), rompen con la temporalidad llana y desértica del transitar diario, impiden que opere la mirada previsor de la vida que representa la rutina. Se trata de lo problemático (Reguillo, 2005; Berger y Luckmann, 2001), aquello que se sale del marco de la ocasión social y de los roles y normas habituales para cada ocasión-tipo (Goffman, 1981), lo inusual que se aleja del encuadre de lo consuetudinario (Bruner, 1995), lo nuevo y lo extraordinario (Lechner, 1988). Eso que sucede es aquello que no es posible aprehender por rutina, digamos, automáticamente. Se trata, según Berger y Luckmann (2001), del sector de lo problemático el cual, a su vez, puede seguir dos caminos. Uno que no implica una “salida” de la realidad de la vida cotidiana y otro que, por fuerza, nos expulsa.

En el caso del primero, acontece algo que irrumpe y que suele conllevar un reconocimiento de aquello que hacemos, hicimos o haremos. Se trata de una detención en la medida que es algo que no hemos introducido, aun, en nuestro mundo de lo familiar. Tal suceso será posible incorporarlo, reinsertarlo, adquiriendo conocimientos y habilidades que no eran parte del propio acervo cotidiano,

o bien, mediante la reflexión, lo cual de todas formas implicará un enriquecimiento de la realidad de la vida cotidiana (Berger y Luckmann, 2001). En este momento opera la capacidad humana de interpretación narrativa que hace posible negociar y renegociar los significados y, así, darle sentido a lo inusual (Bruner, 1995). De esta forma, plantea Reguillo (2000), repetición y ruptura se constituyen en los elementos que ordenan la vida ordinaria, entre los cuales funcionan los discursos cotidianos que orientan el accionar, y sobretodo "protegen contra el acontecimiento". Permiten explicar lo disruptivo.

Dado que este tipo de interrupciones, las transgresiones cotidianas, no implican una fuga, nos encontramos aun en el terreno de lo habitual. Como dice Heller (1977), el carácter ordinario no dependerá de la frecuencia o del nivel de familiaridad del evento, o del hecho en sí mismo, sino más bien del contenido, de aquello que moviliza. Algo que la autora explica utilizando una noción traída de la filosofía vitalista, la *Erlebnis* o experiencia vivida interiormente, que desde dicho enfoque designa lo que se contrapone a lo estrictamente cotidiano, a lo que sucede cada día. Sin embargo, al contrario de lo planteado por esta vertiente filosófica, para Heller este evento "dominical", como puede ser una muerte o un nacimiento, no deja de ser cotidiano por el hecho de ocurrir ocasionalmente. Perfectamente se puede tratar de un evento único e importante que marque al sujeto y se imprima en la memoria, justamente como experiencia vivida interiormente, y puede continuar siendo parte de ese devenir.

Pero, entonces ¿cuándo nos situamos fuera de la vida cotidiana? Como dijimos, el sector de lo problemático puede seguir un segundo camino, aquel que nos sacude, según lo sostenido por Berger y Luckmann (2001). Para los autores, esto sucede cuando una ruptura instala una realidad completamente distinta a la presente, cuando un problema trasciende los límites del común de la cotidianidad y produce un desplazamiento de la atención más extremo que aquel que se puede producir habitualmente. Se da entonces un giro hacia una zona limitada de significado, una realidad otra caracterizada por significados y modos de experiencia circunscritos que genera un cambio radical en la tensión de la conciencia (podríamos contar aquí experiencias estéticas y religiosas, por ejemplo). De todas maneras, los autores también sostienen que aun cuando este tipo de desplazamientos puedan ocurrir, la cotidianidad tiende a mantener su preeminencia.

En este sentido y como hemos dicho, la vida cotidiana lucha por imponerse con fuerza y por sí sola, y en consecuencia pocas veces lo problemático llega a provocar esta remoción fuera de ella. De esta manera, salirse implica un esfuerzo si se trata de un interés deliberado de la persona –como sería el caso de una reflexión psíquica-, y si corresponde a una situación deberá ser un hecho que sobrepase nuestra capacidad de aprehenderlo y reinsertarlo.

Al considerar este marco conceptual, surgen inquietudes e interrogantes respecto de las violencias y conflictos en la población La Aurora desarrollados previamente, específicamente respecto de su carácter transgresor y los efectos cotidianos del mismo. Es cierto que podríamos hablar de la ocurrencia de coyunturas que pueden ser consideradas parte de la habitualidad del barrio, al modo

de transgresiones que van siendo “normalizadas”. No obstante, al mismo tiempo y dada la importancia, el impacto, la frecuencia, el carácter y la historia de lo que allí sucede, estos sucesos podrían estar constituyéndose en rupturas constantes y permanentes que lleguen a configurar *vidas extracotidianas*. Es decir, aquellas donde la urgencia y la incerteza que generan pasan a ser parte de la rutina, una especie de transgresión que no da tregua y al no poder integrarse termina modificando lo habitual (Canales, 1995). Esto es que lo someteremos a análisis a continuación.

Como ya apuntábamos un poco más arriba, dice Heller (1972) que el carácter cotidiano de un evento no depende tanto de su nivel de familiaridad. En este sentido, el hecho de que las violencias tengan recurrencia es relevante, pero no necesariamente será aquello que constituya vidas extracotidianas en las que permanentemente se anulan las funciones propias de la rutina y el fluir ordinario. Falta entonces un elemento por considerar que es, tal como sostiene la misma Heller, la importancia moral que se pone en juego en el actuar del día a día.

Aunque en la heterogeneidad de la vida cotidiana, plena de prácticas, detenciones y decisiones, es complejo distinguir tajante y taxativamente las acciones y elecciones moralmente motivadas de aquellas que no lo son, Heller (1972: 47) postula que “cuanto mayor es la importancia de la moralidad, el compromiso personal, la individualidad y el riesgo (que siempre van juntos) en la decisión sobre una alternativa dada, tanto más fácilmente se yergue ésta por encima de la cotidianidad y tanto menos es posible hablar de una decisión cotidiana”. Por lo tanto, el peso moral de una acción juega un papel central a la hora no solo de alterar el ritmo cotidiano, sino también de provocar crisis y quiebres en ese tiempo y espacio circular que configura la vida habitual. En este marco, escenas como la que se relata abajo ponen en juego diversos elementos que nos permitirán pensar las violencias y conflictos descritos en el segundo apartado de este capítulo, como transgresiones no cotidianas:

Según me han comentado las balaceras han aumentado desde unos meses hasta ahora. Ayer, mientras limpiábamos el teatro con dos integrantes más del colectivo se sintieron ruidos de balas, fueron varios, a modo casi de ráfaga y se sentían más cerca que de costumbre (muchas veces se oyen a lo lejos). Gustavo, amigo que estaba con nosotros, apenas sintió los disparos tomó su bicicleta y salió raudo. Me quedé pensando por qué el apuro y si era una buena decisión salir en ese contexto pensando en el fantasma de la bala loca que puede alcanzarte en la calle. Pasaron unos 15 minutos y volvió. Le pregunté por qué había salido y así, y me contestó que era porque su abuela, que también vive en el barrio, andaba “por allá”, o sea, hacia el sector “de abajo” de la población, por lo que había salido a buscarla, aunque luego de unas vueltas no la había encontrado. Apenas llegó me pidió el teléfono para llamarla y saber cómo y dónde estaba. (Relato de abril de 2014).

Las balas así como otro tipo de conflictos y situaciones límite generan emergencias que, a su vez, significan preocupaciones, vacilaciones, riesgos, decisiones y reacciones urgentes, niveles importantes de implicación por parte de los presentes, incluso vida y muerte. O sea, factores que

parecen ser claves en la constitución de transgresiones que nos hacen saltar fuera de la cotidianidad. Y es que hablamos de acontecimientos o personas que hacen no solo responder, sino que ser conscientes de las medidas que hace falta tomar porque sus consecuencias pueden ser decisivas. Momentos que podríamos llamar, siguiendo a Zigon (2007, 2009), dilemas éticos.

De esta manera, el ámbito moral de la vida se vuelve algo que nos atañe en la medida que permite pensar la cualidad, profundidad y magnitud de este tipo de transgresiones. Inmersos en esa esfera, dice Zigon que su punto crítico, esto es, aquello que marca e impulsa una remoción de la cotidianidad, es lo que denomina un quiebre moral (*moral breakdown*). Si la vida cotidiana se caracteriza por aquel modo irreflexivo de estar en el mundo como un tránsito por diversos comportamientos y disposiciones no intencionales de actuar, pensar y decir, los quiebres morales serán entonces aquellos momentos en los que dicho transcurrir "normal" se interrumpe, se detiene para dar lugar a la reflexión. El devenir ordinario cuyas expectativas y disposiciones morales son incuestionables y suelen ocurrir sin más, se rompe y aquello que se hace de forma automática aparece, se alumbra, se hace presente y disponible a la conciencia. Sucede un "darse cuenta", un cierto distanciamiento del modo mecánico de actuar a través del cual la actividad o decisión en curso dejan de estar simplemente pasando y obligan a enfrentar, a gestionar la situación. El sujeto es removido fuera de su ser moral cotidiano y se enfrenta a un dilema.

166

Como puede suponerse, estos planteamientos de Zigon (2007, 2009) entrañan una distinción clave entre la esfera de lo moral, entendido como disposiciones irreflexivas, y la activación que supone el quiebre. O, dicho en sus palabras, la diferencia entre moralidad y ética. Una distinción que formulada así es pertinente, entre otras cosas, porque apunta a comprender la experiencia de vivir una vida moral en un contexto determinado (local) y las formas cotidianas de resolución de los conflictos. Y no pretende abordar la existencia de distintas esferas morales y los choques entre ellas en una sociedad determinada, o bien, entender la vivencia moral en forma de valores absolutos, como se realiza desde otras perspectivas según el autor.⁷⁹ Concordante con esta línea de trabajo, para Zigon (2009: 273), por ejemplo, "la verdad y la mentira son negociadas, cuestionadas y trabajadas situacionalmente de forma diversa por distintas personas dentro y fuera de este contexto social. No hay un valor dominante que las personas se sientan obligadas a seguir, sino que hay una gama de posibilidades para actuar moral y éticamente".⁸⁰

⁷⁹ Para contextualizar es importante mencionar que lo planteado por Zigon forma parte de una discusión conceptual en antropología y otras ciencias sociales, dentro de la cual es posible encontrar diferentes visiones acerca de la moralidad y la ética. Simplemente a modo de ejemplo, podemos señalar que a diferencia de Zigon (2007, 2009), Kleinman (2006) sostiene que la moral, o más bien la experiencia moral, refiere a valores en un sentido amplio. Este autor, sin embargo, especifica que éstos valores no se corresponden necesariamente con el bien y el mal en un sentido absoluto, más bien tienen una inteligibilidad local. Esto quiere decir que en definitiva lo moral si bien nos habla de valores, alude a aquellos sentidos del bien y el mal, entre otros, que son construidos y por tanto vividos en un determinado contexto, y se modifican y adecúan a él para hacer frente a desafíos, cambios e incertezas. La ética, por su parte, ubicada en ese contexto de experiencia moral estaría constituida por aquellos valores que logran trascender dicha localidad y aspiran a una aplicación universal, y desde allí pueden guiar nuestro actuar.

⁸⁰ Traducción propia de: "Truth-telling and lying are situationally negotiated, questioned, and worked-through in different ways by different persons within and beyond this social context. There is no dominant value that persons feel compelled to follow, but rather there is a range of possibilities for morally and ethically acting". El autor alude al contexto particular de la sociedad rusa en los años 2000 donde realiza su investigación sobre los quiebres morales.

En este marco, Zigon (2009) entiende que la moralidad son aquellas inclinaciones corporales actuadas sin mediar intención ni racionalidad, mientras que la ética corresponde a la táctica activada en el momento de la ruptura que supone un dilema ético. La moralidad, así conceptualizada, no se refiere a un simple y coherente sistema de valores. Más bien nos habla de una articulación compleja entre concepciones morales construidas y desplegadas en diversos ámbitos: el institucional (religioso, estatal, laboral, etc.); aquel configurado por la circulación pública de creencias (medios de comunicación, discursos filosóficos, de protestas, etc.); y el nivel cotidiano de disposiciones encarnadas. Estos tres aspectos se enlazan entre sí para constituir un ser y una forma de ser en el mundo con otros. Dicho en palabras del autor (Zigon, 2007: 135), "el ser moral es habitar una disposición corporal, incluso se podría decir, habitar un alma que es familiar para uno mismo y para la mayoría de los otros con los que se entra en contacto. Es en esta familiaridad compartida de la moralidad que se puede hablar de lo bueno, o mejor dicho, ser bueno".⁸¹ En este marco, para comprender la complejidad del actuar y ser moral humano sin perder de vista su carácter múltiple y diverso, la noción de articulaciones morales se vuelve central. Ella permite entender un actor que más que reproducir inconscientemente un valor moral dentro de un contexto particular, cambia y se mueve de forma irreflexiva entre diferentes aspectos de la moralidad, así como dentro de las pluralidades que constituyen cada uno de ellos.

Como dijimos, la interrupción de la moralidad sucede cuando un evento o persona irrumpe en la vida cotidiana y obliga a reflexionar sobre la respuesta, se cuestiona algunos de los aspectos de la moralidad, o todos ellos, y opera la ética como aquello que se hace para enfrentar, resolver y gestionar la ruptura. Según Zigon (2009), se trata de un proceso cuyo objetivo será no solo resolver el dilema, sino sobre todo volver al modo de estar en el mundo de las disposiciones irreflexivas, la comodidad de lo familiar, del transcurrir llano del mundo de lo cotidiano que, de todas formas, no será el mismo luego de la fractura. Y por esta razón el dilema ético y su consecuente búsqueda de respuesta, instalan la posibilidad de cambio, de creación. Allí, las alternativas posibles, el rango de posibilidades y aquellas que se elijan no dependerán de principios morales absolutos ni estarán regidas por la meta de actuar de buena manera, "ser bueno o malo" o "hacer el bien o el mal". Estarán determinadas por las articulaciones de moralidades que informan al sujeto y la ética que permiten, por la conjunción de los individuos involucrados, las historias personales y experiencias que posibiliten su comprensión y razonamiento, así como las opciones culturales y socio históricas para pensar y actuar en ese tipo de situaciones. La meta final será siempre lograr la restitución de la moralidad cotidiana fisurada.⁸²

⁸¹ Traducción propia de: "To be moral is to inhabit a bodily disposition, one might even say inhabit a soul, that is familiar to oneself and most others with whom one comes into contact. It is in this familiar sharedness of morality that one can speak of the good, or more appropriately, being good"

⁸² Queda claro que desde esta línea de argumentación, la ética no corresponde a una especie de esencia a ser buscada en los sujetos o preceptos puros y absolutos. Más bien, se enmarca en una línea teórica que la conceptualiza como una dimensión contingente de la acción y del lenguaje que "se basa en las posibilidades humanas, tiene límites confusos, está llena de contingencia y nunca está libre de emoción". En este sentido, se asume que la ética "forma parte de la vida tal como se vive con los demás, se desarrolla en la interacción y la conversación con los demás en lugar de trascenderlos, y dentro de un contexto histórico, cultural y social dado" (Lambek et al., 2015: preface).

Pero ¿por qué nos es relevante aquí esta discusión, en el marco de una investigación sobre la construcción de memorias sobre la dictadura en la población La Aurora y los procesos de transmisión intergeneracional? ¿Qué tiene que ver la moralidad y la ética? Es cierto que la relación entre moralidad, ética y memoria puede pensarse de diferentes formas. Incluso la misma práctica de recordar puede pensarse como una ética, un deber, un modo comprometido de estar en el mundo.⁸³ No obstante, aquí nuestro debate no va en esa dirección. La discusión que planteamos a partir de la noción de quiebre moral pretende, a través una aproximación desde la vida cotidiana, sostener dos argumentos interrelacionados sobre nuestro objeto de reflexión.

El primero, apunta a la ocurrencia de sucesos que sacuden fuera de la cotidianidad a quienes se sitúan permanente o temporalmente en el territorio. Acontecimientos que expulsan del ritmo habitual y fluido en la medida que contienen compromiso personal o colectivo, riesgo, peligro, sorpresa, sufrimiento, etc. y, con ello, implican quiebres morales. Si bien Zigon (2009: 274) desde su propuesta teórica y en una mirada general, intenta situar estas rupturas dentro del devenir "normal" de todo ser humano y no lo identifica como algo excepcional ni único en la vida -"vivir una vida humana es pasar toda una vida cambiando entre moral y ética" afirma-. También reconoce que en el diario vivir de la rutina y la moralidad, la ocurrencia de los quiebres será ocasional. A lo cual agregamos que, como es de suponer, habrá aquellas rupturas que impliquen un rápido retorno al fluir irreflexivo y otras que según la importancia del dilema implicado efectivamente nos expulsen de forma drástica fuera del mismo. Entonces, nos preguntamos ¿qué ocurre cuando estos *moral breakdowns* suceden ya no ocasionalmente y además muchos de ellos llegan a constituirse en situaciones límite? Y sostenemos, según lo revisado hasta aquí, una cierta frecuencia de eventos extraordinarios de carácter muchas veces violento, riesgoso y conflictivo en la población La Aurora. O sea, la transgresión de la cotidianidad instalada en el territorio.

En segundo lugar, postulamos que dichas interrupciones implican, a su vez, una aceleración del devenir diario. Esto quiere decir que no se trata solamente de detenciones que requieren y exigen una respuesta éticamente apropiada, sino además y sobre todo, que son respuestas necesarias, urgentes, rápidas, que apremian y que, por lo mismo, producen una aceleración de la cotidianidad.

De este modo, la inclusión de esta discusión no tiene por objeto enmarcar esta investigación en una antropología de la moral. Tampoco apunta hacia un análisis de las formas de resolución de disquisiciones morales, a cómo los vecinos actúan en tiempos urgencia o si sus decisiones son éticamente apropiadas y cómo ello informa sobre concepciones y disposiciones morales locales. Apuntamos, en primer término, a clarificar en qué sentido afirmamos que se trata de transgresiones a la vida cotidiana, en tanto que quiebres morales que impelen la activación de la ética como táctica contingente y urgente. Y, en segundo término, a pensar el efecto en el tiempo cotidiano de la sucesión de situaciones urgentes, violentas, extremas, su impronta en la temporalidad, para luego preguntarnos cómo allí, en un contexto de transgresiones de la vida cotidiana, el pasado también emerge y se transmite.

⁸³ La noción de deber de memoria fue abordada en el capítulo 1, apartado 1.2.

En este marco, entonces, podemos pensar el compromiso moral y ético que representan muchas de las situaciones relacionadas en el apartado sobre violencias. Aun cuando es evidente que, como dice Heller (1972:49), “no hay <<Muralla China>> entre las esferas de la cotidianidad y la moral”, si hablamos de situaciones que implican urgencia y dudas sobre un actuar ético, e incluso donde está en juego la vida y el dolor, podemos sostener que en este territorio la expulsión fuera de la vida cotidiana no solo es frecuente, sino también forma parte de su trayectoria. Y, a partir de allí, continuar en la línea de pensar sus consecuencias en la temporalidad y la transmisión del pasado reciente.

4. Transgresiones y temporalidad

Hemos dicho hasta aquí que la vida cotidiana se constituye en un transcurrir reflexivo, en tanto que circular, que sucede en el presente de forma estable y repetitiva, trazando un ritmo continuo en el que, si bien la rutina es suspendida a través de sucesos, de saltos en ese fluir, ésta tiende a reestablecerse a menos que la transgresión sea tal que provoque una ruptura. Es entonces cuando nos vemos fuera de la cotidianidad y retornar implicará un esfuerzo mayor o será necesario modificarla de forma drástica.

A partir de este esquema, dibujado a modo de síntesis, podemos suponer que aquellas transgresiones que por su compromiso moral y de riesgo nos llevan a la esfera de lo extraordinario, tendrán un efecto mayor en la temporalidad cotidiana. En el sentido de que la fractura en el curso del presente y el avance fluido habitual de esa proximidad con el sujeto, será más drástico y/o sostenido en el tiempo. En esta línea, podríamos plantear que en un territorio en el cual la transgresión asociada a acontecimientos violentos y/o conflictivos, se hace frecuente y extrema, afectará la relación al presente y, con ello, influirá también en la construcción de memorias del pasado y en la percepción del futuro. Ahora bien, se trata de una tesis que podemos ensayar no sin antes especificar algunas cuestiones como: ¿en qué sentido la violencia afecta el presente local? ¿Toda “violencia” tendrá iguales efectos sobre la temporalidad? Y si la relación al pasado también es influida ¿qué pasado o qué memorias se pondrán o no en juego? ¿Cómo pensar la transmisión en un escenario como éste?

En el ámbito de memorias locales y los procesos de transmisión intergeneracional, aunque no necesariamente desde un abordaje de la vida cotidiana, Crenzel (2011) analiza en qué medida ciertas condiciones materiales de vida, entre otros factores intervinientes, afectarán dichos procesos. En concreto, el autor evidencia una ruptura en los procesos de transmisión de conocimiento y memorias sobre el pasado dictatorial, en un barrio argentino contiguo a un ex centro clandestino de detención y tortura. Habla de un quiebre que, por una parte, responde a una interrupción en las relaciones entre el hospital como espacio de represión y el barrio. Es decir, a una falta de instancias locales de memoria, ausencia de espacios de sociabilidad que les permitan a los jóvenes conocer y dotar de sentido el pasado represivo. Un falta de tejido social que asegure la transmisión de memorias y saberes. Y, por otra parte, lo vincula con “un contexto material y político que tampoco favorece la

diferenciación subjetiva del tiempo ni su historización. Por el contrario, la pervivencia de la represión, del miedo y de la desigualdad contribuye al reforzamiento de un tiempo continuo y sin fronteras” (Crenzel, 2011: 130).

De esta forma, en este contexto particular marcado por una continuidad de situaciones de violencias de diversa índole (estructural, política, policial, cotidiana, etc.), tanto la escasa socialización con el pasado dictatorial como la trayectoria reciente del barrio –desde los acontecimientos represivos de los años 70 hasta la actualidad-, se conjugan para dar forma a un presente en el que los jóvenes poseen un escaso interés y conocimiento acerca del pasado conflictivo. El pasado se vive como extraño. Estas condiciones impiden, según Crenzel (2011), un trabajo de memoria, en el sentido que propone Jelin (2002a), como un trabajo elaborativo individual o colectivo que implica una toma de distancia crítica hacia el pasado. Labor que, a su vez, permite distinguir entre pasado, presente y futuro, interpretar, comprender y promover reflexiones sobre lo ya acontecido y dicho trazado temporal. Dicha tarea activa del sujeto o grupo, requiere también la existencia de marcos interpretativos para la comprensión de la experiencia pasada y para construir expectativas futuras – lo que serían memorias emblemáticas desde Stern (2001)-, y que permite superar las repeticiones, olvidos y abusos políticos, así como darle un sentido politizado a la memoria.

Nos referimos, por consiguiente, a un efecto en la temporalidad determinado por un contexto represivo que se ha hecho, de alguna manera, inmutable o que como mínimo ha mantenido ciertas características desde hace más de 40 años. La ausencia de un corte impide la existencia un giro narrativo que permita interpretar un pasado identificable y delimitable. Se configura una continuidad de la experiencia temporal que tampoco permite la proyección e imaginación de futuros posibles. Postula Crenzel (2011) que de esta forma se termina por constituir una especie de presente crónico para los jóvenes, gracias al cual no es posible distinguir, recordar un pasado no-violento. Una situación similar a aquello que observa Cavalcanti (2003) para el caso de una favela de Brasil. Allí, el papel de la persistencia de la violencia es aún más crítico en tanto ocurre en un territorio que sí alberga iniciativas y vehículos de memoria sobre la dictadura y, a pesar de ello, ese pasado es percibido como irrelevante frente a un presente marcado por la falta de expectativas políticas, sobre todo por los jóvenes. Se trata, según la autora, de un barrio en el que la acción política fue desmantelada y la irrupción del narcotráfico ha sabido sólo de políticas basadas en la represión y la militarización. Los habitantes más antiguos miran con nostalgia su pasado de luchas por la posesión de tierras y con impotencia la llegada de la droga al mismo tiempo que en los jóvenes se da una ausencia de transmisión del pasado dictatorial. A diferencia de lo que ocurre en las clases medias de la ciudad que habitan otros espacios, en este sector no parece existir la posibilidad de construir dicha memoria en forma de un periodo de excepción en la medida que no hay cese en la violencia. En la trayectoria local no existe un quiebre que permita la elaboración de sentidos del pasado, es decir, sucede, al igual que lo planteado por Crenzel, que la represión y la violencia incesantes conforman condiciones de vida que inauguran una dificultad, mejor dicho, una “imposibilidad de construir memorias narrativas de la represión de la dictadura [que] apunta a una vida cotidiana que debería ser considerada excepcional” (Cavalcanti, 2003: 205).

Como podemos ver, en estos planteamientos el énfasis se sitúa en cómo las violencias que persisten en los barrios impiden una pausa, un lapso de tiempo que permita situarse en un presente que es distinto del pasado y desde ahí construir memorias, vincularse con la actualidad y proyectarse. Está en juego la posibilidad de distinguir, pero también de distanciarse de la experiencia violenta cotidiana, desapegarse, podríamos decir, del ámbito próximo para generar transgresiones cotidianas en un sentido reflexivo interpretativo. Se requiere de esta separación para ver el presente y entonces acudir al pasado para comprenderlo. Esta ausencia de corte, como lo refieren ambos autores Crenzel y Cavalcanti, promueve la instalación de un continuo de violencias, a pesar de que el pasado dictatorial sea un periodo concreto y reconocido respecto del cual se han construido y erigido narraciones oficiales. En el conocimiento de estas últimas juega su rol la socialización en torno a estos temas.

Pero es la existencia de un presente continuo una de las ideas centrales, algo que desde una mirada nacional Pécaut (1999) denomina destemporalización, como un producto de la imposición de la violencia en una sociedad. Esta conceptualización se articula en torno a la falta de referentes que el autor identifica para el caso de Colombia. Aunque reconoce que en este tipo de contextos se ponen en juego distintas temporalidades (las de los jóvenes, de los viejos, de los desplazados, etc.) sostiene que hay efectos de la violencia sostenida que son compartidos y transversales, como son la inestabilidad, la excepcionalidad y la centralidad del acontecimiento. Elementos que se insertan en la vida cotidiana, en la rutina y pasan a ser parte de ella sin más, se repiten y se van sumando. Pasan sin dejar particulares marcas en la memoria en tanto se van sucediendo unos a otros, superponiéndose sin que luego se pueda distinguir un origen. Lo que hay es acumulación: "cada uno deja sólo una huella, algo así como la cola de un cometa, pero una huella que no se inserta en una historia enunciable. Banalidad y excepcionalidad de la violencia se mezclan rápidamente en una trama imprecisa. En el desarrollo ininterrumpido de los acontecimientos, los referentes se borran y el olvido es constitutivo de la relación con el instante. Prevalece el "inmediatismo" (véase Zaki Laïdi, 1998), y viene a inscribirse en un tiempo desprovisto tanto de "horizonte de espera" como de puntos de referencia estables en el pasado" (Pécaut, 1999: 24).

Esta falta de proyecciones y de referentes pasados claros, de todas formas, no implica una ausencia de pasado o, podríamos agregar, de memoria. Más bien, según Pécaut, sucede que esa especie de continuidad establecida con el pasado en forma de repetición a la que cada acontecimiento se suma produciendo el inmediatismo mencionado, va dando vida a un pasado mítico que habla de una violencia antigua. Ésta, aunque no determinada con claridad porque es distinta para unos y otros, hace que la violencia actual sea percibida como un regreso de esa anterior, como si en realidad nunca hubiese dejado de existir, ni haya perspectivas que deje de hacerlo. Para el autor, a esto se agrega el hecho que en Colombia no se ha construido un relato histórico que ayude a interpretar las catástrofes, así como a proyectar el recorrido nacional como uno necesario para una sociedad moderna e integrar allí esa oscilación permanente entre el tiempo del acontecimiento y el del mito. No sólo hace falta distancia para elaborar tal narrativa, sino también un punto de partida. Según Pécaut (1999: 27), en definitiva, ésta "compromete la existencia de una matriz de inteligibilidad. La

complejidad real del fenómeno hace el resto: ratifica, más claramente que nunca, una temporalidad fundada en la única sucesión de hechos”.

Es así como se sostiene que el terror y su forma de funcionamiento en Colombia actúan destruyendo los referentes temporales, produciendo una destemporalización, una falta de relato colectivo y de un esquema temporal. Una consecuencia que también alcanza el ámbito espacial. El territorio se fragiliza debido a la multiplicación de frentes y la lucha por el control generan lugares en constante disputa, a merced de los distintos juegos de fuerza por lo cual la población, incluidos los desplazados, no logran identificar quién o quiénes controlan sus tierras, menos distinguir un espacio seguro para refugiarse. De esta forma, “en todas partes, las fronteras se vuelven imprecisas y fluctuantes”, ocurre una desterritorialización que homogeniza el territorio “puesto que todos sus puntos se encuentran orientados hacia los actores armados. Pero, sobre todo, este espacio se desmaterializa: cada uno de sus puntos son definidos por su posición, real o virtual, en las redes a través de las cuales se ejercen presiones de los grupos armados. Se vuelven así un “no-lugar” (...) espacios que, privados de toda característica material, resultan de las interacciones entre redes de fuerza” (Pécaut, 1999: 18-19).

La tesis de Pécaut trabaja, en suma, sobre la destrucción de puntos de anclaje, de comparación, de mira, en los ámbitos temporal y territorial que a su vez tiene efectos en la subjetividad ya que se debilitan las posibilidades de los sujetos de afirmarse en medio de referentes contradictorios. Destemporalización y desterritorialización que dejan al sujeto sumido en un contexto de desconfianza, inestabilidad e incertidumbre, en ausencia de referencias sociales que le faciliten comprender e inscribir aquello que sucede en una perspectiva de conjunto. Se le impide, de la misma manera, narrar la experiencia tanto a nivel individual –integrar su trayectoria personal en una trama única- como global. De aquí el efecto de fragmentación y ausencia de narración que mencionamos en el capítulo anterior.⁸⁴

Con estas menciones, podemos observar cómo Crenzel (2011) y Cavalcanti (2003), desde una escala local, y Pécaut (1999), desde una nacional, proponen análisis que coinciden en elementos tales como: contextos en los que se dan distintos tipos de violencias pasadas y presentes que afectan la temporalidad; sucesos que configuran un presente perpetuo que tiene al acontecimiento como protagonista en ausencia casi total de referentes; dificultad en la construcción de sentidos del pasado y/o directamente ausencia de transmisión intergeneracional de memoria.

Desde una mirada general y según lo revisado hasta aquí, podríamos pensar todas estas circunstancias en relación a la población La Aurora, aunque para ello habría que tener en consideración al menos dos cosas. Primero, que al hablar de la población aunque hayamos descrito situaciones de violencias, no nos referimos a un contexto de terror propiamente tal. Esto es, equiparable al conflicto armado colombiano o a una guerra civil, donde la violencia generalizada y el

⁸⁴ Véase Capítulo 2. La fragmentación de la memoria y de la auto narración para Pécaut (1999) es producto del impacto en la subjetividad de la pérdida de referencias sociales, a ello el autor llama desubjetivación, entendida como una disociación, la dificultad de integrar la propia vida en un relato, en una trama que supere una secuencia de fracciones sucesivas.

miedo producen la pérdida de las referencias básicas que permiten mantener una identidad como el territorio, la familia, etc., junto con una pérdida de la perspectiva de futuro, y la desestructuración de la vida cotidiana (Cancimance, 2013: 177). Y, en segundo lugar, que se trata de un barrio considerado emblemático en relación a lo sucedido en dictadura, a partir de lo cual se han construido narraciones oficiales, reconocimientos públicos y espacios de aprendizaje y memoria, respecto de lo acontecido a nivel de país y de los sucesos locales.

Ambas consideraciones apuntan a poner atención al tipo de territorio y sus particularidades. Un ejercicio que para ser profundizado debe recurrir al relato etnográfico en la medida que éste ilustra aquellas situaciones que hemos entendido hasta aquí como violentas. Nos hace posible ponerlas en escena, traerlas al análisis conceptual. Y, por otro lado, es una vía para detallar, describir, desgranar, dichas circunstancias más allá de una simple constatación de su ocurrencia. Es decir, poner en juego la situación de violencia “toda” tal como se despliega un día cualquiera, aquello que la acompaña, que la precede, que la sucede como entrelazamiento no sólo de violencias, sino de sensaciones, pensamientos y acciones de diversa índole –como puede ser la incertidumbre, el apremio, la sorpresa, etc.-. Y es que, en definitiva, es todo eso lo que ayuda a comprender su impacto en la cotidianidad y la relación al tiempo. Así, sostenemos que para este tipo de reflexiones la simple mención o enumeración de situaciones de violencia como acciones discretas no es suficiente, ya que muchas veces con ello se termina por ocultar el efecto que, aunque pequeño, puede provocar en la vida diaria.

Me estaciono justo al frente del teatro. En el primer piso están ensayando los niños, en el salón hay 4 niñas, el tallerista y Valeria que apoya. Arriba está Ismael, de 8 años, y Victoria, de 7, viendo videos en el computador de Ismael. José, otro miembro del teatro está en el tercer piso. Viky, otra del grupo habla por teléfono. Con Javiera, que viene conmigo y es también parte del taller de mujeres, nos servimos un café, esperamos que llegue el grupo al ensayo. De repente baja José corriendo y gritando que nadie salga del teatro, yo no presto mucha atención, hasta que se escuchan balazos, primero lejos, luego muy cerca, justo afuera. Viky le dice a los niños que salgan de la ventana rápido, se ponen debajo de la mesa, yo me agacho, Javiera y Viky igual. Se escuchan más balazos, chirridos de auto. Ismael se ubica rápido debajo de la mesa y dice algo así como “todos abajo!” riéndose. Victoria está tranquila, hace bromas con Ismael. Me levanto, Valeria me pide que los niños no se acerquen a la ventana. Ya no se oyen balas. Sube Gustavo, otro miembro del teatro que había bajado corriendo al primer piso, con una niña que viene llorando... la consolamos, le ofrezco un vaso de agua. Valeria sube y regaña a Ismael y Victoria porque insisten en acercarse a la ventana, Victoria dice que se acerca porque quiere su vaso de jugo que había dejado cerca, pero ríe como si estuviera inventando una excusa para poder mirar. Ante ello Valeria les repite “no jueguen con su suerte, no jueguen con su suerte”. Mientras tanto, entre varios se conversa sobre la necesidad de ir a dejar a los niños a sus casas pasados unos minutos, con Javiera llamamos a las mujeres del taller que tenían que venir a ensayar para que esperen un poco antes de salir de su casa. Finalmente decidimos que como vine en auto, puedo ir a dejar a los niños y de paso recojo a las mujeres. Le aviso a Lidia por teléfono, le explico, y me dice “ah pero si me voy sola no más, estoy acostumbrada” con tono relajado y sonriente. Bajamos, la puerta del teatro está abierta y afuera hay gente reunida,

vecinos que salieron de la calle aledaña para ubicarse en la esquina. Hablan, comentan, se ven caras de preocupación. José sale raudo, se va con una vecina en su auto que también estaba estacionado afuera, dicen que van al hospital. De repente se escuchan nuevos chirridos de ruedas, sale rauda una camioneta gris con azul, una especie de van. "Parece que el baleado fue un vecino de la calle Abril, el tío Mauro de las bicicletas" me dice Viky. Me explica que los balazos no eran para él, que estaba justo en el lugar equivocado en el momento equivocado, y agrega "¿no lo viste? Es el que estaba recién aquí parado afuera del teatro". (Relato de diciembre de 2015)

La habitualidad de un día de talleres en el teatro se interrumpe con el sonido de balas. Inmediatamente se desatan una serie de reacciones y respuestas rápidas, algunas impulsivas, otras ya asimiladas por lo conocido del acontecimiento, y otras reflexionadas a propósito de la particularidad de esta contingencia. Se despliegan operaciones orientadas a gestionar una urgencia, carácter dado por el riesgo y la incerteza que implican el hecho de no saber de dónde vienen ni a dónde van las balas. Entonces, hay que esconderse debajo de la mesa, sacar a los niños de la ventana y resguardarlos, salir a ver si se necesita ayuda cuando pasa la balacera, partir al hospital con el herido, ir a dejar a los niños a sus casas, avisar a quiénes vienen a la siguiente actividad, informarse sobre lo sucedido para ver si se puede colaborar en algo. Todas éstas acciones que en otras situaciones inesperadas como las relatadas en este capítulo, se cambiarían por respuestas de similar carácter, concretas y acordes a la ocasión como son: partir raudos a la comisaría a intentar sacar al compañero detenido, conseguir recursos y activar redes para una emergencia médica o cambiar el recorrido habitual por encontrarse con un nuevo control policial en la población.

En el caso descrito arriba, se trata de una irrupción del devenir ordinario que instala varias cosas en quienes la vivimos. Primero, una constatación: nunca se había producido un baleo frente al teatro en horario de talleres, es decir, con niños presentes, es primera vez. Segundo, una preocupación: si ya sucedió una vez podría volver a pasar. Tercero, un interrogante: la incertidumbre de su recurrencia. Todo esto como primeras sensaciones que, además, se acompañan de un velo de extrañeza, incomodidad y algo de miedo. Pero, sobre todo, premura por reaccionar, aunque no se sepa bien cómo. Hablamos de sensaciones y pensamientos generados por lo imprevisto del acontecimiento, una situación que siempre tendrá ingredientes novedosos, intempestivos, sorprendidos incluso desconocidos, aun cuando puede ya haber sucedido en la población. Sus propiedades serán ineludibles incluso luego de obtenida la información sobre lo ocurrido, y es que siempre contienen el elemento inesperado. En este sentido, lo que aquí describimos serán efectos y preguntas que surgen también al presenciar otro tipo de situaciones: cuándo y dónde se producirá un nuevo allanamiento; si al cruzar la calle la policía me detendrá para pedirme identificación; o si será alguien conocido el próximo en "estar en el lugar equivocado en el momento equivocado".

Tenemos, entonces, por lo menos dos efectos claros del acontecimiento para seguir desarrollando. Por una parte, la irrupción de la excepcionalidad en la vida cotidiana, fenómeno que ya habíamos mencionado en el capítulo anterior vinculada a las memorias de la dictadura. Sucede algo

extraordinario, irrumpe en la vida cotidiana y en su repetición o instalación permanente se inaugura la incerteza, la duda, la alerta.

Por otra parte, se encuentra la urgencia que se desata a partir del evento. A partir de él se produce un dilema y su respectiva exigencia, la de reaccionar y hacerlo de forma rápida y efectiva puesto que lo que está en juego es significativo: un grado de sufrimiento, la propia integridad, la de un amigo, la lealtad hacia los vecinos, la responsabilidad sobre otros, la magnitud del daño, etc. Lo que, a su vez, genera preguntas relativas a decisiones éticas pequeñas, pero relevantes porque apremian: ¿salimos a dejar a los niños para que estén seguros o es arriesgado (para ellos y para nosotros, no sabemos si volverá quién hizo los disparos)? ¿Es mejor llamar una ambulancia y/o esperar que llegue la policía o partir con la víctima al hospital?

De esta manera, en aquel espacio que hemos descrito como una circularidad fluida en la que prima la repetición y la estabilidad se produce una aceleración. Y decimos aceleración porque ese juego entre la preminente certeza de la vida cotidiana y la transgresión cargada de riesgo se puede pensar en relación al tiempo, y cómo el apremio que despliega una situación de violencia, ya sea física, política, simbólica, cotidiana y/o estructural produce un cambio en el ritmo cotidiano –y en la tensión de la conciencia, como dirían Berger y Luckmann (2001)-. Este tipo de interrupciones de la rutina obligan a actuar de inmediato y, además, funda una incertidumbre que si se hace sostenida y termina por constituirse en un precedente para las siguientes, produce un nivel de alerta constante en una vida cargada de acontecimientos. Esto sucede a nivel habitual, en las interacciones del día a día, la temporalidad de la normalidad y la obviedad es alterada, interceptada y apurada de forma imprevista, a modo de emergencia, dando vida a un tiempo cotidiano sobresaltado.

Todavía recuerdo una vez que recibí una llamada desesperada, un amigo de la población me pedía si podía averiguar con un familiar médico a dónde podían llevar a un vecino que se había caído arreglando su techo y necesitaba atención urgente. Había ido al hospital, pero había decidido volver a su casa por malos tratos allí recibidos y las largas esperas. Corté el teléfono y preocupada comencé a llamar gente intentando ser de ayuda. Al rato y nerviosa porque no tenía muchas respuestas me comuniqué para saber cómo seguía el vecino, estaba bien, ya había pasado la emergencia, se había resuelto con la ayuda de otro vecino. Fue una de las tantas veces que sentí que no lograba responder u operar con la urgencia, no podía “dar” con el tiempo del territorio. Un ritmo que además implica cercanía, proximidad, en la medida que así como surge un evento que acelera la cotidianidad, se retrae en un movimiento imperceptible para quien no se encuentra en ese radio cercano. Una de las tantas veces que por eso me sentí extranjera.

Es así como podemos pensar que muchas veces las conductas puestas en marcha a partir de la eventualidad, tienen relación con responder acorde a ese tiempo turbado y no tanto con acciones heroicas ajustadas a sistemas o valores morales activados por una determinada contingencia. En este sentido, puede entenderse la ética como una táctica, en este caso, precipitada, urgida por la emergencia.

Ahora bien, si volvemos a las ideas mencionadas en relación a los efectos de las violencias (presente continuo, incertidumbre, inestabilidad) y sumamos ahora la urgencia y aceleración a saltos de la vida cotidiana, hay que tener presente lo dicho respecto de los quiebres morales como aquello que produce transgresiones que nos expulsan del fluir ordinario. Y ¿por qué? Porque las ideas de apresuramiento, inmediatez, y otras ya mencionadas, podrían ser pensadas como características de la vida contemporánea y no necesariamente, o únicamente, como productos de la vida en un territorio intervenido y sometido a diversos tipos de violencias y conflictos.

Desde las ciencias sociales, la historia y la filosofía, entre otras disciplinas, se ha abordado el tema de la aceleración como característica del proceso de modernización de la sociedad occidental, incluso como rasgo constitutivo de la modernidad. Se sostiene, dentro de una vasta discusión que trasciende la perspectiva de estudio de la vida cotidiana, que diferentes esferas de la vida se han visto aceleradas principalmente debido al desarrollo y auge del capitalismo, sobre todo en la modernidad tardía o postmodernidad. Según Ramos (2010), distintos autores han aportado al debate proponiendo conceptualizaciones que permitan abordar el tiempo social en el mundo contemporáneo y aprehender aquello que, en términos generales, puede ser entendido como aceleración de la vida moderna. Se trata de un análisis complejo en el que es posible encontrar diferentes énfasis, aunque la mayoría coincide en el diagnóstico mencionado.

Dentro de esta discusión, Rosa (2011: 18) distingue y precisa tres categorías o esferas de aceleración: la tecnológica desplegada en ámbitos como el transporte, la comunicación y la producción; la aceleración del cambio social como proceso que le ocurre a la sociedad en su conjunto; y aquella que sucede en el ritmo mismo de la vida social, referida más concretamente a "la velocidad y comprensión de las acciones y experiencias de la vida cotidiana".

Como efecto de estos procesos de aceleración algunos autores refieren a la importancia que adquiere el presente en la experiencia del tiempo. Esto es, a una especie de presentismo contemporáneo que incluye elementos como la primacía de lo instantáneo, el desinterés por el pasado, la generación de incertidumbre, entre otros (Ramos, 2010). Una idea que también está contenida en la noción de presente contraído de Lübbe (1998), para quien el pasado corresponde a "lo que no se puede mantener/ya no es válido" y el futuro a "lo que todavía no se puede asir/no es aún válido". El presente, sería entonces el lapso en el cual los horizontes de la experiencia y de las expectativas coinciden. La clave estriba en que las experiencias pasadas se pueden aprovechar para sacar conclusiones y orientar las acciones a futuro en esos lapsos de tiempo de relativa estabilidad, es en ellos donde existe alguna certeza sobre la orientación, evaluación y expectativas. En este marco, la aceleración social, producida por las precipitadas tasas de innovación cultural y social, refiere a una contracción de los intervalos del presente y la disminución de la fiabilidad en las experiencias y en las expectativas (Lübbe, en Rosa 2011). Dicho de otro modo, "las cosas vividas y aprendidas no son base para generar expectativas plausibles ya que lo que ha sido válido ayer deja de serlo hoy y, con más razón, mañana" (Ramos, 2010: 9). En fin, un aumento de la velocidad de la

vida que tiene consecuencias en la vivencia del presente, se producen cambios más de prisa, aumenta la contingencia, hay mayor dinamismo y cada vez más escasez del tiempo.

A su vez, el presentismo excesivo provoca una destemporalización de la vida, según Rosa (2011: 33). Esto es, una trayectoria que "ya no se planifica sobre una línea que se extiende desde el pasado al futuro; en su lugar, las decisiones se toman de 'vez en cuando', según las necesidades y deseos situacionales y contextuales". A diferencia de lo que sucedía en siglos anteriores cuando las contingencias eran externas a la sociedad, hoy el constante enfrentamiento a hechos imprevisibles que impiden la planificación del futuro y que provienen de las mismas estructuras sociales producen un situacionalismo.

Nos referimos de esta manera, a una transformación en el mismo ritmo cotidiano lo cual promueve una vivencia rápida y apremiante del presente. Esto quiere decir que aquella repetición de actos irreflexivos, normas, pausas y pequeñas transgresiones que configura la vida cotidiana en su totalidad se ve apurada producto de la época y las respectivas transformaciones en las formas de vida. Sin embargo, si bien podemos tener en cuenta este fenómeno como marco general de la vida contemporánea que tendrá mayor o menor impacto en cada contexto particular local, creemos que se trata de un tipo de aceleraciones diferentes a las aquí planteadas. A lo largo de esta apartado hemos desarrollado la idea de celeridades provocadas por sucesos violentos, conflictivos y, muchas veces, peligrosos que le imprimen a la prontitud del presente un carácter distintivo. Aquí juega un rol clave el tipo de acontecimientos y su respectivo efecto de riesgo y urgencia, porque si bien respecto del territorio hablamos de una especie de "primacía de la contingencia", no se trata de un simple aumento de la velocidad del presente. Es un tipo de contingencia que entraña un quiebre moral o una expulsión violenta del devenir de la moralidad cotidiana. Todo lo cual instala la posibilidad de que esas rupturas se produzcan con tal frecuencia o irruman con tanta fuerza, que el restablecimiento de la rutina se dificulte hasta el punto de volverse imposible.

5. El tejido social donde ancla la excepción

Si entendemos el tiempo de la urgencia que hemos descrito ligado al presente y producto de las problemáticas más recientes del territorio asociado a la ocurrencia de la excepción, se conforma un escenario con ciertas similitudes a aquel que encontramos mirando hacia el pasado. En este caso, hacia la dictadura. Un momento en el que elementos como la incertidumbre, la violencia, la inseguridad, se hicieron presentes en la población en una escala mayor, es decir, como expresión local de un conflicto nacional. Tiempo de violencia colectiva que llegó a gobernar y suspender la rutina de muchos.

Al considerar la dictadura, sobre todo sus primeros años, y las intervenciones estatales comenzadas en el año 2001 como momentos concretos de conflicto y despliegue de violencias, se podría postular que se constituyen como muestra de una histórica violencia ejercida sobre el territorio. En ese sentido, ambos periodos, uno ya acontecido y el otro que está "siendo", representan una especie de

continuidad en el tiempo. No obstante, de la misma manera que es posible enlazarlos y reconocerlos en sus similitudes, podemos percibir los rasgos que los distinguen. Algo que perciben efectivamente los vecinos de La Aurora. En el barrio se mencionan esos matices que establecen puntos de inflexión y referentes temporales, aun cuando para describirlos y reflexionar en torno a ellos no se utilicen grandes narrativas.⁸⁵ Es decir, siguiendo lo planteado por Pécaut (1999) para el caso colombiano, si hablamos de una destemporalización asociada a territorios en los que se impone la violencia generalizada, habría que pensarla en este caso en términos cotidianos, no así globales. Por una parte, podemos asumir una fuerte impronta de la urgencia en el transitar habitual, una continuidad diaria de la represión y una incerteza producida por la sucesión de irrupciones violentas en la actualidad. Pero, por otra, hay que constatar que en términos desapegados de esa cotidianidad alterada, emergen la dictadura y la intervención estatal como puntos de referencia diferenciados en los relatos. Incluso en aquellos jóvenes que no nacieron en tiempos de dictadura y que han vivido su niñez y juventud en el barrio intervenido, se da un reconocimiento. Quizás una simple mención que atestigüa sobre sucesos que marcaron a sus padres, madres, abuelas y abuelos, pero reconocimiento al fin. Uno que incluye, además, la alusión al periodo que antecedió a la primera intervención estatal, una época en que la policía no tenía la presencia de hoy.

Con lo dicho nos situados entre conflictos que son referentes y una cotidianidad actual apremiada. Sobre esta base podemos postular que disputas y violencias son de alguna manera elementos constitutivos del territorio, parte de la construcción del sentido temporal de la comunidad. Forman parte de las memorias institucionales y oficiales de la población, las memorias narrativas colectivas que se han construido en torno a ella, pero también de aquellas que afloran con espontaneidad en la vida cotidiana. Allí emergen fragmentos de memorias de la dictadura y de la intervención que, de manera similar a lo que plantean algunos autores (Steadly, 1993; Pécaut 1997; Das 2007), tienen un carácter local y sobre todo experiencial, que se engarzan con la actualidad. Quizás en este punto cabría sospechar que se produce un juego entre memorias oficiales y fragmentos, un diálogo que, siguiendo la línea propuesta por Das (2000), se despliega no tanto en la construcción de grandes discursos, narraciones épicas de la población y los pobladores, sino en la emergencia de micro narraciones y experiencias en lo ordinario. Y es ahí donde se produce, en gran medida, la apropiación de un territorio cuyas violencias pasadas y presentes son parte constitutivas.

Y aquí encontramos un factor relevante, porque efectivamente se trata de un territorio apropiado por sus habitantes donde el tejido social en el que ancla la excepcionalidad, como plantea Reguillo (2005), se ha configurado no a pesar de los conflictos, sino por y junto a ellos. A diferencia de lo que lo que plantea Pécaut para Colombia en lo que identifica como una desterritorialización, en el caso de La Aurora la urgencia, la violencia y el conflicto, parecen convivir con un fuerte arraigo al lugar. Incluso podrían pensarse como indisociables del mismo. La incerteza que urge la cotidianidad, está acompañada de un anclaje al barrio, de una sensación que comparten muchos de que por estas casas y calles conocidas el tiempo no pasa, al menos no de la misma manera que en el resto de la ciudad. Con esto aludimos a una especie de seguridad respecto del lugar que en el caso de los viejos responde

⁸⁵ Sobre la dictadura como referente véase el capítulo 2, apartado 2, y capítulo 4, apartado 1.3.

al hecho de haber vivido toda la vida en la misma casa, la que en muchos casos perteneció a sus padres y hoy habitan junto a sus hijos y nietos. Toda una vida compartida, además, con los mismos vecinos. Y, en el caso de los jóvenes, aunque quizás en ellos se ha inmiscuido la inmediatez mucho más que en el resto de los pobladores y parecen escasear las narraciones extensas sobre el pasado, la población igualmente ocupa un lugar importante. Es un espacio próximo, pequeño, cuyos vínculos de vecindad en la mayoría de los casos datan de años. Son familiares o conocidos y por lo mismo se cuidan y protegen, se sabe desde siempre quién es quién, incluida la policía. *Yo aquí me siento seguro*, explicaba Rodrigo, cuando se refería a por qué no se imaginaba viviendo en otro lugar.

Siendo Santiago una ciudad de más de 6 millones de habitantes y de una superficie de más de 640 km², centralizada en su funcionamiento producto de lo cual los desplazamientos diarios son extensos y el tiempo de la ciudad se acelera cada vez más, la existencia de espacios de arraigo, de este tipo de territorialidad se hace relevante. Y es que, tal como señala Lindón (2000: 12), “en el corazón del análisis de la significación del espacio en la vida social está la tensión entre el <<arraigo al territorio>> y los <<flujos deslocalizados>>”.

Nos referimos, entonces, a un particular *sentido de lugar* (Riaño, 2000) que se mantiene a pesar de los efectos fragilizadores y desestabilizadores de las violencias, y nos habla de seguridad y pertenencia respecto del espacio en el que vivieron abuelos, crecieron padres y hermanos. La trayectoria vital ligada al territorio y su devenir disputado ha permitido una identificación con el mismo que según Álvarez (2013:69) implica:

“saber de días particularmente tristes, como aquellos posteriores al golpe de 1973, cuando los militares allanaron las casas, mataron alevosamente y se llevaron a hombres de la población a las canchas de El Pinar y volvían –si es que volvían- con un timbre estampado en la mano. A muchos se los llevaron al Estadio Nacional y a diferentes campos de concentración (...) es saber del secuestro del cura párroco (...) y de la constante compañía de la mayoría de los párrocos y religiosas que han pasado por una comunidad cristiana sobresaliente. Saber de la solidaridad y organización de muchos pobladores, a pesar de los amedrentamientos, y también saber de protestas emblemáticas con las calles llenas de fogatas en la hora en que las drogas hicieron su sigilosa entrada”.

En la cita, si se lee de manera literal, se formula la identificación con el territorio en forma de un saber, una información que se encuentra disponible en muchas narrativas producidas sobre el barrio. Sin embargo, es cierto que la relación al mismo y el sentido construido sobre él no pasan solo por el conocimiento y apropiación de esos relatos que circulan. Se trata de un proceso identitario que también es simplemente vivido, actuado, intuido, construido en la experiencia cotidiana del espacio, sobre todo por jóvenes que en efecto viven más apegados al presente.

De este modo, la historia del lugar y su apropiación también sucede en la esfera de lo cotidiano a través de la construcción del pasado en forma de micro narraciones, del vínculo estrecho con la materialidad y los modos relacionales que los pobladores habitan a diario.

Yo nací ahí en esa casa de la esquina, mi mamá tenía todos los partos en la casa (...) yo siempre te he contado que somos todos aparentados aquí poh, todos aparentados porque todos nos casamos aquí con los mismos, no teníamos otra, otra ... yo ir pa allá pa otra comuna no poh, no teníamos esa... y así, nosotros nos criamos todos juntos ahí en la casa de mi papá éramos, era súper chica, teníamos un dormitorio y el comedor y cocina, pero un tremendo patio pa atrás, y ahí mi papá empezó a armar el cuento de las piezas, pero ahí vivíamos todos, estábamos los 8 y un abuelo, el papá de mi papá y mi abuela, la mamá de mi mamá. Y ahí mi papi hizo unas piezas con madera y era una cocina y en la cocina tenían como un cajón así hecho cama, y a mi abuelo lo tenían en el comedor, una cama y un estante cama donde dormía mi hermano mayor y mi hermano como el cuarto, por ahí, dormían dos, y nosotros, y en la pieza única que había cabían tres camas, así juntas y un cuadradito en el medio, ahí dormíamos de a tres y de a dos, por ejemplo mi papá con mi mamá, yo con mi hermana y la guagua a los pies, porque éramos chicos, y acá dormía mi hermana mayor, la del medio y la otra, las tres, o sea, tres, seis [ríe] (Lidia y Alicia, 2015).⁸⁶

En este breve relato Lidia habla de diversos tipos de vínculos que habita, ha construido y construye en la población a diario. Nacida en la casa de sus padres al igual que todos sus hermanos, casa que hoy ocupa una de las hermanas que ha permanecido en el barrio a diferencia de otros que han tenido la posibilidad de comprar viviendas en otras comunas de Santiago. Lidia, al igual que ella nunca se ha ido. Su padre murió hace tiempo y su madre hace poco más de tres años. Tal como explica se casó con un vecino con quien se fue a vivir a una casa en otro sector de La Aurora, en la calle que también habitaba la familia de él. Luego de su separación volvió a su calle de toda la vida, se compró una casa a pocos metros de la de sus padres y la ha ido remodelando poco a poco tal como su padre fue construyendo las piezas de la casa familiar, la última transformación la hizo el año 2015 cuando agrandó la cocina. Hoy Lidia vive en esa casa con un hijo, el menor. Otro de ellos vive a pocas cuadras en uno de los límites de la población. Ella trabaja en el centro de salud que también queda muy cerca, específicamente en un programa de cuidado para personas mayores, gracias a lo cual cada mes recorre el barrio visitando a sus "abuelitos".

En esta trayectoria vital y cotidiana ligada al territorio Lidia, como describe Han (2012), habita diversos modos relaciones. Tal como lo hace esta autora, nos centraremos en dos de ellos para pensar el vínculo al espacio: las relaciones domésticas y las de vecindad.

Han (2012) a partir de su trabajo etnográfico en La Pincoya, otra población de Santiago, diferencia entre estas dos formas vinculares. Las relaciones domésticas corresponden a un campo de vínculos más amplio que el estricto espacio del parentesco que se genera dentro del hogar. Se incluyen en ellas relaciones con familiares y amigos que se desarrollan fuera de la casa (madre, hermanos, hijos, tíos, primos, amigos) que se han hecho íntimas en el tiempo a través de actividades vitales cotidianas como puede ser cuidar de los hijos, cocinar, visitarse mutuamente, trabajar juntos, etc. En este

⁸⁶ Respecto de algunos términos: "aparentado" se refiere a que muchos vecinos son también parientes y la palabra "guagua" es sinónimo de bebé.

sentido, las relaciones vecinales expresan un grado de cercanía diaria que, sin embargo, no alcanza la intimidad de aquellas que han llegado a ser, además, domésticas.

Nos referimos, de esta manera, a una distinción entre tipos de lazos que se expresa y revela con particular claridad en situaciones que Han (2012) denomina momentos críticos (*critical moment*). Se trata de periodos en los que la situación financiera de los habitantes de La Pincoya se hace especialmente frágil. En trayectorias marcadas por la precariedad, un endeudamiento económico permanente, condiciones laborales inestables y, en algunos casos problemas de salud mental (como depresiones y/o adicciones), la autora evidencia instantes álgidos. El débil equilibrio económico diario sustentado, en gran parte, por el crédito se quiebra debido a causas diversas como: la pérdida de trabajo de uno de los integrantes de la familia; el no pago de un sueldo en un contexto de ausencia de contratos; un episodio de enfermedad; una separación que provoca la partida de un integrante de la familia que aportaba con su sueldo; entre otros. Todas situaciones que, aunque extraordinarias en tanto que intermitentes, suelen repetirse en la vida de los pobladores. Se generan entonces momentos en los que se ve impedido el logro de "llegar a fin de mes" producto de la generación de mayores gastos de los que es posible asumir incluso con las estrategias y tácticas comunes de sobrevivencia. Según lo descrito y analizado por esta autora, la red de relaciones en las que se está sumergido en La Pincoya permite "pasar" la crisis, cuestión que no significa de todas formas que lo sucedido no pueda tener efectos importantes, duraderos o incluso permanentes.

En este proceso de tolerar y superar un momento crítico, cada tipo de vínculo participará de manera diferente. En el caso de las relaciones domésticas, el tiempo de intimidades compartidas hace posible que exista un conocimiento mutuo de las circunstancias difíciles que le han ocurrido a cada uno en el pasado. Y, además, permite que la vivencia de la crisis sea identificada por el otro. En este sentido, también admite el desarrollo de acciones que explicitan el objetivo de apoyo para hacerles frente. Actos de reciprocidad que implican obligaciones mutuas como, por ejemplo, un préstamo o una donación, en un contexto donde el tipo de relación contiene la certeza de que aquel gesto será retribuido de alguna manera. En las relaciones vecinales, por su parte, el momento crítico también es percibido por el otro, es decir, la cercanía posibilita que se capten las diversas señales que dan cuenta del mismo. Sin embargo, la forma de gestionar la situación será diferente en tanto no tendrá lugar un reconocimiento manifiesto. Más bien provocará una serie de sutiles y discretas conductas de solidaridad, excepcionales para el entorno de cortesías diarias como son los saludos y favores cotidianos que caracterizan este vínculo, disfrazadas de una aparente normalidad. De este modo, el vecino se percata de la coyuntura del otro de forma silenciosa y oculta su manifestación así como la acción de ayuda y amabilidad desplegada, que va desde invitar a la vecina a comer con la excusa de haber cocinado de más hasta el ofrecimiento gratuito de cuidar a los hijos o recogerlos de la escuela, por ejemplo. Se ponen en juego acciones que permiten mantener intacta la relación de cercanía/lejanía entre quienes habitan una relación de vecindad, incluso la ambivalencia que puede existir entre tensiones y afectos. Se produce una concurrencia de circunstancias y respuestas articuladas a través de la simulación que implica también, como las relaciones domésticas de reciprocidad, aunque con cierta especificidad, un "estar presente para el otro". Para Han (2012: 86),

corresponde a una dinámica que permite orientarse hacia una temporalidad particular en el ámbito del don, en la medida que no se trata de gestos vinculados a una expectativa de retribución futura, ya que la simulación no lo permite, dando lugar a “una performance (un acto) que oculta otro acto (el dar) en el que tanto quien disimula como su audiencia están en el presente continuo de cada uno”.⁸⁷

Desde esta línea de argumentación (Han, 2012: 87), este tipo de actuaciones son importantes no solo en el instante particular en el que tiene lugar y la ayuda real que pueda allí representar. Trascienden ese tiempo concreto en tanto que el hecho de soportar y pasar un momento crítico de forma silenciosa o aparentemente imperceptible para el resto, se relaciona en la población con el logro de “vivir con dignidad”. Se constituye, entonces, en un esfuerzo moral que ocurre en la sombras de la “corriente de la práctica” al modo de acciones que no resaltan ni tienen consecuencias públicas. Conductas que no interrumpen el devenir cotidiano y que, en el caso de las relaciones vecinales, tienen su fundamento ya no en una trayectoria de intimidades compartidas, como el caso de las relaciones domésticas, sino en la vulnerabilidad como condición común.

De esta manera, los múltiples modos relacionales que se habitan a diario en esta población implican, aunque con énfasis distintos, formas de cuidado, de “estar presente para el otro”, que permiten un cierto soporte cotidiano que tiene su máxima expresión, podríamos decir, cuando se atraviesa un momento crítico.

Tal como lo describe Han (2012) para el caso de La Pincoya, las relaciones de parentesco, de amistad y entre vecinos son también centrales en La Aurora, y probablemente en otras configuraciones urbanas similares. Las relaciones íntimas que se construyen en el hogar suelen traspasar dichas fronteras configurando cuadras, calles y pasajes en los que abundan los familiares y cercanos (abuelas, abuelos, tías, tíos, primas, primos, comadres y compadres). Además, siendo casas y vías en su mayoría pequeñas gran parte de la vida transcurre afuera, forjando el tejido de amistades que junto a los parientes pasan a constituirse en relaciones domésticas. Pero allí también convive otro vínculo que se experimenta y tiene un lugar clave en la vida cotidiana de este territorio, ser vecino. Y aunque a veces la distinción entre la relación vecinal y aquellas más íntimas son tenues o van transformándose con el tiempo, lo que parece claro es que son formas que juntas permiten que muchos se conviertan en testigos de por vida de la historia de otras personas, tal como describe Sennet (2000) para la vida de barrio.

La relación vecinal como hemos dicho no alcanza el nivel de proximidad y confianza de las domésticas, pero igualmente es un espacio central en la vida cotidiana de La Aurora. Un lugar común habitado cada día por todos, o la mayoría de los habitantes, generando un contexto de relaciones donde aquel sujeto que no puede ser identificado como parte de él, sobresale rápidamente. La

⁸⁷ Traducción propia de: “...to consider a performance (an act) concealing another act (the giving), in which both pretender and audience are in each other’s presents continuous”.

policía y los trabajadores del estado o de organizaciones no gubernamentales, son buenos ejemplos de actores que aunque ya habituales no encajan del todo en ese espacio de lo cercano.

La calidad de vecino o vecina llega a primar por sobre diferencias personales, como pueden ser las propias posiciones políticas, tal como lo representa la relación entre Magdalena y Eric, ambos vecinos durante toda su vida hasta la muerte de este último en el año 2014. Él era un dirigente comunista reconocido en la población y ella pertenecía a una familia, primero junto a su padre y luego a su marido e hijos, reconocidamente anti allendista, como ella misma se define. A pesar de las diferencias ideológicas que les valieron airadas discusiones y tensiones, en el relato de Magdalena, así como en la actitud de Eric hacia su familia, prima la condición de vecino y los gestos de generosidad y cuidado que se tuvieron mutuamente. Por ejemplo, cuando su hijo le pidió ayuda para realizar una tarea del colegio que versaba sobre Rusia y ella le propuso ir a conversar con Eric, un vecino comunista de la misma calle. Éste accedió sin dudar aun cuando no se conocían mucho entonces, gesto que Magdalena nunca olvidó. Esta relación de vecindad con los años fue también una historia de dirigencia local compartida, y aunque quizás no alcanza un grado de intimidades y trayectorias comunes como podría darse con un familiar, genera un respeto, disponibilidad y cuidado mutuo que responde al tipo de vínculo.

En ocasiones este modo relacional se nutre de guiños tenues e inapreciables, como los descritos por Han (2012) en el contexto de una vecina que atraviesa un momento crítico. Sin embargo, también tendrán variadas expresiones públicas de apoyo y ayuda manifiesta que implican movilización y participación de los distintos lazos en el territorio. Esto sucede cuando con frecuencia un poblador convoca al resto para ir en ayuda de otro que ha sufrido un accidente, enfermedad u otro tipo de emergencia.

“Plato único” fue como la familia y amigos de Carmen decidieron pedir apoyo para costear los gastos que generaron sus problemas en el riñón y las tres operaciones a las que se tuvo que someter hace un tiempo. Hijos, hija, nietos, nietas, primas, tíos, sobrinas, hermanos, amigos y vecinas se organizaron para un viernes en la noche ofrecer en la sede vecinal (prestada por los encargados y muy cercana a la casa que Carmen comparte con una de sus nietas) una cena consistente en un plato de comida y un vaso de vino, acompañado de música y baile. El aporte de los asistentes consistía en el pago de la cena y todo lo que se comprara además de ello, como bebidas, más vino, empanadas, té, café, etc. Las mesas se consiguieron por medio de unos amigos de Carmen en la escuela; quien animaba el evento era un compañero de trabajo de uno de sus hijos; familiares y amigos cocinaron y sirvieron; el grupo folclórico de otro de sus hijos y su nuera bailaron cueca; un conjunto musical conformado por los hijos de Lidia -amigos de los de Carmen- tocaron y animaron una fiesta doméstica y vecinal.⁸⁸

Es así como la relación con los vecinos está plagada de saludos cotidianos, breves conversaciones y encuentros al pasar, pero implicará también gestos sutiles de cuidado, así como otros en los que la

⁸⁸ La cueca es un baile tradicional considerado el baile nacional chileno.

invitación a “estar con y para el otro” es abierta y explícita, como en el caso descrito. Hablamos, de una forma de vinculación que, sobre todo en el caso de los más antiguos en el territorio, no solo se basa en el hecho de habitar espacios próximos y compartir, y haberlo hecho por años, trayectos y espacios cotidianos. De la misma manera, está soportada por trayectorias comunes de participación y/o dirigencia local en la junta de vecinos, en la parroquia, en la escuela de los hijos, etc. Y es que, aunque existan excepciones, en La Aurora el ser vecino no equivale simplemente a “ubicar” al otro, haberlo visto alguna vez por la calle, saber de quién es hijo y padre. Quizás por eso la expresión “hacer la desconocida” esconde una cierta afrenta, puesto que describe cómo alguien a quien se conoce bien, aunque no necesariamente íntimamente, se desliga de dicho vínculo, lo pasa a llevar, lo quiebra, por ejemplo, a través de un robo. Es un dicho común en Chile que utilizan algunos pobladores cuando se refieren a un cambio que identifican justamente en este modo de relación. Suele dirigirse a jóvenes que se conocen de toda la vida y que hoy actúan sin cuidar aquellos códigos de antes que incluso los antiguos ladrones respetaban.

Siguiendo a Das (2015: lecture 2), la vida cotidiana en última instancia corresponde el lugar donde está comprometida la vida del otro. Esto es, una esfera caracterizada por un “estar con”, en la realidad o la imaginación, que será aquello que define para nosotros los seres humanos un modo de ser en el mundo, de formas en que habitamos lo social y huimos de él. Si en este marco consideramos la existencia y relevancia de los modos relacionales de la manera que lo hemos descrito, podemos pensar que ese “estar con” en la población La Aurora está intensificado.

184

Ahora bien, si engarzamos con el contexto de violencias producidas por las balaceras descritas en el segundo apartado de este capítulo, podemos pensar que estas relaciones y formas de presencia para el otro, en ocasiones se ven fragilizadas, precarizadas y amenazadas, tal vez en concordancia con lo que sucede con el propio territorio.

(...) desde que empezaron las balaceras yo creo que nunca me dio la seguridad de andar por la calle, tenía miedo de que mis papás anduvieran por la calle, a mi papá una vez afuera de la casa le llegó un balazo aquí, en esta calle que se supone que es la más tranquila de La Aurora [lo dice poniéndole comillas con las manos] ¿cachai? Entonces mi papá estaba como parado afuera, lavando el tarro de la basura y le llegó un balazo, entonces yo de ahí empecé “no, nos tenemos que ir, nos tenemos que ir, no estamos seguro ¿sales a comprar el pan y te van a matar? No” (Mariana y Alicia, 2011).

Irse no fue fácil. Es un tema que Mariana explica con detalle y vehemencia. Sus padres nacieron y se criaron en la población y gran parte de su vida ha estado ligada a ella. Su madre tuvo por años un negocio de venta de comida rápida y luego otro de máquinas de videojuegos, gracias a lo cual se hizo conocida más allá de su entorno inmediato, sobre todo por los jóvenes del barrio. El trabajo de su padre vendiendo joyas también ha estado ligado a él y le ha permitido conocer a muchos vecinos. Además, tíos, abuelos y primos habitan la misma calle donde lo ha hecho ella casi toda su vida.

Para su familia la decisión de partir ha sido entonces un tema relevante, polémico, muy conversado. Me explica Mariana que después del cambio se potenció la vida y las relaciones dentro de la casa, cuestión que antes se dificultaba por la puerta continuamente abierta y las consecuentes visitas y paso permanente de vecinos. Su madre siempre cocinó para más personas que los integrantes de su familia porque nunca faltaba un invitado inesperado. Al mismo tiempo destaca que hoy viven más tranquilos, sobre todo su madre porque en la población era ella quien acudía en caso que ocurriera alguna emergencia como la detención de un primo por acusaciones de narcotráfico o la enfermedad del abuelo. De todas formas, tanto ella como el padre siguen frecuentando el barrio. Sin embargo, acota que se trata de una tranquilidad relativa, referida a aquellas urgencias cotidianas que requerían reacciones y actos imprevistos, rápidos, a veces riesgosos, que hoy en su nuevo hogar ya no tocan la puerta. Y aunque ya no existe dicho estado de alerta, la posibilidad permanente del sobresalto, ni el miedo de salir a la calle y ser objetivo equivocado de una “bala loca”, hoy la intranquilidad responde a otro tipo de amenazas que en La Aurora eran desconocidas, por ejemplo, que la casa sea asaltada como ha sucedido con otras del nuevo barrio.

¡Ni se nota que ya no vives aquí, estás más que antes!, le dijeron alguna vez en tono de broma en el teatro a Mariana a propósito de su actual presencia frecuente en la población, ya pasados más de 6 años de su partida. Y es que poco a poco después de la mudanza las visitas fueron aumentando, esas que hacía inicialmente solo para visitar familiares, amigos y ex vecinos, para re-habitar esos vínculos, hasta que se incorporó al trabajo del teatro momento en que la relación “puertas afuera” con el territorio se potenció y afianzó.

La partida de la familia de Mariana y su relación actual con la población habla efectivamente de los modos relacionales, de las ambivalencias que representan. Pero, también de aquello que parecía perderse al migrar y que hoy permanece gracias a la construcción en la práctica cotidiana de un arreglo de habituales y frecuentes visitas a su población (allí continúan viviendo familiares y amigos), y la participación de un colectivo local. Todo posibilitado por la cercanía con su nueva casa, a solo 10 minutos en auto. Su migración y el hecho que se vuelva núcleo articulador de nuestra conversación, refleja una tensión entre la inseguridad que provocan ciertos eventos y la posibilidad de estar rodeado de quienes más allá de la familia nuclear están disponibles y presentes en y para la propia vida. Entre la precarización del territorio, el malestar que generan las balaceras, la estigmatización, los conflictos, la falta de privacidad, y la seguridad de vínculos domésticos y vecinales que ojalá se siguieran experimentando. Y es que las relaciones vecinales, como acompañante permanente de las más íntimas, no conforman solo una red de “apoyo”, como suelen formularse desde los programas sociales gubernamentales o municipales. Es más complejo en tanto tiene que ver con elementos diversos como falta de intimidad, chismes, tensiones, a veces desconfianzas, pero al mismo tiempo implican relaciones de cuidado, de una disponibilidad con carácter propio. En definitiva, participan de la construcción de una vida digna, tienen relación con la historia del barrio, la trayectoria de las mismas relaciones de amistad y de parentesco, con la materialidad del espacio vivido, con fiestas, celebraciones, funerales, terremotos, etc.

Así entendida, podemos pensar la población La Aurora de una manera similar a lo que describe Ferrándiz (2004b: 188-189) para ciertos barrios venezolanos. Allí, las heridas propias de las “balas frías”, esos mismos proyectiles perdidos que impactan al azar, sumadas a la estigmatización masiva y las políticas represivas que buscan controlar la violencia, causan infinidad de daños sobre el tejido social. Diversos tipos de violencia impactan estos sectores, generando para este autor espacios heridos, un “concepto que evoca un tenso espacio sociológico, geográfico, corpóreo, simbólico y existencial de cualidades ambiguas y hoscas, al tiempo duro y vulnerable, traumático y liviano, corriente y extraordinario, tenso pero cotidiano, finalmente precario, articulado en la periferia socioeconómica y en las sombras de la sospecha, la pobreza, la criminalización, el estigma, la muerte y el duelo”.

Apuntamos, en definitiva, a la existencia de una comunidad en la que, si bien se advierten diferencias, por ejemplo, según el sector que se habite, podemos reconocer la impronta y profundidad de los vínculos mencionados. Y, junto a ello, un contundente sentido del lugar. Todo lo cual conforma un escenario particular sobre el que tienen lugar las excepciones, las interrupciones de la vida cotidianas, las violencias pasadas y presentes, las reacciones urgentes. La ocurrencia del imprevisto sucede sobre la base de un tiempo particular, dado por la seguridad de un espacio social conocido de memoria. Y ¿por qué insistir en este punto? Porque sostenemos que es un elemento que podría quedar ocultado por dos intereses o focos teóricos que a su vez pueden ir de la mano: los efectos de la marginalidad y las violencias, y la instalación en la vida urbana del presentismo y la aceleración. Y, en cambio, según lo que hemos evidenciado y argumentado a lo largo de este texto, debe ser considerado en la medida que la fuerza del sentido del lugar tiene implicancias en la forma que toma la vida cotidiana y, en consecuencia, sobre la construcción de memorias y en la transmisión intergeneracional. Al mismo tiempo que nos habla de pasados vivos y vividos en el territorio.

Como dijimos en el apartado sobre las violencias, Wacquant (2007) define como propiedades distintivas de la marginalizada avanzada, además de la fijación y la estigmatización espacial, dos elementos que tienen relación con lo aquí planteado, pero en la forma de su contrario, podríamos decir. Este autor habla de elementos como la enajenación espacial y la disolución del “lugar”, así como la pérdida de un terreno de apoyo, características que apuntan a tal erosión que los transforman en sitios que han extraviado los sentimientos de identificación colectiva, el sentido de lo culturalmente familiar. El espacio ha dejado de ser un recurso compartido al tiempo que los vínculos ya no operan como soporte común. Y, desde otra perspectiva, Juan (2010) utiliza la idea de tensión de la vida cotidiana para describir los efectos de la extrema especialización del espacio y la estructuración del tiempo, propias de la sociedad moderna, donde prima la fragmentación espacio-temporal, el aumento de los desplazamientos y su consecuente sentido de pérdida del tiempo.

Estas breves menciones a Wacquant y Juan refieren a dos análisis que hablan de procesos de debilitamiento y precarización del territorio como espacio comunitario y vivido. Y, aunque se trata de enfoques diferentes que comprenden esta fragilización desde causas también distintas, nos autorizan para pensar este fenómeno en términos de la relación entre territorio y pasado. Esto es,

entender que en parte en estos efectos está involucrada una ruptura de los lugares con su/s pasado/s, ya que sus memorias participan de las identificaciones posibles, y también la rememoración es parte de la construcción del tejido social y de los modos de habitarlo. En esta línea, cabría decir que La Aurora, a pesar de mostrar ciertas condiciones de marginalización, representa, al mismo tiempo y contrariamente, una comunidad cargada de pasado.

La existencia de cierto tipo de lazos sociales como son aquellos domésticos y vecinales, la vivencia del espacio y la apropiación del territorio, tienen un papel en términos de la representación del pasado dictatorial, porque afectan la temporalidad –cuestión que terminaremos de desarrollar en el apartado final-. Pero, además, porque pueden tener influencia en las formas de comunicación y, con ello, en la construcción narrativa y la transmisión intergeneracional en la vida cotidiana, tal como propone Bernstein (1989). Este autor desde el ámbito de la educación y sobre la base de un trabajo empírico, vincula un determinado entorno social con formas verbales y modelos de comunicación y, con ello, con la construcción de significados. En primer término, Bernstein (1989), se plantea como objetivo identificar la relación que existe entre el modo de expresión cognitiva y ciertas clases sociales para lo cual analiza el uso de códigos lingüísticos en función de diferentes posiciones en la estructura social. En ese marco, distingue a nivel general entre dos tipos de códigos, elaborados y restringidos, cuya definición dependerá a nivel lingüístico de la probabilidad de predecir qué elementos sintácticos utilizará un individuo para organizar el significado. De este modo, el código elaborado será aquel que otorgue menos probabilidades de predecir el modelo de organización de los elementos en la medida que el hablante selecciona de entre una gama amplia de alternativas. Y lo contrario sucederá en el caso de los códigos restringidos que aumentarán la probabilidad de predicción debido a que la cantidad de elementos es más limitada. Esto a su vez tendrá un correlato a nivel psicológico, puesto que según el autor el código elaborado facilitará la expresión simbólica de las intenciones bajo una forma verbal explícita, mientras que los restringidos operaran inhibiéndola. Ahora bien, estos códigos no determinan por completo un léxico, éste podrá variar de un caso a otro, pero sí definirán el nivel de amplitud o estrechez del registro del cual se extraen los recursos lingüísticos.

Lo importante, y por lo que incluimos escuetamente esta propuesta aquí, es que Bernstein (1989: 84) asocia estos códigos y formas de habla, con modos particulares de relación social, sosteniendo que “las formas del lenguaje hablado en el proceso de su aprendizaje inician, generalizan y refuerzan tipos especiales de relación con el entorno y de este modo crean dimensiones particulares de significación para el individuo”. Establece así una interrelación entre condiciones y modos de vida y construcción narrativa, siendo un elemento central el grupo social, su nivel de identificación y cohesión de sus miembros. Y es que, aunque las formas sociales que producen ambos códigos pueden variar, es posible encontrar condiciones generales para su desarrollo. Para el código restringido, por ejemplo, Bernstein (1989: 85-6) identifica que estas condiciones generales se basan en “un conjunto común de identificaciones estrechamente compartidas y conscientemente mantenidas por sus miembros, donde se enfatiza la inmediatez. Como consecuencia estas relaciones sociales serán de un carácter inclusivo. El habla se desarrolla desde un origen de intereses comunes

y conscientes que eliminan la necesidad de verbalizar el propósito subjetivo y de hacerlo explícito. *Los significados se condensarán*.⁸⁹ De esta manera, este tipo de código se asocia a grupos sociales relativamente pequeños en los que la planificación verbal se reduce, las afirmaciones son fluidas, los rasgos expresivos indican los cambios de significado, la intención del oyente se da por supuesta, el contenido tiende a ser más concreto, descriptivo y narrativo que analítico y abstracto. Allí, en definitiva, la principal función del código será reforzar la forma de la relación social. En concordancia, el código elaborado será una especie de contraparte, convertido en un vehículo de respuestas individuales, un facilitador para la construcción e intercambio de símbolos individualizados, diferente a aquellos sociales promovidos por los códigos restringidos.

De todas formas, no se trata solo de grados de identificación y similitudes entre los miembros de un grupo en torno al cual se construye y se accede a un cierto modelo de habla. Las condiciones para su formación y uso tienen también relación con el lugar en la estructura social. De este modo, dice Bernstein (1989), el acceso a los distintos modelos no depende de factores psicológicos sino de posiciones sociales.

188 Si bien nuestra investigación no se enmarca en similares campos conceptuales ni disciplinarios que el trabajo de Bernstein, su propuesta permite en un nivel general instalar la asociación entre construcción de significados del pasado y características del entorno social. Y más específicamente, subrayar factores intervinientes como son la existencia de una comunidad, identificación y arraigo al territorio, y posición en la estructura social. Tal como sostiene este autor, el tejido social ejercerá influencia no sólo en términos de los contenidos disponibles sobre el pasado (qué historias de recuerdan), sino también en la manera en que se rememora y comunica. En este sentido, los códigos restringidos se vuelven relevantes en la medida que a través de este concepto podemos pensar en formas de transmisión que representan "sentidos condensados", como las micro-narraciones, que tendrán características diferentes a aquellas emergencias del pasado "elaboradas" semánticamente.

6. Conflicto, excepción y la urgencia como efecto en un territorio apropiado

Dice Han (2012) que la dinámica de la precariedad económica en Chile, marcada por la masividad del uso del crédito de consumo causante de un endeudamiento permanente en las familias, genera lo que los pobladores de La Pincoya llaman momentos críticos.⁹⁰ Como dijimos, situaciones que llevan

⁸⁹ Cursivas añadidas.

⁹⁰ En Chile durante la transición democrática y hasta la actualidad la industria de los créditos, y principalmente aquellos de consumo, ha aumentado significativamente extendiéndose más allá de las instituciones bancarias hacia casas comerciales de diverso tipos, desde tiendas de ventas por departamento (algunas de las cuales finalmente han creado su propia banca) hasta supermercados, incluso farmacias. Junto a otros factores, esto ha contribuido a que hoy en día "todos seamos sujetos de crédito" (Han, 2012), es decir, que se haya masificado el acceso al mismo, pero también al aumento del nivel de deuda de las familias. Además, se trata de un fenómeno que según la Fundación Sol (2016) debe ser vinculado con otras problemáticas para develar su real dimensión en cuanto al impacto de la deuda en la economía de los hogares, por ejemplo, a los niveles de desigualdad y de insuficiencia salarial en el país (la misma fundación estima que el 50% de los trabajadores reciben menos de 500 dólares al mes). En este contexto, sostienen que en promedio en Chile 4 de cada 10 pesos que ingresan al hogar mensualmente, serán destinados al pago de la deuda.

a que la persona advierta que no será capaz de cubrir, aunque sea de forma transitoria y frágil, los gastos básicos de un mes.

Por tanto, se trata de una noción que parece describir una situación extrema en lo económico. Habla en su globalidad de una situación límite que tiene lo financiero como consecuencia, o sea, la imposibilidad cubrir gastos como producto, pero que contiene como antecedentes y causas sucesos de diversa índole. La recaída de un familiar adicto a la pasta base que, a su vez, puede estar asociada a un robo que debe ser subsanado; la pérdida de un empleo estable y su reemplazo por condiciones informales; una enfermedad que obliga a acudir a la salud privada; un accidente doméstico; la detención y posterior encarcelamiento de un familiar; son todas situaciones que tendrán consecuencias en la economía y subsistencia de la familia. Serán causantes de una ruptura en un equilibrio que, aunque frágil y dependiente en extremo del endeudamiento, es sinónimo de mínima estabilidad. Pero así como implican una fractura en estos términos, sostenemos que también lo hacen en la esfera de la temporalidad. De este modo, el momento crítico descrito por Han (2012) nos habla en gran parte de las múltiples y diversas situaciones que en este capítulo hemos descrito como urgencias que emergen la mayoría de las veces como efecto, a su vez, de los distintos tipos de violencias que tiene lugar en la población. Hablamos en suma de quiebres que podemos formular también desde la experiencia del tiempo en tanto que transgresiones que obligan respuestas apremiantes.

Como dijimos, respecto de los modos relacionales la misma autora afirma que en el caso del vecinal los actos de solidaridad (o bondad) responden no tanto a una historia de confianza mutua, sino que a la vulnerabilidad como condición compartida. Un trasfondo que subyace y opera más allá de las relaciones íntimas familiares y domésticas. Según lo aquí desarrollado, nos atrevemos a agregar a este planteamiento que el hecho que la condición compartida sea la vulnerabilidad, va ligado a la urgencia, a la emergencia como constante intrusa de la vida cotidiana. Ambos elementos vinculados, como estado común a los vecinos y pobladores, implican una capacidad de respuesta en los modos relacionales. En este sentido, podemos hablar de condiciones de vida donde en medio del territorio vivido aparece el acontecimiento. Así, se generan situaciones que ponen a sus habitantes en límites impensados, aunque quizás imaginados a partir de su trayectoria histórica y de lo vivido en dictadura y en los últimos años. Nos referimos con esto a una vida ordinaria cargada de moral, ahora entendiendo lo moral junto a Han (2012: 24) "no en términos de juicios morales, sino en las formas mismas en las que el yo se involucra con los demás [...] implicación [que] está ahí dónde se experimentan los límites".

Había quedado con Lidia para terminar la entrevista que habíamos empezado hacía dos semanas. Lo que había pensado que sería una única conversación se transformó en 3 encuentros, por cuestiones de tiempo, pero también por los temas que se fueron abriendo. Como las dos veces anteriores quedamos a las 16:00 en su casa. Llegué en micro. Desde la parada son 4 cuadras más o menos a su casa, en la calle Victoria en el sector de La Aurora III. Paso por la esquina de Rinconada con San Gabriel y me llama la atención que no está el ya típico furgón de policía. Bajo por Concepción y paso por delante de la casa

donde la vez pasada desde fuera gritaba una mujer que parecía pelearse con alguien que estaba adentro de la casa. Un poco más adelante, justo delante de una ONG que trabaja con niños, dos hombres conversan sentados en los bancos de cemento recientemente remodelados. Un poco más allá un señor descansa en una silla de plástico instalada afuera de un negocio mientras se toma una coca cola, mientras tiene la que, asumo, es su bicicleta apoyada en un árbol. Llego a la esquina de Victoria con Concepción y, como todas las veces que he venido, en la esquina, afuera de una casa, un grupo de 4 hombres, dos sentados en unos bancos pequeños y otros dos parados, conversan. Veo poca gente en la calle y aquellos que pasan lo hacen a paso calmo, está tranquilo, como suele ser cuando es hora de comer o de siesta y el sol pega fuerte. Por Victoria no veo a nadie. Camino hasta la casa de Lidia, ubicada casi al final de la calle (a pocos metros de donde se construyen las casas nuevas) y de donde comienza el callejón que hace de entrada/salida de la población. Al llegar grito "Aló?", pero nadie me contesta. Me fijo que la puerta de la casa está cerrada, a diferencia de la reja del antejardín que suele estar solo junta. La llamo por teléfono y me cuenta que viene en camino, me pide que la espere. Como cada jueves después del trabajo se había ido a la casa de su nieto que vive muy cerca, en los límites de la población, a darle comida pues ese día se encuentra solo a esa hora. Camino entonces a mirar más adelante para ver cómo va la construcción de las casas que diseñó el plan de intervención actual. No veo avances, más bien parecen sitios abandonados. La única diferencia que noto respecto de la última vez que vine a este sector (hace un mes) es que el portón que cierra el predio está abierto y sirve para que pase gente que con ello acorta camino. Cruzo la calle para ver el otro terreno, el del frente. Aquí la puerta está rota lo cual me sirve para mirar. El panorama es similar. Miro hacia el norte, hacia el pasaje y veo el autobús de policía que suele haber ahí. Un carabinero con casco que está parado al costado mira hacia acá, así que decido darme vuelta y mirar hacia el otro lado, hacia la sede de la Junta de Vecinos que está al frente de la casa de Lidia. Pegado en su puerta hay un cartel que anuncia la ruta patrimonial a realizarse a fin de mes, patrocinada entre otras organizaciones por programas que pertenecen al plan de intervención. Vuelvo al frontis de la casa de Lidia. Justo cuando miraba la vereda y pensaba dónde me podía sentar para esperar escucho dos balazos a lo lejos. Me siento en un bloque de cemento junto a un árbol. Otro disparo, pasan unos segundos y otros 2. Miro hacia la esquina (con Concepción, la calle principal que conecta toda la población) y veo que 3 jóvenes escolares que estaban parados ahí se mueven hacia el interior de la calle. Al mismo tiempo veo que viene un joven en una bicicleta, uno que antes había pasado en la otra dirección, pasa por mi lado y se va por los terrenos de la construcción. Lo cruza otra bicicleta que viene entrando a la población y va hacia Concepción. Justo cuando veo una bicicleta más venir hacia este sector escucho otro balazo. Un ruido que irrumpe y se nota, porque si no fuera por él no se oiría más que el pasar de las pocas personas que se movilizan en bicicleta, como es de costumbre, y una señora que regaña a un niño quién sabe desde qué casa cercana. Las balas no logro distinguir tampoco de dónde vienen, pero asumo por el sonido que debe ser de "abajo". Pocos segundos después entra por Victoria una camioneta grande y se estaciona en una casa casi en la esquina. Otro balazo. Me extraña porque pienso que son balas aisladas, a diferencia de como suele ser cuando hay balaceras, me confunde entonces porque no entiendo qué "tipo" de balas son. Me pregunto también si debería preocuparme o moverme, protegerme de la posible llegada de una bala, y me lo pregunto porque en la calle no percibo ninguna reacción de vecinos al respecto. Todo mientras sigo sentada en el bloque de cemento. Al tiempo que lo hago pasa otra bicicleta que entra por el callejón y se cruza con otra que viene justo en la dirección

contraria. Al hacerlo, se saludan, eran dos hombres. Pasa un joven caminando hacia Concepción, al mismo tiempo que otra bicicleta. Otro balazo, otras 2 bicicletas, y otro balazo más. Unos minutos después que sigo sentada y mirando la calle, veo que al fondo pasa el camión que reparte gas, va lento, como siempre, un avanzar que le permite parar en caso que algún vecino lo requiera. Otro balazo. Miro hacia atrás, hacia el autobús de policía y no veo nada nuevo, está igual, impávido. Pasa ahora junto a mí un hombre escuchando música que proviene de su celular, es reggeatón. Vuelve a pasar un hombre mayor en una bicicleta, ahora en la otra dirección. Por el callejón entra una moto, a la que dos perros que estaban descansando en la vereda le ladran justo al frente de donde estoy. Entra un auto y se estaciona en una casa. Otro que hace lo propio a un costado de un hombre que descansa y toma sol en su silla ubicada en la vereda. Cuando llevaba cerca de 15 minutos esperando siento otro balazo y veo que justo dobla en la esquina y viene caminando Lidia. Viene acompañada de un joven que asumo es su nieto (luego me contará que lo trajo a tomar once porque está de cumpleaños). La veo de lejos cómo saluda hacia una casa por donde va pasando para continuar su camino tranquilo. Llega y se para junto a mí, me saluda y me pregunta ¿estás ahí escondida por los balazos? Y ríe. (Relato de mayo de 2015).

Victoria es una calle que pertenece al sector de La Aurora III, aunque distinta a la mayoría puesto que es más ancha, longitud dada por sus amplias veredas que anteceden a casas estrechas como las del resto de la zona, pero con antejardín, espacio que las otras no tienen. Además, es una calle particular porque opera como acceso y salida de la población. En su extremo norte cruza entre dos terrenos que hasta hace dos años atrás fueron bodegas industriales cercadas por grandes muros que frente a frente conformaban un callejón. Mismo pasaje que cruzaron aquellos militantes que el 11 de septiembre de 1973 ingresaron al barrio huyendo de los militares mientras intentaban resistir con armas el golpe militar.

Allí vive Lidia, en una casa que se compró luego de separarse del padre de sus hijos hace más de 10 años y de vivir junto a él en otra calle de la misma población, rodeada de casas de igual trazado original, pero con diferentes remodelaciones. Un hogar cuyas puertas suelen estar cerradas sin candado ni seguro alguno, custodiadas por un perro que descansa en el jardín que da la bienvenida. Allí, además, se encuentra una pequeña construcción de madera que Lidia construyó para albergar su taller de costura.

El día que nos juntamos era un jueves como cualquier otro y, como tal, incluyó elementos tan diversos como cotidianos: el paso constante de las bicicletas; saludos cruzados entre vecinos; pasos de jóvenes de la cuadra; pobladores sentados en sillas instaladas afuera de la reja de su casa pasando la tarde; el recorrido del camión de la empresa de gas; la rutina de Lidia que esta vez trae a su nieto para que no se quede en su casa solo porque está de cumpleaños; una discusión en una casa; presencia policial que forma ya parte del paisaje; y balas que parecen no inmutar a nadie –al menos en este sector y no de manera que se provoque una reacción visible, más allá de los jóvenes que se mueven sin necesariamente ser en respuesta a ello-.

¿Me estaba escondiendo de la balas como pregunta Lidia? Sin haber sido un motivo consciente mi lugar de descanso parecía efectivamente una especie de sutil refugio, parte de una escena que incluía una calle tranquila donde se plasmaba un ritmo pausado, donde los vecinos se conocen, donde se respira pura cotidianidad. Y donde una vez que entramos a la casa, nos olvidamos del ruido disruptivo, conversamos y tomamos un té para después salir nuevamente sin preguntarnos si regresaría.

En este caso, pasaron pocos minutos de espera fuera de la casa. Un lapso de tiempo en el que la pasividad del lugar, otorgada por los sonidos, el compás de los que transitan, los saludos que denotan vecindad y mi conocimiento sobre el mismo, se ve interrumpido por pequeños sobresaltos. Alertas donde lo que se pone en juego (al menos como idea y sin haber reconocido a qué sonido de balas correspondía) es mi seguridad y la de otros. Un espacio y un momento en el que la estabilidad y certeza de la cotidianidad se mezcla con la inseguridad de los balazos, una combinación que me produce desconcierto, sensación que asumo no es ni será igual a la de un vecino –de hecho, Lidia venía caminando como cada día y junto a su nieto-. No obstante, al mismo tiempo, corresponde a un sentimiento que es posible evidenciar en algunos de ellos, tanto que hay quienes por el miedo a las balas han decidido irse de la población, como Mariana, justamente por haber vivido una emergencia ligada a la ocurrencia de una “bala loca”.

En este sentido, este tipo de situaciones, así como otras de evidente mayor gravedad, aunque en distintas intensidades, han provocado un problema. La vida cotidiana del barrio ha visto mermada su capacidad de otorgar la seguridad y confianza que por estructura debería dar y que por trayectoria ha brindado a sus pobladores. Como plantea Lechner (1988), uno de los elementos más importantes del mundo de la vida cotidiana es que es allí donde se reproducen y construyen las certezas más básicas que nos permiten actuar y decidir. Pasa que para los seres humanos “crear esta base de estabilidad y certidumbre es una exigencia indispensable; requiere un ámbito de seguridad para enfrentar los riesgos de una vida no predeterminada. Enfrentando un futuro abierto, recurre a un mundo familiar donde encontrar los motivos “porque” que le permitan determinar el “para qué”” (Lechner, 1988: 57).

Sin embargo, como hemos intentando instalar en éste y el anterior apartado, a pesar de estas incertezas e inestabilidades generadas por acontecimientos muchos de los cuales suponen quiebres morales que arrancan a los vecinos de la cotidianidad, el territorio se configura como arraigado. Un espacio hecho propio sobre la base de experiencias compartidas y modos relaciones que representan formas de cuidado y de presencia para el otro. Se ha construido un sentido de lugar, se ha cargado de significados, afectos y memoria, ha sido adaptado y usado por familias y generaciones (Lindón, 2006; Martínez, 2013), constituyendo una especie de sostén y acervo de estabilidad para sus habitantes.

Sobre esta base, podríamos decir que dos temporalidades conviven en La Aurora, se suceden y se entremezclan. Si entendemos junto a Lindón (2000: 11) que la temporalidad refiere a “la experiencia

del presente como prácticas desarrolladas simultáneamente en el tiempo exterior (el tiempo cósmico medido a través del reloj y los instrumentos de medición), en un tiempo interior (la duración, los tiempos fuertes y débiles, la multiplicidad y unicidad temporal...) y en el espacio, a través de la comunicación". Podemos pensar que el ingreso y retirada de sucesos que fisuran la rutina, así como el regreso a la quietud del territorio, tendrán efectos sobre ella. Esto, en la medida que al menos determinan el tiempo interior y el espacio. Luego, ubicados en esta afirmación, profundizamos en esta idea de dos temporalidades que conviven. Primero ¿en qué sentido sostenemos que las excepciones aceleran el tiempo y resaltan el presente? Las emergencias, de manera similar al momento crítico descrito por Han (2012), requieren respuestas precipitadas y certeras donde lo que está en juego no será tanto el bienestar futuro proyectado sino más bien "estirar el momento presente". O, dicho de otro modo y para graficar: un plato de comida obsequiado no resuelve la deuda que impide comprar alimentos para la semana, pero sí permite enfrentar el hambre del día, da la posibilidad de "ganar" tiempo para que ese límite no se viva hoy. De la misma manera, darle comida y ducha a un amigo abatido por el consumo de pasta base le brinda un alivio que, aunque transitorio, permite habitar de manera más cómoda y acompañada el intervalo entre consumos. En este sentido, la emergencia apura la decisión posible mientras que la reacción acorde a ella "da más tiempo" dentro del mismo presente o futuro inmediato, como suspendiendo la planificación a más largo plazo. Tenemos entonces que aceleración y suspensión de lo que vendrá operan como una exaltación del presente en un contexto de premura.

Pero junto a ello, y en segundo lugar, observamos que en el lapso de tiempo que sigue a la emergencia, debido a las acciones principalmente tácticas desplegadas, la cotidianidad es devuelta a su lugar en forma de espacio y vínculos vividos, estables, familiares, vecinales. Es decir, se retorna a un tiempo no solo fluido y calmo como toda rutina, sino además conocido, próximo y cargado de pasado en formas de relaciones con otros y con el espacio. Dicho de otro modo, versus la idea de una aceleración de la temporalidad cotidiana y la exaltación del presente, podemos pensar en una ralentización ofrecida por el espacio. Esto es, cuando una cierta espacialidad "fija" se impone, aunque sea a momentos, por sobre el movimiento para impedir que la temporalidad cotidiana del barrio quede subsumida completamente por la vida acelerada, por la urgencia. La ética, en esta línea, entendida como táctica activada cuyo objetivo último es retomar el fluir irreflexivo de la moralidad, permite en este caso al espacio arraigado volver a ser vertebrador de la vida cotidiana.

Existe un espacio de acciones entre lo que se puede pensar como el deterioro progresivo de la moral tanto de la ciudad como de ciertos barrios (sobre todo aquellas supuestas subculturas asociadas al narcotráfico) y los actos heroicos desplegados ante las emergencias (los que suelen ser destacados en los medios de comunicación). Dos extremos, por decirlo de alguna manera, de un continuo de conductas morales. Entre medio de estos polos, en efecto, encontramos un serie de acciones éticas propias de la vida cotidiana que responden a las relaciones que se tejen en el territorio y a sus contingencias. Focalizar en ellas, en la línea que propone Das (2015), es relevante no solo en términos teóricos, en el marco de nuevas antropologías de las moralidades, sino sobre todo porque tienen un rol en el territorio. Un papel respecto de los vínculos que se habitan a diario, pero también en la

vivencia de la temporalidad que el espacio permite. Y es que, en definitiva, son en gran parte estos actos desplegados a partir de la emergencia aquello que restituye la vida y el tiempo del barrio. En este estudio de caso, las prácticas éticas ordinarias, siguiendo a Das (2015: lecture 2), nos hablan también de “pequeños actos cotidianos que se oponen a lo horrible”, tienen relación con el “rehabitar una cotidianidad dañada”.

De este modo, podemos postular que si las contingencias, las eventualidades y las rupturas de la cotidianidad afectan y obligan la vida en el presente, en una línea similar a elementos planteados para el fenómeno de la aceleración social o el presentismo aunque sumando un fuerte componente moral, al mismo tiempo el territorio está cargado de pasado en cuanto a experiencias de vida que de distintas formas se abren paso en esa actualidad acelerada a sobresaltos. Pasado que es presente en forma de arraigo, de raíces y de referentes, algunos de los cuales son también conflicto, como es el caso de la dictadura y la intervención estatal. Pasados contenidos en las relaciones que por años sus vecinos han establecidos entre ellos, y con el lugar, que les permiten sentirse conocidos y reconocidos por el otro. Conocer y recorrer con destreza el espacio y sus códigos, tener vasta experiencia en el territorio y por lo mismo ser altamente competentes en su habitar en él. Si el tiempo se vuelve incierto por la inestabilidad y la excepción, y no por la falta de referentes, el territorio no, al menos no todavía. Es por ello que es posible escuchar vecinos que aseguran que ya no es posible salir a la calle, no se sabe qué puede pasar porque la presencia de narcos lo hace impredecible. De la misma manera que observar cómo los vecinos de un pasaje que las autoridades pretenden abrir tirando el muro que lo cierra y construyendo una avenida, luchan y se organizan por evitarlo. La calle se ha constituido en el patio de sus casas, allí sus hijos juegan y pasan el día seguros y protegidos -misma calle donde el padre de Mariana recibió una “bala loca” en una pierna mientras lavaba su auto-. La calle, en suma, puede ser signo de seguridad y de riesgo a la vez.

Pasado y trayectoria del lugar cargados de situaciones conflictivas, desde la configuración histórica de los tres asentamientos que conforman la población, la sobrevivencia, la represión, hasta los distintos procesos de intervención. Una genealogía de dificultades y conflictos que son pasado vivo. Y en ese escenario de memorias que emergen de distintas maneras en la vida cotidiana, un lugar relevante lo ocupa un pasado particular ya que se abre paso con frecuencia y fuerza, como ya dijimos en el capítulo anterior. Es lo sucedido en dictadura, recuerdos de un periodo que forman parte de aquello que irrumpe en la cotidianidad de la población, así como de lo que le otorga su sentido de lugar e identidad a sus habitantes. Periodo que se hace presente de diferentes formas. En algunos casos la memoria de la dictadura pervive y se articula en torno a una participación y movilización actual, adquiere forma de una práctica ética y muchas veces estratégica, sobre todo en quienes son parte de organizaciones locales y poseen también un pasado de militancia política. Sin embargo, en muchos otros ese pasado está presente a través del territorio y las relaciones. O dicho en palabras de Han (2012: 19) “la memoria está ligada al propio compromiso político, pero también es vivida en relaciones íntimas y en la misma materialidad de la casa y el barrio”.

CAPÍTULO 4: Transgresiones cotidianas que construyen sentidos del pasado

1. Transgresiones que hacen recordar o ponen en escena el pasado

En el capítulo anterior, luego de analizar la construcción del territorio que se ha hecho desde el Estado y los medios de comunicación, donde la violencia, el narcotráfico y la llamada vulnerabilidad social ocupan un lugar vertebrador, centramos nuestra atención en aquellas transgresiones de la rutina que allí implican situaciones extraordinarias. Emergentes que alteran, y han alterado en el pasado, de forma significativa la cotidianidad llevando a los vecinos a una realidad otra (Berger y Luckmann, 2001). Abordamos diversos tipos de situaciones violentas y conflictivas que tienen lugar en La Aurora para pensar los efectos de aquello en la temporalidad, en términos de una cotidianidad acelerada a saltos, interrumpida por medio de sucesos que producen alerta e incertidumbre. Un tiempo de la urgencia que agudiza la vivencia del presente, que convive con un pasado dictatorial que está presente en el barrio en forma de narrativas, a través de micro-narraciones (relatos breves, imágenes, comentarios), y como sentido de lugar, arraigo, apropiación.

Dentro de este desarrollo instalamos la noción de transgresión en el marco de la conceptualización de la vida cotidiana y focalizamos en aquellas que se vuelven –y pueden volver la vida-extracotidiana/s. Sin embargo, siguiendo a Giannini (1987: 45) también mencionamos que dado que las transgresiones operan siempre “en referencia al tiempo *inconclusivamente continuo* de la rutina y de las normas que lo hacen rodar”, habrá las que logran mantenerse en el ámbito de lo cotidiano. Si entendemos éstas como lo hace este autor, como “irrupciones de lo que Pasa, trizaduras de lo continuo”,⁹¹ resulta evidente que se abre un abanico de posibles interrupciones desde las más sutiles hasta aquellas en las que la distancia con la irreflexividad cotidiana será profunda. Pero ¿por qué volver a esta definición? Se hace necesario retomarla en la medida que este capítulo incluye los modos que, según lo vivido en la experiencia etnográfica, el pasado de la dictadura se recuerda y se transmite intergeneracionalmente en la vida cotidiana de la población La Aurora. Y una de las ideas que subyace a las descripciones y análisis que se presentan a continuación, es que el pasado emerge en forma de transgresiones: conversaciones, fiestas, rituales, ceremonias, producciones narrativas. Dicho de otra manera, los distintos modos de transgresión a la rutina se conforman como elementos propicios para hacer memoria. Algo que quizás responde a que, como postula Giannini (1987: 47), en la transgresión se produce una “degradación de un tiempo continuamente inconcluso”. El fluir de la rutina, transcurrido en un presente permanente, se detiene y es allí donde pasado y futuro pueden abrirse paso, al menos de una manera mínimamente reflexiva.⁹² Ahora bien, cabe señalar que aunque el pasado toma la forma de la transgresión, una aparición que traspasa el límite de lo puramente automático, no significa que el grado de reflexividad implicado en ella siempre sea “pleno” o “máximo” como se daría en el caso de la construcción de la memoria narrativa. Entre el hábito y ésta última, tal como hemos dicho, existirán diversos grados de rememoración en función de la distancia consciente hacia el pasado que se recuerde.

⁹¹ Cursivas y mayúscula (Pasa) originales.

⁹² Hablamos de grados de reflexividad puesto que, dentro de las formas posibles de memoria, el hábito representaría una emergencia del pasado no transgresora en tanto que pasado encarnado de manera inconsciente que es parte de la rutina. Sin embargo, éste no fue un ámbito que haya tomado fuerza en la investigación etnográfica al modo de prácticas no significadas por los actores vinculadas al pasado dictatorial.

En esta parte del trabajo, entonces, pasaremos a describir y analizar en profundidad aquellas formas de erupción del pasado que se dan en la vida cotidiana de la población y por medio de las cuales se construyen sentidos sobre el mismo. Algunas de ellas tienen mucho de fragmentarias, como lo mencionamos en el capítulo 2, pero también hay las que trascienden dicho carácter. En algunos casos se trata de acciones intencionadas, en otros espontáneas; en ocasiones responde a un propósito político explícito, en otras el motivo se difumina y se pierde entre las mismas urgencias del presente. Desde una lectura más densamente etnográfica, aquí buscamos analizar aquellas que fue posible evidenciar en el trabajo de campo profundizando y mostrando al mismo tiempo una trama de memorias entremezcladas, sentidos transmitidos y en constante construcción.

1.1. Las conmemoraciones, interrupciones cotidianas reflexivas

Cada 11 de septiembre en el país, en la capital y en la población, “pasan cosas”. En medio de un periodo conocido como “mes de la patria”, porque alberga las celebraciones que conmemoran a la nación y su independencia, se mezcla un pasado heroico con otro trágico, si acaso cabe la simplificación. Un mes en el que se conforma un paisaje diverso en las ciudades y barrios entre banderas de Chile, niños que encumbran volantines o practican otros juegos reconocidos como tradicionales, humo proveniente de los frecuentes asados, actos institucionales que incluyen los bailes nacionales, vacaciones escolares, ceremonias o eventos conmemorativos, velas encendidas en señal de recuerdo de los detenidos desaparecidos y ejecutados, reportajes sobre la dictadura y sus distintas aristas, homenajes a las víctimas, seminarios académicos sobre ese pasado, misas y liturgias, marchas, manifestaciones, etc.⁹³

Se trata de acciones y jornadas diversas, dentro de las cuales, eso sí, el día 11 destaca en la medida que marcó un hito en la historia y la memoria del país, uno experimentado por generaciones aun vivas. El 11 de septiembre de 1973 se suele resumir en la noción de Golpe de Estado, aunque para ciertos actores de la sociedad siga siendo un pronunciamiento militar, denominación que oculta el carácter violento del suceso, entre otras cosas. Ese día las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas tomaron control de las instituciones y órganos de gobierno, se bombardeó el Palacio de La Moneda, se detuvo a miles de personas, se ocuparon y allanaron casas, edificios públicos y particulares así como barrios enteros pasaron a estar ocupados por militares. Se instauró una junta de gobierno derrocando al presidente Salvador Allende elegido democráticamente, se cerró el Congreso, se decretó un Estado de Sitio en el país, se declararon ilegales los partidos políticos, etc.

Nos referimos a una fecha que desde entonces y a través de los diferentes sentidos que va conteniendo, en su repetición se ha ido situando en la memoria de nuestra sociedad. Se ha producido

⁹³ El día 18 de septiembre se conmemora concretamente el establecimiento de la Primera Junta Nacional de Gobierno, hito que inició el proceso de independencia de la corona de España. El 19, por otra parte, designa el Día de las Glorias del Ejército, fecha en la cual año a año se realiza la Parada Militar. Históricamente también el día 4 del mismo mes resulta significativo en la medida que hasta 1970 correspondía a la fecha donde tradicionalmente se llevaban a cabo las elecciones presidenciales. Todo ello hace que el mes de septiembre se conozca como “el mes de la patria” y se desplieguen diversas actividades festivas y conmemorativas de carácter nacional, a las que desde 1973 se suman las relativas al Golpe de Estado y la dictadura.

lo que Candina (2002: 12) llama una instalación que sucede “año a año, en la vida política, social y cotidiana de los chilenos” y que la ha transformado en un “día interminable”. Un proceso que es posible rastrear y analizar en sus vaivenes, tal como propone esta autora realizando una periodización del mismo entre el año 1974 y el 2000. Según Candina (2002), en este lapso de tiempo se pueden identificar 5 periodos distintos, desde los primeros años cuando el día 11 de septiembre representaba en los discursos oficiales y públicos un triunfo, hasta el reconocimiento de su carácter negativo y trágico. En un primer momento, entre los años 1974 y 1977, se instala el día 11 como el recuerdo de una victoria que apunta hacia la recuperación de la paz y la libertad extraviadas. En concordancia con este sentido, comienza a operar en la práctica como un día feriado que reivindica una gesta militar heroica (aunque pasa a ser parte de las efemérides nacionales oficiales en 1981). Posteriormente, a partir de 1978 y hasta 1981, la celebración masiva que ocurría comienza a enfrentar voces disidentes, expresadas en forma de protestas contra el gobierno que hacen perder fuerza al discurso imperante previamente. Al mismo tiempo se vota y aprueba la nueva Constitución elaborada por el régimen dictatorial y se oficializa el feriado nacional. Hacia 1982 y hasta 1987, tercer periodo identificado por Candina (2002), las manifestaciones y disputas en las calles se hacen más álgidas cada 11 de septiembre. Allí, diversos sectores y organizaciones como partidos políticos, movimientos de Derechos Humanos, asociaciones sindicales, estudiantes y zonas populares urbanas, rechazan la celebración de la jornada. En un contexto cada vez más violento, marcado por la rabia y la represión masiva, se representa con mayor fuerza un quiebre en la sociedad. Finalmente, la fecha vive una transición compleja en dos periodos distinguibles, uno que va desde 1988 a 1990 y el otro de 1991 a 1999. En primer término, durante el fin de la dictadura y las elecciones convocadas para decidir la continuación de Pinochet, ambos bandos se disputan el hito temporal y se comienza a hablar de reconciliación con el triunfo del NO. El 11 de septiembre de 1990 se suceden conflictos en la calle y en el Cementerio General, en específico como espacio significativo de homenaje a las víctimas. Estos hechos, según la autora (Candina, 2002: 35), “marcan uno de los principales quiebres de las memorias y las luchas compartidas por la oposición en la época de la dictadura: la separación entre la postura conciliadora y de <<día triste y de reflexión>> del gobierno concertacionista y la postura de lucha por encarcelar a los culpables de las violaciones a los Derechos Humanos, que reivindica abiertamente y confronta con la derecha la obra y las figuras emblemáticas de los caídos en 1973 y los años siguientes: Salvador Allende, Víctor Jara, Miguel Enríquez, y el conjunto de los ejecutados y los detenidos desaparecidos”. Así, a partir de 1991 se evidencia con claridad una voluntad de las élites políticas por distanciarse del día 11 y dejar de celebrarlo como feriado nacional, cuestión que se materializa en su supresión definitiva y la instauración del primer lunes del mes como Día de la Unidad Nacional. Todo, mientras las conmemoraciones continuaban, así como los hechos represivos a algunas de ellas asociados.⁹⁴

En suma, hablamos de una fecha que se ha constituido históricamente como un hito de disputa política, social y valórica, y continúa haciéndolo. Los sentidos que se condensan en ella siguen

⁹⁴ Según Ruderer (2010: 170), este reemplazo del día festivo del 11 de septiembre por el Día de la Unidad Nacional no tuvo el efecto esperado como gesto de reconciliación avalado incluso por Pinochet, quien en ese entonces ejercía como senador vitalicio, debido a que la población continuó manifestando cada día 11 sus propias interpretaciones y sentidos del pasado dictatorial. De esta manera, sostiene este autor, culminó la “transición a la chilena” en octubre de 1998.

estando en construcción, algunos se obscurecen, se transforman, pero muchos también se retoman y reemergen según las condiciones sociales y políticas de la actualidad (Candina, 2002). Y es en este contexto que durante el mes de septiembre, aunque sobre todo el día 11, todavía abundan los actos conmemorativos que buscan recordar y homenajear a quienes desaparecieron, fueron ejecutados, torturados o exiliados por el régimen de Pinochet. Los espacios más conocidos como sitios de memoria, museos, parques, memoriales, monolitos, tumbas y ex centros de detención suelen albergar este tipo de actividades, en su mayoría convocadas por agrupaciones de familiares de represaliados políticos, sobrevivientes u otro tipo de organizaciones y colectivos sociales y políticos. Otras acciones ocurren en la calle, como es el caso de la tradicional marcha que recorre desde el Palacio de La Moneda hasta el Memorial del Detenido Desaparecido y Ejecutado Político ubicado en el Cementerio General, convocada cada año por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.

Pero en la calle también se desarrollan otras prácticas. En ciertos puntos de Santiago, y aunque en menor medida también en otras regiones del país, se producen lo que desde los medios de comunicación y autoridades llaman “desórdenes”. Algunos suceden la noche previa al día 11, la víspera, otras a partir de las acciones conmemorativas oficiales como la marcha mencionada, y muchas se producen por la noche entre el día 11 y el 12. Por lo mismo, a muchos de los habitantes de la capital, sobre todo a aquellos que trabajan en el centro y viven fuera de él, se les permite salir antes del trabajo. Y es que el atardecer trae consigo el inicio de los “incidentes” y su consecuente ausencia de transporte público –por temor de parte de choferes y empresas concesionadas a sufrir daños-, principalmente en recorridos que se dirigen hacia las periferias de la ciudad o los ya conocidos “puntos de conflicto”.⁹⁵

Aunque cada vez más estas acciones son significadas como “hechos aislados” por parte de las autoridades de gobierno, de igual modo y habiendo pasado más de 25 años de recuperada la democracia, se puede decir que se trata de un paisaje ya cotidiano de la ciudad. Eso sí, al mismo tiempo que se ha asentado como un ritual que se repite año a año, se asocia cada vez más a hechos puramente delictuales que nada tendrían que ver con la memoria histórica. Estos denominados “incidentes” se producen en distintos lugares de Santiago y consisten, en términos generales, en grupos de personas, jóvenes en su mayoría, que al atardecer se juntan y prenden fogatas en las calles a partir de lo cual se producen enfrentamientos con la policía, cortes de luz, quema de autobuses, entre otras cosas.

Así, de la misma manera que estas emergencias “violentas” de memoria tienen lugar, se realizan las acciones de carácter “pacífico” en otros puntos de la ciudad, conformando un panorama diverso y a

⁹⁵ Cada año, con mayor o menor fuerza y notoriedad pública, se organizan operativos policiales para prevenir los llamados incidentes, o bien, para enfrentarlos en la noche del día 11 de septiembre. Asimismo, se publican en medios de comunicación mapas de los lugares donde se suelen producir, territorios identificados que en años anteriores se han construido barricadas, hogueras, se han producido enfrentamientos con policías o se han incendiado autobuses de transporte público (véase por ejemplo: <http://www.emol.com/noticias/nacional/2013/09/11/619338/mapa-los-puntos-de-conflicto-de-este-11-septiembre.html>; <https://www.publimetro.cl/cl/nacional/2015/09/09/identifican-53-puntos-conflictivos-proximo-11-septiembre.html>)

la vez complejo. Como si dos o más cartografías se superpusieran para rememorar, denunciar, protestar, recordar, reflexionar, reivindicar, y más. Un paisaje de memorias entramadas que también se instala en escenarios locales como la población La Aurora. Allí, el pasado se hace presente de forma heterogénea, conjunción que a diferencia de otros territorios del país, ocurre principalmente –o más bien, exclusivamente- en esa emblemática jornada.

En el caso de este barrio en particular, ocurre que en su principal plaza se desarrollan las actividades más propiamente conmemorativas, si por esta idea entendemos, siguiendo a Jelin (2002b), el hecho de que a propósito de esta fecha particular ciertas organizaciones traen el pasado al presente a través de rituales públicos, activando sentimientos, interrogando y confrontando sentidos, construyendo y reconstruyendo memorias del pasado. Y es que efectivamente, el 11 de septiembre en La Aurora tienen lugar dos actividades convocadas por colectivos locales que buscan recordar lo sucedido y quienes en dicho contexto sufrieron represión política, entre otros objetivos que se plantean.

Una de las acciones que en la actualidad se realiza es aquella que se identifica con el Partido Comunista, por ser su convocante. Esta actividad es conocida por la mayoría de los vecinos, se “hace desde siempre”, recuerdo que se remonta –aunque sin especificar mayormente- a la época de la dictadura. Se trata de un evento que luego de tantos años ha sufrido variaciones, como la disminución de los asistentes o el hecho que hoy solo se reduzca a un homenaje realizado frente al Monumento en Homenaje a Salvador Allende y los Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos ubicado en la plaza. Antes, como recuerdan algunos pobladores, además del acto junto al memorial se juntaban militantes y vecinos en la sede del partido desde donde partía un recorrido por la población. La manifestación consistía en que un grupo de personas acompañaba un auto desde el cual se proyectaban imágenes por las calles, a modo de “pantallazos” alusivos a las víctimas o a sucesos ocurridos en tiempo de dictadura, acompañado de música popular.

Durante los años 2013, 2014 y 2015 la actividad funcionó, según lo observado y los antecedentes recabados, tal como los años anteriores:

En la plaza y por la tarde, poco a poco el memorial se comienza a vestir de banderas rojas del partido comunista. Quienes van llegando, muchos de los cuales son jóvenes que visten camisas de las juventudes del partido, conversan en pequeños grupos en torno a él y a fotografías de detenidos desaparecidos y ejecutados que cuelgan de cordeles sujetos en árboles que rodean el conjunto escultórico. También hay lienzos con consignas como “Allende Vive”. Algunos asistentes prenden velas que disponen en el suelo de la vereda en hilera y en el contorno del Memorial. Se ve así, luego de varios minutos y a eso de las 7 de la tarde, un grupo de 20 o 30 personas agrupados sujetando banderas, entre mujeres, adultos, niñas y mayores. El grupo reunido rinde homenaje a los caídos incluido el presidente Salvador Allende, a quien el Monumento también está dedicado, comandados por miembros del partido, familiares de víctimas y miembros de la Comisión de Derechos Humanos de la comuna “Por la Memoria Histórica”. Algunos dirigentes y militantes del partido, así como familiares de víctimas dirigen palabras a los participantes, destacan la lucha de quienes murieron y la importancia de continuar los

procesos de justicia en el caso de violaciones a los Derechos Humanos. Se escuchan algunas consignas por parte del grupo –gritos y proclamas propias de este tipo de actos-. La gente se dispersa perdiéndose las banderas de vista por las calles aledañas a la plaza. (Relato de septiembre de 2014)

El partido comunista y familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados fueron justamente quienes impulsaron y condujeron la construcción del memorial o monolito, como lo conocen algunos vecinos, junto al que se realiza esta actividad. Este recorrido se suele resumir como iniciado en el año 2003, en el marco de la conmemoración de los 30 años del golpe militar, y finalizado con su inauguración el año 2006. Sin embargo, en realidad respondió a un proceso más extenso y paulatino. Comenzó en septiembre de 1990 cuando se instaló una piedra recordatoria a las víctimas del terrorismo de Estado en dictadura en la plaza, para luego de años continuar con el diseño y levantamiento del Memorial que existe hoy (Comisión de Derechos Humanos de San Joaquín, s.f). En su etapa final recibió apoyo de parte del Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, específicamente como parte de la Obras de Reparación Simbólica que dicho organismo promueve y que responde a una postura que los gobiernos democráticos asumieron luego de ciertos señalamientos consignados en el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991).⁹⁶

En detalle, corresponde a una obra escultórica de hormigón de más de 5 metros de altura que consta de dos partes. Una, la central y más grande, en la que se representan dos figuras humanas unidas y la otra, más pequeña, que muestra una tercera persona separada de las otras y con un agujero (vacío) al centro. En las figuras de mayor envergadura se incluyen dos placas, una arriba de la otra. En la primera se inscribe una frase de cabecera: "Al Presidente Salvador Allende... a los héroes y mártires del pueblo". A ella le sigue un listado de setenta y seis nombres ordenados por orden alfabético, y agrupados por año, entre 1973 y 1986. La segunda placa, corresponde a la piedra que originalmente se había instalado en la plaza en 1990, la cual fue modificada y se le inscribió una parte de un poema incluido en el Canto General de Pablo Neruda.⁹⁷ Se sitúa en la orilla sur de la plaza, a pocos metros de un mural vinculado al mismo memorial en la medida que en una parte de él se lee: "Conjunto Escultórico a los Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos. 4 sept. 1990". A esta inscripción la acompaña en su costado norte, otra que en algunos años se ha modificado previamente al acto de conmemoración del partido. Los años 2013, 2014 y 2015 decía: "A los héroes y mártires del Pueblo. Verdad y Justicia!". Ambos rayados los firma la "Comisión DDHH" de la población, organización de la que participan militantes del partido comunista, sobrevivientes y familiares de víctimas.

⁹⁶ En dicha comisión de trabajo se constataba la necesidad de reivindicar la memoria de las víctimas en forma individual y colectiva a través de actos simbólicos y proyectos culturales que, a su vez, permitirían construir las bases de una nueva convivencia nacional asentada en el respeto a los Derechos Humanos. Hoy con el respaldo de esta iniciativa se cuentan más 60 memoriales en todo el país.

⁹⁷ El extracto del poema tallado en la piedra, dice: "Aunque los pasos toquen mil años este sitio, / no borrarán la sangre de los que aquí cayeron / Y no se extinguirá la hora en que caísteis, / aunque miles de voces, crucen este silencio. / La lluvia empapará las piedras de la plaza / pero no apagará vuestros nombres de fuego. / Mil noches caerán con sus alas oscuras, / sin destruir el día que esperan estos muertos. / El día que esperamos a lo largo del mundo / tantos hombres el día final del sufrimiento. / Un día de justicia conquistada en la lucha, / y vosotros, hermanos caídos, en silencio, estaréis con nosotros en ese vasto día / de la lucha final, en ese día inmenso".

Se trata de una obra que es reconocida por los vecinos, sobre todo aquellos que habitan los sectores contiguos (La Aurora I y II), al igual que sus impulsores algunos de los cuales son miembros del Partido Comunista y/o pertenecientes a una conocida familia de militantes víctimas de la represión política. Además, es identificado y señalado porque, producto de una casualidad, su inauguración pasó a ser parte de un hito recordado por muchos en el barrio. El día 10 de diciembre de 2006, jornada para la cual se había planificado el acto inaugural aprovechando la conmemoración del Día Internacional de los Derechos Humanos, coincidió inesperadamente con la muerte del dictador Augusto Pinochet. Con ello, los alcances y la magnitud del evento se expandieron por toda la población y trascendieron su objetivo. Se entremezcló una ceremonia planificada y organizada por un colectivo local que iba a realizarse en la plaza, con una celebración masiva improvisada por pobladores, familiares y amigos. Para muchos, una fiesta, una jornada histórica que reunió a cientos de personas –miles, dirán algunos- en las calles y en la plaza, que incluyó conciertos de reconocidos artistas nacionales, banderas, baile, puños en alto, himnos y cánticos populares, una celebración teñida de rojo. En medio de los discursos que ese día se invocaron, la imagen de una población emblemática no estuvo ausente, al contrario. Se destacó lo significativo de celebrar justamente en La Aurora, porque tal como decía uno de los cantantes que se presentaron: “es mayor la emoción de estar aquí, porque aquí se resistió, porque aquí se combatió”.

Muchos de los entrevistados aunque cuentan que antes asistían a la actividad conmemorativa cada 11 de septiembre en la plaza, no se refieren a ella como una acción propia. Aquellos que hicieron el monumento y los que la convocan emergen en el discurso como un “otro” de los que se habla desde una afinidad, la que se desprende del hecho de ser conocidos o vecinos. Pero, al mismo tiempo, se reconocen como diferentes, de ahí que se cuenten antiguas asistencias a los actos de homenaje como una forma de “acompañar” a quienes las organizan, principalmente militantes del PC y familiares de víctimas. También se alude a ellos como una manera de reconocimiento, cercanía y memoria con los desaparecidos o ejecutados, tal como lo describe Gabriela cuando explica por qué permitía que su hijo fuera al acto junto a su abuelo a pesar de su rechazo personal al partido comunista: *yo sí aceptaba que el Eduardo fuera con Antonio para los días 11 al monolito de la plaza. Me parecía que estaba bien, porque ahí hay amigos de Antonio que mataron.*

De esta forma, la vinculación a la actividad de la plaza o a “los comunistas” no pasa solo por una concordancia política, ideológica y ética con aquello que representan, como podría pensarse intuitivamente. También puede responder a una identificación territorial. Es lo que sucede, por ejemplo, con el monumento en homenaje a los caídos de la población, una construcción que suele ser asociada al PC, sus militantes y las víctimas de la represión y sus familiares, y que a pesar de conocida por muchos es escasamente visitado, comprendido, incluso percibido cotidianamente por los vecinos:

Ese monumento desde que se hizo la plaza, se hizo una cosa que parecía de esas construcciones rusas, era así como un tubo y una pelota encima, era una cuestión como rusa, no era chilena y no sé para qué la hicieron, siempre alegué por eso. Después empezaron a hacer el monumento, yo no le encontraba

asunto, porque no lo terminaban nunca y se demoraban como tres años, y yo decía "¿cuánta plata se habrán gastado?" (...) después el monumento lo hicieron, quedó bonito todo, pero ¿de qué sirvió el monumento? De baño de los borrachos [risas] ni para el día del 11 de septiembre nada, no lo barren, los de la junta de vecinos debían ir y limpiar esta cuestión (...) Entonces yo siempre alegaba, con mi marido, porque el viejo lo encontraba bonito aunque no tenía idea qué era el monumento. Y ¿sabes tú cuándo yo lo vine a admirar el monumento? Una vez que fui al Museo de la Memoria, ahí está en una foto, por los caídos, por los muertos (...) y yo lo vi y dije "¡tan bonito el monumento!" [ríe] después andábamos con el viejo y el viejo me dice "y tú tanta mierda que le tirai al monumento" [ríe] y yo le dije "míralo que es bonito", porque están todas las fotos de todas las poblaciones. (Carmen y Alicia, 2015)

En estas palabras, Carmen se refiere a una construcción que para ella es ajena, desde su forma inicial cercana a una estética foránea hasta el nivel de cuidado que se le ha prestado con los años. No le gusta, no lo entiende, muestra una distancia entre el objeto que es materialización de ciertas narraciones oficiales sobre lo sucedido y su propia experiencia. Sin embargo, relata un quiebre, una fisura que se abre a la hora de ver ese hito de su población en un lugar emblema de la memoria política nacional como es el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Allí se reconoce dentro del concierto de las obras de reparación simbólica ubicadas en las poblaciones chilenas. Su territorio, junto a otros de similares características, se ve representado y destacado conteniendo una historia de relevancia nacional, y sobre esa base es que puede volver a mirarlo. De este modo, podemos decir que el monumento como dispositivo que soporta y difunde en escenarios locales determinadas narrativas, puede adquirir un rol de memoria y transmisión gracias a un efecto de pertenencia e identificación en dos niveles: territorial, es el caso de habitantes como Carmen, y respecto del dolor y el sufrimiento, en el caso de las víctimas y familiares.

Se produce, entonces, una cierta cercanía con la actividad de la plaza (o alguno de los elementos que contiene) generada desde distintos frentes, entre los vecinos y esos otros, los convocantes. Éstos últimos, además, son significados en las entrevistas como participantes "legítimos", carácter dado por la militancia o el parentesco con quienes cayeron. Se habla de ellos como una especie de voz autorizada, representantes de las memorias de las víctimas y la militancia. La proximidad entre ambos es política y física, sobre todo en quienes habitan los sectores contiguos a la plaza, lo que significa que también son vecinos de la sede del partido y de dirigentes y miembros emblemáticos. Una cercanía ideológica en tanto la mayoría de quienes no son militantes del partido hoy, lo fueron en el pasado o bien se definen como simpatizantes del PC, o simplemente como allendistas, una categoría que de todas formas parece implicar una afinidad principalmente anclada en el pasado. Y física puesto que incluso para los pobladores que dicen no comulgar ni compartir su ideología, hay un reconocimiento de esa otredad en términos de vecindad, de su trayectoria y su actuar como persona y habitante contiguo del barrio. Un respeto que a partir de allí se erige sobre todo hacia aquellos dirigentes históricos de La Aurora.

En esta línea, “los comunistas” se constituyen en una categoría utilizada frecuentemente en la población que, aunque en algunos despierte hoy desacuerdo por las actuaciones de los militantes o de las cúpulas en los últimos años, representa un reconocimiento por lo hecho en el pasado. Aquella época que liga el partido al gobierno de Salvador Allende, a la lucha contra la dictadura y el sufrimiento producido por la violencia política. Surge frecuentemente a la hora de hablar de la dictadura como parte de una asociación inevitable y espontánea que se da en los discursos de los pobladores entre dictadura, política y comunistas. Al hacer memoria, muchos vecinos aluden a esta etiqueta para referirse a diversos asuntos y situaciones como: la gente que murió y sus familias, los afectados, –aun cuando no todos eran en rigor militantes de dicho partido–; parientes que militaban; vecinos que tuvieron que irse del país o de la población; amigos de la familia o familias completas de reconocidos militantes y dirigentes locales; acciones políticas o comunitarias específicas como la construcción del memorial; o bien, para marcar diferencias políticas referentes al pasado en una familia, por ejemplo, distinguiendo entre comunistas y pinochetistas. Asimismo, es fácil encontrar en el barrio casos de pobladores antiguos que son ex militantes retirados hace años y, por otro lado, adultos que han sido parte de las juventudes del partido. Muchos vecinos, por no decir todos, tienen un conocido o familiar que es o ha sido militante, desde “el viejo que repartía El Siglo” hasta algún reconocido líder de una organización vecinal.⁹⁸ Por último, los muros de la población también atestiguan de esta trayectoria territorial ligada al PC. En ellos es posible encontrar referencias diversas como afiches que convocan a actividades organizadas o patrocinadas por la organización, paredes pintadas firmadas por una brigada muralista vinculada al partido, estencil o impresiones con el símbolo del mismo o algún personaje emblemático perteneciente a sus filas, o simplemente consignas. En suma, rastros de militancia y participación política que es posible observar al recorrer las calles.

Incluso podríamos ir más allá para sostener que se trata de una categoría que define un lugar político, una posición que marca sobre todo la relación al pasado. Es decir, una identificación desde la cual muchos vecinos se posicionan respecto del pasado dictatorial (si se era comunista o simpatizante se estuvo en contra, se sufrió represión y/o se combatió) y, aunque hoy en día con menor carga ideológica, también sobre el presente. Opera casi como un símil del hecho de ser “de izquierda”, aun cuando corresponde a una denominación que esté vinculada a una institución que en términos de participación esté en declive en la población.

Sin pretender ensayar una vinculación explicativa respecto de su significativo lugar en los relatos como parte constituyente del pasado de la población, así como de su emergencia discursiva asociada a dictadura y política, tenemos al menos que constatar que la presencia de este grupo tiene raíces históricas y es posible seguir su trayectoria según algunos antecedentes.⁹⁹ Entre ellos, la labor

⁹⁸ El diario El Siglo corresponde a un semanario creado y difundido por el Partido Comunista de Chile que durante la dictadura funcionó de manera clandestina. En el barrio se suele recordar a quienes lo repartían entre los vecinos.

⁹⁹ Respecto de la relación entre la población y la izquierda, sobre todo el PC, Garcés (2001: 4) sostiene que además de sus orígenes vinculados al movimiento de pobladores, otras razones hacen de La Aurora una población de renombre, “allí, socialistas y comunistas vivieron de sus mejores tiempos”, emblemáticos dirigentes de ambos partidos la sentían como su casa, era casi como su baluarte. La sede del partido comunista era centro de sociabilidad del barrio.

comunitaria en los orígenes de La Aurora II y la lucha que implicó la organización local y la consecución de servicios básicos. Un asentamiento que respondió al traslado de pobladores desde una toma de terreno, dentro de los cuales ya existía una fuerte organización vinculada al partido, de hecho a este grupo pertenecía uno de los pobladores y dirigentes locales más conocidos del barrio (ECO, Educación y Comunicación, 1999; Molina en Navarro 2013). Y más tarde, su rol en el gobierno de la Unidad Popular y durante los días de resistencia a la dictadura, papel que les valió ser uno de los blancos específicos de la represión.

De esta forma, cuando hablamos de la actividad conmemorativa que se realiza en la plaza cada 11 de septiembre hablamos, en gran medida, de “los comunistas” y del memorial y, con esto, de aquellas memorias que confluyen en torno a ellos. Memorias políticas e institucionales en tanto que vinculadas al partido y a su doctrina, a su historia apegada al barrio, a sus víctimas –detenidos desaparecidos, ejecutados y exiliados políticos-, a su lucha contra la dictadura, a sus dirigentes emblemáticos y respetados. Memorias y testimonios que, al menos en parte, han sido recogidos, reconocidos, plasmados, materializados en diversos soportes como artículos de divulgación pública, libros tanto de carácter testimonial como académico, registros audiovisuales como documentales y entrevistas, reportajes y crónicas, entre otros. En su mayoría, son relatos de lo sucedido que destacan la historia del territorio y su tradición comunitaria, así como su trayectoria política, el apoyo a Allende y la resistencia desplegada el día del Golpe Militar.

Nos referimos a narrativas que brindan un marco interpretativo a la actividad conmemorativa y a otras acciones de memoria impulsadas por la organización, como pueden ser aquellas muralistas, por ejemplo. A relatos políticos e institucionalizados que se re-producen y construyen en el despliegue de estos eventos, que se ponen en escena a través de los diversos soportes, objetos, consignas, etc., en el marco de transgresiones cotidianas de la rutina, si volvemos al marco conceptual de la vida cotidiana. Tal como las entiende Reguillo (2000), se trata de interrupciones al fluir diario de carácter oficial que, en este caso, ocurren cada 11 de septiembre, en cuyo sentido son habituales. Se repiten todos los años desde hace tanto tiempo que para nadie es sorpresa ni novedad, una detención en el calendario conocida por todos no sólo por aquellos que participan. Una jornada del mes de septiembre que caiga el día que caiga -incluso puede coincidir con actividades tan ordinarias como la feria-, implica una parada en el transcurrir de la semana, una que no es transitoria ni efímera en tanto que implica una escucha. Demanda una cierta disponibilidad de quienes asisten, una contemplación, una reflexión, recordar a quienes murieron, lo que pasó y, con ello también, pensar el futuro.

Estamos refiriéndonos, de este modo, a operaciones contenidas en esta actividad que son gatilladas e impulsadas por ciertos símbolos y referencias al pasado (fotografías de los detenidos desaparecidos, velas, coronas de flores, etc.). Éstas, a su vez, podríamos pensar que siguen la línea, al menos en parte, de las directrices comprensivas que se han ido construyendo y estableciendo desde el Estado en su política de gestión del pasado durante la transición (Bustamante, 2016). Corresponden a elementos cercanos, reconocibles en el marco de determinadas narrativas, que se

inscriben en un decir particular y oficial, independientemente del hecho que los emprendedores detrás de estas iniciativas no sean parte del gobierno ni necesariamente compartan ciertas formas de reconstrucción del pasado: el memorial como obra de reparación simbólica; el lugar preponderante de la imagen de la víctima basada en los detenidos desaparecidos y ejecutados, y sus familiares representados, entre otras cosas, en el listado de detenidos desaparecidos y ejecutados, las fotos de los mismos, y el papel central de los familiares en el acto; la imagen del mismo partido comunista que hoy es parte de la coalición de gobierno; una organización de memoria y Derechos Humanos que convoca y dirige, entre otros.

Por consiguiente, los referentes y marcos interpretativos relativos a este tipo de acción son claros, y conforman una memoria pública que tiene su soporte principal en una institución, el partido, quien le otorga, tal como plantea Douglas (1996), su legitimidad y legitimación. Una memoria que ofrece claves explícitas a la actividad con las cuales los asistentes entran en diálogo por medio de sus imágenes, símbolos y enunciados. Y es que, además, quienes participan conocen las historias que se han contado y/o a los sujetos emblemáticos y se vinculan con ellos, como dijimos, desde un lugar político –como compañeros de militancia o cercanos al partido- o bien, desde el lugar del vecino – personas que se conocen desde hace muchos años, por simple cercanía física o porque fueron compañeros de en alguna organización local-.¹⁰⁰

Desde hace cinco años, junto a esta actividad de homenaje y conmemoración se lleva a cabo otra acción levantada por organizaciones locales no vinculadas a partidos políticos como respuesta y alternativa a aquella liderada por el PC. Surge a partir de un descontento respecto de la acción de memoria realizada cada 11 de septiembre, así como hacia el rol que ha tenido en los últimos años el partido y sus dirigentes. Éstos han estado vinculados y han sido parte del gobierno municipal local y del proceso de intervención estatal que se desarrolla en la actualidad, o al menos se han involucrado en algunas de las transformaciones y procesos de participación que desde allí se han impulsado. De la misma manera, algunos de sus militantes y/o cercanos han impulsado y dirigido acciones de patrimonialización del barrio con las que estas organizaciones no concuerdan. Con todo, se trata de una respuesta a la forma de hacer memoria impulsada y representada por “otros” –una otredad que en el caso de estos actores locales no implica cercanía-, y a su interpretación del presente de la población.

En este marco, la consigna general para esta actividad el año 2013, cuando comenzó, fue “volver ocupar la plaza como antes”. Se buscaba representar un tiempo previo a las modificaciones que ha sufrido el lugar producto de los procesos de intervención estatal de los últimos dieciséis años. Entre ellas se cuenta la pavimentación con adoquines de zonas que antes eran de tierra, la modificación de mobiliario con instalación de máquinas de ejercicio y luminaria nueva. Se supone, detrás de esta motivación, que antes de dichos cambios la plaza se habitaba más que hoy y de diversas y espontáneas formas. Los convocantes eran dos organizaciones locales que no son parte del Consejo

¹⁰⁰ Respecto de las narraciones de carácter público y oficial que se han escrito y registrado en diversos soportes sobre lo sucedido durante la dictadura en la población, se hablará más en extenso en el apartado 1.5.2. de este capítulo.

de Organizaciones Sociales que se conformó en el marco del proceso participativo convocado por la última intervención, y que se han declarado en desacuerdo con la conformación de esta agrupación. En términos generales, no comparten la forma de conducir la integración de los pobladores en dicho proceso, ni el tipo de intervención.¹⁰¹ Siguiendo esta directriz se propusieron acciones para toda la tarde del día 11 de septiembre en la plaza, partiendo desde el mediodía, tales como: pintar y modificar los murales que conforman unos de los límites del espacio; realizar actividades recreativas con niños, como uno de los talleres que se realiza en el teatro cada semana; instalar lienzos alusivos a situaciones del presente de la población y fotos antiguas de la misma en cuerdas amarradas en los árboles; cocinar y comer colectivamente; escuchar música; estampar camisetas; entre otras.

Con este formato, una estructura relativamente abierta en tanto que no tenía un orden exacto e incorporaba una cierta diversidad de formas de “estar” en el espacio, se realizaron también las actividades de los años siguientes, 2014, 2015 y 2016. Con algunos cambios entre un año y otro, se mantenía como lema ocupar y experimentar el espacio, y como eje la acción muralista. Eso sí, el año siguiente a su primera realización se sumó una cicletada, es decir, un recorrido realizado por un grupo de personas en bicicleta, que se desarrolló como actividad paralela que finalizaría confluyendo con la primera en la plaza. La consigna para esta acción particular hablaba del rescate de la “memoria combativa”, una memoria vinculada a la lucha y la resistencia, “recuerdo vivo” de las calles de la población y el sector, y se aludía a un recorrido tanto espacial como cronológico. Esto es, un camino y detenciones en sitios específicos, al modo de un señalamiento y recuento de sucesos de violencia política que han ocurrido en la zona en diversos momentos desde a dictadura (paradas en ex centros de detención y tortura) hasta ya pasada la transición (parada en lugares como una fábrica en la que murió en extrañas circunstancias un dirigente sindical).¹⁰²

Considerando las actividades en la plaza, por una parte, y la cicletada, por otra, como dos acciones que aunque se inician por separado en un momento de la tarde se funden conformando una acción conjunta, tenemos otra forma política institucional de conmemorar, además del homenaje vinculado al PC. El carácter que les asignamos, responde a que estas operaciones autodefinidas como alternativas implican posiciones respecto de lo sucedido en el pasado, en particular el rescate y énfasis de las historias y memorias de la resistencia y rebeldía, así como del proyecto de sociedad de quienes murieron. Pero, al mismo, se trata de un posicionamiento político construido por dos organizaciones hacia el presente que es contrario a la intromisión estatal, e intenta además desmarcarse de los partidos y doctrinas específicas. Se funde así pasado y presente, y respecto de esa temporalidad se reivindica un lugar, una posición local.

¹⁰¹ Se trata de dos organizaciones culturales del barrio, una de las cuales es el teatro del cual formé parte.

¹⁰² El año 2013 en una empresa cercana a la población murió alcanzado por un disparo en su cabeza un dirigente sindical. Las primeras indagaciones de la policía levantaron la hipótesis de que la muerte había sido provocada por una “bala loca” proveniente de una balacera entre bandas rivales de narcotráfico ocurrida en La Aurora. Por ese hecho incluso se inculpó a un joven poblador, sin embargo, la tesis ha provocado numerosas sospechas, dudas y cuestionamientos por su poca contundencia y pruebas que la respalden. Para muchos pobladores es otro símbolo de estigmatización y criminalización de este tipo de sectores.

Junto a unas máquinas de ejercicios hay instalado un micrófono y unos parlantes. Uno de los organizadores es el encargado de tomarlo y hacer una pequeña bienvenida e introducción a la actividad justo cuando llego. Habla sobre la idea de la iniciativa, volver a utilizar la plaza por parte de los vecinos, habitar el espacio, recordar lo sucedido en dictadura y a quienes murieron y sufrieron, sin la "presencia" de la intervención estatal, sus símbolos o representantes. Lo sigue un vecino que toma su guitarra y entona canciones populares, de protesta y reivindicación. Algunos comen de pie y conversan en grupos. Otros, sobre todo los vecinos mayores, entre los cuales están las mujeres que participan del taller de mujeres del teatro, lo hacen sentados en sillas traídas para la ocasión o en las pocas bancas de cemento que reemplazaron a aquellas construidas por los vecinos de antaño. La plaza está "cercada" por cordeles que unen árboles y postes de luz, desde los cuales cuelgan fotos antiguas de la población y algunos afiches de la época de la Unidad Popular. Además, en algunas zonas también cuelgan lienzos con consignas como "¿Es un banco lo que necesita La Aurora?" o "Pacos fuera de La Aurora". Dentro de ese espacio, donde poco a poco se acerca más gente cuento: bicicletas apoyadas en los árboles; niños y adultos sentados en las máquinas de ejercicio, otros jugando sobre ellas; mujeres y hombres que caminan revisando cada fotografía colgada y en algunas se reconocen o identifican a algún vecino; un par de hombres apoyados en los postes mirando hacia la plaza, como contemplando; una pequeña mesa donde dos jóvenes estampan camisetas con serigrafía ("La Aurora sin pacos" es una de las consignas); un amigo que raya la calle con tiza acompañado de dos niños; 3 hombres adultos, del grupo que personas que viven en la plaza, duermen como recuperándose de una noche de alcohol, dos recostados en el suelo y uno apoyado en un plástico de esos que se utilizan en construcción (parece ser un resabio de las constantes remodelaciones de la plaza), junto a ellos se ubica una bicicleta de carga y dos perros que también descansan. Los hombres a ratos despiertan y echan bromas. El panorama fue así durante gran parte de la tarde, al menos mientras no caía el sol. Todo transcurre mientras al fondo, en el largo muro que separa la plaza de la escuela, los jóvenes pintan sin parar. El tema, los oficios, cuestión que se había abordado hace unos meses a través de una revista hecha por el colectivo del teatro donde se recogía la historia de una costurera, un artesano en vidrio, un soldador, un zapatero y una panadera de la población, todas labores que con el tiempo han quedado en olvido de gran parte de la sociedad y de la población, aunque en las manos de unos pocos vecinos. Junto a este grupo, que mientras pinta cruza la calle entrando y sacando materiales del teatro (construcción que al ubicarse justo al frente funciona como centro de operaciones de la actividad), otros jóvenes en vez de dibujar pegan en el muro dos grandes fotografías compuestas por hojas en blanco y negro que llevan impresas a su vez fotocopias más pequeñas. Las imágenes grandes, que se arman a modo de puzzle, muestran a dos carabineros de fuerzas especiales, como aquellos que suelen rondar en la población, con cascos y fusiles, en la calle, y una antigua marcha o manifestación como fondo. Al costado, a una imagen de la cara de Salvador Allende que era parte de un mural anterior pintado por otras personas, se le raya la leyenda "El pueblo unido, avanza sin partido". A eso de las 19:30, y anticipando el atardecer algunos comienzan a pintar siluetas negras en el suelo, figuras de torsos que representan a los detenidos desaparecidos y ejecutados de la población en dictadura. Cada una de ellas lleva el nombre inscrito abajo y se acompaña de una bola de tela bañada en parafina. Se pintaron por todo el costado norte de la plaza, desordenadas, pero ubicadas en torno la frase "¿Dónde están?". Cuando la luz comienza a irse, en cada una de las siluetas se prende la antorcha que la acompaña (éstas se habían preparado durante los días previos en el teatro).

Así, al caer la noche la plaza ya se veía iluminada por 44 pequeñas bolas de fuego, alrededor de las cuales aún circulaba gente, aunque cada vez menos pues ya muchos habían partido a sus casas. (Relato de septiembre de 2013)

En paralelo a la actividad que se efectúa en torno al memorial y se vincula al PC, se configura a lo largo del día este otro acto conmemorativo que pretende operar de forma poco ordenada, al modo de un collage de acciones, algunas de las cuales aluden a la vida cotidiana de la población. Se contiene en este evento, por un lado, el uso del espacio de la plaza en diversas formas: estar en ella, deambular, cocinar y comer, conversar, jugar, mirar los murales, moverse por sus calles en bicicleta. Y por otro, implica prácticas más reflexivas en las cuales, aunque se representan posiciones políticas, no se identifica un marco discursivo doctrinal e ideológico específico coherente y unificado. Más bien se elabora una suma de declaraciones contrarias a la presencia policial, a los partidos políticos, a la intervención, y la reivindicación de ciertas prácticas comunitarias. Es decir, hablamos de un conjunto de actos donde lo común parece estar constituido por esa suerte de a-partidismo levantada en respuesta a la otra actividad. En este ámbito de operaciones, se incluyen la pintura y rayados de muros sobre los ya existentes, la presencia de fotografías de la población en las cuales los vecinos pueden buscarse y reconocer/se, el rescate y difusión de ciertos testimonios del pasado recitados en el marco de la cicletada y la construcción e instalación de lienzos.

En este contexto, las alusiones al pasado son diversas en medio de un énfasis explícito al presente intervenido de la población. Hay algunas que se funden y buscan engarzar con lo que sucede hoy, como el caso de los murales del año 2013 a través de los que se recalca el pasado de los oficios al tiempo que se rechazaba la presencia policial. Pasado y presente juntos cuestionando las intervenciones estatales y rescatando el rol de la autogestión. Pero también el pasado se construye contenido en símbolos más “tradicionales” como la figura del detenido desaparecido, aunque con un tono distintivo dado por su representación en siluetas acompañadas de referencias y guiños – como las pequeñas antorchas- a la lucha, la rebeldía y a lo que sucede después, al caer la noche. Sucede que, si bien estos gestos pueden representar relatos ya conocidos sobre el pasado, como la memoria vinculada a las víctimas y las mismas narraciones que los convocantes a la otra actividad han levantado y difundido sobre dicho sujeto, éstos no se despliegan de la misma manera. En este sentido, se trata de memorias políticas que practicadas mayormente por jóvenes, promueven la existencia de fragmentos que hablan de los muertos y enfatizan el presente allí donde el nexo pretende no ser la víctima, sino la interpretación de su lucha. Aun cuando para ello se utilizan recursos ya conocidos y propios de los movimientos de Derechos Humanos, como las siluetas y las velas (que en este caso son antorchas). Esto quiere decir que las referencias al proyecto ideológico de los desaparecidos no está contenida en –ni tiene forma de- un discurso político estructurado y enunciado a viva voz, características que sí tiene en la actividad organizada por el partido comunista.

Es así como se configuran, en definitiva, dos actividades, dos conmemoraciones, dos transgresiones de carácter ritual que, con mayor o menor oficialidad –una promovida por un partido político y la

otra por dos organizaciones culturales-, interrumpen la rutina del día 11 de septiembre ocupando una de las plazas de la población, aquella más emblemática. Dos acciones, una realizada desde "siempre" (o sea, desde tiempos de dictadura) y la otra de corta trayectoria, para las que sus organizadores reconocen una dificultad en la convocatoria hacia los vecinos. Éstos, a pesar de identificarlas y tener conocimiento sobre ellas sobre todo de aquella de más largo recorrido, no asisten de forma masiva. El reconocimiento que se tiene, en cualquier caso, depende en gran parte –y nuevamente- del grado de cercanía que se tenga con estos rituales, proximidad física expresada en el hecho de habitar los sectores aledaños a la plaza y/o personal con otros participantes u organizadores.

Pero ¿por qué hablar de estas dos actividades y, además, hacerlo de forma a ratos comparativa? No es casual, puesto que, en primer término y como se dijo, una acción se levanta como respuesta a la otra. Y, sobre todo, porque este modo a través del cual emerge el pasado de la dictadura en la vida cotidiana del territorio, es el más evidente y claro. Esto es, en la forma de acción conmemorativa desarrollada en la plaza donde el pasado es traído al presente explícita y deliberadamente, y son recogidas, en mayor o menor medida, diversas imágenes y narraciones icónicas y emblemáticas relativas a dicho periodo (banderas, siluetas, la figura de Allende, fotografías, consignas, música, etc.). "Lo que sucede en la plaza", es una imagen que hoy en día incluye a los dos eventos y es ampliamente conocida en el territorio, lo primero que se menciona cuando se pregunta sobre la recuperación de la memoria de lo sucedido. Diremos que dan vida a aquella forma conmemorativa que consideramos emblemática desde distintos aspectos. Primero, en la medida que cuentan con un soporte institucional. Segundo, porque poseen marcos de referencias al modo de memorias emblemáticas que la respaldan (Stern, 2000). Y tercero, debido a que es un modo de construcción del pasado en el cual, a pesar de las diferencias en el tipo concreto de prácticas y de sus referencias al presente, los vínculos con el pasado son claros, manifiestos, intencionados, planificados, públicos, e institucionales, en suma, estratégicos. En este sentido, podemos pensar que al ser reconocido y tener un cierto nivel de participación, lo que ocurre en la plaza en la jornada del día 11 tiene un lugar importante en La Aurora en la medida que es parte de la memoria local y ofrece pistas para la interpretación, comprensión y elaboración del pasado y del presente, tal como diversos autores lo apuntan como el rol social propio de las conmemoraciones (Douglas, 1996; Reguillo, 2000; Jelin, 2002b). Ello sin perder de vista, en cualquier caso, que un peso histórico e institucional mayor lo tiene sin duda la acción comandada por "los comunistas", aun cuando haya ido perdiendo fuerza e impacto con los años, tal como hemos señalado.

Sin embargo, queda algo por considerar más en profundidad sobre ambas actividades y es el hecho que su coexistencia representa una disputa por el territorio. Con esto nos referimos a un conflicto que se produce tanto literalmente, respecto del espacio físico de la plaza, como significativamente, referido a la forma de hacer memoria en y desde la localidad (qué se recuerda y cómo), y a la interpretación del presente y su pasado más inmediato (relativo a la intervención). Nos encontramos ante una pugna producida entre dos formas oficiales de conmemorar, aunque de diferente tradición, peso institucional y doctrinal, que tiene diferentes y entremezclados niveles.

Para algunos la disputa puede ser una anécdota, al modo como lo expresa Carmen: *nosotros el año pasado estuvimos hasta tarde ahí [se refiere a la actividad no organizada por el PC], el año antepasado también, pero igual vengo a mirar para acá, al memorial, no ves que es divertido eso, yo encuentro divertido que la plaza se divida en dos, y están los de acá que son unos poquitos, porque siempre son poquitos, te has fijado ahí en el monumento? y ponen todas las fotos de la gente. Mientras que para otros como serían las organizaciones y actores locales involucrados, puede incluso llegar a desencadenar quiebres, rivalidades declaradas y agresiones explícitas.*

De pronto, aunque ya algo se esbozaba, es como si la plaza se dividiera en dos espacios separados por un límite virtual trazado por las fotografías de los desaparecidos y ejecutados colgados entre los árboles. Una zona, la que ocupa más superficie, la de aquella actividad que se define como alternativa. La "otra", la del Memorial, allí donde se ven banderas, gente de pie mirando hacia la escultura y algunas velas pegadas en el suelo a su costado. Mientras se iba reuniendo la gente alrededor del monumento, uno de los organizadores de dicho acto, conocido y emblemático miembro del partido comunista, también reconocido por ser parte de una familia de históricos militantes víctimas de la represión política en dictadura, se acercó a una de las personas que ocupaban la otra parte de la plaza. Específicamente a hablar con uno de los líderes de los colectivos involucrados en esta otra –desde su punto de vista- actividad. Lo que parecía en un inicio una simple conversación fue poniéndose cada vez más tenso hasta el punto de volverse una álgida discusión principalmente entre ellos dos y otro organizador que se sumó después. Desde lejos solo se aprecia la forma del altercado, caras de enojo y manos que se agitan y señalan el espacio. Termina la conversación y nos explican que los de la "otra" actividad tenían miedo que no los dejáramos llevar a cabo su acto con tranquilidad, que nuestras acciones de alguna manera lo entorpecieran, argumentando que esto no se trataba de una cuestión "anarquista" y que respetáramos su espacio. Finalmente, y luego de increparse mutuamente, acordaron no molestarse en cada uno de los espacios y velar por la convivencia pacífica de ambos grupos. El revuelo duró un rato, todos comentan, critican a los comunistas tanto por su actitud concreta del momento como por su relación con el proceso de intervención estatal, al tiempo que otros intentan calmar los ánimos. Del otro lado seguramente se comentó de forma similar (Relato de septiembre de 2013)

Así como ésta, otra situación de tensión se vivió también el año siguiente:

La actividad ha transcurrido de forma muy parecida al año pasado. Se pintan murales, cuelgan lienzos y fotografías entre árboles y postes de luz (aunque esta vez se agregaron impresos de noticias sobre la población presentes en los periódicos más importantes del país como una forma de mostrar y denunciar su representación en los medios), algunos cocinan, otros deambulan por la plaza. En un momento decido ir al teatro. Al volver, paso cerca de los jóvenes que estaban dibujando los murales. Me percaté que un tipo, que no había visto en la actividad, insulta y molesta a una de las chicas que pintaba, Sandra. Le pregunta casi a gritos qué está haciendo, si se da cuenta que lo que hace incita a la violencia en la población, que nosotros (los que participábamos de la actividad, supongo) no estamos de acuerdo con nada, pero con lo que hacemos perjudicamos a la gente de la población cuando ni siquiera somos de

aquí. Lo que alcanzo a escuchar textual reza "uds. se las dan de anarquistas y ni siquiera son de acá. No saben lo que es, por eso dicen que no están de acuerdo con nada". Sandra lo insulta de vuelta, lo encara al tiempo que le aclara que ella sí es de la población y le pregunta a él quién es. Interviene un joven intentando bajar la calentura, pero recibe insultos también de parte del hombre que inició la discusión, lo acusa igualmente de no ser de aquí. Aumenta la tensión al punto que la joven le lanza un manotazo que él esquiva, al mismo tiempo que le grita ahora más violentamente. Se acercan varias personas para intentar calmar la situación y separar a los involucrados que a esas alturas forcejean. Gracias a esa intervención se separan. El tipo se aleja caminando y cruza la plaza, mientras algunos miembros de los colectivos organizadores acompañan su paso e intentan dialogar con él. Se trata de un hombre de unos treinta y tantos años, conocido en el sector que, luego me explicarían, tenía un local en las calles aledañas y había sido beneficiado por la municipalidad para ocupar uno de los nuevos quioscos instalados este año en la plaza gracias a la remodelación. Pasan unos minutos y mientras todos aun algo sorprendidos comentan lo sucedido, diviso que el tipo viene caminando de vuelta. Se acerca hacia los murales de nuevo y Roberto, amigo de Sandra, sale a encararlo. El vecino saca de su pantalón un cuchillo, se ve grande, como de cocina, y amenaza a Roberto quien toma su bicicleta para frenarlo y mantenerlo a una cierta distancia mientras lo insulta. Se acercan varios de los que están allí e intentan detenerlo, sostenerlo, calmarlo. Finalmente lo logran, se aleja junto a uno de los organizadores que nuevamente trata de conversar con él. (Relato de septiembre de 2014)

El primer relato da cuenta de una discusión que aunque álgida fue breve y resuelta sin sobresaltos más allá del disgusto de los involucrados, dos líderes en sus respectivas organizaciones. La disputa en términos explícitos era por el espacio, por no interrumpirse ni agredirse unos a otros en el transcurso de las mutuas actividades, aunque, resulta evidente, los sentidos sobre el pasado y el presente contenidos en cada una de ellas también estaban en juego. Todo esto en un contexto en el cual el plan de intervención vigente se encontraba en una especie de apogeo mediático debido a la reciente apertura de la primera sucursal bancaria de La Aurora que había contemplado, además de una transformación urbana de importante inversión y envergadura. Un escenario que había generado, al mismo tiempo, división entre vecinos y organizaciones locales.

En el caso del segundo conflicto que describimos, brota de forma explícita la tensión por el presente entrelazado con la posición política –presunta- del grupo. De todas maneras, y aunque se menciona como argumento, la visión ideológica no parece ser el núcleo del cuestionamiento sino, más bien, el lugar ocupado respecto de la actualidad del territorio. En ese debate, el hecho de pertenecer o no a él resulta un elemento crítico. Se traza una línea divisoria entre quienes son locales y extranjeros, cuestión que se juzga rápidamente y que implica entender lo que sucede "realmente", condiciones que se imbrican también con las formas de interpretar el pasado y utilizar el espacio.

Dos conflictos que tienen lugar en la plaza, un espacio en torno al cual cabe hacer un apunte más general y teórico. Para Giannini (1987: 68-70) la plaza tiene lugar particular en la cotidianidad dada su función eminentemente reflexiva. A propósito de la conceptualización de la vida cotidiana,

dijimos que la noción de reflexión tiene una connotación predominantemente topográfica. Situados en esa afirmación, sostuvimos que a nivel individual el domicilio representa un lugar de retorno, de “restauración de un pasajero que continuamente vuelve a partir”, una función reflexiva como restauración de la persona del desgaste público. Pues bien, en esta misma línea, para el autor la plaza sudamericana será quien cumpla ese rol para la comunidad, en la medida que en ella el grupo puede volver a congregarse, a converger en torno a una experiencia común. Gracias a la plaza cada individuo puede desprenderse del tiempo funcional de la rutina, aquel que domina en la calle y en el trabajo, detenerse y en esa pausa poner las cosas a distancia como en un suspenso de la condición tramitadora habitual. En este sentido, dice Giannini, “la reflexión desde un punto de vista comunitario, es la posibilidad siempre allí de un reencuentro ciudadano. Del reencuentro de una existencia con otra (...) al margen del tiempo lineal que parece atravesar las calles y las almas de los transeúntes”.

Si seguimos la línea de lo planteado por Giannini (1987: 71-73), podemos pensar el conflicto por la plaza desde las posibilidades prácticas y simbólicas que brinda como espacio para construir sentidos tanto del pasado como del presente de la población. Si este lugar corresponde al “tiempo reflexivo de la ciudad” y, por qué no, del barrio, aquello que brinda una “distancia precisa, justa, que media entre lejanía y uso (lo que no interesa y lo que por estar muy cerca no se ve)”, parece claro que será un terreno propicio para detenerse a “mirar”. Para elaborar el pasado y la actualidad y, en seguida, para ser reivindicado y disputado como escenario de memoria.

Por otra parte, en lo que sucede en la plaza podemos identificar otro foco de conflicto. Tal como sostiene Ricoeur (2002: 25), “fueron los filósofos griegos quienes dieron la forma de una aporía, es decir, de un problema insoluble, a la relación entre presencia y ausencia. El recuerdo implica la presencia de una cosa que está ausente”. En el caso de las memorias de la dictadura en Chile –así como en otras sociedades que han vivido conflictos políticos violentos similares- parte importante de aquello que está ausente y que se intenta hacer presente son los muertos. La víctima, como figura moderna, se ha constituido en un marco de interpretación e inteligibilidad del sufrimiento gracias a lo cual he llegado a tener un lugar central en los colectivos y movimientos sociales de memoria y Derechos Humanos (Sarti, 2011). En su mayoría, se trata de detenidos desaparecidos y ejecutados, muchos de los cuales aún no se sabe el paradero a pesar del trabajo de las comisiones de verdad y reparación que se han constituido en el país. Así y como ya hemos apuntado, dentro de la categoría de víctima, quienes murieron tienen un lugar central.¹⁰³ En torno a ellos se genera, entonces, otra disputa escenificada en la división de la plaza. La representación de los muertos se realiza de diferentes modos, construyendo relatos también diversos en torno a ellos. La pregunta crítica que parece jugarse es: ¿de quién son los muertos? O bien ¿quién será el portavoz o representante legítimo de su voz acallada por la violencia política? ¿Serán sus compañeros de militancia o quienes hoy intentan representar su lucha y proyecto ideológico?

¹⁰³ Véase capítulo 1, apartado 3.

Y aquí un lugar particular lo ocupan los testigos de lo sucedido, de ahí que los jóvenes muchas veces sean deslegitimados para hacer memoria. En nuestras sociedades post dictaduras se produce, tal como plantea Belvedresi (2009), una especie de deslizamiento en la medida que el testigo de lo sucedido pasa a ser valorado no tanto por su condición de contemporáneo de un periodo de violencia política, sino en su calidad de víctima de un suceso traumático. Con ello, su autoridad moral frente al recuerdo, la denuncia y, en definitiva, al hecho de testimoniar, recaerá en parte en dicho lugar de sobreviviente, pero sobre todo en tanto que portavoz de los que ya no están. Representante de quienes compartieron su carácter de represaliados y no sobrevivieron para contarlo. Es decir, estará más autorizado para hablar por los que ya no están. En el contexto específico en el que nos situamos, la población La Aurora y las conmemoraciones oficiales que alberga, podríamos decir que dicho escenario se replica en tanto que, como dijimos, los desaparecidos aparecen como motivo de disputa por su representación y su legado, y sus contemporáneos compañeros de ideología o lucha los autorizados para recordarlos.

De esta manera, y a modo de síntesis, podemos sostener que se constituyen al menos dos objetos de conflicto en las acciones de memoria que tienen lugar en la plaza: los muertos por la dictadura y el territorio, su representación y situación actual.

Por una parte, tenemos a los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos y su legado. Figuras representadas por "unos" a través de un listado de nombres inscrito en piedra y sus fotografías colgadas, de quienes sus compañeros de militancia, familiares y otros sobrevivientes serán sus principales representantes y testimoniantes. Mientras que "los otros", aquellos "nuevos" en la lides de la conmemoración, intentan construir sentidos del pasado en torno a ellos, pero desde un lugar ya no vinculado directamente a la doctrina de un partido o a una ideología compartida. Son traídos al presente encarnados en siluetas que tímidamente los despersonalizan (aunque conservan el nombre). Por lo demás, detrás de ello se esconde una crítica al uso que según estos actores los familiares, sobrevivientes y compañeros de militancia han hecho de las víctimas, mostrándose siempre ellos también como tales, abusando de esa figura y condición para adquirir mayor visibilidad y atención. Se trata en definitiva de una apreciación que ve una suerte de victimismo en "los comunistas" y su forma de conmemorar, entendido como búsqueda de un posicionamiento particular, esto es, de la víctima como lugar de privilegio (social actual y en términos de la relación con el pasado) respecto de quienes no lo son (Izquierdo, 2017).

Y, por otra parte, está la población La Aurora de la que se intenta representar la trayectoria, al tiempo que se llama a un posicionamiento sobre su actualidad. Se disputa un territorio que se levanta como símbolo de la resistencia a la dictadura y la tradición poblacional, sentidos a los que ciertas narrativas, aquellas alternativas, buscarán sumarle y enfatizar su calidad de barrio intervenido y reprimido por el Estado.

En este contexto de lucha en torno al pasado y al presente, además, hay dos elementos que son claves y definen la brecha entre quienes participan: la pertenencia al barrio y la posición respecto de

la intervención. Tal como es posible leer en los relatos presentados más arriba que describían dos situaciones conflictivas concretas, mientras los de un lado le recriminan a los otros no pertenecer al barrio, asunto que se entremezcla con una sospechada posición ideológica (“anarquistas”), éstos interpelan a los primeros por sus alianzas con los procesos de intervención.

Pero, además, podemos agregar un tercer elemento que distinguimos de los dos anteriores debido a que, aunque efectivamente opera como frontera para establecer de qué lado se está, resulta difícil de delimitar con claridad de antemano y tiene un carácter más general. Puede, asimismo, resultar un tema polémico en ambos “bandos”. Hablamos del nivel de cercanía, sea real y concreta o interpretada sobre la base de ciertos símbolos, respecto del Estado y referida tanto a las formas de hacer memoria como a la participación en el proceso de intervención actual. Para quienes no pertenecen al partido comunista ni participan de su conmemoración, la evocación del pasado de quienes sí lo hacen es cercana a aquellos modelos de construcción de memoria que se han forjado desde la institucionalidad estatal. Además de ello, se considera que el lugar actual de los impulsores de esta actividad y los dirigentes del PC respecto de lo que sucede en la población es también cercano al actuar gubernamental. Quienes sostienen estas críticas, en cambio, disputan la apropiación de la memoria de quienes murieron en tanto lo hicieron enfrentándose al Estado, imagen que les permite justamente aludir, instalar y posicionarse en relación a la lucha del presente contra los procesos de intervención.

Ahora bien, es importante constatar que, respecto de la relación con los planes interventores, la contigüidad con el Estado se hace a ratos difícil de definir ya que muchos de ellos, y sobre todo el último, han incluido acciones diversas y dispersas. Dentro de ellas, algunas representan ayudas concretas y servicios sociales básicos para los vecinos, elementos que dificultan el establecimiento de un criterio absoluto y claro que sirva para definir la participación, cercanía o acuerdo con las mismas. Los límites son entonces difusos ¿cuándo se está realmente siendo parte del programa de intervención? Y si participa de alguna manera ¿se está siendo también cómplice de su rama represiva? Son preguntas que no tienen respuestas claras para muchos. De todas formas, la aceptación o rechazo a la intrusión seguirá ciertos indicios como pueden ser el hecho de pertenecer o no a alguna agrupación de las que conforman el consejo creado para participar del plan de intervención, recibir fondos de programas gubernamentales que son parte del mismo, o evidentemente apoyar explícitamente sus iniciativas.

1.2. Reapropiación del pasado en forma de *transgresión*

Si seguimos el orden cronológico de la jornada del 11 de septiembre, vemos cómo a medida que avanzan las horas la población va cambiando. Va sufriendo modificaciones que trastocan esa forma de hacer memoria que mencionábamos antes, aquella conmemorativa e institucional en sus dos diferentes vertientes. Lo que sucede en la plaza durante el día va siendo rodeado de otras prácticas que a simple vista, o para un observador ajeno al territorio, se hacen difícil de descifrar con claridad en su vinculación con el pasado más allá de la fecha en que ocurren. Hablamos de operaciones que

no se configuran como invitación pública, explícita y directa a recordar, ni se convocan y organizan desde un actor local. Se comienzan a desplegar, como todos los vecinos saben, otros actos propios del día 11, "otras" formas de emergencia del pasado que, literalmente, lo iluminan. Nos referimos a ciertas secuencias de actos que año a año se repiten del mismo modo en el contexto que brinda la fecha y que hacen cambiar el panorama de la población. Ocurre como si la conmemoración de la dictadura representada por las actividades ya descritas concentradas en un lugar concreto, se diseminaran al resto del barrio poco a poco y mutando en su carácter.

Junto a Rappaport (2001: 56) hablamos de ritual como "la ejecución de secuencias más o menos invariables de actos formales y de expresiones no completamente codificados por quienes los ejecutan". Y agregamos, siguiendo a Delgado (2004: 128-129), el carácter simbólico tanto de las acciones mismas como de sus consecuencias –en este caso puede ser total o parcialmente-, "entendiendo en todos los casos *simbólico* como más bien expresivo y no explícitamente instrumental".¹⁰⁴ Desde aquí, podemos decir que al igual que las conmemoraciones detalladas, aunque con una estructura diferente, lo que pasa después corresponde a un rito a través del cual algunas calles y esquinas de la población se encienden con hogueras. En su fabricación participan los vecinos de las casas más cercanas sacando muebles, basura o escombros de los que se quieren deshacer y que han acumulado para la ocasión, a veces durante el año. Otros salen simplemente a mirar, a comentar con sus familias y vecinos y admirarse con la escena, la que muchos recuerdan y remontan hacia los tiempos de dictadura cuando las protestas que se erigían en contra de dicho gobierno solían finalizar con barricadas, fogatas y enfrentamientos con la policía.

A modo de apunte, cabe señalar que la década de los 80 en Chile se caracteriza, entre otras cosas, por haber acogido lo que se conoce como las Jornadas de Protesta Nacional, días en que distintas organizaciones sociales llamaban a manifestarse masivamente contra la dictadura militar en las calles a través de paros, huelgas y/o marchas.¹⁰⁵ Además de lograr convocar a miles de personas, marcaron al país por la represión que supusieron por parte del gobierno de Pinochet. Según describe Garcés (2011) en todas ellas destacaba la participación de los sectores populares, aquello que sucedía en las poblaciones consideradas periféricas de la ciudad. Y en ese marco, La Aurora figuraba generalmente en los medios escritos como uno de los lugares más conflictivos, donde se desplegaban barricadas y se producían pequeñas luchas directas con las fuerzas de seguridad. Incidentes de este tipo se producían, de todas formas, también en otras poblaciones del país, razón por la cual éstas fueron objeto de nuevos allanamientos como forma de amedrentamiento hacia los pobladores, llevando a cabo numerosas detenciones. Asimismo, en los relatos recogidos por esta autora, se describe una cierta dinámica en estos sectores los días de protesta, la gente sacaba

¹⁰⁴ Cursivas originales.

¹⁰⁵ En el contexto de una crisis económica que había comenzado en los años 81 y 82 y de un proceso de reconstrucción del movimiento popular en medio de un régimen político represivo, se produjo la primera protesta nacional el 11 de mayo de 1983. Convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre como una "manifestación pública de descontento", se sumaron universitarios, profesores, pobladores y otros actores sociales y fue reprimida duramente por la policía, provocando 2 muertes, 50 heridos y 300 detenciones (De la Maza y Garcés, 1985). A este primer evento lo siguieron 14 jornadas más entre 1983 y 1986, además de otras manifestaciones y marchas de menor envergadura convocadas por sectores específicos, como estudiantes o sindicatos particulares.

muebles y otras cosas viejas para potenciar las fogatas que se encendían en las esquinas. Además de dar cuenta de una activa relación entre dichas jornadas y la consiguiente participación vecinal, con la Iglesia y la implicación de los párrocos de entonces.

Respecto de los días que hoy incluyen fuego y otras acciones similares a las de antaño, tanto los que participan de las actividades conmemorativas que se realizan en la plaza como aquellos que no lo hacen, saben que a medida que comience a disminuir la luz del sol la gente irá saliendo de sus casas y las hogueras irán tomando forma hasta alumbrar la noche. En ese sentido, se esté o no de acuerdo, estas acciones generan cierta expectación en la población. Ya sea por el deseo de participar, por verlo y pasar un rato comentando junto a vecinos en torno a ella o, bien, porque se constituye en un anticipo de otras prácticas que suelen sucederlas: los enfrentamientos con carabineros y los cortes de electricidad asociados.

En las hogueras participan generalmente los vecinos de una cuadra, espacio donde además suelen ser muchos de ellos conocidos, familiares o amigos. Pequeños grupos de personas se van reuniendo en el lugar elegido, en medio de una calle de las principales de la población o una esquina, y van construyendo un tumulto de madera, telas y escombros de todo tipo que finalmente uno de los participantes enciende con parafina. Una vez consolidada la fogata, el grupo se mantiene a unos metros mirando el fuego, se comenta, se hacen bromas, algunos se acercan para distribuir o mover aquellos elementos que le dan vida, tal como se hace cuando se está frente a una chimenea. Sobre todo, los movimientos buscan alimentar las llamas con más cosas que han dejado a un costado a modo de reserva o bien vuelven a sus casas a buscar. A veces se van sumando estallidos producto de envases de spray que son lanzados para darle más fuerza. Es así como se iluminan sectores de la población y se entibia el ambiente conformando un paisaje particular, único en el año.

Algunas personas con las que he conversado y convivido durante el trabajo de campo, sobre todo aquellas mayores, recuerdan esta práctica como una tradición en la población. Incluso, como Elisa, disfrutan cuando hacen memoria de aquellas fogatas que antes se hacían en la esquina de su casa, sobre todo una que fue en algún momento "la más grande del sector". En este sentido, muchos de ellos, los más antiguos, denominan esta práctica y el paisaje que se conforma en el barrio como "protestas", atestiguando así sobre su origen ligado a la dictadura en los años 80. Una vinculación que también abarca lo que sucede después y, en ese sentido, opera actualizando en algunos de ellos y sus familias el miedo a lo que pueda pasar durante o a partir de estas actividades. Una asociación que Magdalena insinúa aunque sin explicitarlo: *En cada protesta que había era cosa seria, imagínate si todavía, si de repente... este 11 pasado no fue tanto.*

Como señala Rappaport (2001:66) una de las características del ritual es que ha sido codificado por alguien diferente de los participantes, lo que quiere decir que éstos realizan una serie de actos y expresiones pautadas donde no todas son especificadas por ellos. Más bien se actúa siguiendo "un orden, más o menos puntilloso, establecido, o que se cree ha sido establecido, por otros". En el caso

de las hogueras que arden cada 11 de septiembre en La Aurora parte de esta codificación se remonta, tal como recuerdan los vecinos de toda la vida, a la dictadura de Pinochet.

De todos modos, se trata de una relación con el pasado que es más vivida que declarada y enfatizada, actuada más que explicitada en forma de narración respecto del contexto que le dio vida o de su función en el presente. Aquí no hay consignas ni fotografías de víctimas, ni lienzos ni velas ni discursos. Si para algunos es símbolo de protesta, esa que viene de antes y que ha acompañado a la población en su trayectoria para ya ser parte de ella, para otros será fiesta, celebración y juego, reduciendo la alusión al pasado a una simple mención sobre su origen. Dicho de otra manera, tal como lo plantea Delgado (2004), en esta práctica se emplea una técnica que "ya estaba ahí", se despliega una manera de hacer cuyo inicio es conocido en el territorio, se sabe de dónde proviene, aun cuando dicho punto de partida no la acompañe siempre en forma de reivindicación, homenaje y relato histórico.

Mujeres y hombres mayores, adultos, jóvenes y niñas suelen compartir ese momento, eso sí, no por mucho rato, porque todos saben que más tarde comenzarán los enfrentamientos lo que demanda, para muchos, resguardarse en casa. Y es que mientras la gente mantiene y contempla el fuego comienza un movimiento poco visible. Jóvenes, en su mayoría, transitan por la plaza y las calles aledañas, conversan en voz baja al tiempo que caminan en distintas direcciones como anticipando los recorridos que seguirán más tarde. Al pasar los minutos aparecen algunos con capuchas, piedras en sus manos, alguna pistola, botellas, en dirección a la plaza en especial a una de sus esquinas. Muchas veces no se ve, pero se escucha y comenta cuando la policía, resguardada en un autobús u otro vehículo blindado, ya se encuentra ubicada en una de las calles en las que suele situarse en estas circunstancias, en el límite oriente de la población. Tras ese ambiente previo, la mayoría de quienes se encuentran fuera de sus casas decidirán entrar, previniendo que el intercambio posterior de pedrazos, palos, bombas lacrimógenas y balines abandone el área reducida de la frontera del barrio para extenderse una vez que la policía, como cada año, decida entrar.

De este modo, las hogueras se erigen como antesala de otras acciones en las que tampoco se hace fácil de apreciar la relación con un pasado no tan reciente como el de la dictadura, los enfrentamientos. En ninguna de estas prácticas hay consignas previas ni llamados públicos a participar para conmemorar, homenajear a los caídos o recordar lo sucedido. Fogatas y conflictos abiertos con la policía a veces se distingue, con facilidad, una sigue a la otra, pero a veces se superponen y así sucedía también en años de represión dictatorial. Por lo mismo, aun cuando no necesariamente participen las mismas personas y se trate de actos y secuencias de estructura en gran parte diferentes, a ratos parecen ser parte de una sola configuración. Al menos al hablar con vecinos sobre "lo que sucede el 11" se mencionan como si fueran parte de lo mismo tanto las hogueras como lo que las sigue.

Hay años que se recuerdan porque no entró la policía a la población, entonces estuvo “fome”, dirán algunos jóvenes.¹⁰⁶ Pero a veces, como ocurrió una de las jornadas que presencié, la policía ingresa y no solo por la noche como ha ocurrido siempre, sino que entra y sale durante el día en una especie de control y sondeo del terreno. Patrullajes que aunque en días regulares es posible también observar, el 11 de septiembre tienen un cariz particular, son más frecuentes, son casi solo vehículos blindados y rara vez, al menos en principio, los carabineros descienden de ellos. Y si lo hacen no es para realizar controles de tránsito, una práctica que es habitual y rutinaria, sino para lanzar bombas lacrimógenas, por ejemplo.

Así, el 2014 mientras se realizaban las actividades en la plaza pasaba un jeep blindado por la calle del costado, la principal:

Avanzó lentamente hasta llegar a la mitad de la plaza. Allí, utilizando la entrada de una calle perpendicular giró en U para devolverse, quizás solo marcando presencia y observar lo que sucedía a media tarde. Luego vendría otra aparición, ya no pasiva. Cuando estaban recién encendidas las primeras fogatas de la misma calle principal que cruza la población en dirección oriente-poniente –cuestión que había sucedido todavía con luz de día a diferencia del año anterior-, aparece un furgón, también blindado, y se detiene al frente de las hogueras, como observándolas desde unos 40 metros de distancia de la primera de al menos 4 que habían siguiendo el eje de la calle Rinconada. Sobre esa primera fogata como recordando lo emblemático de la fecha, cuelgan dos banderas chilenas de una cuerda que cruza de poste a poste todo el ancho de la calle, y se ven flamear en medio del humo gris que se eleva. Una vez detenido el furgón uno de los policías que estaban en su interior saca un brazo para disparar bombas lacrimógenas en dirección a la zona de fuego donde también estaban quienes lo mantenían vivo y algunas personas mirando. Apenas se distinguen los proyectiles lanzadas en medio del humo y vecinos que intentan seguir trayectos propios de una jornada que no deja de ser cotidiana: se cruzan caminando con bolsas de almacén en las manos, otros transitan en bicicletas, varios apuran el paso aunque sin alarma; algunos autos avanzan esquivando las hogueras para lo cual deben subirse a la vereda; acaba de pasar por ahí el camión municipal que limpia con agua la calle después de cada día de feria (justamente era día jueves). Todo mientras se escuchan rumores de que siendo aun de día, la policía ya comenzó con algunos disparos en otro sector de la población. El furgón, luego de recibir algunos pedrazos como respuesta a las bombas, se pierde tal como llegó, por una calle pequeña que nace en la principal. Pasan los minutos y la policía vuelve, ahora en un jeep y siguiendo casi el mismo patrón se instala apuntando hacia las hogueras. Este, eso sí, avanza y pasa haciéndole el quite al fuego mientras se asoman desde las calles manos que lanzan más piedras. Pocos minutos después se escuchan los primeros balazos, no se sabe de dónde vienen. Ese jeep pasó y se perdió calle abajo, pero luego volvió y acompañado de un furgón, para juntos estacionarse frente a la hilera de fuego que seguía viva a pocos metros de distancia. Allí, luego de pasados algunos segundos en que los policías ya fuera de los coches, protegidos con cascos y chalecos antibalas, miraban y se movían como preparando alguna acción, toman sus escudos y comienzan a disparar lacrimógenas nuevamente hacia la zona en la que a estas alturas apenas se distingue el fuego por la cantidad de humo. Esta vez se distinguen sus cuerpos

¹⁰⁶ El término “fome” es sinónimo de aburrido.

claramente, miro y al mismo tiempo escucho a alguien que observando lo que sucede dice fuerte como sorprendido aunque tranquilo "¿Tan temprano?". (Relato de septiembre de 2014)

Los enfrentamientos, en las distintas versiones que hemos descrito, desde aquellos que se dan de forma imprevista hasta aquellos que siguen el curso conocido de años atrás,¹⁰⁷ representan un encuentro entre dos actores que se saben convocados: vecinos, en su mayoría jóvenes que se agrupan a propósito de esta ocasión, de forma efímera, y no representan una organización local, y policías en su mayoría pertenecientes al contingente de una comisaría cercana, los mismos que suelen ocupar la población a diario probablemente reforzados para la ocasión. Ambos acuden, aunque sus momentos de aparición puedan sorprender y desviarse del guion establecido por la tradición, y despliegan fuerzas en un ritual que pone en juego la violencia lesiva que cada uno aporta, intercambio de agresiones y ofensas.

La pregunta que cierra el relato presentado arriba no es casual, porque al menos hasta ese año 2014 como norma general del día 11 de septiembre la policía no ingresaba hasta llegada la noche. Es cierto que en aquellos momentos en que la presencia policial en el territorio es más álgida, cuestión que ocurre cada cierto tiempo y según los vaivenes de los planes de intervención, se hace más fácil que algunos carros blindados recorran sus calles mientras no cae la noche. De todas formas, el hecho que se produzcan ataques –aunque no prolongados– en plena luz de día se consideraba extraño, al menos hasta ese año. Como solía pasar antes, al oscurecerse comenzaban los enfrentamientos, pedrazos esporádicos hacia los coches que se ubicaban usualmente en calles fronterizas de la población que poco a poco decantaban en intercambio de proyectiles, balines, y otros objetos contundentes. La policía soportaba la tensión por horas antes de decidir ingresar al barrio, un momento que implicaba la huida de quienes se les enfrentaban por sus calles, la búsqueda de escondite en alguna casa vecina o que algunas construcciones sufrieran los embates de balas o bombas, dejando huellas perceptibles el día siguiente. Entre medio de todo ocurría el tradicional corte de luz provocado por los mismos jóvenes que acudían al choque de fuerzas, cuestión que hoy dicen algunos vecinos es provocada por las mismas compañías de electricidad para evitar daños en sus instalaciones.

Este escenario en cierto sentido novedoso, de fogatas encendidas más temprano de lo común y el ingreso también precoz de la policía, da cuenta de cómo aunque algunos vecinos intentan distinguir las acciones en cuanto a su nivel de violencia y no participan de los mismos –las hogueras como una tradición pacífica y los enfrentamientos como forma violentas de expresión que no muchos comparten–, ambas configuraciones están ligadas. Por otra parte, nos habla también de la posibilidad de que se sumen situaciones que se constituyen en pequeñas variaciones o “excepciones” dentro de ese orden ritual de la jornada.

¹⁰⁷ Véase, por ejemplo, el relato presentado en el Capítulo 3, apartado 2, sobre una situación vivida el 11 de septiembre de 2014.

*Somos un grupo de 15 personas aproximadamente y nos quedamos unos minutos conversando y mirando la fogata encendida en la esquina afuera del teatro, mientras todos terminan de salir y cerrar. Son cerca de las 21:00 hrs. y ya es hora de irse a la casa. De pronto se escucha el ruido de un auto que parte haciendo chirriar sus ruedas, acelera, frena, pasa por delante de nosotros. El mismo auto había pasado un rato antes, previo a que se encendieran las hogueras, y desde él se habían lanzado tiros de bala al aire, cuestión que recordé en ese momento. Un amigo me comenta que probablemente se trata de un auto robado, que ahora su conductor presume por las calles de la población, mientras el fuego continúa ardiendo. Pasa nuevamente, frena, acelera, luego ya no lo vemos, se escucha lejos. Luego de un rato se siente nuevamente, pero no se ve por ninguna parte hasta que aparece por la calle pequeña donde vive la mayoría del grupo que se sitúa en la esquina, además de nosotros. Avanza rápido hasta detenerse en medio de las llamas. El auto se enciende, o al menos eso parece, y se baja el conductor, un joven de unos 16 años que camina con las manos en alto y sonríe, como celebrando. Los que estamos ahí miramos sorprendidos, asombrados, impresionados. Pasa por al lado de nosotros, lleva un polerón negro con una capucha en la cabeza que a su vez cubre un jockey, unos jeans y zapatillas de marca. Algunos lo saludan porque es conocido en una de las cuadras contiguas al teatro, allí muchos son familia. El ríe, lleva una pistola que se le asoma sujeta en el pantalón. Mientras algunos nos preguntamos si un auto puede explotar o no, otros aprovechan de sacar fotos y grabar, en ese momento ya ha salido más gente de otras calles a mirar. Nos alejamos por temor a que algo estalle y pasamos por la siguiente esquina donde hay más gente reunida, mujeres, niños, personas mayores, todos mirando y comentando lo sucedido. Luego de un rato, media hora más o menos, decidimos caminar hacia la casa donde viven nuestros amigos porque ya se puede poner peligroso. Mientras estábamos allí pasaron dos o tres jóvenes encapuchados corriendo hacia la plaza, lo cual nos hace vaticinar que los cortes de luz y enfrentamientos comenzarán pronto. El grupo entonces se dispersa, yo sigo junto a otro amigo que también pasará la noche aquí. Camino a la casa, ubicada 5 cuadras más hacia abajo (hacia el poniente), dos hogueras más y el grupo de vecinos respectivo a su lado, aunque se trata de grupos más reducidos.*¹⁰⁸ (Relato de septiembre de 2013).

Si bien este relato da cuenta de un hecho hasta ese momento excepcional, la quema de un auto entremezclada con las hogueras, no deja de ser representativo de lo que sucede cada 11 de septiembre en la medida que, como decíamos, en otros años se pueden contar de igual manera situaciones que se salen de la norma de esta cotidianidad. Y es que durante este día se instala un escenario dentro del cual ciertas acciones cuyas pautas son sabidas y previsibles, como la instalación de fogatas y los posteriores enfrentamientos, se pueden entrelazar con otras que tomando distintas formas año a año sorprenden a la comunidad. Un todo que puede resultar riesgoso en tanto comporta un grado significativo de incertidumbre, aun cuando sea relativamente conocido y familiar, y aunque los vecinos estén acostumbrados o participen, se diviertan o estén de acuerdo políticamente. Por lo mismo, la gente ese día se preocupa de llegar temprano a su casa o, en caso de

¹⁰⁸ Meses más tarde el joven conductor del auto murió, fue asesinado por otros jóvenes supuestamente por conflictos de narcotráfico. La familia, cercana a miembros del teatro, y que habita esa cuadra, nos pidió autorización para pintar un mural en su honor en unas de las paredes, aquella que da a la esquina. Hoy allí se lee una frase que lo recuerda y cada año los familiares realizan una pequeña ceremonia para recordarlo, ponen música y lanzan balazos al aire.

salir, no acercarse a las zonas de enfrentamiento porque de noche se puede terminar sin quererlo en medio del fuego cruzado. Se toman resguardos aunque éstos no sean sinónimos de total protección, ya que puede suceder que alguna casa termine con lacrimógenas al interior de su patio o que el aire se haga irrespirable incluso cuando se está bajo techo producto de los mismos artefactos. En efecto, el peligro es parte del despliegue del 11 de septiembre se participe o no de las distintas manifestaciones, tal como lo deja en evidencia el caso de un niño que el día 11 de septiembre de 2014 perdió un ojo debido al impacto en su rostro de balines de goma disparados por la policía que circundaba la población.¹⁰⁹

Las luchas y las “excepciones” son vistas por muchos habitantes de La Aurora, sobre todo aquellos mayores, como hechos provocados y llevados a cabo por jóvenes que nada saben ni tienen interés acerca de lo sucedido en dictadura. Y que, en ese sentido, lo hacen sin claros motivos políticos, más bien respondiendo a un deseo e impulso por destruir. Una acción sin sentido, al menos sin uno que trascienda una rabia contenida, dirán aquellos que sin estar de acuerdo intentan buscar explicaciones al actuar de estos grupos. Lo cierto, y más allá de las opiniones de los vecinos, es que en el caso de estas prácticas, tal como hemos dicho, la relación con el pasado de la dictadura –donde se origina o remontan- no es del todo manifiesta ni rotunda, aun cuando ocurran en una fecha tan emblemática al respecto como es el 11 de septiembre. A diferencia de las conmemoraciones que ocurren en la plaza, aquí no se trata de un acto donde se invite a la gente a participar, tampoco requiere organización. Hogueras y enfrentamientos son rituales que se repiten año a año en los cuales el objetivo explícito de quienes participan no parece trascender el simple espacio de la acción. Lo cual, de todas maneras, no invalida que para algunos evoquen recuerdos y promuevan narraciones y anécdotas sobre tiempos pasados y conflictivos. Por lo demás, son prácticas que inevitablemente se entrelazan en términos simbólicos con los actos conmemorativos, de hecho hay quienes recuerdan que en sus inicios los choques comenzaban en el mismo lugar y sin haber acabado aún el homenaje que realizaba el partido comunista, siendo jóvenes de las juventudes de la organización los que las lideraban.¹¹⁰

Pero el nexo con lo sucedido en dictadura y los significados políticos e ideológicos asociados no sólo se encuentra en los actos que se despliegan o en los recuerdos particulares que evoca, sino que además en los jóvenes toma una forma particular, la de una mención. Es decir, aunque muchos jóvenes no se explayan sobre la vinculación de estas acciones con el pasado dictatorial ni activan narrativas de índole histórico-políticas para explicarlas, la relación con lo sucedido se menciona además de ser, en efecto, evidente. El pasado se nombra como origen o pretexto, pero su

¹⁰⁹ Ese día un niño de 9 años que caminaba con su padre cerca de uno de los límites de la población recibió impactos de balines de goma en diferentes partes de su cuerpo. Algunos afectaron uno de sus ojos haciéndolo perder la vista en él. Los disparos provenían de un vehículo de la policía que pasaba por una avenida cercana, donde no se habían producido enfrentamientos, al menos hasta ese momento.

¹¹⁰ Cabe señalar que fogatas y luchas con la policía no son propias solo de La Aurora, actividades similares se dan en otras poblaciones del país, eso sí, ocurren principalmente en este tipo de barrios. Es lo que describe de manera similar Han (2012) respecto de La Pincoya, retratando una imagen en la que también pobladores, en su mayoría jóvenes, se enfrentan con la policía en una especie de coreografía conocida, escenario antecedido por fogatas construidas sobre la base de escombros por vecinos de diversas edades, en medio de un clima de euforia y expectación donde todos conocen la sucesión de acontecimientos que están por venir.

enunciación no se acompaña de un relato ni tampoco es lo central a la hora de explicar aquello que hacen. Parece no haber narrativas vinculadas, memorias estructuradas que le den un marco comprensivo asociado al pasado. Aquí el relato no es una trama alusiva a lo sucedido hace 40 años, o si la hay, las referencias a ello son escasas. Lo que prima es la acción y el presente,¹¹¹ la posibilidad que brinda la jornada para enfrentarse con una presencia policial que se ha extendido ya por más muchos años en la población, toda una vida para muchos de los jóvenes que participan. Una ocupación policial que ha colonizado su propia historia, se ha constituido en su pasado más próximo y que como tal le otorga sentido a esta práctica, un sentido local, propio de la vivencia en el territorio. De este modo, muchos jóvenes al hablar de lo que sucede ese día y su participación en los denominados “incidentes”, hacen referencia al pasado de la dictadura, pero lo incluyen dentro del abanico de situaciones problemáticas y conflictivas que forman parte del habitar en el territorio.

En este sentido, podemos sostener que el que pasen más o menos cosas el día 11, que ocurran más y más cruentos enfrentamientos, que se construyan más hogueras, que salga más gente a la calle parece no depender del contexto nacional. Estas fluctuaciones dependerán de motivos locales y presentes, y éstos, a su vez, no serán del todo apreciables a simple vista al modo de una asociación causa-efecto directa y reconocible en la inmediata vivencia de la coyuntura. En algunos años, por ejemplo el 2011, cuando las protestas nacionales sobre educación vivían uno de sus momentos más álgidos, algunos vecinos esperaban acciones quizás más masivas y violentas, y sin embargo eso no pasó, fue “un 11 aburrido” dijeron varios jóvenes. En cambio, en otros años cuando la coyuntura nacional no ha vivido momentos particularmente convulsos, se producen en La Aurora jornadas más duras, revueltas, con mayor cantidad de balazos, algunos saqueos a negocios o dependencias de organizaciones comunitarias, más autos quemados, etc.

Tal como refería un joven entrevistado, el 11 de septiembre “es como un día donde todo está permitido”. Bajo ese marco, se ponen en escena técnicas que provienen del pasado, protestas y enfrentamientos propios de los años 80, pero que con el tiempo han ido siendo resignificadas, recontextualizadas, apropiadas en función del presente y el propio pasado reciente de una generación que en La Aurora nació intervenida por el estado. Un lapso de tiempo que es más próximo y que está cargado de sentimientos como la rabia y la frustración. Es en este sentido que referimos a “un día donde todo está permitido” no relativo a disputas internas, como podrían ser los ajustes de cuentas cotidianos entre bandas de narcotráfico, por ejemplo. Más bien, interpretamos que se trata de una apertura alusiva a un conflicto local entre la población, o parte de ella, y un agente externo aunque muy conocido y ya parte del espacio cotidiano como es la policía. La “protesta”, como lo llaman algunos, se constituye en un momento dentro de la jornada en el que la tradición del ritual permite habitar el territorio desafiando algo a lo que no se le puede hacer frente en el día a día. Allí la gestión de la intromisión estatal y sobre todo aquella policial, es compleja y se maneja tácticamente, sin romper esa especie de equilibrio precario que brinda la rutina cotidiana. Para el 11, en cambio, la tensión habitual se recrudece y estalla. Eso que en la cotidianidad resulta imposible, rebelarse y resistir con armas o de forma violenta a la presencia policial, se lleva a la práctica, se actúa

¹¹¹ Véase Capítulo 2, apartado 1.1.

aprovechando una fecha cargada de pasado, pero constituyendo una explosión que más tiene de presente. La forma del ritual, así, permite en este contexto aquello que seguramente de otra manera no podría ser representado ni llevado a la práctica (Rappaport; 2001). Y con esto no nos referimos solamente al choque con la policía, sino finalmente a la misma constitución conflictiva del territorio que se pone en escena a través de estas prácticas arcaicas, como recordando de qué está hecho (Geertz, 2003).

Si, por otra parte, seguimos a Augé (1998: 65-67) podemos entender estas formas rituales, y sobre todo en su fase de lucha explícita, como escenarios a través de los cuales se "suspenden" pasado y futuro en pos de una exaltación del presente, de aquello que constituye la actualidad de esos jóvenes y adultos que salen a pelear. La forma del suspenso, como lo denomina el autor en su análisis de los modos emblemáticos de olvido o de gestión del tiempo, expresada en ritos donde la búsqueda es la recuperación del presente, lo que a su vez implica el olvido del futuro. El suspenso, dice Augé, equivale a una "estetización del instante presente que únicamente puede expresarse en un futuro perfecto (<<Habré vivido por lo menos esto>>)". Desde esta línea de argumentación, podemos pensar que se trata de una experiencia única en tanto que difícilmente se podrá vivir de otro modo. En ella se pone en juego, se vive recrudescido y actuado, la disputa por el territorio al igual que como sucede en la plaza, pero ya no entre organizaciones y sus sentidos políticos del pasado y del presente. Si no, entre jóvenes de la población y policías, al modo de intentos por apropiarse de un territorio que ya desde minutos antes está siendo marcado, inscrito, habitado a través de las hogueras de una manera que se escapa de lo que sucede en el día a día. Como si en esa noche se suspendieran ciertas regulaciones para dar pie a un "todo se puede", se mueven o, más bien, se transgreden las fronteras de cierta normatividad.

Y es pertinente aquí la noción de transgresión en la medida que justamente nos habla de límites, tal como Giannini (1987) lo definiera según aquello que se escapa de las reglas implicadas en el fluir irreflexivo de la rutina, para luego integrarse en ella o simplemente permitir su retorno. Esto quiere decir que acudimos a un concepto que no refiere tanto a una ruptura de la línea trazada –tácita o explícitamente- entre lo permitido y lo prohibido, sino a un proceso. Un desarrollo de mutua constitución en el que no existe uno de los elementos sin el otro, ya que se necesitan mutuamente para existir. O, para decirlo de otro modo, los límites deben existir para poder ser transgredidos. En esta línea, la transgresión, ahora siguiendo a Foucault (1996), es aquello que se constituye como traspasando una frontera divisoria, pero sin hacerla desaparecer, justamente no termina con ella, porque si así fuera dejaría de tener el significado que la constituye. El sentido, entonces, del tipo de prácticas que aquí describimos y analizamos está en la transgresión misma, lo que a su vez hace significativo el mismo ritual.

De esta manera, y considerando lo dicho sobre aquello que se transgrede con hogueras y enfrentamientos, podemos decir que ambas instancias conforman un conjunto de prácticas que no sólo dan cuenta de los márgenes de la población, los ponen en escena y los marcan, sino que los enaltecen y permiten vivirlos en tanto que siendo transgredidos. Y al decir límites, lo hacemos en

dos líneas. En forma de fronteras físicas, en la medida que muchas veces los enfrentamientos ocurren en ellas o bien dentro las delimitaciones que establecen. Pero también como trazados simbólicos que representan un conflicto por el territorio llevado al extremo de su expresión. Tiene lugar, por consiguiente, una jornada vespertina en la que los confines del barrio son transgredidos admitiendo actos extraordinarios que el amanecer volverá a poner en su lugar. Los contornos parecen desplazarse haciendo posible que el conflicto que allí se escenifica, aquel que La Aurora vive a diario y que de alguna manera la ha constituido, se mantenga controlado, se exprese, estalle, descargue, para luego retomar su cauce hecho cotidiano. Una especie de temblor que libera energía que luego será acumulada nuevamente. Se trata de un instante fugaz por medio del cual la disputa se puede vivir, experimentar al modo de un exceso. Y es por ello que si, tal como más arriba decía un joven, la policía no ingresa a la población resulta aburrido porque no hay vivencia de esa transgresión, del límite que se habita. Allí entonces el sentido no estará puesto en el logro de la expulsión de quienes ocupan el territorio forzosamente, sino en el hecho mismo de enfrentarla de una manera que en la cotidianidad de la población, y de la sociedad, es impensable. O simplemente en la ilusión de una remoción que de todas formas es ficticia. Es la exaltación y celebración de ese momento lo que le otorga la potencia, la existencia de dicho margen y la posibilidad de desobedecerlo. Tal como un joven lo dejaba claro el día que las organizaciones temían por el futuro de la sucursal bancaria recién inaugurada, cuando otro insinuó un ataque hacia dicho inmueble: *hermano, la pelea es con los pacos, no con el banco.*

Nos referimos entonces a la idea de transgresión respecto de las formas de gestión cotidiana permitidas social y legalmente frente a la ocupación policial del territorio. A cómo en esta instancia ritual se le hace frente a la policía a piedrazos y se ocupa el territorio con fuego, prácticas muy alejadas de los canales tradicionales de organización comunitaria y política, de denuncia y gestión de la intervención del barrio. Sin embargo, quedan todavía dos sentidos en los que podemos hablar de transgresión desde este tipo de prácticas. Primero, como desviaciones respecto de las formas rutinarias de habitar y fluir por la población -muestra gráfica de ellos son las llamas interrumpiendo el tránsito de personas y automóviles-. Y en segundo lugar, a las formas oficiales, cívicas, institucionales y "pacíficas" reconocidas, autorizadas y legitimadas socialmente como modos de recordar de pasados violentos. Aquí se sucede un ritual público en el que la conmemoración se reemplaza por prácticas a través de las cuales el pasado es reapropiado y resignificado. Acciones diferentes y signadas como violentas desde autoridades, medios de comunicación y también vecinos que, en tanto tales, son arrancadas de sentido y criminalizadas o vistas simplemente como gratuitas.

Cabe decir que la conmemoración se reemplaza, si entendemos a esta acción como necesariamente promovida por una organización que intenta hacer públicos sus sentidos del pasado y disputarlos en ese escenario. Ahora, también podemos acercarnos a la noción de conmemoración fuera de dicho marco institucional y según el establecimiento de un vínculo con un determinado pasado. Y desde ahí, entonces, pensar estos actos en su relación a un pasado conflictivo dictatorial, al modo de expresiones actualizadas de una resistencia que, además, son tradicionales en el sentido de ritualizados. En este sentido, sostenemos que hogueras y enfrentamientos son prácticas igualmente

conmemorativas. Mantienen vivo y encendido un pasado que todavía no pasa. A fin de cuentas, y como lo hemos descrito, hablamos de un juego ceremonial donde los invitados a participar amplifican el ámbito de lo posible para representar el conflicto por y desde el territorio, para luego sufrir una especie de implosión y retomar el margen corriente propio de la población.

Tenemos, en definitiva, dos prácticas conmemorativas que junto a las descritas en el apartado anterior dan vida al 11 de septiembre en la población La Aurora. Todas, situaciones que nos permiten pensar que esta jornada continúa siendo interminable también en el ámbito local, un largo día que aún no acaba, tal como apuntaba Candina (2002). Ahora bien, no hay que olvidar que los actos transgresores aquí analizados tienen formas propias, un carácter particular que podríamos conceptualizar junto a Delgado (2004) desde la noción de fiesta y revuelta. Como dice este autor, estos modos de apropiación del espacio están vinculados en la medida que la segunda es la expresión extrema de la primera, aunque el límite entre ambas puede ser difuso. En el caso de lo que sucede en la población, podríamos decir que si la construcción de fogatas es la fiesta, los enfrentamientos son la revuelta. La fiesta, la entenderemos como aquellas actividades en las que:

"las gentes ocupan los espacios comunes y allí, al amparo de sus símbolos, materializan su identidad social [...] La fiesta es un complejo contexto donde tiene lugar una intensa interacción social, y un conjunto de actividades y de rituales y una profusa transmisión de mensajes, algunos de ellos trascendentes, otros no tanto, y un desempeño de roles peculiares que no se ejercen en ningún otro momento de la vida comunitaria, y todo ello parece ser susceptible de una carga afectiva, de una tonalidad emocional, de forma que las gentes y su acción social parecen encontrarse en, y crear un ambiente, un ambiente inconfundible, un 'ambiente de fiesta'" (Velasco, 1982 en Delgado, 2004: 130).

La revuelta, por su parte, corresponderá a su forma radical que, como hemos dicho, extrema las acciones desplegadas y las lleva al borde, intensificando elementos como las emociones implicadas, la violencia, la alerta, el peligro, etc. Aunque sabemos que el paso entre una y otra a veces se vuelve imperceptible, hacemos la distinción entre ambas porque, efectivamente y como hemos descrito, tienen diferencias. Eso aun cuando en ocasiones la transformación ocurra entre gestos tácitos y movimientos sigilosos, cuestión que solo la hace evidente cuando ya bajo el alero de la oscuridad policías y jóvenes se enfrentan abiertamente. Antes de aquel clímax muchos vecinos disfrutaban, comparten, celebran al calor del fuego, juegan, se admiran, ocupan de una manera particular el territorio. Algunos se van al tiempo que otros se suman, miden fuerzas con la policía y ésta con ellos, tantean opciones, jóvenes y carabineros se repliegan para volver a la calle, se enfrentan, se agreden, hasta que se retiran. Son movimientos que suceden, de todas formas, no sin dejar rastros. Huellas en la memoria que pasarán a ser parte de aquello que se recuerde respecto de esta fecha y que pasa a ser tema obligado para los meses siguientes, así como vestigios materiales del paisaje que dibujaron. De este modo, el recuerdo y la materialidad del territorio queda marcado al menos por algunas semanas y hasta el año próximo, cuando volverá a albergar una complejidad que entremezcla pasados y presentes oficiales, tradicionales, alternativos, violentos, espontáneos, planificados, etc.

Al otro día parto a las 7 de la mañana al trabajo, todos duermen. Diviso muy poca gente en la calle. Apenas un negocio abierto. Camino por la calle principal, la misma que cruza todo la población y que albergó varias de las hogueras del día anterior, muchas de las cuales aún tienen brasas encendidas, se siente el calor cuando paso y se ven amplias manchas en el pavimento por los restos de carbón. Subo hacia el oriente y me dirijo a la plaza, me queda en el camino a buscar la micro. En distintas calles veo letreros y señales de tránsito en el suelo, arrancados con el soporte de hierro y todo. Frente a ella, aunque ahora ubicado en la vereda y no en medio de la calle donde fue dejado, está el auto, o más bien los restos que quedan de la carrocería. El esqueleto carbonizado es observado por 4 policías que llevan cascos y chalecos antibalas, y 5 transeúntes que observan entre curiosos y sorprendidos. Un carabiniere escribe en una libreta, los otros miran y conversan. Por el suelo diviso restos de bombas lacrimógenas y siento el olor y la picazón en la nariz. En la plaza quedan algunos lienzos colgados. No hay nadie. Doy la vuelta y llego al banco, está intacto. Pienso que finalmente no ocurrió aquello que sus defensores temían, que fuera atacado, y recuerdo los rumores de la actividad oficial que supuestamente se realizaría comandada por el Alcalde. Más tarde me dirían que había sido suspendida por temor a que fuera boicoteada, otro rumor. En esa misma esquina hay un bus de la policía, estacionado a un costado de la calle. Tiene manchas de pintura y hendiduras en sus puertas que parecen saber sido causados por golpes de piedras (las ventanas tienen rejas). Un poco más adelante la avenida donde termina la población. Una esquina grande en la que no queda en pie ningún semáforo de al menos 6 que había, también en el suelo un par de carteles con los nombres de las calles. Los semáforos no fueron repuestos si no después de semanas. (Relato de septiembre de 2014)

1.3. La dictadura como referente de y para el conflicto

El conflicto es parte de la vida cotidiana. Tal como apunta Heller (1977), es una de las formas típicas que pueden adoptar las colisiones del día a día, tan propio de la cotidianidad que la posibilidad de una vida idílica –ausente de conflictos– es casi impensada, o más bien, solo posible desde el aislamiento de la sociedad. Simmel (1986), por su parte, no solo sostiene la imposibilidad de una vida sin disputas, sino que lo comprende como una forma de socialización en sí mismo, más allá de sus consecuencias o fenómenos asociados. La lucha, sostiene, opera en todos los ámbitos de la vida y en ellos adquiere diversas formas a la vez que puede ir asociada a distintas emociones. Es socialización en tanto que acción recíproca, una de las más vivas por cierto, entendiendo éstas como un modo de convivencia de los seres humanos con otros, en el que se da una mutua afectación. Uno genera efectos sobre el otro y recibe influencias, constituyendo así un “lugar” gracias al cual se produce la sociedad, ese intersticio de un “entre” individuos, la reciprocidad que la genera.

Aun cuando ciertamente existen diversos tipos de luchas, y niveles de análisis para los mismos, si hablamos de la esfera cotidiana, de la rutina de un día común y corriente en La Aurora se pueden contar diversas situaciones conflictivas como: una discusión con un vecino; un momento de tensión con la policía o con un funcionario de un organismo del gobierno local, con un dirigente, con la pareja; una pelea entre amigos, entre desconocidos o entre bandas rivales; discusiones entre miembros de

organizaciones, entre jugadores de fútbol de clubes locales; etc. Momentos en los que se produce un choque entre dos posiciones respecto de algo, ya sea explicitadas o no, que se resuelve de formas más o menos definitiva, más o menos rápida, para restaurar el fluir irreflexivo rutinario.

Aunque se trate de una gama de conflictos de carácter cotidiano y que, además, podrían sucederse de igual manera en otros barrios, respecto de su presencia y papel aquí, así como en relación a la construcción y transmisión de sentidos del pasado, queremos apuntar dos cosas. En primer término, que muchas de las disputas que en la población tienen lugar se vinculan con las situaciones y elementos locales que mencionamos cuando hablamos de las violencias en el barrio, tanto las pasadas como las presentes, cuestión que abordamos en el capítulo anterior.¹¹² Y, en segundo lugar, aunque asociado al anterior, que la dictadura aparece ligada al conflicto, en forma de pretexto, motivo, contenido, y objeto, línea que desarrollaremos a continuación.

Queremos abordar una relación entre conflicto y dictadura que se hace evidente, por ejemplo, en las situaciones de tensión que suceden el mismo día 11 de septiembre, tal como aquellas ya descritas a lo largo de estas páginas.¹¹³ En muchas de ellas el recuerdo de dicho pasado provoca choques y pequeñas luchas respecto de los sentidos que se construyen sobre el mismo y sobre su vinculación al presente. Pero también hay veces en que ese pasado irrumpe de forma intempestiva, imprevista, en situaciones que aparentemente nada tienen que ver con él, allí la asociación de la que hablamos es indirecta.

Estábamos en el templo Pentecostal, sexta detención del recorrido, al cual llegamos luego de pasada aproximadamente 1 hora. Allí, como en cada detención, el guía de la ruta –también concejal de la comuna por el partido comunista y vecino de la población– hace una introducción para luego darle paso al anfitrión, en este caso es el pastor quien cuenta la historia del lugar. Salimos y el grupo avanza pocos metros más hacia el sur con dirección al Centro Comunitario, próxima estación del trayecto. Es un día de feria, domingo, y estamos justo en una de las calles que conforman uno de los extremos de la misma por lo cual en las veredas se posan paños para ofrecer todo tipo de cosas, desde ropa hasta herramientas, juguetes y artículos electrónicos. Mucha gente transita tranquila por la calle, todos a ritmo dominical arrastran su carro de compras, algunos solos, otros acompañados por algún familiar o amigo. Salgo del templo mientras el grupo se encontraba algo disperso y me acerco a un amigo que también participa de la ruta que conversa con un hombre mayor, Antonio, conocido por los dos, que estaba paseando y recorriendo la feria. De pronto pasan junto a nosotros algunos de los que realizan el recorrido patrimonial que van siguiendo a los organizadores. Antonio los ve y comienza a hablarles sin esperar respuesta, primero en voz baja aunque subiendo poco a poco el tono como manteniendo el cuerpo dirigido hacia nosotros, pero con la mirada puesta dos metros más allá donde pasa el grupo. Los acusa a viva voz de hacer negocio sin importar de dónde provengan los recursos (asumo que se refiere tanto a este tipo de actividades como a la relación de los organizadores con el gobierno central y local), enfatizando que habiendo estado en contra de Pinochet antes, hoy no tienen escrúpulos a la hora de conseguir dinero,

¹¹² Véase capítulo 3, apartado 2.

¹¹³ Véase el presente capítulo, apartados 1.1. y 1.2.

nos les importa de dónde venga, incluso aunque se trate de personas que estuvieron vinculadas al dictador y su gobierno. Mientras tanto de fondo suena música, cumbia, ritmo que suele acompañar los días de mercado. Ante las frases que emite Antonio cada vez en un tono más elevado, uno de los participantes de la ruta y cercano a los organizadores, Jorge, se detiene y lo encara, lo insulta, lo reta a callarse. Quienes acompañábamos a Antonio en ese momento intentamos calmar la situación, hay quienes sumados al tumulto argumentan que todos tenemos derecho a opinar ya que estamos en democracia. La discusión se remonta directamente al pasado cuando Jorge acusa a Antonio de haberse escapado cuando fue el Golpe Militar, mientras tanto Antonio continúa con sus imputaciones sin escuchar. Jorge repite su acusación hasta que ya harto intenta empujar a Antonio y lanzarle un manotazo. Éste apenas es alcanzado por el brazo de su contrincante gracias a que se corre unos centímetros mientras le reclama su dependencia de dineros provenientes de empresarios, lo acusa de venderse a grupos de interés. La gente que los rodea, a esas alturas más que al inicio, intenta separarlos, al mismo tiempo que algunos cercanos a Jorge acusan a Antonio de traidor e incitador a la violencia en el barrio. Jorge apoya dicha denuncia diciendo en voz alta y dirigiéndose a los presentes que el hermano de Antonio pertenecía al ejército en el pasado dictatorial y era delator. Otro de más atrás le recuerda a Antonio que vive de una pensión de reparación del Estado por ser torturado político. A esas alturas todos tienen algo que decir. Cuando la tensión comienza a bajar, Jorge amenaza a Antonio de ir a buscarlo luego, Antonio lo invita a hacerlo, "sabes donde vivo", le contesta al tiempo que le pregunta si irá con la policía como insinuando cierta cercanía o complicidad. Jorge finalmente lo acusa de generar escándalos siempre, y una señora que lo acompaña hace lo propio aduciendo que Antonio ha querido vender la población apoyando hace años algunos proyectos de intervención social promovidos por una universidad privada. Todo se calma y Antonio se apresta a retirarse junto al amigo con quien paseaba inicialmente que le insiste en hacerlo. Mientras se alejan un hombre que había presenciado la discusión cierra: "Así es la democracia, la democracia que queríamos, ah? Hay pros y contras, no querían libertad? Eso es lo que querían, la libertad". (Relato de mayo de 2015)

Nos encontrábamos en la realización de la ruta patrimonial, una actividad que dice mucho del presente de la población.¹¹⁴ Representa los intentos de un grupo de personas, algunos pertenecientes al partido comunista y otros miembros de organizaciones sociales locales, por promover y mostrar el barrio al espacio público al resto de la sociedad como un lugar diferente de cómo lo muestran los medios de comunicación, uno cuya riqueza cultural física e inmaterial lo hacen digno de ser visitado y preservado, tal como ellos mismos explican. Todo ello de la mano de un proceso de rescate y defensa de la población como patrimonio iniciado el año 2011, en el contexto del comienzo del proceso de intervención de turno. En ese momento, un grupo de vecinos ligados al recientemente constituido Consejo de Organizaciones Sociales, se propuso retomar un interés que

¹¹⁴ Los días 31 de mayo de cada año se celebra el Día del Patrimonio Cultural en Chile. En todo Santiago y regiones se abren gratuitamente al público museos y edificios históricos, y se organizan rutas patrimoniales. Desde el año 2012 la población La Aurora es parte de esta red de lugares. La ruta patrimonial consiste en un recorrido por el sector, realizado en un vehículo con forma de tren y un autobús (que proporciona la municipalidad), y la detención y visita a 12 lugares tales como: plazas, cancha de fútbol, sede vecinal, capilla, templo evangélico, entre otros. Todos, espacios que a ojos de los organizadores forman parte del patrimonio del barrio. El año 2015 se incluyó en la ruta la inauguración de placas conmemorativas que los signan como lugar histórico y patrimonial en cada uno de los sitios.

había nacido años antes, durante la celebración del 50 aniversario de la llegada de los primeros habitantes al sector de La Aurora II. Allí se comenzó a gestar informalmente la propuesta de crear un proyecto de defensa de su identidad y memoria como estrategia para des-estigmatizar y destacar la trayectoria histórica de La Aurora, ligada a la organización comunitaria y cultural propia de las poblaciones nacionales. Retomando esos propósitos, entonces, el año 2011 crearon una comisión especial apoyada por una consultora externa (Arias, et al., 2015). Uno de los objetivos concretos que se fijaron fue iniciar una línea de trabajo en pos de lograr que la población sea declarada Zona Típica por parte del Consejo de Monumentos Nacionales, lo cual tendría efectos como, por ejemplo, en términos de reparación y conservación de inmuebles.¹¹⁵ Otra de las iniciativas que se cuentan dentro de este proceso ha sido la inclusión del barrio en el Día del Patrimonio Nacional y la serie de espacios que en todo el país se ofrecen para recibir visitantes, y la creación del museo de la población inaugurado en el año 2014 e instalado en una sede vecinal.^{116 117}

230

Estas iniciativas han recibido críticas por parte de algunos vecinos y organizaciones locales, posición que se manifiesta, en el caso de la situación relatada arriba, a través de aquello que enuncia Antonio al ver pasar al grupo de la ruta. Se produce una discusión, una polémica más bien, si la entendemos junto a Giannini (1987) desde el carácter espontáneo e imprevisible tanto de su ocurrencia como de su desenlace que desvía el curso pacífico de la rutina, y que provoca expectación y curiosidad. Un enfrentamiento entre dos sujetos que son personajes históricos de la población. Uno, ex militante comunista que hoy es parte de una organización local que se ha declarado en contra de la intervención estatal y de este proceso de patrimonialización del barrio. Y el otro, un viejo y aun miembro del partido, dirigente vecinal y activo participante de este tipo de acciones. Ambos, de reconocida trayectoria política local, vivieron y sufrieron la represión de la dictadura de diferentes formas. Las diferencias que estallan entre ellos, en esta ocasión específica, se producen, en primer término, por la opinión que tienen sobre esta actividad y otras similares: uno es parte de la organización y el otro es contrario a su realización. Pero al mismo tiempo se trata de desavenencias que no pueden entenderse sin mirar hacia atrás, hacia la trayectoria de intervenciones estatales y de entidades privadas de las que en los últimos casi 20 años el territorio ha sido objeto, en las que ellos han decidido ser parte o bien rechazar. Y entre medio de esta discusión emerge un pasado más antiguo todavía que ese reciente, la dictadura. Y lo hace en forma de memorias que les permite a ambos interpelarse, acusarse, denunciarse, mostrarle a los presentes quién es quién y quiénes han

¹¹⁵ El proceso iniciado fue formalizándose cada vez más hasta generar un proyecto de investigación patrimonial participativo que, luego de adjudicarse fondos a través de un concurso público, logró desarrollarse durante 6 meses y su sistematización dio origen al Expediente Técnico para la declaratoria de Zona Típica. Documento que, siguiendo el ejemplo de procesos similares en otros barrios de Santiago, tiene como objetivo concreto ser presentado al Consejo de Monumentos Nacionales y lograr que La Aurora adquiera esta calificación para que con ello la intervención urbana futura pueda ser controlada por dicho organismo.

¹¹⁶ Algunas de estas iniciativas, como la creación del museo y la ruta patrimonial en el barrio han contado con el apoyo del programa gubernamental "Quiero Mi barrio" –oficialmente llamado Programa de Recuperación de Barrios- dependiente del Ministerio de Vivienda y Urbanismo que actualmente funciona en la población.

¹¹⁷ El museo de la población, también impulsado por una agrupación cultural local, fue inaugurado en septiembre del año 2014 y busca, según se señala en las reseñas explicativas, difundir y relevar la memoria histórica de La Aurora "a través de la recopilación de objetos, planos, imágenes y testimonios históricos y fundacionales de la conformación del territorio... también como una manera de preservar la identidad (...) se reúne la historia (...) su resistencia, capacidad de organización y el patrimonio tangible e intangible".

sido respecto de lo que ha vivido el territorio. Esto quiere decir que, siguiendo a Heller (1977), se despliega no tanto una disputa, entendida como una colisión de intereses particulares, sino que un conflicto en la medida que se ponen en juego motivos asociados a valores genéricos y principalmente morales, políticos, habría que agregar. De ello se desprende la intensidad que adquiere para los involucrados. Un conflicto que, en todo caso, surge de forma imprevista, simplemente ocurre, una emergencia pura que no se prepara ni se convoca, ni es posible anticipar su resolución.

Se forja una situación propicia para que se traigan a escena diferencias del pasado, tal como más adelante me dirá un amigo al comentar lo sucedido: *el conflicto del Jorge con el Antonio ya es un conflicto casi histórico, se tienen mala desde siempre*. Las que, sin embargo, se actualizan a propósito del presente local en el que, al igual que en las actividades realizadas el día 11 de septiembre, el territorio es el objeto de conflicto, aquello que suscita posicionamientos enfrentados. Asimismo, el conflicto así descrito y como ha ocurrido en otras ocasiones, provoca que la gente que observa no sólo comente sobre la situación misma si no que se ve empujada a tomar posición respecto del pasado en cuestión y, de esa manera, hacer memoria, como sucede con varios de los que allí estábamos. Es decir, la situación también opera como detonador de recuerdos diversos.

En esta línea, y ahora precisando esta relación que hemos instalado entre conflicto y dictadura, podemos decir que ésta toma cuatro formas. En primer lugar, y quizás del modo más evidente y recurrente, como un recuerdo. Un conflicto ocurrido en dictadura se hace presente en la cotidianidad como contenido de la rememoración. En las entrevistas realizadas, formales e informales, al hablar sobre el pasado de la dictadura se hacen constantes referencias a variados conflictos. Situaciones en las que el entrevistado o un conocido se enfrentó a alguien, a la policía, a un familiar, un vecino, a un compañero de militancia, o donde fueron simplemente atacados por tener una posición diferente de la mayoría de pobladores respecto de lo que sucedía (por ser pinochetista o simplemente no allendista, por ejemplo). Hablamos de menciones y descripciones de litigios eminentemente cotidianos, a escala local, ocasiones en las cuales personas de la población se vieron implicadas en disputas, y no tanto referencias al conflicto político global que caracteriza el periodo o que puede haberse dado entre instituciones y/o partidos políticos.

En segundo término, dictadura y conflicto se vinculan en la medida que a la hora de recordar el periodo junto a otro se generan diferentes opiniones y posiciones respecto de lo rememorado, ejercicio que puede llegar a trascender una simple colisión de intereses particulares. Un tipo de intercambio que muchos jóvenes relatan que han presenciado en sus propias familias cuando en el espacio cotidiano afloran los disímiles posicionamientos de los padres o abuelos que vivieron el periodo. Aquí el pasado es el objeto de la disputa, a partir de él, de una situación anecdótica relatada, de una evocación particular, los participantes en la interacción enfrentan e intentan imponer versiones, sentidos, interpretaciones de lo sucedido. Se genera el conflicto como instancia de diálogo y transmisión de sentidos de dicho pasado.

Por otra parte y en tercer lugar, puede suceder que una disputa que se despliega en el presente, como la sucedida durante el desarrollo de la ruta patrimonial que describimos, llegue a constituirse en sí misma en una situación que se asocie automáticamente al pasado. Algunos jóvenes, por ejemplo, relatan que al presenciar una situación de conflicto en la que dos posiciones políticas sobre circunstancias diversas se ponen en juego, ellos establecen una relación con el pasado de la dictadura aunque la discusión no verse directamente sobre el mismo. Sucede como si el enfrentamiento político o la diferencia de opiniones fuera una “escenificación” de un pasado conflictivo específico, y entonces opera en forma de vínculo en tanto que tipo de interacción. Una ocasión que representa una lucha termina siendo asociada al pasado, aun cuando la dictadura no sea el objeto que le da razón ni emerja como contenido.

Por último, un conflicto suscitado en y a propósito del presente de la población, como podría ser la patrimonialización de la misma, puede constituirse en una ocasión a través de la cual el pasado de la dictadura se inmiscuye. O sea, cuando el objeto del debate es el presente y la posición que se tiene respecto de él, la instancia se vuelve propicia para albergar pugnas que tienen relación con el pasado dictatorial. Por ejemplo, diferencias derivadas de la militancia de dos vecinos en el partido comunista y las trayectorias políticas locales. El pasado se abre paso a través de una situación conflictiva presente que es pretexto e incitador, y pasa a mezclarse con la actualidad al punto de hacerse indiscernibles los motivos y objetos de la discusión.

232

Ahora bien, estas formas de relación conflicto-pasado corresponden a una distinción y simplificación analíticas, puesto que en situaciones como la señalada se imbrican, se cruzan, se mezclan. De todos modos, en ellas la dictadura suele irrumpir como un referente para comparar, para interpelar, denunciar, desenmascarar a otros. Un referente también para describir o bien valorar la situación actual de la población, ya sea respecto del nivel de violencia asociado al narcotráfico y al actuar policial o del proceso de intervención estatal y la represión que trae aparejado.¹¹⁸

Un referente que al mismo tiempo que genera palabras con carácter de acusación o denuncia en algunos, en otros lo hace de manera más reflexiva, ilustrativa, educativa incluso, sobre todo si hay presentes jóvenes o personas que no viven en la población. *Esa es la democracia que querían ¿o no?*, desafiaba un observador de la discusión reseñada. Es decir, la dictadura sirve de punto referencia sobre el cual todos se posicionan, que no es indiferente a nadie. “Estar ahí”, en la situación de conflicto del presente en el territorio, o “haber estado ahí”, en la disputa pasada que igualmente habla sobre el lugar, te obliga a tomar posición, te empuja a hacerlo aún sin tener que pronunciarse verbalmente. Descrito de esta manera, el conflicto estaría asociado a la dictadura para quienes vivieron ese pasado, así como para quienes no lo hicieron, en la medida que para éstos últimos ese pasado ha sido y es transmitido en forma de enfrentamiento entre posiciones políticas. Como una interacción que supone un choque respecto de algo, y en ese sentido, puede también producirse referido del presente. Asimismo, la dictadura, pasado que no todos los habitantes de la población han vivido, así como las intervenciones estatales, pasado más reciente, se encuentran vinculados. A

¹¹⁸ Véase también capítulo 2, apartados 2, 2.2., y 3.

propósito de uno aparece el otro y viceversa, la clave allí parece residir en las distintas posiciones políticas definidas respecto del territorio y no tanto en términos de doctrinas o militancias.

Así, y tal como hemos dicho en capítulos anteriores, dictadura e intervenciones estatales se constituyen en conflictos propios de la trayectoria de la población, uno perteneciente a un pasado más lejano aunque no por ello remoto y olvidado, y otro a uno reciente y que continúa "siendo". Y se trata, además, de temáticas controvertidas a nivel local que parecen requerir una toma de posición. Ante ambas se generan visiones, difícilmente se tendrá una perspectiva "neutra" o se podrá estar "en la blancura", denominación que utiliza un joven vecino para describir su imposibilidad de no odiar a la policía al pertenecer al barrio intervenido y por ser hijo de un sobreviviente de violencia política. De todas formas, cabe apuntar, dicho posicionamiento tendrá un cariz distinto respecto de cada uno de estos grandes conflictos. Al hacer memoria de la dictadura, las posiciones se definen y leen en términos polares en la medida que se era de izquierda (comunista, simpatizante o allendista) o pinochetista –término bajo el que se agrupa a quienes no apoyaban al gobierno de Allende, lo que a su vez suponía estar a favor de la dictadura militar-. Nos referimos a categorías que operan todavía, sobre todo en los más antiguos. Pero, al referirse a la intervención estatal esta lectura se complejiza, adquiere matices. Y muchos de ellos responden a la misma estrategia interventora que se plantea desde el mejoramiento de la calidad de la vida del barrio, incluyendo variados programas sociales y soluciones concretas a problemáticas urgentes. Un modelo de trabajo y gestión que hace olvidar que el plan depende en última instancia del Ministerio del Interior y Seguridad, a través de la Subsecretaría de Prevención del Delito, y que su objetivo último es justamente la disminución y prevención de los niveles de delincuencia. En este sentido, se trata de una red compleja cuya cara más visible y demoledora es la ocupación policial, pero que implica más y variadas aristas, muchas de las cuales son invisibles al tiempo que otras permiten acceder a derechos básicos como la vivienda o la ocupación laboral.

Con todo, sostenemos que la toma de posiciones y enfrentamiento entre las mismas se constituye como eje relevante que atraviesa las relaciones que hemos desarrollado entre pasado y presente. O, dicho de otra manera, que la dictadura emerge fuertemente vinculada al conflicto como colisión de puntos de vista antagónicos. Esta relación, a su vez, se hace presente cuando la intervención y las iniciativas asociadas a ella generan tensión. Una asociación que, además, y en tanto que transmitida, parece definir la relación de muchos jóvenes con la política. Saber de política es conocer sobre lo sucedido y tener una opinión al respecto, más allá de las simples menciones que suelen enunciar aquellos que no vivieron el periodo. En definitiva, para el caso de los jóvenes se evidencia una potente vinculación entre dictadura, posiciones enfrentadas (que pueden tener como motivo la intervención actual) y política.

Este contexto de posturas contrapuestas y conflictos, agudizado en situaciones de mayor urgencia, gravedad e incertidumbre como puede ser la dictadura en su momento de mayor represión o cuando los abusos policiales han vivido etapas de recrudescimiento, ha generado y genera climas de desconfianza, sospecha, rabia, resentimiento, etc. De hecho, muchas emergencias del pasado

dictatorial describen aristas de la conflictividad y comunican sentidos en torno a deslealtades y pugnas. Y, al mismo tiempo, hablan de un conflicto de escala nacional que a nivel local generó frustración y rupturas que han dejado huella entre los vecinos, como una derrota que habiendo pasado más de 40 años aún deja ver sus efectos.

Para Magdalena, que al igual que su familia no apoyaba el gobierno de Allende, la posición adoptada y sus consecuencias en el contexto barrial forman parte de aquello que recuerda del pasado. Su casa fue atacada a pedrazos más de una vez durante las movilizaciones que tenían lugar en La Aurora. Ella y su marido, así como antes lo había sido su padre, eran acusados de estar a favor de los militares y, por consiguiente, de ser delatores. Es así como las protestas aparecen en su discurso como un espacio en el que la diferencia de punto de vista se acentuaba y llegaba a tener consecuencias concretas, en este caso, la ruptura de las ventanas de su casa y las constantes acusaciones.

De esta manera, el posicionamiento en el marco de las disputas por el territorio puede traer aparejado el problema de la traición y la delación. Y éste, a su vez, puede florecer al modo de una recriminación por lo hecho en el pasado, de una acusación o posible amenaza, ya sea para remontarse a un pasado de militancia y resistencia contra la dictadura (de la manera que sucedía entre Antonio y Jorge), o para aludir al presente y el desacuerdo con la intervención estatal.

234

El grupo que estaba en la plaza se mueve hacia el teatro, ya no quedan casi vecinos de los que participan en la actividad del día [un 11 de septiembre]. Allí algunos guardan y ordenan cosas, otros se preparan un café, otros suben a la terraza ubicada en el tercer piso para mirar desde allí el panorama de fogatas de la población, y pocos se quedan afuera mirando la hoguera ubicada casi al frente junto a los vecinos que la resguardan. Desde arriba observo y veo cómo unos pocos de los que se han ido agrupando afuera en torno al fuego sacan sus teléfonos o tablets para tomar fotos o grabar la escena. Entre ellos una señora, adulta, de unos 50 años, que registraba con su teléfono comienza a discutir con uno de los jóvenes de una de las organizaciones convocantes. Él junto a otro de los organizadores la acusan de estar "sapeando", ella les contesta con insultos.¹¹⁹ La increpan porque graba y aducen que ya la habían visto antes haciendo lo mismo en la plaza donde, además, no participó de ninguna actividad. Finalmente y luego de interpelaciones y ofensas cruzadas ella se va. Cuando pasa el revuelo quienes habían participado de la discusión suben a la terraza, comentan que ya la habían visto grabar, que la conocen porque trabaja en la municipalidad o tiene contactos allí (nadie lo tiene tan claro o más bien las versiones son disímiles), y que si bien es vecina de la población trabaja para la intervención estatal, por lo cual es muy probable que esté observando y registrando los movimientos de personas que están en contra o al margen de dicho proceso. (Relato de septiembre de 2013)

¹¹⁹ Respecto de algunos términos: "Sapear" es una palabra muy usada en Chile y refiere al acto de espiar, delatar, acusar a otros.

1.4. Emergencias efímeras y próximas en un grupo de vecinos

En el capítulo 2 hablamos sobre los fragmentos y sus diferentes vertientes como tipo de memoria. Allí describimos sus formas y destacamos su apego a la vida cotidiana de la población. Instalamos, con ello, un modo de rememoración que puede parecer invisible a la hora de pensar la transmisión ante la necesidad y búsqueda de narraciones más amplias y articuladas en torno a tramas explicativas propias del relato histórico. Ahora, en esta sección, nos focalizaremos y profundizaremos en las emergencias cotidianas del pasado dictatorial surgidas a través de la vivencia diaria del trabajo de campo en torno a un grupo particular de vecinos con quienes conviví especialmente. En ese entorno específico, tuvieron lugar múltiples apariciones efímeras al modo de comentarios espontáneos, anécdotas, menciones, en definitiva, fragmentos como micro relatos.

El ejercicio que aquí presentamos, consiste en efectuar una especie de zoom hacia una de las maneras en que la dictadura se abre paso en la vida cotidiana del barrio, quizás la menos evidente, a través del espacio vivido con un grupo de pobladores constituido en torno al teatro y del cual participé durante todo el trabajo de campo. Una descripción más íntima que nos parece necesaria después de haber abordado aquellas memorias que se acogen a marcos organizacionales o que toman la forma de acción insolente, y la vinculación más general entre dictadura y conflicto (apartados 1.1., 1.2., y 1.3.) Para ello presentaremos relatos de las apariciones de la dictadura registradas en los cuadernos de campo, detalles de cómo en ese transcurrir habitual, que en el caso de estos vecinos incluye el vínculo con el teatro y/u otra organización local, ese pasado se hizo presente para desaparecer rápidamente y sin mayor impacto en dicho devenir. Emergencias que, sin embargo y a pesar de su carácter efímero, desde nuestro entender configuran una mirada, una forma de lectura del pasado y una particular posición respecto del mismo, siendo éste el núcleo de la argumentación al que queremos llegar.

1.4.1. Escenas cotidianas

Escena 1.

Habíamos recién terminado de comer con Elisa en su casa y me pide que la acompañe a ponerse la inyección (vitaminas que durante el invierno se administra una vez al mes para cuidarse de resfríos y otras enfermedades propias de la estación). Acepto pasar antes de irme. Nos dirigimos entonces ver a su amiga Magdalena. Salimos de su casa ubicada en la zona sur oriente de la población, en La Aurora II. Caminamos poco, la casa de Magdalena queda a la vuelta literalmente, en una de las calles que cruza la población por la que pasan autobuses de transporte público y taxis colectivos, y donde también están la plaza y la Escuela. Magdalena vive justo frente a la plaza, en una casa como todas las de ese sector: pareada, de fachada continua, de muros gruesos, construida hace 60 años aproximadamente, de unos 10 metros de frente por 30 de largo, color gris.

Elisa toca la puerta y a los pocos segundos abre su amiga y vecina, ambas de entre 65 y 75 años se saludan cariñosamente, me presenta y entramos. Magdalena se apura en explicar que tuvimos

suerte de encontrarla en casa porque generalmente en las mañanas suele tener muchos trámites y cosas que hacer, y hoy ha sido especialmente movido. Tuvo que ir a realizar papeleos a la municipalidad por un tema de su madre, con quien vive y cuida ya que es muy mayor y apenas puede movilizarse en silla de ruedas. Son las 16:00 de la tarde y recién terminaba de darle de comer y ha podido ella misma hacer lo propio para luego tomarse un té. Nos hace pasar a su pieza ubicada justo al entrar por un pasillo (habitación que mira hacia la calle). Allí le pide a Elisa que se recueste en su cama mientras conversan sobre las inyecciones que pone también a otros vecinos. Le pregunta cuándo se puso la anterior y entonces calcula cuándo le tocaría la próxima. Mientras realiza un procedimiento rápido y automático para ella, se dirige a mí y me cuenta que estudió enfermería y trabajó mucho tiempo en un hospital, de ahí su experticia en este tipo de menesteres. Luego de algunas historias sobre esa trayectoria, los lugares donde trabajó y anécdotas con antiguos jefes, nos retiramos y ella sale a dejarnos a la puerta. Al despedirnos, paradas en la vereda afuera de la casa, las dos amigas empiezan a hablar de cómo y desde cuándo se conocen. Después, en un salto propio de las conversaciones casuales y ordinarias, Magdalena comenta sobre los trámites que realizó hoy por la mañana y cómo tuvo que discutir con un funcionario de la municipalidad. "Siempre he sido buena para discutir", dice. Habla entonces sobre su carácter, que es peleadora y no se calla las cosas, pero que si lo hace es por las causas que le parecen justas, razón por lo cual ha participado y ha sido dirigente de diferentes organizaciones locales. "Incluso fui dirigente aquí de la escuela", agrega mirando hacia el edificio educativo situado justo al frente, "hasta me peleé con los milicos para el 73 cuando se metieron y ocuparon ahí", explica y ríe, reímos las tres, como probando el punto de hasta dónde es capaz de defender su parecer. Nadie dice nada más. Nos despedimos y quedan Elisa y ella para volver a juntarse un mes después, cuando toque la próxima inyección.

Escena 2.

Estábamos en el teatro, eran las 17:00 y esperábamos que llegaran todos para iniciar una nueva sesión del taller. Siempre se repite la misma dinámica, vamos llegando y mientras esperamos al resto nos servimos una taza de té en el comedor del segundo piso. Están Elisa, Carmen, José, Lidia y Valeria (quien dirige el taller y también vive en La Aurora). De pronto Carmen, sentada junto a la ventana mira hacia afuera, observa la escuela ubicada al cruzar la calle y cercada por muros, y pregunta "¿esas latas son nuevas?", sorprendida. Alude a unas protecciones que desde hace aproximadamente tres semanas pusieron sobre los muros perimetrales de la escuela, una especie de extensión de los mismos que aumenta su altura en unos 2 metros, pero de lata. Valeria y yo contestamos que fueron instalados hace unas semanas. Ella dice que no lo había visto, o no se había fijado, a pesar de ser parte de sus recorridos habituales ya que solo vive a un par de cuadras del lugar. Y a continuación pregunta si es una protección frente a las balaceras, a lo que Valeria responde que sí, que son para resguardar a los niños y profesores (a veces los proyectiles sobrevuelan o directamente alcanzan el patio de la escuela, provenientes de tiroteos originados en otros sectores de la población).

Comienza así una conversación sobre balas y especulan sobre la efectividad de esta nueva acción preventiva. Elisa considera que no es suficiente porque igualmente pasarán por abajo del latón, por

el pequeño espacio que queda entre el muro y el metal. Se preguntan también si la protección recorre todo el perímetro de la escuela o si sólo se instaló por este lado, el norte, hasta que Elisa comenta y compara: "para el pronunciamiento de Allende (se refiere al día del golpe militar) sí que habían balas y se metían a la casa". El resto escucha y algunos asienten con la cabeza. José sonríe y se anima a contar una anécdota de un amigo suyo que un día, en plenas jornadas álgidas de represión en dictadura, estando enfermo y en reposo en su casa decidió levantarse a pesar del malestar para calentarse un té como desayuno. Segundos después entró una bala por la ventana y rompió la pared de su habitación, justo sobre la cabecera de su cama. José ríe a propósito de la fortuna de su amigo que se salvó apenas por un instante y por la dichosa casualidad de haber salido de la cama a pesar de encontrarse mal. Todos concuerdan acerca la buena suerte del protagonista de la historia, para luego seguir comentando sobre las balaceras que se escuchaban en la población durante esa época. Esas balas eran distintas a las de ahora, parecen concordar, como si las de hoy fueran menos peligrosas.

Escena 3.

Como muchos jueves después del taller Carmen me invita a tomar té. Nos ha pasado más de una vez que caminando hacia su casa, lugar de paso en mi recorrido habitual hacia el paradero, el olor a pan recién salido del horno proveniente de una panadería cercana se convierte en una tentación a eso de las siete de la tarde. Mientras caminamos me pregunta por mi trabajo a partir de lo cual comenzamos a conversar sobre los 11 de septiembre en la población. Al mencionar las palabras memoria y dictadura, la fecha aparece automáticamente. Ella dice que los jóvenes que participan no tienen idea de lo que pasó (se refiere al año 73 y la dictadura que siguió), que más bien participan de los enfrentamientos con la policía por mostrar su rebeldía. A partir de ese comentario de pronto recuerda: "¿sabes tú cuando yo disfruté mucho, mucho, mucho, la cuestión esta, todo este barullo? fue cuando murió Pinochet [sonríe], aquí habían hecho un gran escenario porque iban a inaugurar el monumento ese que hicieron, ese día iba a ser la bendición del monumento y justo se muere Pinochet, fue el mismo día, vino mucho artista grande, y toda la gente contenta. Oye pero tan contenta y sabes que con cerveza así tiraban los chorros y gritaban consignas contra Pinochet, la gente bailaba, gritaba, se reía, fue una cuestión tan bonita [lo relata como emocionada] todo lleno de banderas, todos, como que toda la población se juntó ahí, y la gente cantaba, bailaba, felices (...) fue una cuestión tan bonita, fue una fiesta, fue una gran fiesta (...) a saber, si no hubiera muerto Pinochet ese día yo creo que habría pasado así como una fiesta común y corriente, pero se desbandó, se desbandó todo, estaba todo lleno, la gente muy contenta, muy feliz".

Cuenta que finalmente y en medio de esa celebración se inauguró el memorial. Entonces le pregunto si alguna vez ha ido a las actividades que allí se realizan, en la plaza, a lo que me responde que sí ha ido algunas veces, a mirar junto a una amiga. Allí, dice, ambas conocen gente, aunque más su amiga, por lo que cuando se acercan ella le explica cosas de quienes participan, de quienes desaparecieron y de lo que se vivió. Ambas saludan a sus conocidos, gente del PC y familiares de víctimas, a muchos de los cuales conocen de toda la vida. Y son ellos mismos, dice Carmen, quienes probablemente después le cuentan a sus hijos (de muchos de ellos son cercanos, amigos del barrio) que la han visto

en la plaza, cuestión que, a su vez, hace que cada año la llame alguno de sus cinco hijos y le insista que no vaya a la plaza el día 11 porque puede tornarse peligroso.

Escena 4.

Estábamos en las últimas reuniones del año, luego de la muestra final del taller. Como cada mes de enero nos juntamos a evaluar y comentar el proceso. Hablamos sobre la posibilidad de incorporar más gente, algunos tienen propuestas, pero la idea es que todo el grupo esté de acuerdo, habiendo pasado dos años ya de la conformación del actual grupo de trabajo. Nuria comenta que un amigo suyo, más bien vecino, le preguntó si podía ser parte del taller. Él vive a la vuelta de su casa y se conocen hace tiempo. Hace pocos años su mujer murió y le comentó que necesitaba hacer algo porque se encontraba deprimido. Hasta ahora participaba de un grupo de abuelos organizado por el centro de salud, pero no quería seguir asistiendo dado que les cobraban cuotas mensuales y él no podía pagarlas. Entonces, le comentó a Nuria si podía incorporarse al teatro y ser parte de este trabajo colectivo específico.

Al comentarle al grupo, Nuria nos cuenta que al momento de hablar con ella el vecino le preguntó si el teatro estaba involucrado en asuntos políticos, porque si era así entonces no le interesaba. Y, en seguida, al modo de una explicación espontánea acerca de la actitud del interesado, nos aclara: "es que aquí la gente después del 73 quedó con miedo de participar en cuestiones políticas, porque aquí en la población se sufrió mucho". Advierte, eso sí, que le dijo que el teatro no era político, ni funcionaba como un partido, así que podía sentirse tranquilo.

1.4.2. Distancia y proximidad en la mirada

El grupo de vecinos en el contexto de cuya convivencia surgen estos episodios está conformado por cinco mujeres y un hombre de la población de entre 45 y 75 años. Se trata de pobladores que formaban parte en primera instancia de un taller de teatro, pero luego de algunos años de trabajo y la confianza construida decidieron definirse como compañía. Aparte de compartir tanto en el espacio de los ensayos como en otros momentos, con ellas he conversado sobre su vida, la historia de la población, la dictadura, etc. en diversas instancias, entrevistas, situaciones cotidianas y conversaciones informales. De ellas solo José ha sido militante de un partido, el PC, pero hace años que dejó de serlo. El resto ni milita ni participa de movimientos sociales o colectivos locales. A excepción de una, Núria, ninguna es familiar de víctima directa de la violencia política, según sus propias palabras.

Viven en distintos sectores de la población, y lo han hecho durante toda su vida, algunas en la misma casa que fue construida por sus padres. A lo largo del tiempo compartido con el grupo, el pasado dictatorial fue apareciendo de a poco y a cuentagotas. Una primera impresión me advirtió sobre una especie de desinterés sobre el mismo, como si no hubiera sido un tema relevante en sus vidas. Sin embargo, al tiempo que iba conociéndolas y poniendo atención a los detalles, ese pasado comenzó a hacerse presente de una manera sutil, a través de ciertos comentarios, pequeñas historias, a veces

simples menciones. El “desinterés” fue así mutando, no para transformarse en una intensa implicación, sino más bien en fragmentos, maneras de recordar que a primera vista parecen moverse en un espacio de aparente desconexión. ¿Es olvido? ¿Es desconocimiento? Han sido algunas de las preguntas que han acompañado dichas impresiones en la medida que se trata de un pasado que no involucra una especial movilización respecto de su relato y su recuperación. Es, más bien, una especie de zona ambigua en la que éste aparece de manera poco frecuente, a veces tímida a la vez que espontánea, constituyendo una mirada que, sostenemos, implica distancia y proximidad al mismo tiempo.

En las variadas conversaciones con el grupo, en conjunto y con cada una, a ratos cuesta hablar de la dictadura. El tema no emerge con facilidad, parece como si no se quisiera hablar de ese tema o como si simplemente otros eventos y situaciones fueran más importantes de relatar, de transmitir, de compartir con otro. Aparecen, en primera instancia, temas ligados a la memoria familiar, historias de los padres, los hermanos, su infancia en la población, sus propios oficios, la pobreza, las dificultades, la sobrevivencia, los hijos, sus maridos o parejas, entre otros. Cuando aflora, entonces, el pasado violento dictatorial lo hace entremezclándose con este telón de fondo, su vida, la población y una trayectoria conflictiva, dónde ese periodo no es el único que contiene dicho carácter.

La historia de estas mujeres y este hombre está ineludiblemente ligada a La Aurora. Nacieron allí o llegaron con menos de 6 años. Viven en la misma casa de toda la vida, en el mismo terreno o en la misma calle. Se casaron o tuvieron hijos con un vecino o vecina. Sus padres construyeron o compraron la casa que habitan actualmente. “Mi casa es una reliquia” dice Elisa con cariño, mientras cuenta cómo su padre la construyó, la fue ampliando y luego ella ha ido haciendo constantes arreglos. Tal como lo describe Han (2012) para el caso de La Pincoya, otra población de Santiago, la casa, materialidad vivida dentro del territorio, para muchos se constituye en una parte central de sus vidas. Como es el caso de Elisa, en el de Carmen, José, Lidia, Núria y muchos más, sobre todo los antiguos, aunque también en el caso de jóvenes que llegan o regresan a vivir a la población luego de un tiempo en otro barrio, se trata de inmuebles que fueron levantados inicialmente por padres o abuelos en procesos de autoconstrucción con ladrillo y/o madera. A lo cual luego, ya sea por iniciativa propia o en respuesta a daños a la estructura provocados por terremotos, se fueron sumando reconstrucciones o ampliaciones. Éstas solían hacerse a través de la instalación de mediaguas, construcciones temporales que también operan como habitaciones añadidas de forma permanente. Así, las casas de la población suman constantes cambios, mejoras, reparaciones, extensiones que son vividas y apreciadas no solo por los propios habitantes, sino también por los vecinos. En este sentido, y como dice la misma autora, “para muchas personas el parentesco se hace en y a través de las casas, y las casas son las relaciones sociales de quienes las habitan” (Han, 2012: 15).¹²⁰

De esta manera, cuando hablan de su vida ésta se entrelaza con la historia de La Aurora y la de su familia, y es en esas historias entrecruzadas que se asoma lo sucedido en dictadura. Mencionar ese

¹²⁰ Traducción propia de: “For many people, kinship is made and through houses and houses are the social relations of those who inhabit them” (Carsten, 2003, 37)”. Cita en original.

episodio -o los episodios que allí se contienen- es de alguna manera inevitable, pero se aparece de modo imprevisto, se inmiscuye en forma de sucesos y experiencias que hacen que los relatos se vayan llenando de escenas que retratan lo que pasaba en esa época, o más bien en esos días, los primeros después del golpe militar. Así como lo describimos al abordar las formas del fragmento, se trata de pequeñas historias que hacen que quien escucha se sitúe en ese lugar, se lo imagine, lo viva.¹²¹ Muchas de estas imágenes referidas hablan sobre la presencia militar en las calles, en la propia casa o en otras de la misma cuadra. A través de ellas se describen situaciones de violencia en las que, además, estaban presentes sus familias, hijos, marido, esposas, padres, hermanas, y son relatadas a modo de anécdotas, de pequeñas historias que permiten componer el cuadro de su vivencia esos días. Una violencia que con algunos tintes de tragedia, centrada principalmente en el miedo, irrumpe en la vida diaria haciendo que aquello más habitual se funda con algo extraño. Sin embargo, se trata de una excepcionalidad que aparece para irrumpir la vida cotidiana, pero que luego se diluye. Se relativiza al momento de distanciarse de ella, de hablar de la población, de su vida y del presente en un movimiento que parece ubicar lo sucedido entre una más de las cosas que han experimentado en el territorio. Se recoge lo acontecido y se lleva a un plano más cercano, "normal", por ejemplo, cuando se comparan las balaceras de hoy con las de ayer.

Ahora bien, aunque estas escenas, así como también otras evocaciones y menciones del pasado reciente, tienen un carácter cotidiano incluso doméstico y refieren principalmente a sucesos vividos en carne propia y su entorno o por cercanos, se habla de ellas con cierta distancia. Nos referimos a un distanciamiento que ocurre en el discurso configurando un modo de mirar el pasado y referirse a él que opera articulado, podríamos decir, en torno a una frase repetida por la mayoría "menos mal a nosotros no nos pasó nada". Una constatación que refiere al hecho de no haber sufrido directamente, ellas ni sus familiares, la represión política. Esto se vuelve relevante, porque quiere decir que las narradoras de las micro-narraciones no se identifican como víctimas, a pesar de sí haber sufrido situaciones violentas: detenciones de los hijos o los esposos, familiares que tuvieron que huir, allanamientos o el mismo hecho de verse sometidas al toque de queda y la ocupación militar. Al hablar de estos hechos, se apresuran en aclarar que nadie cercano estuvo preso por mucho tiempo ni fue torturado ni murió, de una manera que asemeja una comparación con aquellos amigos, vecinos o familias que sí pasaron por eso. Allí, entonces, opera una distancia respecto de un sufrimiento particular por el cual no se transitó, lo cual no implica que no se haya sentido miedo y dolor por otras situaciones que, de todas formas, parecen no tener la legitimidad cultural de otras para ocupar un lugar más preponderante en su relato. Con todo, el tono anecdótico predomina, siendo aquel que atestigua sobre un papel secundario detrás de quienes "le mataron a alguien". Esto que describimos se da en todo el grupo, menos en Nuria. En su relato emergen descripciones que también operan en forma de fragmentos, pero en ellas está muy presente la detención y muerte de su padre, y las consecuencias que eso trajo para su familia. Nuria es la única que tiene un familiar directo víctima de la tortura y violencia política. En su caso, la distancia que estamos describiendo opera en otros términos, más bien refiere a un papel secundario dado porque cuando ocurrieron los hechos era una niña y fue a sus hermanas a quiénes les tocó ocupar un rol protagónico.

¹²¹ Véase Capítulo 2, apartado 1.1.

De este modo, definimos y subrayamos la existencia de una distancia en relación a un dolor que no les tocó vivir en primera persona. Pero, además, el distanciamiento se da hacia la militancia política activa y la actividad de resistencia contra la dictadura. Algo que sucede inclusive en el caso de José que, si bien en esos años todavía era militante del PC, no narra lo sucedido desde ese lugar activista y aclara que el año 1973 había disminuido su participación la que, además, ocurría en un comité de otro barrio. En esta línea, uno de los recuerdos que comparten, además de aquellos relativos a lo sucedido en su entorno cercano el día del golpe y durante los allanamientos, son los enfrentamientos que se produjeron en la población entre militares y “extremistas” o “guerrilleros”, en sus palabras. Gracias a que lo presenciaron o les contaron, todas aluden a la presencia de estas personas venidas de fuera de la población que lucharon contra los militares y policías apostados en el territorio ese día. Dichos combatientes aparecen como “otros”, de una forma que se refleja en la voz de Nuria: *salimos para la calle a mirar qué lo que estaba pasado, porque éramos bien intrusos nosotros y con mi hermano veíamos el grupo de tipos que venían de La Aurora III, tipo grandes que venían con armas para entregarle a la gente, parecía una película la cuestión, decían “compañeros defiéndanse, aquí hay armas!” y dejaban las armas botadas en el suelo y se iban, y eran gallos de pelo largo, no eran de acá, yo nunca los había visto, eran gallos de pelo largo, macizos, de bigotes, pero eran extremistas totales.* En este mismo sentido, la participación de ellas en términos de oposición al régimen, si la hubo, se describe más bien en el ámbito privado, como un desacuerdo personal y muchas veces familiar, y en ocasiones comentada en virtud de su participación en las protestas que ocurrían a nivel nacional y tenían expresiones locales.

Por otra parte, al hablar directamente de la dictadura, no se evoca un periodo, una época vivida por el país. La perspectiva es más local y acotada a un momento particular y, allí, a acontecimientos concretos. Las menciones a claves que permitan dar contexto a lo sucedido son pocas. Aparecen en contadas ocasiones referencias más globales al gobierno de Salvador Allende -más allá de las anécdotas de cuando visitaba la población que varias recuerdan- o a las políticas de memoria de los gobiernos de la transición. Éstas nacen al modo de menciones específicas que dan cuenta de situaciones cotidianas como cuando Magdalena explica lo que vivían muchas fábricas en la época de la Unidad Popular, para referirse a cómo su marido se quedó sin trabajo. O cuando algunas hablan del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, conocido como Informe Rettig, para decir que algún pariente aparece allí o que fue utilizado en su familia para contarles a los hijos lo sucedido.

Pero mientras estas claves contextuales más bien escasean, la posición política de la familia y la propia está presente y atraviesa las historias y relatos, aclarando siempre, aunque sea sutilmente, “de qué lado se estaba”. Un lugar que, como hemos dicho, se define a partir del binomio conformado por allendistas (y comunistas) versus pinochetistas. Es decir, se trata de posiciones que en el discurso refieren a gobiernos y personajes concretos, y no tanto a ideologías. De este modo, la clave política institucionalizada se diluye a la hora de categorizar, caracterizar o referirse a otros. Algo que es posible evidenciar, por ejemplo, cuando Lidia habla de su hermano, quien tuvo que huir del país

por ser militante del partido, pero las palabras exilio o exiliado, así como otras denominaciones de carácter político, no aparecen en su relato.

Es así como a través de diversos elementos se configuran estas memorias en forma de micro relatos como irrupciones espontáneas, no necesariamente con mucha frecuencia, pero sí de un modo ligado a su día a día en la población. A propósito de las balaceras, de un vecino que era del PC, de un mural o afiche, del 11 de septiembre y lo que se despliega ese día, de la represión policial, etc. Incluso en un caso, el de Nuria, en el que efectivamente el dolor tiene una primacía en el discurso, se habla de él, se siente, y rondan ideas como miedo, sufrimiento y muerte, hay elementos que se comparten y que permiten afirmar ese modo fragmentario.

Son emergencias que, además, brotan en medio de conversaciones o para dar pie a una. Esto quiere decir que la conversación será el intercambio comunicativo propicio para que estas memorias se configuren, se construyan, trabajen en forma de experiencias compartidas. Y es que si continuamos en la línea de análisis de la vida cotidiana podemos intuir, junto a Giannini (1987: 47) y a lo hasta aquí expuesto, que la conversación, en tanto que espacio de transgresión a la rutina que infringe su propio carácter irreflexivo y temporalmente ininterrumpido, permite especialmente una vuelta al pasado, por transitoria y escueta que sea. Tal como señala el autor, en ella "acontece un tiempo del todo original en la existencia humana: tiempo mediante el cual la vida diaria se recoge de su dispersión, se expresa y se exhibe libremente como *restauración* de esa experiencia común que en definitiva nos permite ser una 'comunidad'". Se trata, así, de un espacio en el que, como en ningún otro, las experiencias pueden ser no solo compartidas, sino sobre todo acogidas, siendo justamente ese el motor que lo hace placentero, dando vida a un tiempo cualitativo que parece no transcurrir. Un momento que facilita la construcción y transmisión del pasado seguramente porque es franca e imprevista. En palabras de Giannini (1987: 92), la conversación:

"surge en cualquier momento; y se hace a la mar, sin destinación, serenamente a la deriva, sin más guía que una libre asociación de ideas y motivos...se deja conducir a cualquier parte. Y durante ese tiempo abierto por el anudar asociativo, los contertulios, a su arbitrio, entran al círculo mágico y salen de él, sin orden de mociones ni exigencias de índole alguna. Por lo que allí cualquier ocurrencia va a dar al fogón común: un chiste, una anécdota, una observación. Gratuita en su origen, inconcluyente en su término, la conversación es, como la calle, el paradigma de lo abierto, de lo imprevisible".

En suma, evidenciamos la existencia de ciertas memorias que, cabe apuntar, podría indicar sencillamente la presencia de recuerdos personales que se mantienen en el espacio cotidiano y carecen de una vocación pública-política. No obstante, sostenemos su relevancia en tanto que, como decíamos al inicio de este apartado, configuran una mirada, un modo de lectura y representación del pasado que tiene, además, un lugar en los procesos de transmisión. Un enfoque que nos habla no solamente de una manera de contar un pasado, una forma de expresión, sino más profundamente de una alteridad (Steadly, 1993), de la articulación de una posición de sujeto que experimenta ciertos

sucesos. De una manera similar a como lo plantea Pandey (1999: 15) respecto de su trabajo sobre la base de fragmentos, aunque éste surge de un contexto diferente:

“Presento este fragmento aquí no como un pedazo más, ni siquiera como otra especie, de “evidencia”. Lo propongo, en cambio, como la articulación de otra posición de sujeto que surge de una cierta experiencia (y entendimiento) de la lucha sectaria, la cual puede ser que diga algo acerca de los parámetros de nuestra propia posición de sujeto y de nuestro propio entendimiento. Además, esta articulación ofrece un comentario a los límites de la forma del discurso historiográfico y su búsqueda de la omnisciencia”.

Lo que queremos argumentar es que si antes, en el segundo capítulo, apuntalamos la idea de fragmento como forma de memoria, aquí sostenemos que cuando prima un tipo de fragmento como modo de rememoración, el micro relato, y éste emerge básicamente en conversaciones, ello nos habla ciertamente de la existencia de recuerdos en la cotidianidad. Pero, también, de la articulación de una mirada. Y, en definitiva, de una posición respecto de ese pasado, un lugar de enunciación que es diferente al de quienes construyen sus memorias desde un lugar de miembros de movimientos políticos de memoria, de Derechos Humanos, de resistencia a la dictadura, etc., así como de aquellos que lo hacen a partir de la posición de la víctima.

Y decimos en primer término mirada, porque efectivamente es un punto de vista para interpretar y construir el pasado que como posición no es exclusiva de un tipo de individuo, de un actor en particular. Quizás es más preponderante en personas que no sufrieron directamente la violencia, como es el caso de la mayoría de los pobladores aquí referidos, aunque no de todos. Lo que, de todas formas, no significa que esta ubicación de simultánea proximidad y distancia hacia el pasado no pueda ser ocupada otros. Por otra parte, la noción de mirada utilizada, nos permite referir a una metáfora, la de ventana. Y es que parece como si estos pequeños relatos fueran contruidos a través de un cristal que les permitió a sus narradores ser testigos de ciertos eventos, pero no protagonistas. Los protagonistas siempre son otros, la vecina, el marido, un hijo, un hermano, una amiga, un primo, el que sufrió una muerte cercana, el que resistió con armas. De esta manera, el hecho de poder mirar permite una cierta distancia que hace que el mismo acto de observar y relatar lo sucedido se haga desde un lugar secundario, pero testimonial a la vez. Suelen ser otros los que sufrieron más, los que lucharon, los que tenían, o tienen, una relación directa con el conflicto, con las víctimas, o con quienes se mantienen movilizados por perpetuar esos recuerdos.

Y, sin embargo, se trata de una memoria que expresa igualmente proximidad, aunque pueda parecer contradictorio. Es una mirada próxima en un sentido físico, porque habla de la población, del entorno local, de la historia de la misma, sus calles, etc. Próxima también porque es cotidiana, tanto en el contenido como en la forma de emerger, vecinal y familiar. Las escenas aparecen como fragmentos en un relato quizás despolitizado –distancia respecto de la política-, pero cercano, apegado a su propia historia, donde poco asoma sobre temas de país o de discursos políticos, o elementos que permitan contextualizar un periodo, un conflicto. Una cercanía que se evidencia, además, en el hecho que los fragmentos surgen sobre un fondo plagado de sobreentendidos, de información que

no se da, pero se supone que está presente implícitamente, como si todos los participantes de la conversación, por fugaz que sea, supieran lo que ahí pasó o lo que le da contexto al relato. Como si todos los que allí nos encontramos, estuviéramos también contiguos al territorio y la experiencia.

1.5. El trabajo de construcción de narraciones del pasado

Hasta aquí hemos abordado diversas formas en que el pasado de la dictadura se recuerda en la población: prácticas conmemorativas institucionales, acciones desobedientes, conflictos y emergencias cotidianas espontáneas. Pero quedan por describir y analizar aquellos procesos en los que, a diferencia de los anteriores, el objetivo explícito es la construcción narrativa sobre el pasado. Una elaboración y producción semántica que, con mayor o menor grado de coherencia, cercanía al relato histórico, vocación e impacto público masivo o local y focalización en un periodo específico, habla a través de diversos lenguajes de la trayectoria poblacional y, en ese marco, se incluye lo vivido durante la dictadura militar. En este afán no agotaremos todas las iniciativas de este tipo que podrían contarse en el barrio, sino que daremos cuenta de lo que fue posible evidenciar en el trabajo de campo y que sigue principalmente dos líneas: aquellos discursos que han sido contruidos desde organizaciones culturales, políticas o de memoria (locales y externas), en algunos casos en asociación con organismos gubernamentales, ONGs o instituciones académicas que han adquirido un carácter oficial y público, y por otra parte, el trabajo que se realiza desde el teatro, como actor colectivo local que produce ciertos relatos sobre la vida de la población y que representa una posición auto percibida y declarada como diferente.

244

1.5.1. Relatos históricos y memorias oficiales

Como hemos mencionado en distintos momentos de este trabajo, en la población es posible rastrear diversos procesos de reconstrucción de memorias acerca de su extenso recorrido histórico así como, en particular, de lo sucedido allí en dictadura. Muchos de ellos, con el tiempo y principalmente por su apoyo institucional, a veces también gubernamental, se han constituido en memorias oficiales a nivel local y nacional, aunque en menor grado. Ahora bien, estos intentos no pueden considerarse de manera aislada del camino que como sociedad Chile ha seguido en relación a la construcción de sentidos del pasado reciente, en especial lo que respecta a las memorias políticas (Lira, 2010).

En este sentido, cabe señalar que en el contexto de los primeros años de políticas de memoria impulsadas por los gobiernos democráticos chilenos durante la transición, las memorias de quienes resistieron a la dictadura, muchos de ellos con armas, esto es, la memoria combatiente quedó en gran medida silenciada (Jelin, 2013). Hablamos de procesos nacionales de producción de memorias dirigidos hacia la idea de una reconciliación tras las divisiones del pasado y las consignas de Verdad, Justicia y Nunca Más (Bustamante, 2016) y donde, al igual que en otros países del Cono Sur, la figura de la víctima se constituyó en la imagen dominante como emblema del movimiento de Derechos Humanos.

De este modo, debido a esa línea de gestión del pasado instaurada como efecto de la necesidad de denunciar y buscar justicia ante la negación de las atrocidades por parte de autoridades vinculadas al régimen saliente, los relatos de la lucha en general han quedado oscurecidos. No obstante, en los últimos años han ido poco a poco siendo recuperados, al modo de memorias subterráneas que se rastrean y rescatan (Pollak, 2006). Y en el marco específico de la población La Aurora, estas memorias al ser reflatadas han pasado a tener un lugar relevante en la medida que, según las indagaciones, el barrio tuvo un papel clave en las escasas historias de oposición armada contra la ocupación militar del país.

De esta forma, a través de diversos soportes como videos de divulgación local, artículos académicos, documentales y libros históricos y de recopilación de testimonios, se han ido construyendo y reconstruyendo las versiones que hablan de temas como: el movimiento de pobladores y el rol allí de La Aurora; su posición también respecto de los llamados cordones industriales y su movilización sindical; y cómo todo ello formó parte importante del proceso de la Unidad Popular y de la llegada de Salvador Allende al gobierno.¹²² Y en ese marco, aquello que ha cobrado más notoriedad pública, es la historia que se escribe en las calles de la población el mismo día del golpe y los inmediatamente siguientes. Sucesos que permiten afirmar premisas como “en La Aurora el pueblo resistió” (Garcés y Leiva, 2005). Esto quiere decir que, en palabras de Da Silva Catela (2003), ciertos agentes sociales (dirigentes locales, investigadores y otros) han constituido un proceso de trabajo en pos de la visibilidad de esas memorias de resistencia que la población alberga. Como dice esta autora, han intentado, y se podría decir que se ha logrado con cierto nivel de notoriedad y difusión, llevar esos márgenes al centro de las memorias nacionales, literalmente llevar el barrio al centro.

Sobre la base de todos estos distintos trabajos, es posible re-construir en detalle aquello que, según cuentan estos relatos públicos y oficiales, sucedió el mismo día 11 de septiembre de 1973 y los inmediatamente posteriores en la población. Ejercicio que aquí presentamos de manera sintética.

La mañana del 11 de septiembre, y desde muy temprano, el aparato militar del Partido Socialista comenzó a ejecutar su plan de defensa armada del gobierno de Salvador Allende ante las informaciones de Golpe de Estado. Luego de algunas dificultades en el traslado de las armas, este grupo decidió agruparse y coordinar fuerzas con otros partidos afines a la Unidad Popular, como el PC y el MIR, en una industria ubicada a pocas cuadras al norponiente de La Aurora y pertenecientes al cordón industrial de la zona. Allí el objetivo era, una vez reunidos, liberar el sector del control

¹²² Los cordones industriales corresponden a grupos de industrias que coordinaban el trabajo de los obreros de una misma zona industrial, en su mayoría se ubicaban en la periferia de la ciudad de Santiago. Aunque tuvieron como objetivo principal gestionar acciones de resistencia al Golpe de Estado, su creación respondió a un largo proceso de organización y coordinación sindical que finalmente se cristalizó para hacerle frente a un paro ocurrido en Octubre de 1972 (Mujica, D.; 2008). En dicha ocasión, diversas asociaciones de empresarios del área del comercio y del transporte promovieron la paralización de actividades, intentando así desestabilizar al gobierno de Salvador Allende (Garcés, M.; 2007). Muchos sindicatos buscaron entonces una organización que les permitiera dar respuesta al paro. Además del cordón industrial Cerrillos- Maipú, que ya se había constituido, se sumaron en Santiago a fines de 1972, el cordón Vicuña Mackenna, Estación Central, Panamericana Norte, Conchalí, Barracas, Quinta Normal, Mapocho-Cordillera, Recoleta, Vivaceta, Parque O'Higgins, San Joaquín, San Miguel, Macul-Ñuñoa, Centro y San Bernardo (Mujica, D.; 2008). En algunos de ellos se escribió parte importante de la historia de la resistencia levantada contra el Régimen de Augusto Pinochet.

militar y avanzar hacia La Moneda, aunque algunos testimonios relatan que también se habría planteado atacar centros militares en busca de armamento (Burgos, 2011). Entre miedos e incertezas dada la magnitud de lo que se planteaba y la poca envergadura de las fuerzas con las que contaban, decidieron avanzar hacia otra industria, ubicada al este del barrio, en la que un grupo de trabajadores de la misma había decidido también agruparse a la espera de indicaciones de sus organizaciones políticas. Esta fábrica de manufacturas propiedad de un empresario cuyo apellido le daba su nombre, dos años antes había sido intervenida por el gobierno de Salvador Allende como parte del proceso de creación del Área de Propiedad Social y, así como otras de la comuna, tenía importante articulación sindical. A sus distintas plantas, todas próximas, llegaron algunas, aunque pocas, camionetas con armas y miembros de la guardia personal de Allende que provenían de la casa del presidente, ubicada en otra comuna de Santiago. Antes de comenzar el desplazamiento comenzaron enfrentamientos con militares, debido a lo cual se evacuó la industria. Al salir y verse cercados por columnas de policías, los militantes se dispersaron, algunos se dirigieron directamente al destino definido, otros, en su mayoría socialistas, ingresaron improvisadamente a La Aurora por el callejón Victoria para así evitar un retén de carabineros que se situaba en el camino más directo (Garcés y Leiva, 2005).

Es así como este trozo de calle, cercado por altos muros, comenzó a inspirar sentidas palabras que recuerdan lo sucedido: *En este profundo callejón (...) se tejió uno de los capítulos más hermosos y heroicos de la clase obrera chilena, fue escrito con la sangre de dos compañeros que murieron aferrados a una ametralladora punto 30, cubriendo la contención de 200 compañeros. Son las páginas de la historia jamás contada por la historia oficial, la defensa armada del gobierno de Salvador Allende, reza un documental sobre lo sucedido ese día (Burgos, 2011).*

La jornada siguió según varios autores (Garcés, 2005; Vidaurrázaga, 2013; Salamanca, s.f), con el avance desordenado producto del desconocimiento del lugar de entre 30 y 40 personas que intentaban cruzar la población. Los vecinos, mientras pasaban, les daban agua y algo para comer, al tiempo que rechazaba las armas que los visitantes les ofrecían para unirse a la lucha. En ese tránsito un grupo se encontró con algunos militantes comunistas de la población que caminaban buscando "hacer algo". Allí les advirtieron que no hacía falta disparar en el territorio porque se trataba de una zona de izquierda y algunos de ellos se unieron para guiarlos en su búsqueda, más tarde se unirían más. Tras unos metros de avance se encontraron con un autobús de la policía y luego de un pequeño enfrentamiento, y ante la rendición de los carabineros, siguieron para poco más adelante tomarse el camión de bomberos de La Aurora que se ubicaba por casualidad junto a la plaza, y así agilizar su periplo. Se produjo, así, el reagrupamiento en la industria que era el objetivo inicial de aquellos que venían avanzando desde otro sector junto a trabajadores que allí esperaban. Gracias a eso tuvo lugar un hecho que muchos de los protagonistas recuerdan, el baleo a un helicóptero de las Fuerzas Armadas que desde la mañana sobrevolaba la población y las industrias cercanas. Los disparos lo hicieron retirarse. Se estableció, de este modo, un nuevo objetivo, moverse hacia otra industria de la zona sur de la ciudad, una procesadora de cobre, camino que se emprendió de forma disgregada, por el contexto de movimientos, enfrentamientos e informaciones varias y desordenadas. De las

cuatro columnas que avanzaban, una se dirigió nuevamente a la población en tanto era parte de la ruta y, además, porque habían permanecido allí algunos militantes desde su paso original. De nuevo en el barrio, específicamente en las cuadras colindantes a la plaza hacia el sur, se produjeron los enfrentamientos más grandes.¹²³ Varios intercambios de balas ocurrieron en un radio de pocas cuadras, grupos de militantes disparaban desde los techos de las casas y la policía en tanquetas y dos buses hacían lo propio. Muchos murieron, tanto por parte de carabineros, militares, militantes y pobladores, algunos de estos últimos producto de que no fueron atendidos por una ambulancia que pasó y no quiso llevarlos. Más tarde, una ambulancia de carabineros fue atacada mientras recogía heridos castrenses y pudo arrancar con el chofer herido, no está claro si dicho ataque fue realizado por militantes o tres pobladores con antecedentes policiales que días después fueron ejecutados acusados por el hecho.

Debido a la ocupación del territorio por parte de policías y militares, solo algunos de quienes combatieron y sobrevivieron pudieron salir ese día, muchos lo hicieron tres días después. Para Garcés y Leiva (2005), la evidente derrota, las confusiones y el miedo que producía la falta de información hizo que muchos pasaran a vivir en clandestinidad, a lo que en el contexto local se agregó un rumor sobre un posible bombardeo de la población. Sumado a eso se vivía una importante escasez de alimentos, debido a lo cual se realizaron algunos saqueos organizados a industrias y un supermercado del sector. En ese contexto, llegó el domingo 16 de septiembre, cuando anunciado por vuelos rasantes de aviones se produjo un brutal allanamiento de la zona por parte de carabineros, militares y miembros de la Fuerza Aérea. Se revisaron las casas, se sacó a los hombres a la calle para cortarles el pelo, se maltrató a muchos, se detuvo a más de 200 personas que luego fueron trasladadas a centros de prisión y se asesinó a una mujer de un disparo. En octubre y noviembre hubo más allanamientos, todos destinados a reprimir a militantes de izquierda de la zona, principalmente comunistas miembros de las juventudes de uno de los comités locales que allí funcionaba. Pero, también, a “delincuentes”, personas que tenían antecedentes policiales o que simplemente por apariencia los militares sindicaban como tales. Una dura represión policial que sufrió La Aurora esos días y los que siguieron, marcada por allanamientos, torturas y detenciones, muchas de las cuales finalizaron en desapariciones. Es así como según los mismos autores (Garcés y Leiva, 2005), en el período que va entre Septiembre de 1973 y Enero de 1974 el número de víctimas llegó a 41, entre pobladores torturados, asesinados, desaparecidos o simplemente ejecutados en la vía pública. Hoy en día se calcula en 52 el número de víctimas totales. Algunas de las detenciones ocurridas durante este período de represión son recordadas hoy por su crudeza y porque representan la forma de funcionamiento de la incipiente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA).

Es así como podemos condensar, al menos en parte, aquellas memorias construidas sobre los intentos de resistencia a la dictadura que se imponía, y específicamente a lo que ocurría en la población en dicho contexto. Una producción narrativa que paulatinamente ha llegado a ocupar un

¹²³ Según Garcés y Leiva (2005) habrían testimonios que relatan que incluso se destruyó un bus de carabineros entre balazos que provenían de la calle, casas y techos, y un proyectil de bazuca que aunque no detonó, sirvió para hacer salir a los policías que estaban dentro.

lugar significativo en el ámbito de las memorias oficiales e institucionales del pasado reciente a nivel local y nacional. Esto se evidencia en que lo relatado por ellas hoy parece constituirse como hito insoslayable si se trata de describir el territorio, sea desde la perspectiva y posición política que sea. Por tanto, no solo es parte de su patrimonio en el ámbito inmediatamente local, de la manera que lo señala el informe que pretende transformar al barrio en Zona Típica, sino que ha llegado a ser historia obligada a la hora de caracterizar el territorio desde voces oficiales como crónicas, reportajes, investigaciones, y diagnósticos. Allí, dos momentos históricos o hitos, son centrales: la historia de los asentamientos que hoy dan forma a la población y lo sucedido en dictadura, particularmente durante los primeros días. Dos historias que desde los discursos públicos sobre la población la constituyen, tal como lo grafica esta descripción incluida en un libro sobre el barrio creado bajo el alero de uno de los planes de intervención:

“La organización social temprana y la resistencia al golpe de estado de 1973 son motivo de orgullo [la población] siempre ha destacado por su patrimonio histórico y cultural y su compromiso con las luchas sociales. Estos dos elementos la configuran como un territorio de carácter único y con un rico patrimonio histórico. La influencia de la iglesia católica fue fundamental para componer la identidad (...) A lo largo del siglo XX se convirtió en un feudo de la izquierda tradicional y sobretudo del Partido Comunista. Durante la década de 1960 se vitalizó el movimiento de pobladores y fue en la administración de Eduardo Frei Montalva y de Salvador Allende que la organización poblacional desembocó en una marcada participación política. Durante la Unidad Popular gran parte de la población apoyó al gobierno y la ebullición política de esos años marcó para siempre la identidad de la población, al igual que el Golpe de Estado de 1973. (...) también ha sido reconocida como una población que recreó y proyectó, durante el periodo de Dictadura Militar, una extensa y potente red de organizaciones sociales y culturales de base que, en definitiva, permitieron a la comunidad, crear sus propias estrategias de sobrevivencia al hambre, la cesantía y la represión durante esos años. En ese contexto también se rescataron las propias tradiciones de organización y fue bajo el alero de la Iglesia Católica que se organizó un lugar de refugio y rearticulación de las organizaciones sociales hasta el regreso a la democracia” (Iniciativa Legua, 2014: 42).

Sobre esta base que incluye relatos provenientes del territorio como otros creados desde o con la colaboración de externos, se ha construido un cierto tipo de identidad o recurso identitario que opera en los discursos oficiales y/o públicos. Allí, lo sucedido en dictadura emerge como una de las memorias que con carácter de “posesión” la conforman (Stewart, 2004), acompañada de aquellas alusivas a la trayectoria comunitaria que incluyen el rol de la iglesia y los curas obreros.¹²⁴ De este

¹²⁴ Tres son los sacerdotes más recordados en la población. El primero de ellos llegó al territorio en 1948 junto a los primeros pobladores de La Aurora II y con ellos trabajó para levantar y mejorar la población. Participó de la creación del cuerpo de bomberos y clubes deportivos, de la construcción de una escuela y de la misma parroquia que comenzó a erigirse en esos años, en la que él mismo realizó la primera misa. Fue también el primer presidente de la naciente Junta de Vecinos. Ofició de párroco en el barrio hasta 1953, luego de lo cual intensificó su implicación política llegando a ser suspendido de sus funciones sacerdotales a fines de los años 80 por haber, entre otras cosas, oficiado de vocero y miembro del Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) (Álvarez, 2013). El segundo cura, de origen belga, jugó un papel clave durante la dictadura “otorgándole un sello comunista a toda actividad que dependiera de la Parroquia” (Arias, et al., 2015). Colaboró con las familias de detenidos y desaparecidos, así como en la promoción de iniciativas comunitarias que intentaban paliar los tiempos de escasez y represión. Por todo ello fue secuestrado en enero de 1987 por la CNI, luego de

modo, se hace parte del empoderamiento cultural que se ha desarrollado en los últimos años dentro de los procesos de recuperación y lucha contra la estigmatización que algunos grupos promueven, como ya lo hemos mencionado.

1.5.2. Narraciones desde las artes escénicas y la cotidianidad del territorio

El trabajo del teatro se ha definido a lo largo de sus más de 10 años de trayectoria como una búsqueda por articular artes escénicas y memoria local. En ese marco, ha abordado diversos elementos del pasado de la población: sus orígenes históricos; circunstancias que impactan a nivel local como la cesantía; los oficios tradicionales que perduran; la vida cotidiana local y la sobrevivencia; la violencia policial; la intervención estatal; entre otros. Esto quiere decir que el pasado de la dictadura no ha sido un objeto especial dentro de esta indagación, aunque ha emergido en diversos contextos como parte constituyente de la realidad del barrio.

En este apartado, presentaremos un proceso específico que tuvo lugar como parte de la labor del teatro y del cual fui parte. Fue desarrollado entre los años 2013 y 2014 por el grupo de trabajo específico al cual hemos hecho mención antes, la compañía. Se trata de un trabajo que da cuenta de la forma de vinculación con el territorio por parte del teatro, así como de las tramas de memorias que brotan y se tejen a partir de él. En una línea similar a la mirada descrita en la sección anterior, el pasado dictatorial aunque es significativo se trenza con la vida en la población, pudiendo llegar a pasar desapercibido como elemento a destacar a la hora de contar la propia historia. Además, y aquí un elemento novedoso, a ratos sucumbe ante la relevancia del presente. El pasado, en general, asoma a través de narraciones, así como también lo hace por medio de la misma apropiación del espacio. Un barrio vivido, arraigado. La diferencia con lo desarrollado respecto de las emergencias cotidianas es que aquí,¹²⁵ a través de un trabajo creativo con trayectos cotidianos que también son vitales, se produce una construcción deliberada, planificada y consciente de una lectura sobre *La Aurora*, un relato cuyo objetivo es ser compartido en el ámbito local. En ese sentido, pasa a ser parte de narrativas públicas y producidas al alero de una organización. Por otra parte, se trata de una narración que no da cuenta de un pasado en específico, sino de la vinculación de estos vecinos con su población y los distintos pasados implicados, con lo cual representan también descripciones más densas, puntos de vista, versiones de las diferentes auroras que se viven a diario.

A través de esta experiencia concreta de trabajo personal y colectivo, el grupo buscaba abordar creativamente el presente de la población que vivía un nuevo proceso de intervención, desde la trayectoria y espacio particular cotidiano de cada integrante de la compañía de teatro. A través de

años de amenazas y amedrentamientos y víctima de un montaje que buscaba desprestigiarlo. Producto de esta situación decidió irse y volver a Bélgica. El tercer religioso arribó en 1992 y se quedó por 10 años. Provenía de otro barrio de Santiago donde había estado 12 años. Por su trabajo de cura obrero y férrea posición política también fue detenido y llevado a centros de tortura (Álvarez, 2013). Su trabajo en la población además de contar con diversas iniciativas dirigidas hacia jóvenes y personas en situación de calle y de adicción a las drogas, tuvo como objetivo la lucha contra la estigmatización de la población y el fortalecimiento de su identidad, a través del rescate de la memoria histórica del barrio (ECO, Educación y Comunicaciones, 1999).

¹²⁵ Véase apartado 1.4. del presente capítulo.

un registro audiovisual, en una primera etapa, cada uno habló de su casa, su espacio más personal, el que además en la diversidad de los integrantes del taller es una muestra de cómo se configura históricamente la población y los tres sectores que la componen. Después, en un segundo momento, el foco se puso en el trayecto cotidiano. Así, cada uno fue construyendo su propio registro de la población, algunos captaron la intervención urbana, la pavimentación de calles y obras que aún se realizaban, otros algunos hitos del pasado de la población, otra su vida y la de su familia.

Al tiempo que ese trabajo audiovisual avanzaba -pasaron meses en los que cada uno construía su propia lectura de lo propuesto, ensayaba, practicaba con la cámara-, el grupo se abocó además a la elaboración de mapas de los tres sectores de la población. Uno para cada "Aurora", tres planos que hablaban de una cartografía que se ha modificado en base a nombres de calles nuevos y lugares que ya no existen. En varias sesiones de trabajo se conversó -y a veces no sin discrepancias- sobre la denominación de las calles, cómo se escribían, sus límites, su ubicación, qué hitos se señalarían, y se contaron anécdotas e historias que no todos conocían, por ser de distintos sectores.

Como segunda etapa de este largo trabajo, una vez finalizada la exploración audiovisual y construcción de mapas, se planteó la idea de compartir los espacios, hogar y tránsitos habituales, a partir de la construcción de recorridos para ser realizados en conjunto con otros miembros del teatro, familia, vecinos y amigos. Todo lo cual finalizaría con un encuentro en torno a una taza de té en cada casa. De todo este proceso, aquí presentamos tres descripciones, una por sector de la población.¹²⁶

250

Por las calles de su población: historias de amor, el hogar y el Golpe de Estado

Lo primero que grabó Elisa fue la estación de bomberos que se ubica a la vuelta de su casa. Un lugar que, sin tener vínculo previo con su familia, maravilló a uno de sus hijos desde que siendo muy pequeño pasaba caminando por afuera y veía los carros por la ventana. Desde entonces y pasados 14 años no se ha separado de ellos. En sus registros muestra la bomba por dentro y explica el funcionamiento y las cosas que contiene. La visitó junto a su hijo. Luego registró su casa, esa que guarda entre sus muros la historia de su familia y la propia. Cuando Elisa en conversaciones habla de ella siempre recalca que la construyeron en su familia con sus propias manos. Cuando llegaron era un sitio vacío, ella tenía 5 años y venían desplazados provenientes de una toma de sitios en otra comuna de Santiago. Le gusta recordar que a ellos les entregaron sólo el terreno y ahí mismo, en la tierra, pasó las primeras semanas junto a sus padres y sus dos hermanos, durmiendo en una carpa improvisada bajo una mesa, junto a un fogón que mantenían para cocinar y calentarse. Poco a poco su padre fue construyendo la casa con ayuda de algún conocido utilizando barro y ladrillos, y con el pasar de los años entre todos han ido haciendo modificaciones. Arreglos que siguen como un proceso de construcción que corre junto a su propia vida, muestra de ello es que sólo hace unos meses terminó de emparejar el suelo del patio que por su irregularidad le había costado fuertes

¹²⁶ Cabe señalar que el material audiovisual aquí descrito así como otro tipo de registros del proceso (fotografías, audios y mapas) no será presentado como parte de la tesis por resguardo de la intimidad de los vecinos y del territorio, siguiendo la línea de trabajo detallada en la introducción.

caídas. Así, cada muro del inmueble tiene una historia, un momento y una circunstancia. Como la mayoría de las casas de dicho sector, la suya se ubica en un terreno de aproximadamente 10 metros de frente por 20 de largo. Tiene un pasillo y dos habitaciones, una a cada lado, cada una de unos 9 metros cuadrados. Una es la suya, donde está su cama y otra más pequeña al costado que es donde duermen sus nietos cuando la visitan, y la otra donde tiene su máquina de coser, es decir, su espacio de trabajo porque es costurera. El pasillo, de unos tres metros de largo, termina en una sala en la que hay una mesa de comedor y una televisión. Frente a ellas se ubican tres sillones y una pequeña mesa de centro, y a la derecha la cocina, un baño y la salida a un patio situado en la parte trasera del terreno. En él Elisa tiene un jardín, un espacio importante para ella en la medida que resguarda una de sus aficiones más queridas y heredada de su madre, el cuidado de las plantas. En su casa le gusta siempre tener todo muy limpio y ordenado, tal como hacía también su mamá, cuenta. Ahora vive allí sola, pero hace dos años compartió con su hijo, su nuera y uno de sus nietos. Su otro hijo vive a sólo dos cuadras, por la misma calle, pero más hacia el oriente dentro de la misma Aurora, y la visita casi cada día por la noche.

El año 2014, aunque inicialmente la idea era trabajar el presente intervenido de la población y cómo se ha modificado, afectado o interrumpido su vida cotidiana, cada una le dio una interpretación o giro propio a esa consigna, según lo que se quisiera expresar y compartir. Es así como Elisa decidió construir su trayecto abordando su juventud en La Aurora y algunas situaciones que ha vivido en el territorio. Sus historias amorosas y familiares serían los nudos más importantes.

Soy Elisa. Bienvenidos al recorrido por mi población. Pertenezco al grupo de teatro. En el video verán cosas de mi población, llegué a los 5 años. Les contaré cosas de mi juventud aquí y también cosas que yo las viví y siguen pasando. Yo conocí al padre Manríquez, él siempre recorría las calles acompañado de niños y caminaba por las calles, todo era de tierra y todos nuestros padres lucharon mucho para vivir mejor.

Esta breve introducción se leía en el cuaderno de Elisa, la había escrito la noche antes del recorrido. Y así, justamente, comenzó el encuentro. Partimos en la esquina donde comienza la escuela, construcción aledaña a la plaza cuyo terreno corresponde a un antiguo descampado que se usaba como cancha de fútbol en los años 60. En ese mismo lugar Elisa conoció a su primer novio a los 17 años. Nos detenemos allí y cuenta cómo cuando era adolescente tenía la costumbre de mirar los improvisados partidos y sus jugadores, hasta que uno de ellos una vez se acercó a conversar. Ese fue su primer novio, aunque sólo duró un par de días debido a que su madre la descubrió paseando con él, la regañó y la obligó a punta de trozos de ladrillos lanzados por ella misma a regresar a la casa. Su madre, en esa época, no la dejaba tener pareja, ni salir sola y ahuyentaba a los posibles candidatos con largas charlas y advertencias acerca de su hija.

Seguimos caminando, ahora bordeando la escuela, por la vereda de enfrente se ubican los bomberos por lo que ella decide detenerse nuevamente para relatar cómo se construyó el recinto. Describe el proceso que contó con el apoyo de vecinos, cuyo aporte se materializaba en ladrillos. Especifica que

cada uno costaba 8 centavos y que aunque se recibió también apoyo de la Municipalidad, ellos, los pobladores, empezaron. Avanzamos mientras repite que esos terrenos eran pura tierra, había apenas un par de palos clavados que se usaban de arco de fútbol. Por esta condición el sitio era también aprovechado por circos y ferias de juegos infantiles que se instalaban en ese tiempo. De pronto vemos pasar dos automóviles de la policía, de esos que siempre transitan por la población (pequeños carros blindados). Elisa camina junto a una vecina quien cuando los ve pasar se extraña, ante lo que de pronto Elisa le dice como recordando: *¿conoces a Eric Muñoz?¹²⁷ A él lo perseguían mucho cuando era joven, lo perseguían mucho y una vez yo salí a mirar a la puerta así y menos mal mi mamá me alcanza a tomar y empujar hacia adentro porque justo tiran un balazo y no me llega el balazo a mí... no si los balazos son de mucho tiempo... ahora hay más sí.*

Seguimos hacia el sur, por una calle que ella conoce bien ya que queda muy cerca de su casa y la transita casi a diario, cada jueves y domingo cuando va a la feria por la mañana y cada vez que la cruza para ir a la casa de uno de sus hijos. Elisa insiste en apuntar que esas calles que vamos pisando antes eran de tierra y las casas que vemos al pasar eran de tablas de madera que luego, y poco a poco, fueron reemplazadas por adobe a la vista. Algunas de ellas han sufrido no solo los embates del tiempo si no sobretodo de los terremotos, como los ocurridos los años 1985 y 2010. Para graficar, va mirando con atención y buscando alguna construcción que conserve rastros de esa trayectoria. Cuando llegamos a la esquina con su calle de pronto se detiene y agrega sin previo aviso:

252

Aquí fue cuando empezó, cuando fue el golpe era una masacre, aquí estaban los camiones y en esa casa del partido [apunta hacia una sede del PC ubicada en la misma calle] sacaron todo, botaron todo, había un camión y agarraban a los caballeros y los tiraban así todos encima, unos encima de otros, lleno los camiones, y se los llevaban así, uf! Si de algunas casas sacaban a la gente con maridos, esposas, niños, todos y los ponían así contra la pared y los milicos apuntando.

Hace una pequeña pausa, dice que después siguieron pasando cosas, vino el toque de queda y ahí la gente tenía que correr para alcanzar a comprar el pan. Sigue caminando mientras suena música festiva a lo lejos y pasamos delante de tres mujeres que conversan sentadas en la entrada de una casa. Dos cuadras más adelante, agrega: *De aquí para allá también era puro peladero, a veces también llegaban circos. Aquí también había muchos muertos, si fue una masacre lo que hicieron aquí, mucha gente arrancó porque también decían que iban a bombardear la población, los valientes no más nos quedamos, y sonríe.*

Continúa explicando el ambiente que se vivía en esos días de represión y cómo ella conocía a muchos de los que desaparecieron. Algunos invitados al encuentro le hacen preguntas sobre lo mismo, ella aclara que también murieron hartos policías, no quedaba otra, había que luchar unos con otros. Así, hasta que interrumpe su relato al encontrarse con una casa antigua *¡ésta es la casa que digo yo, así eran las casas antes! Y por aquí pasé con mi primer novio yo,* indica mientras ríe y complementa que su casa también era así, una construcción de tablas de madera instaladas de forma horizontal, con

¹²⁷ Conocido dirigente comunista del barrio, vecino del sector de La Aurora II.

un techo de latón y un pequeño muro perimetral de adobe. Un poco más adelante doblamos hacia abajo, al poniente por uno de los ejes del barrio, para pasar por el Centro de Salud. Frente a él, Elisa cuenta que antes correspondía a una escuela, la misma en la que estudió hasta los 13 años, cuando la dejó para trabajar y ayudar a sus padres. En la esquina donde éste se erige doblamos nuevamente, ahora hacia el norte, en dirección a su casa. Pasamos por fuera de la sede vecinal, esa donde ella hizo cursos de moda y por algunos años participó del grupo del centro de madres. Pocos metros más adelante finalmente llegamos a su casa, completando una especie de vuelta completa a un par de manzanas. Un sector que alberga sus paseos más habituales, calles que parecen gastadas por sus propios pasos desde hace ya 70 años.

El grupo entra y se sienta en torno a una mesa montada en el patio para el té. Los asistentes comentan sobre la experiencia, uno de ellos que no es vecino de La Aurora resume: *el recorrido me pareció fuerte, a mí me tocó, porque también en mi familia hay una historia política y ver que aquí fue tan fuerte y ver esas historias que yo escuchaba cuando chico súper ilustradas en algo tan cercano como lo que contabas tú es bonito, bonito, pero terrible.*

Elisa narra algunas historias sobre su vida y su familia, y muchas de ellas tienen relación con su casa. Cuenta, por ejemplo, de qué manera ha ido cambiando. Su patio era más grande y servía para albergar una pequeña huerta que su madre mantenía con ayuda suya y de sus hermanos, ellos acarreaban el agua para el riego. También ayudaban a su padre a hacer el adobe pisando el barro y la paja para juntarlos. En esos años cuando era niña no tenían luz eléctrica, iluminaban con velas, hasta que desde un sector vecino y más antiguo de la población entre los mismos habitantes se organizaron para alargar los cables y traer electricidad. En torno a esas historias surgieron otras similares sobre los inicios de la población, contadas principalmente por los mayores del grupo, conversación que se alargó hasta que oscureció.

Recuerdos y oficios en la experiencia de los viejos

Hola, soy José Enríquez y ésta es mi casa. Aquí voy a contarles la historia de cómo fue construida por mis padres y mi abuelito el año 1920, aproximadamente.

Así comienza una de las grabaciones de José. Él habita en la zona de asentamiento más antiguo y allí ha vivido toda su vida, en la misma casa que hoy comparte con su esposa, su hija, su nieta y sus dos perros. La construcción ocupa todo el frontis del terreno, de 10 metros de frente, y gran parte de su largo de aproximadamente 35 metros. La casa se distribuye en torno a un largo pasillo central que comienza tras una amplia y alta puerta doble de madera y vidrio, desde el cual se desprenden un salón, un comedor, cuatro habitaciones, un baño, la cocina, y la puerta de salida al patio ubicado el fondo. En ese lugar, al final de la casa, hay árboles, plantas, un parrón, un lavadero y un pequeño taller plagado de herramientas en el que José solía trabajar construyendo muebles y otros artefactos. El pasillo de la casa, al centro de la misma, se ensancha transformándose en una pequeña sala que

contiene una chimenea, que aunque ahora se utiliza poco le da calidez al espacio acompañada de dos pequeños sillones.

Esta es la entrada de la pieza de mi nieta, relata José en otro de los registros a través de los cuales muestra su casa. En esta pieza falleció mi padre que es lo más triste que puedo tener yo, pero ahora estoy alegre porque está mi nieta. He hecho harta innovación aquí en esta casa, aquí en esta pieza he hice esta claraboya. Es un lugar de alegrías, pero también de cosas tristes, aquí también nacieron mis hijos.

Luego de mostrar este espacio, aquel que más recuerdos le trae y que hoy ocupa su nieta mayor de 19 años de edad, continúa el video con cada rincón de su casa explicado con detalles en cuanto a las mejoras y cambios hechos por él y sus ancestros. En el comedor, sala y pasillo se pueden ver fotos y otros recuerdos de sus hijos, cuadros y retratos antiguos, uno de su padre y otro de su madre, ambos en blanco y negro. En esta casa los espacios son amplios, y su antigüedad se respira en cada habitación, así como en el jardín, allí el tamaño de los árboles es su testimonio.

Sus grabaciones son un recorrido por su hogar, pero también por su vida y los oficios en los que ha trabajado que le han permitido realizar esas transformaciones y sostener a su familia. En su juventud José estudió en una escuela de artes y oficios y más tarde trabajó en una fábrica de fierro, una maestranza en la cual aprendió a utilizar el material con habilidad, todo ello le permitiría más tarde trabajar en su casa haciendo tuercas y pernos a pedido. Pero en sus videos José también sale a recorrer la calle, su calle, esa en la que nació y jugaba cuando pequeño. Parte mostrando la esquina de la antigua curtiembre. Mientras camina por su cuadra registra y cuenta sobre otras construcciones, una carnicería que antes fuera un club deportivo, una antigua de casa mujeres conocida como "la casa rosada", un almacén y una ex fábrica de aceite. Todas, como la suya, de fachada continua, pintadas de distintos colores, la mayoría propiedad de gente que él conoce de toda la vida, veredas con tierra y algunos árboles, y varios autos estacionados al borde de la calle.

En el grupo, José, el único hombre, se caracteriza por su buena memoria que le permite aportar sobre antiguos inmuebles, fechas de fundación de clubes deportivos, nombres de calles, anécdotas, etc. Él se define como un antiguo y atesora la vida tranquila de su población. *Esta es mi casa donde yo he vivido toda mi vida*, repetía en varios de sus videos. Frases similares a las usadas por los otros miembros del grupo que dan cuenta del apego por esas antiguas edificaciones. Quizás por eso José abordó con entusiasmo el proceso del siguiente año, el de diseñar un recorrido para luego recibir allí un grupo de personas, algunos conocidos y otros no, en su hogar. Él quería acogerlos en su patio, en una mesa grande rodeada de árboles y vestigios de su trabajo.

Su recorrido cubría la zona norponiente de su sector. Desde el teatro se camina por uno de los ejes centrales de la población hacia el poniente para doblar hacia el sur justo cuando comienza la zona de "más abajo", aquella más conocida mediáticamente. Es decir, la bordeamos sin ingresar a ella.

José camina junto a Rocío, una vecina invitada. Conversan sobre los límites de las diferentes auroras ya que ella vive en otro sector y no controla del todo éste en particular. Más atrás Mariana, que es parte del teatro, le explica a otra invitada que no es pobladora dónde se monta la feria y cómo han ido transformándose sus límites según la presencia de “coleros” (comerciantes no autorizados que se ubican al inicio o final de la misma) o su ausencia obligada por la presión policial. Y es que este trayecto coincidió con el mercado semanal, lo que hace que caminemos entre restos de frutas, verduras y basura que a esa hora funcionarios municipales apilan en pequeños montículos esperando ser recogidos por el camión de recolección. Mientras aún quedan ferianos que terminan de desarmar sus puestos y cargan sus camionetas o carretones con fierros, cajas, sacos y toldos.

A lo largo de cinco calles que conforman el primer tramo pasamos por varios negocios, una iglesia evangélica, un puesto permanente de frutas y verduras, una botillería y un local de comida rápida (pizzas, papas fritas y sándwiches). Doblamos hacia el sur y se escucha el relato de un partido de fútbol proveniente de una casa de puertas y ventanas abiertas en cuyo acceso conversan sentadas dos mujeres. Pocos pasos más adelante José anuncia que comienza La Aurora I, la antigua. Se acerca una mujer, habla, pero se le entiende muy poco, va “volada” o bajo los efectos del alcohol, nos acompaña unos metros para luego perderse calle abajo.¹²⁸ En ese mismo momento pasa junto a nosotros, que caminamos en medio de la calle, un coche blindado de la policía que se estaciona a la vuelta, lugar en el que suelen ubicarse. En la esquina siguiente José se detiene para contar sobre los viejos nombres de las calles. Después dobla hacia el poniente, seguimos caminando por el límite entre La Aurora III y La Aurora I. Más adelante hay una ex fábrica de aceite hoy abandonada. En ella, dice José, se solía engañar al público anunciando la venta de aceite vegetal cuando en el barrio se sospechaba que en realidad era de origen animal debido al fuerte olor que emanaba por sus chimeneas. Un poco más allá está el colegio en el que él estudio que hoy pertenece a una fundación y, algunos metros en nuestra dirección, un automóvil de policía estacionado bajo un árbol que da sombra a dos carabineros que conversan erguidos a su costado. Frente a nosotros antes sólo había potreros, cuenta José, antes de hacernos avanzar hacia el sur por una calle más pequeña y tranquila que la anterior, y ya en pleno territorio de su Aurora. Una vez ahí, lo primero que hace al girar para mostrarnos la famosa “casa rosada”, esa donde sus amigos venían a buscar mujeres, dice.

Poco antes de llegar a su casa señala una construcción que funcionaba como cine cuando él era niño. Allí, relata, quienes estaban a cargo lo dejaban junto a sus amigos ayudar haciendo girar la máquina que proyectaba las películas, cuestión que disfrutaban fundamentalmente porque les permitía recibir a cambio entradas gratis para las exhibiciones de la semana siguiente. Mientras explica, se ve interrumpido por las bocinas de un auto que pasa y anuncia así el triunfo de uno de los equipos más populares de la liga chilena. En la esquina de su calle José finaliza el camino señalando una ex fábrica de helados que partió siendo un negocio familiar para convertirse en empresa de alcance nacional. Cuando era pequeño también iba en busca de recompensas a cambio de colaboración, hoy no sabe si el recinto se utiliza. Habla, además, sobre los descampados que ocupaban gran parte de los terrenos cercanos a su casa, lugares que en los años 40 eran usados por circos y clubes deportivos.

¹²⁸ La descripción “ir volado” se refiere a los efectos del consumo de pasta base de cocaína.

Al frente de uno de esos terrenos apuntados, se divisa un lugar que pasa desapercibido y no es mencionado por José en su relato, el recientemente inaugurado Museo de La Aurora.

El paseo de José, de manera similar al de Elisa descrito más arriba, es un tránsito por los lugares e historias antiguas, un viaje en el tiempo que incluye su propia experiencia en el barrio al modo de una composición de fragmentos que muestran cuadros de su vida, pasan por la juventud, el amor, los hijos, los padres, la vejez, siendo la población el escenario. Ese tono inunda las conversaciones de quienes lo acompañan que le hacen preguntas que buscan profundizar sus relatos, se comenta y cuentan anécdotas sobre cómo eran las cosas antes en la vida de cada uno, la familia, las construcciones de antaño de otros barrios, etc. Todos hacen memoria. Así, entramos a su casa mientras explica que su cuadra es muy tranquila, sus vecinos son buenos y la policía rara vez pasa por allí. De los más antiguos, como sus compañeros de escuela, quedan pocos, dos o tres con los que aún se ven y de vez cuando se encuentran para conversar. Al ingresar, los invitados se sorprenden por lo amplio del espacio, sobretodo del patio, *es como estar en el campo*, dice alguno. Allí espera la mujer de José con quien lleva casado 47 años.

Uno de los invitados a la actividad, amigo de una integrante del teatro, es italiano. Durante la conversación en una mesa larga, cuenta sobre su trabajo y su país. Algunos de quienes lo escuchan, vecinos de José, comentan que allí en la población -José especifica que también en su cuadra-, muchos conocen y han recorrido Italia, y ríen al especificar que lo han hecho gracias a su oficio de ladrones, de "lanzas" internacionales.¹²⁹ Algunos de ellos, a su regreso, han contado historias sobre su experiencia en el viejo mundo y su paso incluso por algunas cárceles. Se continúa conversando sobre el camino recorrido y alguno de los invitados puntualiza sobre la presencia de carabineros. Ante ello, una vecina del sector, sostiene que en su transitar cotidiano al toparse con la policía suele bajar la velocidad de su andar y deja de conversar si va acompañada. Explica, además, cómo sus hijos se sorprenden cada vez que sin darse cuenta equivocan la ruta habitual cuando la van a visitar y terminan topándose con la policía que los detiene como parte de los controles frecuentes que todos intentan evitar. Al no ser autos que transitan a diario, se les interrumpe el paso para pedir identificación, lo cual además de constituirse en una intromisión molesta, impresiona por el atuendo de los carabineros que suelen llevar cascos, chalecos antibalas y fusiles. En respuesta a esos incidentes, dice ella, cuando le anuncian una visita, instruye acerca de qué calle seguir gracias a que ya conoce los puntos fijos de seguridad. Escenas como esta impactan a la gente que no es de la población y dan cuenta de una especie de situación de guerra que, a juicio de la misma pobladora, es innecesaria, *¿de qué nos van a proteger?*, se pregunta, *si nosotros acá vivimos bien, nos conocemos toda la gente, claro que hay narcotraficantes y todo eso, pero uno vive con ellos ¿qué va a hacer?*, enuncia con tono tranquilo encogiéndose de hombros. Rocío, otra vecina, agrega que mientras paseaban se acordó de cuando era pequeña. Ella nació en La Aurora y vivió aquí su niñez y juventud, partió al casarse, pero regresó tras su separación. En ese tiempo, siendo aún una niña, pasaba por la

¹²⁹ "Lanza" es un término que se usa para identificar a un tipo de ladrón casual, que aprovecha ciertas ocasiones como aglomeraciones turísticas para sustraer objetos de valor que luego serán reducidos y vendidos.

fábrica de helados cuando iba cada día a dejarle comida a su hermana que trabajaba al salir de la población.

“Yo me apago cuando paso por lugares donde hay policía”

En sus videos Lidia abordó más directamente el tema de la intervención estatal. Una de las cosas que más le llama la atención y que, al mismo tiempo, le genera contradicciones es la transformación urbana, por lo que es uno de los elementos que decidió registrar. Para ella una calle en particular, el eje principal que cruza dos de los tres sectores de la población, representa dicha modificación debido a que al momento de las filmaciones estaba siendo justamente renovada. Por la construcción de un colector de aguas lluvias subterráneo se modificó casi toda esta calle, se le sumó una ciclo vía, se cambiaron las luminarias y se pavimentó al igual que sus veredas. Para Lidia, la calle nunca volvió a ser como era, haciendo mutar también su población, La Aurora III, en la medida que la cruza por completo y es la vía de mayor amplitud. Por eso quiso grabar en distintos momentos a lo largo de tres meses, para intentar captar ese proceso de modificación. Asimismo, en su relato abordó la presencia policial porque en dicha zona se intensifica, tanto en cantidad como en crudeza. *Yo me apago cuando paso por lugares donde hay policía*, explicaba cuando relataba sobre cómo sus recorridos cotidianos han ido variando.

Es así como en la mayoría de sus grabaciones Lidia muestra calles que estén siendo remodeladas. En algunas se mantienen en silencio, sólo se escucha el ruido cotidiano, vecinos que hablan, motores de autos, alguna música lejana, niños que corren y juegan por la calle, máquinas de cemento y camiones, o simplemente se oye que saluda a algún vecino que pasa. En otros, ella habla, indica ciertos lugares como la casa de su hermana donde viviera su familia, el local social ubicado al frente, una calle en específico. O bien, se refiere a los cambios de los últimos años, aunque muy brevemente. Muestra las veredas, algunas de las cuales tienen pequeños jardines cercados con mallas, negocios con sus carteles montados afuera, sillas que los vecinos instalan para sentarse afuera de las casas, perros que deambulan, hombres que trabajan en lo que queda de las obras viales, coches de policía que pasan.

En uno de sus registros un vecino le pregunta por qué graba y ella responde: *un proyecto sobre los jardines no más, si yo sé lo que grabo, no se preocupe*. Al mismo tiempo, enfoca un trozo de pasto bien cuidado en una acera junto a la ciclo vía recién inaugurada. Esta pregunta no se la hicieron solo una vez. En otro video, mientras muestra su calle, un hombre mayor también se la hace y ella retruca: *estoy grabando a los adultos mayores*. Y es que en ese sector grabar no resulta fácil, dado el alto nivel de exposición que ha tenido la población en los medios de comunicación y la desconfianza que eso ha generado en los vecinos.

Para mostrar el tema de la intervención Lidia decide registrar dos conversaciones con familiares, su hermana y su sobrino. La mujer, se explaya sobre el tema de la discriminación, sobre todo aquella que sintió a partir de la instalación de cámaras en su cuadra y cuenta entonces la alegría que significó

cuando las derribaron algunos jóvenes vecinos. Sobre la transformación urbana, aunque reconoce que puede implicar ciertas mejoras –por ejemplo, para las familias que recibirán una casa-, la vive como una imposición con la que muchos vecinos no están de acuerdo y no cree que signifique mayor seguridad ni produzca cambios de fondo en aras de combatir la pobreza que es el real problema en el sector. Reconoce que ama su población y a sus vecinos, pero que ha pensado partir si las situaciones peligrosas aumentan como efecto de los cambios que se vienen. El joven, por su parte, sospecha de los motivos de las autoridades para sostener tanta modificación. Para él, no se trata de mejorar la calidad de vida de la gente, sino más bien de hacer la población más apta para el desplazamiento de las fuerzas especiales en los allanamientos. Algo que, a su vez, es paradójico si se considera que la presencia policial ya es constante e intensa.

Aunque más brevemente, Lidia también graba su casa. Muestra con detalle algunos objetos como un retrato antiguo de su padre con 20 años vestido de militar y otro de su madre, más actual, que la muestra pocos meses antes de morir sentada en el living de su casa. También registra su salón con fotos, adornos, libros y una guitarra, “recuerdos” de sus padres, hijos y nietos, dice ella; su cocina; la habitación de uno de sus hijos, el único que vive aún con ella; otra habitación que utiliza para planchar ropa y que antes usara otros de sus retoños; su habitación; y un pasillo que lleva al baño y que finaliza en un pequeño patio en el que se encuentra la lavadora y se guardan cosas que no usa. Las habitaciones son espacios en los que estrechamente cabe una cama, un velador y algo más. Todo se graba mientras suena la televisión de fondo. Hacia el final del video, Lidia explica que su casa es pequeña y que le ha costado mucho ir mejorándola, a pesar de lo cual ella está y es feliz en ese lugar.

258

El trayecto de Lidia fue el único que se realizó por La Aurora III. Al igual que en el de José, el grupo de unas 10 personas al salir del teatro avanza por la calle principal hasta llegar al límite de ese sector para enfilar hacia el sur. La diferencia es que, en lugar de seguir en esa dirección por varias cuadras, poco después se giró nuevamente hacia el poniente para ingresar por un costado a la tercera zona. Al doblar hacia el sur lo primero que nos topamos es un coche de policía, un furgón con rejas en las ventanas, uno que suele estar estacionado en esa esquina. En él hay dos policías dentro sentados adelante y uno parado afuera del costado del piloto conversando, con chaleco y casco. Justo al frente hay un templo metodista pentecostal. A su lado se emplaza una fundación que trabaja en rehabilitación de drogas con jóvenes y poco más adelante el Centro Comunitario, lugar donde se alojan distintos programas sociales estatales y de la municipalidad, desde ahí proviene el sonido de una batucada que ensaya.

Es julio y hace frío, quizás eso contribuye a que el caminar en este recorrido sea algo tenso, a ratos apresurado y silencioso. Aunque más que el frío es el ambiente, porque en La Aurora III sabemos que es más difícil transitar así, mucha gente junta y con una cámara que registra. Meses más tarde durante otro trayecto una invitada que estuvo presente en ambos dirá que había notado la diferencia, pero aclara que paradójicamente en este sector se aprecia “más vida” en la calle, más ruido, más gente, más movimiento. Quizás por lo mismo en el grupo organizador había expectativa y nervios respecto de este tránsito. Las casas y calles aquí son más pequeñas por lo que la presencia

de extraños se nota y más todavía si van aglutinados. Por ello, en este caminar no hubo detenciones para que Lidia contara algo o señalara algún lugar, la mayor parte fue un paseo tímido, disimuladamente apurado, a lo largo del cual los participantes se fueron agrupando en duplas que conversaban en voz baja.

Cuando ya nos movemos por plena Aurora III se escucha música, cumbia, hay personas paradas en la puerta de las pequeñas casas que nos rodean, pasan bicicletas constantemente, un camión repartidor de gas que transita cada día haciendo sonar una canción comercial por sus altavoces. Vamos por una de las calles que están pavimentando por lo que avanzamos entremedio de obras. Otras calles aún se mantienen de tierra y, según rumores de vecinos, seguirán así debido a que la remodelación urbana no las contempla a todas, por azar se eligieron sólo algunas. Aquí las calles son más estrechas y también las casas. Todas de fachada continua, de apenas 3 metros de ancho por 10 de fondo, la mayoría de un piso (como eran las originales) sin antejardín y pintadas de diferentes colores. Al llegar de nuevo a la arteria principal, que en esta zona tiene otro nombre, volvemos al pavimento y a una vía en la que caben cómodamente dos pistas. Hay varios negocios, todos abiertos y con pequeños grupos de personas que conversan en la puerta. Por este eje subimos tres cuadras hasta llegar a la calle de Lidia. Una cuadra antes de llegar, en la entrada de uno de los pasajes vemos un autobús de carabineros estacionado, como siempre.

Es casi de noche, pero igualmente decidimos seguir de largo de su casa para avanzar unos metros e ir a ver los terrenos en los que serán construidas las futuras casas del nuevo emplazamiento habitacional, proyecto impulsado por el gobierno anterior que aún no se termina. Todavía están en pie la mayoría de los muros perimetrales de las empresas que expropiaron para levantar este conjunto de casas y departamentos. De estos, sólo un gran cartel con una imagen ficticia muestra cómo quedarán, porque de momento se trabaja en la construcción de alcantarillados y calles. Cuando ya está oscuro se emprende el camino a la residencia de Lidia, mientras el grupo especula sobre el futuro de esos predios.

El terreno donde se emplaza la casa tiene 3 metros de ancho por 15 de fondo. Tras cruzar su puerta, se accede a un salón que cuenta con un par de sillones, una televisión y una mesita con un computador. Un poco más adelante una mesa de comedor que termina en una pequeña cocina abierta.

— *¿Ud. conocía La Aurora III?*— le pregunta José a Joaquín que está sentado junto a él en la mesa.

— *Sí, yo había estado*— asiente Joaquín.

— *¿Quién más había pasado por aquí?* — pregunta Valeria que está ubicada detrás de ellos y se dirige al resto de la mesa.

— *Yo nunca había venido*— dice Josefina, cuñada de Valeria que no vive en la población.

— *No, yo vengo a verlos a uds. a su casa y al teatro, y se acabó*—.

— *A La Aurora "alta" viene ud.* — agrega Nuria y todos sonríen entendiendo la analogía que se hace respecto de la ciudad de Santiago, donde las comunas "altas", es decir, ubicadas hacia el oriente en

dirección a la cordillera, son las más acomodadas. Se continúan las bromas dirigidas a quienes habitan hacia el oriente de la población, y por tanto más alejados de este sector.

— *Tú vives en Las Condes Nuria*— le replica Valeria mientras ríe, ya que ella vive en La Aurora II. Nuria ríe y asiente.¹³⁰

Se sigue haciendo la broma ahora dirigida hacia un vecino joven que vive no sólo en la zona oriente de La Aurora, sino que además en un sector que corresponde a otra población, una que es aleadaña y muy cercana por lo que suele confundirse con ella.

Situados en el comedor de Lidia la pregunta por el lugar no es casual, si se hiciera respecto de otra zona del barrio no sería utilizando el mismo tono. Hay algo de particular aquí, cuestión que se refleja tanto en esta conversación como en las sensaciones del transcurso del recorrido. Aurora III es parte de La Aurora, pero al mismo tiempo se diferencia, quizás también lo hace La Aurora I, aunque por motivos distintos. Es cierto, La Aurora está conformada por tres sectores que los vecinos reconocen unidos a la vez que subrayan sus matices, aunque todavía para los más viejos a veces son tratadas como poblaciones distintas: *Yo no entraba para esta población hace más de 20 años, antes pasaba siempre*, dice José.

Una parte importante de lo que se comenta en la casa versa sobre la intervención estatal en la población, a diferencia de los otros recorridos en los que el tema aparece, pero de forma escueta y esporádica. Aquí la presencia policial, las balaceras y la transformación urbana, son más cotidianas, evidentes, palpables. María, otra invitada, madre de un integrante del teatro que vive en la población, habla sobre cómo ha cambiado la forma de caminar de la gente en la población, lo que antes se hacía por la calle misma hoy sucede por las veredas. Según Lidia esto ha ido cambiado desde que comenzaron las balaceras, alrededor del año 2000, y responde por sobre todo al miedo a ser alcanzado por una "bala loca". Para graficarlo cuenta que hace años a su madre la llegó un balazo que le rozó la pierna mientras caminaba por la calle acompañando a su hija a la parada del autobús. El mismo proyectil también hirió levemente a un señor que iba pasando en bicicleta justo delante. Las dos mujeres, habían elegido irse por una calle grande para evitar salir de la población por La Aurora III, sector que a esa hora les parecía más peligrosa de transitar.

En este marco, para ella las balaceras son una situación que vive a diario por lo que intenta relativizarlas en su nivel de peligrosidad. De todas formas, reconoce que limitan de alguna manera la vida aquí: *mi madre era una persona, una de las pioneras que llegó a La Aurora III en los años 50, y ella toda la vida caminó aquí, con bolsas con todo, por la calle, nos dejaba jugando y salía a comprar sola, y primera vez que le pasó algo*. Ante esta constatación Lidia se explaya sobre la posibilidad de partir de La Aurora. Dice que no le gustaría irse porque le gusta su población, aunque también lo argumenta desde condicionantes prácticas concretas como el bajo precio que tiene su casa, a pesar de los arreglos que le ha hecho, si la vendiera el dinero no le alcanzaría para vivir en ninguna otra parte de la ciudad.

¹³⁰ Las Condes corresponde a una de las comunas ubicadas en el sector oriente, suele utilizarse como ejemplo para hablar de zonas acomodadas.

En medio de la conversación entra a la casa una hermana de Lidia, a quien ella presenta como “la fundadora de La Aurora”. Juntas vivían en la casa familiar en su niñez y juventud, en la casa de la esquina ocupada en ese entonces por sus dos padres y 7 hermanos. Esta hermana estuvo muchos años en otra casa de La Aurora III, más abajo. Hoy habita fuera de la población, aunque sólo a una cuadra, en un lugar que a pesar de la cercanía “es otro mundo”, explica. La improvisada invitada se suma a las reflexiones, primero recordando cómo era su calle cuando era joven y luego, abordando la realidad de la población hoy. Defiende la presencia de gente buena en el barrio, esa que vive de su trabajo y “es de su casa”, y reconoce que ésta se ha visto siempre opacada por gente mala, esto es, los narcotraficantes que no tienen cuidado alguno por los vecinos. Se trata de sujetos diferentes a los ladrones de antaño que eran buenos a pesar de su ilícito oficio. De todas formas, dice, a La Aurora siempre han querido cambiarla, siempre “ha tenido mal nombre”, incluso antes que llegara el narco. Es una población muy cercana al centro de Santiago y, por lo tanto, muy apetecida para diseñar otros barrios, aquí todavía quedan solo casas bajas en una explanada que parece una isla cercada por edificios.

Balas e intervención estatal parecen estar relacionadas, sobre todo en lo que refiere a la presencia policial y la violencia que eso genera. Los vecinos que participan concuerdan en que el año 2010 había bajado su intensidad, pero el 2014 había vuelto con fuerza, al estilo de cómo era antes, en 2004 o 2005. Policía armados con metralletas en las esquinas, controles de identidad permanentes y detenciones sin razón son pan de cada día, incluso, cuentan, hace poco allanaron la escuela buscando a un joven. Pero para Lidia, en su espacio cotidiano personal, la modificación urbana también es relevante, su calle de toda la vida se va a convertir en la puerta de entrada a las nuevas casas y edificios que se están construyendo en los terrenos cercanos. Allí hasta hace muy poco había industrias que hacían de frontera de la población y en su niñez habían sido terrenos baldíos que servían para jugar. Mañana será el límite con una nueva villa de viviendas sociales.

261

Al igual que como sucede en La Aurora en el día a día, la conversación en casa de Lidia se llena de rumores, sospechas y especulaciones sobre este proceso, sus motivos, orígenes, objetivos implícitos y aquellos declarados, formas de proceder ocultas y visibles. *¿Por qué se interviene tanto la población, si su situación no es peor que la de otras poblaciones?*, se preguntan a lo que una vecina replica: *es que La Aurora es famosa, siempre nos ha querido sacar, sobre todo a La Aurora III.*

Se instala la pregunta, se ensayan respuestas. La hermana de Lidia reconoce que antes de la llegada del narcotráfico la imagen de la población era mala por la reputación de los ladrones antiguos, y entonces vino un golpe, algo que “echó a perder las cosas aún más”, explica que fue el año 73 cuando desaparecieron muchos de ellos, caras conocidas para los vecinos lo que generó mucho sufrimiento. Mataron a todos los ladrones “buenos” por extremistas, aunque poco tenían de razones políticas en su actuar. Una acción que tuvo consecuencias más allá de lo pensado porque eran ellos quienes ponían orden, contenían a los niños y los cuidaban de convertirse a la violencia o caer en una falta de cuidado por el vecino. Hoy se ha perdido el respeto y la pasta base consume a muchos. En este caso, a diferencia de lo que sucede con los videos, mapas y recorridos por los otros sectores, se aborda con

mayor fuerza el presente de la población, y quizás con ello su futuro. Los elementos históricos que aparecen intentan explicar la actualidad y más que la experiencia comunitaria que se resalta en otros casos, aquí se habla de la amenaza de la transformación y los estragos de las violencias.

2. Construcción de memoria y transmisión de sentidos del pasado en la vida cotidiana

A partir de la revisión de las diversas formas de emergencia del pasado dictatorial en la población que hemos realizado hasta aquí, una de las cosas que podemos sostener es que se trata de algo que es parte de la vida cotidiana de sus pobladores. Y aunque esta afirmación pudiera parecer obvia, habiendo solo pasado 26 años desde la recuperación de la democracia, es importante como primera tesis general en relación a la pregunta por la construcción de memorias y de su transmisión que guía esta investigación.

Puesto en los términos usados por Lefebvre (1971) para las categorías de las dimensiones temporales de la vida cotidiana, podemos sostener que aquí el periodo de la dictadura no es aun parte de lo finito, estos es, de aquello que es distinto del pasado porque no actúa ya sobre el presente. Aunque, aparentemente, pudiera pensarse olvidado por la forma que toman algunas de sus expresiones, dicho pasado todavía se hace presente, irrumpe, se construye y opera de manera diversa. Y decimos esto en la medida que no se trata solo de una aparición en el día a día como contenido de una conversación, de un sueño, una imagen, etc., sino que también y, sobre todo, se entremezcla con las situaciones, tensiones y posiciones del presente respecto del territorio y lo que allí sucede hoy. Es decir, se funde con lo incierto que es hacia aquello donde se mueven nuestros objetivos, en palabras del mismo Lefebvre.

Según lo que hemos descrito y analizado, la dictadura se abre paso en La Aurora a través de transgresiones cotidianas, esto es, perturbaciones en la rutina que, de modo mayor o menormente disruptivo, hacen recordar, construyen memorias de lo sucedido. Ya sea a través de ritos conmemorativos promovidos por organizaciones sociales; de apropiaciones y prácticas rituales que resignifican; de pequeños y grandes conflictos; de narraciones construidas a través de diferentes soportes con la intención de difundirse e instalarse en el espacio público local o nacional; y de los micro relatos que brotan en conversaciones dentro del transcurrir mismo de la rutina, ese pasado es aludido y significado. Esto quiere decir que es gracias a esta diversidad de memorias que podemos afirmar el carácter vigente de ese pasado en el barrio.

Esto quiere decir que en estas observaciones empíricas evidenciamos que la transgresión, es decir, lo que Giannini (1987: 46) entiende conceptualmente como: “una especie de *rescate* del tiempo –y de unos seres- perdidos o dispersos en la línea sin regreso de la rutina [...] rescate, en fin, de una experiencia fragmentada, dispersa en el tiempo del quehacer”, efectivamente se constituye en la ocasión que el pasado dictatorial aprovechará especialmente para surgir.

Ahora bien, a su vez, esta idea nos abre interrogantes en la medida que aquí describimos y analizamos distintos tipos de irrupciones. Algunas que se acompañan y enmarcan en narrativas públicas, institucionales y/o oficiales, otras que no. Transgresiones que implican, promueven o exigen distancia, reflexión, escucha, contemplación y recuerdo más allá de lo efímero. Otras, en las que la perturbación a la rutina del comentario o de la conversación puede ser transitoria y rápidamente retirarse para permitir el regreso del pragmatismo mundano. Interrupciones cuya relación con el pasado no va tanto en el contenido de lo dicho o lo enunciado, sino en el gesto, en la práctica, en una interacción en forma de conflicto. Todas ellas, en tanto que modos de hacerse presente el pasado, podríamos decir que se constituyen en formas de construir sentidos sobre el mismo en relación con el presente y siempre vinculados a la población. Sin embargo, y aquí las preguntas que quedan por profundizar ¿qué pasado se construye desde cada una de las distintas expresiones? ¿Operan también en conjunto? Y luego ¿en tanto que formas de hacer memoria son o han sido también formas de transmisión?

Pero antes de sumergirnos en las respuestas posibles, valga un apunte. Es cierto que el pasado puede estar presente en diversas prácticas y palabras cotidianas, al modo de las memorias habituales o hábitos (Ricoeur, 1999; Jelin, 2002a). Puede estar contenido en acciones o situaciones que no llegan a constituirse en una transgresión de la rutina, en tanto no implican un retroceso de la irreflexividad y el automatismo propios de esa transcurrir. Allí, en efecto, no hay reflexión ni conciencia de la presencia del pasado, sería una asociación que puede hacer un observador externo a la conducta a modo de una interpretación, o bien, una percepción que quien la ejecuta adquiere a propósito de algo, una emoción por ejemplo, y lo obliga a pensar en aquello que hace. Cabe decir, que el continuo entre irreflexividad y reflexividad que separa hábito de memoria declarativa ya fue instalado antes en este trabajo.¹³¹ Aquí simplemente lo retomamos para afirmar que el ejercicio realizado de análisis de las memorias cotidianas del pasado dictatorial, no trata de dilucidar los modos en que el actuar o el decir de los vecinos del barrio contiene pasado -y de qué forma lo hace- sin más, incluso sin que ellos mismos lo perciban. No. Aquí, y sobre la base de lo observado en el trabajo etnográfico, se abordan aquellas formas en que esto sucede, pero que contienen un grado mínimo de reconocimiento por parte de los actores, siendo lo relevante justamente las diversas maneras en que eso es posible. Un abanico de opciones que no solo es dominio de la memoria narrativa en su máxima expresión.

Desde este marco analítico y habiendo establecido el carácter vivo del pasado dictatorial en La Aurora como premisa general, respecto de las formas de construcción del pasado en el presente, podemos decir varias cosas como respuestas tentativas para los interrogantes instalados más arriba. Para ordenarlas, las presentaremos agrupadas en torno a tres líneas de análisis. La primera, configurada por aquellas reflexiones que giran en torno a las acciones conmemorativas en particular (las institucionales y las transgresoras). En qué se asemejan y en qué se diferencian entre ellas, y qué sentidos del pasado construyen. La segunda, referida a la relación entre pasado dictatorial y presente intervenido (que incluye un pasado más reciente), y el carácter conflictivo de ambos. Por

¹³¹ Véase capítulo 1, apartado 5.2.

último y en tercer lugar, presentamos reflexiones acerca del impacto de las distintas formas de memoria y ensayamos algunas vinculaciones entre las mismas.

En primer lugar, y teniendo en consideración la línea de análisis sobre niveles de reflexividad en las formas de memoria y actores involucrados que mencionamos, nos centraremos más en detalle en el escenario que se conforma a propósito de las actividades de conmemoración. En este ámbito, encontramos las acciones convocadas por organizaciones locales que ocurren exclusivamente el día 11 de septiembre y que de alguna manera se asocian con aquello que sucede después, hogueras y enfrentamientos. Dos maneras de recordar, o tres si distinguimos fogatas y luchas, que contienen prácticas que, aunque son diferentes en forma y contenido, tradicionalmente se han dado juntas como una secuencia. O sea, representan una continuidad que las hace fundirse casi en una misma configuración global, muestra de ello es que son reconocidas por muchos vecinos como parte de todo aquello que implica la jornada. Con diferentes estructuras, ambos momentos, celebraciones oficiales y explosivas, se construyen como dice Giannini (1987), para rescatar algo que fue con el fin de que en cierto sentido siga siendo pues se considera digno de rememorarse.

Según lo descrito, podemos afirmar que esto que llamamos configuración global es un proceso conmemorativo conformado por actos colectivos de distinta índole, desplegadas en el espacio público y que adquiere un doble carácter de memoria. Primero, como objeto que en su reiteración ha ido siendo transmitido, actos rituales apropiados por distintas generaciones desde contextos presentes. Y, segundo, como una instancia que representa el pasado dictatorial, es decir, que opera en el barrio como un símbolo de eso acontecido que es identificado y nombrado por los vecinos, antiguos y jóvenes, aunque no se participe de ellos. Y al ser reconocido es significado, dando lugar a diversos sentidos: homenaje, protesta, celebración, fiesta, juego, choque, etc.

Ahora bien, aun cuando en términos generales puedan ser fundidos en una misma cosa, en un solo hito anual cargado de pasado, las diferencias entre ellos también son relevantes, sobre todo a la hora de profundizar en sus sentidos específicos y sus vinculaciones con el presente. Y es que en el contexto latinoamericano del Cono Sur, como sostiene Jelin (2002b: 250), "las conmemoraciones parecen ofrecer un escenario para el despliegue de una multiplicidad de sentidos –algunos claramente anclados en la expresión y actuación de la memoria social, otros con un anclaje coyuntural que poco tiene que ver con esa memoria, y otros que <<usan>> la memoria de los acontecimientos pasados como <<memoria ejemplar>> (Todorov, 1998)-. El balance y diálogo entre estas diversas visiones es lo que hace de cada evento conmemorativo un evento único".¹³² Para comenzar a distinguir, podemos hablar de dos momentos y espacios rituales, aquello que sucede en la plaza durante el día y lo que pasa durante la tarde en la calle. De un lado estarán las conmemoraciones que hemos identificado como institucionales, en tanto que promovidas y patrocinadas por organizaciones locales, y por otro lado, las conmemoraciones transgresoras, en los sentidos descritos más arriba.¹³³ Como dijimos, las primeras representan disputas tanto por las formas de recordar como por el

¹³² Referencia en original.

¹³³ Ver detalles en el apartado 1.2. de este capítulo.

presente y la posición política que como grupos se tienen respecto del mismo. Y aunque tienen diferencias, que ya abordamos, una cuestión que aquí queremos subrayar es que ambas, de forma similar, invitan a un cierto tipo de reflexión o, más bien, a una escucha reflexiva acerca del pasado dictatorial. Buscan comunicar ciertos mensajes que hablan del pasado desde sus consecuencias trágicas, así como de las políticas, económicas y sociales. Una actividad, la histórica promovida por el PC, llama a una reflexión más centrada en el pasado y sus víctimas. La otra, novedosa y convocada por las otras organizaciones, aunque también habla sobre el pasado pretende centrarse en el presente, cuya cara más visible es la ocupación policial, y allí poner el foco y el motivo del recuerdo. De cualquier manera, las dos ofrecen un determinado discurso sobre el territorio que quiere ser expuesto y transmitido de manera consciente. En este sentido, avanzan en la construcción de memorias ciertamente elaborativas y políticas.

Y situadas en las calles de La Aurora están las conmemoraciones transgresoras, exaltadas, explosivas. Éstas se despliegan, en palabras de White (2000), como recontextualizaciones de una práctica antigua producto de una asociación actual entre circunstancias nuevas y momento histórico. Este tipo de acciones representan, en primer término, una forma de habitar el territorio que, como ya señalamos, es insolente e insubordinada. Fogatas y enfrentamientos representan una disputa por el lugar ya no entre organizaciones locales, sino con las fuerzas del estado. Son expresión de rabia, pero también una forma de "tomarse" el barrio y experimentar un choque impensado e irrepetible. En este sentido, al igual que las anteriores, corresponden a interrupciones a la cotidianidad no transitorias o efímeras, como aquello que sin más es reintegrado a la rutina. No obstante, a diferencia de las anteriores donde hay un colectivo que planifica y convoca, en ellas no parece haber una invitación a hacer una reflexión particular relativa al pasado, al menos no de forma deliberada, aquí no hay discurso organizado y compartido a ser transmitido por quienes participan. En las hogueras no hay más expectativa que la de disfrutar el momento y compartir entre vecinos. En el caso de los enfrentamientos con la policía, no hay escucha proyectada y esperada, no hay expectativa por una determinada actitud del resto de la comunidad, el foco de la acción no es la audiencia sino el contrincante. En definitiva, no es casualidad que las acciones de la plaza se anuncien con anticipación, se difundan y convoquen con llamados y afiches, se espere que los vecinos acudan y presencien lo preparado. Las otras, se organizan silenciosas y casi mecánicamente, todos saben intuitivamente que ocurrirá, aunque nunca hay certeza de su envergadura. No se invita y casi ni es posible contemplarla porque o se participa de la lucha o se permanece en la casa. De este modo, en las conmemoraciones transgresoras el objeto central de la disputa no es el pasado, sus muertos y la representación y actualización de su lucha, es más bien el territorio en el presente. En ese propósito, la represión estatal de dictadura y el rechazo a ella, parece operar como un fondo para las prácticas desplegadas. Uno que sólo sale a la superficie mas no la coloniza, que emerge y se hace visible a veces en forma de escuetas consignas o acciones que contienen pasado. En definitiva, siguiendo a Bourdieu (1991), podemos decir que estos rituales no poseen la autoridad que les da una realización públicamente autorizada, como es el caso de los oficiales. Son prácticas oficiosas en tanto que desafían el orden social, no representan valores democráticos ni se sostienen en discursos

ideológicos claros y coherentes, y rompen con las normas de convivencia pacífica, cuestión que, a su vez, les vale su deslegitimación a nivel hegemónico.

Por otra parte, continuando con la línea de reflexión en torno a las acciones conmemorativas, diremos que éstas tienen y transmiten un particular sentido local. Ello porque a diferencia de lo que sucede en otros territorios también considerados emblemáticos, estos actos no engarzan con discursos políticos e ideológicos y situaciones conflictivas más amplias, de una escala mayor. Más allá de ciertas consignas y enunciados que hablan de partidos políticos o del rechazo a ellos, y pequeños esbozos de vinculación a otros contextos de similares características, no se aprecia en ellos una mirada global.

Como hemos mencionado en otros pasajes de esta tesis, prácticas conmemorativas relativas al pasado reciente tienen lugar en otras poblaciones de Santiago, muchas de ellas con similares características. Este es el caso de Villa Francia, por ejemplo, un barrio de tradición obrera cuyo pasado dictatorial forma parte de su identificación histórica, pero también lo son ciertos eventos y víctimas de la represión acaecidos en democracia. En ese sentido, se hace relevante su inclusión aquí y la comparación de sus procesos de rememoración con los de La Aurora. Tal como describe Raposo (2012), lo vivido hace más de 40 años también es allí un pasado vivo, enlazado con el presente, sin embargo, podemos identificar diferencias significativas. En esta población las fechas, espacios y sujetos de conmemoración son diversos e identificables, reconocidos no solo en el contexto local. Así como se conmemoran jornadas que corresponden a aniversarios oficiales, como el 11 de septiembre, también se hace lo propio con otras de distinta connotación política. Por ejemplo, la muerte de los hermanos Vergara Toledo, jóvenes militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) asesinados en 1985, hoy transformada en fecha conocida como "Día del joven combatiente", entre otras. Se trata de un barrio que también es mediáticamente conocido por los desórdenes nocturnos y enfrentamientos con la policía, incluso más que la misma Aurora, en ese sentido específico es todavía más "emblemática". Con esto, nos referimos a un trenzado entre pasados y presentes que puede resumirse en las palabras de Raposo (2012: 5):

"Villa Francia surge como el resultado de un contexto situado históricamente, en donde han jugado un rol importante la agresión dictatorial, el olvido transicional y la violencia en democracia. Si bien el discurso que sostiene las prácticas conmemorativas tiene su origen en la violencia impuesta por la dictadura militar, hoy en día se encuentra arraigado y revalidado a partir de visiones y lecturas críticas sobre la realidad actual. Para los actores sociales que sostienen estos discursos, desde la dictadura hasta hoy, el sistema político es de continuidad, revelándose como social y económicamente injusto y opresor. Dentro de este marco, por ejemplo, se inscriben las muertes de jóvenes luchadores no sólo en dictadura, sino que también en democracia, es decir, se trata de una memoria por los muertos del sistema (conmemoración asociada fundamentalmente al Día del Joven Combatiente); por la lucha contra un Estado que no se hace responsable de la falta de acceso a servicios tales como educación y salud, así como también, de la falta de justicia frente a los eventos del pasado y del presente".

De esta manera, la autora incluye continuidad y actualización en los procesos de memorialización donde se van incluyendo a las conmemoraciones diversos contenidos que trascienden el ámbito local, como son la causa mapuche o la crisis de la educación. Estos nuevos elementos participan de esa memoria viva de la dictadura y de los procesos identitarios asociados. Así, se constituye esta población como espacio político, "territorio simbólico de otras memorias y luchas; donde se expresa el dolor de otras muertes en el tiempo (...) las prácticas conmemorativas van incorporando nuevos acontecimientos y protagonistas, tal y como ocurre por ejemplo, con la escritura en los muros de los nombres de jóvenes muertos en democracia, la presencia de sus familiares participando en los actos de homenaje, el dibujo de sus rostros o la incorporación de símbolos-íconos de las luchas del presente" (Raposo, 2012: 8).

Así descrito podemos establecer una diferencia importante, además de la envergadura de las acciones conmemorativas que tienen lugar en ambos territorios. Sucede que, para el caso de Villa Francia, como podría verse también en otros territorios politizados, la emergencia del pasado de la dictadura y su anclaje en el presente trasciende los límites de la misma, al fundirse con una lucha política actual más amplia y planteada, en gran parte, en términos ideológicos. En La Aurora, en cambio, la mezcla con el presente parece tener mucho más un carácter local, no relativo a las muertes de jóvenes combatientes, sino a su calidad de territorio intervenido y ocupado sin un motivo político explícito. Una intromisión estatal dirigida por objetivos poco claros vestidos de intervención social. De este modo, su lucha del presente, si cabe llamarla así, tiene como expresión más potente y clara la incomodidad y el malestar abiertos respecto de la ocupación policial como parte de la intervención. Dado que ésta no se levanta como un "enemigo" claro al cual resistirse (como era la dictadura), o solo lo es para unos pocos, su rechazo y oposición aparece como una especie de hastío convertido en rabia en muchos.

Esta comparación y análisis del sentido local que adquieren el pasado dictatorial y el presente en La Aurora, nos permite instalar la segunda línea de reflexión en este apartado de cierre. Tal como anticipamos al inicio, es la relación entre el pasado del territorio, el presente y el conflicto.

La actualidad de la población no solo aparece ligada al pasado en los rituales de conmemoración, también lo hace en los micro relatos, a través de ciertos elementos de la actualidad, las balas por ejemplo, que funcionan como conectores con la época de la dictadura. En este sentido, pasado reciente (dictadura) y pasado inmediato (intervención) están ligados. De ello podemos contar dos pruebas gráficas, por decirlo de algún modo. Por una parte, el hecho mismo de que a propósito del presente intervenido de la población se haya generado una actividad conmemorativa alternativa a la histórica. Y, por otra, la existencia de un ritual particular, el de las hogueras y los enfrentamientos, si es que para estos efectos lo simplificamos en uno solo. Allí, como dijimos, se funde el pasado de una práctica antigua con la actualidad intervenida, que es el propio pasado reciente para los más jóvenes. Y no son pasados cualquiera, son en efecto dos pasados que representan conflictos en y por el territorio.

Siguiendo con este argumento, nos encontramos frente a dos pasados conflictivos significativos, uno de los cuales en tanto que siendo es también presente. Dos periodos particulares que tienen relevancia en la población, la dictadura de Pinochet y la intervención estatal iniciada en 2001 y todavía en ejecución. Épocas que han marcado a distintas generaciones. Para los antiguos, la dictadura marcó su niñez, juventud y/o adultez de una manera trágica o significativa en tanto que excepcionalidad que llegó para interrumpir y modificar su cotidianidad, también para reprimir. Para ellos, por otra parte, la intervención actual representa un nuevo conflicto que tiene forma principalmente de ocupación policial, balaceras y un cansancio provocado por la promesa de una mejor calidad de vida que no llega. Para los jóvenes, lo que predomina es ese conflicto presente, cargado de estigmatización, represión policial, violencia cotidiana y estructural. Mientras tanto, la dictadura representa un pasado sabido que viene a reforzar el imaginario actual de una población históricamente violentada. Y toma la forma de una mención necesaria en la medida que permite e indica la pertenencia al barrio y la comunidad. En definitiva, podemos postular que en las memorias del pasado aparecen los conflictos como constitutivos del territorio, y éste como su objeto.

Si la dictadura ha sido recordada y transmitida en gran parte en forma de conflicto, el presente se convierte no solo en terreno fértil para su actualización, en tanto que disputa actual, sino que incluso la aventaja en cuanto a su potencia determinante en la experiencia de la temporalidad. Un contexto facilitado por las circunstancias de violencias y urgencias descritas en el capítulo anterior. Todo lo cual se pone de manifiesto durante la jornada del 11 de septiembre de cada año, sobre todo a partir de aquello que sucede al caer la noche. En torno a ello y sobre la base de lo dicho hasta aquí, podemos ensayar una interpretación. En las hogueras y los enfrentamientos se escenifica y representa una imagen que cuenta una historia, aunque sea de forma parcial. Una imagen que recuerda un pasado, un pasado violento que no está encapsulado ni aislado, sino que está vivo. Y lo está en la medida que incluye un decir estrechamente vinculado con el presente, igualmente represivo: la constatación de que el conflicto está incrustado en el barrio, no solo que es parte de él si no que lo constituye, cuestión que es, en definitiva, aquello que parece ritualizarse en la jornada. Dicho de otra manera, tiene sentido que las acciones desplegadas sean formas de conmemoración transgresoras, porque se juegan modos de apropiación no de cualquier espacio, no de un territorio "neutro", sino que uno que tiene forma de conflicto en el que uno de los elementos que componen la disputa es la tensión con el Estado.

Según autores como Álvarez (2013) y algunos vecinos, el carácter conflictivo y la tensión con el Estado son elementos que es posible rastrear en los orígenes mismos de la población, producto de desplazamientos en parte promovidos por los gobiernos que después no facilitaron ni el acceso a servicios básicos en los nuevos terrenos. Se alude, así, a un pasado remoto que a lo largo del trabajo etnográfico realizado pierde fuerza y ocupa un lugar secundario frente a la dictadura y la intervención. Lo que sí podemos sostener, es que se trata de una tensión vinculada a la dictadura y recuperada a propósito de dicho pasado. Esto es, que se expresa a la hora de recordar como sucede en los actos conmemorativos descritos donde la cercanía con el Estado resulta ser un tema polémico entre los grupos que las promueven. Y decimos tensión, y no directamente oposición aunque

ciertamente para algunos grupos y vecinos sí se constituya de esa manera, porque la relación al Estado en muchos casos es ambivalente, tal como las intervenciones que han afectado al barrio. Hay quienes exigen la presencia policial en tanto ya no soportan ciertas problemáticas como las balaceras, pero no están de acuerdo con la forma que ésta ha adoptado. Y hay, también, quienes en ciertas circunstancias han visto en un determinado gobierno un aliado para mejorar las condiciones de vida de La Aurora.

En este marco que dibujamos, en el que pasados y presentes se vinculan al conflicto, los diferentes modos de construir y expresar el pasado tienen también roles diversos. Estos papeles, son nuestra tercera y última línea de reflexiones.

El ritual tiene un papel clave en tanto que práctica de vinculación entre pasado y presente, y de transmisión intergeneracional, aun cuando en este estudio de caso tenga una ocurrencia puntual de una vez en el año. Sobre la relación entre el ritual y la temporalidad, dice Augé (1998: 65) que “ninguna dimensión del tiempo puede pensarse haciendo abstracción de las demás, y el rito es muy ilustrativo de la tensión entre memoria y la espera que caracteriza el presente, por cuanto organiza el paso de un antes a un después del que es intermediario y a la vez referencia”. En este sentido, y como dijimos, afirmamos que los actos y secuencias incluidas en el despliegue de las fogatas y los enfrentamientos con la policía configuran una forma de olvido. Pero, se trata de un tipo de olvido que apunta no hacia ese pasado dictatorial, sino que hacia el futuro, porque es el presente aquello que urge ser interpretado y vivido.

En relación a la memoria judía, dice Yerushalmi (2002: XV) que “el significado de la historia se explora en forma más directa y más profunda en los profetas que en las narraciones históricas reales; la memoria colectiva se transmite más activamente a través del ritual que a través de la crónica”. Una tesis que en su segunda afirmación parece pertinente en cuanto a las memorias locales que aquí son objeto de estudio y lo que acabamos de mencionar. Y es que hogueras y enfrentamientos, en términos de las prácticas conmemorativas, parecen ser aquello que más peso e impacto tienen en el territorio si se compara con el papel de las narrativas históricas oficiales. Decimos mayor impacto por la relevancia que los vecinos le otorgan a la hora de recordar el pasado, aunque principalmente, porque en sus voces son actos que emergen representando un hito propio de la población, al modo de una tradición que dice mucho del barrio. A fin de cuentas, son acciones que conectan de manera más visceral con su presente y que contiene una identificación con el mismo.

De todas formas, y para cerrar esta sección, no podemos olvidar que estos rituales insubordinados son solo una parte del entramado que conforma el repertorio de memorias sobre el pasado dictatorial en el territorio. En él también podemos encontrar, como hemos descrito, las narraciones de carácter oficial. Éstas aparecen en mayor medida en las acciones institucionales. Lo hacen de forma tímida en aquellas alternativas y con mayor fuerza en las prácticas levantadas por el partido comunista. En la calle, en cambio, solo están presentes en forma de algunos hechos emblemáticos recordados por todos –los enfrentamientos cerca de la plaza y la amenaza de bombardeo a la

población, por ejemplo-. Allí la memoria parece vincularse en mayor medida a los fragmentos, ese otro tipo de memoria disperso, fugaz y cotidiano que pueden incluir contenidos oficiales, pero no su forma. Dicho de otra manera, más allá de las conmemoraciones vinculadas a organizaciones y de las narraciones que se han construido en la misma línea, el resto de prácticas y formas de emergencia del pasado se alejan de los marcos institucionales, oficiales y semánticos. Es por ello que es posible sostener que el pasado dictatorial en su forma más narrativa, dominante y pública, tiene un peso relativo en términos del nivel de impacto y participación en la comunidad local. Aunque esto no quiere decir que no forme parte de la trama de memorias presente en el territorio ni que no tenga un rol transmisor intergeneracional. Simplemente sostenemos que no se constituye como el centro de la misma. Estos modos de rememoración, corresponden a discursos que son reconocidos por muchos vecinos y, aunque no hechos propios del todo, operan como referentes asociados a ciertos eventos, las conmemoraciones oficiales, y a personajes, los dirigentes locales más conocidos y los familiares de víctimas. Al mismo tiempo, ciertamente han servido para dar visibilidad a escala nacional a algunos testimonios locales y, con ello, participar de la construcción de aquellas memorias combatientes que se han recogido.

CONCLUSIONES: Memorias locales de la dictadura y su transmisión intergeneracional

A lo largo de las páginas que componen esta tesis hemos construido un recorrido particular estructurado sobre la base de tres grandes ejes analíticos (capítulos 2, 3 y 4) que, si bien se vinculan entre sí, pretenden operar también de manera independiente, construyendo e instalando reflexiones que aquí, y para cerrar, buscaremos articular. Todo esto antecedido de una problematización teórica centrada en conceptualizaciones y discusiones acerca de la construcción de memorias de pasados violentos y su transmisión intergeneracional (capítulo 1).

En el primero de estos ejes, el capítulo 2, introdujimos la noción de fragmento como forma de memoria. Sobre la base de la experiencia etnográfica presentamos y describimos las derivaciones que adquiere y analizamos su lugar, y posibles alcances, en los procesos de transmisión. Por su parte, el capítulo 3 centra la mirada en las situaciones conflictivas y tipos de violencias que se han dado en el pasado y que se producen hoy en la población para preguntarnos por sus efectos en la temporalidad y, con ello, en la construcción de memorias de la dictadura tanto en las generaciones mayores como en los más jóvenes. Todo, teniendo en consideración ciertas particularidades del territorio como son el sentido de lugar y los modos relacionales significativos. Por último, en el capítulo 4, aquel más puramente etnográfico, abordamos las diversas formas y expresiones en que el pasado dictatorial se hace presente en la habitualidad y cómo éstas toman la forma de transgresiones en la vida cotidiana, intentando comprender la manera en que opera cada tipo de memoria en el barrio.

272

Luego de este recorrido, en lo que sigue nos abocaremos a tres tareas: recoger y reforzar a modo de síntesis elementos ya planteados que consideramos destacables; desarrollar reflexiones finales que articulen y vinculen lo sostenido en la tesis en sus diferentes partes, teniendo como guía las preguntas iniciales de la investigación; y dibujar futuras líneas de indagación. Para abordar estos propósitos, organizamos el cierre en función de dos temáticas que han sido centrales en este trabajo, por una parte, el territorio y, por otra, las tramas de memoria local. Ambas, corresponden al primer y segundo apartado de estas conclusiones. Finalmente, la tercera sección recoge aquello que consideramos lo más relevante de lo planteado en términos de los procesos de transmisión intergeneracional.

1. Ser o no ser poblador/a: el territorio y la pregunta por la pertenencia

La ruta patrimonial realizada el año 2016 fue guiada por un conocido dirigente local y vecino de la población. Un joven, pero antiguo militante comunista, que el año 2013 salió elegido concejal por la comuna después de un amplio despliegue de campaña y el apoyo de muchos pobladores. Acompañado de amigos y miembros de algunos programas sociales que funcionan en La Aurora, era el encargado de dar la bienvenida al recorrido, iniciar las alocuciones en cada detención, así como conducir cada trayecto con descripciones del barrio y los lugares por los que se movía el grupo, apoyado con un micrófono. Después de la primera parada realizada junto al monumento en homenaje a los detenidos desaparecidos y ejecutados por la dictadura, el grupo subió a los vehículos para continuar calle abajo el trayecto. De pie, en medio del vehículo que movilizaba a una parte de

los participantes, este guía pronunció sus primeras palabras en relación a las casas, las calles y la identidad del barrio. A propósito del proceso de patrimonialización del que es uno de sus impulsores y, en particular, del rescate del patrimonio arquitectónico de La Aurora, enunciaba:

...nosotros acá los pobladores no somos expertos en estas materias, pero nos hemos ido empoderando de nuestra historia (...) porque no podemos olvidar que nosotros hoy estamos aquí en el tema del patrimonio también porque queremos defender nuestra tierra, queremos defender esta población donde llegaron nuestros abuelos” (Relato de mayo de 2015).

De esta manera, uno de los líderes de la actividad introduce e instala en su discurso el trabajo que un colectivo específico realiza en pos de obtener la declaración de zona histórica del barrio, y el reconocimiento y la protección de su patrimonio para la ciudad. Pero, también, en sus palabras se puede apreciar un cierto posicionamiento, una identificación como poblador. Algo que se mantiene a lo largo de sus diferentes intervenciones, constituyéndose en un lugar que lo define y que se sustenta en su calidad de nieto de los primeros vecinos, de los fundadores. Al mismo tiempo, parece ser aquello que le otorga autoridad para referirse, describir e interpretar la realidad de la población. Durante toda la mañana en sus relatos, términos como pobladores, nietos, abuelos y precursores, van de la mano y se repiten con frecuencia.

Con esto, la figura del guía y su discurso nos permiten hablar de la pertenencia y hacerlo desde la afirmación. Es decir, cuando opera para levantar y legitimar una posición, se utiliza una definición de aquello que es ser poblador y, desde ella, se describe el territorio. Sin embargo, la pertenencia también hemos visto que surge como una problemática, o más específicamente, como una imputación hacia quienes carecen de la misma. Relatamos en el capítulo anterior cómo un día 11 de septiembre durante una conmemoración en la plaza, un vecino acusó a quienes pintaban murales contrarios a la intervención estatal de no ser habitantes del territorio, condición que servía de fundamento para atribuirles total desconocimiento acerca de lo que sucede en el barrio.¹³⁴ Allí, nos referíamos a la asunción de una no pertenencia que aparece en momentos en los que la explicitación de posiciones políticas respecto de la situación actual del territorio genera diferencias y tensión. Una extranjería asumida y arrogada a otros sobre la base de pequeños indicios que también trabaja en la cotidianidad de forma sutil, por ejemplo, en forma de una ironía dicha al pasar:

Estábamos con Carlos, amigo y vecino de La Aurora, afuera del teatro preparando una actividad y frente a nosotros vimos pasar a dos jóvenes que venían caminando desde abajo. Uno delgado y alto, de pelo largo liso, me llamaron la atención porque tenían aspecto de rockeros o punkies, bien flacos, con jeans cortados sobre las rodillas y zapatillas urbanas. Pasaron y con Carlos los miramos en silencio hasta que

¹³⁴ Conflicto descrito en el capítulo 4, apartado 1.1.

*él dijo "harto cabro que no es de acá y viene a comprar" [se refiere a comprar droga], y agregó con ironía "tenían caleta de pinta de aurorinos" y soltó una carcajada.*¹³⁵ (Relato de diciembre de 2014)

Es cierto que en toda ocasión social aquella persona o conducta que se aleja de los códigos de comportamiento cotidiano propios de la situación y el lugar hace sospechar que algo pasa. Por ejemplo, un turista que se mueve observando con especial atención casas, paisajes y calles en un sector tranquilo de la ciudad, es fácilmente identificable. Pero este efecto propio de la vida social podríamos afirmar que en La Aurora, y probablemente en poblaciones de similares características, se ve acentuado. Tal como se puede apreciar en la breve interacción descrita justo arriba, elementos como las formas de transitar (por la vereda o por la calle y por cuáles se pasa y cuáles no), los modos de caminar y de vestir, dónde se compra qué cosa, el uso de ciertos modismos y expresiones, saber de chismes o situaciones particulares, entre otros, operan como señales del "ser o no ser de aquí".

Así como ocurrió ese día, en otras y diversas instancias la identificación y la pertenencia "real" a La Aurora emerge constantemente en forma de broma o de sospecha para demarcar una diferencia, un límite entre quiénes son del lugar y quiénes no: cuando automáticamente te preguntan de dónde eres si no te han visto antes; cuando se transforma en un problema que en una organización local hayan pocos "de la población"; cuando se argumenta que quienes hoy intervienen en el barrio no son de allí, cuestión que se asume directamente como problemática; cuando al fragor de una discusión política se le acusa a un dirigente local de no ser poblador a pesar de llevar 10 años siendo vecino; y en un sinnúmero de conversaciones en las que se habla dando por supuesto tu conocimiento acerca del territorio, y al parecer desconcertado se te devuelve la aseveración "ah, tú no eres de aquí". En todas estas situaciones, y en tantas otras, opera esta distinción.

No obstante, y a pesar de su vitalidad, se trata de un límite que funciona sin estar del todo claro. Aunque se levanta como un hecho, una realidad concreta, definitiva, que señala, que dibuja una frontera significativa, no lo hace con precisión respecto de qué es aquello que, en definitiva, establece el ser o no ser de La Aurora y, luego, qué significa ser poblador/a y no un simple habitante que puede estar de paso. Hablamos, entonces, de un elemento que está muy presente en el territorio y que podríamos recoger de dos formas. Primero, intentando aquí definir qué es aquello que permite categorizar a un sujeto como genuino vecino y poblador/a. Cuáles serían aquellas características que, en la línea de lo dicho por el guía de la ruta patrimonial establecen, la frontera divisoria. O bien, como segunda posibilidad, podríamos tomarlo como un tema que nos habla del territorio y que, en ese sentido, parece significativo en su sola emergencia. Y frente a lo cual, no cabe tanto resolverlo sino interrogarlo a la luz de lo aquí revisado. ¿Cómo se define ser de la población? fue una pregunta que rondó el proceso etnográfico, así como también lo hizo en la investigación en las que participé en

¹³⁵ Respecto de algunos términos: "cabro" es sinónimo de joven o niño, "caleta" se utiliza para hablar de cantidad, en vez de mucho o hartos y "pinta" quiere decir aspecto.

torno a la población.¹³⁶ Tal y como apuntaba, no se trata de buscar respuestas a esta cuestión, sino de constatar que su ocurrencia es inevitable en este sector, a diferencia de otros en los que la pertenencia al mismo no está en juego en las interacciones ni en la vivencia del lugar. Para avanzar, entonces, en esta segunda forma de abordaje del problema de la pertenencia, y profundizar tanto en su vivencia cotidiana como en los sentidos que contiene, presentamos el relato de una joven que llegó a vivir a la población hace nueve años, “un arribo a La Aurora”.¹³⁷

Gabriela llegó a la población proveniente de una comuna periférica de Santiago, Puente Alto. Allí alcanzó a vivir solo un año, después de haber emigrado junto a sus papás de su casa de toda la vida.¹³⁸ En esta última nació y se mantuvo hasta los 20 años junto a sus abuelos, padres, hermana y tíos. Esa fue, y todavía la considera, su casa, su lugar. Y así lo describe: *emocionalmente la casa es brígida... yo así como que lo mejor, lo peor y las cosas más raras me pasaron ahí (...) todo lo bueno y todo lo malo a mí me ha pasado ahí, en ese pedazo de casa muy grande.*¹³⁹

Desde ese sitio sentido como propio, partió para formar un nuevo “nosotros”, impulsado por la llegada de su primer hijo. Gabriela explica que en La Aurora, en la casa donde vivía su pareja con su familia (madre, hermano y tío), estaban todas las condiciones para que se incorporara ella en una etapa que incluía un nacimiento y su comienzo como estudiante universitaria: jardines infantiles cercanos; la convivencia con su suegra que les podía brindar ayuda; y acceso directo y rápido a su universidad y, en general, a otros servicios así como al centro de la ciudad. Y es que la población, para muchos como Gabriela, representa comodidades que son difíciles de encontrar en otros barrios pobres de la capital: *Es una de las cosas que me gusta a mí de La Aurora, es como un mini pueblo si lo piensas tienes todo ahí ¿quién tiene los bomberos al lado? Bueno, los pacos los tienes todo el día [ríe], pero tienes consultorio, estás cerca de todo, más encima no es que haya un jardín, o sea, hay varios... mi hermana (en Puente Alto) tiene que tomar una micro para ir a dejar a sus hijos al jardín.*¹⁴⁰

Así, entre estos dos lugares, el de origen y el actual, se produce un relato articulado en gran parte en torno a la pertenencia, al sentido de lugar. A lo largo de su discurso su primera casa opera como espacio físico seguro, indiscutible. Mientras tanto la población aparece en ciertos pasajes como apropiada y en otros no, como si los años que lleva allí y el hecho de integrar una familia del barrio de toda la vida todavía no fueran elementos suficientes para hacerlo. Como si todavía no tuviera seguridad sobre su legitimidad como habitante y pobladora. Una tensión que habla efectivamente de la relevancia en La Aurora de ser o no ser parte de ella. En definitiva, en el relato de Gabriela se

¹³⁶ Tal como refería en la introducción, siendo parte del colectivo del teatro participé de un proyecto de investigación que en asociación con una universidad abordaba la vida cotidiana y los efectos de la intervención estatal en distintos barrios chilenos, uno de ellos la población La Aurora.

¹³⁷ El caso de Gabriela corresponde a un relato de vida construido a lo largo del trabajo de campo, dentro del cual un nudo relevante de su narración fue la llegada al barrio, a una familia en particular, su experiencia allí y su relación con el territorio.

¹³⁸ Puente Alto es una comuna de Santiago perteneciente al sector suroriente. Se ubica en los márgenes de la ciudad y corresponde a su comuna más poblada.

¹³⁹ La palabra “brígida” hace alusión a la idea de fuerte, importante, significativa.

¹⁴⁰ Jardín infantil es sinónimo de guardería.

describen dos lugares que atraviesan su trayectoria y sobre los cuales marca diferencias significativas.

Llegué a vivir ahí cuando todo era muy político en esa casa y cuando todo era muy político todavía en La Aurora (...) la presencia del PC todavía era importante y sobre todo en esa casa. Esos años, yo creo que los dos primeros años que yo llegué a La Aurora, 2008–2009, era muy fuerte el partido en la casa y en La Aurora en general, era muy potente... porque por ejemplo me acuerdo de varios 11 en los que de verdad sí iba mucha gente al monolito que está en la plaza a prender velas y de verdad había, se sentía otra atmósfera no la que hay ahora, no la que ves a tres pelagatos con la bandera del partido [ríe]... y yo siento que igual para la gente de ese sector de La Aurora hasta ese momento de verdad los locos representaban algo o tenían algún respeto por ellos.¹⁴¹

Una diferencia fundamental es la importancia que ocupa la política tanto en la familia como en el territorio al que arribó. Un barrio que, como hemos descrito, posee una trayectoria politizada, cargada de organización comunitaria, de militancia y de represión. Gabriela llegó a un núcleo en el que la vida de sus integrantes giraba en torno a la movilización política, tanto en ese momento como a lo largo de todas sus vidas. De hecho, la dictadura los había atravesado, golpeado, marcado. La madre fue dirigente por años de la junta de vecinos, militante comunista al igual que la abuela, sobrina de otro militante, ex mujer de dos exiliados y torturados, cuyos dos hijos igualmente eran parte del PC. En un escenario así no podía ser de otra manera, política, doctrina y dictadura se respiraban en esa casa, a diferencia de la habitada por los padres y abuelos de Gabriela en la que más bien la ideología tenía un lugar silencioso, casi ausente. En su nueva casa en La Aurora evidenció, así, una característica distintiva conformada por un vínculo inseparable entre política y territorio. O, mejor dicho, comprendió poco a poco que participación y militancia local operaban como algo que relacionaba y relaciona a esta familia fuertemente con la población: *saber todo eso te ayuda a entender cómo ellos se mueven y se relacionan con La Aurora, cuál es el sentimiento de verdad que ellos tienen con el lugar...él [su pareja] nació y se crio ahí, y está formando su vida ahí, entonces cuando me dice que no se quiere ir de ahí yo de verdad lo entiendo...quiere estar ahí y quiere estar en esa casa, además, que es la que levantaron sus bisabuelos, y su mamá también ha estado toda su vida ahí, su propia mamá murió ahí, ella fue conocida, hizo muchas cosas en dictadura.*

En ese contexto, la casa no solo estaba cargada de dirigencia local e ideología, sino que, producto de ello, también se encontraba abierta y disponible a la calle, a los vecinos, al espacio público local: *eran bien movidas las cosas en la casa como que todos los vecinos llegaban a pedir papeles o a conversar con su mamá.* La privacidad se vivía de otra forma, en el hogar no solo se trataba de compartir el espacio entre vínculos de parentesco, tal como sucedía en su lugar de origen, sino también con vecinos y compañeros de partido donde la disponibilidad constante para el otro se imponía en lo cotidiano. Gabriela, de todas formas, reconoce que la relación casa – calle es similar en toda la población, pero en el caso de casas como la suya, cuando recién llegó, era algo exacerbado. Una apertura facilitada

¹⁴¹ Respecto de algunos términos: “pelagatos” se utiliza con ánimo despectivo para reforzar la idea de que asisten pocas a la actividad y “locos” como sinónimos de personas, no necesariamente tiene una connotación particular.

por el reconocimiento vecinal del que gozaba la familia desde la madre de su suegra, quien también fue comunista y realizaba diversas acciones como forma de resistir a la dictadura, hasta su propia pareja. Una popularidad reforzada por el hecho que en la misma residencia pasaron otros personajes emblemáticos de La Aurora, como un conocido cura que arrendó ahí una pieza durante unos años.

Observamos que aquello que Gabriela describe como político incluye la historia militante de la casa y del barrio, vinculada al partido comunista y que les valió ser víctimas de violencia dictatorial. Pero, además, tiene relación con trayectorias de implicación con el territorio que puede tomar la forma de la participación en espacios locales como: la parroquia en sus diferentes grupos y acciones (desde los scouts hasta los grupos bautismales y de catequesis), la junta de vecinos, los centros de madres, aquellas organizaciones que realizan labores de solidaridad en el barrio, los clubes de fútbol o alguna organización cultural. Esto quiere decir que se trata de una impronta política y organizativa que suele ir de la mano, al menos en las memorias de los vecinos, de la relación con la comunidad. Para Gabriela, una imagen que resume el carácter político, implicado e identificado con la izquierda del cual hablamos es la muerte de Pinochet y el “carnaval” que, según sus palabras, y como lo hemos reseñado antes, desató en la población.¹⁴² Para ella este hecho da cuenta de la centralidad de la política en el territorio, cuestión que entiende como una especie de conjunción de intereses comunes y conciencia política de sus habitantes. De todas maneras, se trata de una trayectoria que parece formar parte del pasado, porque ella y muchos otros reconocen un desgaste en diversos niveles, desde la organización y participación local hasta la militancia en el PC, pasando por las lógicas comunitarias.

Así como la asociación entre política y territorio es quizás la diferencia más importante que establece Gabriela entre los dos lugares que marcan su vida, hay también otro elemento que también es significativo. Probablemente vinculado al anterior y tal como lo señalamos desde la noción de modos relacionales, destaca el tipo de vínculo que se desarrolla cotidianamente entre vecinos, la red que se produce dentro de la cual los gestos de compañía y solidaridad dan cuenta de un tipo de disponibilidad permanente para el otro:

Las principales cosas que me llamaron la atención fue, por ejemplo, cuando empecé a entender en la universidad lo que era la comunidad, y yo cuando me hablaban de eso a mí me hacía mucho sentido lo que yo veía y vivía constantemente ahí. Yo decía si había un ejemplo para mí ese era el ejemplo de comunidad. Por ejemplo, para el terremoto ahí yo de verdad sentí que la gente se quería, porque quedó la cagá, o sea, en nuestra casa no, pero como que cuando ya todos podíamos estar estables salimos y estaban todos los vecinos tratando de ver si estaban bien cuando alguien no salía, preocupándose por el otro, y eso yo siempre lo he visto ahí, a pesar de lo que te puedan decir yo siempre he visto que hay otro preocupado por ti. Está eso que me gusta caleta que te digan “hola vecino”, que sales a comprar y

¹⁴² Véase, por ejemplo, el capítulo 4, apartado 1.1.

*la señora del almacén te conoce y tú las conocí, te saludan, te quedai conversando, eso es como bien de comunidad y aunque esté así como en crisis todavía persiste.*¹⁴³

Se trata de expresiones de compañía, solidaridad, cuidado hacia el otro, que hablan al mismo tiempo de la apropiación del espacio por parte de quienes transitan y habitan en él que se han visto desgastadas. Un sentido de lugar que tiene orígenes históricos, pero que hoy se diluye poco a poco. Si antes, entiende Gabriela, territorio, política y comunidad eran parte fundamental de la vivencia del barrio, hoy reconoce que para muchos ya no es así. Es decir, prácticas comunitarias y vecinales que perduran conviven en la actualidad con el desinterés y aislamiento de algunos. Un desgaste que, según sus palabras, se evidencia en la rabia que se desata, expresa y hace estallar cada 11 de septiembre, durante ese hito propio de su territorio de hoy. Por medio de la de la imagen de la jornada del 11 de septiembre, resume el declive de la participación política y militante, esa que la impresionó cuando recién se empezaba a vincular con la población a través de su pareja. Hoy, llega el 11 y explota la rabia contenida de todo el año que no se formula ya en otros términos, sino que *“explota en ese momento, el día en que todos, el lumpen, el anarco, el flaite, y los más radicales junto a los más simples de la vida salen a quemar cosas, y a destruir.*¹⁴⁴ Y es que, a sus ojos, actualmente en La Aurora no hay organizaciones ni relatos propiamente políticos que convoquen a los jóvenes en torno a un proyecto, un discurso de denuncia o lucha que defender. Ello, también se refleja en que solamente sea el día 11 de septiembre una jornada para protestar o expresar malestar, aunque represente para muchos solamente eso, rabia.

278

En su relato, la pérdida de sentido comunitario y político del territorio, también tiene relación con la situación del narcotráfico actual, algo que efectivamente ella identifica como problemático en tanto que ha generado dinámicas violentas, en ocasiones sorprendidas y riesgosas para los vecinos. Sin embargo, corresponde a un conflicto que no reviste mayor gravedad que aquel que se ha configurado históricamente entre el Estado y el territorio, aunque sobre todo acentuado en los últimos años. Esto implica que en su discurso se constituyen dos núcleos problemáticos que generan malestar y, a su vez, instalan en diversos grados y momentos la pregunta por el futuro y una eventual partida de La Aurora.

Yo no siento que sea un lugar malo para vivir, no tengo miedo que a mis hijos les pase algo, pero creo que si las condiciones de hostilidad con el Estado se agudizan yo creo que nosotros no podríamos seguir viviendo aquí, porque para mí igual es incómodo vivir en un lugar donde vas caminando y te encuentras con los pacos, es incómodo como mujer, como mamá, como estudiante, como persona (...) tampoco es agradable vivir constantemente pensando que mañana ya no vamos a poder vivir ahí porque el progreso está avanzando y como es progreso vamos a tener que retirarnos. También es incómodo ver las tensiones entre las organizaciones. Entonces bajo esas condiciones es difícil seguir (...) lo que más me complica es la incertidumbre de no saber si mañana vamos a poder seguir viviendo ahí...por ejemplo, al

¹⁴³ Respecto de algunos términos: la palabra “cagá” o “cagada” se refiere a un desastre, a algo que fue grande, importante. “Caleta”, por su parte, se usa como sinónimo de mucho o bastante.

¹⁴⁴ La palabra “flaite”, se utiliza para referirse a personas vulgares, populares o marginalizados, usualmente jóvenes.

*arreglar la casa, no sabes si puedes hacerlo porque sabes cuánto tiempo más vas estar, si se van a mantener las condiciones y nivel de vida de la población, porque sabemos que con los cambios el costo de la vida va a aumentar considerablemente... porque también sabemos que muchas casas no están regularizadas... son como incertidumbres que hay. Si nos fuéramos quizás sería antes por problemas familiares, que hubiera un conflicto en la casa... ahí a lo mejor nos moveríamos, pero incluso así nos moveríamos por ahí, buscaríamos donde irnos a vivir que no fuera lejos de ahí, porque más él que yo, él tiene su vida ahí, para él es un lugar, entonces sería muy triste tener que irnos, él tiene mucho el rollo de que quiere que sus hijos crezcan ahí porque es bacán, porque todavía se mantienen las lógicas del vecino, comunitarias, solidarias... pero claro el tema de la intervención es complicado porque tampoco querríamos quedarnos a vivir aquí con todo transformado.*¹⁴⁵

Se trata en definitiva de una incertidumbre que sigue un ritmo cíclico. Hay momentos en que la presencia policial es mayor y más cruda, y lleva al hastío, así como hay otros en los que las balaceras aumentan, se repiten cada día y acarrearán temor. Todo, eso sí, bajo el manto de la seguridad de los vínculos y de esa proximidad cotidiana que, como Gabriela describe, permite seguir viviendo de manera normal en la población: *sin estar preocupada de los narcos, de que me asalten, porque nunca me ha pasado y no conozco a ni uno de este sector que me diga que lo han asaltado y los vecinos te pueden decir lo mismo. La otra vez una vecina que no conocía me dijo "yo en La Aurora me siento segura, me siento segura cuando llego ahí y me puedo mover en bicicleta y nunca me va a pasar nada"*. De todos modos, en sus propias palabras se va configurando un vaivén donde la incertidumbre hacia el futuro aparece a ratos ligada a la policía y, en otros, a las balaceras y al narcotráfico. Hay momentos diversos, semanas y semanas, días y días, todo definido por la coyuntura, las emergencias y urgencias de contextos legibles sólo localmente.

Sobre la base de lo aquí expuesto en torno al relato de Gabriela, podríamos decir que su posición respecto del territorio es un lugar reflexivo. Su partida de la casa familiar, su llegada a la población y las diferencias entre ambos espacios han sido motivo de análisis para ella, tanto que articulan su propio relato de vida. Como estudiante universitaria, como habitante que se pregunta por su propia pertenencia al lugar y la de otros, y como parte de una familia de tradición política en el barrio tiene la posibilidad de pensarlo, de interpretar lo que allí sucede con una mirada particular. Su vivencia del barrio se vuelve una suerte de bisagra entre el ser y no ser pobladora, sentirse parte, pero al mismo tiempo tomar distancia, identificarse y a la vez volver a su antiguo barrio para desde allí diferenciarse. En ese sentido, su voz nos permite retomar, enfatizar, e incluir algunas consideraciones en la media que nos habla de un territorio que tiene dos características claves: la conflictividad que representa su pasado y su presente (en términos de que está marcado por al menos dos conflictos, dictadura e intervención), y el sentido de lugar (arraigo y relevancia de los modos relacionales). Allí, en concordancia con este carácter, aflora la pertenencia como un pilar de afirmación, para quienes se consideran pobladores, y como una pregunta, para los que no. Y todo ello, finalmente, nos habla no solo de identidades, sino sobre todo de memorias políticas, en un amplio sentido. O sea, de aquellas que tienen un contenido ideológico y se transmiten como

¹⁴⁵ La palabra "bacán" quiere decir bueno, agradable, genial, "guay".

narrativas doctrinales, pero también de las que fragmentariamente hablan del territorio al tiempo que se van modificando en función del presente intervenido.

Para una parte importante de los habitantes de La Aurora, sobre todo de los sectores de La Aurora I y II, la participación en organizaciones locales al igual que aquella más política vinculada a la militancia o a la cercanía con el PC, es algo que funciona como lazo con el territorio. Haber nacido y crecido allí implica para muchas haber sido parte también de esa historia de activismo local y/o político. Todos cuentan que vieron al presidente Allende cuando visitaba la población, muchos eran adherentes y participaron al menos en forma de anhelo de dicho proyecto, sufrieron directa o indirectamente la represión política, aunque también la división. En este sentido, aquello que rescata un vecino acerca del pasado originario de la población y sus primeros habitantes se ha transmitido en forma de vínculos, así como también a través de memorias de comunidad y pertenencia:

Una de sus características es que eran capaces de organizarse por sí solos, sin la intervención del Estado, porque el Estado dijo "ya, ustedes se quedan aquí y se las arreglan", y de ahí surgieron clubes deportivos, lo que actualmente se llama juntas de vecinos, pero que en ese entonces se llamaba Comité Central de Pobladores, y la organización por manzanas para las cosas básicas, agua, luz. Había un medidor por manzana y cada vecino pagaba una cuota que se dividía por partes iguales... La Aurora no nació gracias a la actividad del gobierno o de algún ente estatal, La Aurora surge por exigencia de los pobladores, del uso de su capacidad organizativa" (Antonio, vecino de La Aurora II, 2015).¹⁴⁶

280

Por tanto y tal como también lo evidencia Gabriela, hablamos de memorias de carácter político en la medida que, siendo o no parte del impulso ideológico y doctrinario de algún partido, atestiguan y comunican sobre procesos de movilización que han apuntado a coordinar a la población para subvertir un lugar marginalizado que el orden social les ha asignado históricamente. Acerca de este tipo de memorias y su relevancia en el territorio podemos decir tres cosas.

En primer lugar, que en su construcción y transmisión intergeneracional ha tenido un papel relevante el partido comunista. Las narrativas que se han levantado, escrito, difundido, publicado desde la institución, que hablan de los orígenes de la población y de las memorias de la resistencia a la dictadura, son reconocidas tanto por sus militantes como por quienes han vivido de manera cercana a ellas y ellos, incluso a nivel nacional. Así, la institución ha defendido la existencia de estos procesos de recuperación y comunicación de relatos sobre la historia de la población y la organización local. Esto no quiere decir que no existan otras vías, simplemente evidenciamos cómo en muchos casos desde núcleos sociales (familias, colectivos, amigos) vinculados al PC se irradian este tipo de rememoraciones y conocimiento. Y es algo que se constata como una intencionalidad explícita del partido actual, expresada por ejemplo en todas las iniciativas de patrimonialización, así como en los discursos de jóvenes que ya no militan o nunca lo han hecho, pero participan por proximidad de

¹⁴⁶ Palabras recogidas del documental realizado por el teatro en el año 2015, sobre las modificaciones presentes en La Aurora producto de la intervención estatal.

dichas memorias. Este es el caso de Gabriela que al pasar a formar parte de un núcleo ligado al partido, se ha vinculado con esas narraciones de manera familiar y espontánea.

En segundo lugar, podemos sostener que los relatos de participación local y política son reconocidos como partes de un pasado que aunque presente y valorado, es pasado al fin. Esto quiere decir que se reconoce una ruptura, un quiebre que a pesar de ser vivido por muchos con nostalgia, sobre todo por los antiguos, se hace evidente que "ya no es así". Hoy la vinculación con las organizaciones barriales es diferente, con menores tintes partidistas, doctrinarios, y con colectivos más fracturados. La movilización de antaño simbólicamente está estrechamente ligada a la dictadura, además de a los orígenes de la población. El conflicto actual, en cambio, presenta una resistencia menos politizada, puntual y más dispersa. En esta línea, a pesar de la tradición que algunos reivindican, hoy la población para los jóvenes no parece ser un territorio de lucha en los términos antiguos, aquellos que aglutinaban y permitían un diagnóstico político común sobre el presente.

En tercer y último lugar, cabe señalar que este tipo de narraciones no solo operan a nivel institucional. Dicho de otra manera, aunque poseen un nivel oficial en tanto que rescatadas por organizaciones gubernamentales y difundidas a nivel público, trabajan también en una capa cotidiana. En esa arena habitual son transmitidas intergeneracionalmente principalmente a través de vínculos domésticos y vecinales, en los que alguno de sus participantes vivió dichas experiencias. Y allí, estas memorias suelen ir de la mano de las que hablan sobre lo sucedido en dictadura, se entrecruzan como si fueran inseparables, aunque no plenamente coincidentes. Con esto, queremos decir que en las tramas locales de recuerdo, las memorias políticas no son solo aquellas ligadas a la dictadura, las trascienden. Y es por ello que no se puede reducir la noción de memorias políticas en esta localidad a las que se han construido en torno a la represión militar, la muerte y la resistencia.

Así como las memorias comunitarias se vinculan con las diversas reivindicaciones del ser poblador o pobladora, con la pertenencia, tendríamos que agregar que ambas se encuentran relacionadas a otro elemento que ya hemos mencionado en esta tesis, el conflicto.¹⁴⁷ El mismo relato de Gabriela lo muestra, cuando compara su lugar de origen con el actual, signado por la dictadura y la intervención. Ésta última, entendida como proceso que lleva años, si bien la mencionamos como conflicto que parece uno solo, más bien se trata de un fenómeno complejo que contiene dos aristas principales. En primer lugar, se asocia al problema del narcotráfico en el sentido de que se produce una asociación entre el inicio de las intervenciones y el origen también de las balaceras, los allanamientos, el encarcelamiento de muchos habitantes y sus consecuencias familiares y vecinales, entre otras cosas. Y, en segundo lugar, es el motivo de la ocupación policial y todo lo que de ella se desprende. O sea, dos capas de conflictividad local vinculadas al actuar del Estado en La Aurora que participan de aquello que mencionamos acerca de la temporalidad en el territorio, la urgencia y la exaltación del presente que acompañan, tal como lo señala Gabriela, una pregunta por el futuro que podríamos resumir en sus propias palabras: *ahora estamos bien aquí, pero no sabemos qué va a pasar.*

¹⁴⁷ Por ejemplo, véase el capítulo 4, apartado 1.3.

Como también se ha dicho en este trabajo, son dos conflictos que afectan y son significados por sus habitantes mostrando diferencias generacionales. Específicamente, nos referimos a que la posición generacional (Mannheim, 1928), implica formas diferentes de relación con el pasado y con el presente. Si para los antiguos pobladores la dictadura junto a las historias de participación comunitaria que hemos descrito, se constituyen en representantes de un pasado relevante, recordado, vivo, para los jóvenes lo es la intervención como un pasado reciente propio. En otras palabras, y entendiendo la transmisión como un intercambio que no puede olvidar la particularidad de las posiciones que dialogan, diremos que la dictadura se vuelve el conflicto que opera como referente para el caso de los mayores. Esto, podríamos decir, configura un movimiento que comienza en ese pasado, que incluye represión y excepcionalidad en la vida cotidiana, y viene hacia el presente para interpretar éste último. El suceso inicial es la dictadura. Para los jóvenes, en cambio, es la intervención la referencia. Éste es el acontecimiento inicial desde el cual se recoge el pasado en una búsqueda por interpretarlo, pero, sobre todo, por enfrentarlo. Ambos conflictos, de todas formas, para jóvenes y para antiguos articulan su propio vínculo con el territorio. Ahora bien, cabe señalar que estas distinciones generacionales más que reflexiones conclusivas, nos abren líneas de indagación para continuar analizando las vinculaciones entre conflictos, territorio y generaciones. Por ejemplo, sería relevante preguntarse por las formas de significación específicas en los jóvenes sobre aquello que hemos denominado su propio pasado reciente y, a continuación, acerca de la constitución o no de unidades generacionales, en los términos de Mannheim (1928). Es decir, sus memorias y sentidos ya no de la dictadura, sino del conflicto que hoy es urgente y que, en ese sentido, marca e impacta el presente.

2. Tramas de memoria en la vida cotidiana de la población

Dijimos en el capítulo 2 de esta tesis que una de las formas que toman las memorias locales de la dictadura es la de los fragmentos, micro narraciones que son historias, comentarios e imágenes. También describimos algunas de sus emergencias cotidianas en el capítulo 4, a propósito de la experiencia compartida con un grupo específico de vecinos o de disputas cotidianas. Y en torno a este tipo de memoria, nos hemos preguntado sobre qué papel ocupa tanto en la construcción de sentidos de ese pasado como para la transmisión entre generaciones.

Consignamos que así como algunos autores vinculan el carácter fragmentario de la memoria a determinados sujetos, el subalterno, otros lo evalúan como una especie de amenaza para la transmisión y aprendizajes de pasados violentos en tanto que alejados de la forma paradigmáticamente semántica de la memoria. Nosotros hemos buscando comprender la especificidad que puede mostrar este modo particular de memorias que, tal como describe Stewart (2004), brotan en la vida cotidiana describiéndose como si fueran comprensibles por sí mismas, sin la necesidad de ser situadas en un marco narrativo más general, al modo de imágenes fugaces. Al respecto hemos subrayado algunas características.

Primero, dijimos que la presencia de micro relatos, imágenes, comentarios y anécdotas, vinculadas al pasado dictatorial en el territorio, junto a otras formas de memoria hablan efectivamente de un tiempo pasado que está vivo. En este contexto, en particular gracias a este modo de rememoración se configura una suerte de trasfondo experiencial local que de manera latente espera transgresiones cotidianas del presente para emerger: un conflicto, una bala, la presencia policial, la violencia, una palabra, un vecino conocido, etc.

En segundo lugar, a partir del caso de un grupo particular vecinos (la compañía de teatro), argumentamos que la primacía de la micro-narración como memoria cotidiana conforma una mirada sobre el pasado que trabaja bajo la sombra de un aparente desinterés sobre el mismo. Nos referimos a una forma de observar lo sucedido configurada desde un lugar no protagonista, que versa sobre lo ocurrido en el territorio en el que han vivido desde siempre. En este sentido, se trata de una mirada que implica distancia hacia lo acontecido, en términos de sufrimiento directo, y también distante en sentido político, de militancia y de claves contextuales histórico-política. Pero, al mismo tiempo, es un punto de vista próximo, cercano a la población y su cotidianidad. Y, aunque se trata de una posición desde la que se observa el pasado que describimos a partir del caso de algunos pobladores mayores, diremos que puede ser compartida por los jóvenes. Muchos de ellos, por ejemplo, hacen mención a lo sucedido en dictadura de una manera próxima en términos territoriales y cotidianos (se identifica como algo propio de la población), pero alejada a la vez como experiencia vivida en primera persona por los viejos.

Tercero, en términos de su papel en la transmisión intergeneracional, expusimos que el fragmento en muchos casos puede constituirse en un referente. Un pequeño relato, una simple alusión, un comentario, que es recogido por una generación que no vivió el pasado dictatorial y usado para compararla con su situación en el presente, aquella que vive su territorio o, aunque en menor grado, la sociedad en su conjunto. La micro-narración se constituye así en un punto de referencia que permite reconocerse, identificarse, y con ello, enfrentar, cotejar y buscar comprender aquello que desde la actualidad se erige como inquietud, malestar y rabia ante la intervención, la estigmatización, la violencia estructural, etc.

En cuatro y último lugar, cabe recordar que los fragmentos suelen contener o representar una experiencia vivida en el contexto de la dictadura que suele ir ligada a la cotidianidad del territorio. Es por ello que los describimos como situados. Esto permite que vivencias concretas operen con cualidad ilustrativa sobre problemáticas o situaciones de mayor escala, pero siempre desde el anclaje al territorio y otorgándole sentido a su comunidad identitaria (Da Silva Catela, 2003). Y por lo mismo, a nuestro entender, se vuelven aptas para servir de referente, ser actualizadas y recontextualizadas, gracias a la proximidad (territorial, familiar, cotidiana, personal) que reflejan para la experiencia de los jóvenes en tanto que sujetos que se ven inmersos en situaciones conflictivas similares. Un proceso de memoria y transmisión que hace el pasado dictatorial contiguo, no vivido por extraños o "extranjeros", sino por personas cercanas, conocidas y reconocidas en un lugar que también es propio, en el que gracias a todo ello se puede constituir una experiencia común.

En efecto, este carácter próximo, en el sentido de apegado a la experiencia y a la misma población, que expresan las micro-narraciones es clave para pensar éstas en tanto forma de memoria y transmisión. Y esto porque no hay que olvidar que hemos descrito a La Aurora en función de cierta particularidad: violencias que generan un presente acelerado a sobresaltos. En este marco, podemos pensar que en un territorio donde lo extraordinario se vuelve habitual, donde la transgresión como urgencia puede llegar a ser cotidiana, las narraciones de un pasado también violento y conflictivo, por microscópicas que sean, se tornan relevantes para encuadrar, encajar y aprehender el acontecimiento. De este modo, aquellas narraciones que desde la cotidianidad local brindan destellos de experiencias pasadas, como vivencias contadas que comunican de hechos y/o de sensaciones, se constituyen efectivamente como un recurso ante la sorpresa. Una frase, imagen, sentimiento, se hace útil frente a un presente en el que la casi omnipresencia de la urgencia dificulta una toma de distancia reflexiva que requiere la construcción de un relato histórico y aquello que se vuelve más pertinente y accesible es tomar referentes próximos y disponibles en el territorio.

Así, entre otras cosas, queda de manifiesto la importancia de la conexión presente-pasado, la cercanía necesaria entre ambos para que sea posible la re-narración que, a su vez, permite, dice Jelin (2002), una “ampliación intergeneracional del nosotros” que en este caso sucede a nivel local, o en esta escala adquiere mayor relevancia aún.

Enfatizar el rol comunicador y simbólico de las micro-narraciones, en tanto que memoria cercana a lo episódico, resulta un ejercicio necesario en el campo de estudio de la memoria social de pasados violentos. En éste, habitualmente, las tramas de memoria se interpretan y someten a análisis principalmente en función de construcciones narrativas convencionales y su capacidad transmisora de conocimientos y aprendizajes. En ese marco, se suele interpretar que la falta de narrativa política e histórica implicaría olvido o ausencia de transmisión.

De todas maneras, si bien hemos enfocado hacia los fragmentos y puntualizamos en su papel específico en la red local de memorias de la dictadura, es importante recordar que no son la única forma de construcción y transmisión de sentidos de ese pasado en La Aurora. Hemos descrito también rituales conmemorativos, oficiales y no oficiales, y la construcción de narrativas, relatos históricos, etc. Esta convivencia y diálogo con otros modos de rememoración es importante si tenemos en cuenta planteamientos que abordan contextos donde la fragmentación se erige casi exclusivamente como memoria de la violencia en ausencia de otras memorias semánticas, emblemáticas y más abarcativas (Pécaut, 2004). Si a ello se le suma una falta de reconocimientos éticos y políticos generalizados puede suceder que la trama queda circunscrita a memorias episódicas, experienciales, privadas, similar a aquella que Sarlo (2005) identifica como una “memoria derivada de la primera persona”. No obstante, podemos sostener a partir de esta investigación que en La Aurora conviven memorias de diverso carácter. En otras palabras, las micro-narraciones no trabajan solas, aisladas, “en el aire” como única forma que adquiere el pasado dictatorial en el territorio.

Asimismo, en este tejido local de memorias se pueden contar las conmemoraciones convocadas por organizaciones locales. Dos actividades que intentan levantar discursos más propiamente políticos y narrativos acerca de lo sucedido, y en diferente medida, acerca del presente intervenido del territorio. Ambos rituales institucionales invitan a los vecinos a vincular pasado y presente, así como a recordar a las víctimas de la represión y su lucha. Dos actos que se relacionan de manera conflictiva respecto de las forma de hacer memoria, así como de la posición y vínculo con los programas de intervención actuales, tal como describimos en el capítulo anterior. Como vimos, se trata de modos de memoria que son reconocidos en la población al menos mínimamente, principalmente aquella conmemoración ligada al PC. Por medio de años de realización se ha erigido como un ícono de "eso que pasa para los 11", así como de los militantes del partido, los familiares de desaparecidos y ejecutados, y la institución misma. En este sentido, es también un soporte para la actualización y transmisión sobre todo de aquellos sentidos relativos a las víctimas, la represión, los desaparecidos, ejecutados y torturados políticos.

Dentro de estas conmemoraciones institucionales, una posee un carácter más oficial que la otra en la medida que ocupa un lugar más hegemónico en el ámbito local, en el sentido de que está ligada a una organización que tiene mayor trayectoria y peso histórico en La Aurora. Si observamos su vinculación con narrativas oficiales de escala nacional también hay diferencias. A grandes rasgos, las narrativas que han llegado a ser dominantes hoy en la sociedad chilena se asocian y articulan en torno al reconocimiento ético de las violaciones a los Derechos Humanos y el relato histórico sobre la represión dictatorial (deber ético y memoria política). Fundamentos construidos gracias a las comisiones de verdad, a las diversas iniciativas gubernamentales de recuperación del pasado y reparación, y a la labor de los movimientos sociales, entre otras cosas. En dicho marco, los actos convocados por organizaciones para el día 11 de septiembre tienden a acercarse o alejarse de este relato oficial, en función de quien las convoque, pero siempre asumiéndolas como una especie de cimero construido sobre el reconocimiento de eso que pasó. En este sentido, las narrativas oficiales hegemónicas no son negadas o resistidas de manera radical. Aunque desde la actividad alternativa éstas puedan someterse a discusión, aquello que se cuestiona tiene más relación con el uso institucional de esas memorias por parte del PC y de su posición en el presente.

Con todo esto, podemos sostener que las narrativas oficiales, tanto aquellas que tienen un carácter nacional como sus versiones locales, juegan un papel estableciendo lo que podríamos identificar como un piso ético sobre el cual se construyen críticas y variaciones o se subrayan aristas. Un discurso basal que, aunque en muchos jóvenes tome la forma de una simple alusión dicha al pasar, basta para instalarse como reconocimiento presente y activo. Éste, además, posee un anclaje al territorio constituido por los desaparecidos y ejecutados de la población, así como por otros elementos que permiten asociarlo con el territorio.

Es así como podemos pensar que, en gran medida, gracias a la existencia de las narrativas históricas oficiales e institucionales, se ha instalado a escala de la sociedad en su conjunto así como en aquella local, un reconocimiento ético de lo sucedido. Y esto, a su vez, hace posible la existencia de la

mención a las muertes, el conocimiento de la lucha y del sufrimiento, el reconocimiento del dolor de muchos. Algo que, como señala Welzer (2008, 2010), al menos en parte, facilita la vinculación de generaciones no protagonistas con ese pasado.

3. Ritual y fragmentación: la importancia de la proximidad en las memorias y la transmisión a escala local

En distintos momentos a lo largo de este texto, hemos subrayado la idea de proximidad en relación a las memorias de la dictadura y su comunicación. En este mismo capítulo mencionamos que se trata de un elemento relevante a la hora de constituirse ciertos referentes que permiten la identificación territorial, comunitaria y/o personal, ya sea a partir de micro narraciones o de narrativas oficiales. Asimismo, subrayamos su importancia cuando nos referimos a la mirada hacia el pasado que se configura en muchos vecinos de la población. Y, por último, sostuvimos el rol que juega en relación a los rituales transgresores de hogueras y enfrentamientos, en términos de las posibilidades de apropiación de prácticas del pasado frente a los conflictos del presente. En definitiva, aludimos al papel clave que tiene la cercanía en la construcción de sentidos del pasado y su transmisión intergeneracional en una escala local. Dicho de otra manera, gran parte de las memorias que se construyen en la población La Aurora sucede desde la experiencia de los sujetos, estableciendo una contigüidad que es principalmente vecinal y territorial. Es muy ilustrativo de tal dimensión que cuando se pregunta por la dictadura se asume tácitamente que es “la dictadura en la población”, no es “cualquier dictadura”.

286

En términos analíticos, dentro del campo de estudios de la memoria colectiva estas ideas cobran preeminencia en la medida que nos alertan sobre la necesidad de considerar la escala local en sus particularidades. Podemos tomarlo como un llamado de atención que nos habla de la ausencia de un eslabón analítico entre aquello que hemos llamado memorias sueltas y memorias emblemáticas (Stern, 2000). Ocurre que si enfocamos hacia territorios con particularidades como las aquí descritas, la lectura desde una perspectiva nacional resulta insuficiente. Lo mismo sucede con una que ponga el foco meramente en memorias personales o familiares en tanto que un espacio local puede tornarse significativo y adquirir cierta especificidad para la vinculación con el pasado, según determinadas experiencias. De este modo, aquellas memorias emblemáticas que sirven para el encuadramiento de aquellas personales y hablan de la sociedad en su conjunto, pueden volverse poco reveladoras y no operar en esta esfera barrial. O bien, puede suceder que desde la población se generen memorias abarcativas y oficiales en lo local (nivel familiar, doméstico, vecinal, poblador) y que no llegarán a constituirse como tales en términos nacionales.

Esta línea de argumentación contiene, a su vez, una consideración. Y es el hecho que los modos relacionales más significativos, aquellos domésticos y vecinales, conforman un tejido social que produce que las memorias sueltas no sean solo personales y/o familiares, también barriales. Siguiendo a Ricoeur (2003: 172), estamos subrayando un plano intermedio de referencia para la memoria, entre la memoria individual y la pública, aquel configurado por las relaciones con los allegados. Justamente, esta denominación refiere a “esa gente que cuenta para nosotros y para

quienes nosotros contamos”, quienes se vuelven no sólo sujetos próximos (como sería los asociados de Schütz)¹⁴⁸, sino próximos privilegiados. En otras palabras, enfatizamos la existencia de territorios en los que, por su trayectoria histórica y por su particular presente, se conforman tramas locales que pueden ser consideradas de manera similar a como describe Welzer (2010) la memoria familiar. Esto es, no como un depósito de recuerdos, sino como catalizador de diferentes elementos del pasado que son combinados específicamente por los involucrados. Allí, el marco emocional, el arraigo, la identificación, se tornan medulares para la construcción de memorias.

Las características anteriores no solo son expresión de la relevancia del pasado en la localidad, también favorecen la transmisión intergeneracional en dos sentidos. En primer lugar, porque los lazos percibidos como estrechos operan acercando las distancias generacionales. Crean un contexto afectivo y, con él, una cierta disponibilidad en la escucha. En segundo lugar, en la medida que en La Aurora tal como hemos descrito, el pasado sirve como vínculo entre el sujeto y el territorio, éste puede funcionar como un recurso de apropiación del lugar, como símbolo de pertenencia, ya sea el pasado en forma de historia, de micro relato, como pura práctica, incluso cuando es solo una cita.

En definitiva, podemos postular que, en casos como el aquí estudiado, el ámbito local de la memoria será diferente de aquel nacional, familiar o personal. Si en la arena pública de la memoria el gran determinante es la actuación del Estado, en lo local éste tendrá relevancia, pero en su engranaje con lo territorial. La comunidad, como configuración histórica y presente tanto política como relacional, se vuelve un elemento vertebrador de la relación a la temporalidad en este nivel barrial.

De todo esto se desprende la relevancia de construir análisis que tengan en cuenta esta escala de trabajo en el campo de las memorias sociales. Allí, entre otras cosas, habrá que considerar la aproximación cotidiana de estudio en tanto permite acceder a todo aquello que sutilmente construye sentidos locales. En esta línea, la presente investigación deja instaladas preguntas también de orden metodológico. Es cierto que un enfoque etnográfico se hace pertinente, pero podríamos a futuro puntualizar en asuntos como por ejemplo: ¿de qué manera se materializa la transmisión intergeneracional local en lo cotidiano? ¿Cómo pensar más en profundidad en el papel de los objetos, las casas, los lugares de memoria, las emociones, el cuerpo?

Habiendo argumentado a partir de este caso la relevancia de focalizar en lo local en el estudio de las memorias de la dictadura, en lo que sigue ahondaremos en el papel que tiene el presente y su relación con ciertos tipos de rememoración.

Tal como mencionamos en el capítulo 4, comprendemos que la actualidad se torna relevante para recordar y comunicar sentidos del pasado en gran medida en tanto que escenario que define la temporalidad. Esto es, porque influye y determina la relación al pasado, al presente y al futuro.

¹⁴⁸ Como mencionamos brevemente en la introducción, Schütz y Luckmann (2003) distinguen tipos de semejantes que interactúan en la vida cotidiana. En esta distinción se cuenta aquella entre simples contemporáneos, aquellos con los que se comparten un tiempo, pero no un espacio, y los asociados (o próximos) con los que se vive un vínculo directo.

La población La Aurora es un territorio donde diversas circunstancias ya descritas han configurado una cotidianidad cargada de acontecimientos. La vida diaria se ha impregnado de situaciones que significan cambios bruscos en el estado de cosas habitual y el despliegue de acciones apremiantes, en palabras de Giannini (1987), contingencias transgresoras. Son ocurrencias repentinas, imprevisibles y muchas veces empapadas de riesgo, de compromiso personal, vecinal y moral, que de modo sorpresivo desencadenan acciones hábiles, ingeniosas y rápidas, como una suerte de malabares no sin componentes trágicos y complejos que dificultan la previsión en la vida cotidiana. Se instala un grado importante de incertidumbre tanto respecto de circunstancias emergentes como del futuro inmediato. Todo lo cual, hemos dicho, genera un presente exaltado y acelerado a saltos cuya estabilidad es recuperada, aunque sea de forma precaria, por medio del territorio que está cargado de pasado. Un pasado contenido en prácticas, técnicas cotidianas, cortesías habituales, modos relacionales, y también memorias de lo que es y ha sido el lugar. Dicho de otro modo, los referentes y la vivencia del pasado conviven con ese presente que se impone y a ratos gobierna.

En este escenario, encontramos tramas de memoria local de la dictadura que podemos pensar conformadas por dos fuerzas principales en tensión. Las narrativas oficiales, por una parte, y aquellas fragmentarias y transgresoras, por otra. Las primeras, como una línea de construcción del pasado conformada por relatos completos y coherentes que buscan contar lo sucedido de manera literal incluyendo todas sus aristas, en cuyo sentido tienden a cerrar las interpretaciones posibles. Por su parte, las segundas, en tanto que narraciones a micro-escala y prácticas menos legitimadas a nivel público y oficial, empujan hacia la apertura del campo de sentidos favoreciendo con ello la modificación propia de la transmisión. En la línea de lo planteado por Da Silva Catela (2014: 45), se trata de una inclinación hacia la apertura que "si bien expone a riesgos constantes, ayuda a pensar. Abrir es poner en riesgo lo establecido, lo legitimado, lo cristalizado y asumir los conflictos y debates que esto genera". Pero al mismo tiempo es admitir que, como dice la misma autora, la memoria debe ser pensada en plural, cuestión que entraña la complejidad de lograr finalmente producir reflexión al respecto. Esto quiere decir, abrir el campo a "la crítica, la duda, la exploración y todo aquello que mantenga un estado de debate permanente sobre lo público, lo social, lo cultural, lo político".

Es así como en estas tramas se da una convivencia entre diferentes modos de rememoración que pueden o no tomar forma de enfrentamientos entre algunos de ellos. Con esto, entendemos que las dinámicas que se produzcan en la configuración de la trama dan cuenta de procesos de transmisión intergeneracional que se han producido, así como también son el escenario en el que ese intercambio sigue sucediendo. Una trama es un agregado de hilos de distinta envergadura que cruzados y enlazados conforman una tela. En conjunto pueden o no dibujar, contener, delinear una imagen, una forma concreta, coherente. Hablamos, entonces, de tramas porque lo que hemos evidenciado es una diversidad de memorias de distinto carácter (oficiales a nivel nacional, local, conmemorativas, semánticas, históricas, cotidianas, fugaces, insolentes, etc.) que se entretajan, dialogan, pero también se alejan o estallan según determinadas coyunturas. Se forman nudos que pueden o no disolverse, uniones que pueden configurar narrativas más amplias. Se oponen o trabajan a espaldas unas de otras. Pero nunca están aisladas.

Ahora bien, dentro de este tejido memorial local sostenemos que los rituales transgresores y las micro-narraciones, adquirirán notoria relevancia. Sucede que en ellos hemos evidenciado dos factores que resultan claves: la relación con el presente y la función identitaria. Tal como hemos desarrollado hasta aquí, tanto el rito como aquello que llamamos micro-narraciones implican una cierta flexibilidad y apertura interpretativa, y una proximidad a la vida cotidiana. Estas son cualidades que las desvisten de su identificación clara y directa con el pasado, pero al mismo tiempo les permite entroncar de mejor manera con el presente.

Si el ritual se constituye en un espacio simbólico y de expresión que por sus particularidades no es intercambiable por otros, tenemos que decir que, en términos locales, un cierto tipo de ritual lo es más aún. La construcción de fogatas y los posteriores enfrentamientos con la policía, a diferencia de las conmemoraciones convocadas por organizaciones locales, tienen un papel único en cuanto a relación del presente con el pasado y a la participación e identificación de jóvenes no portadores ni constructores de memorias narrativas. Estos actos de protestas, incluidas las excepciones que con ellos se cruzan, son percibidos como propios por muchos vecinos, incluso por quienes no participan, quizás como representantes de una cierta "condición compartida".

En este sentido, estas prácticas tienen la particularidad de vincular en forma de acción y afecto, y no tanto discursivamente, dos pasados significativos en La Aurora: la dictadura, aquel identificado como reciente por la sociedad chilena, y la intervención estatal, aquel inmediato en lo local que también es presente. Se trata de acciones que podemos entender como práctica performativa en el sentido sostenido por Argenti y Schramm (2010: 23), en tanto que "permite a sus practicantes colapsar el tiempo y arrojar luz sobre las continuidades históricas entre el pasado y el presente yuxtaponiéndose unos a otros, utilizando profundos pozos de conocimiento cultural para interpretar las injusticias contemporáneas que a menudo son tan extremas, inefables e incipientes como las del pasado (...) también pueden dejar impresiones profundas y duraderas en los participantes, que pueden convertirse en el tema propiamente dicho de la transmisión y, por consiguiente, formar el núcleo de las nuevas prácticas conmemorativas". Es por esta razón que se vuelve relevante ir más allá de los análisis que se centran en la violencia asignada a estas prácticas y que oscurecen, con ello, su carácter conmemorativo. Urge considerarlas formas de rememoración que desde su calidad controvertida permiten negociaciones entre pasado dictatorial y presente intervenido, ensamblaje y modificación intergeneracional de sentidos. Desde este marco, entendemos que la escasez de expresiones y relatos político narrativos sobre el presente en muchos jóvenes no significa una falta de interpretación del mismo, ni una ausencia de memoria y transmisión. A nuestro entender, los rituales transgresores y desobedientes del 11 de septiembre no solo representan un vínculo con el pasado dictatorial, sino también una pregunta, una exploración, una búsqueda por hacer frente a su presente conflictivo.

Respecto de las micro-narraciones, por otra parte, podemos decir que si bien se ha planteado que la fragmentación de la memoria representa una problemática para la transmisión desde análisis sobre

procesos nacionales,¹⁴⁹ aquí y aproximados desde una escala local sostenemos una tesis, en cierto sentido, contraria: que más bien posibilitan los procesos de memoria y transmisión en tanto refuerzan el sentido de proximidad, de arraigo y de interpretación del presente.

De esta forma, en contextos como éste en los que urge afrontar y aprehender un presente inexplicable, incluso invivible, y dónde no hay reconocimiento oficial, público y político de lo que sucede hoy, la presencia y la proximidad del pasado permite la búsqueda de comprensión y de identificación con el otro. Las narrativas oficiales, por su parte, emergen como relatos más dificultosos de recoger y hacer propios en una actualidad cargada de emergencia. El trabajo de las narrativas históricas queda relegado a un rol secundario en la medida que pierde la especificidad de una experiencia territorial si la localidad resulta tan relevante. Fragmentos y rituales transgresores, tan ligados al contexto, adquieren preponderancia en el sentido de ofrecer más posibilidades para el engranaje con el presente y la re-apropiación generacional. El papel clave lo tienen, así, las memorias que se construyen desde y para la cotidianidad, así como los rituales que engarzan con ella, aquellos que operan con menor distancia narrativa de esta esfera habitual y presente.

En definitiva, podemos afirmar que en gran medida es gracias a las micro-narraciones y los rituales transgresores que el pasado dictatorial local resulta una historia disponible para los jóvenes en dos sentidos: para servir de nexo con el territorio y para enfrentar el presente. Como hemos podido observar durante esta investigación, ambos representan y son indicios, aunque fugaces y precarios, de persistencias y mutaciones del pasado en conexión con el presente. En este sentido, podemos pensarlos como una “bala loca”, esa que sin previo aviso y sin mostrar su origen atraviesa toda la población, la cruza dibujando una línea que vincula sus distintos sectores, pero que no suele salir de sus fronteras. De la misma manera, una vez al año y en el fluir de la vida cotidiana, emergen elementos que surcan la trayectoria de La Aurora, van de pasado a presente y del presente al pasado estableciendo continuidades entre temporalidades y conflictos.

¹⁴⁹ Véase, por ejemplo, el capítulo 1, apartados 4.3. y 5.1.

Referencias bibliográficas

- Achugar, H. (1992). Historias paralelas/ejemplares: la historia y la voz del otro. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (36), 51-73.
- Achugar, M. (2011). Aproximaciones discursivas a la transmisión intergeneracional del pasado reciente. En T. Oteiza y D. Pinto (Eds.), *En(re)construcción: discurso, nación e identidad en los manuales escolares* (pp. 43-88). Chile: Editorial Cuarto Propio.
- , (2016). *Discursive Processes of Intergenerational Transmission of Recent History. (Re) making our past*. Nueva York: Palgrave Mcmillan.
- Achugar, M., Fernández, A y Morales, N. (2013). Re/constructing the past: How young people remember the Uruguayan dictatorship. *Discourse y Society*, 24(3), 265-288.
- , (2014). La dictadura uruguaya en la cultura popular: recontextualizaciones de "A redoblar". *Discurso y Sociedad*, 8(1), 83-108.
- Aguilar, P. y Ramírez-Barat, C. (2016). Generational dynamics in Spain: Memory transmission of a turbulent past. *Memory Studies*, 12(2), 1-17.
- Álvarez, P. (2010). *Vidas intervenidas: prácticas e identidades en conflicto. La población Legua Emergencia (1949-2010)* (Tesis de Magíster en Antropología). Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.
- , (2013). *Legua Emergencia: una historia de dignidad y lucha*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Arensburg, S., Reyes, M.J., Olivari, A., Castillo, C., Gómez, S., y Murillo, A. (2016). Imágenes del territorio y sus habitantes: Reflexiones a propósito del Plan "Iniciativa Legua". En S. Arensburg, M. J. Reyes y X. Póo (Coords.), *Vidas Cotidianas en Emergencia: Territorio, Habitantes y Prácticas*. Santiago de Chile: Social Ediciones.
- Argenti, N y Schramm, K. (2010). Introduction. En N. Argenti y K. Schramm (Eds.), *Remembering violence: anthropological perspectives on intergenerational transmission* (pp. 1-40). New York: Berghahn.
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- , (2006). Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil. En J. Aróstegui y F. Godicheau (Eds.), *Guerra Civil, mito y memoria* (pp.57-92). Madrid: Marcial Pons Historia.

- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- Auyero, J. y Berti, M.F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Auyero, J. y Burbano de Lara, A. (2013). In harm's way at the urban margins. *Ethnography*, 13(4), 531-557
- Bajtín, M. (1998). *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Belvedresi, R. (2009). Memorias en pugna y el pasado reciente. En M. I. Mudrovic (Ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria* (pp.145-153). Buenos Aires: Prometeo libros.
- Benítez, J. (Octubre, 2013). *Iniciativa La Legua*. Seminario Internacional Prevención del Delito y sus buenas prácticas. Fundación Paz Ciudadana, Santiago, Chile. Recuperado de <http://www.pazciudadana.cl/wp-content/uploads/2013/10/presentacion-javiera-benitez-chile.pdf>
- Bergalli, R. y Rivera, I. (Coords.) (2010). *Memoria colectiva como deber social*. Barcelona, Anthropos.
- Berger, T. y Luckmann, (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berliner, D. (2005). An "Impossible" Transmission: Youth Religious Memories in Guinea-Conakry. *American Ethnologist*, 32(4), 576-592.
- Bernstein, B. (1989). *Clases, códigos y control. I Estudios teóricos para una sociología del lenguaje*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- , (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- , (2000). *Tres estudis d'etnologia de la Cabília* (Trad. María Josep Marín Jordá). Valencia: Universitat de València
- Bourgois, P. (2001). The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador. *Ethnography*, 2(1), 5-37.
- , (2009). 30 años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas. En J. López, S. Bastos y M. Camus (Eds.), *Guatemala: violencias desbordadas*. Córdoba: Servicio publicaciones de la Universidad de Córdoba

- Brockmeier, J. (2002). Remembering and Forgetting: Narrative as Cultural Memory. *Culture y Psychology*, 8(1), 15-43.
- Bruner, J. (1995). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- , (2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- , (2004). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Bustamante, J. (2016). Procesos de activación y patrimonialización de sitios de memoria en Chile. 1990 al presente. *Aletheia*, 7(13). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-13/articulos/procesos-de-activacion-y-patrimonializacion-de-sitios-de-memoria-en-chile.-1990-al-presente>
- Cabruja, T., Ñiñez, L. y Vázquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisi*, (25), 61-94.
- Calveiro, P. (2006). Testimonio y memoria en el relato histórico. *Acta Poetica*, 27(2), 65-86.
- Canales, M. (1995). Sociologías de la vida cotidiana. En M. Garretón y O. Mella (Comps.), *Dimensiones actuales de la sociología*. Santiago: Bravo y Allende Editores.
- Canales, M. y Echeverría, G. (2016). Territorios, otredades y cuerpos: Vidas cotidianas y extranjerías. En S. Arensburg, M. J. Reyes y X. Póo (Coords.), *Vidas Cotidianas en Emergencia: Territorio, Habitantes y Prácticas* (pp.84-92). Santiago de Chile: Social Ediciones.
- Cancimance, J. (2013). "Aquí solamente vivimos los guapos": prácticas para habitar espacios de muerte en Putumayo, Colombia. *Maguaré*, 27(1), 159-193.
- Candau, J. (2001). *Memoria e Identidad*. Buenos Aires: Del Sol.
- Candina, A. (2002). El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999). En E. Jelin (Comp.), *Las conmemoraciones en las fechas "in-felices"* (pp.9-48). Madrid: Siglo XXI Editores.
- Carretero, A. E. (2008). Maurice Halbwachs: oficialidad y clandestinidad de la memoria. *Athenea Digital*, (13), 95-103. Recuperado de <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/419>.
- Castells, M. (1973). Movimientos de pobladores y lucha de clases. *EURE*, 3(7).

- Cavalcanti, M. (2003). Memoria y cotidianidad de la represión en Morro do Borel. En E. Jelin y P. Del Pino (Comps.), *Luchas locales, comunidades e identidades* (pp.175-208). Madrid: Siglo XXI.
- Cingolani, P. (2014). La idea de precariedad en la sociología francesa. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 6(16), 48-55.
- Connerton, P. (1989). *How societies remember*. New York: Cambridge University Press.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991). *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. Santiago de Chile: Ministerio del Interior. Recuperado de <http://pdh.minjusticia.gob.cl/comisiones/>
- Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (2005). *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Santiago de Chile: Ministerio del Interior. Recuperado de <http://pdh.minjusticia.gob.cl/comisiones/>
- Cortés, A. (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *EURE*, 40(119), 239-260.
- Crenzel, E. (2011). La transmisión interrogada. Jóvenes, conocimiento y memoria de la represión en el Hospital Posadas, Buenos Aires, Argentina. *Universitas Humanística*, (72), 111-132.
- Da Silva Catela, L. (2003). Apagón en el Ingenio, escrache en el Museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976. En P. Del Pino y E. Jelin (Comp.), *Luchas locales, comunidades e identidades* (pp.63-106). Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- , (2006). Presentación. En M. Pollak *Memoria, olvido, silencio* (pp.9-15), Buenos Aires: Al Margen.
- , (2014). "Lo que merece ser recordado...". Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, (2), 28-47.
- Das, V. (1995). *Critical events: an anthropological perspective on contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- , (2000). The act of witnessing: violence, poisonous knowledge, and subjectivity. En V. Das, A. Kleinman, M. Ramphela, y P. Reynolds (Eds.), *Violence and subjectivity* (pp.205-226). Berkeley: University of California Press.
- , (2007). *Life and words. Violence and the descent into the ordinary*. Berkeley: University of California Press.

- , (2015). Lecture 2. What does ordinary ethics look like? En M. Lambek, V. Das, D. Fassin y W. *Four Lectures on Ethics Anthropological Perspectives*. Chicago: Hau Books. Recuperado de <https://haubooks.org/four-lectures-on-ethics/>
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- De la Maza, G. y Garcés, M. (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983 – 1984*. Santiago de Chile: ECO Educación y Comunicaciones.
- Delgado, M. (2001). *Memoria y lugar. El espacio público como crisis de significado*. Valencia: Ediciones Generales de Construcción.
- , (2004). Del movimiento a la movilización. Espacio, ritual y conflicto en contextos urbanos. *Maguaré*, (18), 125-160.
- Del Pino, P. y Jelin, E. (Comps.) (2003). *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Santos, B. (2009). Memorias traumáticas de pasados recientes. Políticas de la memoria: ¿transmisión o mandato? En M. I. Mudrovic (Ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria* (pp.35-60). Buenos Aires: Prometeo libros.
- Douglas, M. (1996). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza.
- Elias, N. (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Barcelona: Grupo Editorial Norma.
- Farfán, R. (2008). Maurice Halbwachs y el deber (actual) de la memoria colectiva. *Anthropos*, (208), 55-67.
- Ferrándiz, F. (2004a). Memorias afligidas. Historias orales y corpóreas de la violencia urbana en Venezuela. *Historia, Antropología y fuentes orales (HAFO)*, 1(31), 5-27.
- , (2004b). *Escenarios del cuerpo. Espiritismo y sociedad en Venezuela*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- , (2009). Exhumaciones y relatos de la derrota en la España actual. *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, (83), 135-162.
- , (2010). Etnografies al límit. Versatilitat i curtcircuits de l'etnografia davant la violencia contemporània. *Revista d'Etnolgia de Catalunya*, (37), 20-35.

- Foucault, M. (1996). *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós.
- Frühling, H. y Gallardo, R. (2012). Programas de seguridad dirigidos a barrios en la experiencia chilena reciente. *Revista INVI*, (74), 149-185.
- Ganter, R. (2010). *Escenas de la vida urbana en La Legua Emergencia: Narcocultura y ambivalencias identitarias* (Tesis de doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Garcés, A. (2011). Los rostros de las protestas. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986) (Tesis para obtener el grado de Licenciada en Historia), Universidad de Santiago de Chile.
- Garcés, M. (2001). Introducción. En Garcés, M., López, A y Rodríguez, M. A. (Eds.), *Memorias de la dictadura en La Legua. Relatos, historias, cuentos, poesía y canciones de su gente* (pp.4-8), Santiago: ECO, Educación y Comunicaciones.
- , (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago 1957-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- , (2004). Las tomas en la formación de Santiago. En P. Délano, V. González, K. Quintana y G. Bade, *El mundo de las poblaciones* (pp.4-34). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- , (2007). Historia y Memoria del 11 de Septiembre de 1973 en la población La Legua de Santiago de Chile. En A. Pérotin-Dumon (Dir.) *Historizar el pasado vivo en América latina*. Recuperado de http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php
- Garcés, M. y Leiva, S. (2005). *El Golpe en la Legua*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- , (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gergen, K. (1994). *Realidades y relaciones. Aproximaciones al construccionismo social*. Barcelona: Paidós.
- Giannini, H. (1987). *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Goffman, E. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Halbwachs, M. (2004a). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos. (1925)
- , (2004b). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. (1950)
- Han, C. (2012). *Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile*. Berkeley: University California Press.
- , (2013). A long-term occupation: police and the figures of the stranger. *Social Anthropology*, 21(3), 378-384.
- Heller, A. (1972). *Historia y vida cotidiana*. Barcelona: Grijalbo.
- , (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Hernández, T. (2001). "Des-cubriendo la violencia". En R. Briceño-León (Comp.), *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. CLACSO. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101109033057/3hernandez.pdf>
- Hertz, C. (2017). *La historia fue otra*. Santiago de Chile: DEBATE.
- Hirsch, M. (1997). *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge: Harvard University Press.
- , (2008). The generation of postmemory. *Poetics Today*, 29(1), 103-128.
- Hite, K. (2013). *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*. Santiago de Chile: Mandrágora Ediciones.
- Huysen, A. (2004). Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público, *XXVII Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação*. Intercom – Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação, Porto Alegre.
- Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) (2015). *Estudio de caso. Violencias y Derechos Humanos en La Legua*. Santiago. Recuperado de <http://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/857>.
- Izquierdo, J. (2017). ¿Víctimas sin victimismo? Por una memoria elaborada del genocidio franquista. En G. Gatti (Ed.) *Un mundo de víctimas* (pp.165-180). Barcelona: Anthropos.
- Jelin, E. (2002a). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- , (Comp.) (2002b). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "infelices"*. Madrid: Siglo XXI España Editores.
- , (2011). Exclusión, memorias y luchas políticas. En D. Mato (Comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (pp.91-110). Buenos Aires: CLACSO.
- , (2013). Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones. *MERIDIONAL. Revista chilena de Estudios Latinoamericanos*, (1), 77-97.
- Jelin, E. y Langland, V. (2002). *Monumentos, memorias y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Juan, S. (2010). Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana. En A. Lindón (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Kidron, C. (2009). Toward an Ethnography of Silence: The Lived Presence of the Past in the Everyday Life of Holocaust Trauma Survivors and Their Descendants in Israel. *Current Anthropology*, 50(1), 5-27.
- 298 Kleinman, A. (2000). The violences of everyday life. The multiples formas and dynamics of social violence. En V, Das, A. Kleinman, M. Ramphela y P. Reynolds (Eds.), *Violence and subjectivity* (pp.226-241). Berkeley: University of California Press.
- , (2006). *What really matters. Living a moral life amidst uncertainty and danger*. Nueva York: Oxford University Press.
- Koselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- Lambek, M., Das, V., Fassin, D. y Keane, W. (2015). *Four Lectures on Ethics Anthropological Perspectives*. Chicago: Hau Books. Recuperado de <https://haubooks.org/four-lectures-on-ethics/>
- Lechner, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lechner, N y Güell, P. (1999). Construcción social de las memorias en la transición chilena. En A. Menéndez-Carrión A. Joignant (Eds.), *La caja de Pandora, el retorno de la transición chilena*. Santiago: Planeta/Ariel.
- Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano* (Trad. Javier González-Pueyo). Barcelona: Península.

--, (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.

Lévi-Strauss, C. (1964). *El pensamiento salvaje* (Trad. Francisco González Aramburgo). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Lindón, A. (2000). Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación). En A. Lindón (Coord.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp.7-17). Barcelona: Anthropos Editorial.

--, (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*, (8), 39-60.

--, (2006). Geografías de la vida cotidiana. En D. Hiernaux y A. Lindón (Dirs.), *Tratado de geografía humana* (pp. 356-400). México: Anthropos.

Lira, E. (2009). Chile: dilemas de la memoria política. En J. Guixé y M. Iniesta (Eds.), *Políticas públicas de la memoria. I Coloquio Internacional Memorial Democrático* (pp.39-83). Barcelona: Editorial Milenio y Memorial Democrático.

--, (2010). *Memoria y convivencia democrática: políticas de olvido y memoria*. San José C.R.: FLACSO.

--, (2013). Algunas reflexiones a propósito de los 40 años del Golpe Militar en Chile y las condiciones de la reconciliación política. *Psyche*, 22(2), 5-18.

299

Lisón-Tolosana, C. (1983). *Belmonte de los caballeros. Anthropology and history in an aragonese community*. Princeton: Princeton University Press.

Lunecke, G. (2007). Capital social y violencia: análisis para la intervención en barrios críticos. En L. Dammert (Ed.), *Seguridad y violencia, desafíos para la ciudadanía* (pp.225-252). Santiago: FLACSO.

Lunecke, A., Munizaga, A. M y Ruiz, J. C. (Eds.) (2009). *Violencia y delincuencia en barrios: sistematización de experiencias*. Santiago: Paz Ciudadana, Universidad Alberto Hurtado.

Mannheim, K. (1928). El problema de las generaciones. *Reis Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242.

Manzano, L. (2009). *Violencia en barrios críticos. Explicaciones teóricas y estrategias de intervención basadas en el papel de la comunidad*. Santiago: RIL editores – CESC.

Martínez, E. (2013). Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. En H. Lefebvre, *La producción del espacio* (pp.31-50). Madrid: Capitán Swing Libros.

- Mujica, D. (2008). *Los cordones industriales, cronología comentada*. Santiago de Chile: Clase contra clase. Recuperado de: <http://www.clasecontraclase.cl/publicaciones.php>.
- Ortega, F. (2008). Rehabilitar la cotidianidad. En F. Ortega (Ed.), *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp.15-70). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Ortega y Gasset, J. (2002). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Editorial Tecnos. (1923)
- Pandey, G. (1999). En defensa del fragmento: escribir la lucha hindo-musulmana en la India actual. En S. Dube (Ed.), *Pasados poscoloniales*, México D.F.: El Colegio de México-CLACSO. Recuperado de: www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/libros/poscolonialismo/poscol.html.
- Pécaut, D. (1997). De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano. *Controversia*, (171), 9-31.
- , (1999). Configuraciones del tiempo, el espacio y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 35, 8-35.
- (2004). Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible. En *Memorias en conflicto: Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Institut français d'études andines, Recuperado de <<http://books.openedition.org/ifea/797>>. doi: 10.4000/books.ifea.797.
- Piper, I. y Hevia, E. (2012). *Espacio y recuerdo: archipiélago de memorias en Santiago de Chile*. Santiago: Ocho libros.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Buenos Aires: Al Margen.
- Póo, X. (Agosto, 2014). La prensa escrita en Chile como articuladora de imaginarios que promueven el orden "desde arriba": el caso de La Legua y el diario La Tercera. *XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación ALAIC*. Comunicación presentada en el XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, Lima-Perú.
- , (2016). El secuestro del discurso o cómo los medios de comunicación intervienen en la construcción de imaginarios sociales: el caso de La Legua. En S. Arensburg, M. J. Reyes y X. Póo (Coords.), *Vidas Cotidianas en Emergencia: Territorio, Habitantes y Prácticas* (pp.73-83). Santiago de Chile: Social Ediciones.
- Portelli, A. (2013). Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944) (Trad. Virginia Sampietro y Lucía Abbattista). *Aletheia*, 4(7). Recuperado de [300](http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-</p>
</div>
<div data-bbox=)

7/traduccion/luto-sentido-comun-mito-y-politica-en-la-memoria-de-la-masacre-de-civitella-val-di-chiana-toscana-29-de-junio-de-1944

Ramos, R. (Julio, 2010). Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea. *Sociología y sociedad en España. Hace treinta años, dentro de treinta años*. Comunicación presentada en el X Congreso Español de Sociología, Pamplona.

Raposo, G. (2012). Territorios de la memoria: La retórica de la calle en Villa Francia. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 11(31), 203-222.

Rappaport, R. (2001). *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge University Press.

Rémond, R. (2002). La transmisión de la memoria. En F. Barret-Ducrocq (Dir.) *¿Por qué recordar?* (pp.69-73) Barcelona: Granica.

Reyes, M. J. (2009). Política de memoria como producción cotidiana: la despolitización y la privatización del pasado reciente en el Chile actual (Tesis de doctorado en Psicología Social). Universidad Autónoma de Barcelona, España.

--, (2016). Introducción: Vidas cotidianas en emergencia como campo de la investigación social. En S. Arensburg, M. J. Reyes y X. Póo (Coords.), *Vidas Cotidianas en Emergencia: Territorio, Habitantes y Prácticas* (pp.11-17). Santiago de Chile: Social Ediciones.

Reyes, M. J., Muñoz, J y Vázquez, F. (2013). Políticas de Memoria Desde los Discursos Cotidianos: La Despolitización del Pasado Reciente en el Chile Actual. *Psyche*, 22(2), 161-173.

Reyes, M. J., Cornejo, M., Cruz, M. A., Carrillo, C. y Caviedes, P. (2015). Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias acerca de la dictadura militar chilena. *Universitas Psychologica*, 14(1), 15-30.

Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En A. Lindón (Ed.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp.77-94). España: Anthropos.

--, (2005). La construcción simbólica de la ciudad. *Sociedad, desastre y comunicación*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

Riaño, P. (Marzo, 2000). El tráfico de las memorias y los sentidos del lugar: las identidades culturales de los jóvenes de Medellín. *Hands Across the Hemisphere. Cooperation and Connections for the New Millenium*. Comunicación presentada en el XII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, LASA, Miami.

- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid: Ediciones Cristianidad.
- , (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- , (2002). Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico. En F. Barret-Ducrocq (dir.) *¿Por qué recordar?* (pp.24-28) Barcelona: Granica.
- , (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- , (2007). Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado. En A. Pérotin-Dumon (Dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Recuperado de http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php
- , (2009). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Rosa, A., Bellelli, G y Bakhurst, D. (2000). *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- , (2008). Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional. *Educação e Pesquisa*, 34(1), 167-195.
- Rosa, H. (2011). Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada. *Persona y Sociedad*, XXV(1), 9-49.
- Ruderer, S. (2010) La política del pasado en Chile 1990-2006: ¿un modelo chileno? *Universum*, 2(25), 161-177.
- Rüsen, J. (2006). Didática da história: passado, presente e perspectivas a partir do caso alemão. *Práxis Educativa*. 1(2), 7-16.
- Sahlins, M. (2013). *What kinship is and is not*. Chicago: University of Chicago Press.
- Salas, X. (2009). Revitalización y reconversión de la Legua. En A. Lunecke, A. M. Munizaga y J. C. Ruiz (Eds.), *Violencia y delincuencia en barrios. Sistematización de experiencias* (pp.177-188). Santiago: Paz Ciudadana, Universidad Alberto Hurtado.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Sarró, R. (1999). Football et utilisation identitaire. La "reinvention des traditions" par les jeunes Baga de Guinée. *Politique Africaine*, 2(74), 153-161.
- , (2007). Cómo los pueblos sin religión aprenden que ya tenían religión: notas desde la costa occidental africana. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, (23), 103-122.
- , (2009). *The politics of religious change on the upper guinea coast. Iconoclasm done and undone*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Sarti, C. (2011). A vítima como figura contemporânea. *Cuaderno CRH*, 24(61), 51-61.
- Schwarz, T. (2014). 'I have seen Königsberg burning': Philosophical anthropology and the responsiveness of historical experience. *Anthropological Theory*, 14(1), 27-48.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Sik, D. (2015). Memory transmission and political socialization in post-socialist Hungary. *The Sociological Review*, 63(S2), 53-71.
- Simmel, G. (1986). *Sociología 1. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schütz, A. y Luckmann (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Steedly, M. (1993). *Hanging without a rope: Narrative experience in colonial and postcolonial Karoland*. Princeton: Princeton University Press.
- Stern, S. (2000). De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico. En M. Olguín (Ed.), *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: LOM.
- (2013). *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Stewart, M. (2004). Remembering without Commemoration: The Mnemonics and Politics of Holocaust Memories among European Roma. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 10(3), 561-582.
- Strawson, G. (2004). Against narrativity. *Ratio (new series)*, XVII(4), 428-452.

- Tijoux, M. E. (2016). Prólogo. La fuerza de la Legua. En S. Arensburg, M. J. Reyes y X. Póo (Coords.), *Vidas Cotidianas en Emergencia: Territorio, Habitantes y Prácticas* (pp.7-9). Santiago de Chile: Social Ediciones.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Urbina, M. X. (2002). Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920: Percepción de barrios y viviendas marginales. *Revista de Urbanismo*, (5). Recuperado de <https://revistas.uchile.cl/index.php/RU/article/view/12953>
- Vidaurrázaga, I. (2013). *Martes once, la primera resistencia*. Santiago: LOM Ediciones.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Waldman, G. (2014). A cuarenta años del golpe militar en Chile. Reflexiones en torno a conmemoraciones y memorias. *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (221), 243-266.
- Welzer, H. (2008). Collateral Damage of History Education: National Socialism and the Holocaust in german family memory. *Social Research: An International Quarterly*, 75(1), 287-314.
- , (2010). Re-narrations: how pasts change in conversational remembering. *Memory Studies*, 3(1), 5-17.
- Wertsch, J. V. (2002). *Voices of collective remembering*. Cambridge: Cambridge University Press.
- White, G. (2000). Histories and subjectivities. *Ethos*, 28(4), 493-510.
- Whitehouse, H. (2004). *Modes of religiosity. A cognitive of religious transmission*. Walnut Creek: Altamira Press.
- Wineburg, S., Mosborg, S., Porat, D. y Duncan, A. (2007). Common Belief and the Cultural Curriculum: An Intergenerational Study of Historical Consciousness. *American Educational Research Journal*, 44(1), 40-76.
- Yerushalmi, Y. (2002). *Zajor. La historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos.

Zigon, J. (2007). Moral breakdown and the ethical demand. *Anthropological Theory*, 7(2), 131-150.

--, (2009). Within a Range of Possibilities: Morality and Ethics in Social Life. *Ethnos*, 74(2), 251-276.

Sitios web consultados

Comité de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (2016). *Subsecretario de Prevención del Delito niega la existencia de un Plan de Intervención en La Legua*. Recuperado de <https://ddhhlalegua.wordpress.com/page/2/>

Diccionario de Arquitectura y Construcción (2017). *Definición de escala y conceptos relacionados*. Recuperado de <http://www.parro.com.ar/definicion-de-escala>

Frente Amplio (2017). *Frente Amplio*. Recuperado de <http://www.frente-amplio.cl/>

Fundación Sol (2016). *El brutal endeudamiento de los chilenos y la desposesión salarial*. Recuperado de <http://www.fundacionsol.cl/2016/03/el-brutal-endeudamiento-de-los-chilenos-y-la-desposesion-salarial/>

Memoria Chilena (2017). *Ley de Amnistía*. Biblioteca Nacional de Chile. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-95548.html>

Ministerio de Defensa Nacional (2017). *Justicia Militar*. Recuperado de <http://www.defensa.cl/temas-de-contenido/justicia-militar/>

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos (2017). *Programa de Derechos Humanos*. Recuperado de <http://pdh.minjusticia.gob.cl/>

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (2017). *Museo de la Memoria y los Derechos Humanos*. Recuperado de <http://ww3.museodelamemoria.cl/>

Documentos de prensa y archivos

Arias, G., Flores, M., Fuentes, A., Vásquez, G., Zamora, D., Matus, C. y Ganter, R. (2015). *Expediente Legua. Un camino patrimonial*. Población, barrio, historia. Expediente técnico para la declaratoria de Zona Típica La Legua. Santiago de Chile.

Bazán, I. (2016, abril, 30). Las marcas de La Legua (a 15 años de la intervención). *La Tercera*. Recuperado de <http://www2.latercera.com/noticia/las-marcas-de-la-legua-a-15-anos-de-la-intervencion/>

Boric, G. (2017, mayo, 10). Gabriel Boric sale al ruedo: "El Frente Amplio: política de convicción y convicción en la duda". *The Clinic*. Recuperado de <http://www.theclinic.cl/2017/05/10/gabriel-boric-sale-al-ruedo-frente-amplio-politica-conviccion-conviccion-la-duda/>

Comisión de Derechos Humanos de San Joaquín (Sin fecha). *Memorial en homenaje a Salvador Allende y los detenidos desaparecidos y ejecutados político de la población la Legua*. Folleto de divulgación para el Día Nacional del Patrimonio.

ECO, Educación y Comunicaciones (1999). *Lo que se teje en La Legua*. Santiago de Chile: ECO Educación y Comunicaciones.

Fundación San Carlos de Maipo (2014). "Estudio Iniciativa Legua". Diseño de un modelo de Intervención territorial focalizada en base a la cosecha participativa de los alcances de Iniciativa Legua. Informe de Resultados. Santiago de Chile.

Iniciativa Legua (2014). *A una Legua. El rostro de una población emblemática*. Iniciativa Legua, Ministerio del Interior y Seguridad Pública.

Navarro, M. (2013). *Enrique Molina: organización popular y trabajo colectivo*. Entrevista. Fundación Sol. Recuperado de <http://www.fundacionsol.cl/2013/10/enrique-molina-organizacion-popular-y-trabajo-colectivo/>

Salamanca, W. (Sin fecha) *La resistencia en la Legua*. En Archivo Memoria Viva. Recuperado de http://www.archivochile.com/Experiencias/exp_popu/EXPpopulares0033.pdf

Subsecretaría de Prevención del Delito (2014). *Plan Nacional de Seguridad Pública y Prevención de la Violencia y el Delito, Seguridad para Todos*. Ministerio del Interior y Seguridad Pública. Recuperado de <http://www.seguridadpublica.gov.cl/media/2014/10/Plan-Nacional.pdf>

Material audiovisual

Burgos, M. (director) (2011). *Más fuerte que la metralla* [Documental]. Santiago de Chile.

Anexo metodológico: sobre el lugar propio en la población y lo realizado

Mencionamos en la introducción a este trabajo que mi relación con el territorio se inició y estuvo cruzada por la participación a un colectivo local. Gracias a ella pude habitar la población de manera casi diaria y establecer vínculos que perduran. Dije también que aunque se trató de una pertenencia sin la cual la tesis y el aprendizaje que la trasciende no hubiesen sido posibles, significó igualmente dificultades complejas de gestionar en un contexto como el que hemos descrito a lo largo de estas páginas. Finalmente lo que se hizo crítico la mayor parte del tiempo, fue la posibilidad de establecer límites entre el propio trabajo investigativo y los diferentes recorridos del colectivo (investigación, artes escénicas, denuncia y pronunciamientos políticos, etc.). Fue una búsqueda constante que a ratos significó dejar de la lado la práctica etnográfica (si acaso eso es posible) o concentrarla en instancias específicas, para luego intensificarla hacia el final del periodo de trabajo de campo.

Aunque se buscaba la definición de roles específicos en el trabajo de la organización, la implicación de todos los miembros siempre los terminaba por traspasar, sobre todo a la hora de pensar directrices generales y posturas políticas referentes a la realidad presente de la población. A pesar de ello, dentro de las delimitaciones que se diseñaron mi lugar estuvo definido básicamente en torno a dos espacios: como parte de una compañía de teatro de relativa autonomía respecto del colectivo (grupo que antes conformaba un taller al que conocí durante la primera experiencia de la tesina) y como articuladora de las labores investigación dentro de la organización.

Debido a esta configuración, el rol que tuve como parte del colectivo giró en gran medida en torno a la investigación social, más específicamente focalizado en el desarrollo de un proyecto particular, llevado a cabo en vinculación con una universidad.¹⁵⁰ En ese sentido, no se trató tanto de una posición propiamente activista, política, sino siempre inserta en un marco investigativo local-académico. Dicha posición me mantuvo en cierto sentido a resguardo de las vicisitudes que podía implicar una más comprometida, activa y militante, visible, que se enfrenta directamente a ciertas dinámicas locales instaladas por la intervención estatal. Ello, a pesar del hecho insoslayable de que era parte de un colectivo que manifestaba una posición crítica respecto del presente del territorio. En cualquier caso, no era un lugar de límites claros. Pero, dicho de otra manera, la posición a la que refiero me permitía no estar "en primera línea" en aquellas acciones más propiamente políticas y activistas del colectivo.

Cabe aclarar, en este contexto, que también mi transitar cotidiano por la población estuvo cruzado por la experiencia de participación en el colectivo. Como explicamos en la introducción, aunque términos generales se habla de La Aurora como un solo barrio, más bien corresponde a tres

¹⁵⁰ El proyecto en cuestión corresponde a un denominado núcleo investigativo perteneciente a la Universidad de Chile, titulado "Vidas cotidianas en emergencia: territorio, habitantes y prácticas" que se desarrolló entre los años 2013 y 2015. Dentro de él se incluían 4 líneas de investigación, cada una de las cuales trabaja en un territorio particular. Aquella que focalizaba en La Aurora buscaba comprender los efectos de los procesos de intervención estatales en las vidas cotidianas de sus habitantes. A lo largo del texto incluimos las citas respectivas cuando se trata de reflexiones sobre el territorio que se derivan directamente de este proceso específico de investigación y que es posible encontrar en las publicaciones asociadas al mismo.

configuraciones urbanas que tienen diferencias significativas. En dicho marco geográfico, el espacio de referencia que se tenga dentro de él determina en gran medida el habitar que se tenga, sobre todo para quienes no viven en la población. En este sentido, el hecho que el teatro como lugar de trabajo del colectivo, esté situado en La Aurora II y que su abanico de relaciones vecinales se concentre en mayor medida en el mismo sector así como en el de La Aurora I, influyó mis propios recorridos cotidianos. Es por ello que aunque se considera en la investigación y en la producción de datos las diferencias entre sectores y se explicitan cada vez que nos parece pertinente, reconocemos que pueden haber elementos del sector de La Aurora III que escapan al trabajo realizado, sobre todo si se considera que representa la zona más problemática y de difícil acceso de la población.

Respecto del trabajo de campo mismo, por las dificultades propias del territorio que ya hemos mencionado largamente, la muestra de entrevistados fue siguiendo un ritmo particular, propio de las confianzas que se iban generando y no fue posible seguir un criterio estricto definido previamente. De todas formas, una de las directrices iniciales para conversar bajo el formato de entrevistas, en primera instancia, fue contactar con personas que no tuvieran militancias pasadas ni presentes, ni vínculos familiares con víctimas. Esto debido a que en los registros públicos disponibles es posible encontrar testimonios de sobrevivientes de represión política, así como de familiares de desaparecidos y ejecutados, y/o militantes actuales de partidos políticos (comunista principalmente) o de colectivos de memoria y Derechos Humanos. Por su parte las conversaciones informales se desarrollaron a lo largo de todo el trabajo de campo, no siguieron guía predeterminada y fueron registradas posteriormente como notas de campo.

308

En ese marco, se llevaron a cabo finalmente 10 entrevistas en profundidad semi-estructuradas, todas ellas registradas en audio previo consentimiento del entrevistado, con los siguientes vecinos y vecinas:

Carmen: 76 años, nacida en La Aurora. No militante de ningún partido, no tiene familiares víctimas de la represión política.

Eliana: 72 años, llegó a la población cuando se casó. Ex militante del partido comunista, no tiene familiares cercanos víctimas.

José: 74 años, nacido en la población, ex militante comunista, no sufrió la represión directamente.

Núria: 68 años, nacida en la población, hija de torturado político, no militante.

Lidia: 62 años, nacida en la población, no militante, hermana de exiliado durante la dictadura.

Magdalena: 70 años, ex dirigente local, no militante ni familiar de víctima.

Mariana: 28 años, nacida en la población, pero hoy ya no vive allí. No militante de ni familiar de víctima.

Gabriel: 24 años, nacido en la población, ex militante de las juventudes del PC, familiar de víctima de represión política.

Rodrigo: 21 años, nacido en la población, no militante ni familiar de víctima.

Rita: mayor de 60 años, nacida en la población, no militante ni familiar de víctima.

Estas entrevistas en su gran mayoría se realizaron en la casa de los entrevistados y algunas de ellas constaron de dos y hasta tres encuentros. Tanto con jóvenes como con los "antiguos" la

conversación giraba en torno al pasado de la población. Primero en términos generales y luego específicamente acerca de lo sucedido en dictadura según como transcurría el diálogo (qué y cómo se recuerda), lo cual dio pie en todos los casos a abordar lo que pasa cada 11 de septiembre. En algunas ocasiones, esta fecha se convirtió en pretexto para abordar lo sucedido en dictadura puesto que la cercanía con ella lo provocaba espontáneamente, como suceso local que está presente en muchas conversaciones sobre todo en días próximos. Por otro lado, en todos los casos el territorio como parte de la vida cotidiana y de la trayectoria vital, fue un tema relevante sin ser una pregunta contemplada a priori.

Junto a este recorrido se produjeron dos relatos de vida. Éstos contemplaron 3 encuentros cada uno donde el objetivo fue profundizar en la experiencia del territorio, su pasado y presente, desde dos trayectorias diferentes en torno a la población. Una creada desde la niñez y la otra a partir de un arribo relativamente reciente. De este modo, las conversaciones se articularon desde la propia vivencia del barrio, marco en el cual la relación con el pasado de la dictadura se abordó desde distintas aristas (la experiencia directa, en un caso, y la familiar, en el otro). Estos relatos se realizaron con dos mujeres:

Elisa: 75 años, llegada a la población siendo una niña de 5 años, simpatizante del partido comunista pero no militante, no fue víctima de violencia ni posee familiares que lo hayan sido.

Gabriela: 26 años, llegada a la población hace 8, no militante, familiar por afinidad de víctimas de la dictadura.

Todo el material producido y registrado en audio de conversaciones en el formato de entrevistas (semiestructuradas y relatos de vida), fue transcrito de forma literal y analizado a través del programa gestión de datos Atlas ti. Esto con el objetivo de identificar unidades de sentido en cada texto a partir de las cuales se fueron generando categorías más inclusivas, así como identificar y seleccionar fragmentos que fueron incluidos de manera literal en la tesis con el sentido que en cada capítulo se analiza.

Por otro lado, a lo largo del trabajo de campo se recopiló, revisó y sometió a análisis diverso material escrito y audiovisual publicado sobre la población (sus orígenes y su trayectoria comunitaria), y en específico sobre lo sucedido en dictadura. Dentro de esto se incluyen testimonios y compilaciones de testimonios de sobrevivientes represaliados, así como de testigos de lo vivido en esa época en la población. De la misma manera, se incluyó una revisión de prensa en los principales medios escritos del país (diarios La Tercera, El Mercurio, La Segunda, Ciper, The Clinic, entre otros) y la presencia en ellos de la población entre los años 2011 y 2014-15).

Finalmente, cabe señalar que hacia el final de la etnografía se realizó un recorrido por la población con el objetivo de registrar de manera escrita y fotográfica aquellas marcas territoriales alusivas a lo sucedido en dictadura (rayados, afiches, murales, monumentos, etc.).

Agradecimientos

No es fácil especificar el motivo de esta mención, porque finalmente la tesis es producto colectivo en tantos sentidos. Por lo mismo, simplemente digo gracias por todo:

A mi vieja, mi viejo, Luigi, Glori, Felipín, Lili, José y Facu

A Cota y Marce

A Pato y Carola

A mi familia catalana, Pau, Ignasi, Bernat, Núria, Jep, Jaume, Carme. Lea, Sandra y Àlbert. Eli, José, Leyre, Sara, Jordi, Àlex, Gael y Chucho. Tànit, Àngels, Joan y Julio.

A Patri.

A José, Pancho y Manu.

A Nicole.

A Nico y Dominga Valientes.

A Ceci, Estefa, Lucy, Claudia, Nolvía, Jorge, Elena, Jenni y Vero. Gissel y Mati.

A todos los amigos y amigas de La Aurora.

A todos los fisuradxs.

A la población La Aurora, sus calles, negocios, organizaciones, a sus vecinos y vecinas.

A Jaumex.

